



TROTSKY, por G. Stender.

**OBRAS ESCOGIDAS**

*L. Trotsky*

***Las guerras de los  
Balcanes 1912-1913***

**León Trotsky**

Edicions internacionals Sedov



**Obras Escogidas de León Trotsky**  
**Edicions Internacionals Sedov**

Valencia, enero de 2025

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Edicions internacionals Sedov



Esta obra se publicó en ruso, en 1926, como el VI volumen (*Balkany i Balkanskaia voina*) de las *Obras* (*Sočinenija*) de Trotsky publicadas en la editorial estatal soviética entre 1925 y 1927, cuando la reacción encarnada por Stalin no sólo dejó de publicarlas, sino que las hizo desaparecer de la circulación (como al resto de la obra de Trotsky). En 1980, Monad Press, de Nueva York, y Phatfinder Press, Sídney, publicaron su versión al inglés, *The Balkans Wars 1912 – 1913*, con traducción de Brian Pearce. Por último, en el 2002 la editorial francesa Éditions Science Marxiste, de París, nos ofreció una primera versión al francés: *Les guerres balkaniques 1912 – 1913*. Nosotros hemos seguido esta última versión que introduce algunos pequeños cambios en relación con la primera edición rusa de 1926, modificando parcialmente el orden de los artículos y agrupando los concernientes a la polémica con el liberalismo ruso eslavófilo en un apéndice; agrupamos las notas al final de la obra y señalamos como NDE., las de la edición francesa, y como L. T. las de Trotsky, quedando sin señalar las de la primera edición rusa. Todos los artículos ya han estado disponibles en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), donde los hemos ido subiendo en su mayoría durante estos últimos tres meses. En esta obra Trotsky nos ofrece un despliegue de honradez periodística que por sí sola ya merece su lectura. Esta honradez periodística es deudora de su honradez política, que le permite ejercer el oficio de periodista aprovechando su amplísima formación humana y su experiencia en la actividad política al servicio de la clase obrera, así como, también, su experiencia en la revolución rusa de 1905. Es imposible entender estos artículos periodísticos sin tener en cuenta los desarrollos marxistas que produjo Trotsky a partir de esta experiencia. Pero el objeto de esta obra, los Balcanes, añade, además, un interés particular en su lectura teniendo en cuenta no sólo la actual ofensiva imperialista a través de Ucrania, sino, también, la todavía reciente reedición de aquellas guerras descritas en la

obra, con actores semejantes: los pueblos balcánicos y las maniobras de los grandes imperialismos a costa de su sangre, como ocurrió entre 1991-2001 con la conocida como “guerra yugoslava”.

Como lecturas complementarias recomendamos *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución, 1905*, que permiten conocer los desarrollos del marxismo a que aludimos más arriba y *La guerra y la Internacional*, que permite estudiar la reacción ante la degeneración de la Segunda Internacional ante los preparativos de la primera guerra imperialista que se desató en 1914, de la que las guerras de los Balcanes fueron el prólogo.



Trotsky en 1915, fotografía del pasaporte

**Índice**

Glosario .....	9
Introducción a la edición rusa de 1926 .....	12
Primera parte. En vísperas de la guerra (artículos y ensayos políticos) .....	21
Primer capítulo. La cuestión de los Balcanes .....	22
La revolución en Turquía y las tareas del proletariado [1908] .....	22
La nueva Turquía [1909] .....	24
Los Balcanes, la Europa capitalista y el zarismo [1908].....	28
I. La “conspiración” de Austria y Bulgaria .....	28
II. La nueva Turquía se enfrenta a viejas dificultades.....	30
III. Intrigas para una compensación “desinteresada” .....	33
IV. ¡Fuera de los Balcanes! ¡Salid de Tabriz!.....	35
Segundo capítulo. Los países balcánicos y el socialismo .....	37
Los socialdemócratas búlgaros y serbios .....	37
La cuestión de los Balcanes y la socialdemocracia [1910] .....	42
El congreso búlgaro [1910].....	45
Tercer capítulo. La guerra y la socialdemocracia.....	48
Su obra.....	48
La obra del proletariado [1913].....	49
Al grupo socialdemócrata en el Reichsrat austriaco. A la ejecutiva de los socialdemócratas húngaros [1913].....	51
Segunda parte. La guerra (corresponsalías) .....	54
Primero capítulo. Serbia en guerra.....	55
I. Primeras impresiones .....	55
En viaje .....	55
Belgrado.....	57
Primeras impresiones.....	59
II. Narraciones de los combatientes.....	62
Sobre la guerra.....	62
Historia de una brigada .....	63
III. Políticas, partidos y diarios serbios.....	72
Una suma de contradicciones .....	72
Retratos serbios (Pašić, Paču, Prodanović, Draković, Novaković) .....	75
Lazar Paču.....	79
Stojan Novaković .....	81
Nikola Pašić .....	85
La prensa serbia.....	90

Los partidos políticos.....	94
Serbia y Montenegro.....	99
IV. Entre bastidores (los crímenes del chovinismo).....	101
Segundo capítulo. Bulgaria en guerra. (Primer período: los aliados contra Turquía).....	105
I. En Sofía.....	105
Antes de los acontecimientos.....	105
Se ha declarado la guerra.....	109
Los partidos políticos y la guerra (dos monólogos).....	112
Observaciones y generalizaciones.....	116
Sobre Kirklareli.....	121
El lado oscuro de la victoria. Dos corrientes.....	127
La censura militar búlgara.....	130
La prensa y la censura.....	133
Un ejército de vencedores.....	136
De vuelta del frente.....	140
En las nuevas provincias.....	142
II. Historias de soldados.....	143
Los heridos.....	143
La historia de los que estuvieron allí.....	147
En compañía de los oficiales prisioneros.....	151
Relato de un herido.....	153
Relato de un oficial.....	156
III. Ecos de la guerra.....	160
Un largo mes.....	160
Juč-Bunar.....	161
Bulgaria y la diplomacia rusa (entrevista con un estadista búlgaro).....	164
IV. Macedonia y Armenia.....	168
Los chetniks y la guerra.....	168
El desmembramiento de Turquía y la cuestión armenia.....	173
Andranik y sus tropas.....	179
V. El enigma de la democracia búlgara.....	185
Un país atrasado.....	185
El parlamentarismo búlgaro.....	187
Democracia y absolutismo.....	188
Tercer capítulo. Bulgaria en guerra (el segundo período: la guerra contra los antiguos aliados).....	190
Una conversación sobre los Balcanes.....	190
Los fomentadores de la catástrofe.....	196
La crisis búlgara.....	200
Una “gran lección”.....	205
Tercera parte. La Rumania de posguerra (corresponsalías).....	209
Primer capítulo. Retrato político de un “vencedor”.....	210

Primeras impresiones.....	210
La paz de Bucarest .....	214
Las relaciones rumano-búlgaras.....	218
En plena dificultad .....	221
A propósito de las reformas .....	227
Hacia una catástrofe nacional.....	231
Segundo capítulo. La socialdemocracia rumana .....	242
El partido de los trabajadores.....	242
Dobrogeanu-Gherea .....	247
Tercer capítulo. Una visita a Dobruja .....	252
De viaje.....	252
En Mangalia y por sus alrededores.....	255
<i>Le président du Conseil général</i> [El presidente del consejo general] .....	261
Apéndice. El liberalismo eslavófilo ruso y los Balcanes (una polémica).....	267
El gesto del señor Briančjaninov (Serbia y los eslavófilos rusos).....	268
Una carta de Petko Todorov .....	270
Respuesta a Petko Todorov .....	272
Una pregunta no parlamentaria al señor P. Miliukov .....	276
Balance de la “cuestión de los Balcanes” .....	277
La filosofía y la moralidad de la connivencia .....	282
¡Normal!.....	289
En defensa del “silencio concienzudo” .....	290
Mapas, imágenes y cronología.....	294
Dobrogeanu-Gherea.....	295
Rakovsky.....	296
Los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, mapa físico.....	297
Los Balcanes tras el Tratado de Berlín de 1878.....	298
Principales operaciones militares búlgaras durante la contienda, mapa .....	299
Los Balcanes durante y tras las guerras de 1912 y 1913, mapa .....	300
Fronteras establecidas tras la Primera Guerra de los Balcanes, mapa .....	301
Caricatura sobre el reparto de las grandes potencias.....	302
Caballería serbia .....	303
Asalto de fuerzas montenegrinas .....	304
El avión Albatros, que realizó el primer vuelo de combate sobre Edirne .....	304
Retirada otomana, en Karisdiran,.....	305
Relevo de tropas búlgaras en las acometidas a la línea defensiva otomana en Çatalca.....	305
Soldados búlgaros repelen un desembarco turco en las orillas del Mar de Mármara .....	306
Soldados búlgaros posando en el fuerte de Ayvaz Baba .....	306
Los komitadži serbios operando en el territorio de la antigua Serbia.....	307
Las tropas serbias cambian el cartel de la estación de tren del “Uskub” .....	307
Soldados del Ejército Real de Montenegro .....	308

Abanderado del ejército otomano .....	308
Infantería griega en la batalla de Sarantaporo.....	309
Centinela serbio congelado.....	309
Soldado turco de regreso a casa.....	310
Incendio en las inmediaciones de Salónica .....	311
Refugiados turcos en Edirne.....	311
Civiles huyendo.....	312
Mujeres huyendo, .....	313
Civiles huyendo en un tren de mercancías sobrecargado .....	313
Cristianos turcos bajo la protección de búlgaros en Mustafá Pachá.....	314
Firma en Londres del tratado de paz .....	314
Cronología siglos II al XX: Rumanía, Bulgaria, Turquía, Grecia y Serbia .....	315
Cronología 1912 .....	319
Cronología 1913 .....	320
Notas.....	322

*De la biografía de Trotsky de Pierre Broué<sup>1</sup>*

La colección de artículos de Trotsky sobre las dos guerras balcánicas abarca casi un año; algunas de las crónicas fueron escritas desde Viena entre las dos guerras. Conocía un poco la península, ya que desde 1910 había realizado breves visitas desde Viena, sobre todo a Sofía y Belgrado. Sin embargo, a principios de este siglo, que muchos iban a vivir como la era de las guerras y las revoluciones, el joven revolucionario, como la mayoría de los hombres de su generación, nunca había visto la guerra.

Quedó conmovido por su descubrimiento, la prueba concreta de la idea, hasta entonces abstracta para él, de que la humanidad aún no había salido de su barbarie primitiva. Aunque se mantuvo alejado de las operaciones militares reales y de la línea del frente, viajó mucho y conoció a mucha gente. Interrogó a combatientes y prisioneros en hospitales y campos de internamiento, entrevistó a políticos en sus palacios y, sobre un sangriento telón de fondo de combates y masacres, hizo una notable descripción del revestimiento de las capitales y la lepra de los suburbios, el cinismo de los grandes y la angustia de los humildes. Apasionado por su profesión, que ejerce con la conciencia tranquila, defiende con fervor el deber de contar la verdad y nada más que la verdad, y mide sus lanzas y batalla con los censores, sobre todo en Bulgaria.

En las primeras semanas de la guerra, este militante, sensible a la cuestión nacional, sintió el odio universal contra el turco opresor. Denunciando la intervención de las grandes potencias, en particular Rusia, bajo la bandera del paneslavismo como el principal peligro para esta región de Europa, insistió en el reconocimiento del derecho de los pueblos balcánicos a resolver sus propios problemas. Ilustró la “cuestión nacional” con notables páginas dedicadas a los problemas macedonio y armenio. Pensaba que la única solución era un estado único, una federación de todas las nacionalidades balcánicas.

Sin embargo, pronto se sintió asqueado y, podría decirse, desbordado por las oleadas de chovinismo ingenuo y brutal, el salvajismo de las atrocidades desatadas por los ejércitos “eslavos y cristianos” contra las poblaciones turcas o incluso simplemente musulmanas, la crudeza de las mentiras oficiales, la extensión de la corrupción, el odio y la mala fe de la propaganda oficial y el apoyo prestado a los búlgaros por los “paneslavistas” de Rusia. Aprovechó una visita de Miliukov para dirigir una “carta abierta” (la segunda<sup>2</sup>) a este dirigente de los cadetes, que abrió el debate en la prensa rusa sobre las atrocidades contra los turcos, hasta entonces cuidadosamente ocultadas<sup>3</sup>.

Durante la Segunda Guerra de los Balcanes, hizo una descripción absolutamente apasionante de la devastación causada por los vencedores y realizó un notable estudio de Rumanía<sup>4</sup>. Visitó Dobruja<sup>5</sup>, recién anexionada, saqueada por los soldados y asolada por el cólera. También relata una conexión personal y un excelente reportaje sobre el padre del socialismo en Rumanía, Dobrogeanu Gherea, a quien pasó horas escuchando en su restaurante de Ploesti<sup>6</sup>.

Fue con Kristian Rakovsky<sup>7</sup> con quien viajó por Dobruja. Durante su estancia en Rumanía en 1913, consolidó con el cosmopolita activista balcánico una relación personal que se remontaba a 1903 y que se convirtió en una auténtica amistad. El “amigo doctor”, al que citaba en sus artículos, era sin duda uno de los militantes socialdemócratas europeos más internacionales, más ciudadano de Europa que el propio Trotsky: había militado en los partidos socialistas búlgaro, ruso, francés y rumano, del que fue fundador. Figura conocida y apreciada en los congresos internacionales, se relacionó con Plejánov,

Wilhelm y Karl Liebknecht, Jaurès y Guesde<sup>8</sup>. Organizó la acogida en Rumanía y la solidaridad con los amotinados del acorazado *Potemkin*. Entre 1907 y 1913, expulsado de Rumanía por “extranjero”, aunque había hecho allí el servicio militar como ciudadano, se encontró en el centro de una lucha encarnizada por los derechos humanos y se convirtió en un verdadero símbolo<sup>9</sup>. Este luchador es un hombre con encanto y cultura. Anteriormente, en el partido búlgaro, se encontró en las filas de los “estrechos”, a su vez próximos a los bolcheviques. Algo mayor que Trotsky, también él se negó a tomar partido en la lucha entre las facciones rusas y no se dejó tentar en absoluto por lo que Trotsky llamaría más tarde “la lógica nacional del bolchevismo”. Como señaló Arkadi Vaksberg en Moscú en 1988, dedicó la fortuna heredada de su padre al movimiento obrero<sup>10</sup>.

Por supuesto, a los ojos de Trotsky, el conflicto de los Balcanes hacía la guerra europea más concreta e incluso más amenazadora, y bien podía ser un presagio o una ocasión para ella. La guerra, para él, ya no era una abstracción, y la guerra generalizada en Europa era una amenaza a corto plazo, como nos recordaba con frecuencia. Sin embargo, a pesar de su perspicacia y de su excepcional poder de penetración, estaba lejos de haber previsto, o incluso examinar, todos los aspectos, en particular las implicaciones políticas. Escribe en *Luč* el 15 de marzo de 1912:

“Ante semejante espectáculo de locura sanguinaria, podríamos hundirnos en la desesperación total si, por otra parte, no estuviera en marcha una gran empresa de razón y humanidad: la obra de la socialdemocracia internacional.”<sup>11</sup>

Con los pies hundidos en el barro y la sangre de las guerras balcánicas, saludó las voces de los socialdemócratas serbios y búlgaros que rechazaban los créditos militares: eran ellos, sostenía, más que las fauces asesinas de los cañones, quienes dictaban en última instancia el futuro de los pueblos balcánicos. Habló con confianza de la acción contra la guerra, de las campañas dirigidas por los partidos en Francia, Alemania y Austria.

La lectura de sus textos como corresponsal de guerra atestigua que ningún otro socialista europeo sintió como él la proximidad de la guerra europea en ciernes. Sin embargo, a pesar de las reservas que pudiera haber expresado en el pasado sobre las debilidades de tal o cual partido o corriente de la [Segunda] Internacional<sup>12</sup>, nada indica que pudiera sospechar, o incluso prever, lo que iba a ser el corolario de la guerra, el hundimiento de la Internacional.

## Glosario

<i>ağa</i> (agha)	(turco) título dado a personalidades de alto rango en el Imperio Otomano, como el comandante de los jenízaros o el jefe de los eunucos de Palacio.
<i>arnautas</i>	(turco) término que designaba a los albaneses que servían en el ejército turco.
<i>bey</i> [o <i>beg</i> ] (beğ)	(turco) título atribuido a un jefe militar, a un jefe de tribu y, por extensión, a un propietario terrateniente feudal
boyardos	(Rumanía) clase de los aristócratas, de los ricos propietarios terratenientes rumanos.
cadetes (o kadetes)	Miembros del Partido Constitucional Demócrata Ruso.
Centurias Negras	(Rusia) nombre popular dado a la Asociación del Pueblo Ruso y a la Asociación para Combatir la Revolución, bandas de delincuentes y lumpen proletarios subvencionadas por el gobierno y especializadas en acciones contra socialistas y trabajadores en huelga y en pogromos contra judíos.
<i>četa</i> (Tcheta)	(serbo-croata) pequeño grupo, banda.
<i>çiftlik</i> (tchiftlik)	(turco) propietario terrateniente de origen feudal, nacido de la expropiación de los campesinos que se mantenían en la misma tierra pero que debían pagar una parte de su producción al feudatario.
<i>Ciocoi</i>	(rumano) propietarios terratenientes de origen no noble, nuevos ricos.
<i>čorba</i>	(serbio) sopa a base de carne y berzas o repollo
<i>čorbadži</i> (tchorbadji)	(búlgaro) en la época de la dominación turca “jefe de la aldea”, después sinónimo de campesino rico
<i>Dašnak</i> (dachnak)	(armenio) miembro del partido nacionalista armenio <i>Dašnaktsutiun</i> (Dachnaktsutiun, Federación)
dinar	Moneda serbia creada en 1873
Duma	Asamblea legislativa concedida por Nicolás II en Rusia tras la revolución de 1905.
<i>Fetvâ</i> (fatwa, árabe), <i>fatua</i>	(turco) sentencia jurídica-religiosa emitida por el <i>çheykh ülosñâm</i> (anciano del Islam)
<i>fez</i>	(turco) gorro troncocónico rojo adornado con un pompón de seda negra
Gagaúzos	Población turcófona ortodoxa de la que existen núcleos en Ucrania, Moldavia y Bulgaria.
<i>gâvur</i>	(turco, plural <i>gâvurlar</i> ) no creyente, infiel, <i>giaur</i> es un término despreciativo utilizado por los musulmanes para designar a los cristianos.
<i>Hintshak</i> (hentchak)	(armenio) miembro del Partido Socialista Armenio, <i>Hinsthak</i> (La campana)
<i>isba</i>	Cabaña, vivienda de los campesinos eslavos
<i>kâymakâm</i>	(turco), administración subordinada al <i>mutasarraf</i> .
<i>Komitadži</i> (komitady)	(serbo—croata y búlgaro) “francotiradores”; en origen este término designaba a los miembros de los comités nacionalista revolucionarios

	macedonios; después tomó una significación más amplia en los Balcanes para designar a los guerrilleros, a las tropas irregulares.
<i>koçak</i>	(turco) invencible, valeroso
<i>kulak</i>	(ruso) “puñado”, nombre popular que designaba a los campesinos ricos en Rusia
Kutzovlakh (valacos desiguales)	parte del grupo étnico original del pueblo rumano, los Vlaxhi. Estaban concentrados principalmente en Valaquia pero también había comunidades dispersas por los Balcanes.
<i>lev</i>	(plural, <i>leva</i> ) moneda búlgara.
<i>Maijlis</i>	El parlamento persa.
<i>Muchâdjir</i>	(turco) “refugiados”, las poblaciones islámicas expulsadas del imperio ruso y de la Europa central o balcánica que se refugiaron en el imperio otomano.
<i>müstahfiz</i>	(turco) “la guardia”, segunda categoría de la reserva a la que pasaban los <i>redif</i> a la edad de 32 años hasta los 40.
<i>mutasarrif</i>	(turco) gobernador de un sanjacado ( <i>sandjak</i> ).
<i>naprednjak</i>	Miembro del partido progresista serbio.
<i>narodniki</i>	(ruso) “populistas”
<i>nizâm, niz^m-i djedîd</i>	(turco) “nuevo sistema”, cuerpo de infantería creado en 1794 y equipado a la europea; los conscriptos servían en él durante cuatro años.
<i>obščedeeci</i>	(búlgaro) “amplios”, nombre atribuido a los miembros de la fracción oportunista de los socialistas búlgaros.
<i>opanci</i>	(serbo-croata) calzado basto de campesino fabricado con corteza de un árbol.
otomano	El imperio turco fundado en el siglo XIII por el emir anatolio Othman o Osmân, fundador de la dinastía de los otomanos o osmanlis.
pachá	(turco) título atribuido a los altos dignatarios civiles y militares.
<i>pogromo</i>	(ruso) “destrucción”, acción de terror contra los judíos y otras minorías a la que acompañaba el pillaje, las palizas y las matanzas.
<i>Pomacos</i>	(turco) búlgaros musulmanes
<i>priturka</i>	(búlgaro) edición extraordinaria de un periódico.
<i>redif</i>	(turco) fuerza de la reserva del ejército: los conscriptos servían durante cuatro años en el ejército de línea, después, durante seis años, formaban parte de esta reserva que también era una milicia local.
Rumelia (Rumeli)	Posesiones europeas del imperio otomano, derivado de “la tierra de los <i>rûm</i> ”, el imperio romano-bizantino.
<i>Sandjak</i> (sanjacado)	(turco) división administrativa de una provincia ( <i>valiato</i> ) del imperio.
<i>shrapnel</i>	Granada de fragmentación.
<i>skopci</i>	(ruso) miembros de una secta religiosa ruso-ortodoxa para la que la salvación del alma pasaba por la castración.
<i>Skupština</i>	El parlamento serbio.
Chetnik	(serbo-croata <i>četnik</i> derivado de <i>četa</i> ) francotirador, guerrillero, militar irregular. Los chetnik búlgaro eran llamados <i>comitadji</i> .

<i>tesnjak</i>	(búlgaro) “estrechos”, nombre atribuido a los miembros de la fracción ortodoxa de los socialistas búlgaros.
<i>tresurã</i>	(ruso) carreta con toldo con dos bancos frente a frente.
<i>vâlî</i>	(turco) gobernador de provincias ( <i>vilâyet</i> ).
versta	(ruso) unidad de medida correspondiente con 1.066,79 metros.
<i>Vilâyet</i> (valiato)	(turco) provincia, división administrativa instaurada en 1864: el imperio otomano fue dividido en 27 <i>vilâyet</i> (6 en la Turquía europea o Rumelia), cada uno de ellos dividido en varios <i>sandjak</i> (sanjacados), también estos divididos en <i>kazâ</i> , estos últimos estaban divididos en <i>nâhiye</i> .
<i>vojvoda</i> , voivoda	Título eslavo de jefe militar, de príncipe (en Rumanía) o de gobernador de un territorio (en Hungría).
<i>Yildiz</i>	(turco) “estrella”, el palacio del sultán en Estambul.
<i>zemstvo</i>	(ruso) nombre de los organismos del gobierno local instaurados en Rusia por Alejandro II en 1864. Sus poderes estaban limitados a los servicios públicos como la construcción de carreteras, los seguros, etc.

## **Introducción a la edición rusa de 1926**

*Los hechos históricos y políticos clave para ayudar al lector a establecer los vínculos entre los distintos artículos se encuentran en la introducción del editor de este volumen, I. M. Pavlov, a quien expreso aquí mi más sincero agradecimiento, así como a sus colaboradores.*

León Trotsky  
19 de junio de 1926

Deseamos ofrecer aquí (en la medida de lo posible) una breve historia de los acontecimientos y relaciones conocidos como la “cuestión de oriente”<sup>13</sup>. Se trata de una de las cuestiones más complejas y enmarañadas de la política internacional, y todavía hoy es fuente de continuas fricciones y de potenciales conflictos entre las potencias europeas. Esto se explica por el hecho de que los intereses y aspiraciones de los grandes países capitalistas europeos están ligados a los Balcanes en torno a los Estrechos, las *esferas influencia* y las *salidas al mar*. En paralelo a los intereses de las grandes potencias se encuentran los de los pequeños estados balcánicos, con sus ideas y aspiraciones *nacionalistas*.

Desde tiempos inmemoriales, el Imperio Otomano ha sido objeto de codicia por parte de estados grandes y pequeños. Bajo el gobierno del Sultán, Turquía, que reunía a caciques musulmanes y a decenas de tribus y pueblos, se ha desagregado lo largo de los siglos bajo el peso de contradicciones económicas internas, agravadas por conflictos religiosos y nacionalistas. Las tendencias centrífugas de los pueblos del interior del Imperio Otomano se vieron apoyadas por las de sus compatriotas, que hacía tiempo que se habían reagrupado en estados nacionales independientes como Serbia, Montenegro, Bulgaria, Grecia y Rumanía. Turquía veía a cada estado balcánico como un enemigo a punto de socavar la integridad del territorio imperial; igual que cada uno de esos estados veía en Turquía a su enemigo histórico, al “secular opresor de los pueblos cristianos”.

Con menos de cinco millones de habitantes, los minúsculos estados balcánicos no estaban en condiciones de actuar de manera aislada contra Turquía. Para satisfacer sus necesidades belicosas, se vieron obligados a pedir a las grandes potencias europeas que les echaran una mano. Estas últimas, con el pretexto de prestar ayuda, pero en realidad con la intención de lograr sus propios designios, transformaron a los pequeños estados balcánicos en un instrumento de su política depredadora en los Balcanes.

Además de las relaciones de los estados balcánicos con Turquía y con las potencias europeas, el tercer elemento fundamental de la cuestión balcánica son las relaciones que mantienen entre ellos los estados balcánicos. Sin embargo, el significado, la conducta y el desarrollo de estas relaciones están fundamentalmente determinados por las potencias europeas.

Todas estas relaciones forman, dentro del marco capitalista, una compleja madeja de controversias irresolutas. Las guerras de los Balcanes de 1912-1913 fueron uno de los intentos de solución aportados por capitalismo.

A principios del siglo XX, había cinco estados independientes en los Balcanes: Serbia, Bulgaria, Montenegro, Rumanía y Grecia. Todos estos estados habían formado parte del Imperio Otomano y se convirtieron en estados independientes a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

Hasta 1878, Serbia fue un estado vasallo de Turquía que, en los años treinta del siglo XIX, todavía reconocía a Miloš Obrenović (“príncipe supremo de los serbios de Belgrado”) como regente hereditario de las tierras administradas por él como gobernador. A partir de 1830, Serbia fue gobernada ininterrumpida y alternativamente por dos dinastías: los Obrenović y los Karageorgević. De 1815 a 1842, los Obrenović, los Karageorgević de 1842 a 1858, y de nuevo el Obrenović de 1858 a 1903 y, por último, el Karageorgević a partir de 1903.

En el Congreso de Berlín de 1878 se reconoció oficialmente la independencia de Serbia, junto con la de Montenegro y Rumania, mientras que Bulgaria se convirtió en un

principado autónomo. Anticipándonos un poco, nos gustaría señalar que la política bulgarófila de Rusia, en el Congreso de Berlín y en años sucesivos, empujó a la nueva Serbia a los brazos de Austria-Hungría. Como resultado, tan pronto como el principado serbio fue proclamado independiente, ya no estuvo subordinado a Turquía, sino a Austria. Y veremos más adelante cómo el sometimiento de Serbia a Austria tuvo consecuencias mucho más graves que su precedente sometimiento a Turquía.

En el curso de su desarrollo económico, Serbia siguió los pasos de los estados europeos. Con su propensión a la actividad agrícola, esencialmente zootécnica, este país se transformó, a principios del siglo XX, en un país capitalista que exportaba productos agrícolas y que disponía de su propia industria capitalista. A finales del siglo XIX y principios del XX, la balanza comercial exterior anual ascendía a casi cien millones de francos y, en vísperas de las guerras balcánicas, esta cifra se había duplicado. Las principales exportaciones eran trigo, ciruelas y ganado (principalmente porcino)<sup>14</sup>.

Serbia estaba rodeada, en los Balcanes, por países con una estructura similar. Ninguno de ellos podía constituir, por tanto, un mercado para sus exportaciones. Los productos serbios destinados a la exportación se enviaban a Austria-Hungría y, a través de ésta, a otros países europeos. Los productos manufacturados también se importaban de Austria-Hungría o a través de ella. De este modo, Austria-Hungría disponía de un poderoso medio de presión económica sobre Serbia y estaba en condiciones de orientar su política en función de sus propios intereses.

Ya hemos dicho que la política bulgarófila de Rusia en el Congreso de Berlín había obligado a Serbia a buscar la tutela de Austria-Hungría. La política balcánica de Rusia en aquella época está bien descrita en el libro *Serbia y los serbios* (1898) del general ruso I. Ovsjanni: “En aquella época, la bulgarofilia de nuestra diplomacia y de nuestro cuartel general era tal que preveíamos hacer de la Vieja Serbia una provincia búlgara”.

Serbia logró resistir la influencia de la diplomacia rusa, conservando la Vieja Serbia y obteniendo los distritos de Pirot, Mali Zvornik, etc., gracias al apoyo de Austria-Hungría. Pero el precio de este apoyo fue alto. El acuerdo comercial firmado entre Serbia y Austria-Hungría tras el Congreso de Berlín colocaba a Serbia completamente bajo el control de Austria-Hungría. El artículo fundamental de este acuerdo, relativo a la exportación de ganado serbio, estipulaba que Serbia sólo podía vender a Austria ganado destinado al sacrificio, aún vivo, y sólo después de una inspección veterinaria en Budapest, lo que le quitaba a Serbia una parte considerable de sus beneficios.

El deseo de Serbia de liberarse del yugo austrohúngaro tenía, pues, profundas motivaciones económicas.

Las aspiraciones de Serbia se expresaban principalmente en dos reivindicaciones estructuralmente fundamentales para el joven capitalismo serbio: la apertura del Adriático y la expansión territorial. Antes de la guerra, el territorio ocupado por Serbia medía un total de 48.000 km (el equivalente a una provincia rusa de tamaño medio) con tres millones de habitantes, tamaño que no podía constituir una base suficiente para su desarrollo económico.

Los principales obstáculos para el desarrollo del capitalismo serbio eran la falta de salidas marítimas y la limitada superficie terrestre del estado. A los factores económicos venía a sumarse la cuestión nacional que siempre ha ejercido un papel particularmente importante en los Balcanes. Una parte del pueblo serbio vivía en Austria-Hungría y en Turquía. En Bosnia-Herzegovina, la comunidad serbia contaba con alrededor de 1.900.000 de personas, más de 600.000 en Dalmacia y 180.000 en Istria. En Croacia y en Eslovenia, los serbios eran alrededor de tres millones y casi 700.000 en Hungría. Dispersados por las diferentes provincias del Imperio Austro-Húngaro, naturalmente eran atraídos por Serbia a la que consideraban como el corazón de su nación.

Es evidente que cualquier movimiento por parte de Serbia, incluso el más insignificante, amenaza en su conjunto al imperio multinacional austro-húngaro. La separación de los serbios de Austria-Hungría y *la formación* de un estado serbio podía constituir un precedente para el resto de pueblos del imperio y, por tanto, un peligro para este último.

La política de Austria-Hungría hacia Serbia estaba definida en función de las dos reivindicaciones serbias anteriormente citadas. Austria-Hungría respondía a la primera (la salida marítima) que “no hay que sembrar desavenencias en os el Adriático”, mientras que se oponía de forma más drástica a la segunda (la expansión territorial): “Hay que acabar de una vez por todas con esta cuestión”, lo que quería decir acabar con Serbia.

Los objetivos expansionistas austriacos tropezaban con la resistencia de Rusia; ésta tenía sus propios intereses en la península balcánica, intereses que defendía, alternativamente, a través de Serbia o de Bulgaria. Durante los períodos de enfriamiento de sus relaciones con Bulgaria, Serbia debía ser preservada y reforzada en tanto que reino independiente. Un Serbia fuerte, o como se decía entonces, una Gran Serbia, debía servir de escudo y vector de la política rusa en los Balcanes.

El acceso al mar lo podía obtener Serbia no solamente en las costas del Adriático, donde cada uno de sus intentos ponía en alerta a Austria, sino también en la península balcánica meridional, pues allí está el magnífico puerto de Salónica situado en el mar Egeo. Pero el camino que lleva a Salónica pasa a través de Macedonia, que pertenecía a Turquía. Esta última era más débil que Austria-Hungría y, por tanto, más fácil de vencer. Es pues normal que Serbia, con toda su ambición por devenir una gran potencia, pensó en atacar el anillo más débil de la cadena, lo que significaba hacer la guerra a Turquía. Pero, no siendo lo suficientemente fuerte como para poder medirse ella sola con aquella, contaba con la ayuda del resto de estados balcánicos y con el apoyo de Rusia. En consecuencia, Serbia escogió ajustar sus cuentas con el más débil de sus dos enemigos.

Esta solución también se vio favorecida por otros factores vamos a recordar ahora.

En 1905 había expirado ya el acuerdo comercial firmado en Serbia y Austria, poco después del Congreso de Berlín. Durante las negociaciones para su renovación, Viena no solamente insistía en mantener las condiciones precedentes sobre la exportación de ganado serbio, sino que añadía una nueva de carácter político: pedía al gobierno serbio que se comprometiese a comprar toda su artillería a Viena. Por otra parte, Serbia reivindicaba la libertad de compra para su armamento y el derecho a exportar su ganado, una vez sacrificado, desde su control veterinario en Serbia. Así comenzó una guerra comercial que duró casi tres años. La *Skypština* había concedido una suma de quinientos mil francos como primera ayuda a la recuperación de las exportaciones (una suma elevada para el presupuesto serbio que traduce la importancia mercado austro-húngaro para Serbia). Sin embargo, la guerra comercial contribuía también a la creación de nuevos mercados para las exportaciones serbias. Citaremos aquí el balance oficial del ministerio de comercio serbio para 1906: “Solo el sector del ganado está en déficit y ello se debe a que su exportación está estrechamente ligada al mercado austro-húngaro. Pero este sector ha comenzado a liberarse de esta coerción encontrando nuevos mercados en Italia, Egipto y Malta. La nueva orientación de la política de las exportaciones está en vigor solamente desde septiembre de 1906 y, en el espacio de cuatro meses, ya se han registrado importantes importaciones.”

Finalmente, en marzo de 1908, se firmó un acuerdo con las condiciones de Serbia. A pesar del resultado desfavorable de las exportaciones en diferentes países, durante los años de la guerra comercial, el mercado principal del ganado serbio siguió siendo el

mercado austro-húngaro. También el único medio para Serbia de liberarse de esta influencia era el de las salidas independientes al mar.

Como si hubiese adivinado los objetivos de Serbia hacia Salónica, el ministro austriaco de asuntos extranjeros, el barón Aehrenthal, presentó en 1908 un proyecto de enlaces ferroviarios de la red austriaca con Salónica a través del *sanjacado* de Novi Pazar. Esto significaba para el comercio serbio depender totalmente de Austria, lo que acentuó la voluntad de Serbia de resolver *sus cuestiones nacionales*. La contrapropuesta de la diplomacia rusa de una línea ferroviaria transilvana, que alcanzase el Adriático, nos hace pensar que Rusia no estaba en ningún caso en contra de satisfacer las pretensiones serbias sobre Salónica.

La anexión de Macedonia<sup>15</sup> habría satisfecho las pretensiones serbias, permitiéndole aumentar su territorio y ofreciéndole una salida al mar. Sin embargo, mientras que los objetivos de Serbia hacia Bosnia-Herzegovina (donde, como hemos visto ya anteriormente, vivían alrededor de dos millones de serbios) tenían un fundamento, ¿qué razones podía alegar Serbia para justificar sus pretensiones sobre Macedonia?

Los eslavos macedonios son serbios, pro los profesores, escritores y periodistas serbios. Si se llaman “búlgaros” es solamente porque los “bulgarófilos” han corrompido a las autoridades locales a fin de que persigan a los serbios y los obliguen a decirles a los europeos que son búlgaros y no serbios. Los búlgaros afirman lo opuesto inversamente considerando a los eslavos de Macedonia como a sus compatriotas, por tanto, aspiran a la adhesión de Macedonia a Bulgaria y rechazan toda reivindicación serbia concerniente a esta región<sup>16</sup>.

Bulgaria (que era una provincia turca igual que Serbia) devino un principado autónomo solamente tras la guerra ruso-turca de 1877-1878. Según el Tratado de Paz de San Stefano, firmado entre Rusia y Turquía, Bulgaria debía obtener una administración autónoma y un territorio que incluyese Rumelia oriental y una gran parte de Macedonia. La *Gran Bulgaria* así formada tendría una salida al mar Negro y al Egeo. Las tropas turcas debían retirarse del territorio búlgaro y el nuevo principado constituido debía mantenerse bajo el control de Rusia durante dos años. Pero la *Bulgaria de San Stefano* no podía realizarse. Las potencias europeas eran contrarias a su formación. Austria-Hungría, en particular, veía en el refuerzo de Bulgaria el refuerzo de la influencia rusa en los Balcanes.

El 13 de junio de 1878, se celebró en Berlín, bajo los auspicios de Bismarck, un congreso de las potencias europeas en el que participaron Austria, Inglaterra, Francia, Italia, Rusia y Turquía. El Tratado de Berlín, que se firmó el 13 de julio como conclusión de los trabajos, preveía el retorno de una gran parte de Macedonia a Turquía, la misma parte que había sido asignada a Bulgaria por el Tratado de San Stefano. Según el artículo 23 del tratado, Constantinopla se comprometía a introducir un nuevo régimen administrativo en las regiones de la Turquía europea. “la *Sublime Puerta*<sup>17</sup> [decía el artículo 23] constituirá comisiones especiales, en el seno de las cuales habrá una gran representación de elementos alógenos que elaborarán, de manera detalla, los nuevos reglamentos para cada región.” Rumelia oriental formó, de acuerdo con las potencias europeas, una nueva región administrada por un gobernador cristiano delegado por la Puerta y dependiente de ella. En lo concerniente a la organización interna de la administración búlgara, los artículos 6 y 7 del tratado especificaban: “Hasta la redacción definitiva de su estatuto orgánico, la administración provisional de Bulgaria estará bajo la dirección del comisario del imperio ruso. No podrá prolongarse más allá de un plazo de nueve meses, a contar desde el día de la ratificación del presente tratado. Inmediatamente después de la definición de este estatuto orgánico, deben tomarse todas las medidas para elegir al príncipe de Bulgaria. Igualmente, inmediatamente después de

la entronización del príncipe, se instaurará una nueva administración y el principado, dotado de plenos poderes, podrá comenzar a ejercer en completa autonomía.”

Las decisiones del Congreso de Berlín concernientes a Rumelia oriental y Macedonia, provocaron gran agitación en Bulgaria. La asamblea popular, reunida el 10 de febrero de 1879 en Tarnovo, quería protestar firmemente contra estas decisiones y presentar un memorándum a las potencias. Sin embargo, el comisario ruso, el príncipe Dondukov-Korsakov, logró convencer a Bulgaria de no franquear ese paso. La situación de la Rumelia oriental era anormal: estaba al mismo tiempo bajo la tutela del Sultán y era administrada por los representantes del pueblo que contaban con el poder legislativo, cuyas leyes no podía derogar el Sultán. Esta situación solo podía tener consecuencias nefastas para la administración y situación financiera de la región. El aparato administrativo sufría de hipertrofia (tres sistemas judiciales, dos sistemas de representación y de recaudación de impuestos locales). Matveev escribió: “La situación financiera y económica de la región es tal que la población, cuyos ingresos eran absorbido por el mantenimiento de una burocracia que no servía para nada ni a nadie, no podía esperar su salvación más que de la reunificación con el principado.<sup>18</sup>” Esa reunificación se produjo el 18 de septiembre de 1885.

La adhesión de Rumelia oriental, como primer paso hacia la constitución de la Gran Bulgaria, no podía dejar de provocar los temores de Austria-Hungría. Esta última empujó a Serbia a declarar la guerra a Bulgaria. La guerra búlgaro-serbia sólo duró dos semanas, del 14 al 28 de noviembre de 1885. Las tropas búlgaras ocuparon Pirov e hicieron una incursión por territorio serbio. Austria, que apoyaba a Serbia, declaró: “Si el príncipe búlgaro Alejandro de Battenberg continúa su avance en territorio serbio, el ejército austro-húngaro entrará en Serbia y, en consecuencia, las tropas búlgaras ya no tendrán que enfrentarse únicamente con los serbios, sino que el ejército imperial.” Así se detuvo la ofensiva de las tropas búlgaras. El 9 de diciembre de 1885 se concluyó un armisticio entre Serbia y Bulgaria que confirmaba el statu quo.

El 1 de febrero de 1886, se firmó un acuerdo búlgaro-turco sobre la base del cual el Sultán prorrogaba al príncipe Alejandro de Battenberg en sus funciones de gobernador general de Rumelia oriental. También se convino que este último sería prorrogado en sus funciones cada cinco años a condición de que el Sultán estuviese satisfecho con él. En 1886, la Rumelia oriental devino parte integrante de Bulgaria. De esta forma, el acuerdo de San Stefano, parcialmente derogado por el Tratado de Berlín, fue restablecido en parte. Bulgaria daba su primer paso en la vía de su extensión territorial. Le faltaba todavía alcanzar su segundo objetivo. La adhesión de Macedonia. Desde fin del siglo XIX hasta el inicio de la primera guerra balcánica, toda la política extranjera de Bulgaria estuvo centrada en el eje de la realización de ese gran objetivo.

Hay que reconocer que el deseo que tenía Bulgaria de aumentar sus propias fronteras estaba suscitado principalmente por las necesidades económicas. A principio de la guerra balcánica, el desarrollo económico del país había alcanzado resultados significativos. Bulgaria solamente contaba en 1904 con 166 empresas y 6.149 obreros, 207 empresas y 7.646 en 1907; mientras que en 1911 el número de empresas se elevaba a alrededor de 407 con casi 10.000 obreros. En 1904, el capital global de las empresas era de 30 millones de francos; en 1911 se elevaba a 83 millones de francos. También los intercambios exteriores habían aumentado rápidamente.

Con una población de 4,3 millones de habitantes solamente en vísperas de la guerra, era evidente que Bulgaria no tenía capacidad de llevar adelante su propia política de *gran potencia*. Se vio obligada a oscilar entre su propia política y la de las grandes potencias europeas, en relación con los intereses de estas últimas en los Balcanes. La política exterior de Bulgaria, igual que la del resto de estados balcánicos, era

relativamente independiente de la política interior. Por el contrario, esta última estaba determinada, en gran medida, por la política balcánica de las potencias europeas y, en primer lugar, de la de Rusia y Austria-Hungría. Por este motivo la política exterior de búlgara se distinguía por una excesiva tortuosidad y una extrema fluctuación. Cuando Rusia apoyaba a Serbia en sus pretensiones sobre Macedonia, Bulgaria se lanzaba en brazos de Austria-Hungría que, a su vez, apoya las reivindicaciones búlgaras concernientes a Macedonia para obstaculizar la influencia rusa en los Balcanes; en revancha, cuando Austria-Hungría apoyaba las aspiraciones de Serbia de devenir una gran potencia, Bulgaria llevaba adelante una política rusófila a fin de aprovechar el miedo de Rusia a un reforzamiento de la influencia austríaca en los Balcanes. Evidentemente, nos referimos aquí únicamente a las grandes líneas de la política exterior de Bulgaria que, de vez en cuando, sufría modificaciones parciales.

Desde el Congreso de Berlín hasta el inicio de las guerras balcánicas (1878-1912) se pueden trazar, esquemáticamente, tres períodos distintos de la política exterior búlgara. El primero, rusófilo, va de 1878 a 1886. Rusia apoyaba la aspiración a la extensión de Bulgaria, organizó su administración interna, le concedió préstamos, etc., mientras que Serbia caía bajo la influencia de Austria-Hungría. Como lo hemos visto anteriormente, Austria-Hungría colocó a Serbia bajo su protección, durante la guerra búlgaro-serbia, y puso fin a la ofensiva de las tropas búlgaras en territorio serbio.

Durante el segundo período, que abarca de 1886 a 1894, bajo la regencia de Stambulov, Bulgaria llevó a cabo una política austrófila dictada por la conducta de Rusia que declaraba abiertamente su intención de ocupar Bulgaria y hacer de ella una de sus provincias. Se alcanzó tal nivel de conflictividad que, en noviembre de 1886, el encargado de asuntos extranjeros ruso abandonó Bulgaria declarando: “Los actuales gobernantes ya no tienen confianza en Rusia, tanto que el gobierno imperial considera que es imposible mantener relaciones con el gobierno búlgaro en vistas de su composición actual.” Esto se soldó con una ruptura diplomática total entre Rusia y Bulgaria, mientras que la política balcánica rusa se orientó hacia Serbia durante este período.

Por fin, el tercer período, de 1894 a 1912, bajo la regencia de Fernando de Sajonia-Coburgo, Bulgaria se encontró de nueva bajo el control de Rusia, lo que puso a Serbia en brazos de Austria.

Lo repetimos: esta periodización es muy *sui generis* y solo puede servir como útil complementario para poder comprender, de una parte, las relaciones extremadamente complejas y embrolladas entre los estados balcánicos y, por otra parte, entre estos últimos y las potencias europeas. Bien que, durante el tercer período, Bulgaria estuvo bajo la influencia de Rusia, ello no le impidió firmar un acuerdo secreto con Austria-Hungría: esta última se anexaba Bosnia-Herzegovina mientras que el príncipe búlgaro, Fernando, se autoproclamaba zar de Bulgaria el 5 de octubre (el 22 de octubre, según el viejo calendario) de 1908. Además, durante el mismo período, y aunque Serbia estaba bajo el control de Austria-Hungría, continuó considerando al imperio de los Habsburgo como al enemigo secular que le impedía realizar su secreta aspiración de una salida al mar.

El 13 de octubre, Bulgaria hizo llegar a Turquía, en nombre de los cuatro aliados, una declaración en la invitaba a “la Sublime Puerta a comenzar inmediatamente, de acuerdo con las grandes potencias y los estados balcánicos, la elaboración y aplicación de las reformas en la Turquía europea, previstas por el artículo 23 del Tratado de Berlín, reformas que deben basarse en el principio étnico y cuya aplicación será confiada al Consejo Superior, compuesto paritariamente por cristianos y musulmanes y supervisado por representantes de las grandes potencias y de los ministros de los cuatro estados balcánicos”. Se adjunta a la declaración un cuadro explicativo en nueve puntos que ofrecía los detalles de las prescripciones de los aliados en materia de gestión

administrativa de las regiones europeas de Turquía. En el momento en el que fue enviada la declaración la guerra había ya comenzado prácticamente: algunos días antes Montenegro había lanzado operaciones militares.

No hubo respuesta a la declaración de los aliados balcánicos, y eso fue el inicio de la guerra. A fines de noviembre, las tropas búlgaras ocupaban Kirklareli (Velbuzd) y Lüleburgaz, mientras que las tropas serbias y griegas ocupaban casi toda Macedonia. El 5 de diciembre de 1912 se declaró el armisticio. El 17, comenzaron las negociaciones sobre las condiciones de paz entre Turquía y los cuatro aliados. Estos últimos presentaron una demanda de cesión de Andrinópolis, Escútari y Janina y sus periferias, todas ellas villas que todavía no habían sido ocupadas por las tropas aliadas. Los turcos rechazaron la demanda, sostenidos por Austria-Hungría. Es bastante con observar un mapa para comprender la importancia que podía tener para esta última el paso de Escútari y Janina a manos de Serbia y Montenegro. Ante todo, ello le abría las costas del Adriático a Serbia y le ofrecía, por otra parte, la posibilidad, mediante acciones conjuntas con Italia, de cerrarle a Austria-Hungría el paso del Adriático al Mediterráneo, colocando a los puertos austro-húngaros en una situación análoga a la de los puertos rusos de la costa septentrional del mar Negro. Los turcos rechazaron y las negociaciones fueron interrumpidas. El 24 de enero de 1913, las se retomaron las acciones bélicas. Durante los meses sucesivos, los aliados entraron en Andrinópolis, las tropas griegas ocuparon Janina, mientras que Escútari, según el acuerdo preliminar de su protector y príncipe Esâd Pacha, fue cedida a Montenegro. Bajo la enérgica presión de Austria y Alemania, que amenazan con entrar en el conflicto y ya estaban en las aguas del Adriático con sus navíos, las tropas montenegrinas se vieron obligadas a abandonar Escútari.

Las negociaciones se retomaron en Londres. El 30 de mayo de 1913 se firmó un acuerdo de paz entre, por una parte, Turquía, y, por otra parte, Serbia, Grecia y Bulgaria. Bulgaria recibió Andrinópolis, mientras que Serbia (a cambio de la salida al Adriático) se le ofreció un puerto comercial en el sur, es decir, con otras palabras, fue invitada a buscar una compensación en Macedonia a costa de Bulgaria. U

En la costa adriática se creó un principado albanés, *soberano*, independiente de Turquía y con un príncipe designado por las grandes potencias. Así, gracias a las acciones de la diplomacia austríaca, fue posible oponer Serbia y Bulgaria, anteriormente aliadas. La segunda guerra balcánica nació, pues, en la Conferencia de Londres.

En la misma conferencia se recompensó a Rumania por su neutralidad anexándole la ciudad búlgara de Silistra.

El acuerdo, firmado bajo la presión de los embajadores de las grandes potencias, no satisfacía a ninguno de los aliados. Serbia le pedía a Bulgaria un resarcimiento por la pérdida de la costa adriática. Bulgaria respondía poniendo delante la pérdida de Silistra. Grecia, por el contrario, insistía en la cesión de algunas zonas de Macedonia suroriental, habitadas por griegos.

Cierto, tal conclusión no fue una sorpresa para ninguno de los miembros de la liga. Ya el 27 de octubre de 1912, algunos días después del inicio de la guerra, Sazonov, ministro de asuntos exteriores de la Rusia zarista, sugería a los búlgaros que hiciesen “comprender a los serbios” la necesidad de no insistir en una posible expansión territorial en las costas del Adriático. Con su carácter obtuso, típico del burócrata zarista, aquél trataba de convencer a los serbios, para los que la salida marítima era vital, que por ello no valía la pena “comenzar una nueva guerra, únicamente por un puerto”.

Por otra parte, el 20 de octubre de 1912, es decir en plena guerra entre los aliados y Turquía, los griegos hicieron una propuesta para la división de las zonas conquistadas. Según la propuesta, Bulgaria debía recibir un territorio con una población de 1.300.000 habitantes y Grecia otro con dos millones de habitantes. Mientras tanto, los búlgaros

habían envidado un ejército de 562.000 hombres contra los turcos y Grecia otro de 215.000 hombres. Las relaciones entre los aliados ya se habían deteriorado durante las operaciones bélicas en las sus tropas habían combatido lado a lado.

El 30 de junio de 1913, las tropas búlgaras atacaron a los serbios. Comenzó la segunda guerra balcánica entre los aliados de ayer. Los serbios, los montenegrinos y los griegos estaban contra Bulgaria. Rumania, que hasta entonces había conservado una estricta neutralidad, atacó a Bulgaria por el norte. Los turcos, aprovechándose de la confusión general, recuperaron Andrinópolis.

Es curioso ver cómo el rey serbio, comandante supremo, justificó ante sus tropas la participación de los serbios en la segunda guerra balcánica: “Bulgaria, bañada por dos mares, no le permite a Serbia alcanzar ninguno [...] Los búlgaros, nuestros aliados de ayer, junto con los cuales hemos combatido lado a lado y a los que hemos ayudado con todo nuestro corazón como a verdaderos hermanos, cuestionan las tierras que hemos conquistados, solos, en Macedonia, y al precio de grandes pérdidas.”

La segunda guerra balcánica sólo duró un mes. Bulgaria resultó vencida. El 31 de julio se celebró en Bucarest una conferencia internacional. Acabó a principios del mes de agosto con la firma de un tratado de paz. Macedonia quedó dividida en partes iguales entre Serbia y Grecia; Rumania recibió la Nueva Dobruja, una provincia búlgara desde hacía siglos, con una superficie de 6.500 kilómetros y una población de 404.000 habitantes, de los cuales el 48% búlgaros y el 3% rumanos, estando constituido el resto por turcos y ciudadanos de diversas pequeñas nacionalidades. Naturalmente, abandonando Dobruja a Rumania y subdividiendo Macedonia entre Serbia y Grecia, el Tratado de Bucarest estuvo en el origen del gran resentimiento búlgaro hacia Serbia y Rumania. Además, Bulgaria perdió Andrinópolis y una gran parte de Tracia, que se vio obligada a restituirla a Turquía.

Tal fue el epílogo de las guerras balcánicas. No apaciguaron a nadie ni resolvieron ningún problema. La cuestión de los Balcanes se mantuvo sin resolver para las potencias europeas y los pequeños estados balcánicos, estando prestar para transformarse, en cualquier momento, en un conflicto diplomático o militar.

\*\*\*

El presente volumen contiene artículos escritos por L. D. Trotsky en 1912 y 1913, durante su estancia en los Balcanes en calidad de corresponsal de una serie de diarios rusos, excepto los artículos que se refieren al período de 1908-1912.

La tercera parte de la obra está dedicada a Rumania de posguerra. Desgraciadamente las causas que han provocado la segunda guerra balcánica no están suficientemente analizadas por el autor. Ello se debe al hecho de que, durante este período, el camarada Trotsky ya no estaba en los Balcanes. Esta introducción tenía por objeto también cubrir esa laguna.

No es posible evitar en la redacción de este libro, compuesto de corresponsalías de guerra, ciertas repeticiones, por otra parte, limitadas, en particular en “Historias de los soldados”.

Las notas concernientes a Rusia y a los acontecimientos que con ella se relacionan, de una manera u otra, han salido, con ligeras modificaciones, de volúmenes ya publicados de la obra de L. D. Trotsky. Las notas concernientes a los Balcanes y al Próximo Oriente han sido redactadas por uno de nuestros jóvenes marxistas, especialista en oriente, el camarada A. F. Miller. Para la preparación de esta obra nos han prestado una preciosa ayuda los camaradas M. Liubimo y E. B. Rummer. El editor quiere expresarles aquí todo su agradecimiento.

**Primera parte. En vísperas de la guerra (artículos y ensayos políticos)**

## **Primer capítulo. La cuestión de los Balcanes**

### **La revolución en Turquía y las tareas del proletariado [1908]**

#### **I**

La revolución rusa [de 1905-1906] tuvo ecos en lugares alejados de las fronteras de Rusia. En Europa occidental, provocó un desarrollo tumultuoso del movimiento proletario. Pero también atrajo a los países de Asia a la actividad política. En Persia, en las fronteras del Cáucaso<sup>19</sup>, y bajo la influencia directa de los acontecimientos en Rusia, se ha iniciado una lucha revolucionaria que, bajo diversas formas, ha durado más de dos años<sup>20</sup>. En China, en la India, en todas partes las masas se están a punto de levantarse contra sus propios tiranos y los expoliadores europeos (capitalistas, misioneros) que no sólo explotan al proletariado de Europa, sino que también saquean a los pueblos de Asia. La repercusión más reciente de la revolución rusa se percibe en el seno de la insurrección que tuvo lugar este verano en Turquía.

Turquía está situada en la península de los Balcanes, en el extremo sureste de Europa. Desde tiempos inmemoriales, este país ha simbolizado el estancamiento, el inmovilismo y el despotismo. En este sentido, el sultán de Constantinopla no es en absoluto inferior a su hermano de San Petersburgo, es más, lo supera. Poblaciones de diferentes razas y religiones (eslavos, armenios, griegos) fueron objeto de persecuciones diabólicas. Pero el propio pueblo del sultán (los musulmanes turcos) no vivía en la felicidad. Los campesinos estaban prácticamente esclavizados por los agentes de la administración y los terratenientes. Eran pobres, ignorantes, sujetos a la superstición. Había pocas escuelas. Toda una serie de medidas adoptadas por el gobierno del sultán (que temía el crecimiento del proletariado) obstaculizaron la construcción de fábricas. Los espías estaban por todas partes. El despilfarro y la malversación de fondos practicados por la burocracia del sultán (al igual que la del zar) no tenían límites. Todo esto iba a conducir a la completa decadencia del estado. Los gobiernos capitalistas de Europa rodearon a Turquía como perros hambrientos, dispuestos a competir por su botín. Y el sultán Abdul Hamid<sup>21</sup> siguió acumulando deudas, cuyo pago desangró a sus súbditos. El descontento del pueblo había crecido durante mucho tiempo, y bajo el impacto de los acontecimientos en Rusia y Persia, ahora se manifestaba abiertamente.

El protagonista principal de la revolución rusa fue el proletariado. En Turquía, como he indicado anteriormente, la industria sólo existía en forma embrionaria, por lo que el proletariado es débil y numéricamente pequeño. Los elementos más capacitados de la intelectualidad turca, profesores, ingenieros, etc., al encontrar pocas oportunidades de ejercer su talento en las escuelas o fábricas, se convirtieron en funcionarios de carrera. Muchos de ellos estudiaron en Europa occidental y se familiarizaron con los regímenes de allí; al volver a Turquía, se encontraron con la ignorancia y la pobreza del soldado turco y la degradación del estado. Esto provocó resentimiento y el cuerpo de oficiales se convirtió en el foco de descontento y revuelta.

Cuando la revuelta estalló en julio de ese año [1908], el sultán se encontró prácticamente sin ejército. Una tras otra, las unidades militares se pasaron al campo de la revolución. Los soldados ignorantes probablemente no entendieron el propósito del movimiento, pero su insatisfacción con sus condiciones de vida los llevó a seguir a sus oficiales. Los oficiales exigieron perentoriamente una constitución, amenazando con derrocar al sultán si no se aceptaba esta demanda. A Abdúl Hamíd sólo le quedaba ceder. Concedió una constitución (los sultanes siempre hacen esos gestos cuando tienen el filo de un cuchillo en la garganta), formó un gobierno de personalidades liberales y avanzó hacia la celebración de elecciones a un parlamento.

Todo el país se vio envuelto en una gran actividad. Se celebraron reuniones unas tras otras. Los nuevos periódicos se publicaron en número acrecido. Como despertado por un trueno, el joven proletariado se puso en movimiento. Estallaron huelgas, se crearon organizaciones de trabajadores. En Salónica se lanza el primer periódico socialista.

En el momento de escribir estas líneas, el parlamento turco ya se ha reunido, con una mayoría de Jóvenes Turcos reformistas<sup>22</sup>. El futuro próximo nos dirá cuál será el destino de esta дума turca<sup>23</sup>.

## II

La impotente Turquía del viejo orden fue destrozada por los estados capitalistas. Austria ya se había apoderado de dos provincias (Bosnia y Herzegovina pobladas por serbios) hace treinta años. En el lenguaje codificado del bandolerismo diplomático, este acto de saqueo se denomina “ocupación”, es decir, toma temporal de estas provincias. Pero hace ya tres décadas que Austria mantiene un dominio indiviso sobre estas posesiones.

Cuando Turquía se sacudió el despotismo del sultán y el pueblo turco se hizo cargo de sus propios asuntos, los tiburones europeos se preocuparon. Los turcos, al haber fortalecido el estado, podrían exigir la devolución de algunos de los territorios. Austria se apresuró a proclamar que su “ocupación” era ahora una “anexión”, es decir, una adquisición definitiva<sup>24</sup> por su parte de los territorios en cuestión. De hecho, nada cambió, ya que Bosnia y Herzegovina ya estaba en manos de Austria. Sin embargo, los turcos protestaron y exigieron una compensación. Los gobiernos turco y austriaco están negociando este asunto.

Sin embargo, lo que nos interesa no son estas negociaciones en sí mismas, sino los gritos y la furia provocados en el seno de los partidos burgueses rusos (y en primer lugar de los cadetes<sup>25</sup>) por esta anexión. “*Bosnia está poblada por serbios, los serbios siendo eslavos, son nuestros hermanos. En consecuencia, el gobierno ruso debe tomar sin demora medidas para liberar a Bosnia, que ahora es prisionera de Austria*”. Esta es la reivindicación que hacen los cadetes y que repiten en todas sus reuniones y en la prensa.

Los socialdemócratas<sup>26</sup> debemos oponernos firmemente a esta absurda y peligrosa agitación. Pensemos por un momento, los liberales proponen que el gobierno del zar libere a los eslavos de la península balcánica. Pero ¿no hay eslavos más cercanos a Rusia que deben ser liberados del yugo zarista? Los polacos también son *eslavos*. Sin embargo, su destino bajo el talón de la autocracia es incomparablemente peor que el de los serbios bajo el dominio austriaco.

Polacos y ucranianos, gran rusos y judíos, armenios y georgianos, eslavos y no eslavos, todos caminamos sobre la sangre derramada diariamente por la banda zarista. Y los liberales piden a este gobierno, el más culpable de todos, que arranque a los serbios de las garras austriacas. ¿Con qué fin? Para que el zar pueda estrangularlos con sus manos aún más sangrientas.

El proletariado de Rusia no puede apelar a los Romanov<sup>27</sup> para luchar contra Austria porque ni Austria es nuestro enemigo ni los Romanov son nuestros amigos.

En Austria, al igual que el pueblo serbio, tenemos un aliado sincero en el que podemos confiar: el proletariado austriaco. Está inmerso en una lucha a muerte contra su propio gobierno. Por nuestra parte, no podemos reforzar el gobierno zarista en nombre de la lucha contra Austria, no debemos suministrarle reclutas, no debemos votar su presupuesto y sus préstamos como hacen los cadetes traidores o la duma, sino que, por el contrario, debemos debilitar este régimen en todos los sentidos hasta que podamos derribarlo.

La autocracia rusa es el enemigo jurado de los pueblos libres del mundo. Recientemente, el coronel zarista Lyájov<sup>28</sup> se aseguró personalmente de la dislocación de los *majlis* [el parlamento persa] y a la primera oportunidad favorable el gobierno zarista intentará sin duda golpear a la nueva Turquía.

Por eso nuestra lucha contra el zarismo tiene un alcance mundial. El mejor servicio que podemos prestar a los serbios de Bosnia y a todos los pueblos oprimidos será arrancar la corona de la cabeza de Nicolás II. No podemos dar el más mínimo apoyo a las bayonetas zaristas, bayonetas manchadas con nuestra propia sangre.

*Pravda*<sup>29</sup> número 2, 17 (30) de diciembre de 1908

## La nueva Turquía [1909]

Los “jóvenes turcos” han alcanzado la cima de su influencia. Disponen de la mayoría en el parlamento presidido por uno de los suyos. El sultán no para de abrazar a los otrora amotinados a quienes la diplomacia europea quisiera ahogar a besos...

Muchos años han pasado desde que Ahmed Riza, un emigrante que vivía en París, redactor de una hoja clandestina, convocó la primera conferencia internacional de la Haya<sup>30</sup> para defender al pueblo turco contra la tiranía de Constantinopla. El emigrado turco fue expulsado sin contemplaciones. Ni una sola oreja diplomática se dignó escucharle. El gobierno holandés amenazó con expulsarlo del país como extranjero provocador de altercados. En vano intentó dirigirse a los parlamentarios influyentes, estos rehusaron recibirlo. El socialista Van Kol fue el único que le apoyó organizando una reunión bajo su presidencia donde Ahmed Riza exhortó a los participantes a la solidaridad. Hoy, por el contrario, los representantes semioficiales de los gobiernos europeos se apresuran a expresar al nuevo presidente de Turquía que puede contar legítimamente con la buena voluntad de todos los gobiernos de Europa... Bülow no duda en declarar ante el Reichstag que tiene en alta estima a los oficiales turcos, héroes del golpe de estado revolucionario (“nos acordaremos de lo que ha dicho, *Herr Reichskanzler*, señor Canciller del Reich”, escribiría Parvus, comentando este discurso).

La victoria es el más poderoso argumento y el éxito constituye la recomendación más eficaz. ¿Pero, cuál es el secreto de la victoria y cómo explicar este sorprendente éxito?

El diario *Reč*<sup>31</sup>, criticando a la izquierda, escribe a este respecto que “En Turquía todas las clases de la sociedad habían actuado juntas en la lucha preservando la misma jerarquía que la liga en la vida económica del país. Como, durante la revolución, las clases económicas dominantes han conservado su hegemonía sobre las masas se pudo lograr la victoria.”

*Novoe Vremja*<sup>32</sup>, por su parte, en un tono de hipócrita moralina, se dirige a los Cadetes para subrayar que los “jóvenes turcos”, al contrario que los liberales doctrinarios de Rusia, enarbolaron firmemente la bandera del nacionalismo patriótico y no se apartaron ni por un instante de las creencias monárquicas y religiosas del pueblo y que, por ello, han llegado al poder.

En lo político y en lo privado no hay nada más barato que el moralismo, nada más barato e inútil por lo común. Sin embargo, muchos se sienten atraídos por él ya que les ahorra detenerse a examinar el mecanismo objetivo de los acontecimientos.

¿Cómo se explica el clamoroso triunfo de los “jóvenes turcos”, su victoria conseguida sin apenas sacrificio ni esfuerzo?

En su significación objetiva, una revolución es una lucha por el poder del estado, que se apoya directamente en el ejército. Por ello todas las revoluciones en la historia han planteado directamente la cuestión: ¿de qué lado se encuentra el ejército? Y se ha respondido, de una manera u otra, a ella. En el caso de la revolución turca (y ello es lo que le confiere su particular fisonomía) ha sido el mismo ejército el que se ha puesto al frente de las ideas liberadoras. La nueva clase social no ha tenido que superar la resistencia armada del antiguo régimen, sino que, por el contrario, ha podido dedicarse a ejercer su papel de apoyo a los oficiales revolucionarios que dirigieron las armas de los soldados contra el gobierno del Sultán.

Por su origen y tradición histórica, Turquía es un estado militar. Por el tamaño relativo de su ejército, actualmente está a la cabeza de las naciones europeas. Un gran ejército exige un considerable número de oficiales, algunos ascendidos por antigüedad. Pero el *Yildiz*<sup>33</sup>, a pesar de su bárbara resistencia a las exigencias del desarrollo histórico, se vio obligado a modernizar en cierta medida su ejército y abrirlo a los hombres cultivados del país. Y estos no han esperado para aprovechar la ocasión. La insignificancia de la industria y la juventud de la cultura urbana apenas dejaban otras opciones a la intelectualidad turca más que la carrera militar o la administración. Por tanto, el estado ha organizado en su mismo seno a la vanguardia militante de la nación burguesa en formación: la intelectualidad racional crítica y descontenta. Durante los últimos años el ejército turco había conocido una sucesión ininterrumpida de desórdenes debidos al impago de nóminas o los retrasos en las promociones. Las tropas hasta llegaron a apoderarse de una estación telegráfica y entablaron negociaciones directas con el *Yildiz*. La *camarilla* del Sultán se vio obligada a ceder y así, regimiento tras regimiento, el ejército se instruyó en la escuela de la rebelión.

Tras el éxito de la revuelta, muchos políticos y periodistas europeos hablaron, con un aire de iniciados, sobre la brillante organización de los “jóvenes turcos” que, se decía, habían extendido sus tentáculos por todas partes. Esta concepción infantil no hacía más que reflejar la superstición de carácter fetichista que provoca el éxito. En realidad, la comunicación entre los oficiales revolucionarios, especialmente en las guarniciones de Constantinopla y Adrianópolis, eran notoriamente insuficientes. Como los mismos Niyâzi Bey y Enver Bey<sup>34</sup> admitieron, la revuelta estalló cuando los Jóvenes Turcos no se encontraban “en absoluto preparados” para asumirla, pero se vieron ayudados por los automatismos organizativos del ejército. El descontento espontáneo de unos soldados hambrientos y cubiertos de harapos les condujo a apoyar de forma natural a los oficiales que se oponían políticamente al gobierno. De este modo, la disciplina mecánica del ejército se transformó espontáneamente en disciplina interna de la revolución.

El hundimiento de la máquina burocrática se combinó con la revuelta en el ejército. En un opúsculo escrito por el antiguo ministro serbio Vladan Georgievič, encontramos información según la cual, al principio de la revuelta, los kaimakamos [kâymakâm] y los mitssarifs [mutassarif] [administradores y administradores adjuntos de

las provincias turcas] de las tres provincias macedonias exhortaron a los habitantes a enviar telegramas al Palacio del Sultán [Yıldız] reclamando la reinstauración de la constitución de 1876<sup>35</sup>. En estas condiciones, a Abdul Hamîd no le quedaba otra opción más que proponerse como presidente honorario del comité “Sûrayi Ümmet” (Unión y Progreso)<sup>36</sup>.

Por las tareas que debe cumplir (independencia económica, unidad de la nación y el estado, libertades políticas), la revolución turca se corresponde con la autodeterminación de la nación burguesa y en este sentido se encuentra en la tradición de las revoluciones de 1789 y 1948<sup>37</sup>. Pero el Ejército, dirigido por sus oficiales, funciona como órgano ejecutivo de la nación y eso confiere a los acontecimientos el carácter planificado de maniobras militares. Sería sin embargo estúpido (y muchos cometen este pecado) no ver en los acontecimientos de julio pasado en Turquía más que un simple pronunciamiento y tratarlos con analogías respecto a cualquier otro golpe de estado militar-dinástico, por ejemplo, en Serbia. La fuerza de los oficiales turcos y el secreto de su éxito no estriban en un *plan* brillantemente organizado o en su talento conspirativo diabólicamente hábil, sino en la simpatía activa que les han manifestado los comerciantes, artesanos, obreros, empleados del sector público, una parte del clero y, por último, las masas campesinas enroladas en el ejército.

Pero, además de la *comuni3n de ideas*, todas estas clases arrastran con ellas no sólo su simpatía sino también sus intereses, reivindicaciones y esperanzas. Sus aspiraciones sociales, durante mucho tiempo reprimidas, se manifiestan abiertamente a la luz del día ahora que el parlamento se ha convertido en el centro de todas sus esperanzas. Amargas desilusiones esperan a los que piensan que la revolución turca ha terminado. Entre los que sufrirán la decepción no se encontrará sólo Abdül Hamîd sino, parece ser, el partido de los “Jóvenes Turcos”.

En primer lugar y ante todo está la *cuestión nacional*. Lo abigarrado de la composición de la población turca, en lo tocante a nacionalidades y religiones, conduce a la manifestación de potentes tendencias centrífugas. El antiguo régimen esperaba poder superarlas mediante el peso mecánico del ejército, exclusivamente formado por musulmanes. Y de hecho es eso lo que ha provocado la desintegración del estado. Bajo el reinado de Abdül Hamîd Turquía perdió Bulgaria, Rumelia oriental, Bosnia, Herzegovina, Egipto, Túnez y la Dobruja. El Asia Menor se ha convertido en presa impotente de la dictadura económica y política de Alemania. En vísperas de la revolución, Austria estaba a punto de construir una línea de ferrocarril que atravesando el sanjacato (*sandjak*, distrito) de Novi Pazar le proporcionaría una vía estratégica hacia Macedonia. Por su parte, Inglaterra, opuesta a Austria, apoyaba abiertamente un proyecto de autonomía macedonia... No se podía ver el fin del desmembramiento de Turquía. Y sin embargo la condición indispensable para el desarrollo económico es un territorio extenso unificado económicamente. Ello se aplica no sólo a Turquía sino a la Península balcánica en su totalidad. Lo que pesa sobre ella como una maldición no es su diversidad nacional sino el hecho de que se encuentre descuartizada en numerosos estados. Las fronteras aduaneras la dividen artificialmente en fragmentos separados. Las maquinaciones de las potencias capitalistas se unen a las sangrientas intrigas de las dinastías balcánicas. Si estas condiciones se perpetúan, la península de los Balcanes seguirá siendo una caja de Pandora<sup>38</sup>. Sólo un estado único de todas las nacionalidades balcánicas, sobre una base democrática y federal a semejanza de Suiza o los Estados Unidos, podrá traer la paz interior a los Balcanes y asegurar las condiciones de un amplio desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin embargo, los Jóvenes Turcos, por su parte, han desechado definitivamente este camino. Como representan a la nacionalidad dominante y poseen su propio ejército

nacional, tienden a seguir siendo *nacional centralizadores*. El ala derecha se opone constantemente al autogobierno, incluso en el plano provincial. La lucha contra las potentes tendencias centrífugas ha convertido a los Jóvenes Turcos en partidarios de una sólida autoridad central y les empuja a un acuerdo con el sultán *quand même* [en francés en el texto]. Y esto significa que cuando empiece a deshacerse en el parlamento el nudo de las contradicciones nacionales, el ala derecha de los Jóvenes Turcos se colocará abiertamente del lado de la contrarrevolución.

Tras la cuestión nacional viene la *cuestión social*.

En primer lugar, está el campesinado que arrastra la pesada carga del militarismo y está sometido a un régimen de semiservidumbre. Como la quinta parte no posee tierras, el campesinado tiene una buena factura para presentar al nuevo régimen. Y sin embargo sólo una organización en Macedonia y Adrianópolis (el grupo búlgaro de Sandanskij) y las organizaciones revolucionarias armenias (los dashnak y los henchak) han presentado programas agrarios más o menos radicales<sup>39</sup>. En lo que concierne al partido del poder, Jóvenes Turcos, en el que dominan los beys latifundistas, su ceguera nacional-liberal les hace negar que jamás haya existido una cuestión agraria. Evidentemente, los Jóvenes Turcos esperan que una remoción de la administración, unida a las formas y procedimientos del parlamentarismo, bastará para contener a los campesinos. Se equivocan completamente. El descontento del campo con el nuevo orden de cosas se reflejará ineluctablemente en el ejército, que está compuesto por campesinos. La conciencia de los soldados ha tenido que crecer considerablemente en los últimos meses. Y si un partido basado en los oficiales, después de no haber dado nada a los campesinos, intenta reafirmar la disciplina en el ejército, puede que los soldados se subleven otra vez, pero ahora contra sus oficiales, como éstos se habían levantado antes contra Abdül Hamîd.

Tras la cuestión agraria está la *cuestión obrera*.

Ya hemos dicho que la industria turca es muy débil. El régimen del sultán no sólo minó los cimientos económicos del país, sino que deliberadamente obstaculizó la construcción de fábricas movido por un saludable temor al proletariado. Sin embargo, preservar completamente al régimen contra este peligro se hizo imposible. Las primeras semanas de la revolución turca estuvieron marcadas por huelgas en las panaderías, las imprentas, el textil, los transportes públicos, la manufactura del tabaco, los obreros portuarios y los ferroviarios. El boicot a las mercancías austriacas<sup>40</sup> habría debido movilizar e inspirar aún más al joven proletariado de Turquía (especialmente a los estibadores) que jugó un papel decisivo en esta campaña. ¿Y cómo ha respondido el nuevo régimen al nacimiento político de la clase obrera? Con una ley que impone trabajos forzados a los huelguistas. El programa de los Jóvenes Turcos no dice ni una palabra sobre medidas precisas a favor de los obreros. Y, sin embargo, tratar al proletariado turco como una *quantité négligeable* [en francés en el texto] significa correr el riesgo de serias sorpresas.

La importancia de una clase no puede ser evaluada simplemente por su número. La fuerza del proletariado contemporáneo, aunque sea numéricamente pequeño, reside en el hecho de que concentra en sus manos el poder productivo del país y el control de los más importantes medios de comunicación. Frente a este hecho elemental de la economía política capitalista, el partido de los Jóvenes Turcos se dará de bruces con la realidad.

Estas son las contradicciones sociales profundas, incluso cuando estén veladas, entre las que está llamado a funcionar el parlamento turco. De los 240 diputados, los Jóvenes Turcos cuentan con el apoyo de unos 140. Otros 80 diputados, fundamentalmente árabes y griegos, forman el bloque de los descentralizadores. El príncipe Sabâheddin<sup>41</sup> busca una base de influencia política mediante una alianza con ellos, y hoy por hoy es

difícil precisar si se trata de un soñador diletante carente de sentido común o de un intrigante que esconde su juego. En la extrema izquierda se encuentran los revolucionarios armenios y búlgaros que cuentan entre sus filas con algunos socialdemócratas.

Esta es la fisonomía externa, todavía demasiado externa, de la asamblea representativa de Turquía. Pero los Jóvenes Turcos y los descentralizadores constituyen aún unas nebulosas políticas cuyos contornos se definirán en relación con los problemas sociales. Sin embargo, las fuerzas que operan fuera del parlamento, los extranjeros, los campesinos, los trabajadores, la masa de los soldados, son aún más importantes para la suerte del parlamentarismo turco. Cada uno de estos grupos quiere obtener el mejor lugar posible bajo el techo de la nueva Turquía. Cada uno tiene sus propios intereses y sigue su propio camino en la revolución. Determinar previamente la resultante de todas estas fuerzas en el parlamento turco por pura especulación, es decir por cálculos efectuados desde una oficina o una biblioteca, es tarea que sólo tiene sentido para los doctrinarios utopistas del liberalismo. La historia jamás funciona así. Enfrenta crudamente a las fuerzas vivas del país y le obliga a producir una *resultante* de la lucha. Por ello mantengo que la revuelta militar de Macedonia<sup>42</sup> de julio pasado, que condujo a la convocatoria de un parlamento, no fue más que el prólogo de la revolución: el drama se representa aún ante nosotros.

¿Qué pasará en Turquía en un futuro inmediato? Sería frívolo intentar hacer previsiones. Una cosa está clara, que la victoria de la revolución significará la victoria de la democracia en Turquía, que una Turquía democrática serviría de fundamento a una federación balcánica y que esta federación balcánica limpiaría de una vez por todas el *avispero* del Próximo Oriente de intrigas capitalistas y dinásticas que amenazan como una tormenta no sólo a esta desgraciada península sino a Europa entera.

La restauración del Sultán y su despotismo significaría el fin de Turquía y dejaría al estado turco a merced de los que quieren desmembrarlo. La victoria de la democracia turca, al contrario, significaría la paz.

¡La partida no ha acabado! Y mientras que tras las amplias sonrisas de los diplomáticos ante el parlamento turco se perfilan las mandíbulas de los predadores capitalistas, prestos a aprovecharse a la primera ocasión de las dificultades internas de Turquía para descuartizarla, la democracia europea apoya con todas sus fuerzas, su simpatía y su sostén a la nueva Turquía, la Turquía que aún no existe, que sólo está a punto de nacer.

*Kievskaya Mysl*<sup>43</sup> número 3, 3 de enero de 1909

## Los Balcanes, la Europa capitalista y el zarismo [1908]

### I. La “conspiración” de Austria y Bulgaria

Con el pretexto de una huelga ferroviaria, el príncipe Fernando<sup>44</sup> de Bulgaria se apoderó de la línea de Rumelia Oriental que era propiedad de los capitalistas austriacos. Para defender sus intereses, el gobierno de Viena publicó inmediatamente una protesta adaptada. Esta protesta fue aparentemente tan bien escrita que incluso el *Arbeiter Zeitung*<sup>45</sup> de Viena se sintió obligado a expresar su indignación ante los “calumniadores” ingleses y franceses que afirmaban ver detrás del acto del príncipe la habilidad de un director austriaco. Y, sin embargo, los calumniadores tenían razón. No sólo la toma de

control de la línea ferroviaria turco-austriaca, sino también la protesta de Austria fueron elementos necesarios de una conspiración de los gobiernos austriaco y búlgaro. Este hecho se reveló en dos o tres días. El 5 de octubre de 1908, Bulgaria proclama su independencia y dos días después Austria-Hungría anunció la anexión de Bosnia y Herzegovina. Estos dos actos constituyen una violación del Tratado de Berlín<sup>46</sup>, aunque no han cambiado el mapa político de Europa en modo alguno.

Los estados que ahora forman la península balcánica fueron fabricados por la diplomacia europea alrededor de la mesa de la Conferencia de Berlín de 1879. Allí se adoptaron todas las medidas necesarias para transformar la diversidad nacional de los Balcanes en una mezcla constante de pequeños estados. Ninguno de ellos debía desarrollarse más allá de un cierto límite, cada uno de ellos estaba atado por separado en lazos diplomáticos y dinásticos y se oponía a todos los demás y, finalmente, todos eran impotentes frente a las maquinaciones e intrigas permanentes de las grandes potencias de Europa. Sectores del territorio poblado por búlgaros fueron separados de Turquía en esta conferencia y transformados en un principado vasallo, mientras que la Rumelia Oriental, cuya población era casi enteramente búlgara, permanecía unida a Turquía. La revuelta que sacudió estos territorios en 1885<sup>47</sup> cambió la forma en que los diplomáticos de la Conferencia de Berlín los dividieron, y en contra de la voluntad del zar Alejandro II, Rumelia Oriental se separó efectivamente de Turquía y se convirtió en el sur de Bulgaria. La dependencia del principado *vasallo* de Bulgaria con respecto a Turquía no encontró ninguna expresión práctica. El pueblo búlgaro ganó tan poco con la desaparición de esta reivindicación como el pueblo turco, pero el agente austríaco, el príncipe Fernando de Coburgo, alcanzó el punto álgido de su carrera al dejar de ser un príncipe vasallo y convertirse en un monarca soberano.

La anexión de Austria de las dos antiguas provincias turcas y de Herzegovina no cambió realmente las fronteras de los dos estados. Los gritos penetrantes de la prensa patriótica eslava rusa que denuncia las violencias austríacas ejercidas contra los eslavos no pueden alterar el hecho de que estas dos provincias fueron entregadas a la monarquía de los Habsburgo hace más de treinta años por la propia Rusia. Este fue el pago que Austria recibió como resultado del acuerdo secreto de Reichstad 1876<sup>48</sup> con el gobierno de Alejandro II, como recompensa por su neutralidad durante la guerra ruso-turca de 1877. La Conferencia de Berlín de 1879 sólo confirmó el derecho de Austria a ocupar estas provincias por un período indefinido, y el gobierno zarista recibió (a cambio de estas dos provincias eslavas tomadas de Turquía por Austria) la Besarabia moldava de Rumania. En el lenguaje ladrón de la diplomacia, este tipo de arreglo a costa de un tercero se llama “compensación”. En cualquier caso, podemos consolarnos con la idea de que si Kruševan, Purišjeviš, Krupenskij<sup>49</sup> y otras personalidades conocidas de Besarabia no son realmente rusas en el sentido etnográfico de la palabra, todavía forman un *equivalente genéricamente eslavo*, ya que las recibimos a cambio de los serbios y los croatas bosnios.

La política de Austria en los Balcanes combina naturalmente el saqueo capitalista, la estupidez burocrática y la intriga dinástica. El gendarme, el financiero, el misionero católico y el agente provocador comparten el trabajo. Y a su obra común se le llama una tarea cultural.

Durante sus treinta años de reinado en Bosnia-Herzegovina, Austria, aunque había socavado fundamentalmente el carácter *bárbaro* de la economía natural que la dominaba, no se sentía preparada para emprender la abolición de las formas feudales mantenidas en las relaciones agrarias. El campesino bosnio, aún hoy, paga un tercio de su cosecha al señor (el *bey*). Al mismo tiempo, el porcentaje de analfabetos se redujo del 95 al 84 %, pero el número de emigrantes ha aumentado considerablemente. Tras el estallido de la revolución en Turquía, que provocó una gran fermentación política entre los bosnios, el

gobierno del emperador Francisco José<sup>50</sup> pidió a su agente provocador Nastič<sup>51</sup> que organizara el ruidoso asunto de los separatistas serbios, y también *coronó* estos treinta años de trabajo civilizador extendiendo la soberanía del emperador de Austria y rey apostólico de Hungría a las provincias de Bosnia y Herzegovina. Prometió conceder a los habitantes un “autogobierno”, en forma de asamblea provincial (Landtag<sup>52</sup>), basado en el voto censal, en las curias corporativas. El aumento de los registros y detenciones tenía por objeto preparar a los bosnios para estos privilegios constitucionales.

Si bien la conspiración de los Habsburgo y Saxo-Coburgo<sup>53</sup> no alteró las relaciones de facto existentes, sí violó las normas sagradas del derecho internacional. El Tratado de Berlín constituye la base formal del equilibrio europeo en su conjunto. Aparte de las obligaciones *morales*, este equilibrio es aparentemente preservado por los ejércitos, las fortalezas y los buques de guerra y es objeto de una atención constante por parte de los diplomáticos. Sin embargo, esto no le ha impedido a un participante en el Congreso de Berlín, a saber, Austria, violar ese tratado tan pronto como se ha presentado una oportunidad favorable. La miserable incapacidad del *concierto* europeo para preservar un tratado bajo su protección es una negación despiadada de las ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar la paz celestial a través del arbitraje entre estados capitalistas (¡*Jaurès!*). Los tribunales de arbitraje, los congresos, las conferencias y sus *veredictos* no tienen más poderes coercitivos que los tratados internacionales.

## II. La nueva Turquía se enfrenta a viejas dificultades

La proclamación de la independencia de Bulgaria y la anexión de Bosnia son consecuencias inmediatas de la revolución turca, no porque haya debilitado a Turquía, sino porque la ha fortalecido. La condición previa histórica para el Tratado de Berlín fue la desintegración de la antigua Turquía, un proceso que Europa aceleró, aunque manteniéndolo dentro de ciertos límites. La revolución aún no ha revivido el país, pero ha creado las condiciones para tal renacimiento. Bulgaria y Austria se enfrentaron al peligro real o aparente de que Turquía podría querer por un momento y ser capaz de convertir la ficción en realidad. Esto explica la prisa y el pánico con que Fernando se apoderó de la corona, mientras que el emperador Francisco José amplió las propiedades sometidas a su corona. Sin embargo, el monarca austríaco reveló abiertamente su temor a una Turquía en recuperación: mientras anexaba Bosnia, “deliberadamente” retiró su guarnición del distrito de Novi Pazar. Esta medida extremadamente importante fue deliberadamente ocultada por ambas partes (por los proaustriacos para enmascarar la cobarde retirada de la monarquía de los Habsburgo, pero también por los paneslavistas para no debilitar la impresión causada por el “crimen” de la anexión de Bosnia).

Basta con echar un vistazo al mapa de los Balcanes para ver la importancia de la región de Novi Pazar, esta estrecha franja de territorio perteneciente a Turquía pero poblada por serbios y ocupada por tropas austriacas como resultado del Tratado de Berlín. Por un lado, es una cuña entre dos partes de la “vieja Serbia”, la propia Serbia y Montenegro, y por otro, un puente entre Austria y Macedonia. Una línea ferroviaria que la cruzara (para la que Austria había obtenido una concesión en los últimos días del antiguo régimen de Turquía) uniría la línea austrobosnia con la línea turcomacedonia. La importancia económica directa del segmento de Novi Pazar era insignificante y los imperialistas austriacos no lo ocultaban. Por otra parte, abrió una ruta estratégica para un avance austríaco en los Balcanes y este proyecto formaba parte de la perspectiva de un desmembramiento inminente de Turquía. Cuando esta esperanza se acabó, Austria se apresuró a quitar la mano que, con avaricia y cobardía, extendía hasta ese caldero hirviente que es Macedonia.

De este modo, Turquía no ha perdido nada, al contrario, ha recuperado una provincia cuyo destino parecía dudoso, por no decir otra cosa. Si reaccionó con una protesta tan fuerte fue porque después de la larga serie de apaciguadores discursos de bienvenida al nuevo régimen, volvió a ver sin máscara la codiciosa mandíbula del imperialismo europeo. ¿No fue el ascenso de Fernando a la posición de soberano un primer paso que sería seguido por un intento de apoderarse de Macedonia? ¿Y la evacuación del *sanjak* de Novi Pazar, no es una invitación a Serbia y Montenegro para que se apoderen de esta provincia y la conviertan, al entrar en guerra con Turquía, en una protección para la retaguardia de Austria?

Que Rusia fuera detrás de Bulgaria y Alemania detrás de Austria es fácilmente comprensible pues los capitalistas y los círculos gobernantes en Alemania vieron el renacimiento turco sin mucha simpatía. En los últimos años antes de la revolución, el capital alemán ha pasado de un triunfo a otro en Turquía. El gobierno de Abdül Hamíd otorgó una concesión para la finalización del ferrocarril en Anatolia, en una zona en la que parece haber ricos yacimientos de petróleo. Líneas navieras, sucursales bancarias, un monopolio en el suministro de armamentos, concesiones ferroviarias, pedidos de todo tipo, junto con una riqueza natural en expansión y una mano de obra barata: el capitalismo alemán podía ver oportunidades de oro. La revolución minó la influencia política de la monarquía Hohenzollern en Constantinopla, creó la posibilidad del desarrollo de una industria turca *nacional* y desafió la adquisición, a través de la corrupción y las intrigas capitalistas, de concesiones obtenidas para los negocios alemanes. El gobierno de Berlín decidió retirarse temporalmente y esperar a ver qué pasa. La consolidación de la posición de los Jóvenes Turcos hizo aún más necesario buscar un acercamiento con ellos. Sin embargo, esto no impide que la Alemania capitalista acoja sinceramente la caída de la Turquía constitucional con el mismo ardor que ha puesto en saludar hipócritamente su victoria hasta ahora.

Por su parte, Gran Bretaña expresa sus sentimientos de amistad hacia el nuevo régimen con mayor calidez, ya que ha debilitado la posición de Alemania en los Balcanes. En el contexto de la lucha constante entre estas dos grandes potencias europeas, los Jóvenes Turcos buscaron naturalmente apoyo y *amigos* en el Támesis. Pero el punto sensible en las relaciones angloturcas es Egipto. Por descontado que no se pueden albergar dudas sobre de la evacuación voluntaria de Inglaterra de este país: está demasiado preocupada por la dominación del Canal de Suez como para aceptarla. ¿Apoyará Inglaterra a Turquía en caso de dificultades militares? ¿O apuñalará a Turquía por la espalda simplemente anexándose Egipto? En cualquier caso, no es el afecto sentimental a la Turquía liberal, sino los fríos y cínicos cálculos imperialistas los que guían las acciones del gobierno británico.

Turquía, como ya se ha dicho, tenía motivos para temer que el cuestionamiento de sus derechos ficticios por parte de Bulgaria y Austria pudiera ir seguido de golpes a sus propios intereses. Sin embargo, no se arriesgó a desenvainar la espada, sino que se limitó a apelar a los poderes presentes en el Congreso de Berlín. No cabe duda de que una guerra popular lanzada por iniciativa de los Jóvenes Turcos haría que su poder fuera indestructible, ya que este poder está tan estrechamente ligado al papel desempeñado por el ejército. Pero con una condición: que la guerra sea victoriosa.

Y precisamente, no había esperanza de victoria. El viejo régimen había dejado al nuevo un ejército desorganizado hasta en el más alto grado: una artillería sin armas, una caballería sin caballos y una infantería sin rifles modernos en cantidad suficiente y una armada aún menos apta para la guerra que la de Rusia. Incluso si Gran Bretaña concediera un préstamo considerable, no se trataba de ir a la guerra con Austria en estas condiciones. Todavía queda la cuestión de una posible guerra con Bulgaria. En este último caso,

Turquía podría esperar la victoria oponiendo cantidad y calidad. Pero, ¿cuál habría sido el resultado de tal victoria? El restablecimiento del estatuto formal de vasallaje de Bulgaria. Tal ganancia no merece una guerra. ¿La recuperación de Rumelia Oriental? Esto no fortalecería a Turquía, sino más bien a las ya fuertes tendencias centrífugas que el nuevo régimen ha intentado superar.

Los elementos reaccionarios que no tienen nada que perder en todos los casos han provocado una fuerte agitación a favor de la guerra y, a juzgar por las noticias de Constantinopla, han logrado debilitar la influencia del ministerio y del comité de los Jóvenes Turcos. Este último intentó, por un lado, canalizar la indignación popular dirigiéndola hacia un boicot a los bienes austriacos y, por otro, concentró los regimientos más seguros en Constantinopla dispersando a los más dudosos por otros lugares. El control del ejército sigue siendo como antes la fuerza principal de los Jóvenes Turcos. Pero es precisamente en la naturaleza limitada de esta base social donde reside la principal fuente de peligro para el nuevo orden. La plataforma electoral del partido gobernante se limita exclusivamente a cuestiones políticas y culturales. Es en este ámbito donde se desarrolla la actividad del gobierno.

Su primera incursión en el campo social fue la adopción de medidas draconianas contra las huelgas. Los líderes de los Jóvenes Turcos negaron categóricamente la existencia de un problema obrero en Turquía y vieron en él su superioridad sobre Rusia. La industria turca, cuya expansión fue sistemática y deliberadamente frenada por el antiguo régimen, se encuentra todavía en un estado embrionario. El proletariado de Constantinopla está formado por los trabajadores de los tranvías, de las fábricas de tabaco, de los muelles y de las imprentas. La debilidad del proletariado le impide ejercer una fuerte presión sobre el partido gobernante por el momento.

Una influencia incomparablemente mayor en el curso de los acontecimientos en Turquía puede provenir del campesinado. Sometido a una semiservidumbre, encerrado en las trampas de las redes de usura, el campesinado, una quinta parte del cual carece de tierra, requiere medidas agrarias fundamentales por parte del estado. Sin embargo, sólo el partido armenio Dashnaktsutiun y el grupo revolucionario búlgaromacedonio dirigido por Sandansky presentaron un programa agrario más o menos radical. En cuanto a los Jóvenes Turcos, ignoran tanto la cuestión campesina como la cuestión obrera. Es muy poco probable que el campesinado turco pueda expresar sus necesidades sociales en las elecciones parlamentarias. Pero, ¿se puede sentir su voluntad de manera más efectiva a través del ejército? Los acontecimientos de la revolución deben haber desarrollado considerablemente la conciencia no sólo de los oficiales sino también de los soldados. No hay nada improbable en la perspectiva de que, así como los intereses de la *nación* burguesa se han expresado en el cuerpo de oficiales, las necesidades de los campesinos puedan manifestarse a través de la masa de soldados. En tales condiciones, podría ser fatal para la Turquía parlamentaria si un partido basado en la jerarquía militar ignora la cuestión campesina.

En cualquier caso, Turquía necesita hoy la paz. Al entablar negociaciones directas con Austria y Bulgaria, Turquía ha manifestado su intención de reconocer los hechos a condición de que estos estados asuman la carga de una fracción correspondiente de la deuda estatal. Esta sería sin duda la mejor forma de avanzar para Turquía, que, en las circunstancias actuales, no puede cancelar la pesada deuda acumulada por el antiguo régimen. Tan pronto como la cuestión que estamos debatiendo se reduzca al volumen de una suma de dinero, es probable que las negociaciones tengan éxito.

Pero mientras escribo estas líneas, las negociaciones se han roto. No está claro si esto es temporal o permanente. Sin embargo, lo que está perfectamente claro es que la diplomacia británica y, sobre todo, la diplomacia rusa, están haciendo todo lo que pueden

para impedir un acuerdo bilateral entre Turquía y Austria. La tarea que se han fijado es convocar un congreso internacional para revisar el Tratado de Berlín, lo que obviamente no se basa en un respeto platónico del *derecho* internacional.

### III. Intrigas para una compensación “desinteresada”

El enemigo más traicionero de la nueva Turquía es, sin duda, la Rusia zarista. Mientras que Japón ha rechazado a Rusia de las costas del Pacífico, es de los Balcanes de donde es probable que una Turquía fuerte la aleje. Turquía, consolidada sobre la base de los principios democráticos, se convertiría en un centro de atracción política para el Cáucaso y no sólo para los musulmanes. Vinculada a Persia a través de la religión, tal Turquía también podría expulsar a Rusia de ese país y convertirse en una seria amenaza para las posesiones rusas en Asia Central. Además, San Petersburgo está dispuesto a atacar a la nueva Turquía por todos los medios posibles. El medio consentimiento a la anexión de Bosnia y Herzegovina dado por Isvolsky (Ministro de Asuntos Exteriores de Rusia) a Aehrenthal (Ministro de Asuntos Exteriores de Austria) se produjo sin duda teniendo en cuenta los beneficios que Rusia podría obtener del desorden en los Balcanes. Una conclusión pacífica de los recientes conflictos conduciría a un acercamiento entre Bulgaria y Austria y al fortalecimiento de Turquía. En otras palabras, significaría el fin de la influencia política de Rusia en los Balcanes. Impedir un acuerdo bilateral entre las partes directamente afectadas, poner en juego todos los apetitos, todos los deseos de las potencias europeas, hacer que se peleen entre sí para que puedan apoderarse de un trozo de piel de oso: esta es la tarea inmediata de la diplomacia rusa.

Ya he tenido la oportunidad de escribir en estas páginas que, en su fase actual, la diplomacia zarista carece totalmente de una *idea* unificadora y puede definirse como oportunismo parasitario; está alimentada principalmente por el conflicto entre Alemania e Inglaterra y es parasitaria, incluso en relación con las políticas imperialistas de los gobiernos capitalistas. Combina la alianza con Francia con la *amistad* con Alemania, acuerdos secretos con Aehrenthal con reuniones oficiales con Pichon (ministro francés). Explotar todas las grietas de la política internacional sin dejar atrapada la cola en ninguna: esta es la misión a la que la diplomacia rusa está condenada por su debilidad política. Pero para que esta táctica parezca tener posibilidades de éxito, aún requiere independencia financiera, aunque sea temporal, de los gobiernos que tienen las mejores cartas. Sin embargo, los acontecimientos en los Balcanes estallaron en medio de las negociaciones por un préstamo ruso de medio billón de dólares. Las condiciones económicas y políticas para la concesión de este nuevo préstamo son extremadamente desfavorables. La cosecha del año es inferior a la media y muy baja en varias provincias. La balanza comercial muestra una clara determinación para los primeros meses del año: las exportaciones han caído bruscamente, incluso en comparación con los años de guerra con Japón y *disturbios*<sup>54</sup>. Tampoco cabe duda de que el mercado de valores europeo ha tenido en cuenta, a su manera, la agitación estudiantil<sup>55</sup> que ha aprendido a considerar como un síntoma alarmante. Las negociaciones sobre el préstamo, llevadas a cabo con la participación activa de los banqueros rusos, se están alargando indefinidamente. La Bolsa de Moscú explica su profunda depresión por la falta total de información sobre la fecha, el lugar y las condiciones para obtener el préstamo en cuestión.

Para que Rusia tenga las manos libres en los Balcanes, necesita sobre todo liquidez. Este es el talón de Aquiles de la diplomacia zarista. Gran Bretaña, que coordina su política exterior con Francia, está intentando utilizar a Rusia contra Alemania y Austria, pero no tiene ninguna razón para reforzar el zarismo en los Balcanes a su costa. Por lo tanto, es poco probable que acepte conceder un préstamo sustancial antes de la conferencia o, en términos más generales, antes de que las complicaciones en el norte se

hayan resuelto por completo. Sin embargo, podría hacerlo si, anteriormente, hubiera atado totalmente la diplomacia zarista, asegurándose de que su influencia funcionara a favor de Gran Bretaña. Esto es lo que hay detrás del humor involuntario pero relevante de la prensa financiera británica cuando pide a Rusia que muestre el mayor “desinterés” en los Balcanes.

Atrapado en las contradicciones de su situación, Isvolsky deambula por Europa, pasando de un gobierno a otro aparentemente con la esperanza de que su influencia aumente en proporción al volumen de sus gastos de viaje. Y dondequiera que vaya, el ministro ruso oye detrás de él el coro patriótico de la prensa rusa, en el que los ladridos roncros de *Novoe Vremja* coinciden con los gritos de deseo del *Reč* de Miliukov<sup>56</sup>. “*Austria ha crucificado vergonzosamente a los pueblos eslavos*”, gritan los cadetes, los octogenarios y el pueblo de *Novoye Vremya*, “*en consecuencia, exigimos una indemnización, la más pura y desinteresada, indemnización*”. La histeria de estos patriotas, cada uno de los cuales quiere gritar más fuerte que el otro, ha alcanzado su punto álgido en las últimas semanas. Todo se mezcla en una pila asquerosa de la que escapan fragmentos de programas políticos, *paneslavismo* y *retórica*. “*Compensación y que sea la más desinteresada del mundo*”. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿De qué naturaleza? Nadie puede responder. La impotencia y la confusión sólo aumentan su irritación. *Novoe Vremja* desarrolla nuevos planes y propone cada día nuevas combinaciones. Después de mostrarles a los turcos sus dientes, de repente pasamos a las expresiones de amistad. “*De hecho, los moscovitas y los otomanos están más preparados el uno para el otro que para cualquier otro*”.

La misma inestabilidad febril marca la prensa del octubrista<sup>57</sup>. En las últimas semanas, ha afirmado su apoyo a un acercamiento angloruso con creciente determinación, sobre el que hasta ahora había expresado frías reservas. Acogiendo con satisfacción la formación de las cámaras de comercio anglorusas en San Petersburgo y Londres, el periódico *Golos Moskvyy*<sup>58</sup> puso esta nueva combinación internacional bajo la protección de la “*clase que ayuda ser más que nadie a unir a la gente*”. Pero después de que la prensa británica publicara un sermón para Isvolsky sobre los peligros de la codicia, el órgano semioficial del octubrismo se enfureció contra Gran Bretaña, que una vez más había mostrado su “*habitual perfidia*”.

Peor que nada, sin embargo, fue la actitud de la prensa liberal, que busca cómo dar a su imperialismo de pseudooposición una justificación de principio *paneslavista*. Durante sus vacaciones, Miliukov inspeccionó la Península Balcánica y llegó a la conclusión de que todo marchaba bien allí. Con la audacia que lo caracteriza, señaló desde Belgrado que el acercamiento entre Serbia y Bulgaria ya estaba muy avanzado y que pronto daría sus frutos...

Sin embargo, el neopaneslavismo pasaría pronto por una experiencia desagradable unas semanas después. ¿Qué demonios ha pasado? Que los búlgaros han logrado llevarse bien con el “*enemigo jurado de los eslavos*”, Austria, y que le han ayudado a que se anexe las dos provincias pobladas por serbios. Con el apoyo constante de los cadetes, Isvolsky, encarnando el llamado “nuevo curso”, dio su consentimiento secreto a la *crucifixión* del eslavismo. Los polacos, rutenos y checos del Imperio Austríaco, a través de sus organizaciones nacionalistas, expresaron en las delegaciones austrohúngaras su plena solidaridad con la anexión llevada a cabo por la monarquía de los Habsburgo. Así, sólo dos días después del congreso *paneslavo* celebrado en Praga<sup>59</sup>, la historia ha demostrado una vez más que la solidaridad de todos los eslavos no es más que una afirmación hipócrita y que ni los intereses nacionaldinásticos ni los burguesoimperialistas están guiados por un manual de etnografía.

Los cadetes han perdido los últimos restos de su cobertura ideológica, y con ellos sus últimos vestigios de vergüenza. *Reč* se queja en un tono emocionado de que el gobierno está dificultando que el pueblo celebre mítines para protestar contra la anexión de Bosnia y para apoyar a Isvolsky. El órgano semioficial de los cadetes se apresuraba con celo servil a preguntarse si Isvolsky “no había cedido mucho a los turcos” (*Reč* del 1 de octubre). Esa es la lógica de la sumisión de la oposición. Habiendo empezado por protestar porque Austria se anexionó dos provincias que habían sido tomadas de Turquía, terminaron pidiendo presión... sobre Turquía. ¿Qué se entiende aquí por “renunciar a mucho”? ¿Les debe algo Turquía a Miliukov y Hessen? Hace dos años, estos caballeros fueron a París a buscar el apoyo de los radicales franceses contra el zarismo. Y ahora están llamando al gobierno zarista contra la nueva Turquía, que está luchando por revivir. Las pérdidas sufridas por Turquía les sirven de pretexto para exigir una compensación para Rusia a expensas de Turquía.

Así, la prensa burguesa está preparando las condiciones para una conferencia internacional en la que la diplomacia zarista debe aparecer, en palabras de *Novoe Vremja*, como “la protectora de los débiles y defensora de los derechos violados”.

#### IV. ¡Fuera de los Balcanes! ¡Salid de Tabriz!

La diplomacia rusa pretende garantizar la libertad de su armada para entrar en el Mediterráneo desde el mar Negro, en cuyas aguas está confinada desde hace más de medio siglo. El Bósforo y los Dardanelos<sup>60</sup>, los dos pasos hacia el mar, están en manos de la artillería turca, que es la guardiana de los estrechos bajo el *mandato* europeo. Si los buques de guerra rusos no pueden salir del mar Negro, los buques de otros estados no pueden entrar en él. La diplomacia zarista quiere que se abra la puerta, pero sólo para su propia flota. Gran Bretaña no puede aceptar esta afirmación. La desmilitarización de los estrechos sería aceptable si pudiera enviar su flota al mar de Mármara y al mar Negro. En este caso, Rusia con sus insignificantes fuerzas navales sería la perdedora.

Turquía perdería en ambos casos. Su propia flota es irrisoria y el estado que pudiese conducir sus barcos a los muros de Constantinopla sería el dueño. *Novoe Vremja* protesta contra Inglaterra porque niega al gobierno zarista un derecho que, dada la debilidad de la flota del mar Negro, sería de “carácter puramente simbólico” y, al mismo tiempo, insiste en que el gobernador del sultán abra los estrechos a Rusia, prometiendo a cambio defender la autoridad de Turquía sobre los estrechos frente a cualquier invasión de las demás potencias. Hablando en nombre del Tratado de Berlín, en contra de un acuerdo bilateral entre Turquía y Austria, a la propia Rusia le gustaría violar el mandato europeo mediante un acuerdo bilateral con Turquía. Si Rusia obtuviera satisfacción, esto supondría un peligro no solo para el desarrollo pacífico de Turquía, sino también para la paz en Europa en su conjunto.

Mientras que, en Europa, Isvolsky ató los nudos de las intrigas diplomáticas, el coronel Lyájov mantiene en Asia su puesto en la misma actividad general cortando los nudos diplomáticos con la espada. Tras el ruido de los acontecimientos balcánicos y el rebuzno patriótico de la prensa *nacionalista*, el zarismo se prepara una vez más para pisotear la Persia revolucionaria bajo la bota cosaca. Y esto se hace no sólo con el consentimiento moral de Europa, sino con la complicidad activa de la Inglaterra *liberal*.

La victoria de Tabriz, la ciudad más importante de Persia, contra el ejército del Sha ha amenazado con desbaratar completamente los planes de los diplomáticos de Petersburgo y Londres. Esta victoria decisiva de la revolución, que no solo ha abierto la perspectiva de un renacimiento económico y político de Persia, sino también la de prolongada guerra civil, ha causado un daño inmediato a los intereses de los capitalistas rusos y británicos. Habiendo disuelto el Majlis (parlamento) en nombre del orden, Liájov

ha abierto las puertas a la anarquía en todo el país. Mientras que Liájov engrasa sus ametralladoras y afila sus bayonetas para otras operaciones militares, *Novoe Vremja* pronunciaba la sentencia condenando a Persia: “*No hay que olvidar [dijo el periódico] que toda la parte oriental de Transcaucasia y Azerbaiyán forman una sola unidad étnica [...] Los comités armenios no solo operan en nuestro país, sino también en Persia, con el objetivo de unificar el movimiento revolucionario y causar un desastre general [...] Los semiintelectuales tártaros de Transcaucasia, olvidando que son súbditos rusos, muestran una cálida simpatía hacia los problemas de Tabriz. Envían voluntarios: el séquito de Sattor Khan<sup>61</sup> está formado por jóvenes demagogos tártaros y armenios*”. En vano el Encümen [Anjoman]<sup>62</sup> de Tabriz apeló a los “*pueblos civilizados y humanos del mundo*”, pidiéndoles que recordaran las luchas libradas “*por sus propios antepasados heroicos*” por “*los principios de justicia y ley*”. En vano los emigrantes de Persia publicaron una carta ardiente en el *Times* pidiendo que Europa dejara a Persia en paz y le permitiera resolver sus propios asuntos.

En vano: la sentencia había sido dictada, Persia condenada. Comentando las recientes conversaciones entre Isvolsky y Grey, ministro de asuntos exteriores británico, el ministerio de asuntos exteriores de Londres demostró el acuerdo entre los dos gobiernos, asegurando su “*colaboración armoniosa*” en la solución de los problemas de Asia Central. Y a partir del 24 de octubre, seis batallones de la infantería rusa, apoyados por la caballería y la artillería, cruzarán la frontera persa para ocupar Tabriz, la revolucionaria. Las comunicaciones telefónicas con esta ciudad, cortadas durante mucho tiempo, le evitan a los pueblos solidarios de Europa la necesidad de seguir día a día cómo la escoria zarista enfurecida pone en práctica la “*colaboración armoniosa*” de dos naciones *cristianas* en las humeantes ruinas de Tabriz.

Gracias a su poderoso levantamiento en todo el país, y particularmente en el Cáucaso, el proletariado del imperio ruso introdujo a Persia en la vida política. Hoy, sin embargo, no tiene la fuerza para detener el puño sangriento que se blande contra el pueblo persa. Todo lo que pueden hacer los trabajadores socialistas en Rusia es estigmatizar sin piedad no sólo el trabajo del carnicero zarista sino también el de los partidos burgueses que comparten la responsabilidad de este crimen.

“¡Fuera de Tabriz!” Esta consigna debe resonar en cada fábrica, en cada reunión de trabajadores para que pueda ser lanzada para todo el país y desde todo el mundo a la tribuna de la дума. “¡Fuera de los Balcanes!”. El zarismo no tiene derechos en Constantinopla. La flota del mar Negro no tiene nada que hacer en el mar de Mármara ni en el Mediterráneo. Independientemente de cómo los pueblos de los Balcanes resuelvan el problema de sus relaciones mutuas, lo harán mejor y más razonablemente sin interferencias del zarismo con su procesión de sangrientas provocaciones e intrigas depredadoras.

Que la voz del proletariado socialista de Rusia se eleve y sea escuchada a pesar de la pesada atmósfera de venenos reaccionarios difundidos por la prensa burguesa, exhalando chovinismo y bajo servilismo.

14 (27) de octubre [1908]

*Proletarij*<sup>63</sup>, número 38, 1 (14) de noviembre de 1908

## Segundo capítulo. Los países balcánicos y el socialismo

### Los socialdemócratas búlgaros y serbios

Cuando<sup>64</sup> la reacción europea sucedió a la Gran Revolución Francesa, dando lugar a la Santa Alianza, y de nuevo cuando la contrarrevolución movilizó todas sus fuerzas para acabar con el legado de 1848, la *cuestión de oriente* apareció en escena. Marx lo señaló en su momento<sup>65</sup>. Y ahora, tras la derrota de la revolución en Rusia<sup>66</sup>, como para dar la razón a los escépticos para los que la historia siempre se repite, la cuestión oriental vuelve a estar a la orden del día. ¡Pero con qué enorme diferencia! Entonces, los diplomáticos de Europa, raspando los mapas de los Balcanes con sus uñas, redibujaron las fronteras a su antojo, decidiendo el destino de las naciones. Hoy, los pueblos balcánicos han despertado a la existencia histórica y la cuestión balcánica se ha convertido en su asunto. Turquía opone su propia revolución al regreso del zarismo a los Balcanes; el capitalismo en los Balcanes se mantiene firmemente en pie y del caos del tiempo ha surgido finalmente la socialdemocracia de los pueblos balcánicos. Y si incluso para la diplomacia europea el rincón sudoriental de Europa ha dejado de ser el objeto pasivo de estas combinaciones depredadoras, para la socialdemocracia europea debe dejar de ser una expresión geográfica sin contenido y convertirse en una realidad política viva. El sector balcánico de la socialdemocracia se desarrolla y adquiere una forma cada vez más precisa. La sección balcánica de la Internacional<sup>67</sup> está a punto de crecer y tomar una forma cada vez más precisa.

El desarrollo capitalista en Oriente Medio está marcado por rasgos coloniales. La bolsa europea, habiendo atado a los estados balcánicos en la red de la deuda pública, saquea a los campesinos y trabajadores de la península balcánica sin distinción de nación o raza mediante sistemas fiscales “nacionales”. Los productos europeos arruinan la producción y la artesanía locales. Finalmente, el capitalismo industrial europeo, subordinando el capitalismo local, instala una red ferroviaria y las más modernas empresas en los Balcanes. Esta evolución estranguló a la pequeña burguesía desde el principio de su existencia histórica. Su desintegración económica se completa con su descomposición política. Junto con el campesinado arruinado, proporciona la “carne de cañón” política para los aventureros políticos, los demagogos callejeros, los charlatanes dinásticos y antidinásticos que prosperan como hongos en el estiércol del parlamentarismo agrario y colonial.

La estrecha capa media de la gran burguesía comienza su carrera con las palabras “cártel” y “lock-out” en la boca, políticamente totalmente separada de las masas y buscando el apoyo de los banqueros de Europa. El carácter colonial del desarrollo capitalista, aún más acentuado que en Rusia, coloca al proletariado en la posición de vanguardia combativa, pone en sus manos las fuerzas productivas más concentradas del país y le confiere una importancia política que supera con creces su fuerza numérica. Así como en Rusia el peso principal de la lucha contra el régimen patriarcal y burocrático recae sobre los hombros del proletariado, en los Balcanes es el proletariado el único que

asume la inmensa tarea de establecer las condiciones normales de convivencia y cooperación de los diversos pueblos y razas de la península. El problema es crear en un territorio cuyos límites han sido trazados por la naturaleza, formas de estado lo suficientemente amplias y flexibles como para permitir, sobre la base de la autonomía nacional de los distintos componentes, un mercado interior unificado y órganos de gobierno comunes a toda la población de la península.

*Liberarse del particularismo y de la estrechez, abolir las fronteras que dividen a pueblos en parte idénticos en lengua y cultura y en parte vinculados económicamente; y, por último, barrer las formas de dominación extranjera, directa e indirecta, que niegan a los pueblos el derecho a decidir su propio destino:* éstas fueron las formulaciones negativas que el congreso de partidos y grupos socialdemócratas del sur de Europa utilizó para definir su programa cuando se reunieron en Belgrado del 7 al 9 de enero 1910<sup>68</sup>.

El programa positivo que se desprende de ello es el de una República Federal de los Balcanes.

Las exigencias del desarrollo capitalista en los Balcanes chocan constantemente con las estrechas limitaciones del particularismo, y la federación es una idea de la que hablan los propios círculos dirigentes. Hay más: el gobierno zarista, incapaz de desempeñar un papel independiente en la península, intenta presentarse como iniciador y patrocinador de una “liga búlgaro-serbia-turca”, cuya punta se volvería contra Austria-Hungría. Pero se trata sólo de vagos planes para una alianza temporal de dinastías y partidos políticos balcánicos que, por su propia naturaleza, son incapaces de garantizar la libertad y la paz en los Balcanes.

El programa del proletariado no tiene nada en común con todo esto. Se dirige contra las dinastías y las camarillas políticas de los Balcanes, contra el militarismo de los estados balcánicos, así como contra el imperialismo europeo; contra la Rusia oficial, así como contra la Austria-Hungría de los Habsburgo. Su método no es el de las combinaciones diplomáticas, sino el de la lucha de clases. No es el método de las guerras de los Balcanes, sino de las revoluciones de los Balcanes.

Es cierto que, por el momento, los trabajadores de los Balcanes son demasiado débiles para aplicar su propia política. Sin embargo, mañana serán más fuertes. El desarrollo del capitalismo en los Balcanes se produce bajo la fuerte presión del capital financiero europeo y el próximo “boom” industrial, cuya inminencia se revela en la fiebre de la construcción en Sofía, puede conducir en pocos años a la industrialización de una región ricamente dotada por la naturaleza y favorablemente situada. Sobre esta base, la primera sacudida seria en Europa puede convertir al movimiento socialdemócrata de los Balcanes en el centro de una evolución decisiva comparable a la que protagonizaron los socialdemócratas de Rusia en 1905. Sin embargo, aún hoy, el programa de una República Federal de los Balcanes tiene una gran importancia práctica. No sólo orienta la agitación política diaria dándole una base unificadora de principios, sino que también constituye (y esto es aún más importante) la base sobre la que las organizaciones obreras nacionales de la península se acercan entre sí y, de este modo, crea una sección balcánica unificada del movimiento socialdemócrata internacional.

\*\*\*\*\*

El mérito de haber tomado la iniciativa de unificar al proletariado balcánico corresponde a los partidos socialdemócratas de Serbia y Bulgaria. A pesar de su juventud (si dejamos de lado su pasado ideológico y las consideramos sólo como organizaciones obreras), ambas sólo cuentan con siete u ocho años de actividad a sus espaldas, ya han prestado grandes servicios a la [Segunda] Internacional. En un momento crítico, tras la anexión de Bosnia-Herzegovina, en el que todos los serbios estaban embargados por la

sed de venganza, los socialdemócratas de Serbia se enfrentaron con valentía a la corriente dominante. El camarada Kaderovič, el único diputado del partido en la Skupština, tuvo el valor de decir a los nacionalistas intoxicados, y a los intrigantes de mente más sobria, lo que habían hecho. *Radničke Novin*<sup>69</sup>, el órgano central del partido, lanzó una campaña contra el líder de la camarilla militarista de Belgrado, el príncipe Jorge<sup>70</sup>, a quien los socialdemócratas obligaron a renunciar a su pretensión al trono en pocos días. Estas tácticas de realismo político y valor revolucionario reforzaron la fuerza organizativa del partido y han ampliado su influencia política.

Lo mismo puede decirse de la socialdemocracia búlgara, que luchó sin concesiones, primero contra el resentimiento patriótico que convirtió al “príncipe vasallo” de pacotilla en el “rey de Bulgaria” y luego contra la intervención rusa en la disputa turco-búlgara. La lucha contra la demagogia neoeslava, liberal en apariencia, pero reaccionaria en el fondo, es un gran servicio prestado por los socialdemócratas serbios y búlgaros. El último congreso del partido búlgaro, celebrado del 24 al 26 de julio, se transformó en una reconfortante manifestación “pansocialista” opuesta al “panslavismo”<sup>71</sup>, por la presencia en este congreso de delegados rusos, polacos, checos y serbios, en representación del proletariado de los pueblos cuya “hermandad eslava” los portavoces de la burguesía habían pretendido celebrar unas semanas antes.

Y aunque la prensa rusófila fue lo suficientemente cobarde y estúpida como para guardar silencio sobre el congreso del partido socialdemócrata, el propio congreso afirmó enérgicamente su importancia. La manifestación callejera del 24 de julio [1910], que reunió a tres o cuatro mil obreros; los discursos de los delegados extranjeros en la sesión abierta del congreso, celebrada ante varios centenares de personas, frente al local del partido obrero; la conferencia pública sobre la revolución rusa anunciada en toda la ciudad mediante carteles rojos; la discusión seria y pública de los problemas de los Balcanes, abierta por una introducción de Blagoev<sup>72</sup>. Todo esto, a pesar de los intentos de la prensa burguesa por suprimirlo, hizo que el congreso del partido socialdemócrata se convirtiera en el centro del interés político y en un episodio significativo en la historia del joven partido búlgaro.

He mencionado la conspiración de silencio de la prensa burguesa. Hay que añadir que el único diario que hasta cierto punto puede presumir de ser socialista, *Kambana*<sup>73</sup>, también guardó silencio con respecto a la manifestación internacional contra el “panslavismo”, más por razones fraccionales que de orientación política. Por eso es necesario en este punto dar algunos detalles sobre las agrupaciones fraccionales que desempeñan un gran papel en la vida de la socialdemocracia búlgara.

En 1903, el partido búlgaro se dividió en dos fracciones: los *tesnyaks*<sup>74</sup>, dirigidos por Blagoev, Kirkov, Rakovsky y Bakalov; y los *amplios* [*obščedeeci*], dirigidos por Sakazov y Babrovskij. A diferencia de los *tesnyaks*, que preservaban los principios de clase estrictos, la *fracción amplia* tendía a defender lo que llamaba el “enfoque indirecto”, es decir, la colaboración con elementos democrático-burgueses y el revisionismo en la esfera teórica. Ambos partidos mantuvieron el nombre, el programa y los estatutos del antiguo partido unido.

En 1905, se produjo una nueva ruptura entre los *tesnyaks* [*tesnjaci*], encabezados por Bakalov y Jarlakov, un grupo de *liberales* abandonó la organización, acusando a los partidarios de Blagoev de *conservadurismo*, de estrechez en el dominio organizativo, lo que condujo al aislamiento del partido de la clase obrera y amenazó con convertirlo en una “sociedad secreta”. En 1908, otro grupo de disidentes abandonó a los *tesnyaks*, los *progresistas*, cuestionando también el conservadurismo y llamando a la unidad de todos los socialistas. Su líder se llamaba Ilyev. El intento de reunir a todo el grupo fracasó

debido a la oposición de los *tesnyaks*. En respuesta, se formó el llamado partido *unificado*, que reunía a los *amplios*, a los *liberales* y a los *progresistas*.

El único vínculo entre las dos organizaciones es ahora una agria polémica entre ellas en la prensa y en las reuniones. *Kambana*, aunque no es formalmente un órgano del partido, está sin embargo vinculado al “partido unificado” y sirve en gran medida como su portavoz semioficial. Esto explica su silencio sobre las manifestaciones antieslavistas organizada por los *tesnyaks*.

La naturaleza y la forma de las agrupaciones y divisiones en el seno del movimiento socialista búlgaro se deben en gran medida a la inmadurez política del país: el bajo grado de diferenciación de la vida social, la ausencia total de tradiciones políticas, la insuficiente independencia de la vanguardia proletaria y el número desmesurado de representantes de la intelectualidad radical y social.

En todos los partidos políticos de Bulgaria, los intelectuales tienen un papel desproporcionado y la única tradición de pensamiento que reivindican es el socialismo. El fundador del partido *demócrata*, Petko Karavelov (ya desaparecido), fue en su día partidario del *Narodnaya Volya* en Rusia<sup>75</sup>. Los periodistas (e incluso los ministros) de todos los partidos burgueses búlgaros se formaron como socialistas, aunque fuera por poco tiempo. El socialismo fue su escuela primaria, pero para utilizar los conocimientos rudimentarios que adquirieron, se pasaron al otro bando. La fracción que se mantuvo fiel al socialismo durante más tiempo fueron los profesores (hombres y mujeres) de las escuelas populares<sup>76</sup>. La necesidad de educación del país, combinada con su atraso, les dio un carácter misionero y les empujó a abrazar la ideología más radical que se presentaba.

Así, el movimiento socialista búlgaro englobaba no sólo a las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera, sino también a un componente poco definido de intelectuales socialistas y semisocialistas.

Las líneas divisorias entre los partidos en Bulgaria son muy borrosas. De hecho, no existen. La demagogia es la sabiduría suprema en la política búlgara, y comparada con ella, la corrupción es un mero detalle. Es la demagogia la que gana corazones, escaños en el parlamento y carteras ministeriales. En este caos político, el excesivo predominio de intelectuales dispuestos a tomar el timón como una divinidad, crea un grave peligro de tentación y corrupción para el joven partido obrero. El ejército proletario está creciendo. Pero sigue siendo débil: su estado mayor es desproporcionado porque la posibilidad de que los líderes ejerzan una influencia política real está limitada por el pequeño tamaño de su ejército. Sin embargo, en general, es fácil para cualquier persona con un mínimo de talento desempeñar un papel político en Bulgaria. Todo lo que se necesita es un pequeño salto a un lado. Incluso este esfuerzo puede evitarse, porque la intelectualidad radical, donde brillan todos los colores del arco iris, es un puente natural desde la ideología socialista hasta la práctica burguesa.

El “enfoque indirecto” da forma precisamente a esta empresa de los intelectuales socialistas que pretenden adelantarse al proceso histórico y obtener para los socialdemócratas, mediante combinaciones políticas artificiales, la influencia que no pueden adquirir sobre la base de la actual fuerza numérica del proletariado y su grado de organización. En Bulgaria, el “enfoque indirecto”, es decir, la colaboración con los demócratas burgueses, es más peligroso que en cualquier otro lugar. Porque, ¿dónde empieza y termina esta *democracia búlgara*, llamada a la vida como un manantial por una varita mágica sobre una roca, un manantial que puede secarse tan instantáneamente como apareció?

Además, los demócratas que gobiernan en Sofía (que ayer eran republicanos y conspiradores) no están a la altura de los radicales franceses en el campo de la corrupción

política. Así vemos hoy a tal o cual partidario del “*enfoque indirecto*”, antiguo jefe del sindicato de profesores o de los ferrocarriles, instalado en cómodos nichos de los diversos gabinetes *demócratas*. Por otro lado, estas mismas condiciones crean el peligro simétricamente opuesto de transformar el partido político de la clase obrera en un “seminario” socialista.

Hemos señalado que el partido búlgaro ha sufrido tres escisiones, de modo que hay dos partidos y escisiones dentro del partido *unificado*. Los tesnyaks ven estas escisiones sólo como un proceso de “purificación” del partido obrero en relación con los intelectuales burgueses. Sin embargo, no es posible compartir esta conclusión sin reservas. No sólo porque los intelectuales también desempeñan un papel dominante entre los tesnyaks, y no sólo porque entre los “amplios” también se encuentran valiosos elementos socialistas (por lo que puedo juzgar), sino sobre todo porque no podemos ignorar el rasgo más negativo del movimiento obrero búlgaro, a saber, la división del movimiento sindical, provocada por la escisión entre los tesnyaks y el partido unificado.

Como nosotros mismos hemos participado<sup>77</sup> en el congreso, en calidad de representante de la socialdemocracia rusa, como conclusión podemos trazar un panorama de la organización y actividades de los tesnyaks. El infatigable Georgi Kirkov, elocuente secretario del partido, agitador con talento, tesorero y director del periódico oficial *Rabotničeski Vestnik*<sup>78</sup>, durante un discurso de cinco horas ilustró de forma exhaustiva sobre la vida y acción de su organización.

El último año, ésta englobaba a 56 organizaciones y grupos locales con 2.126 miembros, de los que 1.519 son obreros; además, la organización de enseñantes socialdemócratas, compuesta por 851 miembros, la organización de los empleados municipales con 250 miembros, 4 grupos estudiantiles socialdemócratas con 52 miembros, 12 círculos de educación para trabajadores con 325 miembros y 14 asociaciones de jóvenes trabajadores con 420 miembros adherentes al partido. Kirkov se quejó de que las afiliaciones al partido no hubiesen aumentado el último año más que en un 12 %; a causa de la severa selección operada por las organizaciones locales, las afiliaciones a la Confederación Sindical de las diferentes categorías sociales también se han estancado. Esta confederación ligada al partido en el plano ideológico y organizativo agrupan hoy en día a 13 sindicatos centralizados con 172 secciones locales y 4.600 miembros; el último año aumentó en 1.200 adherentes. También el año pasado, la Confederación Sindical ha gastado 15.000 leva en apoyo a las huelgas y 10.000 leva en la ayuda mutua. Además, hay una docena de publicaciones sindicales. Kirkov describió la actividad editorial y propagandística del partido con una justificada satisfacción. Durante el pasado año se realizaron 917 reuniones públicas en las que participaron 154.675 personas; se distribuyeron 647 panfletos imprimidos en 158.896 ejemplares, y 18.896 ejemplares de 157 opúsculos. En 1910 han participado 14.000 trabajadores en la manifestación del Primero de Mayo.

*Rabotničeski Vestnik*, el órgano principal del partido y de la Confederación Sindical aparece tres veces por semana y ha cerrado el decimotercer año de publicación con 3.214 abonados. El mensual del partido, *Novoe Vremja*<sup>79</sup>, dirigido por el *viejo* Blagoev, fundador del partido y teórico del marxismo en Bulgaria, cuenta con 1.275 abonados al final de su decimotercer año de publicación. La actividad editorial es el orgullo del partido: su cifra de negocios ha pasado de 124.000 francos en 1909 a 422.000 francos en 1910. Durante los últimos doce meses se han publicado doce libros y opúsculos, entre los cuales *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, de Federico Engels<sup>80</sup>, *El camino del poder* y *Las tres fuentes del marxismo. La obra histórica de Marx* de Karl Kautsky<sup>81</sup> y *Socialdemocracia y parlamentarismo*, de Parvus, con una tirada de 2.000

ejemplares en cada una de las obras. Se han publicado 3.000 ejemplares de una edición de *Mi vida*, de Bebel; y, para acabar, antes del congreso se ha editado el primer volumen de *El Capital*<sup>82</sup>, traducido por Blagoev, en 2.500 ejemplares, de los que 1.700 se habían reservado antes de su publicación. Por otra parte, hay que saber que, prácticamente en el mismo período de tiempo, ha aparecido otra edición de *El Capital* traducida por Bakalov. A pesar de su gran tradición revolucionaria, sus incomparables oradores y parlamentarios, nuestro partido en Francia tiene muchos motivos para envidiar la asombrosa actividad editorial de su homólogo búlgaro, actividad que se despliega en un país de menos de cinco millones de habitantes y con un nivel cultural bajo.

No hay que olvidar que el partido búlgaro siempre ha recibido la influencia del partido ruso. Nosotros, los rusos, sólo nos hacemos una vaga idea de la importancia de nuestra influencia. Toda la generación joven de la intelectualidad socialdemócrata búlgara está *rusificada* profundamente, igual que las capas más avanzadas del proletariado, no solamente Blagoev, que cuenta con cincuenta años, que estudió en la universidad rusa y fue arrestado en 1885 en San Petersburgo por haber organizado círculos de obreros y participado en la fundación del periódico *Rabočij*<sup>83</sup>, o Kirkov, que cuenta con cuarenta y cinco años, que acabó el bachillerato en Nikolayev y que, en aquella época ya formaba parte de los círculos de “Narodnaja Volja”. Tan aquella intelectualidad como aquel proletariado siguieron con gran atención nuestra lucha contra los *economistas*<sup>84</sup> y la escisión que se produjo a continuación entre los bolcheviques y los mencheviques. *Iskra*<sup>85</sup> es para ellos un concepto vivo, como lo es para nosotros o, mejor dicho y sin riesgo a exagerar, como puede serlo *Die Neue Zeit*<sup>86</sup> para los serbios. Los trabajadores búlgaros cantan canciones revolucionarias rusas y en los artículos políticos búlgaros suena la fraseología de nuestro partido.

L. Trotsky y K. Kabakchiev<sup>87</sup>, *Escenas de la vida política búlgara* [1 de noviembre 1910]

## La cuestión de los Balcanes y la socialdemocracia [1910]

A fines del mes de junio [de 1910], se ha celebrado en la capital búlgara el segundo congreso *paneslavo*<sup>88</sup>. Este acontecimiento puede resumirse así: políticos fracasados de diferentes países eslavos se han reunido para gritarle al mundo entero su fracaso.

El nuevo movimiento *paneslavista* entró en escena a bombo y platillo, primero con manifestaciones en San Petersburgo, después en el Congreso de Praga de 1908. Este congreso se fijó como objetivo la reconciliación de los polacos con los rusos, los rutenos con los polacos, los serbios con los búlgaros, y acabar con las fricciones y enemistades entre las clases burguesas de todas las naciones eslavas, construyendo el edificio del nuevo eslavismo sobre las bases de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El congreso celebrado en Sofía tuvo que hacer un pobre balance de los dos años transcurridos desde entonces. En efecto, durante este periodo, todas las tensiones internas del eslavismo alcanzaron un nivel sin precedentes.

La contrarrevolución puso al orden del día la persecución de polacos y ucranianos en la Rusia eslava. El nuevo *zemstvo* occidental y el proyecto de ley para la separación del distrito de Chelm<sup>89</sup> pusieron fin al zarismo constitucional en la política polaca. En Galitzia, la opresión de la nacionalidad rutena por parte de la burguesía y la pequeña nobleza polacas provocó sangrientos enfrentamientos en el recinto de la Universidad de L'vov<sup>90</sup> casi al mismo tiempo que el congreso de Sofía. Aunque las relaciones entre Serbia

y Bulgaria no empeoraron durante este periodo, tampoco mejoraron. Teniendo en cuenta estos hechos y la viva hostilidad mutua de los participantes, las arengas improvisadas en Sofía sobre la solidaridad entre todos los eslavos ni siquiera parecen hipócritas: simplemente no tienen sentido.

Los consternados y desconcertados cadetes, que hasta ayer dirigían el coro paneslavo, se retiraron, dejando paso a servidores más evidentes del zarismo. Miliukov y Maklakov se han quedado en casa. Gučkov<sup>91</sup>, el conde Bobrinskij y Cerep-Spiridovij participaron como representantes rusos. Kramarj<sup>92</sup>, líder de los Jóvenes Checos, se ocupó sobre todo de mejorar las oportunidades comerciales de la industria nacional checa en los Balcanes. Temas candentes como Polonia, Ucrania, los eslavos del sur y los Balcanes fueron evitados por todos los participantes en la comedia paneslava.

Fuera de los muros del congreso, sin embargo, todas las cuestiones de política internacional y, sobre todo, la cuestión balcánica, se debatieron clara y abiertamente en las calles y plazas de Sofía, gracias a los socialdemócratas búlgaros.

El mitin de masas presidido por Blagoev y Kirkov el 20 de junio, antes de la apertura del congreso, adoptó una resolución que derribará la máscara de los especuladores del paneslavismo. Además, a principios de julio, la socialdemocracia búlgara invitó a los representantes de los partidos socialdemócratas eslavos a su propio congreso anual, con el fin de demostrar inequívocamente a las masas balcánicas que existen dos Bulgaria, dos Serbia y dos Rusia: una, reaccionaria y prodinástica y, la otra, revolucionaria y proletaria. Como resultado, el congreso anual previsto por el Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro se transformó en una espléndida demostración de solidaridad internacional. Ésta se expresó no sólo en las fervientes ovaciones y en los intercambios mutuos de bienvenida, sino, sobre todo, en el hecho de que los delegados de todos los partidos presentes en Sofía (búlgaros, checos, serbios, rusos y rutenos) abordaron la cuestión balcánica sobre la base de las mismas propuestas y llegando a las mismas conclusiones.

Hay que distinguir dos aspectos de la llamada cuestión de oriente: el primero se refiere a las relaciones entre las naciones y los estados de la península balcánica; el segundo al conflicto de intereses y las intrigas de las potencias capitalistas europeas en los Balcanes. Ambos aspectos no son compatibles. Al contrario, una solución real de la cuestión balcánica choca con los intereses de las dinastías y las bolsas europeas. La península balcánica, que tiene más o menos el mismo tamaño que Alemania, pero alrededor de un tercio de su población (22 millones), está subdividida, además de en las provincias austrohúngaras de Dalmacia y Bosnia-Herzegovina, en seis estados independientes: Grecia, Turquía, Rumania, Bulgaria, Serbia y Montenegro. En estos seis estados, cada uno con su propia dinastía, ejército, moneda y sistema aduanero, viven muchas razas y naciones distintas: griegos, turcos, rumanos, búlgaros, serbios, albaneses, judíos, armenios, gitanos<sup>93</sup>... Las fronteras de estos pequeños estados de la península balcánica se trazaron no en función de su forma geográfica o de las necesidades de las naciones, sino como resultado de guerras, intrigas diplomáticas e intereses dinásticos. Todas las grandes potencias, especialmente Austria y Rusia, siempre han tenido interés en enfrentar a los estados balcánicos entre sí, con el fin de debilitarlos y someterlos a su influencia política y económica. Las pequeñas dinastías que reinan en estos pequeños trozos de la península balcánica han servido, y siguen sirviendo, de palanca para las intrigas diplomáticas europeas. Todo este mecanismo, basado en la violencia y la perfidia, pesa como una enorme carga sobre los pueblos balcánicos e impide su desarrollo económico y cultural.

Como consecuencia, los serbios están dispersos en cinco estados distintos. Estos forman, en primer lugar, un pequeño *reino* y un *principado-igrušečnoe*<sup>94</sup> respectivamente

Serbia y Montenegro, separados, sin embargo, por el sandjak de Novi Pazar. Aunque habitada por serbios, esta lengua de tierra pertenece a Turquía; muchos otros serbios viven en los distritos macedonios sometidos a Turquía y, por último, un número considerable de ellos se encuentra dentro de las fronteras de Austria-Hungría. Todas las demás nacionalidades balcánicas presentan el mismo panorama. La península, rica en recursos naturales, está dividida sin sentido en fragmentos muy pequeños. Los obstáculos a la circulación de personas y mercancías que suponen las fronteras y la subdivisión en minúsculos estados y naciones impiden la formación de un mercado balcánico único y el desarrollo de la industria y la cultura balcánicas. Y, sobre todo, existe un militarismo agotador, creado para mantener la división dentro de los Balcanes, foco de guerras, entre Grecia y Turquía, Turquía y Bulgaria, Rumania y Grecia, Bulgaria y Serbia, fatal para el progreso económico de la península.

La única salida a esta sangrienta confusión en los Balcanes, a este caos de estados y naciones, es la unión de todos los pueblos de la península en una sola entidad económica y política, basada en la autonomía nacional de las partes constituyentes. Sólo en el marco de un único estado balcánico podrán los serbios de Macedonia, del *sandjak*, de Serbia y Montenegro, formar una comunidad nacional y cultural, disfrutando al mismo tiempo de las ventajas de un mercado balcánico común. Sólo una vez unidos podrán estos pueblos rechazar las vergonzosas pretensiones del zarismo y del imperialismo europeo.

La unidad estatal en la península balcánica puede lograrse de dos maneras. Desde arriba, mediante la expansión de un solo estado balcánico, el más fuerte, a expensas de los más débiles: éste es el camino que conduce a la guerra de exterminio y opresión de las naciones más débiles y consolida las monarquías y el militarismo. O, desde abajo, con la unión de los propios pueblos: éste es el camino que conduce a la revolución, al destierro de las dinastías balcánicas y que permitirá izar la bandera de la república federal balcánica. El objetivo declarado de la política de cada reyezuelo balcánico, con sus ministros y partidos gobernantes, es unificar una gran parte de la península balcánica bajo una sola corona. En realidad, nadie se toma en serio las consignas de esta política: Gran Bulgaria, Gran Serbia, Gran Grecia. Son mentiras semioficiales que se dicen a los ciudadanos para ganar sus votos.

Las dinastías balcánicas, entronizadas artificialmente por la diplomacia europea y privadas de toda raíz histórica, son demasiado insignificantes y tambaleantes en sus tronos como para aventurarse en una *gran* política como la de Bismarck<sup>95</sup>, que reunificó Alemania a hierro y sangre. El primer temblor fuerte podría barrer a los Karageorgevič<sup>96</sup>, a los Sajonia-Coburgo y a las demás dinastías liliputienses de los Balcanes. La burguesía balcánica, como la de todos los países que siguieron demasiado tarde el camino del desarrollo capitalista, es políticamente estéril, cobarde, incapaz y está impregnada de chovinismo hasta la médula. La unificación de los Balcanes está totalmente fuera de su alcance. Las masas campesinas están demasiado dispersas, son ignorantes e indiferentes a la política como para esperar que tomen la más mínima iniciativa política. Así pues, la tarea histórica de crear buenas condiciones para la coexistencia estatal y nacional en los Balcanes recae sobre los hombros del proletariado. Sin embargo, esta clase es todavía poco numerosa, dado que el capitalismo balcánico está aún en desarrollo. Pero cada paso adelante en el camino del desarrollo económico, cada versta<sup>97</sup> de ferrocarril adicional y cada nueva chimenea de fábrica en los Balcanes, contribuyen al desarrollo y la organización de la clase revolucionaria. Libre de toda superstición religiosa y monárquica, de todo prejuicio democrático-burgués y nacionalista, el joven proletariado balcánico, rebosante de vigor y entusiasmo, está dando los primeros pasos en su camino histórico, aprovechando la rica experiencia de sus hermanos y hermanas europeos. Los partidos socialdemócratas búlgaro y serbio, los representantes más maduros del

movimiento obrero en los Balcanes, luchan sin tregua en dos frentes: contra las camarillas chovinistas y dinásticas y contra los planes imperialistas del zar y la Europa de las finanzas. El programa de esta lucha es claro: una república federal de los Balcanes que se convierta en el emblema de todo el proletariado consciente, sin distinción de raza, nacionalidad o frontera.

La Conferencia de los Balcanes<sup>98</sup> (celebrada el pasado invierno en Belgrado, con la participación de representantes de los partidos socialdemócratas de Serbia, Bulgaria y Rumanía, los grupos socialdemócratas de Macedonia, Turquía y Montenegro y los proletarios socialdemócratas serbios de la provincia meridional de Austria-Hungría<sup>99</sup>) elaboró los principios generales de la política balcánica del proletariado, centrada en la abolición del particularismo y el militarismo balcánicos, de los conflictos nacionales y de la opresión extranjera. La segunda conferencia de los Balcanes, que se celebrará este invierno, tendrá la tarea de crear estrechos vínculos organizativos y especificar las formas de las iniciativas políticas conjuntas de todos los partidos socialdemócratas de los Balcanes.

De este modo, ante nuestros propios ojos, está emergiendo una sección unificada de la [Internacional Socialista](#), y emerge de la oscuridad y el caos de los Balcanes. Este acontecimiento es de la mayor importancia para los trabajadores rusos. A partir de ahora, la más mínima injerencia del zarismo en los destinos de la atormentada península encontrará el rechazo categórico de la socialdemocracia balcánica.

A las mentiras de los partidos burgueses sobre la fraternidad eslava, a las acusaciones de traición a los intereses de los eslavos balcánicos, podemos oponer ahora un hecho indiscutible: el proletariado balcánico no está con ellos, sino con nosotros. Lucha con nosotros contra el zarismo que, gracias al acuerdo ruso-japonés, se ha visto con las manos libres para saquear Persia y llevar a cabo sus intrigas en los Balcanes. El proletariado balcánico declaró con nosotros una guerra implacable al paneslavismo, tanto en su versión despótica asiática como en la versión liberal de los cadetes.

La independencia de los Balcanes y la libertad de Rusia están históricamente garantizadas por la colaboración revolucionaria entre los obreros de San Petersburgo y Varsovia y entre los de Belgrado y Sofía.

*Pravda*, número 15, 1 (14) de agosto de 1910

## El congreso búlgaro [1910]

El Partido Socialdemócrata Búlgaro (o más bien la facción más conocida como *tesniak*) ha decidido transformar el congreso de este año en una manifestación pansocialista contra el paneslavismo. Con este fin, el comité central del partido búlgaro ha invitado a Sofía a los representantes de los partidos socialdemócratas ruso, polaco, serbio, checo y ruteno, en resumen, de todas las naciones con las que las clases burguesas, desgarradas por la envidia y la hostilidad, representaron la comedia de la fraternidad entre todos los eslavos, hace tres semanas, en la propia Sofía... Sin embargo, no todos los partidos socialdemócratas invitados pudieron responder al ferviente llamamiento de Sofía.

El 11 de junio, día de la inauguración del congreso, tras un desfile en el que participaron de tres a cuatro mil obreros, los delegados del proletariado búlgaro escucharon los discursos de bienvenida de los representantes socialdemócratas de Serbia

(D. Lapčević y D. Tucovič), Checoslovaquia (B. Smeral), Rutenia (V. Levinskij) y Rusia (L. Trotsky). Las sesiones del congreso se celebraron al aire libre, en el patio de la sede del partido, donde, además de setenta y cinco delegados y diez miembros del comité central y de la comisión de control, se hacinaban no menos de cuatrocientos o quinientos invitados. Las paredes del patio estaban cubiertas de banderas rojas y pequeños estandartes. Las insignias de los delegados llevaban las efigies de Marx y Bebel rodeadas por una cinta roja.

¡Marx y Bebel! Este signo manifiesto de gratitud de los socialistas eslavos, los alumnos, a sus grandes maestros alemanes, era ya una protesta significativa contra el movimiento antialemán de los chovinistas paneslavos. Es difícil dar una imagen real del entusiasmo con que los obreros búlgaros recibieron a los representantes de los partidos extranjeros y escucharon sus discursos. ¡Aplausos atronadores, ovaciones incesantes! Los búlgaros siguieron mejor los discursos en ruso y serbio que en ruteno y checo. Es cierto que la lengua búlgara está muy próxima al ruso, pero también hay que recordar que los socialdemócratas búlgaros se formaron con la literatura marxista rusa; y no sólo el *viejo* Blagoev, fundador de la socialdemocracia búlgara y cofundador de la socialdemocracia rusa<sup>100</sup>, Georgi Kirkov, que se graduó en el liceo Nikoláiev y que, ya en aquella época, participaba en los círculos de la “Narodnaja Volja”, sino también la joven generación de la intelectualidad revolucionaria búlgara que estudió en universidades suizas, donde fueron instruidos en el marxismo ruso de Plejánov<sup>101</sup> o de sus discípulos. Los trabajadores búlgaros de vanguardia, incluso los que nunca han salido de su país, están familiarizados con la literatura rusa del partido y entienden los discursos en nuestro idioma. Hay que admitirlo: los búlgaros cantan nuestras canciones revolucionarias mejor que nosotros, y la editorial del partido en Sofía ha publicado los textos de nuestras canciones revolucionarias más populares en su *Cancionero*.

La *Marsellesa* en ruso y *Vi Žertvoju pali*<sup>102</sup> precedieron al discurso de dos horas del delegado ruso sobre la revolución rusa (que ha sido transcrito y se publicará en un folleto búlgaro)<sup>103</sup>. En resumen, puede decirse, sin exagerar, que en lo que respecta a las ideas, el movimiento búlgaro deriva del ruso y, por desgracia, lo mismo ocurre con sus aspectos negativos: los socialdemócratas búlgaros están divididos en dos fracciones, enfrentadas entre sí, como los rusos.

La sección más fuerte del movimiento era probablemente la de los *conservadores* dirigidos por Blagoev, el fundador y respetado teórico del marxismo búlgaro. Disponían de una organización fuerte y centralizada, una editorial teóricamente bien informada y recursos financieros. Sus oponentes les acusaban de conservadurismo organizativo y de centrar toda su atención en la propaganda socialista dirigida a pequeños grupos, en detrimento de la agitación y la acción política. Los oponentes de los *tesnjaci* no son un grupo ideológicamente homogéneo. A la derecha, estaban los *amplios*, dirigidos por Sakazov, partidarios de la unidad de acción con el ala izquierda de la burguesía democrática, ahora en el poder en Bulgaria; más a la izquierda, estaban los seguidores de Bakalov y Jarlakov, que diferían de los *tesnjaci* en su concepción de la organización. En 1908, los seguidores de Sakazov, Bakalov y Jarlakov formaron una única organización llamada partido *unificado*. Los *tesnjaci* se negaron, y siguen negándose, a unirse a ellos, sosteniendo que el partido unificado no sería más que un partido democrático burgués teñido de socialismo, que sólo serviría para desalentar la lucha proletaria. No es posible hacer aquí un repaso detallado de las relaciones existentes entre las facciones búlgaras:

añadiré simplemente que su aspecto más triste es la escisión del movimiento sindical que, en Bulgaria, tiene un estrecho vínculo organizativo con el partido.

Volvamos al congreso *tesnjaci*. En un discurso de cinco horas (los oradores búlgaros me impresionaron por su elocuencia, no sólo apasionada sino también inagotable), el secretario Kirkov trazó un cuadro convincente de la vida del partido el año pasado.

[...] <sup>104</sup>

La vanguardia de los trabajadores búlgaros y la joven intelectualidad están consumidas por la noble pasión del conocimiento. Debido al atraso general de la cultura del país, el trabajo de los profesores en las escuelas populares se ha convertido en una misión, en un apostolado. Esto los ha llevado a adoptar posiciones ideológicas y organizativas radicales. Una de las dos organizaciones de maestros tiene 851 miembros y está directamente afiliada al *tesnjaci*, mientras que la otra, con 3.000 miembros, está bajo el control de los socialistas unificados. Debido al retraso en el desarrollo capitalista, la intelectualidad del país desempeña un papel desproporcionado dentro del movimiento obrero búlgaro. Aporta fervor ideológico y un intenso deseo de conocimientos socialistas en el seno del proletariado, pero también tiene tendencias negativas que son, por una parte, la ambición de desempeñar un papel político a toda costa (lo que, con una base proletaria restringida, corre el riesgo de provocar combinaciones peligrosas y retrocesos oportunistas) y, por otra parte, el fanatismo y la intransigencia doctrinaria, con el riesgo de rupturas y escisiones permanentes. Estas son las enfermedades del crecimiento cuyo único remedio es el desarrollo del capitalismo, promotor de una diferenciación social más profunda y del crecimiento de la autonomía política del proletariado. Podemos estar tranquilos sobre este punto: a pesar del obstáculo que representan las divisiones estatales y nacionales de la península balcánica, el capitalismo se impondrá en próximo oriente, en su forma más evolucionada. Los delegados presentes en Sofía pudieron ser testigos de la fiebre inmobiliaria que anuncia un importante crecimiento económico. Y, como ya ocurrió en Rusia en los años noventa, esto podría conducir a un rápido desarrollo de la socialdemocracia.

En cuanto a los trabajos del congreso, por falta de espacio me limitaré a mencionar la elocuente intervención de seis horas (!) del camarada Kolarov <sup>105</sup> sobre la situación política en Bulgaria y el muy instructivo informe de Blagoev sobre la cuestión balcánica, que concluyó a favor de una república balcánica federal basada en la autonomía nacional. Por último, quisiera mencionar la enérgica protesta contra la violencia de los bachi-buzuk petersburgueses contra Finlandia.

Los invitados abandonaron Sofía con la firme convicción de que la causa del socialismo está en buenas manos en Bulgaria.

*Pravda* número 15, 1 (14) de agosto de 1910

## Tercer capítulo. La guerra y la socialdemocracia

### Su obra

Nuestros descendientes, que sin duda vivirán en mejores condiciones que nosotros, se horrorizarán cuando lean en los libros de historia los métodos utilizados por los países capitalistas para resolver sus conflictos. La parte más avanzada del mundo, Europa, se ha convertido en un campo de batalla. Los gobiernos se han preocupado exclusivamente de equipar al mayor número posible de hombres con los más crueles instrumentos de exterminio. Los partidos burgueses han votado en los parlamentos créditos, por cientos y cientos de millones, para que los gobiernos pudieran atender las necesidades de los ejércitos y las armadas. La prensa burguesa de todos estos países sembró la semilla del chovinismo<sup>106</sup>.

Hace ya ahora seis meses que corre la sangre en la península balcánica. Se han despertado los apetitos de todas las minúsculas dinastías balcánicas, y cada una de ellas se esfuerza para conquistar la mayor parte posible de la Turquía europea<sup>107</sup>; millares y millares de turcos, búlgaros, montenegrino, campesinos, obreros y granjeros están todavía a punto de morir, actualmente, por Escutari y Andrinópolis.

Mientras tanto, las relaciones entre los aliados balcánicos han alcanzado su máxima tensión. No se puede descartar que el final del conflicto entre los aliados y los turcos marque el comienzo de una guerra entre búlgaros y griegos, o serbios, por el reparto del botín. La sexta "potencia" balcánica, Rumania, aunque todavía no ha participado en la guerra, parece dispuesta a hacerlo. Sabemos que ha propuesto a Bulgaria un pacto de *no intervención*, pero no sabemos cómo lo firmarán las dos partes: con tinta normal o, una vez más, con sangre.

La guerra de los Balcanes no sólo ha eliminado las antiguas fronteras de los Balcanes y ha alimentado el odio y los celos entre los estados balcánicos, sino que también ha alterado permanentemente el equilibrio entre los estados capitalistas de Europa.

Las seis mayores potencias europeas se han dividido en dos grupos hostiles: por un lado, la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) y, por otro lado, la Triple Entente (Gran Bretaña, Francia y Rusia). Estos dos grupos actúan en los Balcanes según el viejo principio querido por todos los agresores: "*Divide y vencerás*". Alemania y Austria-Hungría han *apoyado* a Turquía y Rumanía enviándoles asesores militares y vendiéndoles sus mercancías, especialmente cañones y fusiles, a precios elevados. La Triple Entente apoya del mismo modo a Bulgaria, Serbia y Grecia.

El hundimiento militar de Turquía y el fortalecimiento, a su costa, de sus aliados balcánicos han proporcionado agua (teñida de sangre) al molino de la Triple Entente.

Embriagados por las victorias eslavas, nuestros fanáticos nacionalistas rusos pensaron que, gracias a la ayuda de sus triunfantes "hermanos" balcánicos, había llegado el momento de ajustar cuentas con la odiada Austria-Hungría. Por la misma razón, los chovinistas franceses creen que ha llegado el momento de saldar viejas cuentas con

Alemania, que se remontan a la derrota de 1870, cuando Francia perdió Alsacia y Lorena. En el otro bando, Austria-Hungría, luchando por mantener su control sobre el mercado balcánico, que estaba a punto de escapársele, se armaba hasta los dientes, movilizaba sus reservas, hace oír el ruido de los sables; en resumen, trata de dejar claro, por todos los medios posibles, que no tiene intención de abandonar sus posiciones, ni de amedrentarse por el alboroto montado por algún político de San Petersburgo con sus lacayos serbios. Mientras cubría la retaguardia de Austria con su poderoso ejército, Alemania evaluó, a su manera, los cambios que se habían producido y sacó las siguientes conclusiones: reforzar su aparato militar.

El equilibrio europeo, ya muy inestable, se ha tambaleado. Es difícil predecir si quienes tienen en sus manos el destino de Europa decidirán agravar la situación y desencadenar una guerra a escala europea. En cualquier caso, los esfuerzos de los chovinistas ya han producido un resultado: ahora hay una frenética carrera armamentística en toda Europa, y la banda internacional de comerciantes de buques de guerra, cañones, armas ligeras y pólvora, está obteniendo enormes beneficios. Austria-Hungría ha suspendido temporalmente la movilización, pero no la ha abolido. Sin embargo, ya ha despilfarrado cientos de millones de rublos y perturbado toda la economía del país, infligiendo los horrores del desempleo y el hambre a las masas trabajadoras. Para reforzar su ejército, Alemania retiró inmediatamente de la circulación el equivalente a quinientos millones de rublos. Además, se dispone a aumentar su presupuesto militar en cien millones de rublos al año.

Para ampliar su ejército al mismo nivel que Alemania, Francia se dispone a dar un paso atrás aumentando la duración del servicio militar de dos a tres años. También ha decidido aumentar sus gastos militares. Por último, Rusia aumenta cada año el número de reclutas, y el gasto en la marina y el ejército se ha incrementado en 144 millones de rublos en comparación con el año pasado. El presupuesto militar ruso para el año 1913, *horribile dictu*<sup>108</sup>, se tragará ochocientos sesenta y seis millones de rublos, seis veces más de lo que se gasta en educación.

El resultado de la obra de los gobiernos capitalistas, los partidos burgueses y los diplomáticos, es que la ya insoportable carga del militarismo se ha hecho aún más pesada, el desarrollo cultural se ha ralentizado y el chovinismo se ha hecho aún más feroz. La coronación de todo esto es el peligro permanente de un conflicto general sangriento entre los pueblos de Europa.

*Luč*<sup>109</sup> número 61 (147), 14 de marzo de 1913

## La obra del proletariado [1913]

Caos sangriento y empobrecimiento general en los Balcanes, dominación del imperialismo en toda Europa<sup>110</sup>, rearme febril y peligro siempre amenazador de una guerra mundial: tales son las condiciones políticas y sociales de la llamada humanidad civilizada de hoy. Cualquier hombre con un mínimo de cerebro, si no ha vendido su alma al demonio del chovinismo, debería preguntarse: ¿es realmente este vergonzoso estado de cosas a lo que la humanidad ha aspirado y por lo que ha luchado durante siglos? ¿Es posible que la principal tarea de la tecnología sea construir máquinas de matar cada vez más sofisticadas? ¿Puede la humanidad resolver los problemas del planeta de otro modo que no sea mediante el exterminio, la mutilación y la destrucción?

Ante semejante espectáculo de locura sanguinaria, podríamos hundirnos en la desesperación total si, por otra parte, no estuviera en marcha una gran empresa de razón y humanidad: la obra de la socialdemocracia internacional. Los señores de la guerra esparcen por los campos de batalla cadáveres mutilados, los diplomáticos preparan nuevas intrigas, los patriotas oficiales de la bolsa comercian con cañones y buques de guerra, los ministros de hacienda desvían miles de millones de su economía nacional hacia el ejército y la armada y, finalmente, los partidos burgueses y sus periódicos emplean todos sus recursos para difundir el opio del odio nacional. Sin embargo, las ideas del socialismo van ganando terreno en la mente de las masas trabajadoras; en todos los países, las van formando en el espíritu de la solidaridad y la fraternidad internacionales. El número de buques de guerra y las existencias de dinamita en los ejércitos aumentan, al igual que la fuerza del proletariado consciente. Este último lucha incansable e inquebrantablemente, en todo el mundo, contra todas las manifestaciones del imperialismo, las maquinaciones e intrigas de los diplomáticos, las aventuras internacionales y los desastres del militarismo, y por la paz y la fraternidad entre los pueblos.

En vísperas de la guerra de los Balcanes, cuando todos los partidos burgueses de la península estaban presos de un frenesí belicista, el joven movimiento socialdemócrata alzó su voz de advertencia y protesta. Cuando, en la *Skuptina* serbia, se levantó la mano a favor de los créditos para financiar la guerra inminente, el valiente no de nuestro amigo Lapčević, líder del proletariado serbio, se oyó en medio del estruendo de los síes patrióticos. En una ocasión similar, nuestro amigo Sakazov pronunció, en la Asamblea Nacional Búlgara, un valiente discurso de protesta socialista contra la política de hierro y sangre, frente a las falanges cerradas del patriotismo burgués. Así pues, los pueblos de los Balcanes pudieron vislumbrar un futuro mejor no a través de las bocas (mortíferas) de las artillerías balcánicas, sino a través de las de Lapčević y Sakazov.

Los representantes del proletariado socialista de Alemania y Francia unieron sus voces en un manifiesto contra la locura del militarismo insaciable. Declararon que no se sentían separados por las fronteras estatales. Los trabajadores franceses (en colaboración con sus sindicatos, como iniciativa política de masas, en la prensa y con sus portavoces en la tribuna parlamentaria) han librado una lucha resuelta contra el aumento de los gastos militares y el intento del gobierno de prolongar un año el servicio militar. En estos momentos, la socialdemocracia alemana concentra sus principales fuerzas en la lucha contra el aumento del gasto militar. Ochenta y seis diarios socialdemócratas, leídos por millones de personas, luchan por la causa de la cultura y la paz y contra la furiosa embestida de la barbarie chovinista. Los socialdemócratas austriacos denuncian cada acción de su gobierno, cada una de sus intervenciones en los asuntos de la península balcánica y el carácter antipopular del imperialismo austrohúngaro y exigen la revocación total de la movilización, desastrosa para el pueblo y cargada de consecuencias sangrientas.

Los esfuerzos realizados hasta ahora por toda la humanidad para salir de la oscuridad y la barbarie y avanzar por el camino del libre desarrollo no se verán recompensados con el estruendo de los cañones, ni con gritos patrióticos, sino con la labor clarificadora del proletariado internacional.

En la lucha contra el imperialismo, el proletariado ruso consciente se siente parte integrante de la Internacional Obrera<sup>111</sup>. Para nosotros, la causa de la paz y la fraternidad es vital. El Grupo Socialdemócrata de la Duma alzarán sin duda su voz en defensa de esta causa. Y esta voz tendrá un eco entusiasta en el corazón de los trabajadores.

*Luč*, número 62, 15 de marzo de 1913

## **Al grupo socialdemócrata en el Reichsrat austriaco. A la ejecutiva de los socialdemócratas húngaros [1913]**

Queridos camaradas,

Nosotros, el pequeño grupo de diputados socialdemócratas de la Cuarta Duma Estatal [rusa], elegidos en condiciones monstruosas de arbitrariedad administrativa, y a pesar de una ley electoral miserable sólo igualada por la de Hungría y Prusia, estamos orgullosos de cumplir, con este mensaje, lo que todo obrero ruso consciente considera su deber.

Por encima de las cabezas del gobierno, del golpismo y de los pretorianos de la más negra reacción, que les sirven de lacayos, por encima de las cabezas de la oposición liberal y chovinista, os tendemos la mano a vosotros, los representantes de la clase obrera de Austria-Hungría, en fraternal solidaridad y os enviamos nuestros saludos como socialistas.

Los diplomáticos de nuestros respectivos países nos quieren hacer creer que están sembrando de nuevo las semillas de la paz en el mismo campo que antes habían esparcido con minas. Sin embargo, cada una de las partes enfrentadas teme que la sinceridad de su oferta de paz sea puesta a prueba antes de tiempo, porque la creencia en la paz podría debilitar el peso de sus pretensiones. Así que todos recurren, como siempre, al argumento supremo: a la amenaza de masacres, al uso de la fuerza, a los incendios provocados, a la destrucción de la propiedad y de la cultura; en resumen, a lo que ellos llaman los actos heroicos y patrióticos de la guerra.

Los soberanos intercambian mensajes que toda la prensa burguesa examina con detenimiento; los ministros de nuestros respectivos países aparecen en las páginas de los periódicos oficiales, cándidos y con ramos de olivo en la mano. Mientras tanto, el pueblo permanece en la más absoluta ignorancia, sin saber que lo que se prepara en las cocinas diplomáticas le llevará a pagar un precio, quizá no sólo en bienes, sino también en sangre. Todos los nobles intermediarios diplomáticos y toda la palabrería sobre la paz en el mundo no pueden cambiar un hecho esencial: detrás de cada frontera, los llamamientos a la movilización siguen vigentes. Nuestros pueblos no tienen ninguna garantía de que la diplomacia, jugando con fuego con la movilización militar y las amenazas de guerra utilizadas como tácticas de presión, no quemará después nuestros hogares, donde vivimos, donde hemos construido nuestra cultura y donde luchamos por un futuro mejor.

Mientras tanto, aunque se armen de declaraciones de amor por la paz, los diplomáticos del imperialismo continúan sus intrigas. Fingiéndolo apoyar la autonomía de Mongolia, los gobernantes rusos tramaban, en realidad, la partición de la renacida China. Violentas tormentas amenazaban el Extremo Oriente.

La cuestión de Armenia y de los estrechos es otro ámbito en el que la diplomacia rusa se muestra provocadora, con el apoyo de todos los partidos burgueses de nuestro país. Si ha surgido alguna oposición en sus filas, es sólo una oposición debida a la impaciencia y al fervor imperialista.

Tras el manto del acceso serbio al Adriático, tras la cuestión de la autonomía y las fronteras de Albania, ha surgido, y continúa, una lucha cerrada entre Rusia y Austria-Hungría por la hegemonía en la península balcánica.

En el conflicto entre Rumania y Bulgaria, vemos una vez más el trabajo de los asesores austrohúngaros y rusos. Todos ellos despiertan y alimentan los apetitos de los pequeños estados, sólo para utilizar sus antagonismos y divisiones para urdir nuevas tramas imperialistas.

Cada uno de estos conflictos (a través de los cuales diplomáticos responsables e irresponsables tratan de determinar el equilibrio de poder) puede convertirse en pretexto para un nuevo capítulo infame y sangriento de la historia de Europa.

Todo intento de introducir elementos de hostilidad entre los pueblos es, por utilizar las palabras del Congreso de Basilea de la Internacional Socialista<sup>112</sup>, un atentado contra la humanidad y la razón; pero una guerra entre Rusia y Austria-Hungría engendraría una locura sin límites, una horrible masacre mutua de razas y nacionalidades. Veintiocho millones de ucranianos, diez millones de polacos, más de seis millones de judíos, más de dos millones de alemanes, cerca de un millón de rumanos: todos estos pueblos, que representan un tercio de la población rusa, se encontrarían, en caso de guerra, enfrentados a los ucranianos, polacos, judíos, alemanes y rumanos que constituyen la mayoría de los habitantes de Austria. Y el sangriento conflicto entre estos pueblos tendría lugar principalmente en el territorio de la desdichada Polonia, dividida entre tres estados. Además, el crecimiento material y cultural de este país quedaría aniquilado en el transcurso de este conflicto.

Los pueblos de Rusia no ven un solo motivo que pueda justificar semejante crimen.

Las masas campesinas rusas no tienen nada que ganar en los Balcanes, Armenia o Mongolia: lo que necesitan es una reforma fiscal y agraria de gran alcance en su propio país. Miserables y hambrientas, no son un apoyo para el imperialismo sino sus víctimas, y lo mismo puede decirse de la pequeña burguesía urbana oprimida por el militarismo.

Las aventuras imperialistas recibirán aún menos apoyo del proletariado ruso, la clase que, más que ninguna otra, está agobiada por la ausencia de derechos políticos, la arbitrariedad policial y la bacanal nacionalista. El proletariado ruso no conoce, ni ha conocido nunca, otra influencia partidista que la de la socialdemocracia y, desde su nacimiento, se ha nutrido de ideales de paz y fraternidad entre los pueblos.

En las asambleas públicas, en el parlamento y durante las reuniones entre delegaciones, habéis rechazado firmemente la pretensión de la diplomacia austrohúngara de forjar el destino de los pueblos balcánicos según su propio capricho, pretensión expresada en interés exclusivo de las camarillas feudales y capitalistas. Nosotros también proclamamos que la diplomacia de San Petersburgo no tiene ningún derecho sobre los Balcanes; los pueblos balcánicos no deben esperar nada bueno de ella. Los pueblos del Próximo Oriente deben organizar su territorio en una federación democrática e independiente, ya sea de Rusia o de Austria-Hungría.

Este punto de vista nos une estrechamente a vosotros y a los partidos hermanos de los Balcanes. Vuestra lucha contra la reacción dinástica y militarista tendrá tanto más éxito cuanto más vigorosa e intransigente sea nuestra lucha contra toda injerencia de las grandes potencias en los asuntos balcánicos.

El proletariado no constituye aún la mayoría de la población rusa, ni tiene todavía en sus manos el poder del estado. Pero la producción moderna y todo el aparato del estado actual dependen enteramente de la minoría proletaria. Incluso como minoría, el proletariado lucha por los intereses vitales de la inmensa mayoría del resto de la población y, como vimos durante la guerra ruso-japonesa, tiene un gran peso en las cuestiones relativas a la guerra o a la paz. Os pedimos que creáis, queridos camaradas, que el proletariado ruso, que ya ha destruido la contrarrevolución, es consciente de su

importancia y de su deber y, en el momento decisivo, sabrá obligar a las potencias a tener en cuenta su voluntad.

En nuestra lucha por la paz, como en cualquier otro campo de actividad, sentimos que compartimos con vosotros una indisoluble identidad de puntos de vista y de resolución. Tenemos los mismos enemigos y los mismos amigos. Cuando, en 1905, en un prodigioso movimiento revolucionario, el proletariado ruso abrió una brecha irreparable en la vieja fortaleza del absolutismo, este éxito fue un estímulo para vuestra victoriosa lucha a favor del sufragio universal. Vuestra táctica, encaminada a unir al proletariado de todos los países en una sola lucha de clases, y vuestra hábil utilización del sufragio universal han sido para nosotros una escuela política inestimable. La heroica lucha del proletariado húngaro contra la camarilla oligárquica llena nuestros corazones de apoyo entusiasta y nos espolea en la batalla por la plena democracia en nuestro país. Esta cristalina solidaridad socialista nos fortalece, nos da valor y confianza, a pesar de la opresiva orgía de pasiones chovinistas que nos rodea.

Rechazamos con desprecio la agitación germanófoba y austrófoba del liberalismo ruso. Presentándose como progresista, intenta suscitar en el pueblo ruso un odio feroz a Alemania y a todo lo alemán. Nosotros, por el contrario, nos proclamamos orgullosamente fieles y agradecidos alumnos del socialismo alemán.

No deseamos enviar esta carta clandestinamente a través de correos de confianza. Por el contrario, encontraremos la manera de leerla desde la tribuna de la duma. La política internacional de la socialdemocracia no necesita subterfugios, secretos ni mensajes cifrados. Sus raíces no se hunden en las maquinaciones de las cancillerías ni en las negociaciones secretas, sino en la conciencia de las masas, ennoblecidas por el ideal socialista.

¡Viva la paz y la fraternidad entre los pueblos!

¡Viva el proletariado de Austria y Hungría!

¡Viva la federación democrática e independiente de los Balcanes!

¡Viva el socialismo internacional!

Archivo

## **Segunda parte. La guerra (corresponsalías)**

## Primero capítulo. Serbia en guerra

### I. Primeras impresiones

#### *En viaje*

Hace diez años, Victor Adler<sup>113</sup>, uno de los hombres más brillantes de Europa, definía el régimen austriaco en estos términos: “*Absolutismus gemildert durch die Schlamperei*” [Absolutismo atemperado por la indolencia]. Muchas cosas han cambiado en Austria en la última década: la asamblea curial ha sido sustituida por un parlamento basado en el sufragio universal; el imperialismo austrohúngaro ha levantado la cabeza, adornado con el penacho de los ulanos<sup>114</sup>, y Viena es aún más grande y más bella. Sin embargo, la indolencia o, si se quiere ser amable, la bonhomía, puede considerarse el sello distintivo de la sociedad austriaca, tanto en la política como en la administración local y el comercio.

Este preámbulo explica, entre otras cosas, que deba a la amable indolencia austriaca el retraso de dos días en mi partida hacia los Balcanes. En efecto, el dinero que me había sido transferido por telégrafo en el Kreditanstalt permaneció bloqueado durante dos días antes de que me fuera abonado. Cuando me enteré de esto, tuve un enfrentamiento bastante duro con un funcionario del banco elegantemente vestido, que se justificó con media docena de argumentos que podían resumirse en una sola palabra: *Schlamperei*.

El día 25 salí de Viena. Ya había tomado asiento en el compartimento cuando me enteré por los telegramas de la noche de que el rey de Montenegro había declarado la guerra. No cabía duda de que Serbia y Bulgaria no tardarían en seguir el ejemplo de Montenegro, de lo contrario había que suponer que el rey Nicolás había decidido redibujar el mapa de los Balcanes por su cuenta. Por eso las tranquilizadoras predicciones optimistas de la diplomacia austrohúngara y rusa sobre los efectos mágicos de cierta nota verbal<sup>115</sup> sonaban, cuando menos, curiosas.

Aunque la línea ferroviaria Budapest-Belgrado está geográficamente en dirección sur, culturalmente está en dirección este. En los vagones de primera y segunda clase, donde los pasajeros bien afeitados disfrutaban de una agradable siesta, no hay diferencias culturales o étnicas reales. En cambio, es en los bancos de la estación y en los vagones de tercera clase donde el oriente multilingüe, heterogéneo, cultural y políticamente confuso, se despliega ante nuestros ojos como las imágenes de un caleidoscopio.

Tres estudiantes, dos búlgaros y un serbio, charlan con un profesor húngaro en un rincón del vagón de tercera clase, utilizando una lengua improbable, mezcla de búlgaro, alemán, serbio y francés. Un pequeño propietario húngaro demuestra, en alemán-húngaro, a un sacerdote rumano la superioridad arquitectónica de Budapest sobre Viena. Un obrero búlgaro, de vuelta de América tras cuatro años de ausencia, comparte sus observaciones sobre la vida al otro lado del Atlántico con un obrero eslovaco. Palabras aparentemente familiares, gestos explicativos, malentendidos y sonrisas indulgentes de personas

acostumbradas a entender la mitad de lo que uno le dice al otro. ¡Una internacional austrohúngaro-balcánica!

Las mujeres de oriente, bestias de carga cargadas con bolsas repletas que llevan a la espalda o en brazos, con sus hijos en brazos y sus pechos sucios sobresaliendo de la camisa, se abren paso hasta la puerta del compartimento, empujando con las rodillas todo tipo de equipaje. Detrás de las mujeres vienen los campesinos, ennegrecidos por la tierra y el sol, con las piernas dobladas, de aspecto tosco y encorvado por el duro trabajo en el campo. Luego están las jóvenes campesinas que, tras el *sarafan*<sup>116</sup>, entran en el mundo vestidas con cortas enaguas y pésimas camisas. Las ancianas con sus bocios, replegadas sobre sí mismas y envueltas en sus mantones negros, se sientan en los bancos y se apoyan en un palo; permanecen silenciosas e inmóviles durante tres, cuatro o cinco horas.

Un viejo gitano, con un saco verde, que ocupa él solo un tercio del compartimento, murmura algo incomprensible en su barba en tono gutural. Fuma su pipa y, en el espacio de diez minutos, cubre el suelo con su saliva. Una gitana, con la frente y la nariz tan severas como un rostro antiguo, canta una nana a su hijo. Un joven gitano, con la cara agrietada, lleva un chaleco bordado en seda roja y verde y pantalones de terciopelo al estilo suabo, en los que frota una fétida cerilla.

Oriente, ¡ah oriente! En cada estación importante, asoma por la ventana una increíble mezcla de rostros, trajes, etnias y orígenes culturales. Increíbles chalecos subidos hasta el labio superior, sombreros relucientes, gorros turcos, perfiles judíos, *opanak*, elegantes pantalones de montar, pies descalzos, *le dernier cri parisien* [la última moda parisina], rostros bronceados. Y es difícil no fijarse, entre la multitud, en la silueta negra de los sacerdotes católicos, ¡siempre los mismos, ya sea en París, en Viena o en una remota estación entre Budapest y Belgrado!

El principal tema de conversación es la inminente guerra. Todo el mundo se da cuenta de que esta vez la situación es realmente grave, pero el recuerdo de la crisis de la anexión hace que la mayoría se muestre escéptica: “Las grandes potencias no lo permitirán”.

- Pero, ¿qué tipo de guerra podría producirse por aquí? se pregunta el joven húngaro que se encarga de informar a un sacerdote bávaro enviado en misión. - Montecuccoli lo dijo bien, hace trescientos años: para hacer la guerra, hace falta dinero. Cada día de movilización le cuesta a Serbia un millón de francos. ¿Cuánto tiempo podrá hacer frente a semejante gasto?

- ¿Cuántos cerdos son un millón de francos?, preguntó con picardía un sacerdote rumano.

- ¿Has visto lo que ha pasado en Bruck<sup>117</sup>? Fueron bloqueados cuarenta vagones procedentes de Creusot, en Francia, cargados de municiones destinadas para Serbia. Nuestro gobierno decidió retenerlos en Bruck. Ocuparon toda la estación. No, no habrá guerra, las grandes potencias no lo permitirán.

Envié un telegrama a Belgrado, desde Budapest, para pedir a algunos amigos que vinieran a reunirse conmigo en Zemun, por si encontraba dificultades en la frontera. Escribí el telegrama en alemán. Un corpulento empleado húngaro de uniforme me lo devolvió a través del mostrador: desde el 4 de octubre (nuevo calendario), Serbia se niega a aceptar telegramas en alemán. Como Hungría no transmite telegramas en eslavo a Serbia, me quedaba el francés o el inglés. Sin perder de vista la hora, traduje el telegrama al idioma de la nota verbal y, al hacerlo, no sólo perdí tiempo, sino también dos *heller*<sup>118</sup>. Esta es una oportunidad para señalar que la monarquía de Habsburgo no sólo está anexionando provincias enteras y confiscando vagones de municiones, sino que también está cobrando dos *heller* por telegrama.

Pasamos junto a un tren cargado en sus dos tercios con cerdos. Arrullados por el balanceo del tren y cansados por el viaje, los cerdos lanzan miradas inexpresivas a través de las aberturas de los vagones, o bien dormitan. Los observo y me cuesta aceptar la idea de que puedan desempeñar un papel importante en conflictos internacionales.

- ¿Son cerdos serbios? pregunta cortésmente el sacerdote bávaro.

No, claro que no, son auténticos cerdos húngaros. Las vallas amarillas y negras de la frontera austrohúngara han caído triunfalmente ante los hocicos de los cerdos serbios; así, los cerdos húngaros, que ya tenían una posición privilegiada, tienen ahora el monopolio. Debe ser por esta razón que tres caballeros de segunda clase, muy probablemente terratenientes medios, bebiendo de la misma botella, hacen gala de aires triunfantes. No importa si los hombres de habla serbia y los de habla turca se destrozan mutuamente: el precio de la salchicha subirá cinco *heller* de todos modos.

A la espera de ser sacrificado en el altar del dios Marte, el oficial húngaro que tengo enfrente lleva dos horas limpiándose las uñas. A su lado, una enorme barriga se levanta al ritmo de los muelles del coche, completamente indiferente, en su placidez, al destino de cualquier península del globo. Los terratenientes húngaros se dedican obedientemente a la botella, que esparce un fuerte olor por todo el compartimento.

En tercera clase, en el arca de Noé de las nacionalidades, la vida sigue como si nada. El cura rumano ocupa su lugar junto a la ventanilla, levantando enérgicamente la sotana hasta las rodillas, mostrando dos piernas blanquecinas enfundadas en unos calzones a rayas. Esta indigna exhibición obliga al cura bávaro a apartar la mirada, avergonzado.

- ¿Cuánto gana un cura en su país, querido colega? Así se da rienda suelta a una conversación cortés sobre los ingresos de sacerdotes, obispos y arzobispos de toda Europa. El joven húngaro, que había citado a Montecuccoli, estaba sorprendentemente bien informado sobre el tema. Parece conocer no sólo los ingresos de los arzobispos, sino también el número de jamones confiscados por los sacerdotes rumanos en Transilvania.

- Son *sagen*<sup>119</sup> que circulan entre la gente -responde el buen cura de los pantalones a rayas-. - Leyendas pasadas de tiempo ya.

- ¿Han tenido sus tiempos? pregunta el cura bávaro en tono decepcionado pero educado.

Todo está tranquilo en el vagón restaurante. Se puede disfrutar de la vista de la llanura a través de los grandes ventanales. Extensiones de trigo turco hasta donde alcanza la vista, interrumpidas ocasionalmente por manchas de lúpulo. El trigo turco se inclina, amarillea, a veces se corta y se recoge en montones. La estepa húngara se vuelve cada vez más monótona bajo un cielo húmedo. Queda la esperanza de que, en el sur, hacia Serbia y Bulgaria, donde la llanura empieza a balcanizarse, el cielo y la tierra resulten más acogedores.

*Den*<sup>120</sup> número 3, 4 de octubre de 1912

### **Belgrado**

Nuestros billetes son válidos hasta Belgrado, pero el tren se detiene antes del puente ferroviario que une Hungría y Serbia y se vacía en Semlin [Zemun]. A bordo del vapor serbio *Morava*, cruzamos el Danubio en su confluencia con el Sava. Desde la orilla de Semlin, Belgrado es claramente visible, separada sólo por una franja de agua de no más de versta y media de ancho. Parece estar al alcance de la mano. El *Konak* (el palacio real) y el *Skupština* (el parlamento) son visibles a simple vista. También están al alcance

de los cañones de los Habsburgo. Es bien sabido que Belgrado representa el flanco abierto de Serbia.

Cuando aún estábamos en la orilla húngara del río, un hombre fornido vestido de paisano, escoltado por cuatro gendarmes croatas, apareció en el embarcadero del vapor para comprobar nuestros pasaportes.

- ¿Cuál es su profesión?

- Soy periodista.

Veo en sus ojos que no es la mejor profesión, sobre todo en estos tiempos. Pero dado que me resultaría difícil cambiar de profesión ahora mismo, en este embarcadero, y que tampoco aprecio la profesión de este robusto caballero vestido de paisano, sólo nos queda despedirnos en paz.

En las orillas serbias del Danubio y del Sava, los centinelas hacen su ronda. Llevan fusiles al hombro, trajes de campesinos, boinas de piel de cordero y *opanak* en los pies; tienen entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Forman parte de la milicia territorial. La visión de estos viejos campesinos arrancados de sus granjas, con las bayonetas apuntando por encima de las boinas, despierta inmediatamente sentimientos de preocupación y miedo. Vuelven a la mente las últimas impresiones del otro lado: el funcionario del banco con la raya del pelo bien marcada y un anillo de piedra negra en el dedo meñique; el funcionario húngaro con las uñas cuidadas; los manteles blancos del vagón comedor, los palillos envueltos en papel de arroz y el chocolate *Milka* sobre las mesas. En esta orilla, en cambio, somos ineludiblemente conscientes de la gravedad de lo que está a punto de suceder en los Balcanes, y de lo que ya ha comenzado en la parte más remota de esta península.

La última vez que estuve en Belgrado fue hace dos años y medio, cuando el maremoto de la crisis de la anexión [de Bosnia-Herzegovina] estaba retrocediendo. Por aquel entonces, Belgrado me parecía una ciudad mediana de una provincia rusa, salvo que, en lugar de la sede del distrito militar y la residencia del gobernador, estaban el ministerio de guerra y el palacio real, o mejor dicho, había dos palacios. Uno, el más antiguo, donde fue asesinado el rey Alejandro y el otro, el más nuevo, donde vivía el rey Pedro. En los treinta meses transcurridos desde entonces, Belgrado ha crecido, se ha limpiado y embellecido. Hay nuevos edificios y tiendas, y las calles principales empiezan a estar pavimentadas con madera. Sin embargo, hay una atmósfera particular en esta ciudad, una especie de estado de alerta como en un campamento militar. Todo y todos están sometidos a las exigencias de la movilización. Los coches de caballos y los automóviles se utilizan casi exclusivamente para este fin. Los hombres movilizados o a punto de serlo pululan por las calles. Las tiendas están vacías, no se ve un solo cliente y el número de dependientes se reduce al mínimo.

Aparte del sector relacionado con las inminentes obligaciones militares, la industria está estancada. Hay escasez de mano de obra. Una azucarera de Belgrado tuvo que llamar a una veintena de trabajadores forestales para no detener la producción, mientras que otra, en Cuprija, recibió autorización del gobierno para emplear a presos. En la Avenida del Príncipe Michel, principal arteria de la ciudad, se han suspendido las obras de modernización. Buena parte de las vías del tranvía han sido arrancadas y en lugar de raíles sólo quedan agujeros; las traviesas, empapadas por la lluvia, yacen por todas partes. Un vehículo que pasa por delante del hotel Moskva, el mejor de Belgrado, se hunde en el barro hasta la mitad.

Numerosos pregoneros, viejos e inválidos, pero sobre todo jóvenes, circulan por la ciudad. Sus gritos son la nota dominante en las calles de Belgrado. ¡Štampa! ¡Tribuna! ¡Balkan! ¡Pijemont! ¡Pijemont! ¡Štampa! ¡Svet! ¡Svet! ¡Novine!<sup>121</sup> ¡Novine! ¡Novine!

En una papelería se exhibe un enorme cuadro de una batalla. Los serbios, vestidos de forma pintoresca y elegante sobre sus poderosos caballos, derriban una empalizada de estacas afiladas en la frontera e irrumpen en el imperio turco, arrasando y destrozando todo a su paso. Una multitud de reservistas se agolpa en torno al escaparate de una floristería que exhibe los últimos telegramas recibidos por el periódico *Mali Žurnal*<sup>122</sup>.

El cuartel general de los corresponsales de la prensa extranjera es el bar del Hotel Moskva. Mi querido colega, *Don-qui-blague*<sup>123</sup> (que no se parece en nada a Don Quijote), bombín en la cabeza y maletín en la mano, va de mesa en mesa como un poseso, arrebatando los periódicos, con la tinta aún fresca, de las manos de sus colegas y arrebatando retazos de noticias como un perro cazando moscas al vuelo.

-¿Lo ha oído? Un oficial de la reserva, acusado de connivencia con Austria, fue tiroteado ayer.

Tres plumas estilográficas muerden frenéticamente las hojas de papel. Los corresponsales austriacos están deprimidos: los ministros no conceden entrevistas.

Prensa, Tribuna, Piamonte (recordando el papel del Estado piamontés en la unificación italiana),

El 18º Regimiento marcha en filas cerradas hacia la frontera. Los soldados llevan uniformes caqui, opanka y ramas verdes sujetas a sus boinas. Suena la trompeta y los tambores marcan el ritmo. No es fácil describir el aspecto de este regimiento. No muestran la arrogancia superficial habitual, sino más bien una trágica resignación ante el destino. Los opanka en sus pies y las ramas verdes en sus boinas, así como el resto del equipo sobre sus hombros, hacen que los soldados parezcan víctimas conducidas al sacrificio. Estas ramas verdes y estos opanka campesinos me hacen pensar, en este momento, más que en cualquier otra cosa, en el absurdo total de esta guerra.

Hace ya diez días que se interrumpieron las conexiones ferroviarias en el país: los trenes sólo transportan soldados y material militar. En lugar de ir hasta Sofía, el último *Orient Express*, que llegó el miércoles, dio media vuelta y se dirigió a Viena. Si Belgrado se parece a un campamento militar, la estación es su corazón. Aquí sólo reina la autoridad militar. No se permite la entrada a personas no autorizadas. Los fusiles se amontonan en la entrada. Carros sobrecargados están a punto de salir. Más de una docena de vehículos aparecen en la entrada; me acerco para echar un vistazo: transportan enormes bobinas de alambre de espino destinadas a la construcción de sólidas redes. Aquí tampoco son los reservistas los que montan guardia, sino la milicia territorial, campesinos de más de cuarenta y cinco años, con sus pantalones raídos y un fusil en la mano.

Serbia tiene menos de tres millones de habitantes. Según las últimas informaciones, se ha reclutado a un total de 300.000 hombres, es decir, una quinta parte de la población masculina del país, incluidos ancianos decrepitos e infantes. El núcleo de la mano de obra serbia ha sido arrancado del corazón de la economía por tiempo indefinido. Aunque el sangriento cáliz de la guerra sólo rozará Serbia, pero no nos hagamos ilusiones, la movilización debilitará, durante años, los cimientos de la vida en este joven país tan desesperadamente necesitado de paz, trabajo y civilización.

*Den'*, número 3, 4 de octubre de 1912

### ***Primeras impresiones***

Partí hacia los Balcanes con la idea de que la guerra no sólo era probable, sino inevitable... Pero cuando me encontré en las calles de Belgrado, frente a largas columnas de reservistas y civiles con brazaletes de la Cruz Roja, cuando oí decir a parlamentarios, periodistas, campesinos y obreros que no había vuelta atrás, que habría guerra, que sólo era cuestión de días, cuando supe que algunos de mis conocidos (políticos, editores,

profesores universitarios) ya estaban en la frontera con el ejército, en la primera línea de defensa, es decir, los primeros en matar y morir, entonces, la guerra, una abstracción sobre la que había especulado tan despreocupadamente en mis pensamientos y artículos, se me apareció de repente como algo inconcebible, increíble.

Pero no había vuelta atrás: la guerra era inevitable, estaba a punto de estallar. Serbia pronto declarará la guerra. El telegrama anunciando la declaración de guerra llegará probablemente antes que mi correspondencia. Todo el país está en pie de guerra. Belgrado se ha transformado en un campamento militar; la vida económica del país se ha estancado; las líneas de ferrocarril sólo se utilizan para la movilización y concentración de tropas; la rutina diaria ha dado un vuelco: es como si alguien hubiera clavado una gigantesca pala bajo las raíces mismas de la vida del país. Y si de repente al gobierno se le ocurriera suprimir este terrible impulso destructivo para devolver la vida del país a la normalidad de la que ha sido arrancada, entonces, entonces la palanca de la autoridad del estado, ya tensada hasta el límite, se rompería de golpe. No cabe duda: cualquier intento de detener el proceso bélico amenazaría la existencia misma del partido radical en el poder y, sin duda, pondría fin a la propia dinastía. Ciertamente, esto no quiere decir que la guerra garantice la superación de los obstáculos que se interponen en el camino del desarrollo histórico de Serbia y de toda la península, ni que la paz sea menospreciada que el destino del gobierno de Nikola Pasić o de la dinastía Karageorgević; sin embargo, sí significa que las riendas de este pequeño y malhadado país están en sus manos. No hay fuerza política en el país capaz de resistirles. Prisioneros de su posición, han puesto en marcha un proceso sobre el que han perdido el control. Incluso si la diplomacia europea fuera capaz de ofrecer hoy algo más que una buena fórmula, incluso si mostrara energía, la que no posee, y si actuara realmente en dirección a la paz, seguiría siendo demasiado tarde: al cruzar la frontera, las tropas serbias están abriendo un nuevo capítulo en la historia de los Balcanes, cavando un surco de sangre.

Temiendo que hubiera dificultades para cruzar la frontera con Serbia, envié un telegrama a mis amigos de Belgrado. Les pedí que se reunieran conmigo en Semlin, la última estación en suelo húngaro, a sólo versta y media de Belgrado, en la orilla opuesta del Danubio. Aparecieron, pero no tuve problemas en la frontera. Los gendarmes croatas, a las órdenes de un hombre robusto vestido de paisano, tendieron una cadena de hierro desde una caseta de madera hasta el embarcadero, también de madera, y luego controlaron rápidamente a los pasajeros antes de que subieran al vapor. Pedían a los extranjeros, sobre todo a los que no conocían, sus documentos de identidad.

El objetivo preciso de este control era impedir que los ciudadanos de las provincias eslavas del sur, súbditos de la monarquía de los Habsburgo, se alistaran como voluntarios en el ejército serbio. Una estratagema policial típica, ya que les resultaría muy difícil lograr sus objetivos con una cadena de hierro común.

Cruzamos el Danubio en el vapor *Morava*. El aire es húmedo. Río abajo, otro vapor, el *Zar Nicolás II*, va cargado de pasajeros, algunos vestidos de campesinos y otros como si estuvieran en la ciudad. Eran reservistas serbios trasladados a la frontera oriental. Agitan sus sombreros y gritan “¡Viva!” Sus gritos resuenan por encima del gran río, cuyas aguas tantas veces se han teñido de rojo por la sangre humana, y penetran hasta lo más profundo del alma, introduciendo un particular sentimiento de tragedia, difícil de comunicar a los que están lejos de aquí, pero también un sentimiento de impotencia, ante el destino de estos pueblos del triángulo balcánico, y finalmente, de angustia ante la visión de este rebaño humano conducido al sacrificio...

En la orilla serbia del Sava, en su confluencia con el Danubio, los centinelas montan guardia en la frontera: hombres de la milicia territorial, vestidos de campesinos y con fusiles al hombro. Tras desembarcar en esta orilla, alquilé el último coche de caballos,

que esperaba junto al embarcadero. Casi todos los medios de transporte, carros, hombres y caballos, habían sido engullidos por la vorágine de la movilización. Estuve allí hace dos años y medio. Desde entonces, la ciudad ha crecido, está más limpia, se han levantado nuevos edificios, pero como entidad económica, es una ciudad muerta.

Las fábricas y factorías están en silencio, aparte de las que hacen uniformes y municiones para el ejército. Los comercios están vacíos. Falta mano de obra, ya no hay crédito, nadie tiene dinero y, además, no hay nada que comprar. Los tenderos y dependientes se pasean por los umbrales de las tiendas. Pasan el tiempo descargando el peso de sus cuerpos de un pie a otro, echando un vistazo al periódico o charlando con los transeúntes que, a pesar de la incesante llovizna, se reúnen en pequeños grupos en los porches de las casas y en los cruces. Las calles suelen estar llenas de baches. Habían empezado a pavimentarlas con madera, y por eso se arrancó un tramo considerable de la línea del tranvía; hoy las obras se han abandonado y ya nadie se preocupa por las calles. Los reservistas, vestidos con viejos uniformes militares y opanka, caminan despreocupados por las calles. Se detienen ante los escaparates, con las armas desenfundadas, saludando amistosamente a sus compatriotas y reservando el saludo habitual a los oficiales.

Según las estimaciones oficiales, la campaña de movilización serbia ha sido un gran éxito: entre 220.000 y 230.000 soldados se han alistado en el ejército. Ayer, un coronel me dijo que, si Serbia tuviera suficientes fusiles, podría enviar hasta 360.000 hombres al frente.

¿Cuál es el estado de ánimo general? ¿La gente realmente quiere la guerra? ¿Es realmente cierto lo que se dice sobre el entusiasmo popular por la guerra?

Estas preguntas son perfectamente pertinentes en nuestro país, pero aquí es más fácil hacer preguntas que dar respuestas. En este preciso momento, un grupo de reservistas, precedido por un suboficial, pasa bajo mis ventanas. Son unos cincuenta, algunos con sombrero de ala ancha y otros con bombín, y evidentemente son gente de la ciudad: oficinistas, obreros e intelectuales. ¿Cómo ven la situación? A ellos mismos les costaría responder a esa pregunta.

Ayer pasé la tarde en compañía de dos periodistas serbios, uno a favor de la guerra y el otro no. La pregunta que me hice, poniéndome en su lugar, fue el tema principal de la conversación. Las opiniones sobre este punto eran radicalmente opuestas.

- “El pueblo quiere la guerra y no puede ser de otro modo: no tiene elección”, decía el partidario de la guerra. “No estamos hablando del ‘entusiasmo’ oficial que inevitablemente aparece en los boletines oficiales del gobierno en vísperas de todas las guerras, y que no guarda relación alguna con las necesidades y preocupaciones de la gente. Lo que está en juego es nuestro derecho a la vida y al progreso. El pueblo sabe y comprende que sólo la guerra le permitirá ver la luz al final del túnel. El pueblo quiere la guerra.”

- “La guerra no es una solución. El objetivo oficial, el infame artículo 23 del Tratado de Berlín<sup>124</sup>, no es capaz de despertar el entusiasmo nacional de las masas. En realidad, ¿quién puede creer realmente en los beneficios de las reformas superficiales que la guerra obligará a hacer a Turquía? ¿Le parece posible que las masas serbias se enardecen tanto que estén dispuestas a derramar su sangre para instalar a un gobernador general cristiano en Macedonia? Si lo que estuviera en juego fuera la extensión territorial y una salida marítima que permitiera ampliar las bases del desarrollo económico y cultural del país, eso ya sería otra cosa. Tal objetivo podría sin duda entusiasmar al pueblo y llevarlo a actos heroicos. Pero, por mil y una razones, la conquista territorial está descartada. El pueblo, o más bien los que usan la cabeza, saben que las grandes potencias nunca permitirán que Serbia y Bulgaria se expandan a costa de Turquía. En consecuencia,

no se puede contar ni con los resultados de la guerra ni con el entusiasmo por ella. La guerra es políticamente inevitable sólo para la dinastía y los grupos dominantes; el pueblo, en cambio, no tiene ningún interés en ella: se contenta con cumplir sus obligaciones militares.”

- “Esta es una idea preconcebida. Sin el entusiasmo popular, la movilización no habría tenido tanto éxito.”

- “El hecho de que la movilización haya funcionado tan bien se debe únicamente a la gran eficacia del aparato administrativo. Es un hecho que el gobierno radical consiguió introducir notables mejoras en este campo, del mismo modo que consiguió, hasta cierto punto, poner en orden las finanzas. Es cierto que el pueblo no se oponía a la movilización, pero estaba lejos de entusiasmarse con ella.”

- “¿Y la prensa? Todos los periódicos, a excepción de *Radničke Novin*<sup>125</sup>, están a favor de la guerra. Hablan de la reacción entusiasta del pueblo ante la decisión del gobierno de ir a la guerra. Lo mismo ocurre con el parlamento. Con la excepción de dos o tres diputados socialdemócratas, todos son unánimes en su apoyo entusiasta al gobierno. ¿Es una coincidencia?”

- “Desgraciadamente no. Digo desgraciadamente porque ni la prensa ni los partidos políticos expresan la opinión pública o, más exactamente, el estado de ánimo del país. Las masas campesinas están demasiado atrasadas culturalmente y desarmadas políticamente para poner al gobierno, los partidos y la prensa a su servicio. Por eso los grupos dominantes son capaces de llevar la voz cantante. Nuestros periódicos y la *Skupština* sólo expresan las posiciones de los círculos belicistas, no los verdaderos sentimientos del pueblo, que no obtiene ningún beneficio de esta guerra, sino que corre el riesgo, a causa de ella, de ser arrastrado durante décadas a la época de la barbarie económica y cultural.”

- “Si el éxito de la movilización y la opinión de la prensa no consiguen convencerle, ¿qué piensa de los voluntarios?”

- “No son tantos. Además, un país en el que una quinta parte de la población masculina, incluidos ancianos y jóvenes, está en el ejército no tiene prácticamente nada que perder. Es más, además del número de voluntarios en el ejército, podría comparar el número de suicidios (mucho menor, es cierto, pero no menos significativo) entre los reservistas.”

Y ahí se acabó la conversación.

Me abstendré de expresar mi opinión por el momento.

*Kievskaja Mysl'*, número 274, 3 de octubre de 1912

## II. Narraciones de los combatientes

### *Sobre la guerra*

#### I

En su camino hacia Andrinópolis, que los serbios llaman Edirne, la división Timok del ejército serbio pasó por Sofía. Estas tropas ya habían entrado en acción en Kumanovo y Stip. La mitad de los hombres llevaban botas turcas, trofeos de guerra ganados en Kumanovo y otros lugares. Los abrigo, el equipo personal, los cuchillos y el tabaco de muchos de los soldados serbios tenían del mismo origen. Uno de ellos me enseñó su fusil de tiro rápido. Se lo habían entregado, nuevecito, al comienzo de la guerra y, dos días después, ya estaba hecho pedazos.

La primera reforma que los aliados se verán obligados a emprender en Macedonia después de la guerra, antes incluso de que se tomen medidas, será la modernización del ejército. Hoy se exige un esfuerzo excepcional a los recursos materiales del país; importantes políticos búlgaros y expertos en asuntos financieros se consuelan pensando que la guerra, al resolver la cuestión macedonia<sup>126</sup>, permitirá a Bulgaria aligerar la terrible carga de sus gastos militares. Pero este punto de vista no tiene ninguna base seria. La prensa de las grandes potencias, encabezada por Austria y Alemania, canta las alabanzas del nuevo poder militar creado por la unión de los ejércitos balcánicos aliados. Estas setecientas u ochocientas mil bayonetas victoriosas influyen en las bolsas y en la diplomacia de Europa. Los equilibrios europeos deberán tener en cuenta este ejército de tres cuartos de millón de bayonetas; la actitud de las grandes potencias hacia los aliados balcánicos, y viceversa, se basará en este nuevo condicionante. Habiendo situado el peso militar de Bulgaria, Serbia y Grecia en otro nivel, la diplomacia europea no les permitirá reducirlo. No cabe duda: la guerra tendrá el efecto de someter todos los recursos materiales de la península balcánica a una nueva presión.

## II

Los soldados serbios, en marcha hacia Edirne, son intrépidos y orgullosos. Este largo viaje les permite recuperar el aliento antes de las batallas que se avecinan. Con la vivacidad característica de los serbios, los soldados intercambian bromas con la multitud de curiosos, que, por cierto, hablan una lengua que les es familiar.

- “Yo también estoy en contra de la guerra, como muchos de mis compañeros”, me dijo un socialista serbio en Belgrado. Pero la guerra es una realidad y, a diferencia de mis camaradas, no puedo ignorar el hecho de que tiene un impacto significativo en la conciencia de la gente. En mi opinión, la “confraternización” en curso entre los ejércitos búlgaro y serbio debe considerarse un acontecimiento de gran importancia, porque no se trata de ejércitos mercenarios, sino de pueblos en armas. Creo que la hostilidad entre Serbia y Bulgaria pende sobre la península balcánica como una maldición. Después de esta batalla, que unirá moral e indisolublemente a estos pueblos en armas, ninguna política que fomente la hostilidad entre estas dos naciones, vecinas estrechamente relacionadas, podrá tener éxito. Guste o no a los círculos gubernamentales, esta hermandad nacida en los campos de batalla es el primer pilar de la federación balcánica, que se basará en los pueblos, no en las dinastías ni en la diplomacia.

- “Está basando su argumento en factores psicológicos imponderables”, objetaron otros. “No podemos decir qué giro tomarán los acontecimientos en un futuro próximo. No sabemos cuánto durará esta “confraternización”. ¿Quién puede garantizar que, en caso de victoria, pero también en caso de derrota, los dos ejércitos, a pesar de haber fraternizado, no se lanzarán el uno contra el otro?”

*Kievskaja Mysl'*, número 295, 24 de octubre de 1912

### *Historia de una brigada*

Los corresponsales han visto mucho y poco al mismo tiempo. Han observado todo lo que provocaba la guerra y podido medir sus efectos: bajas, prisioneros, explosiones. Oído rugir los cañones, pero no participar en las campañas militares ni presenciar las operaciones del ejército. Para hacerse una idea de cómo se vive y se muere en los campos de batalla, los corresponsales han tenido que recurrir a las entrevistas con los combatientes. Nosotros hemos hecho lo mismo, sabiendo que nos exponíamos a aproximaciones inevitables.

## I

- Nuestra brigada, conocida como la “brigada volante”, se encargaba de mantener los enlaces entre el Primer y el Tercer Ejército. Durante las veinticuatro horas que precedieron a la declaración de guerra, permanecemos en alerta en la frontera serbia, en un punto situado entre los pueblos de Svirec y Novakov Čuk. Debo admitir que no creíamos que fuera a estallar la guerra. Ninguno de los soldados u oficiales podía creer que habría combates y que todos nosotros, sin excepción, acabaríamos en la línea de fuego. ¿Cómo podía alguien pensar algo así? Estábamos convencidos de que todo se habría resuelto con una demostración de fuerza: habríamos dado un susto de muerte a Turquía y le habríamos obligado a hacer concesiones. Pues bien, las cosas tomaron otro cariz. Ya en vísperas de la declaración de guerra, hacia el mediodía, tras saber que los arnautas disparaban contra nuestros puestos fronterizos, mi regimiento recibió la orden de atacar inmediatamente.

-En el puesto fronterizo se nos unieron milicianos armados con inutilizables fusiles rusos Berdan<sup>127</sup>. Nos enfrentamos a un millar de arnautas dirigidos por Idris Seferi, mano derecha de Issa Boletinaz. Los arnautas tenían fusiles Martini y fusiles serbios de tiro rápido, los mismos que les habíamos enviado en la época del levantamiento albanés [1909]. Entonces, para asegurarnos de tenerlos de nuestro lado en caso de guerra, también les dimos dinero. Pero ocurrió exactamente lo contrario: armados con nuestros fusiles, fueron ellos, los arnautas, los primeros en atacar nuestros puestos fronterizos. Y se impusieron fácilmente. ¿Cómo es posible? En cierto modo, es cierto que el vínculo religioso con Turquía fue un factor. Pero la verdadera razón fue otra: los albaneses se dieron cuenta de que su país corría peligro de ser dividido entre Grecia y Serbia, así que defendieron sus campos, sus cabañas y su ganado. Destruyeron nuestras esperanzas utilizando nuestras armas y nuestro dinero contra nosotros. Y el ejército está amargado por ello. Eso es lo que está en el origen de las atrocidades.

- Una vez dada la orden de ataque, el regimiento se lanzó como un solo hombre hacia la frontera. Corrimos tan rápido como pudimos, al azar, sin ningún plan, como si huyéramos de un incendio. Yo estaba al mando de un pelotón de setenta hombres, pero cuando llegué a la frontera me encontré rodeado de soldados que no conocía, soldados de otras compañías. Hay que decir que no todos corrimos hacia la frontera; algunos cobardes habían aprovechado la confusión para quedarse atrás. Algunos albaneses, atrapados entre sus puestos de guardia y los nuestros, habían abierto fuego. Estábamos a unos doscientos pasos cuando cargamos, gritando “¡Adelante!” y disparando a ciegas. Los albaneses se retiraron a los puestos de guardia más cercanos. En ese momento, los *komitadži* (chetniks)<sup>128</sup>, que habían llegado a la frontera al mismo tiempo que la milicia, atacaron y se apoderaron de los puestos avanzados de los arnautas lanzando granadas. Sin dejar de disparar, los arnautas se retiraron hacia Novakov Čuk y tomaron posiciones en una casamata que estaba a unos dos mil pasos de nosotros. Por fin llegaron nuestras baterías. Una salva precisa de tres disparos destrozó el techo de la casamata ante nuestros ojos. Los arnautas abandonaron su posición y lograron escapar. No fuimos capaces de atraparlos. Nuestras pérdidas fueron de cuarenta muertos y ochenta heridos, entre ellos cuatro oficiales. Los arnautas lograron llevarse a la mayoría de sus muertos y heridos. Para ellos, es un deber sagrado.

- Tuvimos nuestro bautismo de fuego en el frente de Svirec. Tengo malos recuerdos de ello. Cuando te das cuenta de que los tiros se dirigen a seres de carne y huesos, tienen un sonido muy particular. Un sonido desagradable que penetra hasta la médula de los huesos. Al día siguiente, no hubo combates, pero ese sonido siguió asaltándome. Avanzas, te detienes, comienzan los disparos. Mientras la lona helada de las

tiendas crepitaba al viento, un disparo solitario te cogía desprevenido. Cuando llegamos a las posiciones enemigas, vi de cerca a mi primer enemigo muerto. Joven, flaco, de piel oscura, imberbe, con la cara contraída y los ojos saltones, estaba tendido de espaldas. La bala penetró en su frente y salió por la nuca. Desde entonces, he visto muchos más heridos y muertos. Tengo un vago recuerdo de ellos, pero ese primer soldado muerto, con los ojos desorbitados y ese agujerito en la frente, se me quedará grabado para siempre... Pasé aquella noche en un puesto de guardia turco. Salí más de una vez a controlar a los centinelas. Cada vez que salí, me topaba con albaneses muertos. Diez o quince de ellos yacían aquí y allá alrededor del puesto de guardia. Dentro había un perro y un gato que ladraban y maullaban lastimeramente. Aullaron toda la noche. No encuentro palabras para describir aquellos aterradores aullidos. Finalmente, harto, ordené a mis hombres que los mataran.

- Dicen que los albaneses son muy valientes. Lo son. Pero es un tipo particular de coraje, inadecuado para la guerra moderna. Impetuosos, se lanzan al ataque sin preocuparse de las consecuencias y arrasan con todo a su paso. Son implacables en sus asaltos y en la matanza de los vencidos. Pero cuando sufren un revés, pierden fácilmente la cabeza. Cuando se les hace retroceder, son incapaces de reorganizarse para volver a atacar. Su huida se vuelve caótica y frenética, igual que su ataque. Más que un ejército, son un clan, una tribu en armas. Junto a los ancianos de largas barbas grises, es muy frecuente ver a jóvenes de diecisiete o dieciocho años.

- Una vez separados de los suyos, los prisioneros albaneses se convierten en criaturas patéticas. En más de una ocasión, vi a un albanés capturado por mis hombres caer de rodillas ante mí. Doblado en dos, imploraba con voz lastimera y humilde “aman, aman”<sup>129</sup>... Había prohibido terminantemente a mis hombres que los mataran, pero debo decir, con toda honestidad, que esas órdenes no se respetaban. Le dije a un soldado que llevara un prisionero al comandante. Apenas los dos hombres se alejaron unos cincuenta pasos, oímos un disparo. ¿Por qué son tan despiadados? Al principio pensé que nuestros soldados campesinos estaban jugando con la idea de asentarse en esas nuevas tierras y, por lo tanto, intentaban despejar el camino deshaciéndose de los actuales propietarios. Les sacaba el tema cuando hablaba con ellos. “Está bien”, les dije, “ahora tendréis mucha tierra”. Pero en realidad, esta gente no tenía ninguna intención de asentarse en la tierra conquistada, ni siquiera los que, y había más de uno en mi regimiento, se habían marchado para emigrar a Serbia. Eran tierras salvajes, la vida en el campo era dura, los métodos de cultivo atrasados y no había carreteras, escuelas ni hospitales.

- La matanza de prisioneros, como decía, podía ser una venganza por las esperanzas defraudadas; pero creo que era sobre todo el resultado de un simple cálculo: un enemigo menos equivale a un peligro menos. Al principio, simplemente desarmábamos a los albaneses y eran libres de moverse. Pero eso resultó ser peligroso, así que decidimos mantenerlos prisioneros. Eso se convirtió en un problema. Teníamos que cuidarlos y alimentarlos, mientras que nuestros propios soldados no tenían suficiente para saciar su hambre. Los soldados más valientes y educados no mataban a los prisioneros. En cambio, los cobardes se vengaban de estos hombres desarmados por el miedo que habían pasado durante los combates. Obviamente, mucho depende de quién esté al mando. Nuestro comandante de brigada, Stojan Milovanović, había prohibido terminantemente cualquier represalia contra los prisioneros. Por otro lado, sé que, en otros sectores, los oficiales fusilaron personalmente y sin piedad a los prisioneros.

- Créame, no lo digo por arrogancia patriótica, sino que es un hecho que nuestro ejército se comportó de forma mucho más humana, si se puede utilizar ese término, que los griegos y los búlgaros. Estos últimos se ensañaron como un huracán de fuego. Un amigo mío, que hasta hace poco estaba de guarnición cerca del lago Dojran, al norte de

Salónica, me dijo que dondequiera que iba el ejército búlgaro, estaba desierto. No hay rastro de seres humanos ni de asentamientos, todo ha sido destruido, como borrado de la faz de la tierra. Y los griegos no se quedan atrás. Tomaron por asalto Soković, una pequeña ciudad. Hoy, es como si nunca hubiera existido. De hecho, los griegos afirman que fueron los turcos quienes la incendiaron. Pero en Soković no sólo se destruyeron las casas, sino también las mezquitas, que son edificios sagrados para los turcos: así que me parece muy claro... En la región de Bitolj, donde operaban nuestras tropas, casi todos los pueblos, aparte de los turcos, están intactos. Tenemos que admitir que la guerra siempre será la guerra y que en nuestras filas también ocurrieron cosas...

- Sin embargo, sólo algunas de las atrocidades pueden atribuirse a las fuerzas regulares que, en general, arrasaron sólo las casas de los koçak, los bandidos arnautas. Luego empezaron también los reservistas. Luego aparecieron las milicias y los komitadži para rematar la faena. Eran peores de lo que nadie podía imaginar. Entre ellos había algunos intelectuales, hombres cultos y nacionalistas entusiastas. El resto eran delincuentes, ladrones, toda esa gentuza que se había alistado en el ejército por el mero placer del pillaje. En ciertas circunstancias delicadas, habían sido útiles porque no respetaban ni la vida de sus enemigos ni la suya propia. No menos de doscientos de ellos cayeron, como héroes, luchando en los alrededores de la aldea de Nagoričane, cerca de Kumanovo. Pero entre batalla y batalla se comportaban como bandoleros. Incluso antes de la guerra, los komitadži se habían organizado de diversas maneras en diferentes zonas en unidades chetnik de veinte, cincuenta o cien hombres, cada una bajo el mando de un vojvoda. Cuando estalló la guerra, las unidades chetniks ya estaban situadas en puestos avanzados con misiones de reconocimiento, aunque bajo el mando de algunos oficiales del ejército regular. Mientras los chetniks marchaban junto al ejército, las cosas iban bien, pero cuando terminaba una operación y el ejército seguía adelante, dejándoles la tarea de desarmar a la población, entonces, como nadie les vigilaba, empezaban los horrores.

- No lejos de Prilep, cometieron tales atrocidades (no sólo contra los turcos, sino también contra los serbios) que fue necesaria la intervención de tropas regulares y la eliminación de toda una unidad chetnik para controlarlos. Y si hubo casos de violación (no sé si realmente los hubo, pero es posible) fueron cometidos por komitadži, no por soldados. Entre nosotros, esto estaba estrictamente prohibido y prestábamos mucha atención para impedir cualquier intento de hacerlo. Por la noche, cuando parábamos en un pueblo, empezábamos formando una patrulla, al mando de un oficial, cuya misión era reunir a todas las mujeres turcas en una sola casa del pueblo. Los soldados eran colocados a su vez en las casas habitadas sólo por hombres. Si, por casualidad, quedaba alguna mujer en un harén, un suboficial prohibía el acceso a los soldados, so pena de un severo castigo. Los soldados se quejaban, diciendo que si hubieran sido los turcos los que hubiesen invadido nuestro país, sin duda no se habrían comportado así. En Bitolj, un soldado fue severamente castigado por levantar en broma el velo de una mujer turca. No hay otro camino. Si mostramos la más mínima indulgencia en este ámbito, el ejército está perdido. Entonces, ¡intenta tú encontrar a un soldado por la mañana!

- También intentamos evitar los robos. Las relaciones entre los soldados y los propietarios de las casas donde se alojaban eran gestionadas por un suboficial y, en todos los casos, los soldados no podían pedir más que comida. Sin embargo, esta norma no se respetaba estrictamente, sobre todo por parte de los oficiales. Con el pretexto de recoger recuerdos de la campaña, requisaban armas valiosas, alfombras, seda, objetos de plata y oro a turcos y albaneses ricos. Otros enriquecieron su mobiliario. Los soldados también robaban siempre que podían, pero sólo dinero, porque no se les permitía llevar equipaje...

- Ya he dicho que no esperábamos entrar realmente en guerra. Pero estalló la guerra, con todas sus tribulaciones, peligros y horrores. ¿Cómo reaccionaron los soldados

ante la guerra? No todos de la misma manera. La gente del pueblo y, en general, los elementos más educados, se mostraron entusiastas. Lucharon con valentía, dieron ejemplo a los demás y desempeñaron un papel importante durante toda la campaña. Los campesinos, en cambio, estaban deprimidos, añoraban sus aldeas, sus campos y sus familias. Sólo mostraban cierto entusiasmo cuando entrábamos en un pueblo serbio. Miraban a su alrededor y, al ver la miseria de los habitantes, decían: “Sí, esta guerra es justa”. Y es cierto que las condiciones en esos pueblos no podían ser peores. Las casas eran pequeñas chozas de barro, a veces hechas de ladrillos de barro, sin muebles. Todo daba la impresión de un asentamiento temporal, de gente acampada, sin domicilio fijo. Estos campesinos, conocidos como rubrin, arrendaban tierras que pertenecían al agha o al pachá turco. Su vida era precaria y los frutos de su trabajo escasos. No hay bosques, huertos ni carreteras. Nuestros campesinos, sobre todo los de la región de Moravia, donde la agricultura se basa en criterios racionales y se dedica a la exportación, miraban todo esto con ojo crítico y decían: “No, no podemos vivir así”.

- Y, sin embargo, esta región, que se extiende desde la antigua frontera serbia hasta Skopje, es, en conjunto, muy fértil. Hacia el centro de Macedonia, en el lado de Tetovo y Kičevo, donde la tierra es mucho más pobre, la gente vive mejor, paradójicamente. Allí se pueden ver pueblos ricos, con casas de dos o incluso tres pisos. Esto se debe a que los campesinos de las tierras menos fértiles emigraron a América, ahorraron y, una vez de vuelta en su tierra natal, se construyeron una casa.

- El plan inicial era avanzar hacia el sur desde Svirec hasta Gnjilan, la capital de esta región de Albania. Nos dimos cuenta de que no necesitábamos estar allí, ya que los albaneses habían huido y no había resistencia. Por lo tanto, a nuestra brigada se le asignó el objetivo de Priština. Tras bordear la frontera serbia, nos adentramos por Lisić hasta las colinas de Prapaštica. No teníamos otros combates que llevar a cabo salvo la agotadora batalla contra la naturaleza hostil. Al parecer, nuestro cuartel general no tenía ni idea de las condiciones de estas zonas fronterizas. A pesar de la naturaleza montañosa de estas tierras sin caminos, no nos habían dado cañones de montaña sino obuses de gran calibre. Cuando aún estábamos en los puestos avanzados, llovió continuamente durante dos o tres días. El terreno estaba embarrado hasta una profundidad de veinticinco centímetros; el estado de las carreteras era tal que incluso la infantería tenía dificultades para avanzar. Así que podéis imaginaros a los que teníamos que transportar obuses.

- Teníamos cinco pares de caballos para cada obús. En los lugares más inaccesibles, incluso los soldados, media compañía a la vez, tiraban de los carros mediante una cuerda atada al carro del cañón. Además, cada soldado tenía que llevar un pesado abrigo y una mochila de veinticinco kilos.

- No entramos en Priština. Ya había sido tomada por el Tercer Ejército, dos días antes de nuestra llegada. Pasamos la noche en Gračanica, un lugar histórico con un famoso monasterio que lleva el nombre del rey Milutin. Cuando entramos en la llanura de Kosovo Polje, empezó a cundir la excitación entre los soldados. Incluso a mí me sorprendió su agitación. Kosovo, Gračanica. Estos nombres, repetidos infinidad de veces en nuestras canciones populares, han pasado de generación en generación. Los soldados empezaron preguntando cuántos kilómetros quedaban hasta Bakarno Guvno, en la región de Prilep. Parece ser que era el límite del antiguo reino serbio. Debo confesar que yo no lo sabía. Los soldados estaban convencidos de que Bakarno Guvno era nuestro objetivo y que, una vez allí, nuestra tarea estaría completa. Más de una vez me avergoncé de mi ignorancia de la historia de nuestra nación. Como hombres educados, no prestamos atención a las canciones populares. Y ni siquiera somos lectores atentos de nuestra historia.

- Desde Gračanica, nos enviaron a Skopje, pasando por Gnjilane y el Karadağ. Aquí, todas las montañas tienen 1.500 metros de altura. Nuestra misión era mantener los enlaces entre el Primer y el Tercer Ejército y acabar con la resistencia albanesa en la región. Pero no encontramos resistencia. Los pueblos que encontramos en nuestra ruta estaban habitados por albaneses o serbios, puros o mixtos. Pero los albanokosovares hablan serbio, los serbios hablan albanés y, en algunos lugares, incluso hablan una mezcla de los dos. Los pueblos albaneses son mucho más ricos que los serbios; tienen mucho ganado. En algunos lugares, contamos entre cincuenta y ochenta caballos y miles de ovejas. En una granja turca, encontramos diez mil ovejas y medio millón de kilos de trigo en los graneros. Sus casas de dos pisos eran de las más hermosas. Algunas, en Badrovci, cerca de Skopje, tenían modernos equipamientos agrícolas.

- Los serbios no tienen mucho ganado porque podría ser robado por los bandidos albaneses. Aunque sean ricos, los serbios no construyen casas bonitas donde también viven albaneses. Aunque tengan una casa de dos plantas, los serbios evitan pintarla, para que no parezca más bonita que la de los albaneses. Más tarde, tras la toma de Bitolj, pasé la noche en Resan, en casa de un médico griego. Era una casa espléndida, con todas las comodidades, pero, aun así, las paredes exteriores no estaban enlucidas. Le pregunté por qué. Me contestó que quería evitar lucir una casa demasiado bonita en una pequeña ciudad que era, entre otras cosas, el lugar de nacimiento de Niyâzî Bey, el héroe de la revolución turca.

- De Priština a Skopje, la carretera era... de hecho no había carretera en absoluto, al menos desde Nasiano. En algunos lugares, los desfiladeros de las montañas eran tan angostos que apenas podían pasar dos hombres de frente. Habíamos dejado dos baterías de gran calibre en Gnjilane, quedándonos sólo con los obuses de montaña que se podían desmontar y cargar a caballo. Necesitábamos cuatro caballos por cañón. Transportamos la munición por separado, en cajas. Era un trabajo duro. Pero lo peor era el hambre, un hambre terrible. No había pan. Desde la frontera hasta Skopje, del 7 al 15 de octubre, es decir, durante ocho días, no vimos pan. En Gnjilane, ¡conseguimos unos cien panes para ocho mil soldados!

- Pero había carne. Durante la marcha, matamos cerdos y ovejas, pero nos faltaba sal. ¡Ni sal, ni pan! La columna de suministros tenía, pero nadie sabía dónde estaba. Toda la atención del cuartel general se centraba en las operaciones, no en el suministro de alimentos. Se daba por sentado que los soldados encontrarían la forma de alimentarse. Cuando llegamos a Skopje, comimos un poco de pan y volvió el buen humor, los soldados bromearon: “No teníamos ni ocho barras de pan y derrocamos el imperio del sultán”. Pero no hubo mucho de qué reírse durante el viaje. Comíamos maíz, que aún estaba verde, y trigo, que nos provocaba dolores de estómago. Estábamos demacrados y desmoralizados. Sólo cuando llegamos a los pueblos serbios se nos levantó el ánimo. Recuerdo muy bien uno de nuestros encuentros. En Dragovec, justo antes de Gnjilane, nos saludaron unas voces que cantaban en serbio. Una ancianita cantaba: “Somos felices porque el ejército serbio nos ha traído la libertad”. Las demás mujeres se unieron al canto. La letra de la canción, sobre todo porque la cantaban mujeres, había cambiado positivamente la opinión que los soldados tenían de sí mismos. Su moral había mejorado y, aunque antes de llegar a Dragovec habían marchado durante ocho horas, después de este encuentro marcharon otras ocho horas sin descanso ni queja....

- En el pueblo de Kućevista, en la región de Skopje, los lugareños nos invitaron a la fiesta de su patrón. Los campesinos nos ofrecieron vino. Dos o tres sorbos bastaron para que los hambrientos soldados se emborracharan. Se tambaleaban y se desplomaban en el suelo ante cualquier obstáculo. A la mañana siguiente, nos costó mucho reunirlos. Muchos llegaron a Skopje con veinticuatro horas de retraso y todavía estaban borrachos.

## II

- Cuando llegamos a Skopje, nuestra brigada tomó posiciones en los puestos avanzados, algunos en la ciudad y otros en los alrededores. Empezaba a nevar. Mientras tanto, nuestras tropas habían tomado Prilep y se dirigían hacia Bitolj, donde se libraba la batalla. Un regimiento de nuestra brigada se quedó en Skopje, pero el mío emprendió la marcha. Pasando por Tetovo, Gostivar, Kičevo y Gopeš, debía unirse a la división de reserva morava. La misión de esta última era cortar el paso a la guarnición turca, que se había retirado de Bitolj en dirección a Resan, e impedir el envío de refuerzos.

- Las carreteras eran mucho mejores en esta región. La campiña alrededor de Bitolj, formada casi en su totalidad por arrozales, era magnífica a la vista. Una fina capa de nieve lo cubría todo. Nos abrimos paso, con dificultad, a través de los arrozales, hundiéndonos hasta las rodillas. La carretera de Kičevo a Bitolj está asfaltada y en buen estado. Tras horas de fatiga en la Vieja Serbia sin carreteras, fue una agradable sorpresa. Una carretera igualmente hermosa va de Tetovo a Veles.

- Pero la zona se había convertido en un desierto. A partir de Kičevo, los turcos habían quemado los pueblos; sólo las iglesias permanecían intactas entre los escombros. Los turcos tenían por norma no tocar las iglesias, ni a los sacerdotes, ni a las mujeres. Dos funcionarios de nuestro antiguo consulado en Skopje me contaron una historia interesante. Cuando nuestro gobierno armó a los komitadži de la Vieja Serbia, las pistolas y municiones, que pasaron por el consulado, fueron confiadas a sacerdotes y mujeres que consiguieron llevar casi todo a su destino. Aparte de los sacerdotes y las mujeres, los turcos no registraron a los koçaks albaneses, a los serbios islamizados (los peores de todos), a los verdaderos otomanos y a sus compatriotas turcos. Es innegable que poseen algunos rudimentos de caballería.

- Volvimos a pasar hambre. No puedes imaginarte lo que es estar al mando de soldados hambrientos, hombres que no han probado alimento en dos o tres días, cuando tú mismo estás hambriento y debilitado, consciente de tu impotencia y avergonzado de enfrentarte a los soldados. El simple campesino refunfuña y desobedece las órdenes, pero los mejores soldados disimulan su hambre y su debilidad con orgullo. Puede ocurrir que un soldado, aún no demasiado demacrado por haber comido el día anterior, entre en una aldea turca para pedir pan. “¿No te da vergüenza?”, le increpaba otro soldado medio muerto de hambre. “¿Qué pensarán los turcos del ejército serbio? ¡Dirán que somos escoria hambrienta sin pan y sin orgullo!”

- Hubo casos de estúpida pedantería por parte del mando, casos estúpidos y dañinos. Un pequeño ejemplo. La čorba<sup>130</sup> hervía a fuego lento en la olla del campamento, todo estaba listo para la comida y los hombres esperaban. De repente llegó una orden: ¡en marcha! Nada impedía que la partida se retrasara diez minutos, pues ya se habían perdido horas y días enteros sin motivo. Pues no. El espíritu de lucha (si hablamos de soldados, claro) exige una indiferencia total por la comida. Se volcaron las ollas, se arrojó la čorba a la nieve y los hambrientos se pusieron de nuevo en camino.

La División Morava, a la que estaba adscrito nuestro regimiento, se había desplegado a lo largo de la carretera de Bitolj a Resan. Nuestro ejército bloqueó Bitolj desde el noreste. El monte Peristari impedía a los turcos retirarse hacia el suroeste. Sólo podían retroceder en dos direcciones: hacia el oeste, por la carretera de Resan, donde se había desplegado nuestra división, y hacia el sur, en dirección a Florina. Pero el ejército griego se preparaba para atacar allí mismo. Mi batallón estaba atrincherado cerca del pueblo de Davat, en las alturas que dominaban la carretera principal.

- Bitolj fue tomada el 18 de noviembre. Tras la caída de la ciudad, una parte de las fuerzas turcas (no puedo decir cuán grande) se retiró hacia Florina, mientras que Cavid

Pasha y Fethi Pasha, al frente de veinte mil hombres con seis u ocho cañones, se precipitaron hacia Resan, es decir, hacia nosotros.

- Aquellos días, el tiempo había sido terrible: nieve y lluvia. Un viento helado y penetrante soplabá desde el lago Prespa y el monte Peristari. Todo estaba cubierto de una niebla pegajosa, espesa como el humo. No se veía nada, ni de día ni de noche. Nuestras patrullas se acercaban a veces a diez o quince pasos del enemigo, pero de ambos bandos nos retirábamos por miedo a lo desconocido. Rara vez había combates a bayoneta y sólo cuando un pequeño grupo se enfrentaba a otro se luchaba cuerpo a cuerpo.

- El segundo día, los turcos intentaron asaltar nuestra posición en Davat. Pero nuestros hombres repelieron el ataque lanzando granadas. Éstas tienen un efecto devastador. Están llenas de fragmentos de metal y, cuando explotan, desgarran la carne y reducen los cuerpos a esqueletos mutilados.

- Pasamos cuatro días y cuatro noches dentro de una niebla de incertidumbre. No teníamos ningún mapa topográfico de la zona. Sólo dos o tres oficiales, entre los más viejos, tenían alguno, que venía del cuartel general austriaco. Después de la toma de Bitolj, el comandante de división hizo algunas copias de mapas de la zona, pero resultaron casi imposibles de leer porque las líneas y los nombres estaban todos mezclados. Nuestro cuartel general no estaba en absoluto preparado para las operaciones en Macedonia; sólo consiguió causar daños y confusión. Llevábamos tres años preparándonos para un enfrentamiento sin cuartel en el Ovče Polje, pero nadie había imaginado que pudiéramos avanzar más allá de Veles. Las batallas decisivas de Kumanovo y Bitolj confundieron a los cuarteles generales. Debimos nuestra victoria no sólo a la desmoralización de las fuerzas turcas, sino también a la suerte y a la niebla.

- El 4º Regimiento y 6º Regimiento tuvieron éxito, o para ser más exactos, tuvieron la suerte de llegar a las afueras de Bitolj, el corazón mismo del ejército enemigo, y partirlo en dos, empujando una parte hacia Florina en el sur y la otra hacia Resan. Esta fue la acción decisiva.

- Debido a la absoluta falta de información y a la incapacidad del estado mayor para organizarse, nos encontramos en una posición extremadamente difícil en Davat. Hubiera sido totalmente posible capturar a Cavid Pasha, Fethi Pasha y su ejército, pero nuestras fuerzas (sólo una división de reserva) eran insignificantes comparadas con las suyas. Además, no teníamos artillería de campaña. Con gran dificultad, habíamos conseguido arrastrar algunos obuses hasta Gnjilane, pero resultaron inútiles. Así que ocupamos la línea de Davat con cañones de montaña como única artillería, que también resultaron inútiles. Los turcos se dieron cuenta muy pronto de que nuestro armamento no estaba a la altura, así que comenzaron un terrible bombardeo con sus cañones de campaña. Podrían habernos aniquilado de una sola vez si su artillería hubiera sido un poco más precisa. Afortunadamente para nosotros, las granadas turcas ni siquiera explotaron.

- Nueve granadas cayeron sobre las posiciones de mi compañía. Ninguna causó daños. Nuestros especialistas nos explicaron que la culpa no era de las granadas, sino de los artilleros turcos. No saben calcular y explotan granadas caras sin resultado. La metralla turca explotaba a tal altura, a unos 200 metros, que en general eran inofensivas; las balas de metralla caían, por efecto de la gravedad, y causaban muy pocos daños. En mi batallón murieron entre cincuenta y setenta soldados y muchos otros resultaron heridos, pero por balas de fusil. La artillería no mató a ningún soldado. Sólo dos resultaron heridos, uno de gravedad y otro leve.

- A veces, el viento del monte Peristari despejaba la niebla. En cuanto divisaban nuestras posiciones, comenzaba el tiroteo. Luego, cuando la niebla caía sobre los picos y los valles, los cañones callaban. De vez en cuando, oíamos el eco de un disparo efectuado

en la niebla sin convicción. Era su forma de advertirnos de su presencia y, en cierto modo, de tranquilizarse a sí mismos.

-- No éramos muchos y corríamos el riesgo de ser atrapados por las tropas turcas. Así que cada noche abandonábamos nuestras líneas y nos reagrupábamos en otro lugar. A la mañana siguiente, volvíamos a las posiciones que habíamos dejado.

- Durante cuatro días y cinco noches, no encendimos ni un fuego, comimos poco y dormimos muy poco. El viento, la humedad, el hambre y la falta de sueño habían reducido a los soldados a un estado de apatía. Se quedaban dormidos, incluso en los puestos de guardia más importantes, a pesar del riesgo real de ser cogidos por sorpresa y que los mataran. Había que llevarlos de un lado a otro de los puestos de guardia para mantenerlos despiertos. Algunos abandonaban sus puestos para ir al pueblo vecino a por pan. La ley militar castigaba con la muerte el abandono del puesto, y los que lo hacían sabían que podían encontrarse cara a cara con el enemigo en el pueblo. Pero, de todos modos, ¡van!

- El oficial que les pillaba en el acto les daba dos o tres bofetadas y se acabó. Tengo que admitir que a veces pegamos a los soldados. Es de cobardes, lo sé, y el reglamento lo prohíbe, pero teníamos que hacerlo. La vida de cientos y miles de hombres dependía de los centinelas. No era aceptable dormirse o ir al pueblo a procurarse una hogaza de pan. En tales casos, el castigo era de diez a doce golpes. Algunos utilizaban las manos, otros los pies, otros aún el látigo. A veces, para agravar el castigo, los hombres eran desnudados. El castigo no era particularmente severo, pero la tropa se reunía en el lugar del castigo, como para una amonestación. Esto no ocurría nunca en nuestro ejército en tiempos de paz, pero en la guerra como en la guerra: si quieres salvarte, no puedes evitar estas improvisaciones.

- Nuestra situación como oficiales subalternos era muy difícil. Teníamos que tener en cuenta el hambre y la fatiga de los hombres, la niebla y el estado del terreno. También teníamos que responder ante los oficiales de mayor rango por las infracciones de la disciplina. Los de arriba eran implacables. No estaban en contacto directo con las masas, no veían ni sentían los efectos de lo que nosotros, o más bien ellos, pedíamos a los soldados que hicieran: cuando estás en marcha y un soldado se sienta a un lado de la carretera, es duro, pero tienes que obligarte a pegarle. Le pegas y te dice: "puede pegarme, oficial, pero no puede conseguirme el pan al que tengo derecho". ¿Pero de dónde sacas el pan? Uno se siente mal después de un incidente así...

- Finalmente, los turcos decidieron que su artillería nunca sería capaz de desalojarnos de nuestras posiciones. Así que decidieron utilizar la oscuridad y la niebla para franquearse el paso. Y lo lograron. Esperaron hasta el anochecer, cuando abandonamos nuestros puestos de avanzadilla, para cruzar el desfiladero de Davat en filas cerradas. Primero la artillería, luego la caballería y finalmente la infantería. A la mañana siguiente, cuando regresamos a nuestra posición original, sólo vimos la cola de la columna de infantería turca y sólo conseguimos bloquear los convoyes. Los turcos no se defendieron ni respondieron a nuestro fuego. Se precipitaron hacia la salida del paso. En cuanto a nosotros, no pusimos mucha energía en perseguirlos, por miedo a su superioridad numérica. Al principio, incluso nos ordenaron retirarnos. Pero mi compañía no se movió y siguió disparando contra los turcos que huían; cuando quedó claro que los turcos no tenían intención de retroceder, las demás unidades dieron media vuelta y se unieron a nosotros. Pero habíamos fracasado en nuestra misión: los turcos habían pasado.

- Entonces encontraron muerto a Fethi Pasha en la mezquita de Resan. Los prisioneros turcos explicaron que había sido gravemente herido en la garganta de Davat. Habiendo dado la orden de continuar, costase lo que costase, se había quedado en la retaguardia para velar por el último soldado. Fethi Pasha estaba en la retaguardia de la

columna cuando una de nuestras balas le alcanzó en la cabeza. Era un hombre valiente, sabio y honesto. También había sido embajador de Turquía en Belgrado. Era un hombre respetado. Más de uno de nuestros oficiales se jactó después: “apunté a un oficial con charreteras doradas, debía de ser Fethi Pasha”. Otro afirmó haber disparado a Fethi Pacha mientras montaba a caballo. Luego un tercero y un cuarto. Había no menos de diez hombres convencidos de que habían apuntado sus armas a un solo y único objetivo: la cabeza de Fethi Pasha.

- Nuestra división persiguió a los turcos hasta Resan. Tomamos la ciudad sin luchar. Hay que decir que esta vez nos habían dado cañones de campaña... tirados por bueyes. Mientras tanto, los turcos se habían retirado hacia el sur, hacia la orilla occidental del lago Prespa. Armados con cañones pesados, nos sentíamos más intrépidos. De vez en cuando, los turcos se detenían y su artillería abría fuego furiosamente contra nosotros. Parecía que querían lanzar un ataque, pero de repente dejaban de disparar y continuaban su retirada... La mayoría de las granadas turcas acababan en el lago, provocando impresionantes chorros de agua que parecían fuentes. Estas fuentes, creadas por la artillería, son mis últimos recuerdos de la guerra. El frío, que hasta entonces había mantenido a raya, se apoderó de mí. Me llevaron delirando al hospital de Bitolj.

*Den'*, números 84 y 86, 25 y 29 de diciembre de 1912

### III. Políticas, partidos y diarios serbios

#### *Una suma de contradicciones*

Hay que vivir aquí y ver las cosas de cerca para convencerse de que, mientras la política europea hacia los Balcanes, como hacia todo lo que despierta su apetito, siga desembocando en el saqueo imperialista, los pequeños estados balcánicos no tendrán otra salida que la federación. Hoy, toda la política serbia, tanto interior como exterior, es una confusa suma de contradicciones, sin salida razonable a la vista.

Tras consultarse entre sí, los diplomáticos europeos llegaron a la frase “no es obligatorio”. Sin embargo, es cierto que, ya antes de la guerra de los Balcanes, esos mismos diplomáticos habían inventado otra fórmula: paz y *statu quo* con Turquía. ¿Evitó esto la guerra de los Balcanes? No, no la evitó en absoluto. Austria no quiere que Serbia se beneficie de sus victorias. ¿Bastará una fórmula para detener a Austria? Tal vez Rusia podría detenerla, o al menos podría intentarlo, pero procura no hacerlo; prefiere aportar su contribución al desarrollo de dicha “fórmula”. Pašić lo ha entendido. Además, ¿qué otra cosa podía hacer Serbia, ahora que estaba sola frente a Austria-Hungría? Sólo podía buscar un acuerdo que, sin embargo, tendría toda la apariencia de una capitulación. Pašić estaría bastante dispuesto a capitular, pero han surgido dificultades internas a este respecto.

Los partidos políticos aquí no expresan tanto intereses de clase particulares dentro de Serbia como las relaciones particulares que existen entre este país y las grandes potencias. Los partidos se unen en torno a principios rusófilos y austrofilos. Las dificultades exteriores son siempre oportunidades para la política interior de uno u otro grupo. La política internacional deviene en una especie de bolsa para la especulación política.

Pašić considera que el acuerdo es inevitable, pero si ese acuerdo equivale a una capitulación, no será popular. Los grupos políticos están jugando a un juego basado en la

impopularidad de este acontecimiento inevitable, cuyo resultado probablemente irá más allá de las intenciones de los jugadores.

Pašić ya ha puesto en marcha las negociaciones, no cabe duda. De qué tipo, con quién, a través de quién, nadie lo sabe, pero las negociaciones continúan. El problema no es sencillo, porque no está claro qué tiene Austria en mente. Es cierto que el *Neue Freie Presse*<sup>131</sup> sostiene que Austria sólo quiere que Serbia deje de perturbar las aguas del Adriático. Pero también parece haber una opinión más radical en Austria: “Acabar con esto de una vez por todas”. Mientras la *Neue Freie Presse* evocaba garantías secretas de paz por parte de Belgrado y tranquilizaba a la bolsa diciendo que el momento más crítico había pasado, la flota militar austriaca patrullaba el Danubio y el Sava, volcando accidentalmente barcazas y dañando instalaciones fluviales. Además, los organizadores de los fuegos artificiales de Semlin<sup>132</sup> se divirtieron iluminando el Palacio Real durante una hora seguida, con la evidente intención de provocar “estallidos” y “poner fin a esto de una vez por todas”. Pašić se quejó al enviado austriaco Ugron de la flota militar y de los fuegos artificiales. Este último replicó en tono airado:

-Soy diplomático, sólo me ocupo de asuntos civiles, mientras que los daños a los asentamientos fluviales y los fuegos artificiales en Semlin son asuntos militares.

Aún no sabemos qué significado atribuir a los cambios en el gobierno austrohúngaro, pero sin duda están relacionados con la lucha entre dos agendas: la agenda mínima (Serbia no debe perturbar las aguas del Adriático) y la agenda máxima (acabar con esto de una vez por todas). Por tanto, no hay certeza de que las concesiones de Serbia, ni siquiera las más significativas, puedan garantizar una solución pacífica a este conflicto. Se dice que los soldados a bordo de los barcos militares amenazaban, ostentosamente, con sus bayonetas. Tal vez no pretendían realmente amenazar y esto se malinterpretó, pero fuesen cuales fuesen sus intenciones, el resultado es el mismo. Supongamos que un soldado serbio de la milicia territorial pierde la cabeza y lanza una piedra. Esta piedra, especialmente si es grande, podría convertirse en un *casus belli*. Los soldados austriacos responden disparando, y la milicia serbia toma represalias. La milicia serbia utilizó el viejo Berdan ruso que habían recibido como regalo. No era un fusil muy bueno, pero dispara a pesar de todo. En el peor de los casos, imaginemos que el proyectil da en el blanco. Las negociaciones se interrumpen. Herr Ugron recoge su paraguas y dice: “No tengo nada más que hacer aquí, sólo me ocupo de asuntos civiles”. No puedo decir con certeza si Ugron sigue realmente esta política; sin embargo, lo que es seguro es que en Viena y Budapest hay un partido poderoso que pretende crear una situación en la que sólo las armas tengan voz.

También en Serbia hay un partido de este tipo que trabaja en la misma dirección; también allí hay alguien que quiere “acabar con esto de una vez por todas”. Varios periódicos publican artículos con el mismo estribillo: *finis Austriae*.

Mientras tanto, el señor Pašić se ve obligado a jugar un doble juego. Su periódico publicó un artículo, firmado por un ministro, argumentando que la ciudad de Durrës y el corredor que conducía a ella eran asuntos de vida o muerte para Serbia. Al día siguiente, publicó la noticia, sin comentarios, de que se habían dado “garantías” a Serbia para la concesión de un puerto neutral y de una vía de comunicación hacia él. Al mismo tiempo, el *Neue Freie Presse* publica una entrevista, realizada en Belgrado, de tono distendido pero anónima. Ayer, después de comer, Pašić recibió a los directores de los periódicos locales, a los que aconsejó extremar la prudencia en el tratamiento de las relaciones serbo-austriacas. Para dejar claro su punto de vista, antes de comer Pašić había ordenado el secuestro de dos periódicos que acababan de salir, *Štampa* y *Pijemont*<sup>133</sup>. Como en todas partes del mundo, en un caso así, un quiosquero vendía ejemplares de los periódicos secuestrados por bajo mano a precio de oro. En *Štampa* había una caricatura

absolutamente inofensiva de Francisco José. En *Pijemont* no había más que un artículo que terminaba con estas palabras: “Desde nuestra orilla, podemos ver el hundimiento de Austria-Hungría mejor de lo que ustedes pueden ver nuestra ciudad con sus focos”.

Es cuando menos dudoso que las recomendaciones de Pašić, alimentadas con el secuestro, pudieran tener el más mínimo efecto práctico. Ya he mencionado los ánimos del llamado partido de guerra y de ese nutrido grupo, aún no bien definido, de oficiales vinculados a la política intervencionista. A pesar de sus tradiciones austrofílicas, uno de los viejos partidos, el *naprednjak*<sup>134</sup>, está tomando el camino de la austrofobia. Paralelamente a la creciente tendencia del gobierno a buscar un acuerdo con Austria, incluso a costa de grandes concesiones, *Pravda*, un periódico próximo a las posiciones del partido *naprednjak*, se ha vuelto más intransigente y militante.

Por su parte, Pašić ya ha tomado sus “precauciones”. Teniendo en cuenta que el resultado de las negociaciones de paz en Londres<sup>135</sup> estaría muy por debajo de las expectativas serbias, puso providencialmente a Stojan Novaković, una figura imponente y decorativa del grupo *naprednjaci*, a la cabeza de la delegación serbia. De este modo, intenta descargar gran parte de la responsabilidad del resultado de la guerra sobre sus principales oponentes. Sin embargo, a los ojos de toda la población, el responsable de las negociaciones de paz y de la guerra sigue siendo, en cualquier caso, Pašić, el propio *kannitverstan*<sup>136</sup> político serbio en persona.

De momento, intenta ganar tiempo halagando a sus adversarios internos y preparando a la opinión pública para lo inevitable. Ayer, Pašić declaró a los directores de los periódicos que, hasta la conclusión de las dos conferencias de Londres, Austria no tomaría “ninguna decisión definitiva”. Lo más probable es que esta garantía llegara a Pašić desde el otro lado del Danubio a cambio de su promesa de trabajar por un acuerdo de paz sobre la base del programa austrohúngaro; pero este tipo de promesas, cuya validez está limitada en el tiempo, no aportan ninguna solución al problema. Esto es bien sabido en los círculos gubernamentales serbios.

Me han informado, fehacientemente, de que las instituciones gubernamentales de Belgrado están a punto de tomar una serie de medidas precipitadas que demuestran la poca confianza que tienen en el futuro de la capital serbia. No voy a enumerar estas medidas para evitar que mi carta sea bloqueada por los censores (secretos). Me limitaré a mencionar la larga reunión secreta que el alcalde de Belgrado, Ljuba Davidović, mantuvo con Pašić. Entretanto, se ha sabido que se está trabajando, día y noche y de manera frenética, en el sandjak de Novi Pazar, para fortificar todos los puntos de alguna importancia estratégica, iniciativa que obviamente no está dirigida contra Turquía. Entre los oficiales allí acuartelados crece la convicción de que la guerra con Austria es inevitable e inminente. Esto en sí mismo era una condición previa para la guerra, sobre todo si tenemos en cuenta que el partido de los oficiales del ejército a ambos lados del frente tenía su propia línea de conducta, que poco tenía que ver con la política diplomática civil.

Las señales de peligro se multiplican. El aumento de la confianza en sí mismos de los oficiales ha agudizado la tensión latente desde hace tiempo entre ellos y el gobierno. El destino de Manastir [Bitolj [Bitola]] está provocando un gran debate. Según los acuerdos preliminares entre los gobiernos aliados, Manastir debería haber sido asignada a Bulgaria. Totalmente descontentos, los oficiales serbios decidieron tomar la ciudad por su cuenta, sin esperar la llegada del ejército griego. Esta precipitación, dictada por consideraciones políticas más que estratégicas, costó al ejército serbio varios miles de muertos y heridos más de los previstos. Escudándose en estas pérdidas, los oficiales esperan ahora impedir la rendición de Manastir a los búlgaros. Además, todo el dinero público de los territorios conquistados ha sido confiscado por las autoridades militares.

El ministro de finanzas, Lazar Paču, ha exigido enérgicamente que este dinero se ingresara en el tesoro público. Por otro lado, el mando del ejército intenta apropiárselo para financiar la compra de material militar. Pašić se desplazó a Usküb [Skopje]. Según la prensa europea, el objetivo de este viaje es establecer las condiciones para las conferencias de paz; en realidad, se trata de resolver la disputa con el mando del ejército.

La verdad es que el jefe del estado mayor, Radomir Putnik, muy respetado por los oficiales, es considerado dentro del ejército como la quinta columna influyente del antiguo partido radical y, por tanto, como alguien en quien se puede confiar. Sin embargo, el general Putnik no ejerció su influencia moderadora en el limitado, pero no insignificante, episodio de Manastir. Que no pudiera o no quisiera desempeñar ese papel es secundario. Pero no cabe duda de que, incluso en el futuro, Putnik estará mucho más sujeto al estado de ánimo de los oficiales y, por tanto, no estará en condiciones de dirigirlos políticamente.

Todo esto sugiere que, a pesar de los intentos de Pašić para llegar a un acuerdo, del amenazador asunto del cónsul Prochaskaš<sup>137</sup> que estalló como un suflé, de la opinión de los periódicos de Viena y Budapest (para quienes la paz estaría casi asegurada) y, por último, de las reuniones diplomáticas en Londres, la posibilidad de un arreglo pacífico de las relaciones serbo-austriacas sigue siendo incierta.

*Kievskaja Mysl'*, número 345, 13 de diciembre de 1912

### ***Retratos serbios (Pašić, Paču, Prodanović, Draković, Novaković)***

Aunque las personalidades no hacen la historia, la historia se hace a través de las personalidades. Así que creo que no está de más trazar un retrato de algunas figuras representativas de este periodo de la historia serbia antes de que abandonen el escenario.

Nikola Pašić, ingeniero, fundador y líder del Partido Radical, condenado a muerte en 1883, emigrado al extranjero durante seis años y, finalmente, encarcelado en las prisiones de Belgrado en 1899 (aún hoy en uso), es hoy primer ministro. Es la figura serbia más experimentada: el propio rey no es más que una marioneta en sus manos y en las de sus más estrechos colaboradores, Lazar Paču y Stojan Protić. Pašić habla alemán, ruso y francés con dificultad, y se dice que tampoco se desenvuelve muy bien en serbio. Expone sus ideas con brusquedad y le cuesta encadenar las palabras, por lo que parece un simplón en la conversación. Sin embargo, si realmente se presta atención a lo que dice, se da uno cuenta de que es preciso y de que encaja perfectamente con lo que está diciendo.

A Pašić se le puede reprochar su falta de talento, de agudeza intelectual y de conocimientos teóricos generales, y en esto es sin duda inferior a Paču y Protić. Y, sin embargo, es el más *clarividente* de los tres. Al menos, ese es a grandes rasgos el retrato que me hizo otro serbio *clarividente*, Dragiša Lapčević. Hace mucho tiempo, en la década de 1960, Pašić, entonces estudiante en Ginebra, se unió al movimiento de Bakunin, mientras que Lazar Paču, actual ministro de finanzas, se puso del lado de Marx. Esta elección por sí sola muestra claramente la diferencia de temperamento entre ambos hombres. A un joven intelectual serbio que no había roto con su *zadruga*<sup>138</sup>, sus estrechos lazos con la tierra, y que buscaba ideas extremistas, el *pensamiento* de Bakunin (la federación de comunas libres) le era sin duda más cercano a la verdad, más natural y realista, a pesar de las ensoñaciones de su autor. En cambio, la concepción marxista exigía, en la Serbia de la época, una mayor capacidad de abstracción de la realidad material y suponía una relación menos orgánica con la masa popular. Mucha agua ha pasado bajo los puentes desde los años sesenta, tanto los del Sava como los del Danubio. Y Nikola Pašić ha vivido muchas experiencias.

El amigo y el pupilo de Svetozar Marković<sup>139</sup> (el Dobroljubov serbio), el organizador del partido radical, el conspirador, el enemigo de los Obrenović, agentes de Austria, fue llevado al poder por el golpe de estado de 1903<sup>140</sup>. No se trataba de una mera revuelta palaciega. Los oficiales actuaron únicamente en nombre de la indignación de los miembros más evolucionados y educados del país. En marzo de 1903, en Belgrado, hubo una manifestación de obreros y estudiantes. Los oficiales se negaron a dispersarla, a pesar de las órdenes de palacio. Esta histórica manifestación asestó el golpe mortal al despotismo burocrático de la familia Obrenović, incluso antes de que los conspiradores uniformados hubieran convertido a Alexander y Draga en cadáveres despedazados.

Todo esto forma parte de la experiencia de Nikola Pašić, actual ministro de asuntos exteriores y jefe de gobierno. Recuerda bien cómo se crearon y depusieron las dinastías balcánicas. Ni que decir tiene que, en el transcurso de su largo y tortuoso viaje por la vida, Pašić, como muchos otros, perdió el entusiasmo por las ideas de Bakunin. El hombre del pueblo adoptó un lenguaje lleno de circunloquios y ambigüedades diplomáticas. Probablemente utiliza esta confusa elocuencia precisamente para evitar formular sus opiniones con claridad y precisión. Es un escéptico cansino, el Fabius Cunctator de la política.

- ¿Es inevitable la guerra?
- Creo que la paz aún es posible.
- ¿Qué opina de la política rusa?
- Rusia nos ha pedido, con más insistencia que nadie, que mantengamos la paz.
- ¿Y Alemania?
- Apreciamos la política alemana. Quiere que la guerra se localice, lo que significa que las grandes potencias no tienen que intervenir.
- ¿Y Austria?
- No hablemos de Austria, ¿de acuerdo?

No son palabras vagas de un jefe de gobierno que tiene que sopesar sus palabras. En realidad, no, porque Pašić cree menos aun que la mayoría en la guerra y no la quiere.

El *clarividente* anciano de la barba en forma de abanico ve claramente las terribles dificultades que se avecinan en el camino hacia la emancipación de la nación serbia. Ya está demasiado cansado del largo camino recorrido como para querer ir a la guerra, una guerra que vuelve a estar a la orden del día. Lo más que podemos esperar es que se deje llevar a la guerra, aunque, por supuesto, no sería completamente contra su voluntad.

- ¡Europa nos trata como a marroquíes!<sup>141</sup> dice Lazar Paču. Decide nuestro destino, y encima a nuestras espaldas. No somos marroquíes. Haremos que tomen nota de ello.

- Quieren hacernos jurar lealtad al artículo 23 del Tratado de Berlín. Un artículo de hace treinta y cuatro años. ¿No hay nada mejor que hacer?

- Nos dijeron: doce millones de bayonetas guardan el *statu quo* en los Balcanes. ¿Dónde estaba el *statu quo* cuando Austria se anexionó Bosnia? ¿Y cuándo Italia se apoderó de Trípoli<sup>142</sup>?

- ¿Le gustaría visitar el teatro de operaciones? Toda Turquía es uno de ellos.

El tono vigoroso y decidido de Lazar Paču contrasta con los circunloquios contemporizadores de Pašić. En realidad, se trata sólo de dos temperamentos diferentes. Habiéndose formado en el mismo crisol histórico, no son más que variantes individuales de un mismo origen político. Conspiradores románticos cuyo romanticismo nacionalista había servido de plataforma a las necesidades de autodeterminación de los pueblos europeizados, fueron llevados al poder por el curso de los acontecimientos. Esto fue posible precisamente porque combinaron la tradición de la tribuna revolucionaria con la responsabilidad del estadista del orden burgués.

Ya en la época de Obrenović, los Jóvenes Radicales se habían escindido de los padres del partido, acusándoles de indecisión y complacencia hacia la vieja dinastía. Cuando los padres llegaron al poder y permitieron que la voluntad del pueblo se expresara en el parlamento, a base de censura, por supuesto, el ardor democrático de los Jóvenes Radicales se encontró sin ningún fundamento social. Los obreros urbanos y, en los últimos años, los semiproletarios del campo siguieron a los socialdemócratas. Los campesinos ricos, los sacerdotes, los comerciantes y, en general, los terratenientes eran partidarios incondicionales de Pašić. No podía formarse ningún partido democrático a partir de las capas medias de la sociedad rural, desarticulada e ignorante. En cuanto a la burguesía, aquí, como en cualquier país atrasado, si es cierto que se ha desarrollado, no lo ha hecho orgánicamente ni sobre una base nacional, sino como agente del capital financiero europeo, que la nutrió en su propio interés.

A partir de ahí, el radicalismo democrático tomaría la forma del jacobinismo literario de Jaša Prodanović, cuya religión política, coronada por el *emblema* de la “justicia social”, no representaba intereses de clase bien definidos, sino vagos intereses interclasistas.

En 1910, como ministro de industria del gobierno de coalición, Prodanović impulsó una ley para la industria que en muchos aspectos podría considerarse la más progresista de Europa. “Considero la propiedad privada, no como una institución eterna, sino como una transición antes de las nuevas formas sociales”, se animó a decir una vez en el parlamento de este país rural y pequeñoburgués. A pesar de toda la simpatía que podamos sentir por las buenas intenciones del señor Prodanović, es imposible imaginar que sus políticas tengan futuro. Mientras tanto, el ala derecha de los Jóvenes Radicales, tomada como rehén por el capital financiero europeo en el curso de su penetración, abandonando las formas del radicalismo intransigente y aglutinando a los pequeños propietarios urbanos y rurales, se ha puesto al servicio político de los bancos. Milorad Drašković ha hecho su entrada en escena como portavoz de las finanzas pseudodemocráticas.

En Serbia, los bancos desempeñan un papel político no menos importante que el económico. En Belgrado, la competencia entre los bancos extranjeros es el aspecto financiero de la rivalidad entre las grandes potencias por la supremacía en el país. En política exterior, la contigüidad de un partido político serbio con una determinada potencia europea presupone un estrecho vínculo con los bancos de dicha potencia. En Serbia, el desarrollo capitalista aún no ha alcanzado la fase de acumulación primitiva, por lo que el capital nacional todavía tiene una forma mercantil y usurera.

Gracias a los tentáculos que sus numerosos bancos han extendido por todo el país, el capital financiero europeo ha entrado en una relación simbiótica con el capital usurero local. Aprovechando su posición en la economía serbia, se apodera de todo lo que cae en sus manos, incluso antes de haber trabajado seriamente en el desarrollo de la industria serbia.

Como intermediarios entre las bolsas europeas y este país rural, los bancos necesitan agentes locales, políticos y legisladores influyentes; estos llegan por el mismo canal a la jefatura de un ministerio o a la dirección de un banco. Todo esto concierne a los partidos de la coalición gubernamental, mientras que la derecha de los Jóvenes Radicales, cada vez más fuerte, se erige en defensora del sistema financiero. Se ha liberado suficientemente de los prejuicios pequeñoburgueses y de las tradiciones del romanticismo nacional para poder desempeñar este papel. Ha aprendido a evaluar los asuntos internacionales, las notas diplomáticas, la movilización, la paz y la guerra en términos de dinero y tipos de interés. “*Les affaires sont les affaires*”<sup>143</sup>.

Sin embargo, estos Jóvenes Radicales se vieron obligados a utilizar la jerga política de su país. No podían confiar a otros su deber de hablar en el parlamento y en las asambleas públicas porque, ellos mismos, eran demasiado pobres en recursos materiales y el país estaba demasiado falto de recursos intelectuales. Investidos del papel de negociadores políticos a favor de sus propios intereses empresariales, se ven obligados a exponer una vez más los sentimientos y el talante del romanticismo nacional con una grandilocuencia teñida de demagogia pragmática.

Mantuve una conversación con el señor Draković en una pequeña habitación contigua a la oficina del grupo de Jóvenes Radicales en el edificio Skuptina.

- Así pues, la guerra es inevitable. Cuál es el objetivo político de esta guerra: ¿la autonomía de las provincias cristianas de Turquía?

- No lo es. Una vez derramada la sangre, la autonomía no bastará para reparar el daño. El precio de la sangre será más alto. Pero no lo pedimos para nosotros, sino para nuestros hermanos cristianos de Turquía.

- ¿No le preocupa la hostilidad de las grandes potencias?

- ¿Dónde están esas grandes potencias? Aquí no vemos ninguna. Hace cinco siglos, cuando los turcos se acercaron a Constantinopla, el sultán Mehmed empezó a dudar. “Temes una alianza entre las potencias cristianas”, le dijo el Gran Visir, “pero tu temor es infundado. Lo único que les une es el odio mutuo y la envidia. Haz, pues, lo que haya que hacer, sin temor alguno”. Y así lo hizo el sultán. Hoy, quinientos años después, queremos hacer lo que hay que hacer, sin preocuparnos por las grandes potencias que, como en el pasado, sólo están unidas por el odio mutuo y la envidia. Nuestra principal tarea para el futuro es la victoria militar. Confiamos únicamente en Dios y en nosotros mismos.

- ¿Qué piensa de la política rusa en los Balcanes?

- La observamos con gran esperanza. A menudo se dice que hay dos Rusias: la del gobierno y la de la sociedad. En nuestra opinión, no hay dos Rusias, sino sólo la Rusia que nos ha apoyado y nos sigue apoyando.

- El ministro de finanzas me dio una opinión diferente. Dice que la política rusa en los Balcanes no difiere de la de las demás potencias europeas.

- No podemos pedir lo imposible. Nuestro pueblo cree en Rusia. Hay quienes afirman que sólo somos su campo de batalla. Pero eso no nos ofende en absoluto.

- ¿Quieres saber algo sobre nuestras finanzas? Tenemos plata, pero no sólo eso, también tenemos oro. Nuestra agio<sup>144</sup> es inferior a la de Austria. No es sólo un alarde periodístico. Vaya a nuestros bancos y compruebe nuestras reservas de oro. Es más, nuestros soldados son campesinos. Su principal alimento es el pan y tenemos abundantes provisiones en todo el país.

- ¿No hay peligro de ruptura entre Serbia y Bulgaria?

- No lo creo, aunque la prensa austriaca insiste en que esa ruptura es inevitable. Nuestro debilitamiento sería una grave amenaza para Bulgaria. Ahora somos vecinos de Austria; si fuéramos absorbidos por Austria, Bulgaria también lo sería. Así que Bulgaria no puede querer eso. ¿Va a ir al lugar de las operaciones como corresponsal? Muy bien. Entonces nos veremos allí.

Me despedí del señor Draković, antiguo ministro de comercio en el efímero gobierno autónomo de los Jóvenes Radicales y ahora director de un conocido banco (de inversiones).

Seco, preciso y equilibrado, a pesar de sus emotivas alusiones a sus hermanos del otro lado de la frontera y al padre eterno, este líder de los Jóvenes Radicales me pareció mucho mayor que los Viejos Radicales cuyo lugar ha ocupado.

*Den*, número 4, 5 de octubre de 1912

### *Lazar Paču*

La sede del ministerio de hacienda es una casa vieja y abandonada situada en un jardín. La milicia territorial, hombres con trajes de campesinos remendados y fusiles en las manos, monta guardia ante las puertas y en el patio. Un viejo criado, sin cuello, sin corbata y sólo con zapatillas, viene torpemente desde el final de un largo pasillo a recibirme y darme la bienvenida. Alfombras serbias cubren los muebles y cuelgan sobre la puerta de la sala de espera. A través de la ventana, se puede disfrutar de las vistas de un viejo jardín lleno de gracia, y junto a la casa, un rincón verde está ocupado por un montón de tablas desgastadas y tuberías oxidadas. Si no fuera por la presencia de la milicia territorial, que me da la espalda casi senil, podría haber pensado que visitaba a un concejal del zemstvo. Cinco minutos después llega otro criado, vestido con cuello y corbata, para acompañarme al despacho del ministro.

Lazar Paču tiene más de sesenta años. Moreno, canoso, ágil a pesar de su corpulencia, tiene una gran voz y ojos inteligentes. Fumador impenitente Paču es una de esas personas que encienden un cigarrillo con la colilla del anterior. Un fumador empedernido, *fumeur en chaîne* como dicen los alemanes (y al parecer también los franceses), Paču es el mayor experto financiero del antiguo Partido Radical en el poder; está muy versado en literatura económica y, en particular, en la escuela marxista. Hoy en día, no duda en seguir llamándose marxista y cita sin problemas a Marx en las discusiones políticas. Debió de ser marxista en los años sesenta del siglo pasado, en la época de la Primera Internacional<sup>145</sup>, cuando Nikola Pašić, el actual primer ministro, que estudiaba en Ginebra con Paču, era un ferviente partidario de Bakunin. El marxismo de uno y el bakuninismo del otro iban a encontrar ambos su realización en la dirección de los destinos de Serbia. Hablo de dirigir los destinos de este país, no para utilizar una expresión altisonante, sino porque todos los hilos de la política interior de Serbia los mueven sólo tres hombres: Nikola Pašić, Lazar Paču y Stojan Protić.

Privado de toda autoridad moral y sin ninguna importancia política, el rey es una mera figura decorativa. Dentro del triunvirato de dictadores, el antiguo conspirador Nikola Pašić es el cauteloso Cuntactor; Stojan Protić, el viejo periodista combatiente, es el puño de hierro que mantiene el orden; mientras que Lazar Paču es sin duda la inspiración ideológica del viejo partido radical.

- ¿La guerra? Por supuesto que estamos en contra. ¿Quién no aprecia los beneficios de la paz? La paz significa trabajo, acumulación de riqueza, conocimiento y cultura. ¿Quién necesita todo eso más que Serbia? Pero ya ve, no se nos ha dado opción. Usted mismo ha señalado que Serbia ha aumentado su comercio exterior en más de un tercio en los últimos cuatro años, y ha concluido que el país ha demostrado su capacidad de desarrollo económico en tiempos de paz. Pero, ¿quién puede garantizar que el camino hacia la paz seguirá abierto mañana? Turquía, con sus sangrientos desórdenes, no es sólo un concepto geográfico y político para nosotros, sino también nuestro vecino y una amenaza perpetua. La experiencia de cuatro años del régimen constitucional turco nos ha convencido de una vez por todas de que los musulmanes, que constituyen la casta militar burocrática, son absolutamente incapaces de crear las condiciones de una coexistencia pacífica con los pueblos cristianos que habitan el imperio turco. No hay escuelas, tribunales ni carreteras, sino que reina el caos habitual, como en la época de Abdül Hamîd. Además, hay un conflicto entre los partidos del parlamento, y no creo que eso les ayude a curar los males del país. Hemos hecho gala de una gran paciencia que, sin embargo, ha llegado a su límite. Nuestra frontera sudoriental es constantemente víctima de sorpresas

de todo tipo: asesinatos de campesinos y sacerdotes serbios, flujos incesantes de refugiados a los que hay que alimentar, una serie interminable de enfrentamientos fronterizos. ¿Puede Serbia desarrollarse y vivir normalmente bajo estas condiciones?

- Europa es consciente de todo esto, pero no le interesa. Quiere la paz, pero, como puede ver usted, no la hay; la paz en los Balcanes es una guerra de desgaste local permanente. Europa está a favor del *statu quo*. Pero el *statu quo* es el caos. ¿Los doce millones de bayonetas europeas de las que oímos hablar están realmente desplegadas para mantener el *statu quo*? ¿Cuál fue el destino del *statu quo* cuando Austria se anexionó Bosnia-Herzegovina? ¿Por qué las potencias no defendieron el *statu quo* cuando Italia se apoderó de Trípoli? Me parece obvio que cuando están en juego los intereses de las potencias, no puede haber *statu quo*. Y sólo lo hay cuando se trata de nuestras necesidades y deseos. Nos tratan como a marroquíes. Se pusieron de acuerdo a nuestras espaldas y luego nos impusieron una nota verbal o, mejor dicho, nos gritaron: “¡Esos de los de los Balcanes! ¡Silencio!” Pero no somos marroquíes y esperamos poder demostrárselo a Europa. Las potencias europeas consideran que Turquía es su propiedad legítima, aunque no se pongan de acuerdo sobre cómo disponer de ella. Por eso Europa protege a Turquía. Si las potencias estuvieran seguras de nuestra derrota y de nuestro regreso a casa con el cráneo aplastado, permanecerían en su Olimpo a la espera de los acontecimientos; pero temen que no seamos los vencidos. Tiemblan por *su* Turquía.

Estos argumentos pertenecen más al registro de una reunión que al de una entrevista. De hecho, este tono encendido y mordaz sería más adecuado para un mitin popular que para una sesión del *Skupstina*. Las preguntas son prácticamente inútiles.

- ¿Qué es lo que queremos? No conquistas territoriales, sino garantías reales para el progreso cultural de los pueblos cristianos de Turquía. Precisaremos, en su momento, lo que pensamos que deben ser estas garantías en la práctica.

- Nuestras finanzas son excelentes. ¿Cómo lo hemos conseguido? ¿Con qué medidas financieras? Con un método muy sencillo: el sistema constitucional. Hemos gestionado nuestros asuntos financieros sobre una base estrictamente parlamentaria. El rigor contable, la transparencia y el control parlamentario son las verdaderas razones por las que hemos podido mejorar las cuentas del estado.

- Tenemos muy en cuenta el sistema parlamentario y no suprimiremos las garantías constitucionales, ni siquiera ahora, en medio de una situación crítica, con el país movilizado y toda la población masculina, de veinte a cincuenta y cinco años, bajo las armas. Créame, tengo la osadía de creer que gobernando este país sin recurrir a leyes excepcionales haremos honor a Serbia. Es evidente que el rey Fernando de Bulgaria ha declarado el estado de excepción por temor a los desórdenes que podrían estallar en el país si no se declara la guerra. Confiamos en la sensatez de nuestro pueblo, que sabe que el gobierno no tolerará más lo que ya ha ocurrido. La movilización nos cuesta un millón de dinares al día. Hemos acumulado una buena reserva de oro, así que podemos afrontar el futuro con tranquilidad. Ni siquiera tenemos que pensar en pedir un préstamo. Hemos ahorrado lo suficiente para los próximos seis meses.

- ¿Rusia? Su política hacia los pueblos cristianos de los Balcanes no difiere de la de las demás potencias europeas. No nos gusta ver esto, porque va en contra de nuestras esperanzas tradicionales, pero sólo podemos tomar nota de ello.

Esta conversación duró más de tres cuartos de hora, durante los cuales se abordaron otras cuestiones más concretas. Con la ayuda del Sr. Paču (que, a diferencia de sus homólogos de Europa oriental y occidental, no sólo es ministro de hacienda, sino también un reputado economista) conseguí orientarme en los principales datos estadísticos sobre el comercio exterior serbio en relación con la posición internacional del

país. Volveré sobre esta parte de la conversación cuando tenga ocasión de hablar del desarrollo económico de Serbia en los últimos años.

Hoy, 30 de septiembre, he vuelto a reunirme con el Sr. Paču en el Skuptina. Se presentaron para segunda lectura dos presupuestos militares, uno de 14 millones y otro de 30. No hubo debate. De los 123 diputados presentes, 122 votaron a favor, es decir, por unanimidad, a excepción del socialdemócrata Dragiša Lapčević. No hubo pelea, así que el señor Paču no necesitó recurrir a la artillería pesada. Pero cuando se levantó (y lo hizo dos veces) para rechazar los discretos golpes procedentes de los bancos *naprednjaci* y nacionalistas, sonó como un luchador cuidadoso y experimentado que sabe lo que quiere y lo que hay que hacer para sacarles ventaja.

*Kievskaja Mysl'*, número 276, 5 de octubre de 1912

### ***Stojan Novaković***

La delegación serbia en las negociaciones de “paz” está encabezada por Novaković, una figura política que encarna gran parte de la historia serbia reciente. En realidad, Novaković no es realmente un historiador, ni un político, sino más bien un erudito filólogo e historiador. Incluso en un país atrasado como Serbia, la cultura tiene un valor que puede invertirse, sin ninguna dificultad, en cualquier sector de la actividad social.

Novaković tiene ahora más de setenta años. Su carrera política comenzó en tiempos del príncipe Milan [Obrenović]. En 1873, con treinta y tantos años y con solo experiencia como profesor de secundaria y director de un museo histórico a sus espaldas, se convirtió en ministro de educación. Pertenecía al partido *naprednjak*, es decir, el partido progresista. Estos progresistas, que se habían fijado el objetivo de europeizar el estado serbio, importaron de occidente las fórmulas políticas del liberalismo. Pero para aplicar estas fórmulas a la realidad serbia faltaban sólo algunas cosas: las capas sociales medias, las ciudades y una cultura urbana.

Así que el balance de su trabajo consistió en poner en orden el aparato burocrático y (sobre todo) fiscal, y sustituir la democracia primitiva por una monarquía burocrática apoyada por un nuevo ejército. Como era lógico esperar, el partido *naprednjaci* degeneró en una camarilla conservadora y burocrática que giraba en torno al eje de la corte principesca. De hecho, el partido *naprednjaci* siguió el mismo camino que un antiguo partido serbio, el partido liberal, que ahora se autodenomina partido nacionalista. Este partido, como atestigua su nombre original, comenzó con la idea de construir un estado de derecho, pero acabó siendo una muleta para el brutal despotismo de los Obrenović. En los países del cercano y lejano oriente (y, en algunos aspectos, también en Rusia), podemos ver cómo se toman prestadas de Europa ideas, formas y, a veces, incluso terminología, para expresar exigencias históricas más primitivas. Las mascaradas políticas e ideológicas son una característica constante de estos pueblos atrasados. Incluso Novaković tuvo que admitir (como veremos más adelante) que era una característica de los partidos serbios ejercer una especie de saqueo arbitrario del patrimonio de la *terminología política europea*.

En vísperas del estallido de la guerra, visité a Novaković. Vivía en una casa antigua, decorada con un gran número de alfombras serbias hechas a mano y estanterías llenas de libros. No esperaba aprender nada nuevo del dueño de la casa, que en aquella época estaba muy alejado de la acción política; sólo quería hacerme una idea más clara, a través de su punto de vista, de los hombres que han formado la historia de este país, en distintas épocas, y comprender mejor sus costumbres políticas. Durante esta entrevista,

necesariamente de carácter formal, un ayuda de cámara irrumpió con una bandeja en el estudio repleto de libros. La primera vez, se presentó ante mí con una cucharada de mermelada en un plato pequeño y un vaso de agua. El anfitrión, al notar mi desconcierto ante este interludio hospitalario, me explicó:

-Esta es una costumbre serbia, no sabía si la conocía.

-En ese caso, permítame tomar sólo agua, respondí, temiendo que fuera difícil hacer preguntas con mermelada en la boca. Por supuesto, aún tenía que probar la mermelada. Unos minutos más tarde, apareció de nuevo el mismo criado, con una bandeja y una taza de café turco. No cometí el mismo error y, quemándome los labios, sorbí obedientemente el café hasta la última gota.

El señor Novaković respondió a mis preguntas (si habrá guerra, cuáles son las exigencias de Serbia, etc.) en un ruso pasable, utilizando frases convencionales pronunciadas con un estilo diplomático bastante anticuado. Como corolario a cada una de sus respuestas, añadía invariablemente:

-Naturalmente, el gobierno está mejor informado.

O bien:

-Sólo el gobierno está perfectamente informado sobre este tema.

O también:

-En lo que a mí respecta, a nivel personal, me imagino que...

Refiriéndose a la situación internacional, Novaković evitó cuidadosamente mencionar los nombres de las potencias de las que hablaba en términos poco amistosos:

-En cuanto a las intenciones, poco favorables para nosotros, de nuestro poderoso vecino del norte, diría...

¡Qué diferencia abismal con Nikola Pašić! Pašić también es lacónico, y no posee la virtud política de expresar claramente sus pensamientos. Pero el lado evasivo de Pašić tiene un carácter muy práctico. Siempre da la impresión de ocultar algo o de alargar las cosas. Hay algo plebeyo en la astucia y aparente franqueza de este anciano. Detrás del diplomático siempre acecha el viejo demagogo que agitó a las masas contra la monarquía y derrocó reyes.

Las frases convencionales de Novaković tienen un carácter más afectado. Su estilo político es el de un burócrata conservador que ha envejecido con la convicción de que la historia se hace en los palacios, el de un hombre que aceptó servir al régimen del príncipe Milan, fundamentado en la arbitrariedad y el saqueo de los bienes públicos, y que, sin embargo, logró mantener, en este contexto, una corrección formal e incluso una rectitud moral.

En 1883 estalló en Serbia la gran revuelta de Zaječar<sup>146</sup>, provocada por el gobierno de Milán con el objetivo concreto de desarmar al pueblo. Enardeció a la Serbia occidental, la patria de Pašić. Los disturbios fueron duramente reprimidos y muchos de los cabecillas fueron juzgados. Entre los condenados a muerte estaban Andra Nikolić, actual presidente de *Skupština*, y Rac Milošević, actual director de los monopolios estatales y traductor de Marx y del ruso Sieber. Cuando estalló la revuelta, Nikola Pašić huyó a Bulgaria, vía Hungría, y fue condenado a muerte en rebeldía. Al año siguiente, 1884, Novaković se convirtió en ministro del interior de Milán. Ahora, ¡Pašić ha confiado a Novaković la responsabilidad de dirigir las negociaciones de paz en Londres!

Una vez aplastada la revuelta de Zaječar, Milan se dio cuenta de que la tierra cedía aún más bajo sus pies que antes. En este tipo de situaciones, los hombres de su calibre siempre intentan librarse gracias a la guerra. Pero sufrió una estrepitosa derrota contra Bulgaria en 1885. Temeroso del partido radical, Milan intentó abandonar el país, pero se lo impidió su primer ministro, Miliutin Garašanin, que bloqueó el tráfico ferroviario en toda Serbia durante varios días. La combinación de tragedia sangrienta y farsa caracterizó

el régimen despótico de Milan, y posteriormente el de su hijo Alejandro. Tras la guerra serbo-búlgara, Milan consiguió mantenerse en el poder, otros dos años más, gracias a medidas muy represivas. Pero al final tuvo que dimitir y abdicar a favor de su hijo, a quien había transmitido su extravagancia despótica pero su indudable talento, y que terminó su carrera miserablemente en 1903. Desde entonces, mandan los radicales y, con el cambio de dinastía y de régimen, el partido de Novaković pasa a la oposición.

Aunque, a su manera, desempeñó un papel importante dentro del antiguo régimen, primero como ministro de educación y de interior, luego como presidente del consejo y embajador en Constantinopla y San Petersburgo, Novaković nunca se comportó como un lacayo de Milan o del tiránico Alejandro. Siguió siendo un hombre honesto y se mantuvo fiel a sus principios, lo que, por cierto, no es tan raro entre los ministros serbios como entre los búlgaros. Su ideal era un estado constitucional conservador, basado en la censura. A menudo entró en conflicto con Milan y su hijo a causa de sus opiniones. Sin embargo, ellos tenían en cuenta su opinión hasta cierto punto. Al fin y al cabo, hasta el régimen más desafortunado y cínico puede apreciar a un hombre honesto si, al asumir sus responsabilidades, garantiza que no está todo “[...] podrido en el reino de Dinamarca”: no podemos estar tan podridos si tenemos a un pedante virtuoso como Novaković de ministro del interior. A su vez, el pedante, no del todo desprovisto de astucia, se consolaba, sentado cómodamente en un sillón, con la idea de que tendría que tragar mucho, y era cierto, pero que, al mismo tiempo, podría hacerse valer en cuestiones secundarias.

El conservadurismo legal y liberal de Novaković era una herencia destinada a disminuir con el tiempo. La oposición campesina y pequeñoburguesa al régimen de Obrenović se había unido bajo la bandera antidinástica del partido radical. Las clases que iban tirando al margen de la gran masa campesina eran aún demasiado débiles y poco desarrolladas para apoyar un liberalismo basado en presupuestos conservadores. Novaković no buscaba ninguna base social para sus principios porque confiaba únicamente en su influencia en la corte como *hombre intachable* que se identificaba con el régimen.

Hace un mes se publicaron las memorias históricas de Novaković *Dwadeset godina ustavne politike u Srbiji (1883-1903)* [Veinte años de política constitucional en Serbia], un doloroso relato de sus intentos de conferir (*desde dentro*) legalidad al absolutismo de la familia Obrenović. Con la unilateralidad pragmática que caracteriza las memorias de los hombres de estado que tuvieron que contentarse con un papel secundario tras el hundimiento del régimen liberal, Novaković se describe a sí mismo como un opositor del absolutismo al que intentó dar, lo mejor que pudo, “un aspecto benévolo”. Antes de la revuelta de Zaječar, Novaković fue ministro de educación. Se negó cautelosamente a participar en el gobierno que iba a instaurar una represión sangrienta, y se mantuvo al margen durante todo este periodo. Finalmente, una vez que los otros (sus compañeros de partido) terminaron el trabajo, Novaković reapareció con la conciencia tranquila para ocupar el cargo de ministro del interior. Pero cuando Milan rechazó el plan de salvación que habría puesto fin a la “arbitrariedad desde arriba” y a la “anarquía desde abajo”, Novaković dimitió del gobierno de Garašanin.

Tras la desventura de la guerra de 1885 y el intento fallido de limpiarse el polvo de su amada patria de las botas, Milan convocó una conferencia de eminentes estadistas para pedirles consejo sobre cómo podía salir del lío en el que se había metido. Novaković volvió a presentar sus proyectos de leyes fundamentales destinadas no solo a pacificar el país, sino también a aumentar su prestigio en el extranjero. Una vez más, no se consiguió nada. Después de 1894, cuando el antiguo rey Milan regresó a Serbia para continuar su antigua política utilizando a su hijo Alejandro como escudo, éste intentó persuadir a Novaković para que asumiera la responsabilidad de formar gobierno. Dos días de

conversaciones no dieron resultado. Se estableció un gobierno de perfil bajo, formado por una coalición de *naprednjaci* y liberales. En 1895, Alejandro intentó librarse de la tutela de Milán; Novaković aceptó el cargo de primer ministro a condición de que el rey aceptara su programa, que incluía una revisión de la constitución. Pero Milan demostró ser demasiado fuerte y Novaković tuvo que retirarse de nuevo.

Con admirable y obstinada pedantería, Novaković preservó sus propias concepciones históricas y filosóficas: el conservador de viejo cuño ha seguido siendo, hasta hoy, partidario de la teoría orgánica del desarrollo social. Tras haber gobernado su barco a través de los golpes de estado, guerras e insurrecciones que han desgarrado este pequeño país, el politólogo sigue deleitándose con la convicción pseudocientífica de que la sociedad humana evoluciona como un organismo biológico. Insta en vano a los gobernantes en miniatura de su país a que adapten sus prácticas estatales a sus doctrinas: pero prefieren actuar desafiando las “leyes fundamentales”, incluidas las relativas al... “desarrollo orgánico”. “La autocracia es atractiva y agradable [se queja Novaković, melancólicamente], y no se pueden superar sus encantos con deducciones políticas abstractas”.

La teoría orgánica conservadora, que ayudó muy poco a Novaković en su trabajo político, le jugó una mala pasada al historiador de Serbia. Al tener dificultades para encontrar una explicación a las vicisitudes de la política serbia, ahondando en los sustratos biológicos de la sociedad, se vio reducido a buscar la clave de los misterios de la historia dentro de las intrigas personales. Así, una parte sustancial de veinte años de política *constitucional* serbia fue analizada a la luz del antagonismo entre Milan y su esposa, Natalie. Incapaz de establecer la biogénesis de los partidos políticos serbios, Novaković tuvo que admitir que no eran componentes orgánicos, sino “asociaciones artificiales que tomaron prestados sus nombres de la terminología política europea”.

La última década de la historia serbia, que transcurrió bajo la égida del partido radical que, entre verdades y mentiras, fue capaz de aglutinar a las masas, no resultó ser sin consecuencias para el partido a cuya cabeza permaneció Novaković durante tres o cuatro décadas, no como líder activo, sino como *experto* y... figura decorativa. Ante la evidencia de los hechos, Novaković tuvo que admitir que, durante un proceso de modernización, la principal tarea de un político no es destetar a los reyes, gracias a “deducciones políticas abstractas”, del “encanto hipnótico” del despotismo, sino “ganarse la confianza del pueblo”. “Esta aspiración planteada por los círculos radicales”, reconoce en su libro, “también ha sido señalada por los círculos antirradicales”.

Para ganarse la “confianza del pueblo”, el partido *naprednjak* lucha tenazmente, y no sin éxito, contra los radicales del nuevo régimen. Este partido (que, al firmar el tratado serbo-austriaco concluido por Milan en 1882, convirtió a Serbia en vasallo de facto de Austria) no encuentra ahora palabras suficientemente fuertes para denunciar la falta de firmeza de los viejos radicales en su trato con la monarquía del otro lado del Danubio. Sin embargo, los maestros del radicalismo no estaban dispuestos a ceder ante sus alumnos. Durante los meses cruciales de la crisis de la anexión, cuando se cernía la amenaza de un golpe contrarrevolucionario, Pašić formó un gobierno de “gran coalición” y puso a Stojan Novaković a la cabeza. Repartiendo sus responsabilidades, consiguió mantener al partido radical en el poder.

- ¿Piensa usted formar un gobierno de coalición mientras dure la guerra?, pregunté a Novaković a finales de septiembre.

-No hace falta [respondió], lo dejamos todo a la discreción del gobierno.

De hecho, tras la formación de la Liga Balcánica, la situación política era tan favorable a Nikola Pašić que no necesitó recurrir a un gobierno de coalición. Al final de la guerra, cuando las dificultades y peligros, temporalmente aparcados, reaparecieron en

toda su importancia y quedó claro que la paz no traería a Serbia todo lo que la guerra había prometido, Pašić puso a Novaković al frente de la delegación de “paz” en Londres.

Es posible que la historia, a la que Novaković se ha dedicado con gran seriedad y con importantes resultados en el campo de la investigación, quisiera ofrecer una última oportunidad a este pedante representante de un país que no lo es. Podría utilizar una vez más sus “deducciones políticas abstractas” para convencer a los diplomáticos europeos de que Serbia necesita un acceso libre e ilimitado al mar Adriático para su “desarrollo orgánico”.

*Odeskie Novosti*<sup>147</sup>, número 8.902, 19 de diciembre de 1912 (1 de enero de 1913)

### *Nikola Pašić*

#### I

- ¿Tendrá lugar la guerra contra Austria?

- Nadie lo sabe. Pregúntele a Nikola Pašić. Él lo sabe. Si lo considera oportuno, Pašić actuará de tal manera que habrá guerra, si no, no habrá guerra.

Pašić piensa por todos. Pašić sabe lo que hay que hacer. ¡Bajo su liderazgo, Serbia no se perderá!

En Sofía, sentados en cafés, los más informados dicen:

- ¡No, Fernando no dejará Salónica a los griegos, eso es una obviedad! Mientras que, en Belgrado, las conversaciones políticas giran en torno a Pašić. El rey Pedro sólo viene a la mente de la gente en casos excepcionales o por razones totalmente secundarias, como, por ejemplo, cuando los austriacos, desde Semlin, apuntan sus reflectores hacia el palacio real. Pašić, en cambio, está en la mente y en boca de todos.

¿A qué debe la popularidad y la autoridad de que goza? No es un orador, ni un periodista, ni un luchador, ni siquiera un hombre brillante o con talento. En general, no destaca por nada en particular. Está rodeado de hombres de la talla de Stojan Protić y Lazar Paču, el periodista y el orador, luchadores del viejo partido radical; y sin embargo nadie dice:

- Ve y pregunta a Protić o a Paču.

Todos dicen:

Pregúntale a Pašić, dicen los maliciosos, de todas formas, añaden, no te dirá nada.

Pašić no es un orador, como ya he señalado. De hecho, sería más exacto decir que es totalmente incapaz de hablar. Para facilitar la conversación, traduje del ruso al alemán y del alemán al ruso. Me habían dicho que Pašić sabía los dos idiomas, pero la entrevista fue difícil. Cuando lo comenté con amigos de Belgrado, me dijeron:

- No nos sorprende. Es más, tampoco habla muy bien serbio.

- ¿Cómo es posible? ¿no es serbio?

- Nació en Serbia, pero eso no le impide hablar serbio muy mal y con mucha dificultad.

- Eso no es del todo cierto, replicó una de las personas con las que hablé. Cuando quiere, Pašić habla correctamente. Simplemente ha elegido expresarse así para poder pensar profundamente la respuesta a cada pregunta. Parece buscar fórmulas evasivas, pero, en realidad, Pašić está pensando en la respuesta menos comprometida y cuestionable posible.

- No estoy de acuerdo con esta versión, objetó el primer interlocutor.

Como de costumbre, hay dos opiniones sobre este tema, como sobre todo lo que concierne a Pašić. Unos dicen que el padre eterno no le concedió el don de expresarse

clara y abiertamente; otros insisten en que eso no es cierto, afirmando que se trata más bien de una táctica sutil.

Así que, en general, las opiniones sobre Pašić están bastante divididas. Algunos dicen que es sabio y previsor; otros sostienen que es una persona por debajo de la media, carente de todo genio, y se preguntan por qué misterio una persona tan embrollada puede ser tan influyente.

La autoridad, o más bien el poder absoluto, de esta mente *confusa* es un hecho indiscutible. Pašić decreta elecciones, nombra y destituye ministros, concluye acuerdos internacionales, hace y deshace lazos.

Nacido en 1845 en Zaječar, al este de Serbia, Pašić acaba de cumplir sesenta y siete años. Fue en Zaječar, en 1883, donde tuvo lugar la revuelta campesina contra el intento del príncipe Milan de desarmar al pueblo, y que pasó a la historia como la *revuelta de Zaječar*. Pašić había sido elegido miembro de la *Skupština* por primera vez en 1878 y, en el momento de la revuelta, ya era un conocido representante del partido radical, que había librado una encarnizada batalla contra el príncipe Milan. Los dos partidos no se anduvieron con rodeos a la hora de elegir sus armas, aunque utilizaron arsenales diferentes. Milan aplicó medidas muy represivas, mientras que los radicales hicieron gala de la demagogia más escandalosa.

- Estás cultivando la tierra inútilmente, hermano mío, decían los agitadores radicales mientras iban de un campo a otro, el príncipe Milan jugó anoche en Viena a las cartas con tus tierras. El campesino abandonaba entonces su arado, maldiciendo a Milan. La revuelta de Zaječar fue sofocada con ferocidad asiática. Pašić huyó cautelosamente a Bulgaria, vía Hungría, y fue condenado a muerte en rebeldía. Esto no le impidió vivir hasta una edad muy avanzada.

Sediento de poder, cruel, malhumorado y acusado con razón por los radicales de traicionar los intereses del país a favor de los Habsburgo, el príncipe Milan acabó sumido en una situación cada vez más incierta. Los radicales sabían cómo provocar el odio contra él. Decían a los campesinos que “el borracho”, “el habitual de las timbas” vendía tierras serbias a los “suabos”<sup>148</sup> para darse un festín y jugar. Para rectificar la situación, Milan puso en marcha la honorable estratagema del Enrique IV de Shakespeare:

*Be it thy course to busy giddy minds  
With foreing quarrels, that action, hence borne out,  
May waste the memory of the former days*<sup>149</sup>

Sin embargo, la guerra serbo-búlgara fomentada por Milan acabó en derrota. Milan perdió entonces la cabeza por completo; intentó huir del país, pero se lo impidieron los propios ministros que había dedicado al papel de lacayos al servicio de su tiranía. El ministro de transportes bloqueó el tráfico ferroviario en todo el país durante muchos días. Obligado a permanecer en Serbia, Milan resistió y permaneció en el poder otros dos años, durante los cuales estuvo en constante conflicto con el partido radical, dirigido por Pašić. En 1887, se vio obligado a capitular y abdicar a favor de su hijo Alejandro. Los radicales llegaron al poder. Pašić, condenado a muerte en 1883, se convirtió en el primer presidente de la *Skupština* y luego en primer ministro. Alejandro, que había heredado la extravagancia, la crueldad y el carácter supersticioso de su padre, pero no su talento, dio su primer “*coup d’État*”<sup>150</sup> en 1893 y de acuerdo con los radicales, para liberarse de la tutela de la regencia, manipulada por la camarilla militar reaccionaria. Fue durante este periodo cuando Pašić fue enviado como embajador a San Petersburgo. Sin embargo, Milan regresó del extranjero al cabo de un año. Alejandro dio entonces un segundo golpe, esta vez contra los radicales, y estableció un régimen de tiranía desenfundada (similar al de su padre) que duró cinco años. El partido de Pašić se preparó para la enésima cruzada.

Durante la segunda mitad de la restauración, un misterioso atentado en Milán desempeñó un papel importante en el destino político de Pašić. Alejandro endosó a los radicales la responsabilidad del mismo. Por otra parte, los radicales sostuvieron que fue Alejandro quien había planeado el asesinato, con el fin de deshacerse no sólo de su padre, sino también de los radicales, mediante medidas de represalia. Si aceptamos que esta última hipótesis es correcta, tenemos que admitir que sólo la segunda parte del plan tuvo éxito: Milan escapó mientras que los radicales fueron víctimas de graves represalias. La acción se ejecutó a la perfección, hasta el punto de que ninguno de los dirigentes radicales logró escapar. Hasta el último de ellos fue internado en las cárceles de Milan, su enemigo jurado. Las penas de muerte se habrían ejecutado de no ser por la irónica intervención de la diplomacia rusa, ansiosa por defender a los radicales, orgullosos opositores de la política austrófila de Milán. Como resultado, los líderes de los radicales no fueron ejecutados, sino condenados a largos años de trabajos forzados. Stojan Protić, actual ministro del interior, pasó dos años detenido en condiciones espantosas, dentro de una celda con el suelo de cemento, encadenado con ropa de presidiario y con la letra R (*robias*, prisionero) impresa en la espalda. El obispo Kosta Djurić, actual presidente de los viejos radicales de la *Skupština* y uno de los fundadores del partido, influyente agitador y demagogo, también fue condenado a trabajos forzados, habiendo sido relevado de sus funciones sacerdotales y privado de su barba sacerdotal. Sólo Nikola Pašić, condenado a cinco años de galeras, fue inmediatamente absuelto.

La razón de este trato preferente sigue siendo desconocida a día de hoy. Sin embargo, la popularidad de Pašić cayó en picado, cierto que sólo durante un tiempo, pero de una manera que parecía irremediable. Se le acusó de apostasía e incluso de traición. El pueblo recordaba su oportuna huida en el momento de la revuelta de Zaječar. La acusación de traición seguía sin probarse, pero el comportamiento cauto y ambiguo de Pašić en el juicio fue advertido por todos. Contrariamente a la valiente declaración del indomable Protić, Pašić planteó con cautela la posibilidad de un compromiso entre el partido radical y la familia Obrenović. Los amigos de Pašić, en primer lugar, Protić, se apresuraron a señalar que la amnistía era un expediente hábilmente urdido por Milan para crear distancias entre el partido radical y Pašić, el enemigo de siempre, desacreditar a este último y hacerlo políticamente inofensivo. Este último objetivo se logró, al menos durante cierto tiempo. La hostilidad hacia Pašić creció, incluso dentro del propio partido. El ala de los jóvenes radicales se distanció y se declaró hostil a la política de compromiso del partido y al que fue su malvado autor. Pašić no desempeñó ningún papel político durante tres o cuatro años.

En 1901, Alejandro se casó con Draga y, expulsando a Milan de Serbia, ordenó a los guardias fronterizos que fusilaran al antiguo rey si intentaba regresar a su patria. Finalmente, en abril de 1903, tras nuevos golpes de estado, manifestaciones políticas y represión, una conspiración de oficiales, organizada y llevada a cabo con el pleno acuerdo del partido radical, trazó una línea sangrienta sobre la historia de la dinastía Obrenović.

Alejandro y Draga fueron asesinados y las elecciones se anunciaron en 1903; pero la aversión hacia Pašić, un apóstata, era tan profunda como siempre, hasta tal punto que ningún colegio electoral aceptó incluir su nombre en la lista de candidatos, a pesar de que sus grandes amigos, Protić, Paču y Djurić habían permanecido siéndole leales: el día en que fue liberado, Protić paseaba ostentadamente del brazo de Pašić por las calles de Belgrado. Pašić, por su parte, no se desanimó. Recorrió todos los colegios electorales, soportó humillaciones sin inmutarse, y finalmente consiguió convencer a un viejo radical, Stanko Petrović, una figura campesina muy influyente y popular, para que lo incluyera en su lista, dándole así la oportunidad de volver a ser elegido diputado. Tres años después,

Nikola Pašić era el amo absoluto de Serbia y su nombre encabezaba todas las listas, por delante de los de otros diputados e incluso ministros.

## II

En nuestros artículos sobre “El enigma de la democracia búlgara”<sup>151</sup>, intentamos destacar y explicar cómo, bajo la apariencia de democracia, reinaba en Bulgaria un absolutismo más o menos *ilustrado*, encarnado por el rey Fernando. Por un lado, la escasa diferenciación social y el primitivo desarrollo político del pueblo y, por otro, la total dependencia de la política interior con respecto a la exterior, la necesidad de maniobrar constantemente para eludir las apetencias de las grandes potencias y la imposibilidad de implicar a las masas en esta política, están en el origen del absolutismo ilustrado búlgaro, aunque complicado por las formas de democracia política que adopta.

Estas consideraciones pueden aplicarse también en gran medida a Serbia. También aquí la política es *centrípeta*. Sin embargo, pronto queda claro que, cualesquiera que sean sus cualidades personales, el centro de la política serbia no puede ser el rey Pedro. La lucha de un siglo entre las dos dinastías, las constantes conspiraciones e intrigas, el vergonzoso reinado de Alejandro Karageorgević (padre del rey Pedro) y la no menos vergonzosa época de los dos Obrenović (Milan y Alejandro), los escándalos de la corte que, en un país pequeño como Serbia, tienen lugar ante los ojos de toda la población, han minado hasta la médula los sentimientos monárquicos.

El rey Pedro fue llevado al trono por el partido que había luchado contra la familia Obrenović durante una década sin descanso, y en el transcurso de esa lucha había obtenido el sufragio del pueblo. Obviamente, el papel de líder político no podía atribuirse a este hombre conformista de Suiza, doblegado bajo el peso de los años, las responsabilidades familiares y las deudas, sino al partido que lo había coronado. Y no es menos evidente que el carácter centrípeta de la política de la pequeña potencia balcánica, con sus maniobras secretas y sus fuertes presiones entre bastidores, confería un poder político casi ilimitado a quien estuviera a la cabeza del antiguo partido radical.

Pero, ¿por qué Pašić?

A los entusiastas que alaban la sabiduría y clarividencia de Pašić les resulta muy difícil citar un solo ejemplo de esa sabiduría y clarividencia. Por otra parte, dado que el paso del tiempo no ha debilitado sino, por el contrario, reforzado su autoridad, este viejo político debe poseer una intuición y una aptitud extraordinarias para seguir el camino correcto.

Quienes le niegan estos notables dones tienen razón, pero sólo si consideran únicamente sus cualidades activas. La creatividad es totalmente ajena al demiurgo político serbio. No ha sido capaz de producir ni una sola idea, ni un solo plan, ni una sola fórmula política. Carece de iniciativa. De hecho, se resiste orgánicamente a cualquier tipo de iniciativa. Desde luego, no es un luchador. Cuando se ve envuelto en una lucha, se aferra al principio del compromiso. Completamente desprovisto de iniciativa, creatividad y temperamento de luchador, ha dejado y seguirá dejando en la historia de Serbia una huella idéntica a la del tenaz temporalizador, el optimista Cunctator. Esta es su gran fuerza, aunque sea puramente pasiva.

El activismo y el temperamento luchador pueden llevar a un hombre a las cumbres de la política, donde la propia sociedad pone en primer plano el espíritu de iniciativa. Pero en un país como Serbia, donde el desarrollo social avanza muy lentamente y por cauces muy estrechos, donde los acontecimientos políticos, por muy vistosos e incluso dramáticos que sean, apenas mueven las cosas, sólo las tocan, la capacidad creativa se desvanece en fútiles discusiones sobre todo y sobre lo contrario de todo. Lo mismo ocurre con la política exterior. Durante décadas, la política exterior de Serbia ha discurrido en

zigzag, haciendo inútil cualquier esfuerzo y decepcionante cualquier esperanza. Bajo estas condiciones, de estancamiento en el interior y frustración en el exterior, las individualidades políticas se queman rápidamente y las reputaciones se pierden pronto.

Las desgracias de Serbia no se deben a la falta de ideas, sino a la falta de fuerza. Un político que tiene un proyecto en mente está destinado al fracaso cuando los hechos demuestran que el país no está en condiciones de realizar ese proyecto. Pašić siempre ha sido, y sigue siendo, un político sin planes, un escéptico realista y un procrastinador tenaz, tan astuto como un campesino. La lógica del desarrollo político, o más bien su estancamiento, jugó a su favor. Ha vencido a sus adversarios políticos, uno tras otro, no luchando abiertamente (no tiene propensión a ello), sino por su perseverancia pasiva. Los hombres de iniciativa, que él mismo había colocado en primera línea, defraudaron rápidamente las esperanzas que habían suscitado y tuvieron que resignarse a un papel secundario. Sin embargo, si alguno de sus proyectos resultaba viable, pasaba inmediatamente a ser propiedad exclusiva de Pašić. Se convirtió en una especie de coleccionista de políticas. De lo que es factible, se da cuenta él mismo, después de dar tiempo al más pugnaz defensor del proyecto para que se rompa los dientes. Así combatió tanto a sus rivales dentro del partido como a los del bando contrario.

Durante los desesperados días de la crisis de la anexión, formó un gabinete de coalición y puso a su cabeza a la figura más prestigiosa y decorativa entre los *naprednjaci*: Stojan Novaković. Cuando se dio cuenta de que las negociaciones de “paz” en Londres defraudarían las expectativas de Serbia, confió la dirección de la delegación serbia al mismo Novaković. No teme promover a sus oponentes a la primera línea, pero tampoco teme, cuando considera que es el momento adecuado, despedirlos con una buena patada en el trasero. El pasado agosto, cuando la Liga Balcánica se había convertido en una realidad con serias posibilidades de éxito, Pašić decidió que había llegado el momento de asumir la jefatura del gobierno. Marko Trifković, que había sido nombrado primer ministro cuando la situación era aún incierta, se negó a abandonar su puesto en el momento del triunfo. En consecuencia, Pašić obligó a *Samuprava* (Autogobierno), el periódico del partido gobernante (y, por tanto, órgano semioficial de Trifković), a publicar una nota en la que anunciaba que el primer ministro había presentado su dimisión y que ésta había sido aceptada. Al descubrir la nota, Trifković se quedó estupefacto, pero acabó comprendiendo y presentó su dimisión. Fue aceptada en el acto y Pašić pudo retomar las riendas del poder.

La autoridad de Pašić está en su apogeo. Sobre su perspicacia y habilidad circulan las más diversas leyendas. La hostilidad de sus enemigos más acérrimos, incluidos los jóvenes radicales, ha ido remitiendo poco a poco. Ha logrado imponerse y obligado a todos a aceptar la idea de que es indispensable. Ha forjado vínculos indisolubles con el viejo partido radical, cuya memoria histórica encarna. Conoce mejor que nadie los recursos humanos de su partido, lo que le ha convertido en un auténtico cazatalentos. También sabe manipular a sus adversarios, halagando sus aspiraciones personales, reconciliándose con ellos y consiguiendo que trabajen a su lado.

Esta política de compromiso y negociación, esta incansable actitud de dilación, que puede resumirse en el aforismo “dale tiempo al tiempo”, marcó toda una época del desarrollo serbio, una época de debilidad, intrigas y humillación. La guerra de los Balcanes puso fin a esa era y dio comienzo a una nueva. La guerra sólo podía librarse mediante una federación de estados balcánicos, aunque sólo durara lo que duraran las hostilidades. El resultado de la guerra dejó claro a todos los pueblos balcánicos, y sobre todo a los serbios, que su oportunidad de sobrevivir residía en una federación económica y política duradera. Hoy, Pašić despliega todo su arte en las negociaciones con Austria y en apaciguar a los exaltados dentro del país, un arte cuyos resultados veremos en los

próximos días. Sin embargo, incluso el mayor éxito en estos dos frentes tendrá un impacto temporal y limitado. Sólo la lucha por una federación democrática de los Balcanes tiene probabilidades de alcanzar un gran éxito.

El pasado de Pašić demuestra que esta tarea, que requiere iniciativa, visión y audacia creativa, está fuera de su alcance. Se necesitan hombres nuevos con una psicología y un temperamento político diferentes.

*Kievskaja Mysl'*, números 346 y 349  
14 y 17 de diciembre de 1912

### **La prensa serbia**

#### I

En Belgrado, con una población de poco más de 800.000 habitantes, al comienzo de la guerra había catorce diarios. Esta cifra es aún más sorprendente si se tiene en cuenta que el ochenta por ciento de los serbios (casi tres millones) son analfabetos. Gracias al desarrollo de la vida política, la prensa desempeña un papel importante y ha sido ya un factor decisivo en la creación de los factores psicológicos favorables a la guerra, tanto en Serbia como en Bulgaria. De este modo, el espíritu favorable a la guerra de la población llegó hasta el ejército, reforzando su moral. Para la victoria de los aliados balcánicos, esta condición no era menos importante que cualquier plan estratégico bien organizado.

A diferencia de Bulgaria, Serbia cuenta con una larga tradición política y una relación más claramente definida entre los partidos. En Bulgaria, el rey puede llamar al poder a cualquier grupo político, incluso a los confinados hasta la víspera en los escaños más oscuros de la asamblea nacional. Este grupo organiza las elecciones y vuelve al parlamento con una mayoría aplastante. Su prestigio disminuye rápidamente, entre otras cosas por las presiones de la política internacional, por lo que sufre el mismo destino que sus predecesores y vuelve a la condición de pequeño grupo de la oposición, a la espera de días mejores.

En Serbia no puede ocurrir lo mismo. Una fuerte presión del gobierno en tiempo de elecciones no alteraría el equilibrio de poder en más de diez o quince escaños. Desde 1903, la política de este país ha estado dominada por el Partido Radical, que en otra época luchó con orgullo contra el despotismo de la familia Obrenović. Con la ayuda de oficiales del ejército, el Partido Radical puso fin para siempre a la sangrienta historia de esta dinastía, y luego estableció el actual sistema parlamentario.

Un hecho destacable de la política serbia es que el Partido Radical no controla la prensa. Desde 1903, la brecha entre la política oficial (la del Partido Radical) y los periódicos de Serbia se ha ensanchado.

Los radicales tenían dos órganos de prensa: *Samoprava* (el periódico no oficial del gobierno, que dice ser propiedad de Nikola Pašić, Lazar Paču y Stojan Protić) y *Odek* (el eco), el órgano del ala de los Jóvenes Radicales. Ambos periódicos tienen una tirada limitada. El resto de la prensa (si exceptuamos *Srpska Zastava* [La bandera serbia], órgano del partido liberal, y *Radničk Novin*, periódico socialdemócrata) es independiente de los partidos, lo que obviamente no significa que lo sea de camarillas, bancos, embajadas o meros aventureros.

Los periódicos están dirigidos por una joven generación de periodistas que no han participado en la lucha revolucionaria contra la familia Obrenović, sino que se habían sentido decepcionados por ella. El régimen radical ha dado forma constitucional al poder político y ha introducido la libertad de asociación y de prensa, pero el desarrollo económico de Serbia, atezado por su posición internacional, continúa con su lentitud

habitual; la política exterior, que siempre ha estado en el centro de la atención general de este país, ha provocado desilusión tras desilusión.

En las ciudades ha surgido una capa de semiintelectuales, poco cultos y absolutamente desprovistos de talento teórico, pero que están convencidos de que tienen en sus manos el futuro de Serbia. Estos elementos degradados, casi subproletarios (cuya visión del mundo han adoptado, en cualquier caso) dominan la prensa serbia. Tienen muy poco conocimiento de la historia de su país y aún menos de la geografía de la península balcánica. Sin embargo, están profundamente descontentos con la dinastía actual y el gobierno de los antiguos radicales, que hasta ahora no les ha dado suficiente margen de maniobra. Su mayor aspiración es la Gran Serbia. Están decepcionados con el parlamento porque no ha ampliado las fronteras del estado y ha convertido a los fuertes en débiles y a los débiles en fuertes. Se han vuelto rabiosamente insatisfechos, no sólo con este parlamento, sino con el parlamentarismo en general.

Se ensañan contra las insuficiencias de los mecanismos constitucionales (que en Serbia son, a decir verdad, al menos tan grandes como sus virtudes) para desacreditarlos, día tras día, o para ser más precisos, para vituperar el principio de autogobierno del pueblo. El *Skupština* no es más que una vergüenza, una “tertulia” indolente que no produce nada. Los ministros son unos sinvergüenzas que se enriquecen con la financiación pública, los permisos de obras y los suministros; los diputados son una panda de vagos que ganan quince dinares al día sin hacer nada. Para ser justos, estos emolumentos sólo se perciben durante el breve periodo en que la *Skupština* se reúne en sesión, pero quince dinares es una suma enorme para un periodista hambriento.

Esta prensa, cuyo carácter opositor no es más que un aspecto de su insaciable cinismo, está sostenida por la pequeña burguesía reaccionaria de la ciudad, funcionarios que se quejan de sus bajos salarios, una parte importante de funcionarios, incultos de todo tipo, intrigantes profesionales, rechazados de los viejos partidos, fracasados y heroicos arribistas de tiempos pasados. El objetivo de esta prensa es hacer saltar todo por los aires en la política serbia, tanto ideológica como políticamente, explotando cualquier disensión o diatriba dentro de cualquier partido o grupo social. Sin embargo, es incapaz de llevar al poder a un nuevo partido político, al carecer de programa u objetivo político definido. Sueña con un puño de hierro que pueda dispersar a los diputados, una hoja afilada que ofrezca a Serbia una salida del callejón sin salida histórico en el que se encuentra.

Su héroe es el “demitido” príncipe heredero Jorge, que, a finales de 1908, al frente de su “Legión de la Muerte”, juró apoderarse de las riendas de Austria. Pero sólo consiguió matar a su propio ayuda de cámara de una patada en el estómago. Inepta, mezquina, casi analfabeta, la prensa infesta la vida intelectual del país con su depravación, y es un elemento verdaderamente pernicioso en la sociedad serbia.

Sus acciones se dirigen no sólo contra las fuerzas jóvenes que, por el momento, sólo tienen una importancia hipotética, sino también contra el viejo Partido Radical en el poder, que lucha por las necesidades estatales más elementales de un país en vías de un desarrollo económico y cultural moderno. Estas circunstancias obligaron a Stojan Protić, ministro del interior de Serbia, apodado “el puño de hierro” del partido radical, a *refrenar* a la prensa con leyes de censura draconianas: draconianas, por supuesto, no según los estándares rusos, sino en comparación con la total libertad de prensa que existía en Serbia antes de la guerra. La lucha política en torno al proyecto de ley de prensa de Protić ha sido uno de los principales acontecimientos de la política serbia en los últimos dos años. Con este proyecto de ley, el antiguo marxista y conspirador de la era Obrenović pretendía golpear a periódicos que ni siquiera pueden ser llamados reaccionarios, tan vanidosos, mezquinos y cínicos son.

En el otro bando, se alzó una voz en defensa de la libertad de prensa: la del joven y competente editor de *Radnišk Novin*, Dušan Popović. En una serie de brillantes artículos, sostuvo que el principio de la total libertad de prensa, sin limitaciones, debe ser defendido bajo cualquier circunstancia. En esta campaña contó con el apoyo de toda la prensa serbia, que no sólo lucha por un principio, sino también por su supervivencia.

Como el hábil periodista que es, Protić respondió en el *Samuprava* citando a Marx, Engels y Mehring. No fue difícil rebatir estas citas. Sin embargo, fue más difícil responder a la siguiente pregunta (y esta es la cuestión a la que sometí a Popović, con quien estoy en deuda por una enorme cantidad de información y explicaciones): ¿qué se puede hacer con el veneno que los periódicos vierten a diario en los cerebros de la gente? Según *Radnišk Novin*, no existe ningún antídoto radical de acción rápida. En consecuencia, sólo la libertad de prensa puede curar sus heridas. El rechazo desde abajo y la educación de las masas, y no las restricciones legislativas desde arriba, son la única forma de combatir la influencia de la prensa corrupta, hacia la que *Radnišk Novin* alberga, incluso más que el partido de Protić, una hostilidad de principio. Este último fue derrotado y tuvo que retirar sus proyectos de ley; pero no podemos descartar la posibilidad de que, a pesar de esta desafortunada experiencia de censura militar, Protić haga pronto otro intento con mayor éxito.

## II

Como hemos dicho antes, *Samuprava* es el órgano oficial de los viejos radicales y el órgano oficioso del gobierno. *Odek*, en cambio, es el periódico del ala izquierda de los Jóvenes Radicales. Antes del golpe de estado de 1903, el Partido Radical se escindió siguiendo la estela de otras fuerzas democráticas europeas que se habían desmarcado del liberalismo. Tras la caída de Milán, los radicales colaboraron con el gobierno de Alejandro; el ala izquierda más decidida se rebeló contra esta táctica oportunista y formó posteriormente el partido de los Jóvenes Radicales. En consonancia con la política de los viejos radicales que habían llegado al poder, *Samuprava* perfeccionó el arte de utilizar muchas palabras para expresar ideas vagas a la manera de Nikola Pašić, quien, como político de puro estilo oriental, solía sustituir la astucia por la previsión y consideraba el zigzag como la forma más rápida de conectar dos puntos. La influencia de *Samuprava* es proporcional a la posición de su partido, pero no tiene muchos seguidores.

Jaša Prodanović es el director de *Odek*. Intelectual, hombre de letras, ideólogo y, a su manera, demócrata convencido, Prodanović ha traducido el jacobinismo al lenguaje de la sociedad y la cultura serbias. Como ministro de industria, en colaboración con los socialdemócratas, proyectó una ley democrática para la industria y una de las inspecciones de trabajo mejor organizadas de Europa, pero su grupo fue perdiendo cada vez más terreno.

El futuro pertenecía al ala de los Jóvenes Radicales dirigida por el financiero Milorad Draković, un *hombre de negocios* que acariciaba la idea de suplantarse la democracia mediante el crédito bancario. El viejo Partido Radical y Draković acordaron una reforma de la legislación industrial favorable a los intereses capitalistas.

Para completar la lista de periódicos de partido, debo mencionar *Srpska Zastava*, el órgano no oficial de los liberales, que comenzó a publicarse el año pasado. Este partido, el más antiguo de Serbia, surgió a finales de los años cincuenta del siglo, cuando, en oposición al absolutismo patriarcal entonces dominante, propuso un programa liberal inspirado en Europa, pero adaptado al bajo nivel social de Serbia. Al carecer de base social, los liberales sufrieron una regresión que los transformó en una camarilla cortesana subordinada a las exigencias de la dinastía y de la diplomacia europea. Los *naprednjaci*, que sucedieron a los liberales en los años ochenta, corrieron la misma suerte y se

convirtieron en los principales partidarios de Milan. Comprometidos por su pasado, los liberales se convirtieron en nacionalistas y *Srpska Zastava*, con no más de mil suscriptores, refleja el débil peso del partido.

Entre las decenas de publicaciones no partidistas, la paneslavista *Politika* ocupa sin duda un lugar importante. No es un órgano oficioso fiable en cuestiones de política internacional, mientras que en política interior expresa la feroz oposición de la derecha. Utiliza, con cierta eficacia, el arma de la intriga personal y su forma literaria preferida es la insinuación venenosa. Si queremos hacer una comparación, se parece mucho a nuestra *Novoe Vremja...* Durante la crisis de la *anexión* [en Bosnia-Herzegovina], *Politika* tuvo una enorme influencia. Elogiaba al príncipe Jorge y se convirtió en el órgano no oficial de la beligerante Narodna Odbrana<sup>152</sup>. Hace tres años, esta organización se separó de la “Slavenski Jug”<sup>153</sup>, oponiendo a su programa de unificación cultural de los eslavos del sur un agresivo programa de acción revolucionaria y militar. *Politika* trataba en secreto con el gobierno, del que recibía información, y cabe imaginar que no se detuvo ahí.

Otro de los periódicos más influyentes es *Pravda*. La línea editorial de este periódico es la hostilidad hacia los conspiradores del 29 de mayo de 1903, el nuevo régimen, el antiguo partido radical y la dinastía Karageorgević. En cuanto a los partidos políticos, *Pravda* estaba más cerca de la camarilla naprednjaci, o más bien utilizaba sus vínculos con ellos para llevar a cabo sus intrigas políticas.

Por otra parte, un ala del partido naprednjak, la que utiliza al viejo Novaković como emblema, se reconcilió con el golpe, aunque no de forma clara y abierta. Otro grupo, dirigido por el profesor Zivojin Perić, rechaza categóricamente el régimen actual como expresión de un complot revolucionario. Expresan francamente su propia inclinación por una Austria tricéfala que, en su opinión, debería absorber también a Serbia. Un tercer grupo de naprednjaci, que gravitan en torno a *Pravda* y, no menos que Perić, odian el régimen democrático, en lugar de seguir una línea quijotesca de boicot formal, intentan aprovechar todos los métodos y formas de la democracia para hacer temblar sus cimientos. *Pravda* utiliza todas estas tácticas (mentiras sutiles, difamación rayana en el código penal, burla cínica de todo y de todos) y las adereza con chistes vulgares. Detrás de los temerarios periodistas de *Pravda* estaba el financiero Milorad Pavlović, director del Privredna Bank, un astuto hombre de negocios y demagogo que esperaba su momento. La difusión de *Pravda* oscila entre los cinco o seis mil ejemplares.

El periódico de mayor tirada, *Mali Žurnal*, vende como mínimo diez mil ejemplares. Todo lo que hay de vil y cínico en la prensa serbia aparece en este periódico en toda su desvergüenza. Es el periódico del extravío moral, de la obscenidad política y del chantaje individual. Un diario que miente, difama, extorsiona y se vende al mejor postor. La crónica del escándalo y la pornografía son las principales formas literarias utilizadas por *Mali Žurnal*. Es el órgano político del príncipe Jorge, la esperanza de todos los especuladores más turbios, de todos los funcionarios corruptos y de todos los contables deshonestos. El periódico *Balkan* tiene una difusión de ocho a diez mil ejemplares y sólo se diferencia de *Mali Žurnal* por el nombre.

El austrofilico *Štampa* es de la misma calaña, pero actúa de forma más hábil y solapada. Es el periódico serbio con mejor presentación tipográfica. Su principal característica es su odio ciego a los radicales, los actuales dueños de la situación. En torno a él se reúnen diversos grupos de liberales, naprednjaci y Vladan Georgević, presidente del consejo en la época de Milan. Georgević definió el régimen constitucional como el gobierno de los canallas y la *Štampa* apoyó sin reservas esta afirmación. Junto con *Pravda*, *Štampa* era el antagonista más peligroso del nuevo régimen serbio. Astuta, hábil y oportuna, persigue tenazmente a sus enemigos, incluso en la esfera privada. Gracias a sus informaciones e insinuaciones, proporciona material a toda la prensa sensacionalista

para luchar contra el gobierno radical. Es tan conocedora de ciertos temas que el *Samoprava* la acusa de tener estrechos vínculos con la policía política austriaca.

Paralelamente al crecimiento del partido de los trabajadores, que ha desempeñado un papel importante en la vida política de los últimos años, ha crecido el odio hacia los socialdemócratas, sobre todo en los círculos pequeñoburgueses directamente afectados por los movimientos huelguísticos y las leyes de protección laboral. Ni que decir tiene que la lucha contra el partido de los trabajadores une a toda la prensa serbia, que considera odioso el movimiento socialdemócrata precisamente porque tiene objetivos claros, organización y disciplina. También hay otro periódico de Belgrado que ha hecho de la lucha contra el partido político del joven proletariado serbio su especialidad. Se trata de *La Straža* (La guardia), cuyo director y redactor es el anarquista libre Christo Cicvarić. En este pequeño país, donde todo el mundo se conoce y nadie duda en meter las narices en la vida privada de sus adversarios políticos, las polémicas contra los dirigentes de la socialdemocracia se desarrollan en un tono que no resistiría la traducción a ninguna lengua europea.

Los demás periódicos ni siquiera merecen mención. Se alimentan de las ideas de *Pravda*, *Štampa* y *Straža* y, por imposible que parezca, son aún más bajos. Un día, se leyó en sus columnas la noticia, noticia que llamó la atención de una parte de la opinión pública de Belgrado, de un escándalo que había estallado recientemente en la familia del señor X. El artículo terminaba con la promesa de un relato detallado del ignominioso asunto al día siguiente. Al día siguiente, la opinión pública de Belgrado buscaba en vano los detalles prometidos. Esto significa que el Sr. X había conseguido ganarse las gracias del impúdico Catón de la moral pública con la ayuda de un billete (aunque no se trate, en general, de una gran suma)...

La propaganda a favor de la guerra, no importa contra quién (Austria, Bulgaria, Turquía o el concierto de las naciones europeas) es la letanía común de la prensa independiente de Belgrado. Hoy, por supuesto, da todo su apoyo a la empresa de los aliados balcánicos. Y naturalmente, la idea de una federación balcánica encuentra un apoyo insignificante entre sus columnas. Si los resultados políticos de la guerra no satisfacen las febriles expectativas patrióticas de *Politika*, *Štampa*, *Pravda* y sus acólitos (y sus enormes apetitos no pueden, en esencia, ser satisfechos), la prensa de Belgrado en su conjunto se lanzará con doble de vigor contra el enemigo interior, es decir, contra todos los rudimentos de la cultura, el desarrollo económico y el espíritu cívico elemental de la vida social serbia.

No soy proclive a las profecías sombrías, pero creo poder afirmar desde ahora que Serbia se enfrentará a una crisis política muy grave al final de la guerra.

*Den'*, números 49 y 51, 20 y 22 de noviembre de 1912

### ***Los partidos políticos***

Actualmente, en Bulgaria no hay partidos políticos ni prensa, sólo el estado mayor y su censura. Desde el comienzo de la guerra, aparte de dos periódicos semioficiales, uno *gešovista* y otro *danaevista*, no ha habido publicaciones políticas, sólo boletines informativos. Un profesor de latín ha tachado a conciencia cualquier forma de *teorización* y un poeta lírico autorizó la publicación de un retrato de Radko Dimitriev<sup>154</sup>, con la única condición de que en publicaciones posteriores aparecieran otros comandantes, para evitar *los celos entre los generales*.

En Serbia, donde los partidos tienen raíces más profundas y tradiciones políticas más sólidas, no han llegado tan lejos y sólo los corresponsales extranjeros son objeto de

censura. Pero está claro que sobre los periódicos de Belgrado se ciernen un estado mayor que no es moco de pavo. A pesar de todo, en Serbia no ha habido una supresión total de la prensa política. Sin embargo, ahora que los asuntos vuelven a estar en manos de los diplomáticos, ahora que se hace balance de lo que se ha conseguido mediante el derramamiento de sangre, ahora que podemos hablar de la responsabilidad del gobierno en los acontecimientos históricos de los últimos tres meses, los partidos y sus periódicos vuelven a dar muestras de gran actividad.

Aparte de los socialdemócratas, hay cuatro partidos políticos en Serbia, con sus raíces en dos periodos históricos diferentes. El más antiguo es el partido liberal, que hace unos años cambió su nombre por el de nacionalista. El periodo de mayor éxito de este partido fue cuando sirvió de pantalla gubernamental y parlamentaria al despotismo personal y al absolutismo del rey Milan. Incluso en el campo de la política exterior, actuó en tándem con éste como agente de los Habsburgo en los asuntos balcánicos.

En los años ochenta del siglo pasado, los *naprednjaci* entraron en el estrecho escenario serbio, intentando poner en orden los cimientos parlamentarios y estatales. Pero no buscaron el apoyo de las masas, ni lo consiguieron, y bajo el régimen personalista de Obrenović su partido pronto degeneró en una camarilla política que competía con los liberales. Incluso este partido es tradicionalmente austrófilo. Con el apoyo de los *naprednjaci*, Milan concluyó un pacto secreto con Austria en 1881<sup>155</sup>. En virtud de este pacto, Serbia renunciaba a toda reclamación sobre Bosnia-Herzegovina y abría las puertas de los Balcanes al ejército austrohúngaro; a cambio, Viena debía apoyar a la dinastía Obrenović. Gracias a este pacto sin precedentes, denunciado enérgicamente por los radicales durante sus campañas contra Milan, las dinastías balcánicas alcanzaron nuevas cotas de cinismo mercenario, convirtiéndose en instrumentos de la diplomacia europea.

El partido radical, nacido también en los años ochenta, creció en influencia gracias a su valiente, o más bien demagógica y furibunda lucha contra la familia Obrenović. Durante el reinado de Alejandro, que intentó en varias ocasiones reconciliarse, o al menos pactar una tregua con los radicales, el ala de los jóvenes radicales, intransigente en su hostilidad hacia la dinastía, se separó del partido y luego formó un partido independiente. Los radicales, y especialmente su pope Nikola Pašić, tenían fama de rusófilos; es cierto que siempre habían buscado el apoyo de San Petersburgo durante su lucha contra la reacción de Austria y la familia Obrenović, aunque el sistema estatal ruso no les atraía por analogías evidentes.

El golpe de estado de 1903 derrocó a la dinastía Obrenović y colocó en el trono al actual rey Pedro. Los viejos radicales llegaron al poder, y los nacionalistas y *naprednjaci* se transformaron de camarillas de la corte en partidos de oposición parlamentaria.

Aunque más avanzados que en Bulgaria, el parlamentarismo y la democracia serbios son extremadamente primitivos, pero a diferencia de Bulgaria, la monarquía no tiene hoy ningún papel político en Serbia.

La lucha entre las familias Obrenović y Karageorgević dura ya casi un siglo, con una sucesión de intrigas sangrientas que, desde luego, no han fortalecido a la monarquía serbia. Djordje Karageorge, el fundador de su dinastía, había construido una política revolucionaria contra Turquía y soñaba con liberar toda la península balcánica. Fue asesinado por el príncipe Miloš, fundador de la dinastía Obrenović, que siguió una política de compromiso dictada principalmente por consideraciones personales y dinásticas, y que, a su vez, fue derrocado y desterrado. Su sucesor, Mihailo, corrió la misma suerte. Incluso Alejandro Karageorgević, el padre del actual rey, no pudo escapar a la influencia austro-turca y acabó como sus dos predecesores. De vuelta del exilio y decidido una vez más a probar suerte en el trono serbio, Miloš le sucedió. Tuvo la suerte de morir en el trono, y nada menos que por causas naturales. Su sucesor, el príncipe Miguel, que también

había regresado del exilio, fue asesinado. El príncipe Milan fue desterrado y se libró de la pena de muerte. Su hijo Alejandro, el último de la familia Obrenović, fue asesinado junto con su esposa Draga.

Fue sustituido por Pedro Karageorgević, que había vivido en Suiza como un eterno pretendiente, cargado de deudas y abrumado por sus responsabilidades familiares. Cuando Pedro llegó a Belgrado con un modesto equipaje y una autoridad aún más modesta, el callejón que conducía al palacio apenas se había limpiado de la sangre del rey Alejandro, cuyo cuerpo mutilado había sido arrojado por la ventana por los conspiradores. El conocimiento del destino de sus seis predecesores, tres desterrados, dos asesinados y uno desterrado y asesinado a su regreso al trono, animó a Pedro a evitar cualquier activismo excesivo. A pesar de sus ambiciones y su fuerte carácter, Pedro se vio obligado a aceptar el papel pasivo de instrumento en manos del viejo partido radical. También es probable que su edad influyera. Lo que es seguro es que se comportó de forma diferente a Gregorio VII que, cuando era cardenal, caminaba con paso inseguro y hablaba en voz baja pero que, el día que recibió la tiara papal, enderezó la espalda y empezó a hablar en tono de conquistador. Pedro, por su parte, persiguió su objetivo implacablemente y sin escrúpulos mientras fue pretendiente al trono, mientras que ahora que es rey se revela desprovisto de carácter y sigue obedientemente las instrucciones del partido que lo puso en el trono.

Los oficiales revolucionarios, instrumentos y protagonistas del golpe de estado, demostraron, como era obvio, que no tenían cualidades para desempeñar un papel de liderazgo político. Fueron marginados para dejar paso a civiles que, una vez que la conspiración militar hubo cumplido su cometido, proclamaron el sagrado principio: “El ejército debe mantenerse al margen de la política”. Precisamente por su carácter conspirativo, el *pronunciamento* sólo había podido implicar a una estrecha minoría de aristócratas del cuerpo de oficiales. Todos los demás oficiales se sintieron marginados; al no apoyar a los pretorianos del nuevo régimen, formaron un núcleo de contra-conspiración. Esta situación paralizó al ejército y le impidió convertirse en un actor político.

Dadas las circunstancias, el partido radical siguió siendo el dueño absoluto de la situación. Tras pasar de la oposición al poder mediante un golpe de estado dinástico, formó un gobierno parlamentario como un partido de masas.

A primera vista, podría decirse que las perspectivas del parlamento serbio eran favorables. La nueva dinastía estaba desarmada, la vieja irremediablemente comprometida y el cuerpo de oficiales paralizado por conflictos internos. El golpe se había producido en nombre de la voluntad popular. En este contexto, el parlamento debería haberse convertido en el centro natural del poder. Pero esto no ocurrió, y era natural que así fuera. La razón por la que los oficiales se habían autoproclamado “comité ejecutivo de la voluntad popular” estaba también en la raíz de la frágil salud del parlamentarismo serbio: la ausencia de clases sociales modernas y bien definidas.

Hace tiempo que Serbia ha dejado de ser un país basado en la agricultura de subsistencia y la producción a pequeña escala. El militarismo y la presión fiscal han arruinado a los campesinos, y los productos austriacos han destruido la producción a pequeña escala. La industria local, que debería haber absorbido el excedente de energía de la población, se desarrolla muy lentamente. En definitiva, las causas que llevaron a Serbia a elegir el camino de la guerra fueron las siguientes: las bases del estado eran demasiado estrechas, estaba aislada por el mar y dependía económicamente de Austria. El capitalismo ha conseguido destruir las antiguas formaciones sociales, pero hasta ahora ha sido incapaz de crear otras nuevas.

Hay muchos elementos desclasados en este país y esto pudre la vida social en su totalidad. Se han sacudido creencias y viejos conceptos, pero aún no han arraigado nuevos valores. En estas condiciones, la cristalización política avanza a un ritmo irregular y con manifestaciones accidentales o secundarias. La consecuencia última de este proceso es que el parlamento no puede tener ni un programa de trabajo bien definido ni los recursos internos para aplicarlo. Encarnando la impotencia política de toda la sociedad, busca ansiosamente un *guía* del exterior.

Lo encuentra en Nikola Pašić, el antiguo líder del partido radical, un sabio político de estilo oriental y gran experiencia. El baricentro político ha pasado de un parlamento desorientado por la incertidumbre de sus funciones, privado de programa, fuerza y vigor, al gobierno y, finalmente, a Pašić. El parlamento, junto con su mayoría de viejos radicales, sólo se enteró de lo que Pašić consideraba necesario. Los ministros, a excepción de Paču y Protić, estrechos colaboradores de Pašić, son simples funcionarios de los departamentos estatales. En cuanto al rey, ¡es simplemente un ornamento del régimen!

En Sofía se oye: “¿Va Fernando a abandonar Salónica a los griegos?”. Aquí, en cambio, oímos: “¿Pašić no puede abandonar Bitolj a los búlgaros!”. En ambos países, la política gira en torno a la política exterior. Siempre ha sido así. En Bulgaria, los partidos se turnan en el poder, uno tras otro, como imágenes en una linterna mágica, y el rey Fernando representa el único elemento estable en política exterior, hasta el punto de que durante los últimos veinticinco años ha manejado todos los hilos del poder. En Serbia, en cambio, la sucesión de reyes ha sido desastrosa, hasta el punto de convertirse en la norma; el poder se ha concentrado en manos del político más perseverante y cauto del partido que ha derrocado a dos reyes y entronizado a un tercero. El traspaso del poder al líder de un partido parlamentario, en una situación de debilidad parlamentaria general, revela una inestabilidad intrínseca del sistema político en su conjunto.

La guerra ha debilitado a los viejos radicales de dos maneras: por la victoria del ejército y por la derrota de la diplomacia. La división entre oficiales conspiradores y contra-conspiradores casi ha desaparecido. Las batallas y campañas militares los unieron, y las victorias aumentaron su autoestima. Se dieron cuenta de que las armas también forman parte de la constitución, y no la menor. Naturalmente, como siempre, los oficiales no tienen ninguna agenda política. Pero están resentidos con el gobierno de Pašić. A sus ojos, Pašić parecía dispuesto a ceder al enemigo o a sus aliados las conquistas del ejército serbio de Durrës, Alessio, Monastir, Veles y Prilep. Los dos partidos reaccionarios, pero sobre todo los liberal-nacionalistas, intentaron convertir este resentimiento (que obviamente no se limitaba a los oficiales) en un programa político. Utilizan todos los medios posibles para infundir odio contra el aliado búlgaro, Pašić y todo el régimen. “No estamos dispuestos a ofrecer en bandeja (escribió *Srpska Zastava*, el periódico no oficial de los nacionalistas) lo que hemos obtenido al precio de enormes sacrificios. Son cosas que no ocurren en ninguna alianza y que tampoco ocurrirán en ésta. Alguien envió a nuestro ejército a la batalla en interés de otros que no de nosotros mismos, y eso es algo que el pueblo no olvidará. No estaremos satisfechos hasta que hayamos destruido esta política, sean cuales sean los medios”. Estas palabras no se han visto seguidas de ninguna acción, pero la amenaza de un nuevo *pronunciamento* del ejército, que se desprende de las frases que acabo de citar, encuentra su justificación no sólo en las tradiciones de ayer, sino también en los estados de ánimo de hoy.

- ¿No cree usted [le pregunté al ministro del interior, Stojan Protić, un hombre que, bajo el régimen de Obrenović, cumplió dos años de trabajos forzados, encadenado, y tiene grabada en la espalda la marca del condenado] que la consecuencia directa de la guerra para Serbia es la amenaza de un nuevo período reaccionario?

- ¿Y eso por qué? Si la guerra hubiera terminado mal para nosotros, habría sido diferente. Pero después de todas estas victorias...

- Los resultados positivos de los cambios en curso, la ampliación del mercado balcánico, una salida marítima, etc., no se sentirán inmediatamente. Pero la hemorragia causada por la guerra y la desilusión con los frutos de esa guerra ya se sienten hoy, y se sentirán aún más agudamente mañana.

- Nuestro pueblo ha vivido un periodo de bonanza en los últimos años, y podemos afrontar un periodo de crisis sin demasiados sobresaltos.

El optimismo esgrimido por el honorable ministro era obviamente sólo una fachada. El gobierno, es decir, Pašić, Paču y Protić, sabe perfectamente dónde está el peligro y está tomando medidas. Estos consisten, ante todo, en atraer a los *naprednjaci*, el más sólido y respetable de los dos partidos conservadores, a la órbita del gobierno, para compartir con él la carga de la responsabilidad. De este modo, espera aislar a los nacionalistas, que no tienen intención de tirar la toalla en su lucha contra el régimen actual. Stojan Novaković, que no es el líder absoluto de los *naprednjaci* pero sí su reliquia sagrada, ha sido colocado a la cabeza de la delegación de “paz”. A su hijo Mileta, también miembro destacado de este partido, se le ha asociado a los trabajos de la comisión que se ocupa de la reorganización de las regiones ocupadas. Pašić también presta mucha atención a los oficiales.

Los nacionalistas podían volverse peligrosos si el partido militar adoptaba su programa, por lo que el gobierno hizo todo lo posible para evitarlo y se comprometió yendo en la dirección de las aspiraciones de los círculos militares. Lo que en sí mismo es una medida inocente (la decisión de garantizar una suma de 300 francos a cada oficial que, al final de la guerra, necesite ir al hospital para recibir tratamiento o descansar) adquiere un significado particular cuando se considera que las arcas del tesoro están casi vacías. Otra decisión de mayor alcance tomada la semana pasada (¡sin conocimiento del parlamento!) fue el establecimiento de un régimen militar en las regiones ocupadas. La policía, la administración y los tribunales se han puesto a las órdenes del *alto mando* de Skopje.

- Se necesitarán dos o tres años de trabajo preparatorio [me han dicho algunos miembros del gobierno] para educar a la población en la libertad y el parlamentarismo.

Sin embargo, cuesta creer que los radicales (viejos políticos experimentados con una lucha sin concesiones contra el régimen burocrático y militar de Obrenović a sus espaldas) crean realmente que el cuerpo de oficiales, galvanizado por la victoria, es el mejor instructor en cuestiones constitucionales en el país de los vencidos. Es significativo que, dos días antes de que se hiciera pública esta decisión, uno de los ministros más influyentes me asegurara categóricamente que la ley sería sometida al parlamento serbio. De hecho, simplemente se publicó como un decreto real basado en un determinado párrafo... del reglamento del ejército. Claramente, ha habido un conflicto sobre esto. A los ministros, o al menos a algunos de ellos, les hubiera gustado presentarse en el parlamento, pero se vieron obligados a capitular rápidamente ante las exigencias del partido militar. Para completar el cuadro, hay que recordar que, en respuesta a la petición formal de la presidencia de *Skupstina* de convocar inmediatamente una sesión del parlamento (con la marcha a Londres del presidente Andra Nikolić, el cargo de presidente va a parar a los jóvenes radicales), el gobierno respondió: no, no es el momento. Os avisaremos cuando lo sea.

Huelga decir que tácticas de este tipo sirven más para proteger al gobierno de los viejos radicales de las sacudidas de la crisis política de lo que podría hacerlo un sistema parlamentario; sin embargo, es dudoso que estas tácticas sean realmente eficaces. El destino interno de Serbia depende ahora de factores mucho más importantes que las

sofisticadas maniobras de los viejos radicales para eludir a los *naprednjaci* y a los oficiales. La tensión provocada por la guerra era demasiado grande, las esperanzas depositadas en ella demasiado altas y los errores de cálculo demasiado evidentes como para poder borrar este fracaso sin dolor lavando los trapos sucios en familia, por así decirlo. Aunque la democracia serbia sea primitiva, la guerra y sus consecuencias conciernen a todo el pueblo. Se contaba con que Rusia proporcionaría una salida marítima en la costa adriática. Pero las esperanzas de ayuda desde allí, alentadas artificialmente por ciertos grupos políticos rusos, resultaron carecer de fundamento. Veles, Prilep y Bitola han sido cedidas a los búlgaros, como estaba previsto en los acuerdos. Llegando de todas partes, las tropas están a punto de regresar a casa. Y como de costumbre, la pobreza servirá de contrapunto a las gestas heroicas y los grandes sacrificios. Todo esto provocará una crisis política que podría ser fatal no sólo para el partido de Pašić, sino también para el régimen radical.

*Den'*, número 87, 30 de diciembre de 1912

### ***Serbia y Montenegro***

Como sabe todo el mundo, Pedro Karageorgević es el yerno de Nicolás de Montenegro<sup>156</sup>. Esta relación familiar no ha impedido en absoluto una feroz rivalidad entre ambos países. Cuando la dinastía Obrenović, entonces al final de su reinado, cayó en desgracia debido a los escándalos familiares y de la corte, el príncipe Nicolás de Montenegro aprovechó la ocasión para proclamar que ahora era “el primero” de los serbios. Sin embargo, tras la caída de la familia Obrenović, la *Skuptina* serbia había conferido la investidura a Pedro y no a Nicolás. Además, la rivalidad personal entre ambos hombres se vio exasperada por la diversidad entre los dos regímenes.

El sistema parlamentario se introdujo en Serbia en 1903. El poder de la corte real se había reducido drásticamente hasta prácticamente desaparecer. No porque el rey Pedro fuera un “constitucionalista almibarado”, como se quejaba recientemente *Vovoe Vremja*, sino porque la carne es débil, en la medida en que el espíritu puede ser fuerte. Y los riesgos asociados al trono serbio son altos.

Por esta razón, los radicales impulsaron el aumento del patrimonio de la casa real, lo que también explica el papel del rey como “constitucionalista almibarado” y la posterior desilusión de *Novoe Vremja*. En Montenegro, en cambio, bajo el disfraz del romanticismo patriarcal, reina un régimen que podría decirse que es personal, por decirlo suavemente. De hecho, es absolutamente idéntico al que ejerce el honorable superintendente de policía en los distritos rusos más remotos. Poeta y romántico, Nicolás no distingue entre su bolsa personal y las arcas del estado.

Del mismo modo que Milan odiaba Montenegro porque era el bastión de la sedición serbia (protegida por Nicolás por razones dinásticas), Nicolás odia ahora Serbia porque su régimen radical y parlamentario socava su seguridad en Montenegro. En el pasado, los emigrantes serbios buscaban refugio en Cetinje; hoy, los exiliados montenegrinos, incluidos antiguos ministros, encuentran refugio en Belgrado. Nicolás Petrović, que odia sobre todo a Pašić, ve a este hombre como la encarnación de todos los males. El *Cetinjski Vijesnik*<sup>157</sup>, periódico no oficial del príncipe, se ha pronunciado violentamente contra el gobierno serbio en más de una ocasión. En 1906 se produjo el famoso asunto de las bombas: individuos de Serbia fueron detenidos en la frontera montenegrina en posesión de bombas. Este caso, como otros en los que están implicadas dinastías y tribunales balcánicos, aún no se ha aclarado.

Se han barajado tres hipótesis: 1) las bombas, fabricadas a expensas del estado serbio, tenían la misión histórica de eliminar los obstáculos dinásticos a la unificación de todos los serbios; 2) las bombas, introducidas por emigrantes montenegrinos, pretendían derribar el régimen *patriarcal romántico*; 3) las bombas, fabricadas en Cetinje, pretendían provocar un enfrentamiento al estilo de Milan con la oposición constitucional. Es posible que las tres hipótesis sean válidas hasta cierto punto, sobre todo porque todo el asunto giraba en torno al notorio provocador Nastić, capaz de conspirar indistintamente a favor de Belgrado, Cetinje e incluso Viena. Viena siempre se ha encargado de que las relaciones entre Serbia y Montenegro sigan siendo tensas. Nicolás utilizó el asunto de las bombas como un auténtico estadista: arrestó, por enésima vez, a todos los líderes de la oposición, y muchos de ellos siguen hoy detenidos en la espantosa “Jusovaca”.

En 1907, Montenegro vivió un experimento constitucional: en primer lugar, el príncipe garantizó una constitución, magnánimamente concedida, luego procedió a disolver la *Skupština* y, por último, hizo detener y exiliar a los diputados de la oposición. La crisis de la anexión pareció acercar momentáneamente a los gobiernos serbio y montenegrino, hasta el punto de que el general de brigada Janko Vukotić fue enviado a Belgrado para mantener conversaciones destinadas a coordinar “operaciones conjuntas”. Estas conversaciones quedaron en nada, tal vez porque la presencia del general, principal acusador de los serbios en el asunto de las bombas, le pareció a la corte y al gobierno de Belgrado una provocación. cuando la crisis de la anexión remitió, el antagonismo entre los dos países se hizo aún más intenso. En 1909, el *poeta montenegrino en el trono*, que no tenía mucho talento, protagonizó el memorable asunto Kolašin. Seis destacados representantes de la oposición, que actuaban en la ciudad de Kolašin, fueron llevados ante un tribunal especial acusados de conspirar contra Nicolás. Los jueces, que estaban a sueldo del príncipe y algunos de los cuales eran analfabetos, los condenaron y mandaron ejecutarlos. El caso Kolašin, que coincidió con el juicio de Ferrer<sup>158</sup> en España, despertó una gran indignación en Serbia. Toda la prensa serbia, sin excepción, se unió contra Nicolás. Hubo manifestaciones callejeras encabezadas por los socialistas, en las que también participaron emigrantes de Montenegro. El incidente comprometió totalmente las relaciones entre ambos países.

Mientras tanto, la Liga Balcánica iba tomando forma por iniciativa de Serbia. El príncipe de Montenegro siempre se opuso, salvo quizás durante su juventud, a una alianza entre Serbia y Montenegro, deseando tener las manos libres en todo momento para firmar acuerdos financieros y diplomáticos con San Petersburgo, Viena o Constantinopla, y a veces con los tres juntos. Es más, albergaba un odio feroz hacia los radicales, especialmente hacia Pašić. Cuando el gobierno de Belgrado propuso una reunión entre el yerno y el suegro, Nicolás impuso una condición: la dimisión de Pašić. Obviamente, Pašić no aceptó, y la reunión no se celebró.

Tras la anexión de Bosnia-Herzegovina, la diplomacia rusa se declaró abiertamente a favor de la Liga Balcánica, con el fin de bloquear la expansión de Austria hacia el sureste. Es muy probable que nuestro embajador en Belgrado, el Sr. Hartvig, acicate y esperanza de la política frondista ruso-eslava en los Balcanes, proporcionara a Pašić las necesarias, aunque informales, garantías de apoyo. Rusia estaba, en cualquier caso, interesada en una alianza defensiva contra Austria-Hungría. A su vez, los aliados, por iniciativa de Bulgaria, dieron vida a otra alianza ofensiva contra Turquía. Según la prensa occidental, para evitar este giro inesperado de los acontecimientos, Rusia llegó a sugerir que Serbia y Montenegro abandonaran a Bulgaria a su suerte. Pero la experiencia de la crisis de la anexión no fue en vano. Serbia no dio marcha atrás y comenzó la guerra.

Durante la guerra, las fricciones entre Serbia y Montenegro no remitieron. Supimos que existía un amargo conflicto entre el general Živković, comandante del IV

Ejército serbio (en el sandjak), por una parte, y el comandante en jefe montenegrino, Martinović, y el príncipe Nicolás, por otra parte. Este conflicto, debido esencialmente a la diferencia de sistemas militares entre ambos países, enfrentó a los serbios, que disponían de un ejército moderno, y a los montenegrinos, con su milicia rudimentaria, totalmente inadaptada para operaciones estratégicas complejas. Los montenegrinos son valientes, capaces de asaltos furiosos y despiadados, y en esto se parecen a los albaneses. Sin embargo, al igual que los albaneses, son totalmente incapaces de participar en operaciones planificadas; no son persistentes y pierden fácilmente la cabeza cuando las cosas van mal. Prueba de ello es su total falta de iniciativa en Escútari, donde ni siquiera fueron capaces de desalojar a la guarnición que se dirigía hacia Alessio. El príncipe Nicolás no quiso en absoluto conceder a los serbios la gloria de la toma de Escútari. Los serbios no tomaron parte en las batallas para capturar esta fortaleza, aunque el IV Ejército tenía libertad para hacerlo. Además, dos divisiones serbias habían sido enviadas a bloquear Andrinópolis.

Los modestos éxitos de sus fuerzas armadas, diezmadas por las grandes pérdidas, supusieron una grave decepción para los montenegrinos. Como suele ocurrir en estas situaciones, la falta de éxito del ejército hizo evidente el fracaso del sistema patriarcal y policial. Es previsible que esta guerra provoque reformas internas en Montenegro, como en Turquía, que acaben con la tiranía y el desorden financiero que reinan en la Montaña Negra<sup>159</sup>. Es difícil predecir si Nicolas Njgoš logrará superar las dificultades actuales. Pero todo el mundo tiene derecho a creer que aún no se ha demostrado la necesidad de una dinastía montenegrina separada. Por otra parte, una unión entre Montenegro y Serbia integraría inmediatamente a 250.000 montenegrinos en una comunidad más civilizada y, al mismo tiempo, proporcionaría a Serbia la salida más sencilla y natural al Adriático. El hecho de que los serbios lo tengan en cuenta es sintomático en sí mismo.

#### **IV. Entre bastidores (los crímenes del chovinismo)**

Lo que sigue es, casi palabra por palabra, el relato de un amigo mío serbio (lo escribí bajo su dictado).

- Durante la guerra, tuve la oportunidad (no puedo decir si fue afortunada o no) de visitar Skopje unos días después de la batalla de Kumanovo. La irritación con la que mi solicitud de autorización había sido recibida en Belgrado, y los engañosos obstáculos puestos por el ministerio de la guerra, me habían hecho sospechar que los señores al frente de las operaciones militares no tenían la conciencia tranquila, y que lo que allí había sucedido difícilmente se correspondía con la verdad oficial de los comunicados gubernamentales. Esta impresión, o más bien esta premonición, se vio reforzada por un encuentro casual en el tren de Niš con un oficial que se dirigía a Skopje con un mandato del estado mayor.

- Cuando este oficial, un hombre recto y honesto al que conocía desde hacía mucho tiempo, se enteró de que yo iba a Skopje con un permiso regular, no pudo ocultar su desaprobación. Dejó caer que, si no tenía ningún asunto urgente que atender allí, podía ahorrarme el viaje a Skopje, y añadió que las autoridades de Belgrado no sabían lo que hacían, y que había que impedir que los “extranjeros” fueran a Skopje. Cuando llegamos a Vranje, en la frontera serbia, el oficial tuvo que aceptar que yo no había cambiado de opinión. Así que cambió el tono, murmuró algunas frases incómodas e intentó prepararme para lo que me esperaba en Skopje. “Son cosas desagradables pero inevitables, por

desgracia”, me dijo. Lo que dijo implicaba, entre otras cosas, y esto me pareció obvio, que se trataba de razones de estado. Esto me desconcertó aún más. Por lo que yo sabía, pensé, las atrocidades, de las que también había llegado a Belgrado un vago rumor, no eran el resultado de episodios accidentales, aislados y excepcionales, pues de lo contrario un honorable oficial no las habría justificado invocando la “raison d’Etat”. Alguien tenía que ser responsable de todo aquello. ¿Pero quién? ¿Las autoridades militares? ¿El gobierno? La respuesta a esta pregunta llegó muy pronto: cuando llegué a Skopje.

- De hecho, una vez cruzada la antigua frontera serbia, el horror se apoderó de nosotros, incluso antes de llegar. Eran las cinco de la tarde, nos acercábamos a Kumanovo; el sol se desvanecía y oscurecía. Y a medida que el cielo se oscurecía, el resplandor de los incendios se hacía más claro. Todo a nuestro alrededor ardía. Aldeas albanesas enteras (cercanas y lejanas, e incluso cerca de la vía férrea) estaban reducidas a ruinas humeantes. Fue el primer exterminio mutuo real y auténtico de seres humanos que había presenciado en tiempos de guerra. Casas y propiedades familiares, transmitidas de padres a hijos, se convertían en humo. La monotonía de este espectáculo nos acompañó durante todo el viaje hasta Skopje.

- Llegamos a las diez de la noche. Cuando bajé del vagón de ganado en el que había viajado, la ciudad estaba en silencio y no se veía un alma por las calles. Sólo había un grupo de soldados frente a la estación, de donde salía la voz chillona de un borracho. Los demás pasajeros que habían bajado del tren siguieron su camino y yo me quedé allí, en la estación, solo. Me acerqué al grupo. Cuatro soldados, con las bayonetas caladas en los cañones de sus fusiles, rodeaban a dos jóvenes albaneses con gorras blancas. Un suboficial borracho, un *komitadži* (chetnik), sostenía una *kama* (espada macedonia) en una mano y una botella de coñac en la otra. Ordenó a los albaneses: “¡Sentaos!”, y los pobres hombres, medio muertos de miedo, se arrodillaron. “¡Levantaos!” y se levantaron. La escena se repitió varias veces. Entonces el suboficial apuntó su espada a la garganta, luego al pecho de sus víctimas, amenazándolas e insultándolas. Les obligó a beber el coñac y ... los abrazó. Borracho de poder, alcohol y sangre, el suboficial jugaba con ellas como un gato con un ratón. Tenía los mismos caprichos y la misma psicología que éste. Los otros tres soldados, que no estaban borrachos, permanecían como estacas vigilando a los dos albaneses para impedir cualquier huida o intento de resistencia. El suboficial se divertía. “Son unos arnautas”, dijo simplemente un soldado. Ahora se les va a degollar”.

- Horrorizado, me alejé del grupo. No tenía sentido intentar proteger a los albaneses. Sólo una fuerza armada podría haber rescatado a esos dos hombres de las garras de los soldados y el suboficial. Y todo esto ocurría frente a la estación, justo después de que llegara un tren. Escapé, horrorizado, para no oír los gritos de dolor y los gritos de auxilio.

- Las calles estaban en silencio. Era como estar en una ciudad abandonada. A las seis de la tarde, todos los portones y puertas estaban cerrados. Al caer la noche, los *komitadži* hacían estragos. Irrumpían en casas turcas o albanesas y allí llevaban a cabo el mismo ritual de saqueo y asesinato. Skopje tenía sesenta mil habitantes, la mitad de los cuales eran albaneses y turcos. Algunos habían huido, pero la gran mayoría se había quedado en la ciudad. Y todas las noches había un baño de sangre.

- Antes de mi llegada a Skopje, dos mañanas seguidas los habitantes encontraron montones de cadáveres bajo el puente principal sobre el Vardar, es decir, en pleno centro de la ciudad. Eran albaneses a los que habían cortado la cabeza; algunos decían que eran de la ciudad y habían sido asesinados por los *komitadži*, otros sostenían que los cadáveres, que habían aparecido bajo el puente, habían sido llevados allí por la corriente. En cualquier caso, era obvio que estos hombres decapitados no habían muerto en combate...

- Skopje está reducida a un campamento militar. Los habitantes, sobre todo los musulmanes, esconden y por las calles sólo se ven soldados. Entre la masa de soldados, también hay campesinos serbios, originarios de toda Serbia. Con el pretexto de buscar a sus hijos y hermanos, cruzan la llanura de Kosovo y se lanzan al asalto. Intercambié algunas palabras con tres de estos chacales. Habían venido a pie desde Šumadija, en el centro de Serbia, y habían cruzado la llanura de Kosovo. El más joven de ellos, de baja estatura y expresión fanfarrona, se jactaba de haber matado a dos arnautas en Kosovo con un fusil de tiro rápido. “Eran cuatro, pero dos consiguieron escapar”. Sus compañeros de viaje, viejos campesinos de aspecto serio, confirmaron su historia. “Es una pena”, se lamentaban, “que no llevemos mucho dinero. Aquí hay muchos bueyes y caballos. El soldado, que cobra dos dinares (setenta y cinco kopeks), va al pueblo albanés más cercano y te trae un buen caballo. Los soldados pueden conseguirte un par de bueyes, bestias fuertes, por sólo veinte dinares”. Desde la región de Vranje, la población ha descendido en masa sobre las aldeas albanesas y se ha apoderado de todo lo que ha podido. Las campesinas incluso han arrancado las puertas y ventanas de las casas albanesas y se las han llevado cargándolas a la espalda.

- Se nos acercaron dos soldados del destacamento encargado de desarmar a los albaneses de las aldeas. Uno de ellos me pregunta dónde puede cambiar una lira de oro. Le pido que me la enseñe, ya que nunca había visto esta moneda turca. El soldado mira a su alrededor con cautela y luego saca la lira de su monedero. Con un gesto elocuente, deja claro que tiene otras, pero no quiere que nadie lo sepa. Se sabe que una lira turca vale veintitrés francos.

- Escuché la conversación de tres soldados que pasaban a mi lado. “Ni siquiera sé a cuántos albaneses he matado”, dijo uno, “pero no valía la pena porque no llevaban nada de valor. Luego maté a una *bula* (mujer musulmana) y le encontré diez liras de oro”.

- Hablaban de esto abiertamente, con aire indiferente, como si fuera algo normal. La gente no se da cuenta de los enormes cambios interiores que provoca la guerra en el espacio de unos pocos días. Así es como las personas dependen de las condiciones que les rodean. Sumidos en la situación de brutalidad organizada que es la guerra, la gente se insensibiliza sin darse cuenta.

- Un pelotón de soldados cruza la calle principal de Skopje. Un turco, borracho y probablemente medio loco, insulta a los soldados. Los soldados se detienen, empujan al turco contra la pared de la casa más cercana y lo matan en el acto. A continuación, el pelotón sigue su camino, imitado por los transeúntes. El incidente ha terminado.

- Esa misma noche, me encontré con un cabo conocido mío en un hotel. Su destacamento tenía su base en Ferizovi, una ciudad albanesa de la Vieja Serbia. Su misión consistía en llevar un pesado cañón de asalto, con sus hombres, desde el desfiladero de Kočani hasta Skopje. Desde allí, el cañón debía ser transportado al ejército alineado frente a Andrinópolis.

- Pero, ¿qué estás haciendo en Ferizovi con los albaneses?, le pregunté.

- Estoy asando pichones y matando a los arnautas. Pero ya he tenido bastante (añadió con un bostezo, acompañando sus palabras con un gesto cansado e indiferente). Hay gente rica entre ellos. Entramos en un próspero pueblo cerca de Ferizovi, con casas que parecen torres. Entramos en el patio de una de las casas. El dueño, un anciano muy rico, tenía tres hijos. Sólo eran cuatro, pero había muchas mujeres. Los sacamos a todos de la casa, los pusimos en fila y fusilamos a sus hombres delante de ellas. No lanzaron ni una sola queja, como si no les importara. Sólo nos preguntaron si podían irse a casa y recoger sus cosas. Se lo permitimos. Nos dieron a cada uno un regalo caro. Luego prendimos fuego a la casa.

- Pero ¿por qué tanta brutalidad?, le pregunté, escandalizado por su relato.

- No se puede hacer de otra manera, y luego te acostumbras. Tengo que decir que en tiempos normales no habría sido capaz de matar a un anciano o a un niño inocente. Pero en tiempos de guerra, ya sabes, el comandante da órdenes que hay que cumplir. Cosas como la que acabo de contarte han ocurrido muchas veces, incluso recientemente. Mientras arrastrábamos el cañón de vuelta a Skopje, nos cruzamos con un carro en el que había cuatro campesinos tumbados con una manta hasta la cintura. Inmediatamente sentí olor a yodoformo. Algo va mal, pensé. Di la orden de parar el carro y pregunté quiénes eran y adónde iban. Fingieron no entender el serbio y no contestaron. Era un gitano el que conducía. Nos explicó que eran cuatro albaneses que habían sobrevivido a los combates de Merdar. Habían sido heridos en una pierna y volvían a casa. Estaba muy claro.

- Bajad, les dije. Lo entendieron, pero no querían bajarse del carro. ¿Qué podía hacer? Fijé mi bayoneta y los maté a los cuatro, allí mismo, en el carro.

- Conocía a este hombre. Había trabajado como camarero en Kragujevac. Era un joven sin cualidades particulares y nada beligerante, un camarero como tantos otros, en fin. En aquella época, incluso se afilió al sindicato de camareros. Creo que incluso fue su secretario durante un tiempo y luego se marchó... y en eso se convirtió, después de sólo tres semanas de guerra.

- Pero os comportáis como bandidos. ¡Matáis y robáis indiscriminadamente!, exclamé, alejándome de aquel hombre por el que ahora sentía una repulsión física.

- El cabo parecía confuso. Debía de recordar algo que le pesaba. Finalmente se justificó diciendo, en tono solemne y convencido, unas palabras que arrojaban una luz aún más siniestra sobre lo que yo había visto y oído.

- No, no es verdad. En el ejército regular cumplimos las normas y nunca matamos a nadie menor de doce años. No pondría la mano en el fuego cuando se trata de los *komitadži*, porque con ellos es otra historia; en cambio, puedo decir cómo son las cosas en el ejército.

- El cabo no estaba dispuesto a responder por los *komitadži*. Y es cierto que los *komitadži* no conocían límites. La mayoría de ellos han sido reclutados entre canallas, vagabundos, el subproletariado y la escoria de la sociedad. Han hecho del asesinato, el robo y la violencia, un divertido deporte. Sus acciones hablan por sí solas. Las propias autoridades militares se escandalizaron por las sangrientas bacanales en que ha degenerado la lucha de los chetniks y tuvieron que tomar medidas draconianas. Ni siquiera han esperado al final de la guerra para desarmarlos y enviarlos a casa.

- El aire de Skopje ha devenido irrespirable: ya no lo soporto más. El interés político y la curiosidad intelectual que me llevaban a ver las cosas con mis propios ojos se han desvanecido por completo. Lo único que quería era marcharme cuanto antes. Me encontré de nuevo en el vagón de ganado, contemplando la llanura de Skopje. ¡Qué paisajes! ¡Qué belleza! La gente podría haber vivido en un lugar así sin problemas, y por otra parte... Pero no hace falta que te diga todas estas cosas, tú eres de la misma opinión que yo. Es sólo que allí la fuerza de mis ideas se multiplicó por diez. Un cuarto de hora más tarde, el tren salió de la estación. Miré hacia fuera. A doscientos pasos de la vía, vislumbré un cadáver junto a un fez. Estaba tumbado boca abajo con los brazos extendidos. A dos pasos de él, dos soldados serbios, pertenecientes a las unidades que montaban guardia en las vías, charlaban y bromeaban. Uno de ellos señalaba al cadáver. Estaba claro que eran los autores del crimen. Rápido, rápido (pensé), llévame lejos de aquí.

- No lejos de Kumanovo, en un campo de forraje cercano a la vía férrea, algunos soldados estaban cavando enormes fosas. Les pregunté por qué. Me explicaron que tenían que enterrar quince o veinte vagones de carne podrida que se encontraban en una vía en desuso. Al parecer, los soldados rechazaban las raciones de carne. Cogían directamente

lo que necesitaban, e incluso más, de los hogares albaneses. Leche, queso, miel. “Estos días he comido más miel que en toda mi vida, a costa de los albaneses”, me dijo un soldado que conozco. Todos los días los soldados matan bueyes, ovejas, cerdos y pollos y tiran lo que no han comido. “Tenemos carne de sobra”, me dijo un oficial encargado de los suministros. “Pero no tenemos suficiente pan. Ya hemos escrito a Belgrado cientos de veces para pedirles que dejen de enviar carne, pero, de acuerdo con los procedimientos establecidos, sigue llegando.”

- Quise verlo de cerca y vi lo que vi. La carne del ganado, como la de los hombres, se pudre. Las aldeas son ruinas humeantes y los soldados exterminan a los “mayores de doce años”. Allí, la gente se vuelve brutal y pierde toda dimensión humana. Basta con levantar el telón entre bastidores de las gloriosas empresas militares para que la guerra se revele, ante todo, abyecta...

*Kievskaja Mysl'*, número 355, 23 de diciembre de 1912

## **Segundo capítulo. Bulgaria en guerra. (Primer período: los aliados contra Turquía)**

### **I. En Sofía**

#### *Antes de los acontecimientos*

Salí de Belgrado el 5 de octubre y llegué a Sofía a las seis de la mañana. Durante el viaje, el tren, que iba abarrotado, no respetó ningún horario. Abordo iban voluntarios, oficiales de reserva, enfermeras de la Cruz Roja, periodistas y proveedores del ejército. El príncipe heredero Alejandro, que se dirigía a Niš para reincorporarse a su ejército, viajaba en un coche salón privado. En mi compartimento estaba el jefe de un departamento ministerial, un hombre robusto con mitones de seda. No paraba de quejarse conmigo de la carta abierta del barón d'Estournelles de Constant al rey de Montenegro. Aparte de mí, los otros destinatarios de sus quejas eran un oficial de la reserva, un farmacéutico, un estudiante serbio llegado de Amberes y un periodista británico.

Tengo en mis manos un periódico alemán que contiene un artículo de un conocido comentarista militar, el excoronel “Oberst” Goedke. Habla de los ejércitos balcánicos y calcula que, de las cuarenta y tres divisiones del contingente de paz, Turquía no podría disponer, en la fase inicial de la guerra, de más de veinte de ellas, de once batallones cada una, con un total de unos 300.000 hombres.

En cuanto al *redif*, ha calculado que los turcos podrían reunir inicialmente diez divisiones y después hasta veinte. Por tanto, la fuerza inicial del ejército turco podría alcanzar los 450.000 hombres, incluidos 360.000 combatientes. Goedke proporciona estimaciones muy conservadoras para los ejércitos aliados: 200.000 hombres para el ejército búlgaro (de los cuales 160.000 combatientes), 120.000 serbios (95.000 combatientes), 55.000 griegos (45.000 combatientes) y, por último, casi 35.000 montenegrinos.

Así pues, al comienzo de las hostilidades, Turquía podía enfrentar a unos 360.000 hombres propios contra los 335.000 soldados de los ejércitos aliados. Las cifras de Goedke para los ejércitos búlgaro y serbio están sin duda subestimadas en, al menos, un cincuenta por ciento, si no más. Baste citar el *Yeni Türk*<sup>160</sup>, que estima el ejército aliado entre 500.000 y 600.000 hombres. Pero las conclusiones generales de Goedke, absolutamente irrefutables, son compartidas por los políticos búlgaros mejor informados: como he comprobado más tarde, los ejércitos aliados sólo pueden esperar obtener victorias importantes al comienzo de las hostilidades y únicamente mediante acciones muy ofensivas. Estos ejércitos carecen de la fuerza necesaria para una campaña prolongada en el tiempo; deben lanzar inmediatamente al campo de batalla todo lo que tienen en hombres, mientras que Turquía puede disponer aún de importantes reservas en Asia Menor y Siria.

El artículo de Goedke es la comidilla de la ciudad. El optimismo se extiende, sin reservas ni cautela, como un río desbordado.

- Nos disponemos a lanzar medio millón de hombres al campo de batalla y los búlgaros se preparan para hacer lo mismo. ¿Un desembarco turco en Burgas? Tonterías, Rusia no lo permitiría. El mar Negro es ruso. Dos cuerpos de ejército desde Odessa bastarían para que Constantinopla cayera en manos rusas. ¿Austria? No se atreverá. La Alianza Balcánica es la nueva gran potencia. ¡Piense usted en las fuerzas que Austria tendría que movilizar para invadir los Balcanes! Austria no se atreverá. Alemania no quiere la guerra, no quiere involucrarse. Inglaterra está con nosotros. *Vous êtes nous amis, n'est-ce pas ?*<sup>161</sup>

Con un tono a la vez suplicante y alentador, el infatigable jefe de departamento tira de la manga de un corresponsal de un periódico conservador británico. Éste levanta lentamente la vista de un libro de tapas amarillas, observa al jefe de departamento con cortés indiferencia y hace una pausa antes de responder: - Sí.

- Nos encantan los ingleses. Debería venir a visitarnos más a menudo. Venga a vernos, *gentleman*. Pero (y en este punto el jefe del departamento levantó sus manos enguantadas en seda como en bendición), *gentleman*, por el amor de dios, sea objetivo cuando escriba sobre nosotros. No esperamos otra cosa de usted: que escriba sobre nosotros con objetividad. El barón d'Estournelles de Constant... *Monsieur*, ¿ha leído su carta?

El plenipotenciario del diario conservador británico se sacó la pipa de la boca, giró la cabeza cuarenta y cinco grados en dirección a su aliado, hizo una pausa y contestó: - *Non*.

Es verdaderamente magnífico, este embajador de la prensa. La maciza redondez de sus piernas ocupa la mitad del compartimento. Lleva calcetines gruesos y largas polainas sobre zapatos altos y un pesado traje gris a cuadros; aprieta entre los dientes una pipa corta, hecha de la mejor madera, el pelo dividido en el centro por una pulcra raya; posee dos maletas amarillas hechas con la piel de algún animal prehistórico; se sienta inmóvil y lee, *Les dieux ont soif*<sup>162</sup> de Anatole France. Es su primer viaje a la península balcánica, no conoce ninguna lengua eslava, no habla ni una palabra de alemán, tiene unos conocimientos de francés dignos de un británico que se precie, no mira por la ventanilla y no habla con nadie. Dotado de todas estas grandes cualidades, se dispone a observar el destino político de los Balcanes. Y conseguirá ver exactamente lo que los lectores de la *Wesminster Gazette* esperan de él.

Junto al balasto del ferrocarril discurre el antiguo camino de carro, transitado por caballos y bueyes, que va de Belgrado a Constantinopla, pasando por Smederevo y Cúprija. El camino está ocupado por una hilera de carretas, tiradas por bueyes, cargadas de víveres y tal vez municiones. La columna de carros parece interminable. Soldados a

caballo abren y cierran la columna. Todos se precipitan hacia la ventanilla del compartimento. Mientras el tren les adelanta lentamente, cuento los carros que componen este pintoresco convoy. Son 280. Una pregunta parece iluminarse en los húmedos ojos azules del inglés (no me atrevería a llamarle colega). Le explico lo que acabamos de ver. Me mira con el aire de un caballero que me hace el favor de escucharme sólo porque somos compañeros de viaje. Se quita la pipa de la boca, se detiene un momento y dice: - *Merci*.

Saca un cuaderno, encuadernado en piel, escribe en él algunos jeroglíficos y vuelve a concentrarse en su pipa y en Anatole France.

¡Dios mío, qué marioneta tan mal rellena!

La luz del sol es intensa. La tierra que atravesamos es *balcánica* en todos los sentidos. El bosque, apenas moteado por las joyas doradas del otoño, brilla verde bajo el sol. Es muy, muy bonito... pero tenemos hambre. El tren avanza mortalmente despacio y no encontramos nada para comer en las estaciones. El farmacéutico de provincias, que hace años que no se afeita, nos consuela diciéndonos que las cosas van a empeorar aún más.

- Señores, tendríamos que habernos aprovisionado de comida antes de salir de Belgrado. Allí se encuentra de todo, dice el jefe del departamento en tono edificante y de reproche. Han pasado doce horas desde la última comida. Finalmente, el corresponsal del *Frankfurter Zeitung* y yo conseguimos cada uno un trozo de salchicha en una tienda cercana a una estación de ferrocarril. ¿Podemos fiarnos? Tras un momento de vacilación, decidimos que no hay lugar para la duda: tenemos que comer, confiados o no. Entro en el compartimento con mi botín. El inglés permanece imperturbable, no mira a nadie y, dominando estoicamente las leyes de la fisiología, no hace ningún intento para conseguir comida (¡comer en un compartimento!). Pero puedo constatar algunas imperfecciones en la raya de su pelo.

Coloco el pan duro e insípido y la salchicha sospechosa, aún envueltos en papel, sobre una mesa improvisada. Me esfuerzo en cruzar la mirada del inglés, como en el parlamento de Londres cuando alguien intenta atraer la atención del presidente de la Cámara de los Comunes, y trato de justificar mi debilidad humana diciendo:

- ¡En la guerra como en la guerra!

El embajador de Westminster sonrío cortésmente y, para salvarme de la desesperación total, deja escapar algunos fragmentos de palabras mientras guarda su pipa: - *Oui, oui*.

El tren avanza con una lentitud mortal. Todo se vuelve oscuro, frío, siniestro. Indiferente a lo que ocurre, el corresponsal del *Frankfurter Zeitung*, un joven suizo-alemán vivaz, inquieto, brillante, cuenta sus impresiones sobre Trípoli. Reanudamos entonces nuestra conversación sobre la cuestión balcánica, examinándola desde todos los ángulos y quejándonos del hambre.

Por fin llegamos a Niš. A través del cristal, distinguimos en la oscuridad el enorme cuartel con sus edificios de artillería, caballería e ingenieros militares. Esta ciudad alberga una de las mayores guarniciones de Serbia. Ayer había cien mil soldados. Hoy, están todos en la frontera. Aquí aún no se ha declarado la guerra; es cinco de octubre y las siete de la tarde.

Llegamos a Sofía al día siguiente a las seis de la mañana. El contraste entre la provinciana Belgrado, sucia y desnuda, y Sofía, tan limpia como una ciudad alemana, con sus altos edificios, es sorprendente. El Hotel Bălgarija, el mejor de la ciudad, está abarrotado. En el vestíbulo, todo son gritos, saludos, exclamaciones, instrucciones, gente haciéndose preguntas. Son esos señores, los periodistas que llegan de toda Europa. Llevan

chaquetas de abrigo de corte estricto, botas altas, polainas de cuero y algunos una fusta de cuero; el conjunto tiene un aspecto muy militar.

El 5 de octubre, en Stara Zagora, Fernando promulga el manifiesto que ordena al ejército búlgaro “marchar sobre el territorio turco”. A las ocho de la mañana del día siguiente, el manifiesto fue publicado en las calles de Sofía. El sol brillaba con fuerza. Entre los grupos reunidos en torno a los manifiestos, se oía la música de la lengua búlgara, tan parecida y, al mismo tiempo, tan diferente de la nuestra. A las diez se celebró una misa en la iglesia de Jesucristo Nuestro Señor. Los jóvenes irrumpen entre la multitud sosteniendo medias páginas de ediciones especiales de *Utro*<sup>163</sup> y *Reč* gritando el nombre de su periódico. La policía lucha por mantener el orden en la pequeña iglesia. La multitud crece desmesuradamente: mujeres, ancianos, jóvenes, extranjeros. La reina, que ha llegado en coche, y los miembros del gobierno, son recibidos con gritos de entusiasmo. Hacia el mediodía, la multitud se dispersa. Las tiendas están abiertas, aunque haya pocos vendedores y apenas compradores.

La combinación de todas estas acciones simples, casi banales (la publicación del manifiesto dirigido “al pueblo búlgaro” y firmado por Ferdinand y sus ministros, la misa, la cruz dorada alzada sobre la multitud con las palabras “venceréis con esta cruz” y los “vítors”) significa que se había declarado la guerra y no había vuelta atrás.

Unas horas más de día y de noche y entonces llegaron las noticias de los primeros enfrentamientos entre búlgaros y turcos, la captura de Mustafá Pachá y Kuš-Kale, las primeras bajas y los primeros hombres condecorados con la orden del *mérito*. Pero la guerra aún no había entrado en los pensamientos y sentimientos de la población. Ningún estado de ánimo ha cambiado: es un juego de espera. Harán falta algunos acontecimientos importantes para que la guerra penetre en la conciencia de la gente y se apodere plenamente de ella.

Mientras esperan el desarrollo de los acontecimientos, el centenar de corresponsales políticos y militares, que abundan en el Café Bălgarija, se quejan de la censura y la incertidumbre reinantes. Es difícil decir qué es peor.

Se han distribuido panfletos con normas de buena conducta. Es una larga lista de párrafos que empiezan así: “Está prohibida la venta ambulante... Está prohibido... Está prohibido...”. Además del folleto de instrucciones, está la comisión de censura dirigida por el capitán Atanasov. Es un hombre cortés, al igual que sus jóvenes ayudantes. Terminamos de escribir un telegrama y se lo entregamos al capitán. Lo está leyendo atentamente cuando suena el teléfono. Tiene que presentarse en el despacho del comandante de la ciudad. Pide disculpas y deja el telegrama sobre la mesa. Poco después, el capitán Atanasov vuelve a estar disponible. Repite “pido disculpas” y lee el telegrama. Mientras lo hace, deja escapar unos comentarios que empiezan así: “No está permitido... está prohibida la venta ambulante...”.

Como el corresponsal hace amago de reaccionar, el capitán Atanasov responde con una sonrisa: “Pero por favor, señor...”, tras lo cual es realmente imposible resistirse al capitán Atanasov.

Los corresponsales refunfunan y el coronel retirado de Magdeburgo, viejo corresponsal de guerra, les tranquiliza: “Siempre es así, *meine Herren*, incluso en las maniobras suizas”.

Los corresponsales también se quejan de la incertidumbre reinante. Hay quienes tendrán permiso para viajar al *teatro de operaciones militares*, es decir, al cuartel general, y hay quienes no lo tendrán. Nadie sabe cuándo se concederá el permiso ni cuáles serán las condiciones del viaje. Cuando se le pregunta, la respuesta es siempre la misma: “Mañana, muy probablemente, *gentleman*, esta vez puede estar seguro, seguramente será mañana”. Mientras tanto, los días pasan, uno tras otro. “¿Puedo preguntarle qué debo

hacer? ¿Debo enviar por tercera vez, la descripción de la cúpula de la mezquita?” pregunta indignado, el corresponsal del *Reichspost* en Viena, V. I. Nemirović-Dančenko<sup>164</sup>. Su obstinación nos sorprende a todos. Se pone al frente de la fila y se vuelve amenazante. Si no obtiene respuesta en el día, se irá mañana. Por así decirlo, abandonará al ejército búlgaro a su suerte.

Sólo el coronel de Magdeburgo mantuvo la calma: “*Glauben Sie, mir, mein Herren*<sup>165</sup>, durante las últimas maniobras en Suiza, nos trataron de la misma manera de principio a fin. Dos horas antes de que los dos ejércitos se enfrentaran, nos aseguraron que no pasaría nada hasta la mañana siguiente. Luego, por la mañana, nos dieron su informe sobre lo ocurrido. Siempre es así...”, dice.

*Den'*, número 12, 13 de octubre de 1912

### ***Se ha declarado la guerra***

Se dice que mañana, a las seis, o más bien hoy, pues ya es medianoche, nos despertarán las salvas de los cañones anunciando que se ha declarado la guerra a Turquía. En respuesta a la nota conjunta de las cuatro potencias balcánicas<sup>166</sup>, la Sublime Puerta anunció ayer que repatriaba a sus embajadores. También se dice que el gobierno de Belgrado redactó ayer el texto de la proclamación al pueblo y a las tropas en sesión plenaria, y que debería ir acompañada de una salva de cañonazos. Los acontecimientos avanzan a un ritmo más rápido de lo que el gobierno había previsto. Sin embargo, esta misma mañana, el Sr. Pašić ha declarado que, próximamente, será cuestión de horas, en el peor de los casos de días, que se redacte una nueva nota conjunta, pero que no se trata de una declaración de guerra. Según un periódico alemán, incluso Turquía está cansada de estar suspendida entre un final terrible y un terror sin fin. Habría que declarar la guerra, al mismo tiempo, en Sofía. Y, en uno o dos días, Atenas también debería sumarse también.

El punto de no retorno parece haber sido alcanzado. Mañana, las salvas de cañón saludarán no sólo la declaración de guerra, sino también la bancarrota de la diplomacia europea, con sus conferencias, sus notas, sus relucientes sombreros de copa y sus espléndidas fórmulas...

La salva no se ha disparado a las seis de la mañana. A las siete ya estaba en el tren hacia Sofía. Llegué el día 6 a las siete de la mañana. El rey Fernando había declarado la guerra la noche anterior en Stara Zagora. La declaración real había sido impresa durante la noche y publicada en las calles a las ocho. A las diez se celebró una misa en la iglesia de Jesucristo Nuestro Señor. La multitud saludó a la Reina y a los ministros con “¡Viva!” La policía y la gendarmería mantuvieron el orden y un vistoso destacamento del ejército macedonio se desplegó a un lado de la iglesia. La gente se reunió bajo un sol radiante para leer la declaración real; algunos soldados a caballo, con sus sombreros adornados con flores, dividieron a la multitud que aplaudía. Las calles del centro de la ciudad se llenan de gente y grupos de jóvenes venden periódicos con extractos de la declaración. Finalmente, la multitud se dispersa. Mientras los comerciantes levantan sus cortinas de hierro, robustas campesinas con vestidos de fiesta ofrecían pollos, cochinillos y pimentón; unos cuantos gitanos con pantalones de colores brillantes avanzan majestuosamente, con los puros entre sus blancos dientes. Los periodistas ocupan las oficinas de telégrafos; los políticos, libres ya de todo compromiso, abundaban en el bar del Hotel Bălgarija. Se ha declarado la guerra.

Pues sí: se ha declarado la guerra. Lo habéis oído en Rusia y se lo creéis. Yo, en cambio, aunque estoy en el lugar, no me lo creo. No puedo conciliar la vida cotidiana, las

gallinas, los puros, los niños descalzos y los mocos, con la trágica e increíble realidad de la guerra. Sé que se ha declarado la guerra y que ya ha empezado, pero sigo sin creérmelo.

Hace poco vivimos la epopeya de Manchuria. Pero este sangriento conflicto tuvo lugar a miles de kilómetros de nosotros, en una tierra desconocida. Por grande que fuera nuestro ejército, el país desconocía sus movimientos. Aquí, los 380.000 hombres que habían sido enviados al teatro de operaciones representaban una décima parte de la población del país, una quinta parte de la población masculina, y todos eran trabajadores, padres de familia que llevaban el pan a casa. El organismo social ha perdido su columna vertebral. Es más, estas cosas están ocurriendo aquí y ahora, a pocas horas en coche de donde estamos, en una tierra donde el nombre de cada lugar tiene un significado real para nosotros...

La concepción abstracta, moralista y humanitaria de los procesos históricos es completamente estéril. Lo sé perfectamente. Pero esta masa caótica de adquisiciones materiales, costumbres, hábitos y prejuicios que nos hipnotiza, nos inspira la falsa idea de que el progreso humano ha alcanzado ya sus mayores conquistas. De repente, la guerra nos recuerda que seguimos a cuatro patas y que aún no hemos salido de la época bárbara de nuestra historia. Hemos aprendido a llevar ligas, a escribir artículos progresistas inteligentes y a hacer café y chocolate *Milka*. Pero cuando se trata de resolver seriamente el problema de unas cuantas tribus que viven juntas en una fértil península de Europa, no conocemos otro método que exterminarnos unos a otros a gran escala.

La guerra de los Balcanes es un intento de responder, lo más rápidamente posible, a la necesidad de nuevas formas políticas y estatales adaptadas a las exigencias del desarrollo económico y cultural de los pueblos balcánicos.

A este respecto, el punto de vista de la democracia europea, ya sea oriental u occidental, es muy claro. ¡Los Balcanes para los pueblos balcánicos! Estos pueblos deben tener garantizada la posibilidad de regular sus propios asuntos internos, no sólo como deseen y consideren oportuno, sino con las fuerzas de que disponen, en la tierra en la que se han asentado. La democracia europea debe combatir todo intento de someter el destino de los Balcanes a las ambiciones de las grandes potencias. Estas ambiciones pueden adoptar la forma brutal de la política colonial o la forma solapada de consideraciones de afinidad racial, pero en ambos casos amenazan la independencia de los pueblos balcánicos. En los Balcanes, a las grandes potencias sólo se les puede ceder los dominios de competencia económica y de influencia cultural.

¡Los Balcanes para los pueblos balcánicos! Pero esta consigna nos compromete a no intervenir y, por tanto, no sólo a oponernos a las ambiciones territoriales de las grandes potencias, sino también a negar todo apoyo al esclavismo balcánico en su lucha contra el régimen turco. ¿No es esto lo que llamamos una política estrecha de miras de egoísmo nacional y estatal? ¿No significa esto que la democracia está en proceso de negarse a sí misma?

En absoluto. La democracia no tiene ningún derecho, ni político ni moral, a confiar la organización de los pueblos balcánicos a fuerzas que escapan a su control, porque no sabemos a dónde irán a parar esas fuerzas y la democracia, tras haber garantizado un mandato fiduciario, ya no podrá controlarlas.

¡Los Balcanes a los pueblos balcánicos! Esto significa no sólo que las grandes potencias deben mantener sus manos fuera de las fronteras de los Balcanes, sino también que los pueblos balcánicos deben resolver sus asuntos internos con sus propias fuerzas, según sus propias ideas, en la tierra donde viven.

Históricamente, la guerra de los Balcanes puede compararse con la guerra de liberación italiana de 1859<sup>167</sup>, pero en absoluto con otra guerra italiana, la de 1911-1912 contra Turquía. La agresión italiana en Tripolitania ha sido un puro acto de bandidaje

capitalista, mientras que la guerra actual en los Balcanes expresa la aspiración del fragmentado eslavismo balcánico a una forma de agregación que proporcione una base más amplia para el desarrollo económico y político. Por último, no se puede planear oposición a esta aspiración, porque es históricamente progresista y despierta la simpatía de la masa popular tanto en Europa occidental como oriental.

Esta lucha por la autodeterminación económica, nacional y cultural de los pueblos balcánicos se ha emprendido bajo condiciones necesariamente artificiales, en un contexto no deseado por los pueblos balcánicos y no originado en su territorio. Estas condiciones fueron impuestas a los pueblos balcánicos por las potencias europeas. Estas últimas siempre han considerado, y siguen considerando hoy en día, esta fértil pero desafortunada península como una propiedad hereditaria, el terreno de sus experimentos diplomáticos. Este caleidoscopio étnico constituye sin duda un serio obstáculo para la creación de las condiciones políticas necesarias para la coexistencia, la cooperación y el desarrollo. Pero estas condiciones pueden crearse: no sólo lo atestigua la razón política, sino también la experiencia histórica. A este respecto, los Estados Unidos de América y la Confederación Helvética constituyen la mejor refutación de cualquier escepticismo pseudorrealista.

Pero lo cierto es que las dificultades en las que se encuentran los pueblos balcánicos no vienen determinadas por el mapa etnográfico de la península, o al menos no de forma directa. La causa reside más bien en el activismo egoísta de la diplomacia europea. Ésta ha dividido los Balcanes en partes artificiales y aisladas que se neutralizan y paralizan mutuamente en conflictos recíprocos. La diplomacia europea también ha actuado, y sigue actuando, desde dentro. Aquí, en este suelo bañado en lágrimas y sangre, ha creado sus propios comités y redes de representación representados por las dinastías balcánicas y sus instrumentos políticos. En esta partida de ajedrez, los reyes y los ministros no son los jugadores, sino las piezas maestras. Los verdaderos jugadores vigilan la partida y, cuando ésta se tuerce en su contra, agitan amenazadores sus puños armados sobre el tablero.

La guerra es sin duda muy popular: el ejército, y el movilizado aquí es realmente el pueblo, la quiere. El carácter de la guerra, y todo lo que conlleva, depende ante todo de los dirigentes de los estados implicados. Se derramará mucha sangre, se aniquilarán conquistas culturales recientemente obtenidas, se destruirán, explotarán o aplastarán los frutos del trabajo humano. Y es imposible predecir cuáles serán las consecuencias de todo ello.

¡Los Balcanes para los pueblos balcánicos! Esta consigna lo repiten todos los políticos, desde la extrema izquierda hasta los lacayos de las dinastías. Sin embargo, mientras que, por un lado, la mayoría de los políticos rechazan las pretensiones de las grandes potencias respecto a los Balcanes, por otro lado, esperan que Rusia, con las armas en la mano, ayude a los pueblos balcánicos a reorganizar los Balcanes según sus deseos. Esta esperanza, o incluso esta petición, podría ser la fuente de graves errores y de desgracias aún más graves. No insistiré en el hecho de que este planteamiento convertiría la guerra de los Balcanes en una provocación deliberada, en un enfrentamiento a escala europea que no conduciría a otra cosa más que a la guerra en Europa. Y, aunque apreciamos el destino de estos jóvenes pueblos balcánicos y les deseamos el mejor desarrollo posible de su civilización en su propio territorio, nos sentimos en el deber de decirles, con toda franqueza, a vosotros como a nosotros mismos, que no deseamos poner en peligro nuestras conquistas culturales.

Bismark dijo una vez que toda la península balcánica no vale ni los huesos de un solo granadero pomerano. Parafraseándole, podemos decir hoy que si los principales partidos de los Balcanes, a pesar de la triste experiencia de anteriores intervenciones europeas, no encuentran otra forma de afrontar su destino que no sea otra intervención

Europea de resultados imprevisibles, entonces sus planes políticos no valen ni los huesos de un solo soldado de infantería de Kursk<sup>168</sup>. Por amargas que sean estas palabras, son las únicas que puede pronunciar en estas trágicas circunstancias un político honesto y democrático que piense no sólo en el hoy, sino también en el mañana.

*Kievskaja Mysl'*, número 285, 14 de octubre de 1912

### ***Los partidos políticos y la guerra (dos monólogos)***

Permitidme que os presente, en forma de monólogo, las conversaciones que mantuve con dos representantes políticos pertenecientes a dos partidos búlgaros diferentes: el *narodnjaci*, actualmente en el poder (en el seno de una coalición con el partido liberal-progresista), y los demócratas, que estuvieron en el gobierno hasta la primavera de 1911. Mis dos interlocutores me pidieron que no mencionara sus nombres, pero de todos modos no me servía de nada.

#### *Los narodnjak*

- Ustedes saben que nuestro partido ha sido llamado a menudo el partido *gešeftari*<sup>169</sup>. Si se quiere entender por este apelativo que somos el partido de los ricos, es más o menos cierto. Sí, somos el partido de los que tienen algo que perder. Se nos ha acusado de muchas cosas, pero nunca se nos ha acusado de no tener la cabeza sobre los hombros. Y eso es porque tenemos algo que perder. Así pues, si nos hemos comprometido en la guerra es porque no teníamos otra opción, dando por sentado que no renunciaríamos a nuestra influencia política en el país.

- ¿Qué es lo que queremos? Ya sabe usted la respuesta a esa pregunta. Está incluida en el manifiesto y las declaraciones de nuestro gobierno... ¿Quiere saber lo que realmente queremos? Expulsar a los turcos de Europa. ¿Es eso posible? Tanto como sea necesario. ¿Con la ayuda de Rusia? Sí, necesitamos la ayuda de Rusia para llevar a cabo este gran proyecto. Ayuda práctica, inmediata, directa, no sólo apoyo moral, platónico. Tal y como marchan las cosas, Rusia no podrá negarnos su ayuda, de lo contrario su papel en Oriente Próximo y su prestigio entre los eslavos desaparecerían durante mucho tiempo, si no para siempre.

- Después de movilizar sus fuerzas en la frontera transcaucásica y para ocupar al ejército turco también en este frente, Rusia debe enviar dos cuerpos de ejército, ni uno más. Mire este mapa: los rusos podrían desembarcar en esa franja de tierra que va desde Odesa hasta el istmo, frente a Constantinopla, o podrían desembarcar en Burgas y avanzar por territorio búlgaro. Nosotros tomaremos Andrinópolis, y Rusia, Constantinopla, ¡con sólo dos cuerpos de ejército!

- ¿Europa? No puede, no se atreve y no piensa repetir la experiencia adquirida tras el Tratado Preliminar de San Stefano. No tiene intención, no se atreve o no está en condiciones de impedir que Rusia complete su obra. ¿Y Alemania? No tiene ningún interés político en los Balcanes y la expulsión de los turcos no perjudicará sus intereses económicos. Por supuesto, Alemania está interesada en el mercado balcánico, pero los búlgaros y serbios civilizados tienen mayor poder adquisitivo que los bárbaros turcos. ¿E Inglaterra? ¿Cree realmente que Inglaterra está dispuesta a romper con Rusia y con nosotros para preservar las posesiones turcas en Europa? Y esto es aún menos probable en lo que respecta a Francia. En cuanto a Italia, ya se ha apoderado de lo que quería: Trípoli. Queda Austria-Hungría. ¿Qué podría hacer Austria-Hungría en tal situación? ¿Enviar sus tropas hasta Salónica? ¿Hasta Constantinopla? ¿Ha considerado las implicaciones de tal maniobra? Piense en la fuerza militar que tendría que enviar a los

Balcanes para romper la resistencia de las fuerzas unidas de las cuatro potencias cristianas, los cuerpos de ejército rusos y una población hostil. Además, para lograr este objetivo, tendría que retirar sus guarniciones de la frontera oriental. Y eso no es todo. Una guerra exterior contra los eslavos provocaría una guerra dentro de Austria-Hungría. Su ejército es heterogéneo, al igual que su población. Una campaña de conquista en los Balcanes, contra los pueblos eslavos que luchan por su libertad, podría causar tal desorden dentro de las fronteras de Austria-Hungría que podría llevarla al borde de la desintegración.

- Rusia quiere asegurarse de que su flota tenga paso libre a través de los estrechos hacia el mar Negro. Entonces, ¿por qué es Sazonov defiende tan acérrimamente la paz y el statu quo? Al fin y al cabo, el statu quo significa mantener cerrados los estrechos. ¿Cómo conseguirá Rusia el paso libre hacia el Mediterráneo? ¿A través de Turquía? ¿Y con qué compensación? En resumen, Rusia sólo puede tomar posesión de los estrechos aliándose con nosotros. ¡Sólo dos cuerpos de ejército desde Odessa, fíjese, sólo dos cuerpos de ejército!

- Debe usted estar de acuerdo conmigo en que la expulsión de los turcos significaría el comienzo de una nueva era para el eslavismo. Rusia, líder reconocido, a la cabeza del renacimiento, y con ella, la familia amiga de los pueblos eslavos del sur. Grecia se pondría de nuestro lado e incluso Rumanía se vería obligada a unirse a nuestra alianza. Es cierto que la cuestión de los eslavos bajo dominación austriaca seguiría abierta. Aquí, la cuestión principal es: ¿puede durar mucho más un acuerdo así? ¿No se mantendría debido a la ausencia de una política rusa firmemente decidida a completar el proceso de unidad eslava? En cualquier caso, no tiene sentido ir tan lejos como para anticipar el colapso de Austria. Asumamos que este estado es una pura necesidad histórica. Entonces, al mismo tiempo, tenemos que admitir que una cosa es la Austria de hoy, con su política esencialmente alemana con mayoría de eslavos, y otra la Austria que se enfrentaría al mundo eslavo unido en torno a Rusia.

- En este caso, incluso la dinastía austrohúngara, luchando por su conservación, tendría que seguir una política eslavófila. Pero... para lograr todo esto, Rusia debe renunciar a su apoyo a la integridad territorial de Turquía y debe enviar dos cuerpos de ejército a Constantinopla.

- Sé que tienen ustedes grandes dificultades internas. Aún reina en ustedes una anarquía generalizada, una anarquía de relaciones e ideas. Pero ahora, y este es su deber, el deber de la prensa, la opinión pública debe ponerse del lado del gobierno, para forzarlo y, a la inversa, la presión de este consenso social debe empujar al gobierno hacia una política eslava decidida. ¿Está de acuerdo conmigo?

### *El demócrata*

- ¿Los objetivos políticos de la guerra? Llama la atención la profunda divergencia entre el utopismo serbio y nuestro realismo en este tema. Pregunte a Gešov lo que queremos. Le dirá que queremos mejores condiciones para nuestros hermanos de Macedonia. Es una respuesta vaga, es cierto, pero ¿no está la incertidumbre en la naturaleza de las cosas? Hágale la misma pregunta a Pašić y le dirá: autonomía para la Vieja Serbia con una frontera así y así. Señalando con un dedo en un mapa, delimitará una región muy extensa, privada de toda unidad étnica o administrativa. Nosotros no vamos tan lejos, somos razonables, al menos los más serios y previsores. Y, sobre todo, no vendemos la piel del oso antes de matarlo. El oso está muy vivo y, en contra de las tonterías que difunde parte de la mala prensa, sigue siendo muy fuerte. Nuestra movilización ha ido muy bien y ya hemos conseguido algunos éxitos. Pero no debemos olvidar una cosa: tenemos una población de cuatro millones y medio de habitantes, frente

a los veinticuatro millones de Turquía. Desde el principio, hemos comprometido todo en la batalla, hasta el último hombre y el último franco. Podríamos conseguir otros cien mil fusiles rascando el fondo de los cajones. Pero eso es todo. Aunque el material humano de nuestro ejército sea bueno y nuestras finanzas saneadas, nuestros recursos no son ilimitados, dado que somos pobres y poco numerosos.

- Repito esto porque es importante no olvidarlo. Turquía no ha logrado movilizarse tan rápidamente como nosotros, por lo que sufrió inmediatamente reveses contra los montenegrinos, los serbios y contra nosotros... pero, en realidad, ése no es el factor determinante. Turquía sigue en pie. Pueden movilizar otra división y otra y otra... Nosotros, en cambio, una vez agotadas nuestras existencias de caballos y granadas, no podremos conseguir más. Los turcos tienen el Egeo y el Adriático. Una vez que hayamos agotado nuestras reservas de oro y trigo, no podremos recurrir a ningún préstamo extranjero. Por otra parte, los turcos todavía tienen capitulaciones que ofrecer. Puede que tengan que aceptar algunas condiciones duras, pero seguirían recibiendo dinero. ¿No soy optimista? Por supuesto que no. Sólo los que no saben razonar pueden ser optimistas en estas circunstancias. No encontrará optimismo entre las personas políticamente más maduras.

- La guerra es necesaria porque es inevitable. Tenemos que deshacernos de la úlcera interna, la cuestión macedonia, que ha devorado este país durante las dos últimas décadas. Los búlgaros que viven en Macedonia y los búlgaros que vienen de Macedonia están totalmente desesperados, y esto está causando cada vez más dificultades a nuestra política interior. Los macedonios han depositado sus esperanzas en nosotros, y nosotros las hemos alimentado durante quince o veinte años. Al principio, tuvimos revueltas populares en Macedonia, con la participación de diez a veinte mil personas. A estas revueltas de masas siguieron operaciones de unidades partisanas, organizadas en bandas. Cuando los macedonios se dieron cuenta de que así no obtenían resultados, comenzó la desintegración final: por un lado, asesinatos y atentados aislados y, por otro lado, emigración masiva a América. Fue entonces cuando los turcos pusieron en marcha un programa de asentamiento de musulmanes en Macedonia, que llevó a los macedonios a la desesperación, y la desesperación es mala consejera.

- Los emigrantes macedonios introdujeron elementos de anarquía en nuestra vida social. Amenazaron de muerte a nuestros ministros e incluso a Fernando. Nuestro pueblo empezó a quejarse: gastamos decenas de millones cada día en el ejército; desangramos el país, pero no hicimos nada para ayudar a nuestros hermanos macedonios. Entonces, ¿para qué sirve el ejército? Por último, debemos considerar el cuerpo de oficiales. Están profundamente deprimidos por su inactividad y sus condiciones materiales. Gastamos en el ejército más de lo que podemos permitirnos, pero los sueldos de los oficiales son muy bajos y sus condiciones de vida no difieren mucho de las de los campesinos. En los últimos años, el precio de los bienes ha aumentado junto con el nivel de vida de los estratos superiores de la sociedad. Como resultado, entre los funcionarios se ha extendido una impaciencia febril, parecida a la desesperación. La desesperación es mala consejera. Afortunadamente, no hemos tenido ningún episodio similar a lo ocurrido con los oficiales serbios y griegos. Pero este ejemplo está muy cerca y las condiciones son demasiado favorables... Todos estos factores nos obligan a ir a la guerra. No es el resultado de un plan preparado a conciencia, de una decisión resuelta, sino el resultado de una dura necesidad interna.

- Ya he aludido a los objetivos serbios. Son fantasiosos y estoy seguro de que serán ampliamente ignorados. No obstante, la compensación exigida por los serbios será, en cualquier caso, muy elevada. En cuanto a nosotros, si nuestra situación interna hubiera sido normal, no habríamos ido a la guerra en semejante contexto.

- Los rumores que circulan sobre negociaciones preparatorias entre los serbios y nosotros, en el curso de las cuales se habrían definido en los mapas las respectivas zonas de influencia o las futuras posesiones, son carecen absolutamente de fundamento. Son tonterías y nada más. Antes de la guerra, no podíamos ponernos de acuerdo con Serbia en prácticamente nada. Las cosas son diferentes en tiempos de guerra. Hoy, el suelo arde a nuestros pies y la atmósfera que nos rodea está demasiado al rojo vivo para poder acariciar los sueños. Espero que esta guerra nos lleve a alcanzar acuerdos sobre la base de un programa más modesto y realista.

- En cualquier caso, la guerra hará imposible que la vieja administración turca persista en Macedonia. Es imposible para Turquía, pero también para Europa. Podremos dejar al Sultán su soberanía, pero habrá una administración independiente en esta región y las tropas turcas serán evacuadas. Eso es, en esencia, lo que ocurrirá, independientemente de que ganemos o perdamos la guerra.

- En cualquier caso, la guerra sólo puede ser un éxito para nosotros en términos relativos. Debemos lograr los mayores éxitos al principio porque estamos obligados a concluir esta guerra en un corto período de tiempo. Entonces será necesaria la mediación exterior; queremos oír el grito: “Ya habéis hecho suficientes conquistas. Ahora basta”. Este es el deber de Rusia. Si nos hace esperar demasiado para ofrecer su mediación, seremos víctimas de nuestras propias victorias. No estamos en condiciones de expulsar a los turcos de Europa sólo con nuestras fuerzas. Los rumores que circulan sobre este tema no son más que tonterías. Sólo podemos tratar de dar valor moral a nuestras victorias y obtener el máximo beneficio en el mínimo tiempo, de lo contrario estaremos atrapados. Consideremos la hipótesis más favorable, es decir, la conquista de Andrinópolis. ¿Qué ocurrirá después? ¿Con qué fuerzas podremos mantener nuestras posiciones? El ejército turco tiene grandes reservas. Si los expulsamos de Andrinópolis, volverán. ¿Deberíamos presionar aún más y dirigirnos a Constantinopla? Eso es una utopía estratégica. Mire ese estrecho espacio entre el mar Negro y el mar de Mármara. Eso es Çatalca. Los turcos tienen espléndidas fortificaciones allí. Incluso si llegamos tan lejos, los turcos sólo necesitarían 50.000 hombres para bloquear el camino de un ejército de 500.000. ¿Qué podríamos hacer sino agotar nuestras fuerzas?

- Rusia se vería obligada a intervenir. La guerra fue preparada y declarada con el claro apoyo de Rusia. Los círculos gubernamentales de San Petersburgo no pueden dejar de ser conscientes de ello. Rusia tiene una obligación moral hacia nosotros. ¿No está de acuerdo conmigo?

#### *A modo de conclusión*

Estamos en presencia de dos puntos de vista diferentes, pero, en realidad, las diferencias son menos pronunciadas en las cuestiones internas que en las externas, porque en el ámbito de los asuntos exteriores lo que cuenta principalmente es el hecho de que un partido esté en el gobierno y el otro en la oposición. Sin embargo, los dos puntos de vista se encuentran en la esperanza común de una intervención rusa. El *narodnjak* quiere la intervención de dos cuerpos del ejército y el demócrata quiere la intervención diplomática. Una intervención diplomática que no se limite a un bonito gesto (¡como durante la crisis de la anexión!), sino que también tenga en cuenta las consecuencias: lo que significa, concretamente, el envío de dos cuerpos del ejército. En resumen, todas las esperanzas de los círculos dirigentes se reducen a esto.

Hay poca fe en las acciones oficiales de la diplomacia rusa. Se interpretan como una fachada que oculta otra política, la verdadera, que debería conducir, y rápidamente, a una intervención activa, naturalmente no a favor del statu quo. Intenté plantear la hipótesis de que la política rusa no era tan sutil, que Rusia no seguía deliberadamente una política

de dos vías, sino más bien dos políticas contradictorias (una apoyada por un influyente grupo intervencionista aficionado a los juegos de azar y, la otra, inspirada por un grupo igualmente influyente al que le gustaría intervenir pero teme las consecuencias), que la combinación de estas dos políticas sólo crea la impresión de una conducta premeditada cuando en realidad no es más que una confusión banal sobre la que no se puede construir nada; intenté apoyar esta hipótesis pero mis interlocutores movieron la cabeza en señal de negación y dijeron: “¡No, no es eso en absoluto!”

Aparte de la diplomacia rusa oficial y oficiosa, la principal responsabilidad de esta situación y del estado de ánimo de estos hombres, que augura graves desilusiones, recae en esa parte de la prensa rusa que ha reducido sus redacciones a cabezas de tambor. Una maldita irresponsabilidad (esforzaos más, hermanos, todos juntos, ya veréis como conseguimos algo) ha llevado a gran parte de la prensa rusa a adoptar una actitud que no dudaría en calificar de criminal. ¿No son criminales las promesas hechas a Serbia y Bulgaria, especialmente en este momento crítico? Son promesas que no podemos cumplir y que, de cumplirlas, nos llevarían a nosotros y a los pueblos balcánicos a un estrepitoso desastre.

La prensa rusa, honesta y democrática, sólo puede decir: “No podemos confiar a la diplomacia rusa una misión en los Balcanes precisamente porque apoyamos de todo corazón a los pueblos balcánicos y su lucha por la autodeterminación nacional. La democracia balcánica sólo alcanzará sus objetivos si se libera de toda tutela, ya sea interna o externa”.

*Kievskaja Mysl'*, número 286, 15 de octubre de 1912

### ***Observaciones y generalizaciones***

Justo bajo mi ventana, una banda militar interpreta el himno nacional ruso, después de tocar los himnos búlgaro y serbio. Si se pudiera escribir un epígrafe a partir de los sonidos, el himno ruso sería sin duda el más apropiado para la política de los dirigentes búlgaros y serbios. A pesar de las victorias de la Liga Balcánica, los grupos políticos en el poder en los Balcanes siguen anhelando una intervención rusa voluntaria y, si es posible, rápida. Tienen sus razones.

- ¿Cuáles son los objetivos políticos de esta guerra?, pregunté en Belgrado, pero también en Sofía<sup>170</sup>, a los ministros de ayer, hoy y mañana. La respuesta fue unánime:

- Mejorar las condiciones de nuestros hermanos cristianos en Turquía.

- ¿Qué quiere decir mejorar? ¿La creación de una Gran Serbia y una Bulgaria de San Estefano<sup>171</sup>? ¿Autonomía para la Vieja Serbia y Macedonia? ¿La creación de estados independientes? ¿O, más sencillamente, el inicio de importantes reformas administrativas?

Recibí respuestas muy diversas, en función de la posición oficial de la persona que daba la respuesta y de su temperamento, pero todas coincidían en un punto: abierta o encubiertamente, cuentan con el apoyo ruso. Los señores Pašić y Paču (ministro de finanzas de Serbia) me informaron del contenido de la nota que presentaron a la Puerta. Describieron detalladamente su programa. Stojan Novaković, líder del partido *naprednjak*, ya embajador en San Petersburgo y Constantinopla y, durante el episodio no tan lejano de la crisis de la anexión, primer ministro del gobierno de “gran coalición”, me dijo:

- Estamos en proceso de buscar la mejor solución, entre las posibles, para nuestros hermanos de Turquía y, obviamente, estamos convencidos de que la mejor es que se unan a nosotros.

Stojan Ribarać, líder de los nacionalistas serbios (antiguos liberales) respondió:

- Naturalmente, las reformas o la autonomía no serán el verdadero objetivo de la guerra, sino la liberación total de todos los serbios y su unificación en una Gran Serbia.

- ¿Autonomía? replicó Milorad Drašković, líder del ala derecha de los jóvenes radicales. - No, esa es una compensación demasiado exigua para satisfacernos.

- El primer ministro me confirmó que las peticiones serbias están recogidas en la nota conjunta de las potencias balcánicas, y que esta nota no va tan lejos...

- Eso es absolutamente cierto, pero en este momento (nuestra conversación tuvo lugar antes del estallido de la guerra) el señor Pašić, dada la posición en la que se encuentra, no puede expresarse de otro modo.

Y, ¿la oposición de Europa?

- Nuestro primer deber es lograr una victoria militar (respondió el Sr. Ribarać) que garantice el éxito político. En cualquier caso, contamos con el apoyo de Rusia a nivel práctico, y no sólo moral. Tras la anexión de Bosnia, Rusia nos defraudó y, en aquella ocasión, mi partido no dejó de estigmatizar duramente a la diplomacia rusa. Hoy esperamos que la opinión pública logre reconducir al gobierno de San Petersburgo por la senda del nacionalismo.

- ¿Y qué pasa con Europa, me pregunta usted?, respondió Lazar Paču, inspirador ideológico del gobierno de los viejos radicales. -Sí, es cierto, intentan asustarnos con esa historia de doce millones de bayonetas europeas que deberían proteger el Tratado de Berlín y el statu quo en los Balcanes. Pero desde Berlín, la “integridad” de Turquía ha sido violada varias veces, y con el consentimiento de Europa. Europa guardó silencio o se limitó a protestar. Austria-Hungría se apoderó de dos provincias serbias, Italia puso sus manos sobre Trípoli, pero los doce millones de bayonetas no se movieron. En cuanto a Rusia, su política al respecto no difiere en lo más mínimo de la de las demás potencias europeas.

- ¡Europa, Europa!, exclamó Milorad Drasković, antiguo ministro de industria. - Esta Europa es una nulidad. Las grandes potencias no saben tomar una decisión. ¿Y Rusia? Sí, contamos con Rusia, y el pueblo serbio en su conjunto comparte nuestra opinión. Para nosotros, no hay dos Rusias, la oficial y la del pueblo, como se dice a menudo. Rusia es una e indivisible. Rusia nos apoyará.

- Pero señor Paču...

Me responde con un gesto elocuente. Como ministro, el Sr. Paču no está en condiciones de decir otra cosa que lo que ha dicho. No en las circunstancias actuales.

- No descartamos la posibilidad de una reacción por parte de las grandes potencias de nuestra frontera septentrional (como buen político de la vieja escuela, el señor Novaković se permite circunloquios descriptivos), pero esperamos recibir cualquier forma de apoyo de Rusia. No puede dejar de ayudarnos.

- Quiere saber usted cuáles son los objetivos de esta guerra?, se preguntó un eminente político búlgaro cuyo nombre no puedo mencionar. Los objetivos oficiales están ilustrados en el manifiesto del rey Fernando, pero pueden ampliarse en función del cariz que tomen los acontecimientos. La política rusa en los Balcanes quedará suprimida para siempre si Rusia no nos apoya con todas sus fuerzas. Estoy a favor de una ofensiva militar dirigida por Rusia, continuó, con palabras distendidas. Dos cuerpos de Odesa desembarcarían en la costa del mar Negro, cerca de Constantinopla, y la península balcánica quedaría liberada del dominio turco. Rusia tendría abiertos los estrechos y los eslavos del sur volverían a ser libres y fuertes. Es ahora o nunca, o al menos no a medio plazo.

- Rusia tiene la obligación de ayudarnos, afirma otro político búlgaro menos influyente. Rusia sabía cuáles eran las intenciones de la Liga de los Balcanes e incluso

había apoyado su política. Ahora debe asumir la responsabilidad moral de las consecuencias de nuestros actos.

El lector me perdonará esta aburrida serie de declaraciones de políticos serbios y búlgaros. Sin embargo, son muy instructivas. Aunque se contradicen entre sí, son unánimes en un punto: la esperanza o convicción de que Rusia apoyará a los ejércitos de las potencias balcánicas. Digo unánimes porque las respuestas de los señores Pašić y Paču, aunque parezcan contradecir estas conclusiones, se refieren a la política oficial rusa. En realidad, detrás de sus expresiones de fingida perplejidad, se percibe su convicción de que, aparte de la política oficial a favor de la paz y del statu quo, dirigida al escenario europeo, existe otra política rusa, la real, que coincide en lo esencial con la de los aliados balcánicos.

Sólo a la luz de esta convicción, que evidentemente debe tener fundamentos serios –(completamente desconocidos, por el momento, para los ciudadanos rusos) puede explicarse la resolución, a primera vista temeraria, de los gobiernos balcánicos.

Me explico. La guerra de los Balcanes tiene causas profundas, enraizadas en las contradicciones económicas, nacionales y estatales de esta sorprendente península, favorecida por la naturaleza y cruelmente mutilada por la historia. El desarrollo económico ha exacerbado el sentimiento de identidad nacional y ha aumentado la demanda de autodeterminación nacional y estatal. Serbia necesita una salida marítima. El establecimiento de condiciones de vida normales en Macedonia es un requisito elemental para el desarrollo estable y sereno de Bulgaria. De esto no cabe ninguna duda. Por estos motivos se han extendido las opiniones favorables a la guerra, no sólo entre los representantes políticos, sino también, por lo que he podido comprobar, entre las masas populares. Los partidos socialistas de Serbia y Bulgaria se oponen resueltamente a la guerra; a pesar de ello, he conocido a un gran número de socialistas que se han dejado arrastrar por el movimiento nacionalista y patriótico general. Ayer pude ver en el hospital al primer grupo de heridos búlgaros y hablé con ellos. Están llenos de entusiasmo nacionalista, hablan con orgullo de la ofensiva del ejército búlgaro y de la inminente liberación de sus hermanos, y no son soldados profesionales, sino reservistas, es decir, auténticos campesinos búlgaros.

Por lo tanto, sería un error creer que la guerra fue fomentada artificialmente desde arriba. No, la iniciativa del gobierno respondía a una ola de sentimiento patriótico que venía de abajo. La conciencia política de estas masas es aún rudimentaria y existe una enorme diferencia entre el estado de ánimo del pueblo y su acción política. Como masa, el pueblo está totalmente desarmado políticamente. Por tanto, los partidos y las camarillas tienen vía libre para tomar iniciativas y ejercer presiones, y pueden tomar cualquier decisión, incluso la más arbitraria. Sin una política gubernamental favorable a la guerra, ésta no se habría producido, al menos en este momento. Por otra parte, esta política de los gobiernos balcánicos no habría podido aplicarse sin la convicción, bien fundamentada o no, eso está por ver, de que actuaban de acuerdo con los deseos de Rusia.

He aquí, pues, a grandes rasgos, el aspecto político decisivo de la cuestión balcánica. Veamos ahora el aspecto militar.

Ayer hubo una gran celebración en Sofía. Poco después de las cinco de la tarde, el ministro de la guerra recibió un mensaje telegráfico del cuartel general de Stara Zagora anunciando la toma de Kirklareli (Lozengrad), fortaleza turca situada al este de Andrinópolis, a sesenta kilómetros de la frontera búlgara. La noticia había sido esperada con impaciencia durante varios días por los políticos del Café Bălgarija, que llevaban tiempo afirmando que habían oído, de una fuente fiable, que Lozengrad había sido tomada. Incluso los periódicos de Sofía habían anunciado más de una vez la conquista de Lozengrad, sin tener en realidad forma alguna de confirmarlo. Tras las victorias iniciales

y completamente secundarias de Tirmuš, Juman y Mustafâ, la población esperaba un éxito real e indiscutible del ejército búlgaro.

Finalmente, el día 11, a las cuatro de la tarde, Kirkclareli fue verdaderamente tomada. El centro de la capital se convirtió en escenario de entusiastas ovaciones. Cediendo a la presión de la multitud, el ministro de la guerra se asomó a la ventana para pronunciar un breve discurso. Se agitaron banderas y la multitud llevó en volandas al embajador griego y al Sr. Bourchier, corresponsal en Sofía de *The Times* de Londres, considerado aquí como una especie de *lord protector* del pueblo búlgaro. Aparecieron banderas en las ventanas, en las barandillas y en los tejados. Hubo una procesión de antorchas y algunos jóvenes dispararon pistolas al aire. La gente se dirigió al palacio e intentó, en vano, sacar a la reina (Fernando estaba en Stara Zagora). Gritaban “¡Viva!” y cantaban: “*¡Marš, Marš, Lozengrad naš!*”<sup>172</sup>. Los transeúntes se felicitaban unos a otros, repitiéndose las noticias, tratando de extraer los detalles que faltaban. Al cabo de media hora, cientos de jóvenes, como patatas que escapan de un saco agujereado, salieron a la calle desde las redacciones de los periódicos. Sostenían en sus brazos las *ediciones especiales*, conocidas aquí como *priturkas*, y llenaban el aire con sus gritos. Hasta altas horas de la madrugada no volvió el silencio a las calles de Sofía.

No cabe duda de que la toma de Kirkclareli fue un acontecimiento de enorme importancia: en cierto sentido, marcó el verdadero comienzo de la guerra turco-búlgara. La toma de la primera fortaleza enemiga, “tras una lucha encarnizada”, según las palabras del telegrama del cuartel general, reforzó la confianza de la población en el ejército y del ejército en su mando y en sí mismo. Las fuerzas búlgaras del frente oriental conquistaron una base al este de Andrinópolis y esto, por un lado, facilitó un ataque a la ciudad desde el lado occidental, menos defendido, y por otro, abrió la ruta sudoriental hacia Constantinopla. Hasta qué punto la toma de Kirkclareli desmoralizó a los soldados turcos es difícil de decir desde aquí. En teoría, podemos suponer que una ventaja moral para los búlgaros debe corresponderse con una desventaja moral para los turcos. En cualquier caso, sería un grave error sacar conclusiones optimistas, como las que están en boca de todos, tanto sobre la victoria de ayer como sobre la situación general.

Ayer, la prensa de Sofía, que en su mayor parte es bastante impúdica a la hora de relatar los *hechos*, ofreció a sus lectores una imagen fantástica de los trofeos conquistados en Lozengrad: 40.000 prisioneros, 40.000 fusiles, centenares de cañones, millones de kilogramos de víveres. Entre los prisioneros había príncipes, ministros, pachás... sólo faltaban princesas y pavos reales. Algunos periodistas europeos telegrafiaron inmediatamente estos hechos sensacionales a sus redactores. No es imposible que mañana los príncipes y pachás cautivos lleguen a Berlín o París por telégrafo. En realidad, la lista de trofeos ha sido enteramente fabricada por las sucias manos de los chupatintas de los *priturkas*.

No había noticias oficiales del estado mayor sobre el número de prisioneros o las pérdidas búlgaras. Sin embargo, ya habían pasado más de treinta horas desde la toma de Kirkclareli. Esta mañana, todo el mundo estaba muy animado. La llegada de 320 prisioneros de Mustafá Pachá (entre ellos veinte búlgaros ortodoxos, dos armenios, un judío de montaña y el resto turcos) ha levantado aún más la moral de la multitud en las calles. Con sus fez rojos y grises, los prisioneros no parecían en absoluto miserables. La multitud se mostraba muy curiosa. Los jóvenes gritaban “¡Viva!”

A la hora de comer, los entendidos empezaban a preguntarse por qué no había más noticias de Kirkclareli. Se podría pensar que el ejército búlgaro había sufrido graves pérdidas y que querían ocultárselo a la población. Así que nos preguntamos: si no nos hablan de las pérdidas, ¿por qué no nos hablan de los trofeos? Evidentemente, había muy pocos trofeos. De ello podemos deducir que la fortaleza no fue tomada por los búlgaros,

sino que fueron los turcos quienes la abandonaron y se retiraron en buen orden. Si este fue el caso, los turcos debieron llevarse sus armas y alimentos y sabotearon los cañones de la fortaleza, tras un cañoneo que duró hasta el momento en que se retiraron. En consecuencia, los únicos prisioneros deben pertenecer al modesto destacamento de artillería que los turcos dejaron atrás para cubrir la retirada de la guarnición de Lozengrad. En cualquier caso, usted tendrá ciertamente la confirmación o la negación de mis conjeturas sobre estos hechos por un telegrama que puede llegarle incluso antes de esta correspondencia.

En cualquier caso, no hay razón para que lo ocurrido en Kirklareli se repita en Andrinópolis, como casi todo el mundo dijo ayer.

Las vastas afueras de Kirklareli estaban defendidas por bastiones de tierra y sólo tres fortificaciones permanentes. En cambio, Andrinópolis cuenta con diecisiete fuertes repartidos en un perímetro de cuarenta kilómetros. También hay que recordar que, en tiempos de paz, Andrinópolis contaba con una guarnición de cinco regimientos de artillería de fortaleza y dos batallones independientes, mientras que Kirklareli sólo tenía un regimiento de artillería. No cabe duda de que se concentraron grandes fuerzas en Andrinópolis, considerada por los turcos como la puerta de entrada a Constantinopla, mientras que la defensa de Kirklareli ha sido principalmente una cuestión de ganar tiempo, dado que el tiempo era esencial para los turcos. Los búlgaros han sido más rápidos en movilizar y desplazar a su ejército, que además era homogéneo y estaba lleno de entusiasmo. Los turcos, en cambio, disponían de una reserva de hombres mucho mayor y de importantes recursos financieros. Cada día que pasaba, las tropas turcas de Asia eran movilizadas y trasladadas al escenario principal de las futuras operaciones bélicas, el valiato de Andrinópolis y el sanjacado de Çatalca.

Los objetivos políticos de la guerra son Macedonia y la Vieja Serbia, pero el principal teatro de operaciones estará inevitablemente en la región entre Andrinópolis y Constantinopla. De ello se deduce que la carga principal de la guerra será soportada por el ejército búlgaro. La principal tarea de los serbios, montenegrinos y griegos será entretener el ejército occidental turco y las tropas de guarnición en Macedonia y Albania. Naturalmente, no podemos descartar la posibilidad de enfrentamientos encarnizados también en este caso.

¿Qué podemos esperar del ejército búlgaro, destinado a desempeñar un papel decisivo en la estrategia de las tropas aliadas? Las operaciones militares están envueltas en un secreto tan impenetrable que todas las conjeturas se basan en consideraciones muy genéricas. Esto significa que es difícil formular hipótesis concretas, aunque las siguientes pueden bastar para que el lector comprenda los acontecimientos futuros.

¿Tomarán los búlgaros Andrinópolis?

Se dice que, durante la discusión del plan estratégico, surgieron diferencias en el seno del estado mayor búlgaro, pero no se sabe cómo se han resuelto. Los filisteos creen que el asunto ya está resuelto: Andrinópolis será tomada, y si no hoy, mañana. Hay noticias de que la estación de ferrocarril de Andrinópolis, incendiada por los bombardeos de los atacantes, está ahora en manos búlgaras; hace tres días llegaron telegramas diciendo que las fortificaciones periféricas del flanco noreste de Andrinópolis habían sido conquistadas. Si estas noticias son ciertas, sólo demostrarán que parte del ejército oriental (y principal) de Bulgaria está ocupado en operaciones en la zona de Andrinópolis, pero no que los búlgaros hayan concentrado sus fuerzas para atacar este lugar fortificado. Lograr este objetivo, suponiendo que fuera posible, requeriría semanas, si no meses, de preparación y recursos financieros superiores a los de Bulgaria. Mientras tanto, los turcos podrían desplazar un gran número de tropas desde Asia (a través de Midye y Constantinopla) y concentrarlas al sur de Andrinópolis, a orillas del río Ergene, o incluso

más lejos, detrás del antiguo “Muro de Anastasio”, en Çatalca. Como resultado, tras la captura de Andrinópolis, el ejército búlgaro correría el peligro de quedar completamente separado de *Tsarigrad*<sup>173</sup>, el objetivo natural de toda la campaña (y es poco probable que Bulgaria pudiera mantener Andrinópolis durante mucho tiempo).

Es más probable que el alto mando búlgaro, habiendo establecido un importante punto fuerte (una división y media o dos) frente a Andrinópolis para bloquear la guarnición, decidiera desplazar el grueso de sus fuerzas hacia el sudeste. Partiendo de Kirklareli y sorteando la fortaleza, era posible apuntar a Constantinopla. Ya ayer, los telegramas decían que el ejército búlgaro había llegado a Vize. El objetivo inmediato de esta marcha forzada parece ser el despliegue, en una posición favorable, a lo largo del río Ergene. Aunque se lograra este objetivo, no se descartaría la posibilidad de que los turcos se reunieran y tomaran inmediatamente una posición en Çatalca.

¿Conseguirá el ejército búlgaro cruzar estos estrechos pasos? Un político búlgaro, buen conocedor de todos los acontecimientos de la guerra turco-búlgara, me ha dicho: “Creo que atravesar la línea de Çatalca es una utopía estratégica. Los turcos sólo necesitan 50.000 hombres para bloquear la ruta a un ejército de medio millón de hombres. Y el camino a Tsarigrad pasa por Çatalca”.

Sin embargo, no se puede descartar que, habiendo ganado tiempo y concentrado sus fuerzas, la infantería de campaña turca pase a la ofensiva. La batalla principal podría tener lugar entonces en el cuadrilátero formado por Andrinópolis, Kirklareli, Babaeski y Lüleburgaz. Dos ejércitos, con un total de 400.000 hombres, se enfrentarían en esta región. Sería una de las batallas más sangrientas de la historia militar y, obviamente, sería infantil intentar predecir el resultado. De todo ello se deduce que no hay motivos para ser optimistas sobre el resultado de las futuras operaciones del ejército búlgaro. La captura de Lozengrad no condiciona nada. Simplemente nos introduce, tras un prólogo, en el verdadero drama; aclara las cosas y nos conduce hacia terribles acontecimientos. Sin embargo, el final permanece oculto tras un velo de sangre, igual que antes.

Si Turquía muestra resistencia, o se muestra capaz de pasar a la ofensiva, los aliados balcánicos insistirán más en pedir a Rusia que cumpla sus compromisos, que consideran obligaciones morales, si no formales. Parece que, independientemente de sus victorias o derrotas (y aquí vuelvo al tema con el que empecé esta correspondencia), los gobiernos balcánicos siguen contando con Rusia para garantizar, de un modo u otro, la consecución de sus objetivos políticos.

Me parece superfluo insistir en los riesgos que una intervención activa de Rusia supondría para la paz en Europa y para nuestro desarrollo social y cultural. Los ciudadanos rusos tienen sobradas razones para desconfiar de las seguridades dadas por la diplomacia rusa y los partidos que la sirven, total o parcialmente, sobre las supuestas acciones ilustradas del Sr. Sazonov para limitar la guerra de los Balcanes y salvaguardar la paz en Europa.

*Odeskie Novosti*, número 8.852, 19 de octubre de 1912

### ***Sobre Kirklareli***

#### I. La caída de Lozengrad [Kirklareli]

Ayer [11 de octubre] fue un gran día de celebración en Sofía. Hacia las seis de la tarde, el ministro de defensa recibió un mensaje telegráfico del cuartel general de Stara Zagora en el que se anunciaba la toma de Kirklareli (Lozengrad), la fortaleza turca situada al este de Andrinópolis, a sesenta kilómetros de la frontera búlgara. La noticia se esperaba con impaciencia desde hacía varios días. En los últimos días, los políticos, libres de todo compromiso y en una prolongada espera en el Café Bălgarija, habían recibido varios

informes fiables sobre la caída de Lozengrad. Incluso la prensa de Sofía se había hecho eco, más de una vez, de la noticia de la conquista victoriosa de esta fortaleza. Después de las primeras e insignificantes victorias de Tirmuš, Juman, Mustafâ Pacha, etc., la población esperaba una victoria real e indiscutible. Finalmente, ayer, a las cuatro de la tarde, Kirklareli fue verdaderamente conquistada. Y aparecieron las banderas.

Mientras estaba allí, mientras pisaba suelo balcánico, no había *creído*, hasta ahora, en la guerra. En otras palabras, no he sido capaz de admitir que está ocurriendo. Después de Kirklareli, ya no tuve dudas. Esto es la guerra. Lo he visto. Visité el hospital de la Cruz Roja y vi a los soldados búlgaros heridos en los primeros enfrentamientos del 5 de octubre en Tirmuš y Haskovo. A las cinco y cuarto de la tarde estuve en las oficinas del ministerio de asuntos exteriores y allí me enteré de la toma de Kirklareli.

En los últimos tres días, en los grupos de curiosos que se habían formado en las calles, Lozengrad ya había sido *tomada* más de una vez. Por el contrario, el estado mayor se contentaba con anunciar que el Ejército del Este se acercaba a Lozengrad; sólo hoy confirmó por telegrama la caída de esta primera posición turca importante. Hacia las cinco, un comandante se asomó al balcón del ministerio de la guerra para anunciar a gritos la noticia a la multitud. A continuación, comenzó a emitir breves comunicados impresos. Varios miles de personas se reunieron alrededor del ministerio de defensa. Otros, más jóvenes, improvisaron una manifestación. La bandera nacional ondeó sobre la multitud desde ventanas, puertas de entrada y tejados.

El ministro de defensa se asomó a la ventana. Pronunció un breve discurso en el que glorificó a Bulgaria y a su juventud. En un cuarto de hora, la corriente de entusiasmo nacional electrizó a toda Sofía: las multitudes llenaban las calles, los transeúntes repetían las buenas noticias (felicitándose unos a otros y gritando “¡Viva!”) y saludaban al embajador griego frente al hotel Bâlgarija con estruendosos aplausos y gritos de júbilo. La multitud levantó al diplomático griego y al corresponsal en Sofía del *London Times*, el Sr. Bouchier, considerado aquí como una especie de *lord protector* del pueblo búlgaro. Pasó un desfile con antorchas y algunos jóvenes dispararon pistolas al aire. Llegaron al palacio e intentaron, en vano, sacar a la reina (Fernando está en Stara Zagora). Gritaron “¡Viva!” y cantaron “¡Marš, Marš, Lozengrad naš!”. Los transeúntes se felicitaban unos a otros y repetían el contenido de los despachos, intentando extraer los detalles que faltaban.

Veinticinco mil prisioneros, me dijeron en la oficina de correos, en un estado increíble de confusión, mientras despachaba un telegrama urgente.

- ¿Cuántos prisioneros?, me ha preguntado un periodista búlgaro.

- Se habla de veinticinco mil.

-Eso no es cierto, me ha replicado indignado. Son treinta y cinco mil.

Un cuarto de hora más tarde, abriéndome paso entre la multitud para volver al hotel, me encontré cara a cara con un muchacho que estaba distribuyendo una *priturka* especial de *Kambana* [La campana]. Anunciaba la captura de cuarenta mil soldados turcos, entre ellos el ministro de marina Muhtar Pasha, el príncipe Abdül Halim y muchos otros pachás. Además, habían sido capturados ciento dieciocho cañones, cuarenta mil máuseres, un millón de kilogramos de víveres, diez mil tiendas de campaña, cuatro almacenes de víveres, etc., habían sido incautados.

Estas cifras eran muy exageradas: no cabe duda. Lozengrad fue tomada a las cuatro de la mañana, y la *priturka* fue expedida a las seis y media. No me sorprendería que estas cifras, basadas en las primeras impresiones, estuvieran infladas dos o tres veces, o incluso más. Estas cosas pasan, incluso a mayor escala.

La toma de Kirklareli representa, indudablemente, un hecho muy importante que ha hecho estallar la guerra turco-búlgara. La toma de esta fortaleza medio turca (“tras un

dura combate”, según el telegrama del estado mayor) reforzó enormemente la confianza de la población en el ejército y de éste en su mando. El ejército búlgaro obtiene un punto de apoyo al este de Andrinópolis, facilitan así el ataque a esta ciudad desde el oeste, el lado menos protegido, y permitiendo el avance hacia el sureste, hacia Constantinopla. Desde aquí, es difícil decir hasta qué punto la derrota de Kirkclareli ha desmoralizado a los soldados turcos: en teoría, la ventaja del lado búlgaro debería traducirse en una desventaja del lado turco. Sin embargo, sería un grave error tomarse demasiado en serio la valoración optimista de la victoria de ayer y de la situación general.

La prensa de Sofía, en su mayor parte verdaderamente impúdica cuando se trata de informaciones *objetivas*, ha elaborado una lista completamente increíble del botín de guerra de Lozengrad: cuarenta mil prisioneros, cuarenta mil fusiles, centenares de cañones, millones de kilogramos de víveres, etc. Entre los prisioneros hay príncipes, ministros, pachás... sólo faltan las princesas y los pavos reales. Algunos corresponsales en Francia han publicado inmediatamente estas sensacionales estimaciones en el periódico y es posible que mañana lleguen a Berlín o a París por telégrafo los príncipes y pachás que han sido hechos prisioneros. En realidad, toda la lista del botín ha sido elaborada por las sucias manos de los autores de las *priturkas* de la prensa búlgara.

Todavía no se ha recibido ninguna noticia oficial del estado mayor sobre el número de prisioneros y muertos búlgaros. Ya han pasado más de treinta horas desde la captura de Kirkclareli. La entrega por parte de Mustafá Pachá de 320 prisioneros (entre ellos veinte búlgaros ortodoxos, dos armenios y un judío de las montañas, siendo el resto turcos) hizo que la multitud se echara a la calle. Ataviados con sus fez rojos y grises, los prisioneros iban vestidos decentemente, no como personas miserables. La multitud observaba a los prisioneros con curiosidad y los jóvenes gritaban “¡Viva!” Hacia la hora de comer, los entendidos empezaron a preocuparse por la falta de más información sobre Kirkclareli. Se podía suponer que el ejército búlgaro había tenido muchas bajas y que no se quería comunicárselo al público. Pero, en ese caso, si se mantenía silencio sobre las pérdidas, ¿por qué no comunicar al menos el botín? Obviamente, era escaso.

En cualquier caso, hacer predicciones sobre el destino de Andrinópolis, la base para la captura de Kirkclareli, como todo el mundo hizo ayer, es completamente poco razonable. Kirkclareli, y todo su vasto perímetro, está protegida por un terraplén con sólo tres fuertes permanentes. Mientras que en Andrinópolis hay 17 fortines repartidos en 40 quilómetros. Además, en tiempos de paz, en Andrinópolis había cinco regimientos de artillería de fortaleza y dos batallones independientes de guarnición, mientras que en Kirkclareli sólo había un regimiento de artillería. Los turcos asignan a Andrinópolis un papel clave en la defensa de Constantinopla. Sin duda han concentrado allí sus principales fuerzas, mientras que el principal objetivo de la defensa de Kirkclareli era ganar tiempo. Las ventajas de los búlgaros residen en la rapidez con la que pueden movilizar y hacer avanzar a sus tropas, la homogeneidad del ejército y el entusiasmo del pueblo. Las ventajas de los turcos consisten esencialmente en un número mucho mayor de soldados y mayores recursos financieros. Cada día extra de guerra significaba que Turquía puede movilizar sus ejércitos asiáticos y llevarlos al escenario principal de las futuras operaciones militares: el *valiato* de Andrinópolis y el *sandjak* de Çatalca.

El objetivo político de la guerra es Macedonia y la Vieja Serbia. Pero el foco principal de las operaciones militares estará en la región entre Andrinópolis y Constantinopla. En consecuencia, la carga principal de la guerra recaerá sobre el ejército búlgaro. La tarea principal de los serbios, montenegrinos y griegos es entretener al ejército turco en el oeste y las tropas de guarnición en Macedonia y Albania. Naturalmente, tampoco aquí pueden descartarse duros combates.

## II. ¡Basta de victorias!

Kirklareli ha caído. ¿Qué va a pasar ahora?

Nadie sabe cómo evalúan la situación el estado mayor y el gobierno y cuáles son sus previsiones. Además, sería absurdo esperar de ellos una declaración franca sobre este tema. Las personas que tienen la cabeza sobre los hombros, los políticos que no se dejan influir por los cambios de humor, no comparten el optimismo de quienes ven la ruta de Sofía a Tsarigrad constelada de una serie ininterrumpida de brillantes victorias.

Uno de los dirigentes del partido actualmente en el gobierno (no estoy autorizado a dar el nombre me dijo), me dijo antes de la toma de Kirklareli:

- Tenemos un ejército muy bueno, gastamos mucho dinero en él, mucho más del que podemos permitirnos; nuestro pueblo tiene espíritu de lucha. Creo en la victoria. La necesitamos. Hemos movilizado a sectores de la población que habían permanecido inactivos durante veintiocho años. Hemos asumido la responsabilidad de los destinos de Macedonia, una cuestión que lleva quince años creando tensión en la opinión pública del país. Tenemos cientos de miles de inmigrantes macedonios que desempeñan un papel importante en la vida económica y política y en la prensa. No nos permiten olvidar Macedonia ni un solo día. En Macedonia, miles de campesinos fomentaron revueltas y formaron bandas de chetniks cuyas esperanzas descansaban en nosotros. En nombre de Macedonia, hemos acostumbrado a la población a soportar la pesada carga de nuestros gastos militares.

- La cuestión macedonia está en perpetua agitación, es una fuente permanente de preocupación e incertidumbre para nuestro país. Habíamos depositado nuestras esperanzas en el golpe de estado de los Jóvenes Turcos. Créanme, nosotros teníamos mucha confianza en ellos. Estábamos deseando que se establecieran relaciones normales en Macedonia, pensamos que podríamos evitar la pesada carga del gasto militar: necesitamos recursos financieros para nuestras escuelas, nuestros ferrocarriles, para hacer mejoras en diversos sectores. Pero los Jóvenes Turcos fueron incapaces de ofrecer una solución al problema macedonio. Así que reaparecieron los chetniks y comenzó la emigración a América. Cuando los turcos anunciaron su plan de colonizar Macedonia con población musulmana, los macedonios búlgaros cayeron en la desesperación: se profirieron amenazas contra los ministros y el rey Fernando. El pueblo búlgaro se indignó, negándose a creer que nuestro costoso ejército no pudiera liberar a nuestros hermanos macedonios. Al mismo tiempo, crecía el malestar en las esferas militares. Oficiales irritados refunfuñaban entre sí y temíamos complicaciones siguiendo el modelo griego. Todo esto hizo que la guerra se convirtiera para nosotros en una necesidad política interna.

- Independientemente de nuestras victorias o derrotas, esta guerra cambiará a mejor la situación de Macedonia. Estoy convencido de ello. Obligaré a Europa a comprender, por fin, que Macedonia seguirá siendo una amenaza constante para la paz en los Balcanes y en Europa en su conjunto, si no establecemos unas condiciones de vida humanas en esta pequeña franja de tierra. A diferencia de nuestros aliados serbios, no nos fijamos objetivos elevados, que quizá sería más exacto llamar sueños. Queremos la retirada de las hordas turcas y un acuerdo regional que Europa no pueda dejar de ratificar después de nuestra guerra. Pero no queremos ir más allá. Precisamente por eso la guerra debe terminar lo antes posible. Las victorias platónicas nos costarían demasiado y no podríamos soportar el coste durante mucho tiempo. La mayor carga de esta guerra recae naturalmente sobre Bulgaria mientras nuestro enemigo sigue siendo muy, muy fuerte.

- Nuestro gobierno actual, formado por personas muy prudentes, es perfectamente consciente de ello. Turquía tiene una gran reserva de 23 a 24 millones de personas. Nosotros, en cambio, hemos movilizado todas nuestras fuerzas. Somos cuatro millones y medio. Atacando enérgicamente podemos lograr algunas victorias brillantes. Pero ¿dónde

encontraremos la fuerza para mantener lo que hemos conquistado? Turquía es lenta, no tiene prisa, porque tiene el recurso de traer más y más tropas nuevas de sus regiones asiáticas, a través de Midye. Puede disponer de ellas cerca de Andrinópolis o más al sudeste, más allá de Andrinópolis, cerca de las fortificaciones de Çatalca. Allí, 50.000 soldados serían suficientes para bloquear la ruta hacia Constantinopla a un ejército de 500.000 hombres. No podemos hacer frente, ni militar ni financieramente, a una guerra a una guerra a gran escala contra Turquía. Sería criminal engañarnos a nosotros mismos. Cuanto antes hagamos uso político de nuestra victoria, mejor para nosotros. La intervención de Europa, y de Rusia, sobre todo, es vital para nosotros. Rusia debería apresurarse a gritarnos: ¡ya habéis conquistado bastante, deteneos ahora!

Esta es la opinión de un político búlgaro, de los que se turnan en el poder. Y no es en absoluto una opinión aislada.

### III. Después de Kirklareli

La tragedia y la banalidad de la vida cotidiana se mezclan en la medida necesaria para la continuación de la vida: se ha alcanzado un cierto equilibrio, aunque no del todo estable, entre la guerra y la paz. La guerra absorbe cada vez más fuerzas nuevas y rechaza el material humano que ha consumido: bajas y prisioneros.

Kirklareli fue tomada el día 11, luego hubo una tregua de unos días. Nadie sabía lo que ocurría en el escenario principal de las operaciones. Hay que admitir que el secreto que rodea los movimientos del ejército búlgaro es realmente muy grande. ¿Quién lo garantiza? ¿Las medidas de censura adoptadas por el cuartel general? Desde luego que no. La relativa dispersión y el atraso cultural de las poblaciones de las regiones en las que se desarrollaban los combates desempeñaban un papel mucho más importante. Ninguna censura sería capaz de ocultar la dirección tomada por un ejército que se desplazase por las llanuras de Francia o Alemania.

El 18 por la noche, Gešov preguntó en el cuartel general si había noticias sobre Andrinópolis. Le dijeron que la preocupación actual no era Andrinópolis. Este intercambio ha hecho inmediatamente la ronda de los cafés.

Hoy podemos observar un curioso fenómeno psicológico.

Tras la caída de Kirklareli, todos los pensamientos se volvieron hacia Odrin (Andrinópolis). La gente había exagerado enormemente el potencial defensivo de Kirklareli en comparación con el de Andrinópolis. Cualquier intento, en el curso de las conversaciones, de ofrecer una estimación más realista de la fuerza relativa de las dos fortalezas era brutalmente rechazado: “Lógicamente, podría usted tener razón”, replicaba uno de los interlocutores más moderados, “pero nuestro ejército no avanzará hacia el sur antes de haber conquistado Andrinópolis. Odrin se ha convertido en una necesidad nacional.

En vísperas de la guerra, Savov había declarado: “Tomaremos Odrin, aunque nos cueste veinte mil vidas humanas”. Una vez capturado Babaeski, los búlgaros se acercaron a Lüleburgaz; la situación estratégica parecía haber quedado bastante clara y, sin embargo, el pueblo sostenía: “Esto solamente son fuerzas secundarias, el grueso del ejército está alineado frente a Andrinópolis. Mañana o pasado mañana, recibiremos la noticia de que ha sido tomada”. Luego, cuando circularon noticias de una concentración de los ejércitos búlgaros I y III en las orillas del río Ergene, seguida de un despliegue contra las posiciones turcas, la atención de la gente se desvió fácilmente de Andrinópolis para recaer cincuenta verstas más al sur. Ya no quedaba nadie dispuesto a afirmar que Odrin era una necesidad nacional. Este es un ejemplo eficaz del papel que desempeñan el fetichismo y lo imaginario en la psicología social.

Pasaron dos días y dos noches, tras la caída de Kirklareli, antes de que se diera noticia oficial del botín. Se trataba de unos 1.200 prisioneros, dos aviones, cuarenta y seis cañones, doce proyectiles de gran calibre y los archivos de la guarnición. Estas cifras eran mucho menores de lo que se esperaba. Fuentes privadas *supuestamente fiables* y los periódicos de Sofía, que no lo son en absoluto, hablaban de decenas de miles de prisioneros, luego de fusiles, víveres, tiendas, etc. El informe oficial no decía ni una palabra de los muertos y heridos de ambos bandos. Los ministros aseguraban en privado que las pérdidas eran pocas. Probablemente sea cierto. De hecho, el número de bajas debería ser bastante limitado, lo que indicaría que los turcos no tenían intención de mantener Kirklareli, sino que la han defendido principalmente para ganar tiempo. Si esto es cierto, significa que los turcos se retiraron a tiempo, dejando, como cobertura, un batallón de artillería que, a continuación, fue hecho prisionero por los búlgaros.

La descripción de la fortaleza de Lozengrad que circula por aquí difiere notablemente de la que ofrece la prensa europea. El ministro de la guerra, general Nikiforov, ha declarado, sin pelos en la lengua, que Lozengrad era una segunda Plevna y que las fortificaciones de Kirklareli eran mucho mejores que las de Andrinópolis. Los periódicos han citado una declaración del mismo tenor que ellos atribuyen a von der Goltz Pacha. Conociendo los periódicos de Sofía, yo sería prudente antes de tomar al pie de la letra la afirmación atribuida al organizador alemán del ejército turco. Por otra parte, si hemos de juzgar por lo que dicen las fuentes europeas autorizadas, Kirklareli no puede compararse en modo alguno con Andrinópolis.

En el plan elaborado en 1882, el acceso al Bósforo y el mar de Mármara debía estar protegida por un cuadrilátero formado por las fortalezas de Andrinópolis, Kirklareli, Babaeski y Lüleburgaz. Sólo se realizó una parte de este plan, en particular la relativa al equipamiento militar de Andrinópolis. Alrededor de esta ciudad, situada a cincuenta kilómetros de la frontera búlgara, se han construido siete formidables fortalezas repartidas en un perímetro de cuarenta kilómetros. Kirklareli, a sesenta kilómetros de la frontera, está rodeada de vastas fortificaciones de tierra apisonada y sólo cuenta con tres fuertes. La importancia que los turcos atribuyen a Andrinópolis y Kirklareli se muestra claramente en la distribución de tropas entre las dos fortalezas. En tiempos de paz, de los trece regimientos de infantería y los siete batallones de artillería de las fortalezas turcas, dos regimientos estaban de guarnición el Bósforo, dos en los Dardanelos, cinco regimientos y dos batallones en Andrinópolis y solamente un regimiento en Kirklareli. Me parece que estas cifras deberían barrer el optimismo imperante, y cuidadosamente cultivado, alrededor del destino inmediato de Andrinópolis.

El Sr. Todorov, actual ministro de hacienda, y el Sr. Ljapčev, su predecesor, ambos me alabaron las condiciones financieras de Bulgaria. El Banco Nacional puede poner a disposición del estado ochenta millones de francos oro. De esta suma, diez millones han sido depositados en bancos parisinos y holandeses como garantía del reembolso de préstamos. También existe la posibilidad de aumentar la cantidad de papel moneda en circulación, pero esta operación tiene límites naturales, establecidos empíricamente por la subida del precio del oro. Desde hace cuatro semanas, el estado paga a 360.000 personas y se espera que el número de alistados alcance los 450.000. El gasto diario por soldado debería ser de unos cinco francos. Esto significa un gasto de dos millones de francos al día, ¡o sesenta millones al mes! Este pequeño cálculo aproximado demuestra que Bulgaria, al igual que sus aliados, no está en condiciones de una guerra que durase meses. Está obligada a poner fin a la guerra al cabo de pocas semanas.

Sin embargo, el aspecto financiero de esta cuestión no es el más importante. El equilibrio de poder entre Bulgaria y Turquía obliga a acelerar la campaña. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo: cada día que pasa es una ventaja para Turquía. Turquía está

utilizando este precioso tiempo para movilizar sus reservas asiáticas y concentrarlas en la región donde se decidirá el destino de toda la península balcánica, es decir, entre Andrinópolis y Constantinopla. La movilización comenzó hace veintiséis días. El enfrentamiento por la posesión de Andrinópolis podría durar semanas más y, mientras tanto, Abdüllâh Pachá podría enviar un nuevo ejército de 200 a 300.000 hombres a las fortalezas de Andrinópolis. La táctica de Bulgaria podría, o más bien debería, basarse en la velocidad y la fuerza de ataque. En este caso, es seguro suponer que el grueso del ejército búlgaro no permanecerá bajo los muros de Andrinópolis perdiendo el tiempo. Dejará tras de sí fuerzas suficientes para bloquear la guarnición de Andrinópolis y se desplazará (aunque tal vez ya lo haya hecho) desde Kirklareli hacia el sur para enfrentarse al grueso del ejército turco, es decir, a las fuerzas que Abdüllâh Pachá ha logrado reunir hasta ahora bajo su mando.

Lev Trotsky y Christo Kabakčev, *Escenas de la vida política búlgara*

### *El lado oscuro de la victoria. Dos corrientes*

Hasta ahora, la guerra sólo nos ha mostrado un aspecto: el de la población masculina arrancada de los pueblos y ciudades, hacinada en trenes y enviada al lugar de las futuras operaciones militares. Este proceso aún no ha terminado: hay que completar la movilización, continuar con la selección de reclutas y los trenes militares siguen llevándose a la población trabajadora del país. Otra corriente ha empezado a fluir en sentido contrario. En los dos últimos días, los trenes no sólo se han llevado a la población, sino que también la han traído de vuelta. Así se compensa el gran éxodo. Me refiero, por supuesto, al traslado de heridos y prisioneros.

La llegada de los heridos aún no ha dejado una huella dolorosa en el en la vida de la ciudad y ello porque no han llegado más de doscientos o trecientos. Es más, no se trata de gente de Sofía, sino de lugares lejanos. Los heridos de Sofía se han repartido entre Filipo [Plodiv], Sliven y otros lugares. En el hospital de la Cruz Roja hay varias camas vacías, las enfermeras aún mantienen su frescor y no parecen ni agotadas ni ocupadas. Las mujeres ricas traen flores y perfuman los pasillos del hospital. Sus manos gráciles y delicadas tocan la frente y las mejillas de los pacientes, que están perladas de sudor frío.

El reducido número de prisioneros que llegaron atrajo la curiosidad de la gente que los observaba e interrogaba. Ayer llegaron 320 de Mustafâ Pachá. Entre ellos había veinte búlgaros (ortodoxos), dos armenios y un judío de las montañas. El resto eran turcos.

Llegarán más prisioneros y más heridos. Entonces, las habitaciones de los hospitales de Sofía estarán literalmente abarrotadas; las enfermeras ya no podrán cambiar sus batas blancas con cada nuevo chorro de sangre y sus ojos no estarán tan brillantes como ahora, cuando dan la bienvenida a los recién llegados, sino enrojecidos por el cansancio. Las flores con las que las mujeres decoran los pasillos del hospital pronto se marchitarán...

Apenas había comenzado la movilización en los Balcanes cuando acudieron periodistas de todo el mundo. Llenaron los cafés, los hoteles y las salas de espera de los ministerios de Belgrado y Sofía. Inmediatamente empezaron a quejarse de los ministros que no les concedían entrevistas, del personal de telégrafos que les ocupaba todo su tiempo y del gobierno y el estado mayor que mantenían durante demasiado tiempo el secreto sobre los acontecimientos militares. De vez en cuando, alguien les recordaba que la guerra no se había declarado en beneficio de los periodistas y fotógrafos, y que las operaciones militares tenían otras prioridades que las de los corresponsales. Inmediatamente después de que estallaran las hostilidades, los periodistas, con algunas

excepciones, se precipitaron al cuartel general, vaciando los hoteles y los cafés. Médicos rusos, alemanes, austriacos y checos ocupan su lugar. Con sus brazaletes de la Cruz Roja y sus bolsas colgadas al hombro, tantean las calles en grupos, a la espera de una *misión*. Ayer me encontré con unas cuantas enfermeras rusas que, perplejas, se abrían paso entre la multitud.

- Estamos esperando que nos destaquen a algún lugar. Dicen que nos van a enviar... ¿Dónde?

- Creo que Lozevj.

- Lozengrad, ¿quizás?

- Exactamente, asintió la enfermera con satisfacción. A Lozengrad. ¿Es cierto lo que oímos, que los búlgaros han infligido otra paliza a tucos?

- Sí, así es. Frente a Lüleburgaz.

- Bien.

- ¿Bien?

- ¿Cómo van las cosas?

- Bien, repitió la enfermera segura de sí misma.

En dos ocasiones fui a ver a los prisioneros encerrados en el cuartel del 4º Regimiento de Artillería de Fortaleza. Para visitarlos tuve que pasar por la oficina del comandante para obtener una autorización.

Como consecuencia de la ley marcial, todas las relaciones con la administración pasan por el despacho del comandante. Llegué a un lugar poco acogedor, en plena perturbación, lleno de humo y ruido. La decoración, los procedimientos, las palabras y los gestos me parecían familiares, había algo ruso en ellos. Un hombre de edad, un habitante de la ciudad a juzgar por sus ropas, estaba pidiendo permiso para ir a Filipo, donde su hijo herido había sido hospitalizado. Estaba a punto de susurrarle algo al subcomandante.

- Vale, puedes irte. Pero no le digas a los demás que fui yo quien dio la autorización, o la tomarán conmigo.

Un alemán vestido de civil, pero con aspecto militar, deja en silencio sus documentos de identidad. El subcomandante no entiende lo que quiere, así que yo sirvo de interprete. Nos enteramos de que el alemán es un sargento segundo de un regimiento alemán llamado Fernando de Bulgaria; ha venido hasta aquí, pagándose los gastos, para presentarse como voluntario en el ejército búlgaro, pero lleva dos días en la zona sin llegar a ninguna parte...

- Dile, por favor, que vaya al ministerio de guerra. Si allí están de acuerdo, firmaré un permiso de viaje y le daré un billete gratis a Stara Zagora.

- Ya ha estado dos veces en el ministerio de guerra. No le dejaron hablar con el cargo del ministerio y lo han enviado aquí. Podría usted tal vez telefonar al ministerio para arreglar este asunto.

- No podemos comunicarnos con el ministerio de guerra: siempre está ocupado. ¿Y qué viene a hacer en nuestro ejército si no sabe nuestro idioma? Es alemán, ¿no?

- Afirma que podría salirse con la suya. Los alemanes, dice, sabemos cómo comportarnos en un campo de batalla. Afirma que el embajador búlgaro en Berlín le aseguró que podría alistarse en su ejército y que sería presentado al rey. Quiere conocerle porque también es coronel de su regimiento.

Con mi autorización para visitar a los prisioneros lista, tengo que abandonar a su suerte al sargento primero alemán que está dispuesto a luchar contra los turcos, sólo porque su regimiento lleva el nombre del rey Fernando.

El centinela de la puerta del cuartel se adelantó para negarnos la entrada. Le mostramos nuestra autorización, pero el documento no significaba nada para el soldado,

que parecía analfabeto. Todas las dificultades se superaron con la ayuda del comandante de la guardia. En el enorme patio rectangular, rodeado por un lado por el edificio del cuartel y por los otros tres por los establos, había caballos, grupos de milicianos territoriales y reclutas. Cerca de veinte prisioneros, con carretillas, se encargaban de recoger el estiércol de los establos. Nos gustaría hacer una fotografía, pero un suboficial nos lo impide.

- ¿Se necesita también una autorización especial para ello?

- Vuelva mañana a la hora de comer y podrá hacer fotos. ¿Qué sentido tiene fotografiarlos ahora?

Intenté comprender cuál era el problema. Descubrí que las autoridades no querían fotografías de presos trabajando. Parece que en Europa corre el rumor de que los búlgaros tratan mal a sus presos, obligándoles a recoger excrementos. Evidentemente, en este caso tienen mucho cuidado con la opinión pública europea.

El comandante del cuartel, un oficial de reserva, me llevó a ver a los prisioneros. Llama a una puerta. Un guardia nos abre desde dentro y entramos en la primera sala. Alberga a unos 150 hombres. A lo largo de las paredes y en el centro, hay colchones de paja en el suelo, dispuestos en cuatro filas, una al lado del otro, con mantas sucias y gastadas. Los prisioneros turcos, que se sientan o se acuestan en ellos, permanecen casi todos en posición de firmes a nuestra entrada. Llevan sandalias o zapatos en mal estado, bandas cuidadosamente enrolladas alrededor de las piernas, calzones estilo suabo, chaquetas de color verde grisáceo y fez del mismo color, excepto unos pocos que son rojos. Sus rostros expresan la humanidad en toda su variedad. Algunos parecen estar de buen humor, otros indiferentes, otros parecen aburridos o insatisfechos. Algunos son jóvenes, otros mayores. Tumbados en sacos de paja, charlan, rememoran o dormitan. Pero nuestra llegada ha provocado revuelo. Algunos temían que el oficial escoltara a una persona importante que había venido a anunciar cambios. Nos han seguido atentamente con ojos desconfiados. Una docena de hombres no se han levantado para protestar. Otros se hacen los dormidos. En un rincón, un prisionero está siendo afeitado por otro, mientras un tercero espera su turno.

- Les gusta mucho afeitarse, dice el oficial, pero por lo demás son gente sucia.

Entramos en una segunda habitación y se repite la misma escena. En la tercera, no hay colchones. El suelo está cubierto de paja y se encuentra en un estado lamentable. Los soldados estaban hacinados en peores condiciones que en las otras dos habitaciones. Sólo un puñado de hombres se levanta cuando entramos.

- Eso es todo, caballeros, dijo el oficial. Son 403. Tenemos dos en el hospital en estos momentos. Unos treinta, tal vez cuarenta, son búlgaros griegos y armenios, el resto son turcos. Fueron capturados en Skeç y en Mustafâ Pachá. Para las fotografías, vuelva mañana, al mediodía, a la hora del almuerzo. Es más interesante, se lo aseguro. Se reúnen en el patio en grupos muy pintorescos.

Hoy he vuelto al cuartel de artillería. En el patio, junto a una puerta en la que está escrito *gotvarnica* (cocina), hay unos cincuenta hombres con grandes cuencos de metal y cubos de hojalata, al parecer son los ancianos de pueblos de distintos países. “*¡Dur bakalam, dur bakalam!*”<sup>174</sup>, dice un reservista en la puerta de la cocina a los hombres que muestran signos de impaciencia. Aquí, en el patio, los turcos no parecen prisioneros, no se distinguen mucho de los reclutas búlgaros que también esperan sus raciones. Comen en grupos, sentados con las piernas cruzadas alrededor de sus cuencos. Se les da algo de *çorba* a voluntad y también una especie de ragú. Los turcos comen todos ensimismados, con calma, sin prisas, procurando no acabar antes que sus vecinos. Comen todo, luego sueltan la cuchara y los dedos. Comen con la serenidad de los campesinos.

- ¿Cómo se sienten, tienen nostalgia?, le digo al guardia búlgaro que habla turco.

- ¿Cómo no iban a estarlo? Están muy apegados a su familia y sólo esperan una cosa: que esto termine para poder volver a casa. Todos son reclutas, incluso los más viejos. Puede que hayan evitado ser reclutados una vez, pagando mucho dinero, y luego, sin dinero, fueron reclutados en la siguiente movilización. No sabían nada de la vida de soldados. Les cogieron sin luchar, se rindieron.

- ¿No tienen miedo?

- No, ya no. Por la noche, cantan sus canciones. Eh, muchachos, dice a los prisioneros, ¿quién quiere un poco más? Todavía hay un poco de *čorba* en la cocina...

En la oficina de correos, me encuentro con tres voluntarios rusos que están lejos de reavivar el patriotismo en mi corazón.

El primero, junto al mostrador de correos, es un señor bien afeitado, vestido de paisano, pero con una espada en el costado. Se queja al personal de correos de no sé qué falta de disciplina. Habla un ruso trufado de palabras en búlgaro. No habla muy bien y huele a vino. Los empleados de correos se miran entre ellos, pero le dan la razón cortésmente: “Es cierto, la disciplina es necesaria...”

- Disculpe, repite el hombre de la espada, si este hijo de perra no es disciplinado, está, hic, aprovechándose de mi amabilidad...

Los otros dos rusos, voluntarios, casi niños aún, me contaron que habían viajado a pie desde su país hasta Odessa. Allí tomaron el vapor hasta Rusčuk. Ambos parecen arrogantes y tiene aire de fanfarrones.

- Aprendimos cómo se comportan los turcos. Levantan bandera blanca y cuando sus enemigos se acercan, les disparan. Malditos sean, pero ¿es posible hacer cosas así? ¿Tú qué crees?

- Así es, no deberían.

- Pero está prohibido, es una vergüenza. ¿Llama usted a eso pelear?

- En cualquier caso, caballeros, ustedes no dispararían contra una bandera blanca.

- Pero tenemos que encontrar una manera...

- Bueno, caballeros, a más ver.

### ***La censura militar búlgara***

Cuando hemos llegado a la frontera, el oficial búlgaro ha examinado nuestros pasaportes. Como no tenían costumbre de hacerlo en Caribrod, he llegado a la conclusión de que Bulgaria tenía la seria intención de impedirles la entrada a su territorio a los espías militares y otros individuos sospechosos, lo que era totalmente legítimo.

Cuando los censores militares de Sofía prohíben la publicación y difusión de información sobre la composición de las unidades del ejército, los movimientos de tropas, la distribución del material militar y los planes de guerra, puedo entenderlo: están luchando para ganar esta guerra. No me cuesta aceptar que el secreto militar sea una de las condiciones de la victoria. Sin embargo, queda por saber hasta qué punto se puede mantener el secreto militar censurando los telegramas y hasta qué punto, el enemigo, está interesado en extraer información de los informes de los corresponsales de prensa y no de fuentes mucho más fiables. Al menos en mi opinión, ésta sigue siendo una cuestión abierta.

Se dice que Moltke se enteró de la intención de MacMahon<sup>175</sup> de ir en ayuda de Metz por un telegrama enviado desde París a *The Times* en Londres. Puede que así sea. Sin embargo, sería interesante buscar en los archivos del ministerio de guerra alemán qué fuentes proporcionaron a Moltke una segunda información más fiable que le convenció

para actuar. Podríamos buscar un precedente en el caso de los japoneses que, habiendo planificado sus operaciones militares en absoluto secreto, ganaron la guerra<sup>176</sup>.

Sin embargo, ¿es concebible culpar a los censores japoneses del total desconocimiento de la situación por parte del estado mayor ruso? Esto es, como mínimo, dudoso. Por otra parte, no creo que el general Nogi basara sus planes en los telegramas enviados a los periódicos, sino en información más fiable recopilada por su servicio de espionaje. También hay que tener en cuenta que las operaciones militares en los Balcanes se desarrollan en un territorio en el que una parte de la población apoya a los aliados y la otra a los turcos. Podemos imaginar, incluso sin conocer los detalles, las oportunidades que este contexto ofrece para el espionaje militar.

Dejando a un lado estas reflexiones, no comprendo el significado de la prohibición de escribir artículos sobre la movilización y, más en general, sobre cualquier tema militar. En este sentido, mi capacidad para comprender el punto de vista de los censores ha llegado a sus límites.

Los censores militares de Sofía han extendido sus competencias a un ámbito tan amplio que también sobrepasa los límites a los que me refería. No importa si la correspondencia se refiere a la guerra o no. Los censores militares creen que es su derecho y su deber mantener a los lectores europeos al margen de hechos y comentarios que, en su opinión, podrían mostrar los aspectos menos positivos de la vida social búlgara.

Hace dos días envié un telegrama describiendo la llegada de un convoy de municiones a la estación de Sofía. Era un espectáculo impresionante: cientos de carretas tiradas por bueyes y búfalos, controladas por ancianos que parecían salidos de las páginas del Antiguo Testamento, atravesaban la ciudad. Llevaban zapatos de cáñamo y palos de pastor. La caravana iba escoltada por hombres de la milicia territorial vestidos de campesinos. El preciado cargamento iba embalado en pulcros cajones de madera... Sin embargo, no era de eso de lo que quería hablar, sino de la sospechosa censura.

- Pido disculpas. Me parece que en ninguna parte de este texto se hace referencia al destino de esta munición. ¿O cree que los turcos no saben que tienen munición y que la están transportando?

- Tal vez... pero podemos deducir de su telegrama que no estamos preparados. Si las estamos transportando ahora, significa que no están donde deberían estar.

- ¿Le he entendido bien? ¿Todo el mundo debe estar convencido de que toda la munición de Bulgaria, hasta el último cartucho, estaba ya en el lugar de los combates incluso antes de que comenzaran las hostilidades?

Tuvimos una larga discusión y al final el censor tuvo que ceder. En otra ocasión, mi telegrama se refería al comité municipal de Sofía que se ocupaba del distrito de Juč-Bunar. Calculaba que 1.500 familias de un total de 12.000 personas (no tengo a mano las cifras exactas) carecían de medios para sobrevivir.

- ¿Cómo sabe usted esto?

- Lo sé, eso es todo.

- Pues nosotros no lo sabemos.

Abrí los brazos para expresar mi pesar.

- Es vergonzoso. La gente va a pensar que aquí hay miseria absoluta.

- No he hablado de miseria absoluta. He citado las cifras exactas, añadiendo, además, que la ciudad ha concedido 500.000 leva para ayudar a las familias pobres durante los próximos seis meses.

- Es posible.

Lo que es posible es que no lo entienda. Si sólo informo de los hechos positivos, nadie creerá lo que escribo. Por último, no somos agentes del gobierno búlgaro ni del estado mayor, somos periodistas independientes.

Discutimos un rato y, también en este caso, el censor cedió.

La tercera vez, telegrafíe sobre la increíble tensión que sufren las energías y los recursos de este pobre pequeño país. “Es como para estremecerse”, escribí, “pensar en el terrible daño causado a la joven cultura búlgara. Sólo permaneciendo aquí podemos medir el alcance del villano crimen cometido por la complaciente, miope y pusilánime diplomacia de Europa.”

- Todo esto está mal. Está en contra de la guerra. Usted dice abiertamente que la guerra ha causado daños en el ámbito cultural.

- En primer lugar, me parece que esto debería ser obvio, al menos eso espero; en segundo lugar, mis escritos no se refieren a los búlgaros. En cualquier caso, usted no puede impedir que mi periódico tenga este punto de vista. Y, en tercer lugar, su ministro de hacienda me dijo que “la guerra está afectando sobre todo a nuestras finanzas y al desarrollo económico del país” y yo he teleografiado sus palabras exactas.

- Eso no se puede escribir, en absoluto.

Volvimos a discutirlo, pero no hubo forma de evitarlo: tuve que suprimir “daños en el ámbito cultural”.

Se trata de fricciones menores, pero la única razón por la que aún no hemos llegado a los extremos es que, inspirados por la experiencia de las primeras corresponsalías, ya ni siquiera intentamos enviar noticias o comentarios que, aunque no perjudiquen los intereses de Bulgaria como país beligerante, entrarían en conflicto con las tendencias dominantes de la censura militar en Sofía.

Aparte de la censura militar (que, sin embargo, extiende sus poderes a la esfera civil, como en el ejemplo del número de pobres en Júc Bunar), existe también la censura política. No puedo decir cómo funciona ni cómo está organizada, porque no sé lo que ocurre a nuestras espaldas. En cualquier caso, supongo que es responsable de los retrasos de una hora o incluso dos en el envío de nuestros telegramas.

En consecuencia, nuestros intentos de enviar nuestros mensajes telegráficos se han convertido en interminables carreras de obstáculos.

Una vez escrito, el telegrama es examinado por el comité de censura, compuesto por dos o tres oficiales de reserva y dos o tres civiles, todos muy jóvenes. Tienen mucho que hacer, porque también son responsables de censurar todos los periódicos de Sofía. En primer lugar, un telegrama tiene que esperar su turno y luego, tras una primera lectura, si hay dudas, se somete al examen del profesor Zonev. Los textos aprobados son firmados por el censor con el siguiente sello: “Ministerio de Guerra-Cuartel General”.

Armados con este documento, nos dirigimos a la oficina de telégrafos. Antes de que los corresponsales de guerra invadieran Sofía, había un empleado de telégrafos encargado de recoger nuestros despachos de los censores. Ahora, debido a la escasez de funcionarios (algunos están en el cuartel general), no hay nadie que lo haga. Tenemos que ponernos en lista de espera. Y, dado que en estos momentos no hay una sola familia búlgara que no esté preocupada por alguien, el número de telegramas que hay que enviar es enorme. A veces tenemos que esperar hasta media hora, a veces más. Cuando por fin conseguimos entregar nuestro telegrama, aún no sabemos cómo lo recibirán los censores políticos.

Naturalmente, la opinión pública europea puede decidir por sí misma. Los telegramas de Constantinopla sirven para matizar los de Sofía. Los lectores pronto se dieron cuenta de que las corresponsalías búlgaras eran tendenciosas y ofrecían crónicas demasiado ilusorias, por lo que emitieron sus propios juicios y expresaron sus reservas, como debía ser. La opinión pública búlgara, en cambio, es mucho peor. Toda la prensa entona una alegre marcha militar. Los comunicados del estado mayor, muy genéricos y vagos, sólo hablan de victorias búlgaras, posiciones conquistadas y turcos muertos,

heridos o hechos prisioneros. El público se entera de que había búlgaros heridos sólo por el anuncio del gobierno de que el rey Fernando ha concedido a algunos de ellos la medalla al “valor militar”.

Ayer no se nos permitió telegrafiar la noticia de que los hospitales se preparan para recibir a doscientos heridos en el transcurso de la noche. El comité de censura es aún más estricto con la prensa local. La menor alusión, por remota que fuera, a los aspectos menos edificantes de la guerra, a los muertos, los enfermos y los indigentes, se suprime inexorablemente. Se anima a los lectores a adoptar una actitud acrítica, irreflexiva, casi alegre ante la guerra.

Las noticias que circulan (al menos, las que han recibido permiso para circular) ocultan o embellecen los hechos, y precisamente por ello los rumores se amplifican exageradamente. En el Café Bălgarija, cuartel general de políticos, periodistas y holgazanes que gastan su tiempo en coyunturas políticas sin sentido, desde los primeros días de la guerra se afirmó que Lozengrad había caído y a los pocos que expresaron alguna duda se les dijo que se callaran. “Si las cosas siguen así, llegaremos a Constantinopla en diez días”, me dijo un publicista búlgaro tras la caída de Lozengrad.

- ¿Un desembarco de fuerzas turcas en Kavarna? Tonterías: es absolutamente imposible. En primer lugar, los turcos no disponen de medios de transporte; en segundo lugar, no tienen soldados capaces de llevar a cabo un desembarco. Por último, tenemos fuerzas considerables montando guardia en la costa del mar Negro. Además, Rusia no permitiría tal desembarco. Por último, Grecia ha cerrado los estrechos, obligando a las potencias a declarar neutrales las aguas del mar Negro. Ni un solo soldado turco ha logrado cruzar nuestra frontera desde el comienzo de la guerra. Los turcos no han hecho ni un solo prisionero.

Estos son los efectos de la manipulación de la opinión pública, el resultado de los esfuerzos combinados del estado mayor, los censores y la prensa.

Los hombres en el poder están satisfechos con su política. No hay nada en los periódicos extranjeros sobre la distribución de las fuerzas búlgaras y las páginas de la prensa nacional (o más bien la media prensa, dado que los periódicos han reducido a la mitad su formato habitual) están llenas de variaciones sobre el tema entonado por el estado mayor. En cambio, los opositores a la guerra son reducidos a un silencio absoluto.

*Den'*, número 18, 19 de octubre de 1912

### ***La prensa y la censura***

En la actualidad, la prensa búlgara, como el resto de la sociedad, es una mera sombra de lo que fue. De los quince periódicos impresos en Sofía, sólo siete siguen publicándose, y solo dos conservan la misma paginación: *Mir*<sup>177</sup> y *Bălgarija*. *Mir* es el órgano de los *narodnjaci* y, por tanto, hoy es el órgano oficioso de Gešov y Todorov. El principal inspirador del periódico es Pejev, ministro de educación, uno de los publicistas más hábiles de Bulgaria. Por el contrario, *Bălgarija* era el periódico de la otra mitad del gobierno, los *tzankovistas*. Lo dirige el Dr. Spisarevskij, que se pasó de los socialistas a los *tzankovistas* hace tres años. Desde la semana pasada, *Bălgarija* ha reanudado su publicación con la misma paginación que antes: cuatro páginas de pequeño formato, mientras que al principio de la guerra salía a mitad de tamaño.

*Utro y Rec'*<sup>178</sup> salen a primera hora de la mañana. Son hojas sensacionalistas de sesgo estambulovista y radoslavovista. Los pregoneros de estos dos periódicos, muchachos de entre siete y quince años (la mayoría en edad escolar), despiertan a toda la población del centro de la ciudad a las seis de la mañana con sus gritos frenéticos. *Večerna*

*Pošta* se publica por la tarde en colaboración con *Reč y Dnevnik*, el suplemento de *Utro. Dnevnik Novini*<sup>179</sup> sale a mediodía y se diferencia de los cuatro periódicos ya mencionados sólo en la hora a la que sale la tipografía.

*Kambana*, periódico libre socialista, republicano y nacionalista libre, ha apoyado en los últimos tiempos a la Organización Revolucionaria de Macedonia y también ha luchado incansablemente a favor de la guerra. Fue *Kambana* quien difundió por toda Europa el falso rumor de que el 11 de octubre 40.000 soldados turcos, junto con príncipes y pachás, habían sido capturados en Lozengrad. Incluso se dijo que un buque de guerra turco había sido hundido, a no ser que se tratara de las profundidades de la fantasía de este periódico. Su circulación fue suspendida por el comandante local porque había impreso *priturkas* sin permiso de la censura. Por la misma época, el director, Christo Stanchev, se alistó en la Legión Macedonia, por lo que *Kambana* dejó de publicarse sin causar grandes pérdidas a la patria ni a la humanidad.

*Preporec*<sup>180</sup>, el órgano del partido democrático, había dejado de publicarse antes del comienzo de la guerra, pero no por dificultades técnicas, como la falta de máquinas tipográficas u otras cosas por el estilo, sino por razones políticas. “Hemos arriado la bandera de nuestro partido”, dijo el líder de los demócratas, el Sr. Malinov, “para izar la bandera del país”. No es difícil adivinar el significado político de este gesto. Sin embargo, la guerra sigue siendo un gran interrogante y los partidos de la oposición, no sólo aquí sino también en Serbia, intentan no estorbar al gobierno. Al contrario, ofrecen su cooperación. Pero se resisten a asumir responsabilidades. Por el momento, y dadas las circunstancias actuales, consideran más apropiado abstenerse de airear sus opiniones. Al dejar de publicar su órgano de prensa, el partido democrático se ha quitado de encima la necesidad de apoyar al gobierno en todo o de contradecirlo sobre muchos problemas.

Otras publicaciones de la oposición también cerraron durante el mismo periodo. Las razones son casi idénticas. Semjon Radev, director del estambulista *Volja*, abandonó su ferviente pluma de publicista para tomar un lápiz de censor no menos enérgico. *Narodni Prava*, el órgano radoslovovista, ha dejado de publicarse. *Balkanskaja Tribuna*<sup>181</sup>, periódico “independiente” próximo al ala izquierda de los *narodnjaci* (el partido de Geov), también ha abandonado el campo.

Dos periódicos socialistas también se vieron obligados a suspender su publicación: *Narod*, órgano del partido unificado, y *Rabotničeski Vestnik*<sup>182</sup>, órgano del *tesnjaci*. Al comienzo de la guerra, ambas publicaciones aparecían dos veces por semana; apenas quedaba nadie para escribir, maquetar o corregir erratas, porque tres cuartas partes de los trabajadores habían sido reclutados por el ejército. Además, hay que recordar que en esta ciudad estaba vigente la ley marcial y que la administraba un militar. Los editores de *Rabotničeski Vestnik* habían sido convocados a la oficina del comandante y se les había informado, en la vigorosa lengua búlgara, de los peligros que corrían si seguían publicando. No me corresponde a mí juzgar hasta qué punto las nuevas disposiciones del comandante se ajustan a los apartados de la constitución búlgara. El hecho es que el periódico ha dejado de publicarse por el momento...

No está de más, en este contexto, volver al tema de la censura militar, fuente inagotable de discusiones y quejas de los corresponsales acreditados.

Muchos influyentes periódicos europeos han descrito con complacencia la censura y a los respetables maestros, profesores universitarios, profesores de latín y poetas líricos que, en interés de la patria búlgara, se han convertido en truculentos censores. Si yo hubiera estado en el pellejo de los censores, debo admitir que probablemente también habría albergado la convicción de que el secreto de las victorias militares residía en el uso desenfrenado del lápiz rojo. Pero, como no soy un censor sino un periodista sometido a

la censura, iré en contra de la opinión dominante en estos periódicos europeos y diré que, en mi humilde opinión, la censura búlgara no está perfectamente organizada.

Al principio, se permitía telegrafiar no sólo los boletines oficiales del estado mayor, sino también nuestros artículos, a condición de que se especificara que estos últimos no eran informes oficiales. Estas condiciones iban de la mano de las exigencias de una crónica concienzuda y las cumplimos sin protestar. En las dos últimas semanas, las normas han cambiado radicalmente: está prohibido telegrafiar cualquier tipo de informe relativo a operaciones militares. Nos informaron, de buenas a primeras, de que cuando la censura permite que se difundan noticias, también asume la responsabilidad de su credibilidad. Esta nueva función de la censura, no sólo vigilar a los corresponsales para evitar que informen de hechos perjudiciales para las operaciones militares o cualquier otro interés del estado, sino también garantizar que esas noticias digan “la verdad y nada más que la verdad”, la acogimos como una manifestación exagerada de la preocupación de la censura por la integridad moral de los corresponsales y el enriquecimiento espiritual de los lectores de periódicos europeos. Sin embargo, tuvimos que acatarlas. Estas nuevas normas nos han liberado de la carga de comprobar las noticias que enviamos. Desde entonces, cuando los censores nos dan permiso para enviar un telegrama, podemos estar seguros de que contiene “la verdad y nada más que la verdad”. Si el telegrama es interceptado, significa que la noticia es falsa.

En dos ocasiones, nos encontramos en una situación desagradable precisamente a causa de este procedimiento. A principios de noviembre, recibimos la vaga noticia de que el ejército búlgaro había hecho retroceder a los turcos hasta Çatalca, por el flanco derecho, y derrotado a Nâzîm Pacha en el centro. El telegrama que contenía esta noticia no había pasado por el censor. Por lo tanto, estábamos convencidos de que la información era falsa. Pero el 3 de noviembre, los rumores se hicieron más claros: la línea de Çatalca había sido rota y el ejército turco dividido. Los búlgaros estaban a punto de avanzar y la entrada del rey Fernando en Constantinopla estaba prevista para el 5 de noviembre. Todos los corresponsales corrieron a la oficina de censura. Esta vez, los mensajes fueron aceptados sin demora. Así que ¡era verdad! No necesitábamos comprobar las noticias ni presentarlas con las precauciones habituales. Es cierto que decepcionamos a la opinión pública durante dos días enteros, pero fue con la colaboración activa de los censores militares y creemos que hay que decirlo.

Quisiera plantear otro problema que no se refiere directamente a la censura, pero que de alguna manera está relacionado con ella.

La constitución búlgara no prevé en absoluto la censura. No es de eso de lo que quiero hablar, aunque los responsables de la censura, en su deseo de desempeñar un papel decisivo en el éxito del ejército búlgaro, no duden en ignorar los artículos civiles de la constitución del país. Pero no quiero entrar en eso otra vez. A fin de cuentas, no es asunto mío, aunque tenga mi opinión al respecto. Sin embargo, sea cual sea la tesis de cada uno sobre la necesidad o no de la censura, es, en cualquier caso, una espina clavada en el costado de la democracia política. Será difícil quitarse esta espina más adelante, y el punto podría permanecer atascado durante mucho tiempo. Sin entrar en metáforas, no estoy nada convencido de que después de la guerra, e incluso después de las negociaciones de paz, el gobierno considere posible volver inmediatamente a las condiciones anteriores de total libertad de prensa. En general, no es un problema introducir medidas de emergencia, el problema es revocarlas. Después de la guerra, no faltarán pretextos para *amordazar* a la prensa: las nuevas provincias, las relaciones inestables, la falta de fiabilidad de los elementos extranjeros de la población (griegos y turcos), etc.

Hay que señalar que la introducción de la censura no ha provocado ninguna reacción por parte de la oposición patriótica. Más bien al contrario. De hecho, además de

los estambulovistas, los demócratas radicales también están trabajando por la censura. Parece que se encargan de introducir *reglas temporales* y draconianas para controlar la prensa sin ningún pudor. No les preocupan las posibles consecuencias políticas, y ni siquiera se les pasa por la cabeza la idea de que la responsabilidad de la censura debería recaer sobre quienes decidieron los hechos que requieren esta censura. Todo esto es posible no sólo por el entusiasmo patriótico circunstancial, que impone silencio y cautela política a la crítica democrática, sino también por la falta de formación de una conciencia democrática de los antagonismos. Si la duda, como decía Robespierre, es la virtud suprema de la democracia, entonces esta virtud está todavía en pañales en Bulgaria.

Ya he tenido ocasión de escribir sobre ello<sup>183</sup>. Por el momento, la democracia búlgara es, en esencia, todavía muy primitiva. Es una democracia de la vida cotidiana, basada en relaciones sociales que aún no se han desarrollado en clases bien definidas. Al carecer de una base en el seno de las clases privilegiadas, la reacción búlgara es débil: se ve obligada a transigir constantemente con las medidas liberales, al menos las que coinciden con las exigencias de europeización del estado y la economía búlgaras. Por otra parte, la democracia búlgara, aquejada de una falta de educación histórica y de grandes tradiciones, no ha desarrollado ni un verdadero olfato ni una intransigencia política. La reacción puede ser como un león sin garras ni dientes, pero la democracia no tiene la aguda vista del águila ni siquiera sus alas. Pero que quede claro, la causa de todo esto no radica en el carácter nacional de los búlgaros, sino en el atraso de las relaciones sociales.

Los radicales búlgaros no dudan en *sermonear* a la izquierda rusa. La acusan de “falta de sentido práctico”, de “utopismo” y, más precisamente, de incapacidad para comprender la cuestión balcánica en sus particularidades y generalidades. (Y. N. Čilivov ya ha escrito al respecto). No pretendo, por el momento, determinar hasta qué punto esta crítica tiene fundamento. Sin embargo, hay que decir (ya sea para su honor o para su vergüenza) que la izquierda rusa nunca, bajo ninguna circunstancia, aceptaría el papel de censor. Los grandes obstáculos históricos que se han interpuesto en el camino de la izquierda le han enseñado la virtud de la duda. También creo que la izquierda rusa no tiene nada que aprender a este respecto de los radicales y las *prácticas* búlgaras. La historia política de nuestros respectivos países es demasiado diferente. Por lo tanto, creo (y es una idea que ya formulé no hace mucho en estas columnas) que la guerra provocará muchos cambios, incluso en las relaciones políticas búlgaras, y que hará necesaria una nueva evaluación de muchos aspectos. Gracias a dios, la reacción búlgara podrá adquirir garras, quizá no las de un león, pero lo suficientemente afiladas. Y la democracia búlgara (o los elementos genuinamente democráticos) aprenderán algunas buenas lecciones políticas de la historia...

*Kievskaja Mysl'*, número 331, 29 de noviembre de 1912

### ***Un ejército de vencedores***

- Cuando escriba usted sobre la guerra, me dijo un intelectual búlgaro que se había presentado voluntario, había participado en tres batallas y acababa de regresar a Sofía por enfermedad, no olvide decir esta gran verdad. En cuanto los que se desgañaban a favor de la guerra, los que más agitaban en los comités y en los periódicos, nuestros stambulovistas y patriotas profesionales, tuvieron la oportunidad de hacerlo, se refugiaron en lugares bien protegidos, convirtiéndose en ayudantes de campo o encontrando cobijo en el estado mayor o en la censura. En cambio, los otros, los que se habían opuesto a la guerra, los que habían considerado su deber político luchar contra la implicación de

nuestro país en esta terrible empresa, pues bien, cumplieron con su deber, cada uno en su posición, con honor y valor.

En más de una ocasión he escuchado declaraciones de este tipo y, en algunos casos, he podido comprobarlas en persona. En realidad, ni siquiera hace falta buscar pruebas, porque, en conjunto, estas declaraciones son muy plausibles y aún más convincentes si se tiene en cuenta lo que está ocurriendo en Rusia...

Se ha escrito que el pueblo búlgaro pedía a gritos la guerra. Algunos periodistas rusos, que recibían la información sobre el estado de ánimo de la población directamente del estado mayor, es decir, de la dirección del partido octubrista, insistieron especialmente en ello. Esto no es cierto. El pueblo no quería ni podía querer la guerra. El campesino se veía a sí mismo con su ganado, sus víveres y su carro requisados y enviados a Odrin a luchar; se veía a sí mismo dejando a su mujer y a sus hijos en su desolada choza. No podía desear la guerra. Habría sido muy feliz si hubiera habido una solución pacífica. Pero las clases dominantes no encontraron otra solución que el exterminio mutuo de los campesinos búlgaros y turcos. Y cuando quedó claro que el pueblo se vería obligado de nuevo a la guerra a causa de las políticas anteriores de los gobiernos balcánicos y de la diplomacia europea, el soldado búlgaro aceptó ir a la guerra. Aceptó la guerra, en conciencia, como única salida a la intolerable situación provocada, por un lado, por el caos macedonio y, por otro, por el militarismo búlgaro. Estos campesinos y obreros (que saben leer y escribir y han sido educados en el sufragio universal), que habían aceptado conscientemente la guerra, demostraron ser excelentes luchadores. Esta victoria es suya.

La historia es diferente cuando se trata de los escalones superiores del cuerpo de oficiales búlgaros. Bulgaria llevaba veintisiete años sin librar una campaña militar. En ese tiempo, los *héroes* de la guerra serbo-búlgara se adaptaron muy bien al clima de paz, beneficios y prosperidad. El país se había enriquecido. Se habían creado bancos, aumentado el presupuesto y enriquecido el equipamiento militar. Surgieron notables oportunidades de enriquecimiento. Los mayores y coroneles de 1885 se habían convertido en generales, a menudo en los servicios auxiliares, dedicados al comercio y las finanzas. El culto al ejército se había transformado en un culto al beneficio, sobre todo y exclusivamente para ellos. Su dios ya no era Marte, sino Hermes<sup>184</sup>. El mismo Hermes que había aparecido en el juicio de los ministros estambulovistas como dios de los negocios y dios del robo. Los estambulovistas, más que ningunos otros, tenían influencia en los círculos superiores del cuerpo de oficiales. Savov, comandante en jefe del ejército búlgaro, que ya había sido ministro de la guerra en un gobierno estambulovista anterior, gozaba de gran popularidad entre los oficiales, popularidad que, y esta es una pista interesante sobre las costumbres búlgaras, no se vio sacudida en lo más mínimo por un proceso judicial en el que se le acusaba de peculado.

El último gobierno estambulovista (1902-1907) había asignado importantes fondos al ejército para que pudiera cumplir con su “deber nacional”. Más tarde se descubrió que, (¡la naturaleza del nacionalismo aborrece el vacío!), una parte considerable del presupuesto militar había ido a parar a los bolsillos de los ministros estambulovistas, junto con algunos senadores y representantes de la diplomacia francesa en Sofía. Cuando su control del poder se hizo imposible, los estambulovistas recomendaron al rey Fernando al partido demócrata, por tener la política exterior más cercana a la suya.

En la oposición, los demócratas habían exigido sin vacilar que se juzgara a los estambulovistas. Una vez en el poder, los demócratas hicieron todo lo posible por evitarlo. Sólo cuando se les pilló con las manos en la masa en relación con las transacciones financieras vinculadas a la adquisición de los ferrocarriles de Rumelia Oriental, y su posición se tambaleó, los demócratas decidieron recurrir a soluciones extremas. El

parlamento democrático votó la destitución de los dos gobiernos de Stambulov: Petkov y Gudev. Los más comprometidos fueron los ministros de comercio, Gennadiev, finanzas, Paikov, y guerra, Savov. Al final de la investigación, que duró casi dos años, el presidente de la comisión de investigación, el profesor Danailov, presentó un acta de acusación de dos mil páginas. La extensión de este documento atestigua el interés que tenían los estambulovistas en agitar a favor de una guerra que significaba la amnistía de los crímenes políticos.

En los círculos periodísticos, el elemento más representativo del estambulovismo militar era Semjon Radev. Este personaje, hoy conocido en todo el mundo gracias a los corresponsales de guerra, merece atención. A principios de 1900, Radev era anarquista. Entre 1901 y 1902 publicó en el extranjero *Le Mouvement macédonien*<sup>185</sup>, en el que se declaraba partidario y defensor de la causa de Sarafov, el revolucionario macedonio asesinado más tarde por Panica, uno de los agentes de Sandansky. De regreso a Bulgaria, Radev se afilió al partido estambulovista, conocido desde hacía tiempo por su habilidad para salirse con la suya en el complicado juego macedonio. Periodista de cierto talento, y lejos de ser estúpido, Radev consiguió hacerse indispensable para los estambulovistas. Y cuando, a pesar de la novela de dos mil páginas que se había escrito sobre sus chanchullos, Savov fue nombrado comandante supremo (y otro estambulovista, el general Fiev, se convirtió en jefe del estado mayor), Semjon Radev se encontró a la cabeza de la censura militar. Pero este nombramiento ocultaba algo más. Radev es autor de una obra histórica titulada *Fundadores de Bulgaria*. El próximo volumen estará dedicado a la guerra actual. El grado de gloria con que la historia coronará a los generales y coroneles victoriosos dependerá en gran medida de Semjon Radev. Ni que decir tiene que intenta sacar el máximo partido de su posición. El anarquista hambriento de poder de su tiempo ha conseguido envenenar la existencia de los periodistas europeos obligados a estar en contacto con él a fuerza de villanía. Hay que reconocer, sin embargo, que mostró cierta indulgencia con algunos, aunque nadie está convencido de que su comportamiento fuera desinteresado. Sólo hacia el final, cuando Radev empezó a sentirse demasiado cómodo, las autoridades decidieron destituirle.

He aquí otro ejemplo. El puesto de comandante de Sofía fue confiado a Bonev, coronel en la reserva, comerciante y banquero de turbio carácter. Con la audacia que le caracterizaba, Bonev se jactaba a menudo de que era capaz de meterse a Sofía en el bolsillo, y que lo único que habría tenido que hacer era ser alcalde de la ciudad durante dos meses. La corrupción encontró abierta de par en par la puerta del despacho del comandante. Y, dado que el comandante es el principal responsable de las requisas, podemos imaginar lo que podría haber ocurrido en este departamento.

En un café de Sofía me mostraron a un antiguo alcalde de la capital Stambulov que, por cierto, había sido condenado por espiar para el gobierno turco. Para evitar un *escándalo*, no fue juzgado. Hoy, este individuo viste uniforme de oficial y ocupa un cargo en el ministerio de la guerra.

Un *popular* general, que fue acusado de apropiación indebida y escapó del juicio, ha sido nombrado comandante en jefe. Un famoso... escamoteador, al mando de Sofía. Un vulgar arribista, a cargo de la censura militar. Un exagente turco tiene un puesto bastante importante en el ministerio de guerra. Todo esto arroja una luz muy brillante sobre la moralidad del mando militar. Huelga decir que estas personas de la cúpula han elegido con cuidado a sus colaboradores cercanos. El nepotismo jugó aquí un papel decisivo. Entre todos los oficiales de carrera, a los advenedizos se les dieron puestos desprovistos de peligros, pero no de oportunidades de lucro. Por otra parte, los puestos de mando en las unidades de combate, incluidas las compañías, fueron todos otorgados a oficiales de reserva, la mayoría de los cuales eran habitantes de ciudades bien educados,

a menudo opuestos a la guerra por principio, pero que sin embargo cumplieron concienzudamente con sus obligaciones.

Es difícil decir si los planes estratégicos del estado mayor búlgaro fueron realmente eficaces. Tengo la sensación de que estos planes no tuvieron nada que ver con lo que ocurrió en el campo de batalla. Fuentes bien informadas afirman que el comandante del III Ejército, Radko Dimitriev, un rusófilo próximo a los tzankovistas, está enfrentado con el stambulista Savov y con el estado mayor. Se dice que ha llevado a cabo las operaciones más importantes por propia iniciativa, manteniendo completamente en la ignorancia a Savov durante tres o cuatro días seguidos. Esto ya es suficiente para hacernos dudar de que todas esas operaciones hayan estado coordinadas bajo el control omnisciente del estado mayor. Este rumor puede ser cierto o no, para quien ha seguido todo el desarrollo de la campaña con un mínimo de atención, está claro, sobre todo, que los búlgaros, igual que los serbios, deben sus victorias a la caída de la moral de los turcos y de su falta de preparación técnica. La victoria ha sido asegurada por los soldados y oficiales provenientes de la vida civil y que han cumplido, con honor, con lo que consideraban como su deber.

El irresistible avance, a lo *Skobelev* (por retomar el término utilizado por Nemirovič-Dančenko), de la división de Radko Dimitriev de Kirklareli en Çatalca, no es el resultado de planes minuciosos, sino de la retirada del ejército turco, presa del pánico y desprovisto de recursos morales para resistir. La falta total de coordinación de los servicios en la retaguardia demuestra que la importancia de este avance había sido prevista en una mínima proporción. Tanto el aprovisionamiento en víveres como el transporte de heridos han sido organizados de forma desastrosa. Los soldados en marcha se han quedado sin comida durante dos e incluso tres días seguidos. Los heridos han sido dejados durante semanas sin curas, con sus llagas cubiertas de miseria. El ejército que, en poco más de dos semanas, se precipitó de Kirklareli a Çatalca y que estaba agotado, constató que estaba sin aprovisionamientos. El general Dimitriev ha intentado, en vano, tomar Çatalca con un golpe de fuerza, como en Lozengrad. En Derkos, ha empujado inútilmente a sus hombres febriles, hundidos en el agua y el lodo hasta la cintura o el pecho. Los fusileros turcos tiraban sobre ellos como sobre conejos. Se demostró imposible un nuevo avance. Al exhausto ejército ya no le quedaba otra elección más que perecer de tifus o de colera o retorcerse de dolores reumáticos. El avance a lo *Skobelev* se giró contra los vencedores.

El mismo Radko Dimitriev (y en este caso, sin duda alguna, con el acuerdo del comandante en jefe) inyectó el veneno de una espantosa desmoralización entre las filas del ejército al incitar a los soldados a descerrajar el tiro de gracia a sus enemigos heridos o prisioneros. “Si los heridos y los prisioneros turcos impiden la movilidad, tomad las medidas necesarias para eliminar esos obstáculos.” El mensaje fue entendido: heridos y prisioneros fueron eliminados por centenares al principio, después por millares.

Radko Dimitriev se lo ha jugado todo a una carta: a la del ataque brusco. Además, y con la imprevisión de un general *de asalto*, no ha tenido cuidado para velar por el bien máspreciado del ejército: la dignidad moral de sus soldados. Dimitriev no es, ciertamente, el peor general búlgaro, pero posee las mismas características de fondo (el carrerismo, la temeridad sin consideración y el cinismo) que encuentran en su antagonista, el general Savov, su más clara expresión.

Bulgaria no ha alcanzado sus victorias gracias al genio, que está por demostrar, de sus generales. Los errores de los generales son evidentes mientras que sus éxitos todavía deben pasar la criba de la crítica. Si las victorias rinden honor a quienes las han logrado, entonces esas victorias pertenecen, por derecho propio, a la resistencia e intrepidez del

campesino, del trabajador soldado y del oficial que es expresión de las capas instruidas de Bulgaria.

*Kievskaja Mysl'*, número 338, 6 de diciembre de 1912

### *De vuelta del frente*

Llegué a Sofía el 5 de octubre, el día en que se declaró la guerra. Era un espléndido día de otoño veraniego. Parecía que la guerra era todo canciones, gritos patrióticos y flores en las armas.

Cuando abandoné Sofía el 26 de noviembre, la crueldad de la guerra ya había dejado su huella. Sesenta y siete mil muertos y heridos, quince mil enfermos (antes de la batalla de Çatalca): eso es lo que había calculado el doctor Merval, representante de la Cruz Roja Internacional. Otros veinte mil soldados cayeron en el frente de Çatalca. En total, ciento dos mil hombres quedaron fuera de combate, un tercio de los soldados del país. Se puede decir y escribir mucho sobre estas cifras, pero lo que realmente significan es extremadamente grave. Si pusiéramos a todos los soldados muertos y lisiados en una sola línea, cubriríamos una distancia de al menos quinientas verstas, con el primer soldado muerto por una bala máuser en la cabeza, tendido en la estación de San Nicolás de San Petersburgo, y las piernas deformadas por las convulsiones del cólera del último soldado, tendido en las escaleras de la estación de San Nicolás de Moscú. Y eso no es todo. Haciendo caso omiso de las leyes de armisticio, el tifus y el cólera siguieron haciendo de las suyas en el frente de Çatalca.

Los servicios sanitarios del ejército búlgaro, y sobre todo sus servicios de abastecimiento, estaban realmente mal organizados. Tras tomar Kirklareli con extrema facilidad, Radko Dmitriev pensó que podía continuar su campaña con el impacto de una carga de caballería. Pero descuidó la necesaria coordinación entre la ofensiva del ejército y el movimiento de las columnas de abastecimiento. La comida y la ropa no seguían el ritmo del avance y acababan invariablemente en el lugar equivocado. Los médicos eran escasos, por la sencilla razón de que los búlgaros no permitían la entrada de extranjeros en las posiciones avanzadas. Había demasiadas cosas que ocultarles. En cuanto un soldado quedaba fuera de combate, dejaba de existir para el mando. El personal médico se reclutaba entre los miembros más ignorantes, inútiles e incapaces de la población. Tras los enfrentamientos iniciales, muchos de ellos se habían convertido en simples saqueadores. Durante los combates, se mantenían bien lejos de la línea de fuego; dejaban a los soldados heridos en el agua y el barro durante horas (llovía todo el tiempo), antes de llevarlos a los puestos de socorro. En cuanto callaban los cañones, los camilleros se lanzaban al campo de batalla para robar todo lo que caía en sus manos. Ignorando las quejas y los gritos de socorro de los heridos, se lanzaban a por los muertos, arrancándoles las botas, vaciándoles los bolsillos y rasgándoles la ropa. He oído historias terribles sobre esto. Estos hombres eran capaces de apartar de una patada las manos tendidas de los heridos, que suplicaban un poco de agua de sus labios resecos.

En un hospital de Sofía, un soldado me habló de un camillero al que conocía bien, un hombre de su pueblo. Había abierto la chaqueta de un herido con tanta brutalidad que los botones saltaron. Estaba rebuscando en los bolsillos cuando el herido soltó una queja. "Creía que estabas muerto", murmuró el chacal mientras huía. Ni siquiera necesito describir el trato que recibieron los turcos heridos. Apuñalar y mutilar se convirtió en un auténtico deporte. Uno de los miembros del personal médico contó cómo uno de sus colegas, al terminar los combates, se dirigió al campo de batalla armado con un bisturí y,

sin prisa y con placer, remató a un herido tras otro. “Hoy me he ocupado de ocho”, dijo a su regreso.

Al principio de la guerra, el estado mayor búlgaro afirmaba repetidamente en sus boletines que los turcos en retirada abandonaban a su suerte a los heridos, lo que obligó a la Cruz Roja a hacerse cargo de ellos. En Knjaševo, cerca de Sofía, varios centenares de turcos heridos fueron asistidos por un destacamento de la Media Luna Roja británica. Pero aparte de este pequeño oasis que servía de frente, ¿qué había sido de los otros miles de heridos turcos, de cuya existencia Europa se había enterado precisamente por los boletines del estado mayor búlgaro? Habían sido víctimas de las medidas para “acelerar el transporte”. No se puede descartar que haya algo de verdad en los informes de los boletines oficiales búlgaros según los cuales los heridos turcos a menudo intentaban matar a los camilleros búlgaros que se inclinaban sobre ellos. La razón de esta *atrocidad* turca era la determinación de los heridos a defenderse de los bisturíes que se alzaban sobre ellos para despacharlos al más allá.

El desorden de los servicios en la retaguardia provocó terribles sufrimientos entre los heridos búlgaros, como ya he mencionado. Podían pasar cuatro, cinco o incluso más días antes de que sus heridas fueran vendadas. En los peores casos, incluso aparecían la miseria. Mientras tanto, sin nada que hacer, los médicos extranjeros paseaban por las calles de Sofía, pasando de un café a otro. Los recién llegados eran recibidos por las palabras del Dr. Molov, jefe de la Cruz Roja búlgara: “Tenemos suficientes médicos en el frente”. A algunos heridos les ocurrió que permanecieron tres días enteros en un tren sin tener nada que comer, ni siquiera un mendrugo de pan.

Un miembro instruido de la milicia territorial, que pertenecía a las unidades que custodiaban la línea férrea cerca de Jambol, me habló de cientos de heridos que se habían quedado sin comer durante tres días y tres noches. A falta de algo mejor, habían comido trigo verde, apenas cocido: la mayoría había muerto con terribles dolores de estómago. Recientemente, historias similares han corrido de boca en boca en Sofía. En el frente de Çatalca, entre veinticinco y treinta hombres morían de cólera cada día. Mientras los diplomáticos se reúnen en Londres para evaluar la cantidad de sangre derramada y el grado de vergüenza de esta guerra, el ejército búlgaro permanece en el frente de Çatalca en compañía del tifus, la disentería, el reumatismo, el cólera y los piojos.

- Los piojos son un verdadero azote, me dijo un intelectual búlgaro, voluntario que había regresado a Sofía por enfermedad. Es probablemente el peor azote de la guerra. Durante semanas no nos lavábamos, no nos cambiábamos de ropa interior y dormíamos con los abrigo y las botas puestos. Nos habíamos convertido en criaturas pútridas y apestosas. Los piojos atacaban cada parte de nuestros cuerpos. Era una plaga, una verdadera plaga. Nos estábamos pudriendo en el sitio. Mientras caminábamos o estábamos bajo fuego enemigo, no prestábamos atención. Pero las noches eran insoportables.

- Recuerdo una en particular. Llevaba dos días y dos noches sin cerrar los ojos. Avanzábamos rápidamente porque había alertas incluso por la noche. La tercera noche pudimos descansar. Éramos veinticinco estirados en una isba abandonada. Estábamos indescriptiblemente cansados: cada centímetro de nuestros cuerpos clamaba por el descanso. Apenas calentados, nos tumbamos con la ropa sucia. Y los piojos se despertaron. ¡Qué tormento, señores, qué tormento! Ya no te perteneces a ti mismo, sino a ellos. Te atacan todos a la vez... Reconozco que lloré como un niño por la falta de sueño, la vergüenza, la humillación y el resentimiento. No tienen derecho a tratar así a un hombre, al cuerpo de un hombre; no es posible: ¡es despreciable! Si los diplomáticos internacionales, que se bañan perfumados todos los días, hubieran pasado tres días, sólo

tres días, con ropas andrajosas, húmedas y mugrientas, ¡qué lección tan saludable habría sido para ellos!

[Artículo sin indicación de lugar ni de fecha de publicación en la edición rusa de 1926]

### *En las nuevas provincias*

También llegaron malas noticias de las provincias conquistadas. Nos habían hablado de los vítores de júbilo de las poblaciones liberadas, de los discursos patrióticos de las delegaciones y del nombramiento de nuevos administradores. Pero los vítores y los discursos patrióticos se apagaron, dando paso al caos y la confusión. Antes de la guerra, ya existían en Macedonia fuertes elementos de desintegración social y anarquía política. La lucha de los chetnik y las voladuras con dinamita de los partisanos habían dado a estos elementos un aura de gloria, haciendo creer a algunos de estos hombres que podían hacer cualquier cosa. Quedaron atrapados temporalmente en la guerra y ahora han salido a la superficie, completamente corrompidos por su experiencia en los campos de batalla.

Tengo en mis manos una copia de una carta escrita por un funcionario enviado a Štip para abrir una sucursal del Banco Nacional. La carta me parece lo suficientemente elocuente como para ser relatada en su totalidad.

“Llegué hace cuatro días y ya me arrepiento de haber venido. La situación es terrible. Nunca hubiera imaginado que pudieran ocurrir cosas así. A las seis de la tarde, toda la ciudad estaba muerta. Las casas de los turcos y los judíos, es decir, la mitad de la población, estaban abandonadas. Todas las tiendas y casas de esta parte de la ciudad habían sido saqueadas o incluso destruidas. Los robos y los asesinatos estaban a la orden del día. El 2 de noviembre, a la hora de comer, vi con mis propios ojos cómo veinte o veinticinco personas, chetniks y vagabundos, atacaban a un anciano judío de sesenta o setenta años. Le rompieron el cráneo. Intervine y amenacé con llamar a la policía.

- Vamos a detenerlo, también es judío.

Me persiguieron, así que tuve que huir. Me refugié en casa, en el primer piso, y cogí una pistola, imitado por el propietario del lugar. Los delincuentes empezaron a aporrear la puerta principal, que era demasiado fuerte para ellos. Mi mujer, que se había quedado fuera, se escondió en el sótano; se dio cuenta de que yo no estaba allí y no podía ir a buscarme a ningún otro sitio. Tras un breve asalto, los villanos se marcharon.

Llamé al alcalde, al jefe del distrito administrativo, al jefe de la policía y al comandante de los chetniks. En una hora, todas las autoridades, de doce a quince personas, se habían reunido en mi casa. Rápidamente pudimos averiguar quién había matado al anciano. Eran chetniks notorios con delincuentes recién reclutados por ellos. Sin embargo, ninguno de ellos fue castigado. Aquí no hay tropas, por lo que reinan los chetniks. Durante este período, algunos de sus líderes robaron propiedades y dinero por valor de tres o cuatro mil liras (la lira turca vale veintitrés francos). En Radoviše, se sospecha que el superintendente de la policía local está compinchado con estas bandas.

Es una situación terrible. Rompe el corazón ver cómo asesinan sin motivo a pacíficos campesinos turcos, cómo les despojan de sus propiedades, cómo sus mujeres e hijos quedan condenados al hambre. Entre Radoviše y Štip, casi dos mil refugiados turcos, en su mayoría mujeres y niños, murieron de hambre, literalmente de inanición...”

Un hombre de setenta años con el cráneo destrozado, miles de mujeres y niños hambrientos, chetniks revolucionarios convertidos en bandidos, un comisario de policía protegiendo a ladrones: éste era el cuadro de la vida social en las provincias liberadas. Inmersos en este clima, algunos de los nuevos administradores no siempre mostraron un heroísmo digno de Catón. Era un poder arbitrario con límites mal definidos, y las

oportunidades de enriquecimiento rápido eran demasiado tentadoras. “Dile a N.N., escribió un funcionario a un colega, que la tierra se compra a buen precio, sobre todo en los campos de Ov.”

Los turcos huyeron, abandonando sus propiedades, por lo que el saqueo de tierras turcas está ahora en pleno apogeo. Muchos han olfateado el negocio, y han venido a echar un vistazo a los territorios ocupados. Alentados desde arriba, muchos soldados búlgaros creyeron que las tierras abandonadas les serían entregadas. Desde el primer día de libertad, se pusieron a buscar el lugar adecuado para plantar sus *estacas*... ¡Estos jóvenes soldados se equivocaban!

Al final de esta campaña, se llevarán a casa una baratija turca, una mano herida y un reumatismo que les atormentará el resto de sus vidas. La tierra será para los *čoradži*, los políticos ricos y con visión de futuro. Sin embargo, las nuevas zonas de influencia y las fronteras inviolables de los nuevos estados no se establecerán hasta dentro de mucho tiempo. Habrá una guerra civil en la que los chetniks seguirán teniendo la última palabra... El restablecimiento del orden en las provincias conquistadas será otra carga más sobre los hombros de la población trabajadora de Bulgaria.

[Artículo sin indicación de lugar ni de fecha de publicación en la edición rusa de 1926]

## II. Historias de soldados

### *Los heridos*

Tras una primera clasificación de los muertos y heridos, se lleva a cabo una segunda clasificación para separar a los heridos graves de los heridos leves. Los heridos más graves son trasladados a Kirklareli, Jambol o Filipo, lugares no muy alejados del lugar de los combates, mientras que los heridos *leves* son transportados a Sofía. Casi todos los heridos leves están aquí: tienen heridas en las piernas, los brazos, los hombros... Las heridas de estos hombres no parecen ser tan leves. Inmersos aún en el fuego y el estruendo de la batalla que los ha lisiado, parecen venir de otro mundo, terrible y misterioso. Ningún pensamiento o sentimiento puede apartarlos del recuerdo de la batalla. Siguen poseídos por ella, aunque hayan sobrevivido. Hablan constantemente de ella. Les atormenta incluso en sueños.

- Yo pertenezco al primer regimiento. Marchábamos hacia Lozengrad cuando recibimos la noticia de que la ciudad había caído. Así que nos volvimos hacia Odrin. No sabría decir exactamente dónde estábamos cuando nos encontramos cara a cara con un destacamento turco que iba a apoyar a Lozengrad. Me hirieron en el brazo, pero no me di cuenta enseguida. Sentí que algo me molestaba, pero seguí disparando durante otra media hora sin darme cuenta de que estaba herido. Entonces me hirieron en la pierna y caí como una piedra. Me sentí como si estuviera ardiendo... Mis compañeros me levantaron y me llevaron dos verstas hacia la retaguardia. Y allí, unos médicos me subieron a un caballo...

-... Los dos regimientos, el 1º y el 6º, habían formado una sola columna de marcha. El 6º regimiento había venido a reforzar al 1º. A la cabeza iba un escuadrón de caballería de reconocimiento. El enemigo estaba apostado en un lugar llamado Silio-Selo o algo así [Süloglu]. La caballería, que había estado cargando, fue hostigada por fuego de fusilería, por lo que el escuadrón tuvo que regresar a nuestra posición. En ese momento, abrimos fuego en la dirección del fuego turco. Pero incluso antes de que consiguiéramos desplegar todo nuestro fuego, fuimos alcanzados varias veces por la metralla. La artillería turca, de

la que no éramos conscientes, nos cogió por sorpresa. Nos hostigaron primero por un flanco y luego por el frente izquierdo. No teníamos artillería.

- El 1er regimiento resultó muy tocado. El día 9, a las dos de la tarde, la batalla comenzó inesperadamente. Nuestra artillería llegó en una media hora y nos cubrió mientras atacábamos. Algunas de nuestras compañías se lanzaron al ataque gritando “¡Hurra!” y “*Na nož*<sup>186</sup>”. Sacamos a los turcos de su posición y nos hicimos con nueve cañones de tiro rápido y una caja de municiones, todo nuevo. Rompimos el flanco derecho, empujando a los turcos hacia el pueblo de Tatarlj [Tatarlar] donde estaba nuestro cuartel general de división.

- Hicimos muchos prisioneros. Nuestra compañía capturó vivos a veinte soldados turcos y a un oficial. Los llevamos a Tatarlj. Entre los prisioneros había un serbio, un griego y dos macedonios. Los nuestros (los macedonios) decían que a los turcos no les gustaba el frío del acero. Se quejaban de que nosotros, los malditos “*gâvurlar*”, utilizábamos la bayoneta con la misma despreocupación con la que se come un trozo de pan. A mí me arañó la metralla que me cayó encima durante el combate. Después nos trajeron aquí mientras los heridos más graves, con heridas en el estómago y el pecho, se quedaron en Jambol y Kăzâl-Agač [Elhovo]. Las escuelas y los barracones están llenos a rebosar de heridos. Un buen número de nuestros camaradas han sido heridos por el fuego de artillería...

-... Pertenezco al 16º regimiento de infantería de reserva. Nuestros dos regimientos, el 16º y el 25º, estaban en marcha a una distancia de tres o cuatro verstas de los regimientos 1º y 6º. Hacia el mediodía del día 9 estábamos comiendo cuando sonó la alarma. El 25º regimiento se puso en marcha mientras que los del 16º permanecimos en reserva con nuestra artillería. Continuamos avanzando hasta la mañana del día 10, cuando nos encontramos cara a cara con un gran contingente de turcos. ¿Dónde? En algún lugar cerca de Odrin, no puedo decirlo con exactitud.

- Todo iba bien mientras avanzábamos bajo el fuego enemigo. Pero cuando nos ordenaron retirarnos, muchos de nosotros caímos bajo el fuego de las ametralladoras. El día 10 llovió a cántaros. Nuestros cañones se atascaron y no había forma de sacarlos. Mientras tanto, la artillería de campaña turca disparaba sin parar. Nos dijeron que nos enfrentábamos a cuatro divisiones turcas, mientras que nuestras posiciones avanzadas tenían cuatro compañías en total. El primer día de la batalla fue terrible. La mayor parte de la metralla que caía en el barro no explotaba, pero sí lo hacía la que caía sobre nuestras mochilas porque estábamos de espaldas. En ese caso, el *vojniki*<sup>187</sup> perdía su mochila, pero salvaba el pellejo. La artillería turca dio en el blanco: todas las granadas cayeron en un punto preciso. Si el tiempo hubiera sido bueno, ninguno de nosotros habría sobrevivido...

-... El problema más grave era que nosotros, los regimientos 1º y 6º, nos habíamos quedado sin municiones. Nos habían dado 150 balas a cada uno. Las gastamos todas y no recibimos reavituallamiento.

- ¿Se calentaban sus rifles al disparar?

- No lo sé. Yo no noté nada. Hacía tanto calor que ni siquiera éramos conscientes de que teníamos un arma en las manos. Partimos al ataque gritando: “¡Hurra! *Na nož!*” y los otros retrocedieron. Ellos corrían como locos y nosotros nos parábamos para tomarnos el tiempo necesario para apuntar y dispararles. Acribillamos la primera línea y de nuevo nos ordenaron atacar con bayonetas. A menudo se nos rompían las bayonetas. Las empujábamos enteras de nuevo y las sacábamos rotas en dos.

- Dicen que cuando los serbios cargan con sus bayonetas, no gritan “*Zivio*” sino “¡Hurra! *Na nož!*” Este grito asusta a muerte a los turcos.

-... Se dice que los turcos envían al frente a cristianos poco armados. Cuando gritamos “¡*Na nož!*”, se ponen a cubierto mientras los cristianos izan la bandera blanca.

Dejamos de disparar y nos acercamos para desarmarlos. Justo entonces, los turcos empiezan a dispararnos.

En algún lugar había un pequeño destacamento de veinticinco macedonios búlgaros y siete turcos. Los macedonios decidieron pasarse al bando búlgaro. Hicieron prisioneros a los turcos y cruzaron la frontera con ellos. Más tarde, los volví a ver en Jambol.

- Yo también pertenecía al 1er regimiento. La metralla me alcanzó entre los omóplatos al atravesar mi mochila. Todavía me tienen que quitar algo de metralla. Me cuesta quedarme quieto, respirar e incluso sentarme. Cuando me alcanzaron, me desplomé y sentí un ardor infernal... Un enfermero vino en mi ayuda. Intentó levantarme, pero también fue alcanzado y murió en el acto. Cuando se enfrió la metralla que tenía en la espalda, me quité la mochila, luego la camisa y me tumbé en el suelo sin camiseta. No perdí el conocimiento ni por un momento. El dolor era tan grande que resultaba indescriptible. Mientras me retorció de dolor, hice un gran agujero con los pies sin darme cuenta. Me salía sangre por la boca. Ya estoy mejor, pero sigo sintiendo una punzada al toser.

- He perdido sensibilidad en un lado, entre el pecho y los omóplatos. Pero no he perdido el apetito. Como de todo. Con la ayuda de dios, me estoy recuperando. Cuando caí, nuestros hombres seguían avanzando entre los muertos y los heridos, con las bayonetas caladas en los fusiles. Me dije que todo estaba bien para los que habían muerto, y aún mejor para los vivos que atacaban, mientras que nosotros, los heridos, éramos los peor parados. Pasamos toda la noche bajo la lluvia. Al día siguiente, hacia el mediodía, nos recogieron. Muchos de los heridos no sobrevivieron hasta que llegó la ayuda. Murieron donde cayeron heridos.

- No hacen mucho daño con sus rifles porque no apuntan muy bien. Basta con tirarse al suelo boca abajo para que las balas vuelen por encima de la cabeza. Lo peor son las ametralladoras. Las ponen en camiones. Izan la bandera blanca y cuando están a tu lado empiezan a acribillarte. Los regimientos 1º y 6º se fusionaron. El 6º regimiento también sufrió graves bajas allí...

- A mí no me pasó gran cosa. Una bomba me dejó fuera de combate. En realidad, no me hirieron, sólo mis huesos recibieron una fuerte sacudida. Mis huesos ya se han recuperado, así que debería salir del hospital. Rezo para que dios me mantenga vivo y sano porque quiero volver y luchar contra los turcos. Su asquerosa dominación de Macedonia ha durado demasiado.

- Me hirieron en el brazo y la pierna izquierdos. La bala me atravesó de parte a parte. Me duele mucho, pero mis huesos están en buen estado.

Mi interlocutor sonrío dejando al descubierto unas encías anémicas y grandes agujeros entre los dientes.

- Así fue como ocurrió. En la frontera, los turcos habían destruido nuestros puestos avanzados y estaban ocupando nuestras fortificaciones. Había dos compañías de infantería y una de ametralladoras. Creyendo que aún controlábamos las fortificaciones, nuestra 1ª compañía avanzó sesenta pasos. Los turcos les dispararon en ráfagas. Nuestros hombres gritaron: “¡Hurra! ¡*Na nož!*” Los turcos salieron de las fortificaciones y huyeron. En el flanco izquierdo, un oficial turco intentó detenerlos forcejeando y dando órdenes.

En un momento dado, empezó a tambalearse y estuvo a punto de caer, tal vez porque estaba herido. Fue entonces cuando los tomamos al asalto. En el calor del momento, le atravesé con mi bayoneta...

- No habíamos mirado a nuestro alrededor, así que no nos dimos cuenta de que dos escuadrones de caballería turca venían hacia nosotros. Nos dieron una buena paliza. Fue entonces cuando dos de nuestras compañías se unieron a nosotros. Abrieron fuego

contra la caballería enemiga, obligándola a retirarse. Fue cuando fui a coger el sable del oficial turco y ofrecérselo al comandante de nuestra compañía cuando fui alcanzado por una bala. Ninguno de nuestros hombres resultó herido por bayoneta. A los turcos no les gusta el combate cuerpo a cuerpo. Retrocedí, solo, cien pasos por detrás de la línea del frente y me tumbé en el suelo. Fue entonces cuando los médicos vinieron a buscarme.

Un joven imberbe, casi un adolescente, me cuenta su historia y se diría que es como si estuviera a punto de revivirla.

- Efectuamos maniobras desde el día 9 hasta el 10 a las cuatro de la tarde, sin comer ni beber. Nadie pensaba en ello. La noche fue peor que el día. Los turcos nos buscaban con sus reflectores: la llanura estaba tan iluminada que era como si pudieran contar nuestros cabellos. Me aterrorizaba la idea de estar a la intemperie, pero la artillería turca no abrió fuego hasta que oscureció. De repente, llegó la luz del día. La batería turca estaba apostada en una pequeña colina. La infantería turca se había atrincherado y estaba protegida por la artillería. Avanzamos bajo un incesante fuego de artillería con pocos lugares donde refugiarnos. Teníamos hambre y frío, y estábamos sucios y agotados. A las cuatro de la tarde, nuestro comandante en el pueblo de Kalonno telefoneó para pedir que otro regimiento viniera a sustituirnos. Me hirieron con una bala en las partes blandas. Muchos de nosotros fuimos heridos de esta manera. Estábamos boca abajo y las balas pasaron por encima de nuestras cabezas. Cuando nos alcanzaron, fue en las nalgas o en las pantorrillas. En mi caso, la bala entró justo por debajo de la rodilla derecha y salió por la planta de los pies...

- Nuestro teniente, Zagrevskij, mató a cuarenta y seis turcos con sus propias manos y luego fue herido en la pierna y en la mandíbula. Los turcos pensaban que no sólo habría búlgaros, sino también moscovitas... Todavía se acuerdan de los moscovitas. Estamos bien en el hospital. Las enfermeras alemanas nos cuidaron bien. En cambio, en Jambol la cosa estaba muy mal. Teníamos nuestros propios médicos militares, pero había demasiados heridos y no había suficiente personal médico. La cosa no resultó fácil con los vendajes. Nos los arrancaban de la carne sin miramientos. Aquellos vendajes me daban más miedo que las ametralladoras turcas. Aquí te cambian las vendas cada hora y te sientes mejor después...

Los relatos de los heridos son bastante confusos e imprecisos, tanto al describir los lugares donde tuvieron lugar los combates como la disposición de los regimientos, incluido el suyo propio. Eran, y siguen siendo, minúsculas partículas que intuyen que forman parte de un gran plan complejo del que no saben nada. Sus unidades militares se han topado con unidades turcas desconocidas para ellos, en el curso de la ejecución de un plan o tal vez al margen de cualquier planificación. Además de las heridas infligidas en sus cuerpos, los combates han provocado una clara ruptura en la vida de los soldados. Hoy, todo lo que se remite a antes de la guerra (el trabajo, la familia) se ha vuelto borroso, confuso, como diluido en una especie de confusión mental. Hablan y piensan en la guerra durante días enteros. El sonido de las ametralladoras retumba en sus oídos, las heridas queman y hacen sufrir...

Los convalecientes deambulan por los pasillos hablando entre ellos, pero en realidad sólo se oyen a sí mismos y al terrible eco de las horas pasadas bajo el fuego enemigo. Intentan atraer a las enfermeras a este mundo de cañonazos y gritos, de “*Na nož*” que durará mucho tiempo, tal vez para siempre, en sus mentes destrozadas. Por la noche, deliran. En un estado de medio sueño, vuelven a oír los disparos, ven al enemigo y los camiones con ametralladoras, clavan sus bayonetas en los cuerpos de sus enemigos y reviven el momento en que cayeron, heridos... O creen ver el repentino haz de luz de los reflectores turcos en el pasillo. Se despiertan, empapados en sudor frío. Todo está tranquilo, cálido, limpio, rodeado de almohadas blancas; pero de las otras camas surgen

quejas, gemidos de dolor o gritos angustiosos de pesadillas comunes a todos. El soldado vuelve a dormirse durante unos minutos y oye la orden “*¡Na nož! ¡A la carga!*” Contiene la respiración y se lanza hacia delante. Ve al oficial turco de pie, forcejeando y gritando órdenes a sus hombres. Pero el oficial no pudo terminar su frase, levantó los brazos y se tambaleó. Se desplomó, pero antes de que pudiera caer al suelo, la primera línea búlgara le había alcanzado. Una bayoneta rasgó la tela de la chaqueta del oficial. Una, dos veces, el soldado hundió su bayoneta, luego la retira. Ha hecho las cosas como debía hacerlas, como le enseñaron a hacerlas en el entrenamiento. Aunque sólo le quede un trozo de bayoneta en el extremo de su fusil...

Los hombres que yacen en las camas tienen entre veintiuno y cuarenta y ocho años, proceden de la ciudad y del campo. Uno es hortelano, otro carnicero, otro pintor de casas y luego hay cuatro granjeros y otro hortelano. Este hombre flaco, con un gran bigote y una mirada febril, es un comerciante. Los que peor lo están pasando no son los que han sido heridos en combate, sino los que han caído enfermos por las heladas, una infección o un desafortunado accidente. Uno de ellos era un anciano que fue atropellado por un carro lleno de alambre de espino. A su vecino le dañó un ojo un cartucho de dinamita, incluso antes de que empezara la guerra. Lo reclutaron por error y ahora lo van a enviar a casa. Este otro soldado se rompió los huesos del cuello al caerse del caballo. A su lado hay un artillero con un absceso en la oreja. Tiene la cabeza vendada y la cara torcida por un dolor insoportable.

- Llevaba dos días en la carretera de Jambol a Tunja. Llevábamos unas horas bajo fuego turco, nada excepcional en realidad, dice el soldado de pelo negro de Sofía. Y entonces quise ayudar a empujar un cañón. Resbalé, caí al suelo y una rueda me pasó por encima de la pierna. Se me rompió. Llevo aquí nueve días

Los heridos leves, dados de alta del hospital, pasean por las calles, suben a los tranvías y se sientan en los cafés. Ahora forman parte de la población, de la vida de la ciudad. Allí, en cambio, frente a Andrinópolis y en dirección a Çorlu, se libraron nuevos combates. Las ametralladoras disparaban repetidamente y la metralla estallaba. Miles de heridos más regresaban del frente al corazón de Bulgaria. Ahora se están redibujando las fronteras de la península balcánica, pero el terrible legado de la guerra (esta generación herida, lisiada y mentalmente marcada) pesará durante mucho tiempo en el desarrollo cultural de este pequeño país.

### *La historia de los que estuvieron allí*

Cada vez es más frecuente ver en las calles, tiendas y cafés de Sofía a soldados con las piernas lisiadas, los brazos en cabestrillo o la cabeza envuelta en gasas blancas que rezuman sangre coagulada. Anoche nevó un poco. La nieve se derrite lentamente. Alguna cosa húmeda sigue cayendo del cielo, pero eso no impide que los transeúntes se reúnan en torno a los soldados heridos. Todos están ansiosos por revivir, aunque sea indirectamente, los terribles acontecimientos que han sido descritos de forma aséptica y aritmética en los telegramas del cuartel general. Y los heridos, con los nervios a flor de piel, vuelven a sumergirse en el círculo de fuego de las granadas de metralla, las operaciones de cerco para tomar al enemigo por sorpresa y las cargas a la bayoneta, con la participación de quienes los escuchan (pero los primeras con una seriedad cien veces mayor que los segundos).

Los relatos son narrados de forma bastante subjetiva por quienes participaron en los combates. Cada uno vio la batalla desde su propio, limitado, campo de observación. El significado de las complejas operaciones estratégicas sigue siendo un libro cerrado

para estos soldados. Y probablemente lo seguirá siendo durante el resto de sus vidas. Mientras el herido dirige su mirada febril hacia quienes le escuchan, buscando en lo más profundo de sí mismo y a través de sus propias experiencias, reconstruye las imágenes de la batalla. Es inevitable que los relatos de diferentes personas sobre un mismo acontecimiento se contradigan, incluso de forma flagrante. Y, sin embargo, cada uno sostiene su propia verdad. Una vez que han abandonado el frente, los heridos se sienten frustrados porque tienen una vaga idea del curso de los acontecimientos. Así que intentan esbozar generalidades que de alguna manera den sentido a los acontecimientos que destrozaron sus vidas. Evidentemente, se trata de abstracciones muy simples, pero su sencillez revela los estados de ánimo de los ejércitos beligerantes y explica en gran medida el desarrollo de la guerra.

Los prisioneros son la otra fuente de información disponible. Sus observaciones son del mismo tipo que las que recogimos de los heridos. Son subjetivas, arbitrarias y tienden a generalizaciones simplistas. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre ambas. Los heridos están orgullosos de los éxitos del ejército victorioso al que pertenecen y, por patriotismo, o tal vez por disciplina, son poco propensos a revelar sus debilidades. La situación era muy diferente para los prisioneros. Una serie de desgracias y derrotas han inculcado en la mente de los turcos, incluso en la de los más patriotas, la idea de haber luchado en un ejército muy malo. Los oficiales prisioneros insinuaron cautelosamente planes virtuales en los que los avances y las retiradas habrían sido dos factores de una misma estrategia. Pero ni siquiera ellos creen realmente lo que dicen. En cuanto a los soldados turcos, no muestran ningún patriotismo y ni siquiera intentan ocultar lo que han visto, o al menos lo que creen que explica los reveses de su ejército. La condición de prisionero debilita el sentido de la disciplina y favorece el brusco cambio. Además, los numerosos prisioneros cristianos, que nunca habían sentido ninguna obligación moral hacia el ejército turco, ahora no dudaban en mostrar cierta satisfacción por su derrota. Por último, los soldados seguían sintiéndose algo avergonzados de su condición de prisioneros e intentaban que su vergüenza y la de su regimiento se reflejara en todo el ejército.

Los relatos de los prisioneros y los heridos revelan de forma vívida y tangible la radical diferencia de mentalidad entre los dos ejércitos.

¿Era inevitable la guerra? ¿Sus consecuencias políticas podrán superar la gran violencia que se ha abatido sobre el conjunto de la joven civilización balcánica? No quiero entrar en el meollo de la cuestión. Sin embargo, es cierto que los soldados búlgaros consideran que esta guerra es justa y necesaria. Se ha convertido en su guerra, y eso es fundamental. Para ellos, el recuerdo de la antigua dominación turca sigue vivo, más que el recuerdo de la servidumbre de la tierra para el campesino ruso. Y en la vecina Macedonia, esta dominación sigue produciéndose. La avalancha de refugiados macedonios impide que los búlgaros lo olviden, ni siquiera por un solo día. La terrible carga del militarismo ha sido aceptada por todos los búlgaros, hasta el último campesino. Están convencidos de que esta carga les fue impuesta por Turquía y, más concretamente, por el régimen despótico de Macedonia. A los ojos de un búlgaro, Turquía representa o bien la opresión actual de los hermanos macedonios (que él mismo tuvo que soportar en un pasado no muy lejano a manos del tirano turco, funcionario del estado o terrateniente), o bien la causa principal de la pesada carga fiscal en Bulgaria. En resumen, la guerra ha ofrecido a las masas búlgaras la oportunidad de acabar de una vez por todas con la Turquía del pasado y la Turquía del presente. Por esta razón, los soldados búlgaros que se dirigían al frente adornaban sus boinas con flores, los regimientos se lanzaban al ataque sin preocuparse por el violento bombardeo de la artillería enemiga, los destacamentos de

caballería cumplían admirablemente las tareas que se les encomendaban y, por último, los soldados heridos, apenas recuperados, pedían volver al frente.

El ejército turco muestra una cara completamente diferente. En esta guerra no tiene objetivos populares que puedan suscitar el sacrificio voluntario de las masas. Además, el ejército ha sido el instrumento de un levantamiento revolucionario que no ha beneficiado en nada al pueblo. Este derrocamiento simplemente ha socavado la fe popular en la supervivencia de las actuales formas estatales de Turquía y, en consecuencia, de sus fronteras. Los Jóvenes Turcos reclutaron en el ejército a búlgaros, griegos y armenios. Al mismo tiempo, convertidos en señores del imperio, hicieron todo lo posible para incitar a la población cristiana, súbdita del imperio, a odiar al nuevo régimen tanto como al antiguo. Además, la presencia de cristianos en el ejército minó la convicción de que el islam era el único vínculo moral entre el estado y el ejército. Así pues, una incertidumbre espiritual muy grave se ha introducido en la mente del soldado musulmán.

A través de los relatos de los prisioneros aparece claramente el grado de desintegración en que ha caído el cuerpo de oficiales turcos. Subidos al poder sobre una ola de descontento general, los oficiales se enfrentaron inmediatamente a los grupos culturalmente más avanzados del país y, por tanto, a la población cristiana en su conjunto. No prestaron la menor atención a las cuestiones sociales y, en consecuencia, se aislaron de las masas. Ahora se han transformado en una casta de poder que teje en secreto sus propios planes y está condenada a una inevitable degeneración y decadencia interna.

La guerra ha caído como un ajuste de cuentas sobre el cuerpo de oficiales, que acaba de obtener un éxito político.

- Sabíamos desde el principio, recuerda un soldado armenio capturado, que todo saldría mal. ¿Estábamos preparados para esta guerra? ¿Nos habían dicho lo que significaba? Nos llamaron para participar en las maniobras y estábamos dispuestos a hacerlo. Nos entrenaron en un juego que luego se convirtió en una guerra. Fíjate en nosotros, los cristianos. Antes de la revolución, no se nos exigía servir en el ejército. Pero esta vez nos llamaron por grupos de edad como reservistas. Nos dieron veinte días de entrenamiento, suficiente para maniobras, pero ciertamente no para una guerra de verdad. Ninguno de nosotros sabía disparar y algunos ni siquiera sabíamos sostener un fusil.

- Los reservistas turcos ya habían hecho el servicio activo, es cierto, pero al ser un pueblo de analfabetos e ignorantes les cuesta aprender. Así que, al cabo de dos o tres años, ya lo han olvidado todo. Ya sabes, el ejército turco está formado casi en su totalidad por *redify* y *müstahfiz* (reservistas de primera y segunda clase). Los *nizâm* (tropas en servicio activo) no superan el treinta por ciento del total. A esto hay que añadir la escasez total, la indolencia general y la ineficacia. Había escasez de ropa, los transportes no funcionaban y, lo peor de todo, faltaban armas. A mí, por ejemplo, me pusieron en la cocina a hacer un trabajo inútil porque no tenían un arma que darme. Al principio, los soldados estaban bastante alegres, incluso se ofrecían voluntarios, pero cuando empezaron los reveses y llegó finalmente la derrota, la moral del ejército cayó en picado. Los soldados luchaban sin ideales ni objetivos. Pero el verdadero desastre eran los oficiales. Ellos mismos no sabían dónde ni cómo dirigirnos. Cuando sufríamos un revés, eran los primeros en correr a refugiarse. Si hubieran sido un poco más capaces, quizá un ejército como el nuestro no habría sufrido derrotas tan terribles.

- Fíjense bien, dijo otro armenio con expresión viva e inteligente, que, en casi todas las batallas, después de los primeros enfrentamientos, los búlgaros se escabullían por nuestros flancos y nos atacaban por la espalda. Nuestros líderes nunca se dieron cuenta de ello y seguimos avanzando a ciegas. Permítanme ofrecerles un ejemplo. Tras la batalla de la aldea de Bedre, a seis horas de Lozengrad, los turcos escaparon y los búlgaros pusieron sus miras en el fuerte principal de Lozengrad, Taš Tabija (una fortificación de

pedra), en el que los turcos habían depositado grandes esperanzas. ¿Y qué ocurrió? La batalla duró media hora en total. Tras cinco minutos de bombardeo, los búlgaros dejaron un pequeño destacamento de artillería frente al fuerte para distraer a los turcos. Los demás llevaron a cabo una maniobra de cerco y obligaron al fuerte a rendirse al cabo de media hora. Nuestros oficiales no tenían ni idea de la fuerza del enemigo ni de sus movimientos. Eran los primeros, junto con los suboficiales, en atajar cuando las cosas se torcían. Y los soldados sólo tenían que pensar en sí mismos... En cambio, en tiempos de paz, los oficiales eran muy valientes, sobre todo cuando trataban con soldados cristianos.

- ¿Ve usted a este armenio tendido con la cabeza vendada? No fue herido por una bala enemiga, sino por la fusta de un oficial. ¿Cómo ocurrió esto? No hay mucho que contar. Llevaba las riendas de un caballo cargado de guisantes. Un saco cayó al suelo y los guisantes se escaparon... ¿Qué podía hacer? Pero el oficial se le acercó y le gritó: “¡Tú, *gâvur!*” y le golpeó en la cara con su fusta. Le abrió la frente, hasta el hueso, y desde la ceja hasta el ojo. ¿Me pregunta usted si todos los oficiales se comportan así? No todos, por supuesto, pero sí la mayoría. Se enfadan especialmente con los cristianos. “*Gâvur, gâvur*”, no saben llamarnos más que *gâvur*. Los soldados turcos siguen el ejemplo de los oficiales y también nos insultan. Para ser sinceros, quizá los demás no se atrevan a decirlo abiertamente, pero en realidad estamos contentos de ser prisioneros. Muchos de nosotros estaríamos dispuestos, en el acto, a girar nuestras armas contra los turcos.

Historias similares sobre el ejército turco y especialmente sobre los oficiales nos contaron los griegos hechos prisioneros en Yurus (en la orilla derecha del Marica, entre Mustafá Pachá y Andrinópolis) durante los enfrentamientos del 9 de octubre. Sólo un griego de Anatolia que había estado escuchando, con aspecto contrariado, contradujo a sus compañeros haciendo grandes aspavientos.

- No, no, dijo, interrumpiendo al orador. Todo estaba bien, los oficiales, la comida, la forma en que luchábamos, todo estaba bien. Dicen tonterías. Todo iba bien.

Las inesperadas palabras del griego de Anatolia provocaron el sarcasmo de sus compañeros de armas. Fue entonces cuando el griego añadió con voz quebrada:

Por el amor de Dios, ¿sabes lo que significa vivir en Asia Menor siendo cristiano? Incluso de niño tienes miedo del turco, hasta de verlo. ¿Sabes lo que pasa cuando un turco pasa por un pueblo? Los cristianos, aunque sean diez, huyen al verlo. Escribís todo tipo de cosas en vuestros periódicos, escribís todo lo que decimos. Pero, ¿crees que nos quedaremos aquí el resto de nuestras vidas? Tendremos que volver a Turquía. ¿Y sabes lo que nos va a pasar por lo que hemos dicho? Nos van a cortar el cuello, eso es lo que nos va a pasar...

Tiene pánico, replicó un griego, desde donde estaba tumbado en un catre (los presos cristianos tenían derecho a un catre), liándose flemáticamente un cigarrillo. Nos hacen todas estas preguntas para sus periódicos, ¿y sabes por qué? Quieren saber por qué perdimos la batalla. Nos derrotaron porque no sabemos luchar. Si un ejército sabe luchar, es más difícil que pierda una batalla. Pero nunca nos enseñaron a luchar, no sabemos hacerlo y por eso perdimos. Esa es la verdadera respuesta a sus preguntas.

Las respuestas de los soldados de etnia turca no difieren mucho de las ya mencionadas.

- Una vez terminadas las maniobras, dice un joven turco de ojos azules y mirada triste, que fue capturado cerca de Mustafá Pachá, no pensábamos en absoluto en la guerra; sólo en el último momento nos dimos cuenta de que iba a haber guerra y de que teníamos a los búlgaros a nuestras espaldas. ¿Que si queríamos la guerra? Pero, ¿quién podría querer algo así? La guerra es algo terrible. No puedes querer la guerra. Es como la muerte. No estábamos preparados, ni preocupados, porque pensábamos que sólo íbamos a hacer maniobras. Luego nos dimos cuenta de que las cosas iban a ser diferentes...

- Yo nací en Radoviše, pero me formé en Salónica (cuenta otro turco del *nizâm*), en la escuela militar para cadetes de suboficiales. Nuestro cuerpo, que constaba de tres mil hombres, fue enviado a Osmanic, cerca de Pehčevo. Allí nos combinaron con otro contingente de dos mil hombres que disponía de ocho cañones. No pensábamos en absoluto en ir a la guerra. Habíamos oído que Montenegro había declarado la guerra, pero no parecían noticias para tomárselas en serio. No sabíamos nada de Bulgaria. Nos dimos cuenta cuando nos atacaron y tuvimos que defendernos. Los combates duraron un día entero, desde la mañana hasta la noche. Los oficiales no supieron cómo mandarnos y muchos de nosotros se escaparon cuando empezó la lucha. Al atardecer, la confusión era máxima. Emprendimos la retirada hacia Pehčevo cuando descubrimos que los búlgaros nos habían rodeado. Comenzó un bombardeo de artillería y quedamos completamente rodeados. De los treinta oficiales, quedaron diez. Ciento veinte de nosotros fuimos hechos prisioneros. No sé qué pasó con los demás.

- ¿Estaba yo a favor de la guerra? A decir verdad, solía estar a favor. Habíamos oído hablar mucho de la guerra en la escuela militar. Yo quería verla con mis propios ojos. Pensaba que era una especie de espectáculo, pero en realidad no es un espectáculo bonito. Realmente no lo era. La organización era muy deficiente, al igual que el equipamiento y el mando. Me parece obvio que ni siquiera las autoridades pensaban que la guerra iba a producirse, de lo contrario se habrían asegurado de que estuviéramos mejor preparados. Todos estamos desanimados. Sabemos que es imposible que ganemos. Ahora no podemos pensar en otra cosa que en nuestra gente y preocuparnos por ella. Hemos sabido que la población civil de nuestra región ha tenido que abandonar las ciudades y pueblos y se ha dirigido a Constantinopla o a Salónica. No tenemos noticias de nuestras familias, ni ellas de nosotros. No sabemos si han llegado a su destino o si han caído muertas... Esperamos que todo esto termine lo antes posible. Todo está perdido. Lo mejor sería que Andrinópolis se rindiera y que el ejército turco se retirara a Constantinopla sin combatir. Al menos habría menos derramamiento de sangre. No podemos pensar en otra cosa en este momento...

*Kievskaja Mysl'*, número 306, 4 de noviembre de 1912

### ***En compañía de los oficiales prisioneros***

Con una cortés carta del comandante de Sofía (que hace de autoridad) en el bolsillo, me dirijo al hotel Stara Zagora.

Me han dicho que antes era un establecimiento de primera clase. En la última década, la noción de *primera clase* ha cambiado considerablemente. El nivel de vida de las capas altas de la sociedad ha aumentado rápidamente y se han construido hoteles con electricidad, calefacción de vapor, ascensores y personal que habla tres idiomas. Como consecuencia, los viejos bastiones de la hostelería, como el Hotel Macedonia, no pudieron adaptarse a las exigencias de los nuevos ricos y tuvieron que renunciar a su primer puesto, y luego incluso al segundo. Hoy en día, el Stara Zagora se utiliza como residencia de oficiales turcos hechos prisioneros.

En el bar del hotel, con sus viejos retratos, sus techos ennegrecidos por el humo y la advertencia ritual de “no se fía” colocada sobre el mostrador, nos encontramos con diez oficiales capturados en Kirklareli y Geçkenliye. El capitán de infantería R. (nos pidió que no mencionáramos su nombre) hizo de intérprete entre nosotros y sus nueve compañeros de infortunio. Fue el único prisionero herido.

- Nuestra división fue transportada en tren desde Constantinopla hasta Babaeski, nos dijo el capitán. Desde allí, continuamos a pie unos treinta kilómetros hasta

Geçkenliye, que se encuentra entre Andrinópolis y Kirklareli. Allí tuvo lugar nuestra desastrosa batalla. Parece que las fuerzas búlgaras también se reducían a una división. Yo estaba indispuerto incluso antes de que comenzara la batalla. Fui herido justo al comienzo. Así que no puedo decir mucho sobre el resto de la lucha. Sólo sé que tuvimos que abandonar nuestra posición y que cuatro oficiales y veinte soldados turcos fueron hechos prisioneros.

- La prensa europea atribuye la derrota de Turquía al hecho de que sus oficiales se volcaron en la política en detrimento de sus deberes militares. ¿Es eso cierto?

Una vaga sonrisa aparece en el inteligente rostro del capitán.

- Perdóneme si esta pregunta le parece demasiado embarazosa...

- No, ¿por qué habría de serlo? Le responderé lo mejor que pueda. Personalmente, no hago política. Soy un soldado y me dedico exclusivamente a mi deber como soldado. Por otra parte, si se refiere al cuerpo de oficiales en su conjunto, la prensa europea debe de tener razón en alguna parte, sobre todo en lo que se refiere al periodo de la revolución. Últimamente, los oficiales han abandonado la política y se han dedicado a sus tareas inmediatas. Pero entonces, cabe preguntarse, ¿cuál fue la causa de la derrota? Es una pregunta difícil de responder. Yo sólo soy un oficial de regimiento; desconozco completamente el plan general de operaciones. Hace un mes, tres divisiones, incluida la mía, abandonaron Constantinopla. No tengo ni idea de adónde fueron las otras.

- Pero estoy seguro de una cosa. Las corresponsalías de los periódicos sobre nuestros soldados hambrientos son absolutamente falsas. Cada soldado recibió raciones suficientes para diez días. Cada uno tenía una porción de harina de leche, que hervida hace una sopa nutritiva, y una lata de patatas y guisantes. Allá donde íbamos, todo estaba preparado. En el camino, siempre que era posible, encontrábamos hornos encendidos. A cada soldado se le daba una sartén de hierro, para utilizarla en caso de estancia en vivac para cocinar *čupatije*<sup>188</sup>. Pero no necesitábamos recurrir a eso. Distribuíamos seiscientos gramos de pan al día a cada soldado. Desde Babaeski, en una marcha de treinta kilómetros, llevábamos un rebaño de ovejas. Por la mañana, cada soldado tomaba una sopa de harina de leche y por la noche, además de su ración de pan, un guiso de carne y verduras. Los rumores que circulan sobre el hambre y la inanición son pura invención. Pregunté a oficiales de otras unidades, añade el capitán R., y su situación era idéntica a la nuestra.

- ¿Cuántos hombres tenía la guarnición de Kirklareli?

El capitán intercambió unas palabras con sus colegas.

- Lo siento, pero no lo sabemos. Entre nosotros hay seis hombres que combatieron en Kirklareli; allí se agruparon unidades de varias divisiones, pero los oficiales de nuestro rango no podían saber el número exacto de hombres de la guarnición...

- Hace un mes, cuando salimos de Constantinopla, no había llegado aquí ningún cuerpo de ejército procedente de Asia. No puedo decir si este mes llegó algún soldado, ni cuántos eran.

Mientras hablábamos, otros dos oficiales, de baja estatura, bajaron al bar, se inclinaron cortésmente, llevándose las manos primero a la boca y luego al fez, y finalmente se sentaron a la mesa con los demás. Enseguida queda claro que hay una brecha cultural entre el capitán y los demás oficiales, que son tenientes y subtenientes. El capitán habla un francés correcto, tiene el aire cosmopolita de un hombre culto, dedos ágiles y afilados y lleva un *pinze-nez*<sup>189</sup> [unos quevedos]. Sus compañeros de armas parecen suboficiales. Uno de ellos, un anatolio, no acaba de comprender la importancia de nuestra visita. Probablemente no es un lector atento de periódicos.

En el curso de nuestra conversación, llevaron a los prisioneros unos abrigo del ejército búlgaro por deferencia del comandante.

- Durante los combates, explicó el capitán, no llevábamos abrigos y ni siquiera los teníamos cuando nos hicieron prisioneros. Allí nos habían dado algo con lo que cubrírnos para que no pasáramos frío en nuestro viaje hasta aquí. Ahora el comandante tiene la amabilidad de poner estos abrigos a nuestra disposición.

Acompañados por los oficiales y el encargado de instalarlos, subimos a ver sus habitaciones. Una de ellas tenía cuatro camas y las otras dos.

- Me hubiera gustado que las habitaciones estuvieran mejor cuidadas, nos dijo el director, pero es imposible: ya no hay personal de servicio. Todos han sido llamados al servicio militar. Incluso así, cambiamos las sábanas dos veces por semana. La comida corre a cargo del restaurante y las bebidas se sirven a crédito en el bar. Por lo que sé, pronto recibirán su paga, que se calculará desde el primer día en prisión.

- No tenemos nada de qué quejarnos, dice el capitán R. al despedirse de nosotros, y menos aún de las condiciones de contrición en que nos encontramos. No se nos permite salir del hotel sin permiso del comandante, pero en la práctica no estamos sometidos a ninguna vigilancia. Sin embargo, no abusamos de esta relativa libertad por razones que no le será difícil comprender. En cualquier caso, mis compañeros y yo insistimos en que no tenemos ninguna queja que formular y aprovechamos la ocasión para transmitir nuestro agradecimiento al comandante.

Un saludo final, de manos a labios a fez, y abandonamos este hotel transformado en una pequeña Santa Elena para un grupo de oficiales turcos.

### *Relato de un herido*

- Pertenezco al 8º regimiento. Marchamos a Lozengrad (Kirklareli) vía Kavakli. No recuerdo qué día era. Mi herida no es grave, pero recibí un gran golpe en la cabeza y desde entonces no recuerdo bien las fechas. Había estado lloviendo todo el día. Había barro por todas partes, lo que hacía que caminar fuera muy cansado. Mochila, abrigo y fusil, son más de setenta y dos libras que cargar. Y nuestra ropa estaba empapada.

- Nuestro regimiento seguía el curso del río Büyük. Había otros regimientos en la región, pero como soldados rasos no debíamos saber dónde y cómo se movían los demás. Nuestra misión era ir donde nos ordenaran, disparar y morir. Nos encontramos cara a cara con los turcos a orillas del río. No puedo decir con seguridad cuántos eran, pero nuestra gente dijo que había tres brigadas enteras. Dos batallones del 8ª regimiento fueron los primeros en ser atacados. Tras sufrir graves pérdidas, se retiraron, pero no se disolvieron: moviéndose hacia su flanco izquierdo, sorprendieron al destacamento turco por la retaguardia. Mientras tanto, los turcos habían tomado la posición que habíamos abandonado y no se dieron cuenta de que nos acercábamos por detrás. La noche fue oscura, sórdida, húmeda y fría. Hacia la una de la madrugada, ocupamos un pueblo del que, en realidad, sólo quedaban ruinas. Los turcos lo habían quemado por completo. Nos instalamos como pudimos en lo que quedaba, encendimos un fuego y nos secamos. Mientras descansábamos, dos escuadrones del 31º regimiento cargaron contra el destacamento turco con ametralladoras en cabeza y cañones a los lados. Una vez que hicieron contacto, dispararon hasta las cuatro o cinco de la mañana. Supongo que los turcos entraron en pánico, sin saber en qué dirección retirarse. Esperamos hasta el amanecer y entonces también nosotros, todo el 8º regimiento, atacamos detrás del 31º.

- Después de esta batalla a lo largo del río, esperábamos encontrar el grueso de las fuerzas enemigas más adelante. Pero durante la mañana, cuando entramos en contacto con las posiciones turcas, no encontramos resistencia. Todo lo que encontramos fueron

cadáveres, no menos de doscientos o trescientos, y varias docenas de soldados y oficiales gravemente heridos. Los matamos a bayonetazos en el acto. Nos habían ordenado no perder tiempo transportando a los heridos...

No me pregunte nada al respecto: el recuerdo de la masacre de aquellos hombres desarmados, aplastados y medio muertos es insoportable... Nuestros dos regimientos llegaron a Lozengrad sin encontrar resistencia. Incluso antes de que llegaran los primeros regimientos búlgaros, los turcos habían huido de la ciudad. Gran parte de la población judía también había huido, pero aún quedaban algunos. Prácticamente todos los griegos se habían quedado y, por supuesto, también los búlgaros. En el espacio de veinticuatro horas, casi 120.000 de nuestros soldados partieron hacia Lozengrad. Ya he explicado que no hubo combates cuando se tomó la fortaleza porque los turcos ya se habían marchado. Durante la marcha a través del río Büyük hacia Lozengrad, nos apoderamos de una gran cantidad de armas, municiones y suministros médicos. Habían dejado mucha comida en los pueblos. La gente que se había quedado en Lozengrad, especialmente los búlgaros, nos dieron una calurosa bienvenida. Nos alojamos con ellos en grupos de diez a quince personas. Nos ofrecieron vino y todo tipo de comida. En Lozengrad encontramos una gran reserva de víveres, suficiente para seis meses de la guarnición turca. Después de la agotadora marcha a través de la escarcha y el barro, disfrutamos de la escala en Lozengrad. Recuperamos nuestras fuerzas.

- ¿Dice que Lozengrad fue tomada el 11 de octubre? No recuerdo la fecha... Bueno, eso significa que nos quedamos en la ciudad desde las seis de la tarde del día 11 hasta el mediodía del día 12. Luego partimos de nuevo y llegamos a un pueblo llamado Kavakli donde pasamos la noche. El pueblo había sido incendiado y no teníamos nuestras tiendas. Nos habíamos deshecho de ellas en la marcha hacia Lozengrad. Pensábamos que tendríamos que hacer frente a un enfrentamiento importante y las tiendas habrían estorbado. En Kavakli, recogimos cancelas, puertas, empalizadas, cualquier cosa que pudiera ser útil para encender un fuego y cocinar *çorba*. Comimos y descansamos alrededor del fuego. No podíamos tumbarnos porque nos hundíamos en el barro y la lluvia no daba tregua. A las seis de la mañana reanudamos la marcha hacia Ceylanköy.

- Allí estaba nuestro regimiento (el 8º regimiento), seguido del 21º, con un escuadrón de caballería en cabeza (o eso creo) y dos batallones cerrando la columna. Otras columnas marchaban en la misma dirección que nosotros, hacia Lüleburgaz, pero no sabíamos nada en concreto. Pasamos la segunda noche en otro pueblo y la noche siguiente, que debió ser la 13, en un bosque. No llovía, pero hacía frío y viento. Talamos varios árboles y dormimos alrededor del fuego. Por la mañana, reanudamos la marcha. Ese día, hubo un gran enfrentamiento entre nosotros y los turcos cerca del pueblo de Kuliba, en la carretera de Lüleburgaz. Participaron dos de nuestros regimientos, el Danubio y el Iskur.

- La batalla duró catorce horas. No sé cuántos hombres quedaron fuera de combate, sólo que sólo quedó uno de los dos regimientos. Nos apresuramos a ayudar a este regimiento y llegamos al anochecer. Pero los turcos se habían retirado diez a quince kilómetros hacia el sur, hacia sus posiciones principales. Pasamos la noche en Kuliba, un pueblo todavía intacto, donde también encontramos comida. El día 15, cerca de Lüleburgaz, oímos el estruendo de los cañones, pero no pudimos averiguar de dónde venían. Habiendo avanzado tanto en columna, nos reagrupamos y nos dividimos en pelotones para evitar sufrir demasiadas bajas bajo el fuego de la artillería turca. Avanzamos un kilómetro y medio. Y entonces empezaron a llover las granadas. Nos dividimos en grupos aún más pequeños, avanzando en fila india. Los turcos estaban en una prominencia del terreno. No podíamos verlos, pero una tormenta de fuego cayó sobre nosotros. Era como si dispararan al azar, sin un objetivo preciso, de modo que, de diez

bombas, sólo una causó algún daño. Pero fue suficiente, porque el fuego era implacable. Varios de nosotros caímos... Perdimos muchos oficiales, algunos murieron, otros se quedaron atrás o se dispersaron. Los dos regimientos se encontraron sin mando, mezclados sin saber qué hacer ni qué dirección tomar.

- Desde allí arriba, nos escupían fuego y plomo. Fuego infernal. En medio de la confusión, nos retiramos de forma desordenada. Sálvese quien pueda, durante dos kilómetros, hasta que estuvimos fuera del alcance de los cañones. Entonces nos detuvimos y nos reagrupamos. “Pero, ¿qué hacemos? Debemos seguir adelante”. Cada uno de nosotros, al vernos en los ojos del otro, nos sentimos avergonzados. Nos habíamos refugiado del bombardeo mientras otros soldados morían. Por iniciativa propia, formamos compañías, sin preocuparnos de qué regimiento procedía cada uno. Algunos oficiales se unieron a nosotros y nos ordenaron avanzar. Apuntábamos de nuevo hacia la montaña. Cuanto más nos acercábamos, más rápido íbamos. Al final, empezamos a correr. Nos lanzamos hacia adelante, gritando y perdiendo el control de nosotros mismos. Un hombre cuerdo no puede luchar. A nuestro alrededor, estallaban las granadas y volaban las balas. Los turcos debieron oír nuestros gritos e imagino que se habrán quedado impresionados. Finalmente, conseguimos ver a nuestros enemigos y nos sentimos mejor: ni siquiera el fuego de las ametralladoras nos asustaba ya. Empezamos a correr de nuevo, disparando como locos, al azar, para infundirnos valor.

- Fue muy cerca de la cima cuando me hirió un trozo de metralla. Primero oí un zumbido sobre mi cabeza y luego sentí una descarga. Me dio en la mejilla. No sentí dolor enseguida, así que seguí corriendo. Entonces vi correr la sangre y se me nubló la vista. Sin dejar de correr, me acerqué a los hombres de mi pelotón. Fue entonces cuando cayó otra granada delante de mí: “¡bzzzzz y bang!”, diez hombres cayeron muertos. Seguí corriendo, sujetándome la mochila por encima de la cabeza para protegerme de los proyectiles. Otra granada me tiró al suelo. Tenía la espalda magullada. La mochila me había estallado en las manos. Tembloroso, caí al suelo y se me cayó el fusil. Me quedé tumbado con la cara en el barro. No sabía si estaba vivo o muerto. “Debo de estar muerto”, pensé, pero seguía oyendo los silbidos por encima de mí: “¡bzzzz... bang, bang!”. Entonces oí a mis camaradas gritar: “¡Hurra, hurra!”.

Volví a levantarme y, una vez en pie, sin fusil, grité “¡Hurra!” con ellos. Finalmente, nuestra artillería intervino, los hombres cargaron las ametralladoras a hombros y las primeras compañías alcanzaron la cima de la montaña. Los turcos habían abandonado su posición y escapado. Un oficial me dijo: “¿Qué haces? Vuelve a la retaguardia y que te curen.” Me palpé la cara y me di cuenta de que tenía la mandíbula destrozada. Retrocedí una versta y me dirigí a nuestra unidad médica. Estaba en una pequeña colina. Las granadas llegaban hasta allí, pero caían a mi lado. Me vendaron. Desde donde estaba, podía oír el estruendo de los cañonazos búlgaros. La batalla duró toda la noche y todo el día...

- ¿Tuve miedo? Al principio sí, pero después no. Cuando subimos a la montaña, no teníamos miedo. Seguíamos corriendo y gritando, las granadas y las balas silbaban a nuestro alrededor, la muerte nos acechaba por todas partes, los hombres caían uno tras otro, sólo para levantarse y volver a caer. La muerte te pisa los talones, está delante de ti, en todas partes. No hay salvación para nadie. En una situación así, te olvidas de ti mismo, ya ni siquiera sientes tu cuerpo, ya no tienes miedo, sigues corriendo y ya está. O huyes de la muerte o corres hacia ella. Y si tienes miedo, no puedes seguir...

- Fui tratado y transportado el mismo día a Lozengrad, con otros heridos leves, en un vagón. Todos los edificios importantes habían sido convertidos en hospitales. Había no menos de cuatro mil heridos que tratar. Había escasez de camas, por lo que los heridos yacían sobre paja, y sólo unos pocos tenían colchones de paja. Algunos médicos,

enfermeras y soldados del servicio médico acababan de llegar a Lozengrad procedentes de Sofía. Todavía no había suficientes médicos. Después de todo, ¿qué es un herido? Una carga. No pensaban mucho en nosotros. Me quedé dos días en Lozengrad, pero no en el hospital. Por suerte, me reuní con unos parientes que tenía en la ciudad y me quedé con mi familia. Los lugareños habían formado comités médicos de rescate, de lo contrario muchos de nosotros no habríamos sobrevivido. Dos días después, subieron a los heridos menos graves a unos carros. Eran doscientos cincuenta, cada uno con dos o tres heridos. Guardo un mal recuerdo de aquel viaje. Los temblores, el dolor, el delirio, el chirrido de las ruedas y las quejas constantes. Era peor que luchar. Llegamos a Kaybilar. Desde allí, tras otros tres días en los carros, llegamos a la estación de Straldža. Nos cambiaron las vendas, más o menos bien, y a las seis de la tarde subimos al tren. Aún faltaban veinticuatro horas para llegar a Sofía. Los heridos más graves se quedaron allí y los demás siguieron hacia Tärново u otras ciudades.

- Durante el viaje, nos cruzamos con muchos trenes militares, llenos de regimientos serbios, que se dirigían a Andrinópolis. Pasaba un tren por hora y nos cruzamos con no menos de quince. Nosotros, los inútiles, fuimos transportados a otro lugar y los que gozaban de buena salud ocuparon nuestro lugar... Este es mi segundo día en Sofía. Mañana por la mañana me voy a Varna a reunirme con mi mujer y mi hijo. Hoy, en el hospital, me han cambiado el vendaje. Todavía no puedo comer alimentos sólidos, pero no importa, mi mandíbula se está curando. Lo que me preocupa es la cabeza: sigo cansado, como si alguien me hubiera comprimido el cerebro. Aún tengo el resplandor de los disparos delante de los ojos y en los oídos ese retumbar de “¡bzzzz... bzzzz... bang!”. La cabeza me da vueltas y no puedo dormir. Una vez que has visto la batalla y la muerte desatada, con bajas y heridos, no puedes encontrar la paz. No, nunca volveré a ser el mismo.

- Ahora vuelvo a casa, pero no sé qué va a pasar. Me persigue la ansiedad, siento que he perdido el rumbo. No puedo dormir por las noches, oigo la metralla y no paro de darme la vuelta en la cama. Estaría mejor bajo el fuego enemigo, al menos allí te olvidas de todo...

*Luč*, número 23, 29 de enero de 1913

### ***Relato de un oficial***

- El avance del ejército búlgaro fue impresionante por su velocidad y regularidad. Si lo siguiéramos en un mapa, tendríamos la impresión de que las unidades se habían desplazado ordenadamente de una posición a otra, como en una maniobra. Pero la realidad es bien distinta. A una división, regimiento o batallón se le ordena marchar hacia un punto concreto. En general, la división o el regimiento llevan a cabo su misión hasta el final. Sin embargo, estas grandes unidades del ejército siempre tienen largos convoyes que conducir recorriendo carreteras difíciles, soldados agobiados por sus mochilas y armas que hay que arrastrar por el barro. Esa es la realidad y todo se hace de forma desordenada. Esto ocurre sobre todo después de las grandes batallas, cuando los soldados, agotados y ya acostumbrados a las condiciones de la guerra, ya no temen perderse y, por tanto, son menos propensos a permanecer en columnas regulares.

Antes de llegar a Lozengrad, durante la travesía del distrito de Bedre, todo transcurrió según lo previsto. Sin embargo, después de Lozengrad, durante la marcha hacia Lüleburgaz, el orden ya no se respetó, no sin graves inconvenientes como demostraron los hechos más tarde. Nuestro regimiento se mezcló con otros cuatro y el mando fue prácticamente depuesto, dispersado quién sabe por dónde. En efecto, durante

toda esta fase de la batalla no logré ver al comandante del regimiento. Mi pelotón también desapareció y me encontré al mando de un centenar de soldados de varios regimientos. Teníamos una confianza inquebrantable, alimentada por los rumores, que circulaban por todas partes, de que otras de nuestras unidades actuaban de común acuerdo con nosotros. Se decía que eran fuerzas considerables, pero su ubicación y composición seguían siendo un misterio para los soldados, e incluso para mí. Pero la falta de información no nos pesaba porque estaba compensada por la sólida certeza de que avanzábamos en la dirección correcta.

- ¿Y si pudiéramos comunicarnos entre unidades? Bueno, ya le he dicho que ni siquiera podía averiguar dónde estaba nuestro comandante de regimiento. Además, ¿cómo podíamos mantener comunicaciones regulares entre regimientos que estaban todos dispersos, mezclados y sus comandantes aislados? Teníamos la impresión de que el ejército se movía por su cuenta, de forma totalmente espontánea. En realidad, esta espontaneidad sólo afectaba a determinados grupos de unidades y columnas del ejército. En su conjunto, el ejército se movía correctamente y en la dirección adecuada. Dentro de esta gran masa de hombres, había algunos que sabían adónde ir y todos los demás les seguían. ¿Cree usted que, en tales condiciones, se podía ejercer un control adecuado sobre los soldados y que el cobarde no tenía problemas para evadirse del campo de batalla? No sabría decir si hubo intentos de ese tipo. Pero no creo que hubiera sido posible. El plan estratégico no es conocido por el soldado que, además, no tiene ni idea de dónde está el enemigo. A la derecha, a la izquierda, delante y detrás, están sus compañeros de armas: el individuo se aferra al grupo, tiene miedo de alejarse y, le guste o no, va a luchar...

- En los manuales tácticos, todo está planeado, todo está previsto: las tropas están aquí, el comandante está allí, las posiciones enemigas están a cierta distancia y un movimiento envolvente por el lado lleva un tiempo determinado. En el tercer día de la guerra, puede que incluso en el segundo, apenas quedaba nada de eso. No digo que la táctica y la teoría sean superfluas. No, habría anarquía si no hubiera formación previa. Si se inculcan a los soldados las normas básicas de organización y el concepto de orden, el sistema consigue sobrevivir, a pesar de la espontaneidad aparentemente caótica. Pero la diferencia entre las abstracciones matemáticas de los manuales y la estricta realidad del movimiento y la lucha es enorme. Un reservista, al que había entrenado durante unos veinte días antes del inicio de la campaña, se me acercó durante la marcha y me dijo burlonamente: “Las cosas no están saliendo exactamente según lo previsto, ¿verdad, comandante?”

- Entramos en Lozengrad sin luchar. Los lugareños nos dieron una calurosa bienvenida. El comunicado oficial no había exagerado en ese punto. Los turcos se fueron antes de que llegáramos. En las puertas de las casas de los cristianos se habían dibujado cruces, a veces de colores tan vivos que saltaban a la vista. Estaba claro que seguían aterrorizados. Muchos cristianos que antes llevaban fez lo habían tirado y, al no tener otro tocado, iban con la cabeza descubierta.

- Nuestro regimiento permaneció en Lozengrad no más de dos o tres horas. Tras un breve descanso, nos dirigimos a Kavakli. Los turcos habían pasado tres horas antes. En medio del pánico y la confusión, habían abandonado sus víveres y toda su munición. Tengo que decir que después de Lozengrad, resistimos gracias a la comida que tomamos de los turcos. Luego nos dimos un día y dos noches de descanso en Kavakli. Desde allí, hicimos una expedición de unos quince kilómetros, con el fin de interceptar dos columnas turcas que se decía estaban en marcha hacia Andrinópolis. No las encontramos, es probable que se tratara de tropas búlgaras. El destacamento enviado a explorar por la artillería debió confundirlas con turcas.

- Fui herido el primer día de la batalla de Lüleburgaz. La tarde del día 15 tomamos posiciones; por la mañana, un lunes, comenzó el combate a las cinco y media de la tarde, y fui herido. Sucedió así. El destacamento bajo mi mando, un batallón y medio, tal vez dos juntos, entabló una escaramuza con los turcos que se habían refugiado en un pequeño bosque. Los hicimos salir y luego avanzamos y conquistamos la aldea de Karağağaç. Los turcos ya habían huido incluso de allí. Más lejos estaba la montaña. Di la orden: “¡Adelante, hacia la montaña!”.

- Los hombres empezaron a subir en pequeños grupos. No tenía ni idea de quién estaba a nuestra derecha o izquierda, sólo sabía que teníamos que llegar a la cima de esta montaña. Tampoco sabía lo que pasaría una vez allí. Al principio de la escalada, me quedé en la retaguardia para mirar a nuestro alrededor y asegurarme de que no había destacamentos turcos detrás de nosotros. Cuando llegamos a la cima, algunos de nuestros soldados dieron caza a los turcos que huían a toda velocidad. Pude seguir la escena a simple vista. Fui alcanzado por una bala, pero, naturalmente, no pude saber de dónde procedía ni quién la disparó. El turco que abrió fuego tampoco debió de darse cuenta de que había alcanzado a alguien, porque debía de encontrarse a una distancia de al menos 400 metros.

- Como puede ver, la bala entró por aquí, por el lado izquierdo de la cara, cerca de la nariz, y salió cerca de la oreja derecha. Tras el disparo, caí de cabeza, sorprendido. Mientras caía, pensé: “Esto es una herida mortal”. Pero lo pensé, digamos, de forma distante, como si no me concerniera. “Me estoy muriendo, así que esto es el fin”. Lo único que me preocupaba era que ocurriera de un modo tan simple, que no se me pasaba por la cabeza ningún pensamiento elevado, salvo que era una lástima. Sólo más tarde sentí el dolor, que era muy fuerte, pero no por donde había entrado la bala, sino por donde había salido. A decir verdad, estaba convencido de que la bala me había entrado por el lado derecho de la cabeza, detrás de la oreja. Había perdido tanta sangre que se había formado un charco en el suelo. Unos minutos más tarde, me levanté, saqué un rollo de gasa y me vendé lo mejor que pude...

Miré a mi alrededor en busca de los camilleros. Pero el problema era que los camilleros entraban en acción demasiado tarde. Los heridos estaban exasperados, y con razón. Los turcos habían desaparecido, ya no había peligro, y sin embargo no había ni rastro del personal médico. Sólo aparecen después de dos o tres horas, a veces incluso más tarde. Entiendo que hay una razón para esto. El personal médico no permanece bajo el fuego enemigo, sino fuera del campo de batalla. No saben, como los combatientes, que no hay salida, que cada bocanada de aire conlleva la amenaza de la muerte. Sólo sabe que hay hombres muriendo no lejos de donde él está, y esto provoca en él un reflejo de autoconservación. Tiene miedo de caer bajo el fuego enemigo, eso es todo. Los peores instintos afloran en una situación así. En lugar de ayudar a los heridos, algunos camilleros desnudan a los muertos. Es absolutamente vil y, sin embargo, si a los mismos hombres les das un fusil y los pones en primera línea, luchan tan bien como los demás y cargan con ellos, a bayoneta calada. Qué extraña criatura es el ser humano. Sería una tontería creer que los 200.000 soldados son héroes, incluso en los hombres más heroicos no todo es heroísmo. El heroísmo militar, al menos en las guerras actuales, es un fenómeno de masas. Una tropa puede realizar actos heroicos, pero eso no significa en absoluto que cada soldado, cada oficial, considerados individualmente, sea un héroe. El ejército en su conjunto debe saber por qué lucha y hacer suyo el propósito de la guerra. Eso es suficiente. El heroísmo surge entonces de las circunstancias de la propia guerra.

- Usted me pregunta ¿por qué mis hombres no vinieron en mi ayuda, dado que no había un camillero a la vista? Porque está prohibido. Los soldados deben luchar hasta ser heridos. Si se le permitiera socorrer a los heridos, nadie llegaría a la línea de fuego. Más

tarde, mientras me tambaleaba por el campo de batalla, uno de mis hombres me cogió del brazo y me acompañó a una unidad médica. Pero ya habían pasado seis horas desde que me hirieron. Me desinfectaron la herida, me vendaron y me enviaron a Lozengrad con otros heridos.

- Estar tumbado en un carro, con el continuo crujido y ruido de decenas de carros, es más angustioso que la propia herida. Este ruido ha tomado el relevo del crepitar de la ametralladora en mi cabeza, y puedo asegurar que la ametralladora hace un ruido muy desagradable. Al principio, disfrutaba de este ruido regular, constante y continuo en el campo de batalla... Pero luego empezó a molestarme. Cuanto más lo oía, peor me sentía. Te desgasta, te pone de los nervios hasta que no puedes soportarlo más. Es un sonido continuo, sin pausa ni vacilación... ¡Maldita mecánica! No hay nada humano en ese ruido. Tac, tac, tac, veinticuatro horas sin descanso. Los cañones son mucho más humanos. El estruendo que oyes implica un gesto vital. Sabes que alguien, en algún lugar, ha tirado de una cuerda. La ametralladora, en cambio, no tiene alma, es una especie de *perpetuum mobile* de la matanza. Escupe balas y causa la muerte; no se puede imaginar nada humano detrás de ella. Eso es lo más terrible.

- ¿El miedo? No, no se siente miedo durante el combate, o digamos que no lo sientes cuando estás bajo fuego. Pero antes y después, estás muerto de miedo. Es un miedo similar, pero obviamente mayor, al que sientes cuando esperas un examen o te preparas para dar un discurso en público. Durante la movilización, nadie quería ir al frente. En ocasiones solemnes, cuando la gente sentía, veía y gritaba al unísono, entonces sí, había un gran entusiasmo. Pero, en las conversaciones cara a cara, te dabas cuenta de que todos hubieran preferido no beber ese cáliz de amargura. Algunos hablaban en tonos que me alarmaban. Estos hombres, me dije, no podrán resistir el choque del primer ataque. Pero después las cosas fueron de otro modo. El miedo desapareció y la indiferencia ocupó su lugar. Los hombres temerosos y nerviosos a veces tienen momentos en los que pueden realizar actos verdaderamente heroicos.

- El miedo tiene una función en la vida humana. Es la reacción psíquica del cuerpo ante una amenaza. Pero si el peligro es permanente, si no hay forma de evitarlo, si, de un momento a otro, cada centímetro cúbico de aire puede cargarse con una bala, entonces el miedo deja de ser útil. No salva el cuerpo; al contrario, lo destruye. Por tanto, es sustituido por la indiferencia que, en cierto modo, sirve de defensa psicológica.

- No se tiene miedo en la batalla. Más bien te invade una especie de languidez y fatiga nerviosa... El cañoneo comienza al amanecer con su estruendo y continúa sin cesar. Sale el sol, caminas, te sientas, te acuestas y el cañoneo te persigue todo el día, hasta el anochecer. A veces incluso continúa durante toda la noche. Vives con él y no puedes escapar de él, ni siquiera por un momento. Seguro que ha estado usted en campo abierto durante una tormenta. Los truenos retumban sobre su cabeza, los relámpagos relampaguean y no tiene usted ningún refugio, ningún lugar donde esconderse.

Imagínese un peligro mil veces mayor, con un rayo cayendo sin cesar sobre el suelo. Imagínese durante una hora, dos horas, doce horas, veinte horas, día y noche... El miedo, como reacción a un peligro mortal, desaparece, pero la languidez de la fatiga penetra en todo el organismo, músculos y huesos. Se siente una fatiga terrible, insoportable... El cañoneo es tan anónimo como el retumbar del trueno. La muerte se cierne, salvaje e incontrolable, asaltándole por la derecha y por la izquierda. Susurra, sisea, se precipita, envuelve en un remolino de aire caliente, arranca la tierra de debajo de los pies, se estrella inexorablemente contra uno. Y cuando termina el día, se dice: ya está, no podemos seguir así. Pero pasa otro día, y otro. Y acaba uno deseando encontrarse cara a cara con el enemigo.

Archivos, 1912

### III. Ecos de la guerra

#### *Un largo mes*

Durante este último mes, que pasó rápidamente, todo cambió. Al comienzo de la guerra, el tiempo era espléndido y las esperanzas inmensas. Las carreteras estaban abarrotadas de unidades de reservistas, macedonios y voluntarios en marcha, así como de música militar con coros y atronadores “¡Viva!” Las noticias de avances victoriosos y pérdidas limitadas del ejército búlgaro se sucedían. En las calles se reunían multitudes para escuchar la lectura de los telegramas; los embajadores de los países aliados eran llevados, a hombros, en señal de triunfo. Las voces de los jóvenes canillitas que gritaban los titulares de sus periódicos se hacían eco unos a otros. Los diarios informaban constantemente de nuevas victorias sobre los turcos o de informaciones sobre la opinión pública europea. Con sombreros o tocados de seda, equipados con prismáticos y cámaras, los periodistas más ingeniosos corrían de un café a otro, deseosos de saberlo, oírlo y verlo todo. Las mujeres de Sofía se habían quedado sobre todo en la ciudad. Elegantes, paseaban solas por las calles soleadas del centro, porque sus maridos, sus prometidos, sus hermanos habían bajado a la arena. Era principios de octubre, pero parecía primavera, una estación destinada a no acabar nunca...

Pero esa primavera ha llegado a su fin. Han llegado las noches frías, el monte Vitoša está cubierto de nieve y los encargados del hotel llenan las tuberías metálicas de agua caliente. Por la mañana, una niebla desagradable entra por las ventanas abiertas de par en par. Llueve dos de cada tres días. Cada vez hay menos corresponsales de guerra en las calles y más heridos que salen de los hospitales. Los últimos contingentes de la reserva han partido hacia el frente con la legión macedonia y la unidad armenia. Las divisiones serbias que se dirigían a Andrinópolis (los voluntarios llevaban sombreros con la punta roja, pero sin adornos florales) pasaron por aquí. La humedad sube y baja, está por todas partes. Los pequeños canillitas pregoneros se protegen de la lluvia con tocados hechos con hojas de periódico, guardan las manos enrojecidas por el frío en sus bolsillos rajados, gritan los titulares que anuncian la tregua o la reanudación de las hostilidades. Sus voces están quebradas por la humedad y por un mes de gritos constantes.

Ha pasado mucha agua bajo los puentes desde la última vez que se reunieron multitudes y se oyó un grito de entusiasmo en las calles. Ya no se ven mujeres elegantes paseando. Recorren las calles con prisa, parecen preocupadas, se cobijan bajo sus paraguas y se levantan las faldas al pasar sobre las aceras mojadas. Los mendigos que salen de Juč-Bunar, al cruzarse con desconocidos en la calle, extienden sus manos sucias y piden limosna en tono lastimero. Cada vez llega más personal médico del extranjero, que es absorbido de inmediato por los hospitales, cuya población no deja de crecer.

Corren tiempos difíciles. La guerra no ha terminado y Andrinópolis resiste; los informes sobre la toma de Çatalca, pasados por la criba de la censura y por tanto (como es habitual aquí) considerados fiables, resultan ser erróneos.

El ejército turco, o al menos gran parte de él, resistió en Çatalca, y con él el espectro del cólera. La guerra no ha terminado, pero tampoco avanza. Las negociaciones continúan. Los anuncios de tregua fueron acogidos con poca alegría, porque iban acompañados de rumores de crecientes dificultades causadas precisamente por aquellos

en quienes habían descansado tan vanas esperanzas. Nadie aprecia el número patriótico de V.I. Nemirović-Dančenko, interpretado al ritmo de los tambores. Incluso los duros de oído se han dado cuenta de que estos instrumentos tocan ahora una nota falsa. El resplandor de los cañones aún no se ha apagado, y las flores de la poesía de la guerra ya se han marchitado. La trágica realidad de la guerra, traída a casa por la oleada de heridos, se ha extendido por todo el país.

Los búlgaros no son sentimentalistas. Carecen de lirismo y de instinto teatral. Por supuesto, los artículos periodísticos sobre el ejército victorioso estaban escritos en un lenguaje pulido, adecuado a la importancia de los acontecimientos, pero el estilo era monótono, laborioso, formal y ceremonioso. Tras los primeros días, el estilo volvió a caer en los estereotipos habituales. La toma de Lozengrad había despertado un gran entusiasmo en la ciudad, con ovaciones y desfiles de antorchas. Los informes de las batallas que siguieron a las de Lüleburgaz o Çorlu, al igual que las noticias de la toma de Salónica, no dieron lugar a desfiles ni explosiones de júbilo. Desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, el único eco de la guerra que se oía en las calles eran los gritos de los canillitas. La noticia de que torpederos búlgaros habían hundido un crucero turco, difundida ayer por los periódicos vespertinos, y en particular por una *priturka* de la *Bălgarija* no oficial, no tenía eco en las calles. La población está cansada de victorias; quiere la Victoria.

Lev Trotsky y Christo Kabakčev (Kabachiev), *Escenas de la vida política búlgara*

### *Juč-Bunar*

No se designa un teatro de operaciones militares ni una provincia ocupada, por lo que no tiene sentido buscar este nombre en el mapa del estado mayor. Juč-Bunar está en Sofía, la capital de Bulgaria.

Caminamos por la calle Pirov, giramos por la avenida Dragoman y después tomamos la calle Saint Clément. A la izquierda está el monte Vitoša, que, aunque rodeado de nubes primaverales, está cubierto de nieve. Unos pasos más y llegamos a la calle Paissij, que debe su nombre a un monje cronista que fue uno de los promotores del renacimiento nacional búlgaro. Culpaba a los búlgaros de avergonzarse de ser búlgaros. Desde entonces, se ha derretido mucha nieve en Vitoša, y hoy los herederos espirituales de Paisij obligan a otros pueblos, que no lo desean, a convertirse en búlgaros...

Al final de la calle Paissij, comienza un barrio donde reina la pobreza. Como para demostrar que la pobreza no tiene prejuicios raciales, el destino ha colocado en Juč-Bunar a pobres de raza judía, gitana y búlgara: todos parecen haber sido barridos allí de una sola vez.

El centro de Sofía, desde la estación de ferrocarril hasta el palacio y el parlamento, es europeo en todos los sentidos. Avenidas anchas y limpias, edificios altos, luz eléctrica, tranvías, una calle principal, ropa elegante, sombreros de mujer más grandes que los de París. La Sofía bella, limpia y rigurosamente europea contrasta con la horrible, más que paleoasiática, Juč-Bunar. Los países del próximo y lejano oriente (pero ésta es también, en gran medida, la historia de nuestra Rusia) han tenido muy poco tiempo a su disposición para hacer una transición gradual de la barbarie a la civilización capitalista. Son los tiempos de la historia. La historia impuso a estos países la construcción de ferrocarriles y la adquisición de aviones militares incluso antes de que las carreteras estuvieran pavimentadas; colocó relucientes sombreros de copa en las cabezas de las clases dirigentes antes de que las ideas europeas hubieran entrado en sus cráneos. Por último,

iluminó los centros de las ciudades con magníficas lámparas incandescentes antes de desecar los repugnantes pantanos de los suburbios, focos de hedor y pestilencia.

Caminamos por la calle con cuidado de no pisar charcos ni montones de mugre pútrida. Estamos en Juč-Bunar, en el barrio judío. La gente ya se ha fijado en nosotros y cree que hemos venido a prestarle ayuda inmediata. En las puertas aparecen rostros, encarnación de la pobreza, el horror y la degradación humana, que parecen cuencas oculares vacías. Nos miran con ojos que muestran a la vez dolor, miedo y esperanza. Hay ancianos judíos cubiertos de harapos que parecen haber envejecido sobre ellos, con gruesas gafas de montura verdosa, y jóvenes con encías sin sangre y siniestros anillos azulados alrededor de los ojos. Piden caridad extendiendo mecánicamente sus manos, que nunca han usado el jabón. Luego están las mujeres de Juč-Bunar, las bestias de carga de la pobreza, con sus vientres salientes y sus piernas retorcidas, rodeadas de niños escrofulosos, también con las piernas retorcidas y los párpados purulentos... Todos arrastrándose sobre zuecos de madera, abriéndose paso a codazos y quejándose a nuestro guía en un dialecto de inflexiones castellananas.

Hemos dejado atrás las casas de verdad. Aquí sólo hay madrigueras de tierra, con una ventana cuadrada que da a una sola habitación. La entrada da directamente a la calle, sin la sombra de un vestíbulo o un umbral.

Estas personas han construido estas casas con sus propias manos, de barro y arcilla, en un terreno arrebatado ilegalmente al municipio. Desconocedores de los sacrosantos principios del derecho romano, los pobres de Juč-Bunar se obstinaron en creer que también para ellos había un lugar, por pequeño que fuera, en esta tierra, la misma que los poetas épicos insisten en llamar madre. El ayuntamiento de Sofía ha intentado varias veces erradicar esta ingenua superstición con furgonetas bomba y chorros de agua. El año pasado, los celosos bomberos de Sofía intentaron demoler estas guaridas malditas que se habían erigido indebidamente en terrenos municipales. Recurrieron al chorro de agua, un método utilizado en las estepas de la Nueva Rusia<sup>190</sup> para expulsar a los espermófilos<sup>191</sup> de sus madrigueras y exterminarlos. En vano. Los inamovibles habitantes de Juč-Bunar no se dejaron expulsar de sus tierras. Entonces la guerra envió a todos al frente, engañados y bomberos por igual.

Vamos a echar un vistazo a la casa de un habitante de Juč-Bunar en una calle que lleva el presumido nombre de *bulevar Slivnica* pero que no es más que un largo reguero de charcos entre dos hileras de chozas de barro. La casa, con una sola habitación calentada por una estufa de hierro, mide cinco por cuatro *aršin*<sup>192</sup>. Aquí viven once personas: un anciano doblado en dos, una anciana, sus tres hijas y su hijo con su mujer y cuatro niños pequeños. El suelo de barro está cubierto de alfombras sobre las que duermen; en una esquina hay tablones sostenidos por dos cajas y cubiertos de trapos. La ventana cuadrada mide un *aršin* por lado. El conjunto está cubierto por un tejado de barro. Las casuchas, y esta no es una excepción, son todas similares. Y todas juntas forman Juč-Bunar.

- ¿Cuándo será el próximo pago?, pregunta la mujer a nuestro guía, el camarada Jako Leviev, miembro del ayuntamiento de Sofía, elegido gracias a los votos de los judíos del distrito de Juč-Bunar. La pregunta se refiere a la comisión municipal a la que se ha encomendado la tarea de ayudar a los pobres de Sofía, distribuyéndoles, en seis meses, la prolija suma de medio millón de francos (menos de doscientos mil rublos). Jako Leviev es uno de los miembros más enérgicos de la comisión.

- ¿Cuándo será el próximo pago? Ya no podemos más.

-Tengo cinco hijos y mi marido se ha ido a luchar...

- Tengo nueve bocas que alimentar en mi familia y mi marido está en el ejército en Odrin.

- No me han dado nada porque mi marido no está en el ejército. ¿Quién sabe dónde está? ¿Quién lo ha vuelto a ver? Tengo dos hijos con escarlatina...

- ¡Unámonos y vayamos a Kmetovo (el ayuntamiento)!

- No, cojamos a nuestros hijos y vayamos a ver a la reina enseguida. Vayamos y digámosle que nosotros y nuestros hijos no tenemos nada que comer... Después, ¡que hagan lo que quieran con nosotros!

Ahora hay setecientos soldados del barrio judío de Juč-Bunar en las filas del ejército búlgaro. Van a conquistar nuevas tierras para la dinastía búlgara y las clases dominantes. Mientras tanto, las autoridades de Sofía intentan, a toda costa, arrebatarnos sus cuatro *aršin* de tierra. Sin embargo, en este lodazal de necesidad y degradación se libra una batalla de ideas, encarnada por el rótulo de dos tabernas. Se trata de la “Taberna de Sion y Cafetería” y, en la puerta de al lado, de la “Cafetería internacional del café” de Chaim Sh. Varsano. Estos letreros representan los principios fundamentales de la *machla* (barrio) judía: Sion<sup>193</sup> y la Internacional. Algunos, metidos hasta el cuello en estos charcos pútridos, se consuelan con la leyenda de la llegada del reino de Sión; otros, en cambio, se han alejado de las letanías religiosas y de las supersticiones nacionales para cifrar sus esperanzas en la Internacional Socialista del Trabajo<sup>194</sup>.

No lejos de aquí está la casa del camarada Salomon Isakov. Vamos a hacer una breve visita a su familia, ya que Isakov está con el ejército, en el frente de Çatalca. Sigue estando la famosa habitación individual, que ya conocemos, pero esta vez es luminosa y las paredes están cubiertas de fotografías. En una esquina de la habitación cuelga un gran retrato enmarcado de Karl Marx. Isakov, tipógrafo, dirigía el periódico de su sindicato. Ganaba unos ochenta francos (treinta rublos) al mes y estaba en paro al menos dos o tres meses al año. Conocimos a su anciana madre y a su esposa, una joven agradable de mirada vivaz. En una cuna en el suelo está su hijo de nueve meses, al que han llamado Karl, en honor del hombre con melena de león cuyo retrato cuelga en un rincón.

Volvemos a la calle. Aquí, un poco más allá, está el círculo de la organización socialdemócrata. No muy lejos se divisa la pequeña y fea sinagoga, refugio espiritual de los soñadores obtusos que anhelan Sion. Un arroyo, llamado Vladaïka, divide el verdadero Juč-Bunar (en turco, significa los tres pozos) del Dort-Bunar (los cuatro pozos), habitado principalmente, aparte de unos pocos judíos, por gitanos.

Cuando el Vladaïka, que ahora es un arroyo, se desborda por las lluvias y arrastra los puentes de madera podrida que lo atraviesan, Dort-Bunar queda aislado del resto de la ciudad y permanece sin pan durante varios días. Es cierto que aquí no abundan los alimentos, ni siquiera en tiempos normales. Las casas de adobe de los gitanos parecen más sólidas y espaciosas que las de los judíos: lo más probable es que esto se deba a que los primeros no se vieron obligados a construir las en secreto. El ayuntamiento les había obligado a evacuar el centro de la ciudad y las plazas donde se habían instalado o, mejor dicho, donde habían acampado, asignándoles gratuitamente un terreno en las afueras. Sin embargo, Dort-Bunar es el gemelo de Juč-Bunar. Los mismos charcos con desechos humanos y animales, montones de inmundicia ante las puertas y ristras de guindillas colgando de las ventanas. Arrastrándose a cuatro patas y hundiendo las manos en el barro, un gitano sin nariz se abre paso. Pequeños gitanos tienden la mano gritando “*Leb (pan)*”. La ropa sucia y remendada se seca en una cuerda tendida entre una letrina y una casa, esta última no muy diferente de la primera. Esta es la “peluquería”. En una habitación minúscula, desnuda y oscura, sólo hay un “sillón”. Unas tijeras y un peine roto reposan en una caja. En la puerta de al lado está la *Bakalnica na drebno* (droguería), junto a la *Papirosy na drebno* (cigarrería). En Bunar no se vende nada al por mayor. Todo es *na drebno*.

En la parte búlgara de Bunar viven cocheros, carreteros y macedonios. Estos últimos forman algo entre una nación, un partido y una profesión. Son odiados por su rudeza y su estilo de vida parasitario. Este lugar también se conoce como *la cuadra* por los caballos de cocheros que suelen poblarlo. Ahora ya no queda ninguno: caballos, cocheros y carros han sido requisados por la comisión encargada de recoger todo lo que se considera indispensable para la guerra. Las mujeres se quedan solas en casa con los niños. Bunar está sirviendo a su país, los cabezas de familia están derramando su sangre en el frente y las barrigas de los niños están hinchadas por el hambre.

Sentados en un tranvía, conducido por un traminot que acaba de terminar la enseñanza secundaria (todos los traminots están en el ejército), hacemos un recorrido general por Bunar. Nuestra mirada se detiene en la casa de los hijos *ilegítimos*, en cuyo umbral se encuentran dos de ellos, y en la multitud de macedonios que llevan cinturones altos y tocados de piel de cordero con casquetes verdes. Nuestros ojos se posan por un momento en el edificio de la escuela, requisado por los soldados de reserva. Por último, dirigimos nuestra atención a un gran edificio, una especie de castillo que domina los tres Bunars de judíos, gitanos y búlgaros. El fruto de la justicia social y el humanitarismo triunfantes: ¡la cárcel de Sofía!

### ***Bulgaria y la diplomacia rusa (entrevista con un estadista búlgaro)***

- En su opinión, ¿tiene Rusia una política sobre los Balcanes?
- Desde luego que sí. Creo que incluso tiene dos.
- ¿Entonces eso significa que no tiene ninguna?
- Tal vez. Sin embargo, algunas personas afirman, y son muchas, que sin Rusia no habría habido Liga Balcánica y que, en consecuencia, no habría habido guerra ni victorias.
- En mi opinión, la verdad es bien distinta. Rusia quería la Liga Balcánica y alentó su creación; pero no pretendía ser antiturca, o al menos no pretendía tener a Turquía como objetivo principal, sino a Austria. Esa era la política de Isvolsky, Čarikov y Hartvig<sup>195</sup>. Rusia necesitaba una barrera contra Austria, no quería una guerra contra Turquía. Nuestros rusófilos, los tzankovistas, también estaban en contra de la guerra, precisamente porque no deseaban debilitar sus relaciones con Rusia. En cuanto al rey Fernando, su política se basaba en el principio fundamental de escuchar a Austria cuando los rusófilos estaban en el poder, y acercarse a Rusia cuando la influencia austriaca predominaba en el gobierno. Fernando condicionó todos nuestros partidos con esta política. En realidad, Bulgaria no puede hacer otra cosa si quiere seguir una política completamente independiente.
- Esta posición es ahora aceptada por todos en nuestro país. Tomemos como ejemplo a Danaev<sup>196</sup>, el intermediario entre Fernando y el gobierno ruso. Como rusófilo inflexible, declaró que no interferiríamos en la política rusa. En otras palabras, Danaev daba a entender que nuestra línea política y la de Rusia debían, por así decirlo, coincidir. Hoy, Danaev, ciertamente bajo la influencia del rey Fernando, se ha liberado de la rusofilia básica que siempre había profesado. No es casualidad que fuera él quien fuera enviado a Viena para llegar a un acuerdo con el gobierno austriaco sobre el destino de Albania y la salida al mar de Serbia.
- Tengo que decir que incluso nuestra camarilla de la corte estaba firmemente en contra de la guerra. Había razones para creer que las propuestas de Berchtold<sup>197</sup> sobre la descentralización de Turquía eran la respuesta austriaca a las maniobras de Sofía. Bulgaria había declarado que la situación se había vuelto insostenible y que había que encontrar una salida. Inmediatamente después del discurso de Berchtold y de la reacción

que provocó, quedó claro que sólo se trataba del centésimo programa de las llamadas reformas turcas. Este batiburrillo diplomático no podía producir ningún resultado. Mientras tanto, las dificultades internas provocadas por la cuestión macedonia habían aumentado hasta tal punto que podían estallar en cualquier momento. En este contexto, el rey Fernando aplicó una política que, con razón o sin ella, fue considerada de inspiración rusa. Nuestros periódicos han afirmado, más de una vez, que la Liga Balcánica fue la respuesta a las masacres de Stip y Kočeni<sup>198</sup>; pero tal explicación sólo puede satisfacer a los filisteos demasiado crédulos. En realidad, la masacre de Kočeni fue la sangrienta réplica a la *política* de la dinamita de la organización revolucionaria macedonia<sup>199</sup>. Esta política era fruto de la desesperación y ya había sido adoptada por los macedonios en Bulgaria. Perseveraron en esta vía y la defendieron con energía, cualidad que, hay que reconocerlo, no les falta. Además, se convencieron de que la cuestión no podía resolverse definitivamente sin recurrir a un ultimátum.

- Los cimientos de la Liga Balcánica se sentaron en el sur y el oeste de la península balcánica, en Grecia y Serbia. Venizelos<sup>200</sup> y Pašić se consideran los padres fundadores de la liga. No están del todo equivocados. En cualquier caso, lo que les unió fue sobre todo el *peligro* albanés creado de la nada por Austria e Italia.

- Una Albania autónoma o, mejor dicho, una Albania sometida a Austria en el norte y a Italia en el sur, correría el riesgo de expulsar definitivamente a Serbia del Adriático. Además, privaría a Grecia de toda posibilidad de expansión territorial.

- Así es como sucedió. Mientras los estados balcánicos se veían empujados por sus dificultades internas y la situación internacional a formar una alianza ofensiva contra Turquía, a la diplomacia europea no se le ocurrió nada mejor que la enésima declaración sobre la inviolabilidad del statu quo turco. ¿Puede usted explicarme cuál es el papel de la diplomacia? Hace algún tiempo releí los artículos de Karl Marx sobre la cuestión de oriente, que él llamaba “el *pons asinorum* de la diplomacia europea”<sup>201</sup>. Algunos de sus artículos siguen siendo muy instructivos hoy en día. Fueron escritos poco antes del estallido de la guerra de Crimea, en un momento en que los dos factores más evidentes de la cuestión oriental eran, por un lado, el lento pero constante avance de Rusia hacia Constantinopla y, por otro, los esfuerzos diplomáticos para contener a Rusia.

Marx escribía: “Turquía es la llaga viva de la legitimidad europea. La impotencia del gobierno legítimo y monárquico, desde la primera Revolución Francesa, se ha resumido en un axioma: mantener el statu quo. Un *testimonium paupertatis*, un reconocimiento de la incompetencia universal de los poderes gobernantes, para cualquier propósito de progreso o civilización, se ve en este acuerdo universal de atenerse a las cosas como por casualidad o accidente. [...] Mirmidones [insignificantes] de la mediocridad, como los llama Beranger<sup>202</sup>; sin conocimiento histórico ni visión de los hechos, sin ideas, sin iniciativa, adoran el statu quo que ellos mismos han remendado, sabiendo lo chapucero y torpe que es tal situación.”<sup>203</sup>. “Hemos visto cómo la obstinada ignorancia, la rutina consagrada por el tiempo, la hereditaria somnolencia mental de los estadistas europeos, se encoge ante el mero intento de responder a esta pregunta.”

No está mal, ¿verdad? Estas consideraciones son válidas, punto por punto, para los nietos que han ocupado el lugar de sus padres y abuelos diplomáticos de la época. Marx se pregunta: ¿la expulsión de los turcos de Europa conducirá a la dominación austriaca y rusa de los Balcanes? Y responde: al contrario, los pueblos balcánicos buscarían el apoyo de las potencias europeas hasta tal punto que permanecerían en un estado de degradación y esclavitud.

“El hecho es notorio: en cada uno de los estados que han surgido en suelo turco y adquirido independencia total o parcial, se ha formado un poderoso partido antiruso.”<sup>204</sup>

- En resumen, Marx llegó a la conclusión de que la mejor garantía de la inviolabilidad de la península balcánica, frente a las pretensiones de Rusia y Austria, no sería el mantenimiento de un statu quo marcescente, sino la libertad y la independencia de los pueblos balcánicos. Sólo ahora, después de sesenta años y a golpe de cañonazos, este concepto empieza a calar en las cabezas de los diplomáticos. Pero me temo que me he perdido.

- Seamos claros: el papel emancipador de Rusia en los Balcanes terminó precisamente cuando los pueblos liberados dejaron claro que pretendían utilizar la libertad para sí mismos. Ya en 1880, Rusia era partidaria de mantener el statu quo en los Balcanes. Había dos razones para esta elección. La primera es la que ya conocemos, y es que cualquier fortalecimiento de las potencias balcánicas las hace más autónomas frente a la tutela europea, incluida Rusia. La segunda es que, durante este período, Rusia había desviado su atención hacia Extremo Oriente y, puesto que estaba ocupada allí, cualquier hibernación del orden o del desorden que reinaba entonces en la península balcánica le valía. El fracaso de la política rusa en Manchuria impidió a esta última tomar iniciativa alguna para favorecer la ulterior liquidación de Turquía. Esto explicaría también por qué el gobierno de San Petersburgo ha adoptado finalmente la posición que tiende a preservar la integridad de Turquía, es decir, la misma política que la diplomacia europea ha seguido durante mucho tiempo para contrarrestar a Rusia.

- Seamos francos: para la diplomacia de San Petersburgo, el statu quo en los Balcanes no es una genuflexión mística ante los derechos del sultán, sino una simple preservación de la herencia turca a la espera de días mejores. El problema del momento no es tanto el de Europa vigilando y controlando a Rusia como el de Rusia vigilando el constante avance de Austria hacia Salónica. A este respecto, su diplomacia juega a dos bandas. Por una parte, se esfuerza por estar meticulosamente al unísono con Austria, con la esperanza de conseguir así una especie de acuerdo recíproco, y por otra, no teniendo plena confianza en este acuerdo, fomenta un acercamiento entre las potencias balcánicas para obstaculizar las pretensiones de la monarquía de los Habsburgo. Sus diplomáticos han alentado, lo mejor que han podido, la formación de la Liga Balcánica, pero no están totalmente convencidos de que sirva para expulsar a Turquía de Europa, al menos en la fase actual de las cosas. Rusia está muy lejos de embarcarse en semejante empresa, sobre todo porque, lo que es más importante, correría el riesgo de crear un conflicto con Bulgaria por el reparto del botín turco. Bulgaria es útil para Rusia. De hecho, es el eje de la alianza balcánica contra Austria-Hungría: ¿qué alianza habría sin Bulgaria?

- En cualquier caso, los búlgaros seguimos nuestra propia política, dirigida no contra la monarquía del Danubio sino contra Turquía. Tras algunas vacilaciones y disensiones internas, Bulgaria aceptó la idea de una alianza, pero al mismo tiempo utilizó su influencia para convertir la Liga Balcánica, un instrumento de la política rusa, en un instrumento de la política puramente balcánica. Las polémicas desplegadas en vuestros órganos oficiales nos han aclarado muchas cosas. Está claro que la Rusia oficial estaba asustada por el giro que estaban tomando los acontecimientos en los Balcanes. Cuando la perspectiva de una guerra balcánica se vislumbraba claramente en el horizonte, Rusia presionó a Serbia para que abandonara a Bulgaria a su suerte. Pero Serbia no dio marcha atrás. El miserable papel desempeñado por la diplomacia de San Petersburgo durante la crisis de la anexión aún estaba demasiado fresco en la mente de los políticos serbios. La tierra tembló bajo los pies de Nikola Pašić, igual que aquí en casa. Como resultado, se vio obligado a tomar una decisión: era ahora o nunca.

- La tendencia de la Rusia oficial a contemporar y desconfiar de sus aliados, sus minucias con Austria, su estímulo a Rumanía (¿y qué decir de la última entrevista con el señor Sazonov?) se derivan del hecho de que Rusia se ha visto decepcionada por la Liga

Balcánica por la que luchó. Hemos llegado a tal punto que en su país las orquestas ya no pueden tocar *Sumi, Marica*<sup>205</sup> en los restaurantes. Por eso le hago la misma pregunta que le hice al principio de nuestra conversación. ¿Tiene Rusia una política sobre los Balcanes?

- Cuando Bulgaria y Rumelia Oriental se unieron, Rusia se opuso, haciendo oír claramente a través de sus canales diplomáticos que era una medida inoportuna. Cuando, hace cuatro años, proclamamos nuestra plena soberanía, Rusia dijo: “Es una acción inoportuna”. Finalmente, declaramos la guerra a Turquía y el Sr. Sazonov no dejó de declarar que era “una acción inoportuna”. Dado que, ni era el momento oportuno en 1885, ni en 1908, ni en 1912, ¿son capaces sus diplomáticos de nombrar un solo momento en los últimos veintisiete años que consideren oportuno? Bueno, si no le importa, ahora nos toca a nosotros decidir cuál es el momento adecuado.

- Aprecio mucho a Rusia, y usted también sabe cuánto la aprecio, pero en lo que respecta a su diplomacia oficial, creo que siguen siendo válidas las palabras que Tzankov dirigió en el lejano año 1881 al agente diplomático ruso Chitrovo: “Puede que no tengamos su miel, pero tampoco tendremos sus espinas”.

- Estas son las palabras que nosotros también debemos dirigir con tacto, por supuesto, a todos los diplomáticos europeos que sudan a chorros para hacernos un bien. “Ni miel, ni espinas”, queridos señores. Arreglaremos nuestras cuentas con Turquía nosotros mismos, de forma firme y concluyente, y sin interferencias de Europa. Europa teme que exijamos demasiado. Si estos son los temores de Europa, ¿qué podemos decir de Austria-Hungría, que se ha anexionado Bosnia, de Italia, que se ha apoderado de Trípoli, y de Rusia, que no ha perdido de vista Constantinopla? Es esta Europa la que ha venido a predicar la moderación y la medida. ¡Qué espectáculo para los dioses del Olimpo!

Y, sin embargo, Bulgaria y sus aliados tienen serias razones, créanme, para actuar con moderación. Nuestros recursos no son ilimitados, como tampoco lo son nuestras reservas humanas. Todos somos conscientes de ello. No podemos prolongar la guerra. Por lo que respecta a Bulgaria, tampoco podemos hacer afirmaciones que puedan provocar un conflicto con Europa o con nuestros aliados balcánicos. Todas estas son razones de peso que empujan a la moderación y al autocontrol. Los consejos de Europa no son necesarios. No tomaremos Constantinopla. Si marchamos hasta allí, sólo será para mostrar nuestra fuerza. Pero no tenemos intención de adquirir el trofeo de “Zarigrado”, ya porque temamos las dificultades que puedan surgir con Rusia, o ya porque Constantinopla no sea un fruto a nuestro alcance. Mantener el orden en una ciudad de un millón de ansiosos habitantes de diversas razas exigiría una guarnición de cien mil hombres. Esto supondría un cambio radical en nuestro modo de vida y una sangría para los recursos financieros del país. En lugar de utilizar los ingresos del estado para construir escuelas, carreteras y hospitales en Bulgaria, los despilfarraríamos en mantener el orden y la magnificencia en Constantinopla. En este sentido, he llegado a la conclusión de que esta ciudad debería ser neutral y estar sujeta a un mandato internacional: una ciudad libre y un puerto franco.

- Estoy personalmente convencido de que esta solución es válida para Salónica. No sé exactamente a qué acuerdo han llegado nuestros diplomáticos con los diplomáticos de Grecia y Serbia, pero creo que algunas cuestiones, que no son ni mucho menos secundarias, han quedado sin resolver. Por eso también sostengo que transformar Salónica en un puerto internacional es la mejor manera de garantizar unas buenas relaciones de vecindad con Grecia y Serbia.

- Sus diplomáticos están descontentos. Les gustaría ver bloqueada la situación actual en los Balcanes durante al menos una década, hasta que lleguen tiempos mejores. No se dan cuenta de que cada vez es más difícil influir desde fuera en el destino de los

Balcanes. Estamos madurando, ganando confianza en nosotros mismos y haciéndonos cada vez más independientes. El Sr. Sazonov no puede hacer nada al respecto. Durante los primeros años de la reconstrucción de nuestro estado, dijimos a los países que querían tutelarnos: “Bulgaria seguirá su propio camino”. A pesar de los altibajos, en una u otra dirección, nos hemos atenido a este programa. Ahora estamos preparados para dar el siguiente paso, que es muy importante. Les guste o no a quienes ahora rigen nuestros destinos, esta guerra es el preámbulo de la federación balcánica, y la federación representa a su vez el mejor baluarte para la independencia de nuestra península. Así que más vale que los oscuros asesores de las cancillerías diplomáticas se vayan haciendo a la idea de que la península balcánica seguirá “su” propio camino.

Sofia, *Den*, número 38, 9 de noviembre de 1912

## IV. Macedonia y Armenia

### *Los chetniks y la guerra*

- Nuestra organización lleva activa en Macedonia desde 1893, me dijo Christo Matov, jefe de una de las organizaciones revolucionarias macedonias. Durante el primer periodo, de 1893 a 1902, la organización siguió siendo legal. Sin embargo, no crean que “legal” significa respetar las leyes de Turquía. En absoluto. Significa que los miembros de nuestra organización, intelectuales y campesinos, permanecieron en la localidad donde vivían, sin abandonar su trabajo y sin utilizar métodos militares para su lucha. Califico a estas actividades “legales” para distinguirlas de las de los chetniks. Un chetnik es, en la mayoría de los casos, un miembro de la organización legal demasiado comprometido a los ojos de las autoridades turcas. Esto significa que tiene que renunciar a su trabajo y a su familia e irse a las montañas con un fusil al hombro. Pero la lucha chetnik comenzó más tarde. Recordará que en 1903<sup>206</sup> hubo una insurrección masiva. La lucha chetnik comenzó tras el aplastamiento de la revuelta campesina y duró de 1904 a 1908.

- Bajo la presión de la insurrección y la lucha chetnik, Turquía se vio obligada a introducir una reforma financiera en Macedonia y Europa firmó el Acuerdo de Reval<sup>207</sup>. Esto supuso una gran victoria moral para nosotros. La diplomacia internacional empezó a tomarnos en serio. Luego vino la revolución turca y la lucha chetnik llegó a su fin. ¿Por qué ocurrió esto? Muchos dirigentes macedonios creían que la constitución turca habría favorecido una lucha pacífica y legal mediante grandes reformas en Macedonia. Mis amigos más cercanos y yo no lo creíamos, pero otros sí. Tanto Sandansky como Černopeevev creían en ello. La mayoría de los chetniks abandonaron las montañas. En aquel momento, les dije a dos de sus comandantes, Pëtr Atsev y Pëtr Čaulev: “Volved a la montaña, decid a los demás que no se muevan y permaneced armados”. Volvieron sobre sus pasos, pero ya era demasiado tarde y ellos también tuvieron que abandonar la montaña. En ese momento decidimos que al menos teníamos que mantener la organización legal. Nuestra fuerza radicaba sobre todo en las organizaciones de masas que agrupaban a los campesinos y, en cierta medida, a los habitantes de las ciudades. Los chetniks, en realidad, no eran más que pequeñas bandas armadas, formadas a partir de una rama de las organizaciones de masas.

- El descontento con los Jóvenes Turcos no tardó en hacerse patente. Durante este período tuvo lugar la contrarrevolución de Abdül Hamid y después, en abril de 1909, el Comité obtuvo su revancha recibiendo el apoyo declarado de los macedonios<sup>208</sup>. Los

Jóvenes Turcos nos dijeron: “No tengáis miedo, dadnos tiempo y veréis que haremos reformas en Macedonia”. Yo no estaba convencido, como no lo había estado en el pasado, pero teníamos que ponerlos a prueba, era inevitable. Nuestros *čorbadži*, los ricos, que nos habían ayudado anteriormente, pero sólo porque se habían visto obligados a ello, fueron los primeros en pasarse a los Jóvenes Turcos. Muchos de nuestros intelectuales les siguieron en ese camino. Muchos revolucionarios también pensaban que así podrían conseguir resultados. Decían que tenían que intentarlo, formando asociaciones macedonias legales. Algunos de ellos confiaban plenamente, mientras que mis amigos y yo participábamos a regañadientes. Además, si no nos hubiéramos adaptado, gran parte de la población habría estado en nuestra contra. Los grupos chetniks se disolvieron por completo y, desde 1908 hasta la primavera de 1910, no hicieron nada en Macedonia. Los chetniks y sus comandantes se unieron a las asociaciones o se retiraron entre bastidores para observar los acontecimientos.

- Aunque formábamos parte de las asociaciones, nos mantuvimos fieles a nuestro programa. Los *čorbadži* y la mayoría de los moderados buscaban, a toda costa, un acuerdo con los Jóvenes Turcos. Estaban dispuestos a reducir sus exigencias al mínimo. No creíamos que pudiéramos lograr resultados positivos con los Jóvenes Turcos, así que nos opusimos a esta política de compromiso. Dentro de las asociaciones, apoyamos un programa de plena autonomía para Macedonia. Nuestro principal objetivo era acostumar al pueblo a desconfiar de los Jóvenes Turcos, destruyendo sus ilusiones y llevando a los macedonios por el camino de la revolución. Esto es exactamente lo que ocurrió. La exigencia de autonomía nos puso inmediatamente en conflicto con los Jóvenes Turcos. Enseguida quedó claro que no se podría llegar a ningún acuerdo. Así las cosas, las asociaciones perdieron todo su significado para nosotros. Celebramos un congreso de delegados de las asociaciones. Como el trabajo legal no rendía resultados, el Comité de los Jóvenes Turcos nos ignoraba, al igual que el gobierno búlgaro, y el pueblo estaba decepcionado, decidimos disolver las asociaciones y retomar el camino de la revolución. Pero, inmediatamente después del congreso, nos enteramos de que los turcos estaban a punto de introducir una ley que aboliría todas las organizaciones nacionales. Así que cambiamos de opinión: nosotros no habríamos disuelto las asociaciones, habrían sido los Jóvenes Turcos, presionados por nosotros, quienes lo hubieran hecho. Una buena lección para los moderados. Señores, ¿creían en el nuevo régimen? Bueno, ¡así es como terminó su acción legal!

- Después de quince meses, retomamos nuestro antiguo camino. Reforzamos las organizaciones en los pueblos y reconstituimos los grupos chetnik.

- Reformamos nuestras organizaciones siguiendo el modelo que ya habíamos experimentado en el período previo a la revolución turca. En cada aldea y en cada ciudad creamos un buró de comité, elegido en la medida de lo posible, pero compuesto en cualquier caso por los mejores y más fiables miembros de la población. Las elecciones tuvieron lugar con el acuerdo de los grupos chetnik. En algunos lugares se crearon tribunales y comisiones de arbitraje para dirimir las disputas entre macedonios. Hasta 1908, estas comisiones existían en casi todo nuestro país. Cada pueblo tenía una milicia formada por un comandante, un subcomandante y de diez a veinticinco jóvenes. En el pasado, todos los hombres de nuestra milicia iban armados, pero (como seguramente sabrá) los Jóvenes Turcos desarmaron al pueblo; algunas armas fueron requisadas, otras fueron entregadas voluntariamente. Por lo tanto, tuvimos dificultades con las armas. Sin embargo, algunos distritos habían conservado casi todas sus armas. Ahora me gustaría centrarme en los grupos chetnik. En cada distrito había uno, dos o tres de estos grupos. Cada grupo contaba con una media de cinco a diez hombres. En los últimos años, muchos miembros de nuestras organizaciones “legales” se han visto comprometidos a ojos de las

autoridades, algunos han huido a Bulgaria, otros se han unido a las unidades chetnik. Así es como hemos podido aumentar el número de estas unidades. Por supuesto, los chetniks estaban bien armados.

- ¿Qué hacían estas unidades antes de la guerra?

- Cuando decidimos reformar la organización militar en 1910, no tuvimos que empezar de cero, como habíamos hecho en 1893. Teníamos veinte años de experiencia a nuestras espaldas: el primer período de acción legal, el levantamiento de 1903 y los cuatro años de operaciones chetnik. El levantamiento había obligado a los turcos a proclamar una reforma financiera que fue el primer paso hacia la autonomía macedonia. La lucha chetnik obligó a los diplomáticos a reunirse en Reval. Esa era toda nuestra capital. No había necesidad de empezar con los trabajos preparatorios. Aprovechando nuestro pasado, pudimos pasar inmediatamente a la acción militar. Como aún no estábamos preparados para levantamientos masivos, decidimos empezar con operaciones partisanas locales. Una vez más, nuestro objetivo era llamar la atención de Europa y Bulgaria, recordar al mundo que estábamos muy vivos y demostrar que no habíamos cambiado. Nuestra tarea más urgente era pedir otra intervención diplomática. Me gustaría recordar algunas acciones chetniks de aquella época.

- En 1910, volamos un tren entre Kumanovo y Skopje: la vía quedó destruida y los vagones volcados. Ese mismo año realizamos otras tres o cuatro acciones menores.

- En el invierno de 1911, destruimos un tren cerca de Dojran; volamos el *hükümet*<sup>209</sup> Kičevo, un banco en Salónica, la estación de Veles, etc.

- En el verano de 1912, realizamos una serie de atentados. Destruimos diecisiete vagones entre Veles y Skopje. Para reanudar el tráfico ferroviario, los turcos tuvieron que construir una nueva línea en paralelo. En Salónica, primero destruimos la oficina de correos austriaca y luego el depósito de tranvías. En Kruševo, volamos el *hükümet*. Y así sucesivamente.

- Nos acusaron de haber provocado, con nuestros ataques, las masacres de Štip y Kočani que, es cierto, estuvieron en el origen del estallido de la guerra actual. Pero me gustaría aclarar lo que ocurrió en Štip. Un chetnik debía colocar una bomba de relojería en el *hükümet*, pero encontró el edificio cerrado. Al no saber cómo detener el mecanismo, dejó la bomba en una tienda turca. “Vigilad este paquete”, dijo, “mientras voy a por mi burro”. Tres o cuatro personas murieron y la tienda voló en pedazos. De ahí la masacre.

- ¿Es cierto que la población macedonia se ha vuelto hostil a los chetniks en los últimos años?

- No, no es cierto. Ahora que la guerra está en marcha, todo sale a la superficie y no tengo motivos para describir la situación mejor de lo que es. Pero quiero decirle que la masa de la población ha acogido con satisfacción la reanudación de la actividad de los chetniks. Como ya le he explicado, durante esta especie de período de luna de miel de quince meses de la constitución turca, no hubo lucha por parte de los chetniks, y cuando la reanudamos, actuamos con cautela. ¿Cómo reaccionaría el pueblo? ¿Sabe usted lo que ocurrió? Los campesinos nos reprocharon: “¿Por qué os escondéis? ¿Creéis que somos traidores?”. Así fue como los chetniks salieron de las sombras. También había otra razón. En cada pueblo había dos o tres *čorbadži* a los que los campesinos temían porque pensaban que eran informadores. Obligamos a estos hombres a unirse a la organización comprometiéndolos en nuestras actividades. Es muy sencillo: una unidad chetnik llega a casa de un *čorbadži* y, le guste o no, pasa allí la noche... Y así fue como, en apenas un mes, las unidades chetnik pasaron a ser conocidas por casi todo el mundo.

- Cuando una unidad chetnik llega a un pueblo, la milicia local le da la bienvenida y, bajo el control de uno o dos chetniks, monta guardia. En caso de ataque turco, la milicia debe luchar junto a los chetniks. Pensábamos que los campesinos habían perdido la

costumbre de manejar armas durante el último período en que se suspendió la lucha armada. Pero estábamos equivocados. Se han dado casos recientes de una milicia de cinco o seis hombres que se ha enfrentado a todo un destacamento turco, solos y bien protegidos, por supuesto.

- Se ha dicho que los campesinos sufrieron materialmente a causa de los chetniks. Se ha dicho que los turcos quemaron aldeas en las que creían que se escondían armas y que los chetniks impusieron posteriormente fuertes multas a los campesinos que entregaron sus armas a los turcos. Ha habido casos de este tipo, es cierto, pero es un error pensar que los chetniks son vistos como una carga por los macedonios. Fue precisamente por interés económico por lo que los campesinos fueron a buscar a los chetniks. Antes de la revolución turca, gracias a nuestra organización, nuestros campesinos se habían convertido en propietarios de sus propias tierras dentro del *çiftlik*, es decir, las tierras de los terratenientes turcos, los *bey*. Temiendo por sus vidas, todos los *bey*s, sin excepción, habían huido a las ciudades. Los campesinos declaraban el volumen de cada cosecha al *bey*, que tenía que conformarse con ella. Tras la declaración de la constitución y la suspensión de la actividad chetnik, los *bey* recuperaron la plena posesión de sus derechos y restablecieron su régimen en el *çiftlik*. En 1908 presencié personalmente un caso de este tipo. En el pueblo de Trubarevo, en el distrito de Skopje, el *bey* había regresado y vivía rodeado de lujos. Para entretenerse, había invitado al pueblo a músicos gitanos y a mujeres gitanas que tocaban la pandereta, y los había alojado en las casas de los campesinos. “Cuando estaban los chetniks”, me dijeron los campesinos, “el *bey* no aparecía; ahora que se han ido, tenemos que alojar a los gitanos a nuestra costa”.

- Los chetniks obligaron al *bey* a vender sus propiedades a los campesinos, ya que los demás estaban demasiado asustados para hacer ofertas. Bajo la protección de los chetniks, los campesinos consiguieron reducir a la mitad el elevadísimo diezmo que se había fijado anteriormente para su pueblo. El *beylikçija*, encargado de llevar un inventario del ganado menor, sobre el que en Turquía se cobra un impuesto especial llamado *beylik*, se vio obligado a anotar en su registro únicamente el número de ovejas que los campesinos habían declarado poseer.

- La autonomía de Macedonia es un concepto abstracto para la gran masa de campesinos. Pero los beneficios económicos y la protección frente a la arbitrariedad de los *bey*s y el gobierno son muy distintos. Y eso es lo que aportaron los chetniks. Cuando las unidades chetniks desaparecieron en 1908, todos estos beneficios desaparecieron con ellas. Antes, el *bey* vendía sus tierras a los macedonios, después éstos las vendían al gobierno de los Jóvenes Turcos. Este último intentaba asentar en esas tierras a los *muhâdjir*, musulmanes que habían emigrado de Bosnia, el Cáucaso, Bulgaria y otros países. Pero cuando se reconstituyeron las unidades chetniks en 1910, en el *çiftlik* se repitió la situación anterior.

- ¿Qué papel han desempeñado los chetniks en esta guerra?

- Por razones obvias, sólo puedo responder a esta pregunta en términos genéricos. Actuamos junto al ejército búlgaro, no sólo en su interés, sino también bajo el mando de sus oficiales. De nada serviría a nuestra causa provocar levantamientos en lugares alejados del teatro de operaciones: el único resultado que conseguiríamos sería desencadenar masacres. En estas regiones, los milicianos, dirigidos por los chetniks, se contentan con proseguir sus actividades clandestinas de sabotaje, cortando los cables telegráficos cuando es posible, dañando las vías férreas y cosas por el estilo.

- En las regiones donde se desarrollan operaciones militares, los chetniks se ponen a disposición del mando del ejército. Sus unidades desempeñan un valioso papel en patrullas de reconocimiento, operaciones especiales de sabotaje y actos de resistencia. Cuando se declaró la movilización, los chetniks de la frontera búlgara y de Koçani

destruyeron dos puentes de carretera muy importantes para la artillería turca. Incluso antes del estallido de la guerra, el puente sobre el desfiladero de Kresna, cerca de Džumaja [Blagoevgrad], fue destruido. El comandante de la brigada envió chetniks de Kočani a Stip para cortar los cables del telégrafo. El aislamiento tiene efectos desmoralizadores en las guarniciones y destacamentos turcos. La repentina pérdida de contacto con el cuartel general ha llevado a menudo a los turcos a abandonar posiciones importantes sin luchar. Las unidades chetnik también atacaron las columnas de suministros y supusieron una amenaza constante para la retaguardia turca. Al frente de los combatientes macedonios había comandantes experimentados como Efrem Cučkov, Christo Bulgarijat, Misel Gerđžikov y otros. Tendrás más noticias de ellos durante esta guerra.

- ¿Qué queremos conseguir: la autonomía de Macedonia o la unificación con Bulgaria? Es perfectamente lógico que quiera usted hacerme esta pregunta. Si lo hubiera hecho antes de la guerra, le habría respondido sin dudarle. Pero ahora que luchamos junto a nuestros aliados, como Serbia y Grecia, permítame que no le responda.

- ¿Es deseable la intervención rusa? También tengo dificultades para responder a esta pregunta.

En ese momento, el macedonio, revolucionario y dinamitero, me mostró otra faceta de su personalidad: la del diplomático. A primera vista, podría decirse que la psicología de un chetnik, que intenta resolver complicados problemas políticos poniendo bombas en edificios del estado turco, no tiene nada que ver con la política diplomática de las cancillerías... Pero eso no es exacto. Los revolucionarios nacionales, a diferencia de los revolucionarios sociales, siempre tratan de vincular sus operaciones conspirativas con las actividades de las dinastías o de los diplomáticos de su país o de países extranjeros.

Cuando está en juego la autodeterminación política y territorial de una joven nación, las acciones impacientes de los carbonarios a menudo se limitan a anticiparse a las acciones más lentas de las fuerzas dinásticas y diplomáticas, integrándolas e impulsándolas y, en la primera oportunidad favorable, pasándoles el testigo. Este fue el caso clásico de Mazzini y Garibaldi durante la lucha por unificar la nación italiana. El viejo republicano carbonario, Giuseppe Mazzini, que sólo reconocía a “dios y al pueblo”, tuvo que hacerse a un lado en el momento decisivo para dejar que la dinastía de Saboya se colara entre dios y el pueblo. Y si el húngaro Kossuth<sup>210</sup> y el italiano Mazzini apelaban a menudo no sólo al pueblo, sino también a la diplomacia europea, tanto más necesarias son estas tácticas para los revolucionarios de Macedonia, un país pequeño y culturalmente atrasado en la encrucijada de los intereses internacionales.

Incluso en los momentos de su apogeo, los revolucionarios macedonios fueron incapaces de cultivar la ilusión de que Macedonia *farà da sé* [irá por libre]<sup>211</sup>. Atraer la atención de la diplomacia europea y del gobierno búlgaro fue siempre la coronación de sus esfuerzos. Las relaciones agrarias y los bárbaros métodos *administrativos* han llevado a los macedonios a recurrir a la rebelión desesperada y a la guerra chetnik. Además, la certeza de que era imposible decidir el destino de Macedonia con sus propias fuerzas obligó a los macedonios a enfrentarse empíricamente a las ambiciones de grandes y pequeñas potencias y a elegir siempre la política de menor resistencia. Estos conspiradores están en como en su casa en los consulados y embajadas, al menos tanto como en las montañas con los combatientes profesionales. Cuando se preparan para detonar una bomba, se aseguran de antemano, y con notable habilidad, de que será advertida por la *influyente* prensa europea y por aquellos que, entre los alquimistas de la diplomacia, podrán transformar su atentado en una nueva nota sobre la *cuestión macedonia*. Así se ha forjado este nuevo tipo de hombre de doble perfil: por un lado, el dinamitero desesperado y, por otro, el diplomático; un Jano cuya mente se orienta a la vez hacia los misterios de la conspiración y hacia los misterios de las cancillerías.

La guerra atrajo al revolucionario macedonio a su vórtice. Llevó al *anarquista* Gerdžikov a cortar cables telegráficos y al viejo conspirador Djordje Petrov a gestionar los servicios de abastecimiento de la legión macedonia. Cualquiera que sea el curso que tome la guerra y cualquiera que sea su final, pondrá fin, de una vez por todas, a las premisas psicológicas de la práctica y la ideología de los chetniks macedonios. Tras este intento, colosal en cuanto a los esfuerzos y sacrificios necesarios, de cortar el viejo nudo gordiano de los Balcanes, ya no será posible incitar a nadie a poner bombas en el *hükümet* de Macedonia y la lucha chetnik quedará obsoleta. Christo Matov y sus amigos representan una especie de políticos en vías de extinción.

*Kievskaja Mysl'*, número 93, 22 de octubre de 1912

### ***El desmembramiento de Turquía y la cuestión armenia***

No cabe duda de que en la actualidad se está produciendo una de las crisis recurrentes de la cuestión oriental, y que la guerra en curso es una de las operaciones periódicas y dolorosas que se practican de vez en cuando en el organismo senil del gran enfermo<sup>212</sup>.

Este asunto se arrastra desde hace mucho tiempo. No hay un solo aspecto de la cuestión oriental que se haya resuelto por medios pacíficos; a pesar de haber recurrido a toda la panoplia de coerción disponible en el arsenal de las relaciones internacionales, la diplomacia europea se ha mostrado impotente ante la obstinación del gobierno turco, o más exactamente ante su incapacidad para cambiar el actual estado de cosas. También es cierto que la diplomacia es culpable, en gran medida, de haber dejado problemas sin resolver durante mucho tiempo, problemas que a la postre tuvieron un desenlace catastrófico. Pero también es cierto que, incluso con la mejor voluntad y la mayor flexibilidad, Turquía no habría podido evitar ni una sola de las catástrofes que han provocado el progresivo retroceso de sus fronteras hasta las mismas puertas de Asia.

La cuestión armenia, que es uno de los elementos principales de la cuestión oriental, está en el punto de mira de las crónicas, por razones similares a las de la cuestión macedonia. Y si la cuestión macedonia está en el origen de una guerra que debería aportar una solución definitiva a esta cuestión, parece evidente que la siguiente cuestión del día será la cuestión armenia, sobre todo porque la situación armenia siempre ha sido más grave que la de Macedonia. De hecho, la proximidad a Bulgaria ha sido una gran ventaja para Macedonia.

El movimiento revolucionario macedonio siempre encontró apoyo, no sólo moral sino también material, en Bulgaria. Después de cada revuelta fallida, los revolucionarios macedonios pudieron refugiarse en Bulgaria, donde fueron bien recibidos. Además (y éste es el efecto más importante de su proximidad a Bulgaria), Turquía rara vez recurrió a tácticas de mano dura con Macedonia, porque tenía que tener en cuenta la posibilidad de que las constantes amenazas de Bulgaria se convirtieran tarde o temprano en una intervención activa.

La población armenia de Turquía se encuentra en una situación completamente diferente. Incluso en caso de victoria, los insurgentes se vieron obligados a retirarse rápidamente del territorio turco cruzando la frontera persa o caucásica. Pero el gobierno turco no respetó en absoluto la frontera persa y persiguió a los armenios hasta Persia. Además, una vez cruzada la frontera, los armenios se enfrentaban a veces a los kurdos persas, que no eran menos peligrosos que los turcos. Incluso en territorio ruso, los fugitivos armenios tenían que esconderse porque las autoridades rusas no los consideraban víctimas de las terribles condiciones que les imponía Turquía, sino

simplemente revolucionarios. Y a los revolucionarios, como es bien sabido, siempre hay que meterlos en la cárcel, vengan de Nicaragua o de Filipinas. Desde 1890 hasta los primeros años del siglo XX, el cincuenta por ciento de las prisiones caucásicas estaban ocupadas por *criminales políticos* cuya única culpa era haber ayudado a sus compatriotas, víctimas de masacres sistemáticas que horrorizaron al mundo civilizado. Diplomáticos como el príncipe Lobanov-Rostovskij dieron *carte blanche*<sup>213</sup> a Abdul Hamid para exterminar a los armenios. Funcionarios del gobierno, como el príncipe Galitzin, enviaron a prisión a quienes se atrevían a protestar contra las masacres del sultán.

En realidad, la cuestión armenia, que vuelve a estar de actualidad, nunca ha desaparecido. Simplemente fue menos aguda durante los años 1897-1901, después de que las horribles masacres de 1894-1896<sup>214</sup> hubieran reducido a la población a la más profunda desesperación y agotado los recursos de las organizaciones revolucionarias. Además, los armenios habían perdido toda confianza en el poder de intervención de los diplomáticos, lo que había provocado un debilitamiento del movimiento revolucionario. A partir de 1901 se produjo un cierto renacimiento del movimiento, que culminó con la rebelión de Sasun en 1904, dirigida por el famoso Andranik. Sin embargo, esta acción no produjo resultados positivos y Andranik, con unos pocos partidarios, tuvo que abandonar sus montañas natales. A pesar de ello, la intensa propaganda revolucionaria, el armamento de la población y las revueltas esporádicas continuaron sin interrupción. Si Turquía hubiera aplazado la introducción de la constitución, la Armenia turca habría sido escenario de otra grandiosa insurrección, en la que habrían participado tanto turcos como armenios.

La constitución turca suscitó nuevas esperanzas entre los armenios. En realidad, sólo eran promesas de una mejora de su situación, pero los armenios estaban dispuestos a creer en la palabra de los hombres que habían destruido el absolutismo de Abdul Hamid e incluso les habían perdonado las diez mil víctimas de la masacre de Adana<sup>215</sup>. Ni siquiera esta terrible carnicería había hecho tambalear la confianza de los armenios en los solemnes juramentos de los Jóvenes Turcos. El deseo de los armenios de trabajar junto a ellos era tan sincero que el partido armenio más influyente, el Dashnaksutiun, concluyó un pacto formal con Unión y Progreso, el partido de los Jóvenes Turcos. Los dos partidos se comprometieron a apoyar el régimen constitucional y a establecer ciertas medidas de autonomía local, que deberían haber allanado el camino hacia la autonomía cultural y nacional. Poco después, ante la insistencia del mismo partido armenio, el gobierno, haciendo caso omiso de la oposición de los miembros reaccionarios turcos, decidió extender el servicio militar a los cristianos, equiparándolos así a los musulmanes. A finales de 1909, el ministro del interior prepara proyectos de ley sobre los valiatsos que prevén la descentralización administrativa y la creación de consejos generales de gobernadores con la participación de representantes del pueblo.

Pero, como suele ocurrir en Turquía, la descentralización se quedó en papel mojado y las promesas del gobierno resultaron ser pura palabrería. Como resultado, quedó claro para todos que la constitución sólo había cambiado la superficie de las cosas, no su contenido. No se realizó ninguna reforma social.

En el último año se han reanudado las masacres sistemáticas en las provincias armenias, que recientemente han alcanzado proporciones aterradoras. En los últimos seis meses, desde marzo, sesenta armenios han sido asesinados y doscientos heridos y deportados sólo en el valiato de Van. Los llamamientos al gobierno central, y las protestas contra la inercia de las autoridades locales, no han surtido efecto. Los responsables de estos asesinatos siguen en libertad y prosiguen su acoso con el beneplácito de las autoridades. A este respecto, la respuesta del ministro del interior a las protestas del patriarca armenio es edificante: “Me parece que todo es normal”, dijo, “no son más que

los crímenes de siempre. Básicamente, si no hubiera estos actos de violencia, ni siquiera necesitaríamos un gobierno.”

Quedaba claro, pues, que los armenios volvían a ser abandonados a su suerte y que las masacres de su pueblo se asemejaban a una estricta normalidad. Así que, por primera vez desde la proclamación de la constitución, la fatídica cuestión armenia volvía a estar en el orden del día. Las noticias sobre las atrocidades cometidas en Armenia fueron publicadas por periódicos armenios, que lanzaron así indirectamente un llamamiento a la opinión pública europea, al tiempo que ignoraban a Turquía.

La política tradicional de la casta dirigente turca hacia los alógenos, y las condiciones económicas de los habitantes de las provincias armenias, están en el origen de la cuestión armenia. El tan alabado otomanismo de los Jóvenes Turcos degeneró muy pronto en islamismo e incluso, más tarde, en turquismo. En el Congreso de Salónica (octubre de 1910)<sup>216</sup>, los Jóvenes Turcos reconocieron que la consolidación del nuevo régimen y, más en general, la preservación de la integridad imperial, sólo eran posibles con una condición: la igualdad total y real de derechos para toda la población, sin distinción de nacionalidad o religión. Sin embargo, esta igualdad de derechos se definía según el concepto de otomanismo, que proclamaba la superioridad de las poblaciones musulmanas sobre las no musulmanas y declaraba que el estado se basaba en el elemento turco. En particular, la falta de confianza de los cristianos se utilizó como pretexto para un decreto. El decreto declaraba que los ojos de los cristianos de Rumelia se volvían hacia Bulgaria, Serbia y Grecia, mientras que los de los cristianos de Anatolia se volvían hacia las grandes potencias, especialmente Rusia. Como los cristianos no eran ciudadanos leales del Imperio Turco, sólo podían ser tolerados, y nada más.

Por lo tanto, garantizar la igualdad de derechos y reconocer los intereses particulares y las aspiraciones nacionales de los cristianos significaba crear las condiciones para la propia ruina. Ni siquiera era posible depositar la misma confianza en todas las nacionalidades musulmanas, ya que los árabes y los albaneses seguían cultivando en secreto tendencias separatistas y los kurdos estaban bajo la influencia de la propaganda rusa. Esto dejaba a los turcos como el único elemento de la población en el que el gobierno podía confiar.

Por eso, el Comité de los Jóvenes Turcos y el gobierno turco se propusieron reforzar, en particular, la influencia política y la posición económica de los turcos de Anatolia y Rumelia y, más en general, de todas las demás poblaciones de origen turco. El primer paso en esta dirección fue plantear la cuestión del *muhadjir*<sup>217</sup>. El parlamento de los Jóvenes Turcos asignó una enorme suma de dinero para asentar a turcos y tártaros (“emigrantes” de Bosnia, Bulgaria, el Cáucaso e incluso África y Afganistán) en las provincias donde las nacionalidades cristianas formaban una masa compacta.

Rápidamente se les reservaron las mejores tierras de Macedonia y, en cierta medida, de Armenia. Pero el programa fracasó debido a la manifiesta ineptitud del gobierno turco, totalmente incapaz de organizar nada. Para obtener del parlamento la financiación necesaria para este programa, los Jóvenes Turcos se rasgaron las vestiduras y se golpearon el pecho, lamentando la suerte de los “desgraciados correligionarios que habían venido a vivir, llenos de esperanza, en el gran Imperio Otomano”, pero pronto se olvidaron de ellos, como se habían olvidado de las desafortunadas masas del pueblo turco. Por el contrario, se volvieron hacia los grandes latifundistas feudales e intentaron ganarse su simpatía. Gracias a las generosas contribuciones al comité de los Jóvenes Turcos, y a la promesa de votar por sus candidatos en las siguientes elecciones parlamentarias, los latifundistas se aseguraron el derecho a continuar su aborrecible explotación de las masas trabajadoras. Los propietarios de siervos eran, según los Jóvenes Turcos, el apoyo más seguro para su constitución.

La posición privilegiada concedida a sus vecinos, los kurdos, resultó especialmente desastrosa para los armenios. De hecho, la política hacia los kurdos había cambiado muy poco desde la época de Abdul Hamid. Es bien sabido que Abdul Hamid prestaba especial atención a las tribus kurdas, que eran medio salvajes y a las que veía sobre todo como una salvaguardia contra Rusia. Abdul Hamid había solicitado la formación de una fuerza de caballería irregular kurda para combatir a los cosacos, que seguían siendo una fuente de gran terror para los turcos. Además, los utilizó (y éste fue quizá su papel más importante) como un arma apuntando a los armenios para, así, controlarlos. Los Jóvenes Turcos siguieron la misma política, porque los kurdos eran el único pueblo que no se había rebelado contra su gobierno. Sabiendo que, durante los dos últimos años, emisarios rusos habían llevado a cabo una importante operación de propaganda entre los kurdos de los distritos fronterizos, los Jóvenes Turcos trataron de no enemistarse con los kurdos para evitar que engrosaran las filas de los descontentos.

Por todas estas razones, los Jóvenes Turcos se vieron obligados no sólo a mantener los privilegios de que ya disfrutaban los kurdos, sino también a reconstituir, aunque con otro nombre, los regimientos *Hamidiye*<sup>218</sup> que habían sido disueltos tras la proclamación de la constitución. A pesar de las palabras amistosas y las promesas, los Jóvenes Turcos (como ya hemos dicho) tenían poca confianza en el otomanismo armenio, incluso menos que en el de otros pueblos cristianos. Convencidos de que los armenios aprovecharían la primera oportunidad para entablar una lucha activa, los Jóvenes Turcos utilizaron a los kurdos para hacer planear una amenaza permanente frente a los armenios. Por esta razón, ninguno de los autores de los recientes asesinatos ha sido detenido y castigado. El gobierno central respondió a los llamamientos de los representantes armenios culpando a las autoridades locales y, para demostrar su sincera intención de combatir los excesos kurdos, sustituyó a algunos de los gobernadores. En cuanto a las autoridades locales, respondieron que el gobierno central les impedía tomar iniciativas para no enemistarse con los kurdos.

La falta de derechos políticos es una de las causas profundas de la cuestión armenia. Como hemos visto antes, los actos de violencia contra los armenios no se consideran delitos. Sin embargo, algunos actos de violencia han sido llevados ante un tribunal, pero el agresor siempre ha acabado siendo absuelto porque ningún musulmán está dispuesto a testificar contra un correligionario en nombre de un *gavur*. Por otra parte, el testimonio de un cristiano contra un musulmán no tiene ningún valor. Normalmente, la ley no distingue entre musulmanes y no musulmanes. Pero los funcionarios del estado, parte de los cuales el nuevo régimen ha heredado de Abdul Hamid y que, por tanto, proceden de la misma tradición que él, hacían poco caso de la ley. Se negaron categóricamente a reconocer la constitución, sobre todo en las provincias más remotas. En una gran parte de los vilayatos de Anatolia sigue imperando el sistema de ilegalidades y abusos del antiguo régimen. La corporación de funcionarios del estado es uno de los peores males que afectan a la población y una de las principales causas del colapso del estado turco.

Si pasamos ahora a la situación económica de las provincias armenias, debemos considerar en primer lugar la cuestión agraria. Sabemos que más del noventa por ciento de la población armenia se dedica a la agricultura. Hoy en día, los campesinos armenios están casi totalmente privados de su única fuente de subsistencia. Entre 1894 y 1896, en la época de las masacres, los señores feudales kurdos expropiaron de sus tierras no sólo a los que habían huido al extranjero, sino también a los que se habían quedado. Tras la promulgación de la constitución, los armenios apelaron al gobierno para que les devolviera sus tierras. El gobierno reconoció la legitimidad de su petición y les sugirió que hicieran valer sus derechos ante los tribunales.

Dada la burocracia de los tribunales turcos y la falta de documentos que probaran los derechos de los verdaderos propietarios, la decisión de los armenios de llevar el asunto a los tribunales equivalía a renunciar a sus derechos. Por ello, el patriarca armenio y el partido *Dashnaksutiun* insistieron en una solución administrativa del problema y, tras muchas vacilaciones, el gobierno de Said Pachá decidió aceptar su propuesta. Incluso nombró una comisión encargada de llegar a un acuerdo para resolver el problema de la tierra en las regiones afectadas. Pero, cuando la comisión aún no había abandonado Constantinopla se supo ya que se habían producido nuevas expropiaciones de tierras armenias por parte de latifundistas feudales. Si a todo esto añadimos el escandaloso sistema fiscal, las confiscaciones y las exacciones de todo tipo que agobian a los armenios, podemos preguntarnos por la capacidad de aguante de este pueblo y cómo es que todavía no ha hecho un gesto desesperado para escapar de esta situación de pesadilla.

Sin embargo, sería un error sostener que la introducción de la constitución no supuso ningún cambio en las terribles condiciones de vida de los armenios. Al principio, los representantes del antiguo régimen y los camorristas profesionales todavía no sabían cómo enfrentarse al nuevo régimen y parecían confundidos por él. Los armenios pudieron respirar un poco más libremente, sobre todo en los centros urbanos. En poco tiempo se abrieron círculos políticos, bibliotecas y salas de lectura, y el número de escuelas armenias, iniciativas filantrópicas de todo tipo y sociedades educativas, aumentó considerablemente. Pero, en conjunto, los armenios seguían siendo los *gavurlar* que siempre habían sido: personas con las que los turcos y los kurdos podían hacer lo que quisieran. La amenaza de terribles masacres sigue cerniéndose sobre los armenios, y ni siquiera los que viven en la capital pueden escapar.

El año pasado, cuando la lucha entre el Comité de Unión y Progreso y la Unión Liberal<sup>219</sup> había llegado a tal punto que se temía un conflicto abierto, algunos turcos amigos de los armenios sugirieron que estos últimos tomaran medidas defensivas para evitar otra masacre. A primera vista, se podría pensar que no hay ninguna relación entre una lucha entre dos partidos turcos y la masacre de armenios, pero los armenios han llegado a la conclusión de que cada acontecimiento importante en la vida social de Turquía trae consigo una masacre de armenios.

- El año que viene habrá una masacre aquí, me dijo un influyente representante armenio en Constantinopla.

- ¿Por qué teme eso?, le respondí.

- ¿Cómo que por qué? ¿Ha olvidado usted que el año que viene se abrirá el Canal de Panamá?

En primavera circularon rumores en Constantinopla de que la embajada francesa había recibido información de su consulado en Erzurum sobre la masacre de armenios en la ciudad. Acudí inmediatamente a la embajada francesa en compañía del Sr. P., diputado por Erzurum. Nos aseguraron que el rumor era totalmente infundado. “¿Qué importa ahora”, dijo, “si la embajada desmiente o no el rumor de la masacre? Lo realmente trágico es que puedan circular noticias así y que nos las creamos”.

Después de todo lo dicho, quedan las siguientes preguntas: ¿qué se puede hacer para mejorar las condiciones de los armenios en las provincias turcas? ¿Puede el gobierno turco resolver el problema armenio por sí solo?

En lugar de responder a estas preguntas, prefiero darles la opinión de un conocido miembro del partido *Dashnaksutiun*, que conoce bien Turquía, su estado y sus dirigentes políticos.

- Probablemente éramos más Jóvenes Turcos que Jóvenes Turcos. Estábamos tan interesados como ellos en consolidar el nuevo régimen. Por otra parte, muchos estaban decepcionados y la pérdida de confianza entre los individuos repercutió en el régimen.

Creímos en ellos o, mejor dicho, quisimos creer en ellos, porque nos dimos cuenta de que la constitución era la última esperanza para una Turquía independiente. Pero también nosotros, aunque más tarde que otros, acabamos decepcionados. Y nuestra decepción fue aún mayor, y nuestra pérdida de confianza más fundamentada, porque era el resultado de una larga observación y experiencia. Ahora puedo decir, con toda franqueza, que ya no espero nada de la constitución turca. El gobierno turco, sea cual sea su composición, sólo puede hacer promesas. Pero las promesas de los turcos ya no tienen ningún valor y, a partir de ahora, cualquiera que se dirija al gobierno turco exigirá garantías sólidas. Como los turcos no pueden ofrecer ninguna garantía, corresponde a Europa iniciar las reformas en Macedonia, Albania o Armenia. Por tanto, tendrá que abandonar sus habituales medias tintas y decidirse a administrar una cura drástica al paciente. Porque sin cirugía no se conseguirá nada.

Estas palabras, pronunciadas hace seis meses, han resultado proféticas. Europa había dedicado el párrafo 23 del Congreso de Berlín a Macedonia y el párrafo 61 a Armenia. Estos párrafos contienen compromisos de reformas en ambos países. Y aunque Europa se reservó el derecho de verificar la aplicación de estas reformas, pasaron los años y la situación en las provincias mencionadas empeoró. Hubo revueltas sangrientas, porque se dejó a Turquía las manos libres para llevar a cabo las reformas. Lo mismo ocurrió con el memorándum de 1895<sup>220</sup> presentado por los representantes de Rusia, Gran Bretaña y Francia y aceptado por la Sublime Puerta. En lugar de las grandes reformas prometidas en el memorándum, una nueva oleada de masacres (perpetradas precisamente en las localidades visitadas por Sakir Pachá, el alto comisario encargado de supervisar la introducción de las reformas) se abatió sobre los armenios. Las potencias europeas sufrieron un fiasco similar en Macedonia, donde se iba a formar una gendarmería macedonia bajo el mando de un general italiano, porque allí también el alto comisario, Hilmi Pachá, era un representante del gobierno turco.

Tras la proclamación de la constitución, los turcos crearon comisiones de reforma cuya actividad se limitaba a reuniones administrativas celebradas en el Bósforo. Al final, Macedonia se ha revelado como el talón de Aquiles del estado turco. Para Turquía, la derrota actual sólo representa una amputación parcial, ya que Macedonia no es más que una extremidad de Turquía.

Para los armenios las cosas son completamente distintas. Hace dos años, un político turco me dijo:

- Cuando los parlamentarios de hoca<sup>221</sup> amenazaron con lanzar una campaña contra Grecia en defensa de Creta, demostramos que habíamos perdido el contacto con la realidad. ¿Qué significa Creta para nosotros? Al fin y al cabo, la perdimos hace mucho tiempo, pero seguimos creando problemas por ella. Nuestro futuro está en Asia. Si hubiéramos comprendido esto a tiempo, si hubiéramos despojado a nuestra política de todo romanticismo, si hubiéramos concentrado nuestras fuerzas en el trabajo constructivo en Asia Menor, no estaríamos donde estamos hoy. No nos habríamos convertido en una *quantité négligeable*<sup>222</sup> a la que nadie presta la menor atención.

Un importante diputado, que eligió vivir en Escútari<sup>223</sup>, frente a Constantinopla, me confió cuando estalló la guerra tripolitana:

- Ya me he trasladado a Asia, porque de todos modos pronto nos van a echar de Europa. Si este gobierno tuviera sentido común, seguiría mi ejemplo. Asia Menor es el verdadero hogar de Turquía, su único hogar.

- Los armenios han dejado de creer en las promesas de los turcos o de Europa y exigen garantías sólidas. Pero, ¿qué forma pueden adoptar? ¿Y cómo pueden las grandes potencias garantizar la aplicación de las reformas si no asumen la responsabilidad principal de las mismas?

- Y como saben, esto significa una ocupación “temporal” de las provincias que deben reformarse. “Temporal” no es más que uno de los términos técnicos del léxico de la diplomacia. Y no conocemos ningún caso, en nuestra época, de un ejército de ocupación que no haya permanecido durante mucho tiempo en un territorio ocupado. Hasta ahora, la cuestión oriental se ha resuelto mediante estas ocupaciones, y así es como Turquía ha perdido una posesión tras otra. ¿Existe hoy alguna garantía de que, tras la ocupación de Armenia, no haya que “ocupar” otras provincias de Asia Menor, como Mesopotamia, Siria, Cilicia o Arabia?

- Sin duda, las grandes potencias no ven con buenos ojos una ocupación de Armenia por Rusia, por ejemplo, y seguramente no podrán abstenerse de pedir “compensaciones”. Ya se dice abiertamente en círculos diplomáticos que, una vez expulsados los turcos de Europa, en el plazo de unos meses, la división de la Turquía asiática estará inevitablemente al orden del día. El traslado masivo de turcos de la Turquía europea a Asia Menor sólo puede complicar la situación de ciertos pueblos que llevan mucho tiempo esperando una mejora de sus condiciones de vida. Si las reformas no se aplican de inmediato, es casi seguro que se produzcan disturbios en Asia Menor. Turquía no puede hacer frente a semejante empresa, por lo que la intervención europea parece inevitable. Sería una intervención destinada a evitar que la Turquía asiática se convirtiera en otra amenaza para la paz en Europa. Representaría una primera oportunidad favorable para completar la división de los dominios turcos en Asia.

Son muchos los que creen que el mapa de esta división puede trazarse hoy mismo.

De los archivos, 12 de noviembre de 1912

### *Andranik y sus tropas*

No son pocas las personas en el mundo que creen tener un destino especial, las que se resisten a llevar una vida tranquila siguiendo los caminos trazados por la costumbre. Y, sin embargo, la vida es más fuerte que ellos. Así que, incluso estos hombres, atrapados entre los límites de la normalidad, tienen que adaptarse a su monótono fluir. Tienen un trabajo, fundan una familia, se quejan de reumatismo y se marchitan poco a poco. Renacen cuando la historia entra en una nueva era de desorden y caos y, a al primer llamamiento, se ponen las botas y se abandonan a su ritmo irregular.

A la cabeza de las tropas de voluntarios armenios que se han reunido en Sofía está Andranik, un héroe legendario cuyas hazañas se celebran en canciones. De estatura media, con una gorra en la cabeza, botas altas, cabello esbelto y canoso, rostro cubierto de arrugas, bigotes orgullosos y barbilla afeitada, Andranik tiene el aire de un hombre que, tras una larga pausa en la historia, por fin se ha reencontrado a sí mismo.

Andranik tiene cuarenta y seis años, ha nacido en la Armenia turca y era carpintero de profesión. En 1888 comenzó sus actividades revolucionarias en el valiato de Sivas y, en 1892, se afilió al partido armenio Dashnaksutyun [Federación Revolucionaria Armenia]. En la época de la guerra turco-rusa, hacia finales de la década de los setenta del último siglo, la idea de una insurrección armada contra la dominación turca y kurda era cada vez más popular en la Armenia turca. Los revolucionarios también creían que la revuelta desencadenaría la intervención de las grandes potencias, con Rusia a la cabeza.

Por aquel entonces, los agentes diplomáticos de San Petersburgo intentaban ganarse su favor y ponerlos a su servicio. Esta fase no duró mucho: desde el comienzo del reinado de Alejandro II se siguió una política completamente diferente... El pensamiento político de Andranik estaba marcado por sus actividades como carbonario y diplomático.

En 1894, se produjo una masacre de armenios en el distrito de Sasun. Una banda armada, enviada por el Dashnaksutyun, tomó posiciones en el valle de Muş, en las montañas que dominan Sasun. Fue allí donde Andranik recibió su bautismo de fuego. A partir de entonces, de 1895 a 1896, al frente de un grupo de chetniks armenios, defendió pueblos armenios, se encargó del transporte de armas, las distribuyó entre los habitantes y luchó contra los kurdos y contra pequeños destacamentos de tropas regulares turcas. A mediados de 1897, viajó al Cáucaso, donde entró en contacto con la dirección de su partido. Regresó a Armenia con amplios poderes y un arsenal considerable.

En 1899, algunos de los mejores combatientes chetnik murieron, por lo que Andranik recibió el mando de todas las organizaciones del distrito de Sasun, una zona del valiato de Bitlis que se encontraba entre las más adecuadas para la guerra partisana. Tenía bajo su mando treinta y ocho aldeas que habían logrado una independencia casi total y estaban habitadas por combatientes campesinos armenios. Fue aquí donde tuvo lugar la epopeya de Andranik.

En 1900, el agha kurdo Bşara Khalil, al servicio de los turcos, mató a un destacado revolucionario armenio, Serop, conocido por la población como Serop Pachá porque había conseguido que Sasun fuera casi totalmente independiente. Bşara Khalil recibió una medalla del sultán como recompensa por este asesinato. Ocho meses después, Andranik vengó al líder armenio. Con su banda, salió en persecución de Khalil, matándolo a él y a otros diecisiete kurdos, y exhibió, como un trofeo, la medalla que Khalil había recibido de Abdul Hamid. La medalla del sultán aún se conserva en los archivos del Dashnaksutyun de Ginebra.

Desde entonces Andranik es famoso. Los armenios se pusieron bajo su mando. Se había convertido en el terror de los turcos y las fuerzas armadas del sultán lo perseguían sin descanso. Endurecido por las continuas escaramuzas, Andranik se encontró rodeado, en noviembre de 1901 y junto a cuarenta y siete chetniks, en el monasterio de los Apóstoles, a una hora de Muş. Un regimiento entero de cinco batallones, dirigido por Fertih Pachá y Ali Pachá, asaltó el monasterio bien fortificado. Tras largas e infructuosas negociaciones, en las que participaron el clero armenio, el alcalde de la ciudad de Muş y algunos cónsules extranjeros, Andranik decidió huir. Se puso el uniforme de un suboficial turco asesinado, inspeccionó los puestos de guardia otomanos y, en un excelente turco, ordenó a sus hombres que permanecieran alerta mientras él les indicaba el camino para escapar.

Comenzó una nueva fase de escaramuzas, persecuciones y ataques... “Nunca he atacado a la pacífica población turca. Luchaba contra el bey y la administración turca”.

Una de las mayores acciones de Andranik tuvo lugar dos años después. Tenía treinta y ocho años. Dos batallones turcos con ocho grandes cañones le habían rodeado en las montañas de Sasun en la primavera de 1904. Bajo el mando de Andranik había 200 combatientes armados con fusiles de repetición y 800 campesinos con rifles de chispa. Las negociaciones se prolongaban desde hacía quince días. El 13 de abril comenzó el bombardeo de las aldeas armenias. Los partisanos, que se habían refugiado en las montañas, no sufrieron daños.

Como suele ocurrir en estos casos, el objetivo principal de esta expedición punitiva era llevar a la desesperación a la población campesina y despertar sentimientos hostiles hacia los revolucionarios, a fin de aislar a los partisanos y hacerlos inofensivos. Los combates duraron ocho días sin interrupción. Los turcos perdieron cientos de hombres y sus cadáveres fueron arrojados al lago por los chetniks. Los pueblos de la región de Sasun fueron abandonados por sus habitantes: casi cuatro mil de ellos se unieron a los chetniks, mientras que los demás encontraron refugio en los pueblos del valiato de Diyarbekir.

Andranik y sus hombres se retiraron, abriéndose paso luchando; llegaron al lago Van, se apoderaron de tres barcas y pusieron rumbo a la isla de Akdamar, donde había un monasterio; tres días después, volvieron a cruzar el lago de noche, en las mismas barcas, y desembarcaron en Van. Llegó a Constantinopla un telegrama anunciando que la ciudad estaba en manos de Andranik. El cónsul británico se ocupó del asunto. “Sería mejor que te marcharas”, le dijo a Andranik, “en estos momentos hay una guerra entre Rusia y Japón, y la atención de Europa no está puesta en ti, así que no habrá intervención diplomática”. Mientras tanto, las masacres asolaban las aldeas armenias. Andranik decidió abandonar Armenia. Viajando sólo de noche con su banda, consiguió entrar en Persia al cabo de siete días. Desde allí viajó al Cáucaso, luego a Rusia y finalmente a Viena. Pasó un tiempo en Ginebra, luego en Egipto y finalmente se instaló en Sofía. Allí confraternizó con los revolucionarios macedonios, cercanos a él en el plano psicológico y en sus métodos de lucha.

- No soy nacionalista, dijo para justificar su comportamiento, sólo reconozco una nación: la de los oprimidos.

La ola de idealismo que invadió a las masas búlgaras durante la fase inicial de la guerra encontró su expresión más clara en las tropas armenias. Hombres de diferentes nacionalidades, lenguas y tradiciones se han reunido bajo la bandera de la guerra búlgara. La han convertido en su propia bandera y luchan por la libertad de los demás, pero contra un enemigo común.

A mediados de octubre, fui testigo de la partida de Sofía de una compañía de voluntarios armenios. Iban a engrosar las filas de la legión macedonia, que pronto se haría tristemente célebre por sus atrocidades. Era un espléndido día del otoño balcánico. El sol estaba alto, los numerosos heridos aún no habían desembarcado en la ciudad y la guerra aún tenía un aire triunfal. Los voluntarios salían del colegio femenino donde habían sido alojados y adiestrados en el uso de las armas. Eran 230, de piel oscura y pelo largo. Sus edades oscilaban entre los diecinueve y los cuarenta y cinco años, y todos habían vivido experiencias diferentes.

Un viejo combatiente armenio, que había vivido mucho tiempo en Sofía y regentaba un pequeño café en el que había alquilado un ángulo a un relojero, dejaba atrás a su familia y su pequeño local para seguir a Andranik. Y aquí estaba un joven de veintidós años, catorce de los cuales había vivido en Londres. Tras una masacre de armenios, había sido acogido y criado por una organización benéfica londinense. Había crecido en Inglaterra, trabajaba como chófer y se esforzaba por expresarse en su lengua materna. Pero los vagos recuerdos de su infancia, que sin duda estaban bien arraigados en su corazón, se habían despertado de repente y habían llevado a este chófer londinense a abandonar Inglaterra y marchar, con una mochila, contra los turcos. Este inglés sólo tiene una preocupación: poder afeitarse la barba y el bigote durante la campaña. A su lado hay un posadero sin familia. Ha administrado cuidadosamente su pequeño negocio, escatimando cada stotinka. Un buen día, llamó a su empleado y le dijo:

- Vas a cuidar de la posada hasta que yo vuelva; si no vuelvo, es tuya.

En este grupo hay oficinistas, profesores, obreros y, sobre todo, zapateros de Rumanía. Los hay que llegaron aquí por casualidad y otros que no saben qué hacer de sí mismos. También los hay que buscan problemas. El destino ha reunido a soñadores y aventureros, caballeros andantes y pendencieros.

Los voluntarios visten sus ropas civiles, que sólo han sido reajustadas. Muchos llevan bandas ajustadas alrededor de las piernas, elegantemente atadas por debajo de la rodilla con correas. Todos llevan una bolsa de algodón y una cofia a la espalda, un cinturón de cartuchos colgando del costado y, a menudo, su propia pistola. Los grandes sombreros, cuellos y cinturones de piel de cordero están adornados con flores. El conjunto

(sombrosos de piel de cordero, cinturones altos, bonetes, mochilas y flores) daba a la tropa un aire festivo, además de militar.

La compañía estaba bajo el mando de un oficial armenio de uniforme. Le llamaban simplemente “Camarada Garegin”. Era un antiguo estudiante de la Universidad de San Petersburgo, implicado en el famoso juicio de Lyzhin contra el Dashnaksutyun<sup>224</sup> y absuelto tras tres años de prisión. Después estudió en el colegio militar de Sofía y, antes de la guerra, obtuvo el grado de subteniente del ejército búlgaro. Poeta, orador y combatiente, Garegin era profundamente consciente de la importancia de su misión.

Sin embargo, el alma de la tropa era Andranik, magnífico con su traje de campaña gris y su boina de astracán. El mango de una fusta, símbolo de autoridad basada en el prestigio, sobresale de una de sus altas botas militares. De sus caderas cuelgan unos prismáticos y una pistola Browning. Un regalo de las mujeres armenias del comité de la Cruz Roja, un pequeño ramo de flores, atado con una cinta en la que se lee *Libertad o Muerte*, cuelga de su pecho. Las esposas, hermanas e hijas de los voluntarios rodean las columnas en marcha de sus maridos, hermanos y padres. Las tropas marchan en perfecto orden. Es difícil distinguir al posadero del empleado o del encargado del café. Garegin no ha pasado diez días, diez horas al día, en vano, enseñando los secretos de la formación. A fuerza de dar órdenes y sermones, su voz se ha vuelto ronca y su mirada febril. Su pelo negro, con reflejos azulados, cae por encima de su gorra de oficial. Andranik camina en silencio a la cabeza de la compañía, con paso seguro y ligero. Su satisfacción es evidente en sus ojos brillantes, su bigote puntiagudo e incluso en su bonete con lazo dorado. Vuelve a estar en primera fila.

- ¿No me reconoce? le dice un voluntario a un periodista armenio. En Constantinopla, le estaba preparando un té en la redacción de *Azatamar*<sup>225</sup>.

Treinta soldados no combatientes, portando cuencos y cubos de metal, marchaban en las últimas filas de la tropa. Sin fusiles ni bayonetas, armados con utensilios de cocina, pasarían toda la campaña enfrentándose a los mismos peligros y sufrimientos que los demás. La compañía contaba con cuatro suboficiales y cuatro ordenanzas. En el camino se les unió un médico voluntario, también refugiado armenio.

Cantan una canción sobre Andranik: Llega la primavera / y con el primer signo de la primavera / resuena el grito de guerra de Andranik, / desde las montañas de Sasun / nos llama al combate.

Andranik camina en silencio, su paso más seguro que antes. Oímos las notas claras y delicadas del *oring*, el pífano de los pastores armenios. Al principio, el sonido está dominado por voces y gritos, pero poco a poco se hace más fuerte y podemos oír la melodía “Amigo mío, voy a morir”, que también sería el himno de la Turquía constitucional. Se retoma la canción de Andranik. Un armenio alto y delgado, un bromista, el payaso de la compañía, se olvida de sí mismo al ritmo de los pasos y la música. Tiene los ojos entreabiertos, el sombrero se le ha deslizado por la nariz grande y sudorosa, pero no se lo endereza. Agitando sus largos brazos huesudos, canta al héroe de las montañas de Sasun que, con el primer aliento de la primavera, llama a los soldados al combate.

Giramos por la carretera principal que lleva al puente, que discurre entre hileras de árboles hacia las colinas. A la derecha está el monte Vitoša [Vitosha], vinculado para muchos de los voluntarios a acontecimientos de su partido. En 1904, Christofor Mikaeljan, uno de los fundadores de Dashnaksutyun, estudiante de la Academia de Petrovsk y militante de Narodnaja Volja, murió en Vitoša mientras experimentaba con dinamita. Había subido a la montaña para planear un atentado contra Abdul Hamid. De 1905 a 1906, éste fue también el lugar del campo de entrenamiento militar del partido,

donde se preparaba a los líderes de las fuerzas partisanas armenias bajo la dirección de un oficial búlgaro.

Llegó el momento de la despedida. Garegin pasó de oficial a orador apasionado. Dice que los armenios siempre han sido vistos como débiles, cobardes, como una nación sin fuego sagrado, capaz sólo de doblegarse y acaparar dinero. Sin embargo, los últimos veinticinco años han demostrado que los armenios también saben luchar y morir por la libertad. Las mujeres arrojan flores al orador. Las esposas y los hijos no quieren separarse de sus seres queridos, pero tienen que partir. Se da una orden, la tropa se alinea y empieza a marchar, cantando. Andranik no puede contenerse más; salta la zanja que bordeaba la carretera y dispara varios tiros al aire con su Browning. Oye un eco de la tropa de voluntarios que dura cinco minutos. Cientos de manos se alzan al cielo. Los disparos de las Browning, Mauser y Parabellum producen un ruido sordo y los bulldogs<sup>226</sup> ladran apagadamente, como pequeños cañones. Las manos que empuñan las pistolas se alzan como en un juramento: “Libertad o muerte”.

Es un pequeño capítulo de puro romanticismo en la terrible historia de los acontecimientos balcánicos.

Los primeros heridos de las tropas armenias llegaron a Sofía a finales de noviembre, veinte en total. No se parecen a los que vi salir cantando la canción de Andranik en un día soleado. Están en mal estado, sus rostros demacrados: uno ha perdido algunos dedos, otro está lisiado, otro tiene la cabeza vendada. Estamos sentados en el establecimiento que el propietario había confiado a su empleado antes de partir a la guerra.

- Fue duro el campo de batalla, me dicen los heridos, muy duro. Sabíamos que no íbamos a ir a la boda, pero tampoco lo esperábamos. Tras ocho días de marcha, llegamos a Tárnovó. Allí nos dieron fusiles Mannlicher con bayonetas y luego nos enviaron, con la legión macedonia, a Kirdžali [Kirdzali], donde tuvimos veinticuatro horas de prácticas de tiro. Después cruzamos la frontera y llegamos a una campiña desierta donde los pueblos habían sido incendiados y el ganado vagaba por ella. También incendiamos algunos lugares o, mejor dicho, fueron los de la legión macedonia quienes lo hicieron. Andranik no nos permitió hacerlo. Teníamos órdenes de tratar como espías y matar a cualquier turco, aunque estuviera desarmado, que encontráramos fuera de las aldeas. Los macedonios lo hicieron. Cuando atrapaban a uno, primero le hacían preguntas de forma amistosa para sacarle toda la información posible y luego le disparaban o apuñalaban. En nuestra compañía, estas cosas se vigilaban.

Un día, cuando salíamos de un pueblo, me entretuve y, lo confieso, prendí fuego a una casa. Ni siquiera sé por qué. Andranik me esperaba en la carretera. “¿Por qué te entretuviste?” “No tenía elección”. “¿Tú has provocado el incendio?”, preguntó señalando la casa. Me dio diez golpes con su fusta. “Ten cuidado”, me advirtió, “no tomes ninguna iniciativa sin mi orden”. Hubo algunos de nosotros que se tomaron esta libertad de todos modos y que, en secreto, se comportaron como los *junaci*<sup>227</sup> con los turcos. Pero también hay que comprender que ninguno de nosotros había olvidado los pogromos de Armenia. Fue duro. La marcha fue peor que los combates. Tuvimos que vadear un río dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, con el agua helada que nos llegaba al pecho. No pudimos secarnos y tuvimos que seguir marchando. No había pan. Pero había mucha carne, porque los turcos habían abandonado su ganado cuando huyeron. Matamos muchas vacas y cabras. Mis sandalias estaban gastadas, así que maté un buey para curtir su piel, pero no conseguí despellejarlo a tiempo porque nos ordenaron reanudar la marcha. También teníamos mucho tabaco. Encontramos las tiendas abiertas de par en par, a merced de los primeros en llegar, ya que los propietarios habían huido, abandonando todas sus mercancías. Podíamos coger lo que quisiéramos. Pero el pan y la sal escaseaban.

Desde que cruzamos la frontera, no comimos ni un grano de sal hasta que volvimos a Sofía. Tuvimos problemas de estómago precisamente por eso.

- Con las tropas regulares, participamos en los combates contra Javor Pachá. Yo no tenía miedo. Ya había visto la muerte de cara. Los kurdos mataron a mi madre y a mi padre delante de mí. Lo vi con mis propios ojos. Pensábamos que algunos de nosotros morirían de miedo, pero se comportaron como héroes. Había un joven, Poghos, que sólo tenía dieciséis años y venía de Rodosto [Tekirdağ]. Le dije: ¿para qué sirves tu? Y, sin embargo, permaneció en primera línea durante quince horas seguidas sin comer. Cuando atacamos Javor, Poghos iba en cabeza, incluso en los lugares más peligrosos. Todos dieron una buena pelea. Había un tipo de Londres que consiguió afeitarse la cabeza durante toda la campaña. No sé cómo lo hizo, pero siempre iba bien afeitado. Le preguntamos por qué le gustaba tanto ir bien afeitado. Por razones de higiene, respondió. Se volvía loco cuando le llamábamos “el inglés”. ¿Me preguntan qué pasó con el payaso? Sigue vivo. Pero no estábamos allí para reírnos. Iba recogiendo gallinas por el camino. Dondequiera que parábamos, sacaba un pollo de su mochila.

- Andranik luchaba a nuestro lado, fusil en mano; durante las batallas, era un auténtico líder. Garegin era muy valiente. Nunca se quedaba a cubierto durante los combates. Iba de una posición a otra blandiendo su espada. También compartía con nosotros lo que le quedaba de comida. Cuando perdimos a nuestro primer hombre, Garegin se acercó, le besó en la frente y exclamó: “Es nuestro primer mártir”. Nunca renunció a este rito. Cada vez que alguien caía, lo besaba y gritaba “Cruz Roja”. Entonces llegaban los camilleros y se llevaban al herido. Primero me enviaron al hospital de Filipe, donde permanecí diez días. La reina vino a visitarnos y me preguntó por todo. Le dije: “Ahora todo está bien para ti. Los turcos serán expulsados de vuelta a Asia, pero en Armenia tendremos que sufrir el doble que antes”. La reina me contestó: “Ten paciencia y verás que las cosas también te irán bien”. Me dio esta postal para consolarme...

A su regreso a Sofía, los voluntarios se abalanzaron sobre los periódicos armenios, pero no encontraron el que buscaban, el *Azatamart*, órgano de su partido, impreso en Constantinopla. Los censores búlgaros prohibieron el periódico, castigándolo por atreverse a criticar abiertamente al rey Fernando y su declaración. La prohibición impuesta a la portada del partido, bajo cuya bandera morían muchos voluntarios por Macedonia, marcó un momento muy significativo en el conflicto entre el romanticismo revolucionario y la reacción dinástica. Es un episodio que pone de relieve las contradicciones de esta guerra de liberación. Cuando conocí los detalles de esta historia a través de un colega armenio, escribí inmediatamente un telegrama, que presenté a un censor de izquierdas (cuyo nombre no mencionaré para no perjudicarlo) para que lo examinara.

- ¿Está pensando seriamente en enviar este telegrama?
- Desde luego que sí.
- Le aconsejo que no lo presente oficialmente a los censores.
- ¿Por qué iba a hacerlo?
- No olvide que los censores tenemos el poder de detener no sólo los telegramas, sino también a sus remitentes.

Por el momento, no tengo más información sobre las tropas armenias y sus miembros. Tampoco sé si se ha levantado la prohibición de *Azatamart*, ni qué efecto tuvo la postal de la reina en la moral del lisiado voluntariado armenio...

*Kievskaja Mysl'*, número 197, 19 de julio de 1913

## V. El enigma de la democracia búlgara

### *Un país atrasado*

Vale la pena visitar Bulgaria, aunque sólo sea para comprobar la relatividad de nuestras convicciones políticas. Formalmente, aquí reina la democracia. La soberanía pertenece al pueblo, que elige al parlamento por sufragio universal, y el gobierno responde de todos sus actos ante el parlamento. Sin embargo, si observamos de cerca el mecanismo de gobierno de la democracia búlgara, podemos detectar fácilmente algunas de las características esenciales del absolutismo. Cuando tuve la oportunidad de visitar Sofía hace tres años<sup>228</sup>, el partido democrático estaba en el poder, tras haber suplantado al partido estambulovista en 1908<sup>229</sup>. El relevo se produjo de la siguiente manera: la Asamblea Popular de 175 diputados estaba formada por 150 estambulovistas y media docena de demócratas. En las sucesivas elecciones organizadas por el gobierno demócrata, los estambulovistas fueron derrotados y ni siquiera sus dirigentes consiguieron entrar en el parlamento. El partido demócrata obtuvo 166 escaños.

En la primavera de 1911, el rey Fernando nombró un gobierno de coalición formado por representantes del partido popular y del partido liberal-progresista (tzankovista)<sup>230</sup>. En las últimas elecciones, el partido popular había obtenido tres escaños en la Asamblea Nacional elegida democráticamente y los tzankovistas sólo uno. El gobierno de coalición, dirigido por Gešov, disolvió la asamblea y convocó nuevas elecciones. El resultado fue que 80 miembros del partido popular y 79 tzankovistas entraron triunfalmente en el parlamento. Los demócratas, que hasta entonces habían ostentado la mayoría, quedaron reducidos a cuatro, casi todos ellos antiguos ministros. Los demócratas habían sufrido el mismo destino infligido a los estambulovistas tres años antes, ya que estos últimos habían derrotado a su vez en 1903 a los entonces amos de entonces, los tzankovistas. Y así sucesivamente... Estos desastres parlamentarios son la única constante de la política búlgara.

Formalmente, las cosas funcionan así: el pueblo elige a los diputados que, a su vez, expresan la voluntad popular soberana. Los ministros ejecutan esta voluntad. El príncipe, en aplicación del famoso principio inglés, reina, pero no gobierna. Sin embargo, si vamos al corazón de esta formalidad democrática y penetramos en el tejido mismo de la vida política, las cosas son diametralmente opuestas. El príncipe llama al poder al grupo que, en su opinión, responde a la necesidad del momento. Invariablemente, este grupo da la mayoría a su propio partido mediante elecciones *democráticas*. La nueva mayoría parlamentaria apoya al gobierno que la instala, que pertenece al grupo político llamado al poder por el príncipe. Parece claro que la voluntad personal del príncipe juega un enorme papel en este mecanismo de gobierno. Frente a esta voluntad, las formas constitucionales democráticas no son ni una limitación ni un obstáculo, sino un aparato flexible y obediente. El gobierno, que debe rendir cuentas al parlamento, es también el artífice de la mayoría parlamentaria, del mismo modo que el príncipe, que debería gobernar pero no gobernar, es al mismo tiempo el artífice del gobierno.

Los monárquicos de más alto nivel sostienen que el soberano se limita a anticipar la voluntad popular, es decir, que su actuación es consecuencia de una premonición

política. Estaría poniendo en práctica sus propias opciones políticas al prever los acontecimientos.

Los adversarios, por el contrario, afirman que el príncipe no anticipa la voluntad del pueblo, sino que la predetermina. En otras palabras, la modela según sus opciones personales, sirviéndose del aparato del estado o del ejército de funcionarios del estado.

Es evidente que la primera interpretación no puede tomarse en consideración. Si fuera tan fácil anticipar con exactitud la voluntad del pueblo, ¿qué sentido tendría el complejo mecanismo parlamentario? Sería mucho más sencillo recurrir a la *premonición* mística, prerrogativa del absolutismo en estado puro. Pero incluso la segunda interpretación es totalmente inadecuada. Reduce la vida política del país, la lucha y la alternancia de los partidos políticos a lo largo de las tres últimas décadas, o al menos durante los veinticinco años de reinado del rey Fernando, a caprichos personales y maquinaciones policiales, lo cual es cuanto menos improbable.

En cambio, si analizamos el funcionamiento interno de este proceso, la lucha y la alternancia de los partidos políticos aparecen bajo una luz diferente.

En Bulgaria hay no menos de diez partidos políticos. Dejando aparte al partido socialdemócrata, dividido en dos fracciones, buscar diferencias de principio en la práctica política de los demás partidos es totalmente inútil, sobre todo en los últimos diez años. Esto se debe a dos razones inseparables: el atraso del desarrollo histórico búlgaro y el bajo nivel de diferenciación social.

Como todos los países atrasados, Bulgaria es incapaz de crear nuevas formas políticas y culturales mediante una dialéctica interna libre. Se ve obligada a asimilar la producción cultural dominante, es decir, la desarrollada por la civilización europea. Sea cual sea la voluntad de un determinado grupo de dirigentes, Bulgaria necesita urgentemente construir líneas de ferrocarril, puentes y viaductos, y rearmar sus tropas. Todo ello requiere préstamos. Una contabilidad adecuada requiere instituciones parlamentarias, lo que equivale a imitar las formas políticas europeas; hay que fomentar la proletarización de la población, lo que a su vez conduce a la introducción de legislación social, etc. El fenómeno es idéntico en otros ámbitos. El fenómeno es idéntico en otros ámbitos. Al carecer de tradición, la literatura búlgara no ha tenido continuidad intrínseca. Ha tenido que adaptar artificialmente su contenido, que aún no ha alcanzado la madurez, a formas modernas y contemporáneas creadas por culturas nacidas en otras latitudes.

Naturalmente, la evolución de los países cuyo desarrollo es más antiguo viene determinada por condiciones objetivas, tanto en el contenido como en la forma. Sin embargo, en este caso, el condicionamiento histórico es interno y se manifiesta en el *libre* juego de fuerzas nacionales, clases, partidos, grupos e individuos que crean formas siempre nuevas utilizando el material cultural heredado.

En el caso de los países atrasados, el cambio de formas políticas y culturales no está condicionado por la libre lógica del desarrollo interno, sino por la presión externa directa. Ésta se manifiesta de diversas formas, que van desde la imponderable influencia de las ideas, producida por las diferencias de nivel cultural, hasta las medidas de coerción armada.

En su recorrido histórico, un país atrasado puede compararse a una barcaza remolcada por un buque de vapor, en lugar de a un barco que se abre paso entre las olas. El capitán del barco elige la ruta, mientras que el de la barcaza está atado de pies y manos.

Los ministros del gobierno búlgaro (y los partidos que los apoyan), aunque difieran en cuanto a programas, tradiciones y cualidades personales, se encuentran, en todos los casos, en las condiciones del capitán de la barcaza remolcada por el vapor europeo mediante un grueso cable a lo largo de una ruta predeterminada.

En sus artículos sobre la cuestión balcánica, escritos hace sesenta años, Marx predijo que la influencia política ejercida por Rusia sobre los eslavos de los Balcanes, por razones de afinidad racial, sería gradualmente suprimida por la acción irresistible de la cultura europea.

“De hecho, puede decirse que, cuanto más se ha consolidado Serbia y la nacionalidad serbia, más se ha relegado a un segundo plano la influencia directa de Rusia sobre los eslavos turcos; porque Serbia, para mantener su posición diferenciada como estado cristiano, se ha visto obligada a tomar prestadas del oeste de Europa sus instituciones políticas, sus escuelas, sus conocimientos científicos, sus aparatos industriales; y así se explica la anomalía de que, a pesar de la protección rusa, Serbia, desde su emancipación, haya formado una monarquía constitucional.”<sup>231</sup>

Esta cita es aún más aplicable a Bulgaria. La dependencia de la política exterior va unida a la falta de independencia cultural, y ello no es consecuencia de la pertenencia a una misma raza, sino de la debilidad del país. En su lucha por desempeñar un papel en los Balcanes, Bulgaria, como *pequeña* potencia, ha tenido que adaptar su política a la de una u otra gran potencia. La independencia de la política exterior búlgara ha consistido esencialmente en maniobrar constantemente entre los intereses y apetitos antagónicos de dichas potencias. Seguir una política rusófila en lugar de austrófila, tender la mano amiga a Turquía o la mano blandiendo la espada, solicitar equipamientos a Alemania o a Francia, préstamos a los Rothschild de París o a los de Viena: éstas son las razones que, en esencia, han llevado al monarca a ofrecer el gobierno de Bulgaria a un grupo político en vez de a otro, según el momento.

Más que cualquier otra cuestión interna, la política exterior ha trazado una línea divisoria entre los partidos políticos. En política interior todo sigue siendo vago e inestable. En política exterior, en cambio, cada partido ha creado sus propias tradiciones, aunque no estén muy arraigadas. Los tzankovistas tienen una tradición rusófila, los estambulovistas son antirrusos, el partido popular es pacifista y oportunista (turcófilo), los demócratas tienen una postura abiertamente provocadora, etcétera. Cuando el desequilibrio en una dirección se hizo excesivo y amenazó la independencia del estado búlgaro, surgió la necesidad de llevar al poder a otro grupo con tradiciones y conexiones útiles para abrir un nuevo camino, a menudo opuesto al anterior. En cuanto al príncipe Fernando, puso mucho cuidado en que no se quemaran los puentes que conducían a ambos lados. Mantuvo el contacto con Rusia cuando los antirrusos estaban en el poder, y consolidó sus vínculos con Viena cuando el gobierno estaba en manos del partido rusófilo.

*Kievskaja Mysl'*, número 320, 18 de noviembre de 1912

### ***El parlamentarismo búlgaro***

En lo que respecta a los asuntos internos, los partidos búlgaros que se alternan en el gobierno hablan todos más o menos el mismo idioma, salvo algunos matices en un sentido u otro. Todos toman prestado de una u otra fuente europea, subvencionan la industria local con medidas proteccionistas, mantienen el militarismo e imponen cargas fiscales excesivas. Por consiguiente, desde el punto de vista de las grandes masas, especialmente en el campo, da lo mismo qué partido esté al mando.

Cuando, en 1908, el príncipe llamó al poder a los demócratas (en un tiempo llamados karavelovistas), los periódicos preguntaron a su líder Malinov<sup>232</sup>:

- ¿Con qué medios democráticos piensa conseguir la mayoría en el parlamento, dado que en la asamblea anterior su partido obtuvo un total de seis escaños?
- Confío en las masas populares no organizadas, respondió Malinov.

Su cálculo no era erróneo, ya que en las elecciones obtuvo 166 de los 203 escaños.

El *partido* de los indiferentes y los no adscritos políticamente es, por razones comprensibles, numeroso y, por tanto, determina con sus votos el resultado de las elecciones. Ni que decir tiene que este partido siempre está dispuesto a apoyar a quien llegue al poder. Al provinciano apolítico, al campesino, al hombre de la calle de Sofía (todos ellos decepcionados, por no decir engañados, por todos los partidos sin excepción) debe parecerle más ventajoso apoyar al partido encargado de formar gobierno que a la heterogénea cofradía de la oposición. En efecto, en virtud de su estatuto, el gobierno puede actuar, puede hacer algo para cumplir sus promesas, mientras que el partido que está momentáneamente en la oposición es, por las mismas razones, incapaz de hacer nada por sus electores.

Lo que acabamos de decir no significa que, en sus treinta y cinco años de existencia, la Bulgaria libre no haya madurado en vínculos y tradiciones políticas. Las masas políticamente amorfas no constituyen ciertamente el ochenta por ciento del electorado, aunque cada nuevo gobierno obtenga el ochenta por ciento, o incluso más, del número total de escaños.

La causa de esta flagrante desproporción hay que buscarla en el sistema electoral. La ley electoral búlgara no prevé la segunda vuelta. El gobierno puede tener una minoría de los votos emitidos en el país, pero esto puede bastarle para tener una superioridad relativa sobre todos los partidos de la oposición considerados por separado en una buena parte de los colegios electorales, lo que le permite obtener una mayoría aplastante de escaños. La masa electoral de votantes sin partido no es lo suficientemente grande como para dar al gobierno una abrumadora mayoría absoluta de votos, pero sí lo suficiente como para garantizarle una superioridad sobre cada partido de la oposición. Y esto conduce a este resultado paradójico: la mayoría del pueblo vota a la oposición, pero en el parlamento domina, indiscutiblemente, un partido que tiene a su favor menos de la mitad del electorado; la mayoría absoluta de los votos se ha repartido infructuosamente entre varios partidos que se diferencian muy poco entre sí y se distinguen del partido gubernamental sólo porque en su momento no tuvieron la ventaja y los beneficios de estar en el poder.

Esta última razón, puramente técnica, de los triunfos gubernamentales podría eliminarse fácilmente. El sistema de representación proporcional, ya aceptado por el parlamento y probado en dos colegios electorales durante las últimas elecciones, daría sin duda una nueva fisonomía al parlamentarismo búlgaro, al poner fin a la escandalosa disparidad entre los votos emitidos y los escaños obtenidos. Pero el principal factor de la lucha política (la masa de personas sin partido que se aferran al carro del partido que esté en el poder) seguirá determinando el curso y el resultado de las elecciones durante mucho tiempo.

*Kievskja Mysl'*, número 322, 29 de noviembre de 1912

### ***Democracia y absolutismo***

El sistema político búlgaro (como ya hemos dicho) puede definirse como una combinación de democracia y absolutismo ilustrado. Perdonen que repitamos que no se trata de una combinación accidental, sino del producto de toda la historia pasada de los búlgaros y de la estructura social actual.

La democracia política fue el punto de partida natural del desarrollo político independiente de los últimos treinta y cinco años. Antes de la liberación del país, todas las contradicciones se fundían en una fundamental: todo lo búlgaro se oponía a todo lo turco. La dominación del imperio otomano era sinónimo de desgracia social, desastre

político y humillación nacional. Todos los búlgaros aparecían y se consideraban al mismo nivel porque todos estaban privados de los mismos derechos. Por consiguiente, sacudirse el yugo turco sólo podía conducir a la liberación y la igualdad política de todos los búlgaros. Los que habían sido privados de sus derechos debían tener en adelante los mismos derechos. La intelectualidad búlgara, encabezada por Petko Karavelov<sup>233</sup>, encontró en el parlamentarismo democrático de Europa occidental la fórmula preparada para esta nueva situación. Una gran asamblea nacional, celebrada en Tárnovó, proclamó la soberanía popular, con una cámara única, sufragio universal y responsabilidad de los ministros. Estas instituciones, que habían evolucionado en occidente a través de largas luchas internas para responder a las exigencias de las nuevas clases, fueron trasplantadas aquí, inesperadamente, servidas en bandeja, para dar un aspecto formal a las relaciones surgidas tras el levantamiento del pesado manto nivelador de la dominación turca.

Para afirmar su existencia como estado, la Bulgaria liberada tuvo que adquirir inmediatamente los elementos básicos de la cultura europea y la tecnología moderna, en particular la militar. Pero las masas populares, recién liberadas del yugo turco, no tenían tradición de autogobierno. La burguesía sólo existía en estado embrionario y aún no había logrado liberarse de sus connotaciones asiáticas (¡los *čorbadži!*); carecía de la fuerza necesaria para desempeñar el papel de guía política del país. En consecuencia, la combinación de las reformas con el atraso cultural del país y la debilidad de la burguesía constituyeron la base del absolutismo ilustrado. El sentido de iniciativa del monarca y sus relaciones internacionales adquirieron una enorme importancia. Dado que el gran punto de inflexión en la historia de la Bulgaria campesina de 1878<sup>234</sup> (como sabemos) defendió las nacientes formas de estatalidad con el escudo de la soberanía popular y el sufragio universal, toda la vida política del país experimentó el conflicto y la cohabitación entre dos entidades antitéticas: el absolutismo y la democracia. Naturalmente, el desarrollo social de Bulgaria ha alimentado tendencias que acentúan esta contradicción política básica: unas refuerzan la monarquía, otras dan un esqueleto de contenidos democráticos vitales a formas abstractas de democracia.

Los fundamentos sociales de la democracia búlgara son muy primarios. Están arraigados en las relaciones básicas de la vida cotidiana, y en esto se parecen a nuestras comunidades aldeanas. Tras la liberación del yugo turco, la intelectualidad búlgara, llevada por los acontecimientos a la cabeza del país, tuvo la oportunidad de sentar las bases primarias de una superestructura política democrática. Sin embargo, todo ello no hizo sino plantear el problema del futuro de Bulgaria, sin resolverlo.

Al igual que en Rusia, donde no fue posible pasar directamente de la comunidad aldeana al socialismo, como esperaban los utópicos *narodniki*<sup>235</sup>, la democracia campesina primaria de Bulgaria no puede avanzar directamente hacia un sistema basado en la autonomía política y consciente del pueblo, sino sólo a través de una compleja lucha interna.

*Kievskaja Mysl'*, número 322, 29 de noviembre de 1912

## Tercer capítulo. Bulgaria en guerra (el segundo período: la guerra contra los antiguos aliados)

### Una conversación sobre los Balcanes

Hombre de ideas moderadas, Ivan Kirillovič es también extremadamente miope: cuando sale a pasear lleva siempre dos pares de gafas. De cuarenta y siete años, es mineralogista de formación, publicista político serio de profesión y pertenece a la extrema derecha del partido de los cadetes. Aunque tímido, Ivan Kirillovič se empeña en demostrarnos que tiene *le courage de ses opinions*<sup>236</sup>. Cuando habla con gente de izquierdas, le gusta declarar que, aunque es miembro de los cadetes, comparte las ideas de Piotr Struve<sup>237</sup> (“sí, señores, las de Piotr Struve”) y que la tragedia esencial de Rusia radica en que “el principal partido de la oposición” es demasiado radical, participa demasiado poco en el gobierno, es demasiado servil a la tradición de la intelectualidad. Ivan Kirillovič llegó a Berlín para estudiar la historia de la reacción prusiana y encontrar afinidades útiles para sus proyectos políticos. Cuando estaba en la universidad, Ivan Kirillovič argumentó meticulosamente su tesis doctoral en mineralogía, con su característica mente empírica. Pero el político en que se ha convertido vive exclusivamente de analogías diletantes.

Ivan Kirillovič llegó a Berlín con botas de goma, quejándose del frío (dice que este verano es realmente terrible) y añadiendo que, si no le diera vergüenza pedírselo a la casera, le haría encender la estufa (¡en julio!). Duda de la existencia de la nación ucraniana, se queja de que aquí en Rusia no hay disciplina de trabajo y dice estar convencido de que, aun considerando la cuestión del este en todos sus aspectos, es imposible renunciar a los estrechos. Ivan Kirillovič es eslavófilo (lo es desde 1908), pero naturalmente es un eslavófilo progresista. Le gusta hablar de cultura eslava e incluso de ciencia eslava, aunque en su tesis se refiera sobre todo a científicos alemanes. En el último año ha escrito varios artículos sobre la cuestión balcánica y ha desaprobado rotundamente a Miliukov por su falta de intuición política. Se dice que este último se inclina a favor de la paz cuando debería tomarse una decisión más decidida.

- La paz no es un fin en sí mismo! protesta Ivan Kirillovič, en tono irritado. ¡No se puede sacrificar lo que da sentido a la propia vida en nombre de la preservación de la vida!

Pero no profundiza en el vínculo entre el sentido de la vida y los estrechos.

Sin embargo, Ivan Kirillovič siente, en el fondo de su alma, una especie de atracción patológica por la gente de izquierdas, sobre todo por los de extrema izquierda. Le gusta discutir a fondo con ellos sobre ciertos temas, pero sólo en privado; es reactivo a polemizar en la prensa, pues le parece una práctica impropia de un partido de gobierno serio. En la conversación, hace acusaciones serias con la mayor calma, y de vez en cuando limpia su segundo par de gafas mientras mira asombrado a través del primero. Escucha las objeciones y responde con voz tranquila.

- No entiendo por qué Rusia se niega a aceptar los estrechos.
- ¿Por casualidad se ofrecieron los estrechos a buen precio?

- No importa si nos los ofrecieron o no, ni a qué precio. El hecho es que, si no decimos nada o dudamos, no llegaremos a ninguna parte. Debemos fijarnos un objetivo claro y preciso e intentar alcanzarlo contra viento y marea.

- ¿Quiénes somos *nosotros*, si no es indiscreto que se lo pregunte?

- ¿Quiénes somos? ¡Vamos ya!, estamos hablando de la sociedad rusa, por supuesto.

- Ya veo. Lo siento, pero no sabía que la sociedad rusa había adquirido el derecho de llevar a cabo negociaciones diplomáticas y, sobre todo, de gestionar la compra de los estrechos.

Ivan Kirillovič se limpia las gafas y responde con voz firme:

- No quiero negar en absoluto la escasa importancia de los derechos constitucionales en la sociedad rusa, especialmente en el ámbito de la política exterior. Pero eso no me parece una buena razón para renunciar a los estrechos.

Los últimos acontecimientos han afligido mucho a Ivan Kirillovič.

- ¡Es una desgracia, dice! Están pasando precipitadamente de una guerra de liberación a un conflicto fratricida. Todos los resultados conseguidos se están desmoronando; las simpatías despertadas por las victorias de la causa eslava se están evaporando; los planes y las esperanzas se están esfumando. Es una desgracia, ¡una desgracia!

- ¿Una desgracia para quién?

- Para los aliados, por supuesto, para los serbios, los búlgaros y los griegos.

- Perdónenme, pero me parece que, para los serbios, los búlgaros y los griegos (hablo del pueblo, por supuesto) se trata de una tragedia posterior más grave que la vergüenza. La vergüenza recae sobre quienes dirigen los destinos de los pueblos balcánicos y sobre un gran número de políticos rusos, es decir, sobre quienes han dirigido la sociedad rusa, con medios más o menos honestos, en una dirección favorable a los planes e intenciones de quienes gobiernan los Balcanes. Y, que yo sepa, ése es usted, Ivan Kirillovič.

- Perdóname, pero estaba convencido de que debíamos apoyar una guerra librada en nombre de la “liberación”. Para usted es muy fácil decir eso: simplemente rechaza cualquier guerra. Ya sea una guerra en los Balcanes o en la Patagonia, ofensiva o defensiva, de liberación o de conquista, para usted todo es lo mismo. Nosotros, en cambio, creemos que es necesario profundizar en el contenido histórico real de la guerra, de esta guerra en los Balcanes, y no podemos cerrar los ojos al hecho de que está en juego la liberación del pueblo eslavo de la dominación turca. Quien no esté a favor de esta guerra, quien no la apoye, sólo está apoyando, directa o indirectamente, la dominación de los turcos sobre los eslavos. El dogmatismo de ustedes los ha llevado, más de una vez, a mantener posiciones de este tipo.

- Bien, pero ahora los que antes se llamaban aliados, ¿a quién están liberando?

- Ya se lo he dicho: ¡lo que está pasando ahora es una vergüenza!

- ¿Y cree usted que ha resuelto la cuestión diciendo eso? ¿No cree que hay un vínculo inextricable entre esta guerra *vergonzosa* y la que usted llama guerra de “liberación”? ¿No está de acuerdo? Veámoslo más de cerca. La emancipación de los campesinos macedonios de su sometimiento al latifundismo feudal fue sin duda un acontecimiento necesario e históricamente progresivo. Pero fue emprendido por fuerzas que no tenían en el corazón los intereses de los campesinos macedonios, sino sus propios intereses codiciosos como conquistadores dinásticos y depredadores burgueses. Tal usurpación de tareas históricas no es excepcional. La liberación del campesino ruso de los grilletos de la comunidad aldeana, en la época de la dominación policial y la servidumbre de la gleba, fue un proceso gradual. Pero no debemos pasar por alto la

identidad de quienes emprendieron esta acción ni cómo se logró. La reforma agraria de Stolypin<sup>238</sup> no resolvió los problemas planteados por la historia: sólo utilizó estos problemas en interés de la nobleza y los kulaks.

- Para mostrar una desconfianza total hacia los *liberadores* no deseados y negarles cualquier forma de solidaridad, ni siquiera es necesario idealizar el régimen turco o el de la comunidad aldeana rusa. Ante la alternativa de liberar a los campesinos en una Macedonia independiente o mantener las cadenas feudales en una Macedonia búlgara, Fernando de Sajonia-Coburgo, paladín de la causa eslava en los Balcanes, habría elegido, sin vacilar, la segunda solución, como lo prueba o bien el conjunto de su política hacia Macedonia durante el último cuarto de siglo, o bien la conexión objetiva de las cosas. Ustedes, los eslavófilos liberales, han llamado guerra de liberación a una guerra que, para satisfacer apetitos dinásticos y militaristas, se sirvió del deseo de libertad de los campesinos macedonios. Lejos de ser una lucha de los macedonios por su libertad, fue una especulación sangrienta de las dinastías balcánicas a costa de Macedonia. Y es esta operación la que usted ha apoyado en la prensa y en la Duma. Al revelar la verdadera política macedonia de Fernando y de los partidos del gobierno, los demócratas búlgaros se han puesto en armonía con los intereses de Macedonia contra la guerra. En cambio, ustedes, los eslavófilos, intentaron enseñar a los demócratas rusos a mirar a los Balcanes a través de los ojos de los Coburgo y los Karageorgevič; embellecieron ciertos aspectos, callaron sobre otros o, de nuevo, los falsificaron. En resumen, has desempeñado un papel equivocado. He leído sus artículos, Ivan Kirillovič, y he pensado: si el rey Fernando hubiera colocado a uno de sus agentes entre los periodistas rusos, no habría escrito de forma diferente a ésta. El agente habría recibido dinero a cambio, mientras que usted actúa de forma totalmente desinteresada: esa es la única diferencia.

- ¿Quién podía prever lo que ha pasado? se pregunta usted. Perdóneme, pero Karl Kautsky escribió, al comienzo mismo del conflicto, que los intereses dinásticos en los Balcanes eran lo suficientemente poderosos como para convertir una guerra entre aliados contra Turquía en un enfrentamiento entre aliados por el reparto de Turquía. Así que alguien fue capaz de prever lo que ocurriría. Usted, en cambio, no sólo no lo previó, sino que deliberadamente hizo la vista gorda, apenas se abrieron algunas lagunas en su política balcánica. Peor aún, usted calificó de doctrinarios incorregibles a quienes se negaron a apoyar las acciones de Fernando, epíteto que hoy podría atribuírsele con razón.

- Es difícil negar que el curso actual de los acontecimientos justifica sus críticas. Pero a la larga, su punto de vista se revelará como lo que es: políticamente irresponsable y alejado de la realidad. Hay que aceptar los acontecimientos como son, no como a uno le gustaría que fueran. Admito que habría sido mejor que la liberación de Macedonia se hubiera logrado con métodos distintos de los crueles métodos de la guerra. Sin embargo, esta guerra tiene al menos una ventaja: es un acontecimiento real, no imaginario. Cualesquiera que fueran los objetivos de los reyes balcánicos y de los partidos gubernamentales, la guerra produjo un resultado concreto: Macedonia se liberó de la dominación del bey, del sistema fiscal turco y de la tiranía. Los liberales definimos nuestra relación con la guerra no en función de quién la hace, sino, según el principio del *cui prodest*, para quién es útil.

- Como políticos, no de un futuro indefinido, sino de hoy y de mañana, apoyamos resueltamente una guerra que debía llevar la libertad a Macedonia y a la Vieja Serbia; y, con más resolución aún, nos opusimos a la otra guerra, que no tiene justificación histórica. No veo ninguna relación entre esta guerra y la anterior guerra de liberación. No conozco ninguna conexión y niego que pueda haberla. Además, no logro entender cómo y por qué estalló esta trifulca sin sentido, dado que el arbitraje siempre fue posible. La única explicación aceptable podría ser que los serbios querían acudir al arbitraje con el hecho

consumado del tratado serbio-búlgaro roto. Sin embargo, ahora está claro que la iniciativa de la guerra no partió de Serbia, sino de Bulgaria. Se trata de un acto que no comprendo. Cualquiera que fuera la decisión adoptada por el árbitro, no habría causado daños mortales o materiales comparables a los de una guerra. Toda la franja de tierra que se disputa tiene probablemente menos habitantes que el número de soldados búlgaros, serbios y griegos que morirán por ella. Realmente no lo entiendo.

Ivan Kirillovič está tan irritado que se ha levantado de su asiento.

- Cree que en los Balcanes se lleva a cabo una política responsable y razonable, por eso no ve la relación entre la vergüenza de hoy y la *gloria* de ayer. En realidad, la política allí se ha desarrollado como un terremoto. Fue precisamente la primera guerra, la guerra de “liberación”, la que hizo estéril todo cálculo político y toda prudencia. Es una espontaneidad inconsciente y ciega la que reina, no la espontaneidad benigna expresada por una renacida solidaridad de masas que ya tiene mucho en su haber en la historia. Es una espontaneidad maligna cuya resolución no es más que otra faceta de su ciega desesperación. En tiempos de guerra, la idea de que el ejército es un instrumento complejo con un centro único suele ser un error; y en la situación de los Balcanes, esta idea es completamente irrelevante porque el ejército se funde con el pueblo. Este ejército de gente trabajadora arrancada de sus arados o de sus lugares de trabajo lleva nueve meses luchando, sin que sus armas hayan tenido tiempo de enfriarse. Y ésta es la fuerza motriz del actual curso insensato y vergonzoso de los acontecimientos.

- Cuando se formó este ejército de jóvenes imberbes, padres barbudos y ancianos de bigotes encanecidos, se pensaba que la guerra no duraría más de tres o cuatro meses, fuera como fuera. “Europa detendrá la guerra. No permitirá que dure más”. Han pasado nueve meses y las tropas balcánicas siguen en pie de guerra. En nueve meses, la población masculina adulta, prácticamente hasta el último hombre, ha sido apartada del campo y del trabajo productivo. Habría sido imposible mantener unidos a todos esos campesinos durante nueve meses seguidos sólo mediante la disciplina. Para lograrlo, el ejército tenía que estar profundamente convencido de que no había otra solución posible, de que el desarme habría sido un desastre total. Durante los primeros meses, la solidaridad interna le confirió al ejército la energía que necesitaba para atacar a Turquía, su viejo enemigo. Una vez iniciadas las negociaciones de paz, los soldados siguieron llevando su carga, convencidos de que la desmovilización tendría lugar al día siguiente o unos días después. Entonces llegó la noticia de que podían deponer las armas y que volverían a casa sólo tras la toma de Andrinópolis. Una cosa llevó a la otra y, a pesar de la creciente impaciencia de los soldados, el ejército no se desintegró. Al contrario, la impaciencia se convirtió en la fuerza motriz de su *determinación de entrar en acción*, aunque estuviera físicamente agotado.

- Entonces, poco a poco, las fricciones entre los aliados salieron a la superficie. Andrinópolis había caído, la guerra había terminado, pero el ejército aún no había sido desmovilizado. Y así comenzó el periodo más crítico. Los gobiernos balcánicos no querían una guerra destructiva para todos, pero a pesar de este deseo, al no confiar los unos en los otros, no se atrevían a desmovilizarse. Temían por su botín y este temor les impulsó a mantener al ejército en pie de guerra, listo para el conflicto militar. Sin embargo, la única manera de mantener a los trabajadores en el ejército era avivar su odio contra los supuestos responsables de prolongar la situación. A los soldados búlgaros se les dijo que no podían volver a casa por culpa de los serbios. Los serbios violaban los acuerdos e intentaban recuperar partes de Macedonia que habían sido liberadas a costa de enormes sacrificios. Por otra parte, al ejército serbio se le dijo que los búlgaros querían tomar todo lo que había sido conquistado con sangre serbia, que los búlgaros querían expulsarlos del mar Egeo, igual que Austria los había expulsado del Adriático. Los

ejércitos, que ya habían derramado tanta sangre, se encontraron en un callejón sin salida. El camino a casa de sus familias tenía que pasar sobre los cadáveres de los aliados de ayer. Esta es la lógica que rigió los acontecimientos: primero se reunió un ejército para hacer la guerra, y luego esa guerra se convirtió en el único medio de mantener unificado a ese ejército. Es una fórmula concisa que explica por qué la guerra *liberadora* se convirtió en una guerra *vergonzosa*.

- Los oficiales utilizaron el deseo impaciente de los campesinos de volver a casa para transformarlo en odio hacia sus antiguos compañeros de armas: éste fue el regalo envenenado de la primera guerra victoriosa. La embriaguez de la victoria sobre Turquía fue demasiado grande y se subió a la cabeza de los oficiales. Tras infligir duras derrotas a un régimen militar decadente, estos hombres se convencieron de que sus espadas podían cortar cualquier nudo. Y los Balcanes están llenos de nudos. Unión aduanera, federación, democracia, parlamento único para toda la península... todas estas consignas dieron paso a los argumentos decisivos de las bayonetas. Habían luchado contra los turcos para “liberar” a los cristianos, masacrado a los pacíficos turcos y albaneses para cambiar las proporciones étnicas de la población, ahora tenían que matarse entre ellos para *rematar la faena*. Los diplomáticos (dirigidos por Sazonov, asistido por Miliukov) buscaban una solución que llevara el conflicto a los límites del arbitraje, pero los ministros balcánicos sintieron que el suelo bajo sus pies cedía, porque la autoridad de los viejos civiles sobre los que viven en los campos de batalla siempre ha sido débil. Y entonces ocurrió lo inevitable. Las armas se dispararon antes de que los diplomáticos pudieran encontrar una solución.

- ¿Cuáles son los vínculos internos en esta situación? Empezaron la guerra por una codicia estúpida y una confusión cobarde, una guerra no declarada, con relaciones diplomáticas ininterrumpidas durante los primeros días del conflicto. Me saltaré, por el momento, el análisis del papel desempeñado por el aventurero Savov, los demás carniceros y otros mercaderes del patriotismo. Lo que ocurrió no fue accidental, no fue fruto de un malentendido, ni el resultado de intrigas individuales, sino el resultado natural de toda la política de las dinastías balcánicas, de la diplomacia europea y de la propaganda eslavófila del liberalismo ruso que había abierto un surco en el suelo balcánico.

- No me cabía duda de que usted habría echado toda la culpa al eslavismo. Según usted, el único propósito de la historia es mostrar el aspecto ilusorio, la esencia reaccionaria y la nocividad del eslavismo. Por el contrario, el eslavismo es el único instrumento que puede proporcionarnos a nosotros, a los rusos, ideas serias para nuestra política en los Balcanes. En cualquier caso, por una razón u otra, ha evitado usted mencionar mi argumento principal e irrefutable. A pesar del giro de los acontecimientos, la guerra de los Balcanes ha dado un fruto que la historia nunca olvidará: Macedonia y la Vieja Serbia han sido liberadas. Y este hecho, mejor que ningún otro, habla en su contra e, insisto, en contra de su dogmatismo.

- ¡Liberadas! Disculpe, pero ¿a quién cree que los macedonios deberían pagar los costes de esta “liberación”? ¿Y cuánto costaría exactamente? Qué fácil es para los que no están directamente implicados hablar, en lugar de enfrentarse a los hechos. Usted, Ivan Kirillovič, dice que la paz no es un fin en sí mismo, pero tengo la impresión de que eso ha nublado su visión de la realidad. ¡Liberadas! ¿Tienes idea de cómo son las condiciones de vida en las regiones que fueron escenario de la guerra? Parecen haber sido devastadas por un terrible tifón que ha desgarrado, destrozado y reducido a cenizas todo lo creado por el trabajo humano. Un tifón que mutiló y aplastó al hombre y golpeó mortalmente a toda una generación, hasta al niño que se aferraba a su pecho y al feto en el vientre de su madre. Los turcos quemaron y masacraron mientras se retiraban; los cristianos de la región quemaron y masacraron donde pudieron mientras los ejércitos aliados se

acercaban. Los soldados asestaron el tiro de gracia a los heridos y se apoderaron de todo lo que pudieron. Los chetniks, pisándoles los talones, saquearon, violaron e incendiaron. Finalmente, el tifus y el cólera llegaron a las tierras *liberadas* al mismo tiempo que los ejércitos.

- ¿Se ha preguntado alguna vez de dónde han sacado los gobiernos balcánicos los medios para hacer la guerra? Al comienzo de las hostilidades, estuve en Belgrado y Sofía. Hablé de ello con tres políticos con conocimientos financieros, a saber, el ministro de finanzas Lazar Paču, en Belgrado, el exministro de finanzas Ljapčev, en Sofía, y el actual ministro de finanzas Todorov. Como era de esperar, los tres describieron el estado de su tesorería con optimismo, precisando que podrían hacer frente a los gastos de la guerra durante seis meses. Es de imaginar que no tenían ningún interés en subestimar la situación, así que, si hablaban de seis meses, podíamos suponer tranquilamente que en realidad no tendrían efectivo para más de tres meses. Ljapčev estimó el coste de la guerra en cinco francos diarios por soldado. Para un ejército de 500.000 hombres, esto significaba un gasto de dos millones y medio al día, o setenta y cinco millones de francos al mes. Ya han pasado diez meses desde que comenzó la movilización balcánica. Bulgaria debe haber gastado más de setecientos millones de francos durante este período. ¿De dónde han sacado todo este dinero? ¿Préstamos secretos? Posiblemente, pero no para una suma tan grande. No se prestan cientos de millones así. El hecho es que estos cinco francos, el coste diario aproximado de un soldado, no proceden en su totalidad del tesoro búlgaro. Una parte sustancial, en algunos casos incluso la mayoría, de estos costes son sufragados por las poblaciones de las provincias *liberadas*.

- Durante nueve meses, en los Balcanes se adoptó el mismo principio que en el siglo XVII, en la época de la Guerra de los Treinta Años: “La guerra se alimenta por sus propios medios”. El saqueo se ha convertido en un sistema, que cumple la misma función que los servicios de abastecimiento del ejército. La población cubre todas las necesidades del ejército, pero los costes se duplican, triplican e incluso cuadruplican. Con el aprovisionamiento organizado, cada kilo de carne cubre por término medio las necesidades reales. Desde la coronación del emperador Fernando<sup>239</sup>, la práctica y la teoría se han complicado: para obtener una libra de carne, la gente ha sacrificado a menudo un buey entero y, para calentarse, ha talado toda una empalizada o quemado una casa. Los periódicos búlgaros o serbios no permiten hacerse una idea clara de lo que ocurrió en el campo de batalla. Es aún más difícil obtener una imagen clara de la prensa eslavófila rusa. Lo mejor es echar un vistazo a la historia de la Guerra de los Treinta Años, ya que puede dar una idea de los sistemas utilizados en la época y sus consecuencias económicas y culturales. Algunos historiadores calculan que, entre 1618 y 1648, la población alemana se redujo de dieciséis a cuatro millones de habitantes. Las epidemias completaron la obra de exterminio mutuo. El país quedó reducido a un desierto. La gente, hambrienta y enloquecida, se comía los cadáveres.

- La guerra de los Balcanes dura menos de un año. Es más, es el pueblo quien la libra, no bandas de mercenarios. En esta guerra se han utilizado fusiles rápidos, ametralladoras y artillería moderna. En la era de las fábricas y las máquinas, la guerra produce en un mes los mismos efectos devastadores que un año de guerra a pequeña escala. Poco después de la caída de Andrinópolis, el corresponsal de *Rosiya*, un periódico poco dado al sentimentalismo, escribió que pasarían al menos veinte años antes de que la población macedonia recuperara el nivel de vida que tenía antes de que comenzara la guerra. Cada mes extra de guerra es otro año añadido. El periodo actual podría tener consecuencias económicas desastrosas. Y con los turcos y albaneses ya fuera del sangriento juego, son cristianos y eslavos (los mismos que se suponía que eran los

promotores del renacimiento económico y cultural de la península) los que se están masacrando entre sí.

- Ahora que serbios y búlgaros se aplican mutuamente los mismos *métodos*, las mismas crueldades y atrocidades que infligieron, como vencedores, a turcos y albaneses, con la escandalosa complicidad de gran parte de la prensa rusa, asistimos a la tardía indignación de nuestros eslavófilos. Mientras tanto, las regiones en las que se desarrolla la guerra se transforman en un cementerio pestilente. Hablar de la “liberación” de Macedonia, región devastada, saqueada e infestada de enfermedades de un extremo a otro, es burlarse de la realidad o de uno mismo. Esta espléndida península, mimada por la naturaleza y que, en los últimos diez años, había realizado enormes progresos culturales, ha sido devuelta, ante nuestros ojos, a hierro y sangre, a los oscuros tiempos del hambre y la barbarie. La cultura adquirida se ha perdido, el trabajo de padres, abuelos y bisabuelos se ha reducido a polvo, las ciudades están en ruinas y los pueblos en llamas. No podemos detener esta destrucción frenética. Ante este retorno a la barbarie, cuesta creer que la palabra *hombre* pueda aún pronunciarse con orgullo. Pero los *doctrinarios* tienen al menos un consuelo, y no es el menor. Con la conciencia tranquila, pueden decir: “No somos responsables de todo este derramamiento de sangre, ni de obra, ni de palabra, ni de pensamiento.”

Ivan Kirillovič se dio prisa en volver a casa. Así que evitó responder. Sin embargo, prometió “arrojar algo de luz sobre esta cuestión”, de forma comedida, en *Reč* o *Russkaya Molva*.

## Los fomentadores de la catástrofe

A primera vista, el caso búlgaro parece absolutamente incomprensible, no porque contradiga en modo alguno las leyes de la lógica, sino, por el contrario, porque los acontecimientos son el resultado natural de una serie de circunstancias. Los ejércitos serbio y griego eran numéricamente superiores al búlgaro, que además había salido de la guerra contra Turquía mucho más exhausto. Las derrotas búlgaras eran absolutamente previsibles y no había motivos para esperar, como Miliukov, que se repitieran los acontecimientos de 1885. Para nadie era un misterio que Rumanía se disponía a invadir territorio búlgaro. La rivalidad oculta entre los diplomáticos austriacos y rusos, ambos deseosos de ganarse el favor de la corte de Bucarest, dejaba vía libre a los rumanos para lanzar una ofensiva de bandidaje. Por tanto, estaba perfectamente claro que Bucarest sólo esperaba el momento oportuno para golpear por la espalda a Bulgaria, que, una vez comprometida en la lucha contra Serbia y Grecia, obviamente no dispondría de recursos para enfrentarse también a Rumanía. De hecho, el problema podía resolverse según las cuatro reglas de la aritmética. El enigma de la catástrofe búlgara puede resumirse en una sola pregunta: ¿por qué no se previó esto en Sofía? ¿Por qué se trató a Serbia y Grecia como entidades insignificantes hasta el último momento? ¿Por qué Sofía dio brutalmente la espalda a los políticos de Bucarest en respuesta a sus peticiones? Por último, ¿por qué irritar a Turquía dejando tropas de ocupación en las provincias que, según los acuerdos de paz, debían serle devueltas? ¿Con qué contaban exactamente Fernando, Gešov y Danaev?

¿Quizás pensaban que tenían un ejército mucho más fuerte que el de serbios y griegos? ¿Estaban convencidos de que una victoria relámpago estaba a su alcance? Pero

incluso siendo así, ¿qué esperaban de Rumanía? ¿Quizá pensaban que Rumanía se quedaría de brazos cruzados ante el considerable fortalecimiento de Bulgaria? ¿O estaban convencidos de que los rumanos no se atreverían a atacar a Bulgaria, que ya había derramado tanta sangre? ¿O temían que, en medio del caos general, Turquía, revigorizada por su retaguardia asiática, diera de nuevo señales de vida? En resumen, ¿qué querían y con quién contaban en Sofía? Todo se escapa a la comprensión, y uno sólo puede quedarse estupefacto (si se considera que los que están en el poder deben dominar, en particular, el arte de gobernar, calcular y pronosticar) cuando se ve a una clase dirigente haciendo gala de una superficialidad tan obtusa y de una estupidez tan satisfecha de sí misma.

Nadie sabe cuáles eran las previsiones de Danaev, el principal artífice del desastre. Pero es muy probable que no se le pasara por la cabeza ninguna idea precisa. Se contentó con estar satisfecho de sí mismo y conceder algunas entrevistas.

Es el ejemplo perfecto de un político que salió de la nada, es probablemente un excelente representante de la clase dirigente búlgara. Nacido en una familia pobre de Šumen [Shumen], cursó estudios secundarios en Praga a expensas de su ciudad natal; gracias a una beca estatal, estudió Derecho en París y Londres. Habla inglés y fue funcionario del ministerio de hacienda, cargo que abandonó más tarde para convertirse en la mano derecha del *viejo* Tzankov. Aunque sólo tiene cincuenta y cuatro años, ya ha estado en el poder en numerosas ocasiones.

Gešov [Geshov], compañero de Danaev y jefe de gobierno durante la guerra, no sólo lideraba el partido de los ricos (banqueros, usureros, adjudicatarios de contratos públicos), sino que también era considerado el hombre más rico de Bulgaria. La historia de cómo se hizo rico es muy sencilla y típica de un país joven, con una clase dirigente que practicaba, y todavía practica, el arte de la acumulación primaria. Alrededor de 1870, en Brăila (Rumanía), vivía un rico búlgaro llamado Evlogij Georgev que había obtenido grandes beneficios del comercio de armas, en la época de la guerra ruso-turca [1877-1878], y había dedicado grandes sumas de dinero a iniciativas culturales en Bulgaria. Georgev legó seis millones de francos a la ciudad de Sofía para construir la universidad, e Ivan Gešov le representó en la capital búlgara. Es bien sabido en Bulgaria que Gešov llegó a un acuerdo irregular con el notario para modificar el legado de Georgev en su propio beneficio. Los estambulovistas, en el poder en aquel momento, no pudieron hacer nada porque la falsificación se había cometido en Rumanía, país con el que mantenían muy malas relaciones. Así es como Gešov se convirtió en un hombre rico y en el líder de un partido y un gobierno. A los miembros de su partido se les llama comúnmente *gešeftari*, un nombre que no tiene nada que ver con Gešov, sino con la palabra alemana *geschäft*<sup>240</sup>. Hay un proverbio que se aplica perfectamente a ellos: “El pueblo búlgaro es como un saco de harina, aunque lo hayan sacudido, siempre queda algo”.

Fernando se había peleado con Gešov y desde entonces ya no lo saludaba; sólo contemporizaba cuando necesitaba un gobierno sólido y duradero al que confiar misiones delicadas dentro y fuera del país. Pero puso una condición: Gešov debía formar coalición con los llamados progresistas, los tzankovistas.

El partido del oportunista liberal Tzankov estaba formado por rusófilos profesionales. En Bulgaria se dice que todos los dirigentes, sin excepción, “comen en el abrevadero de Rusia”. Cuando la experiencia política demostró que la rusofilia ya no gozaba en Bulgaria de la misma credibilidad que antaño, el partido de Tzankov, bajo la dirección de un joven abogado llamado Danaev, cambió su colorido político a favor del liberalismo progresista y propuso un amplio programa democrático. Por supuesto, esto no les impidió aliarse con los *gešeftari*.

Como el gobierno de coalición tenía una fuerte inclinación rusófila, Fernando, fiel a su política de evitar inclinarse demasiado hacia un lado u otro, puso al general

estambulista Savov, ya acusado de malversación, al frente del ejército y a otro estambulista, el general Fičev, al frente del estado mayor. Ambos pertenecían al mismo partido de fuerte tradición antirrusa. Para evitar que los estambulovistas adquirieran demasiada importancia en el ejército, el segundo puesto en la jerarquía fue otorgado a Radko Dimitriev, un rusófilo próximo a los tzankovistas, que había participado en el derrocamiento de Alejandro de Battenberg.

Este equilibrio se basaba en un sistema de intrigas y amargas fricciones internas. Durante la guerra, Dimitriev ignoró a Savov todo lo que pudo, sin comunicarse con él durante varios días. Por su parte, cuando Savov era llamado por teléfono por Gešov, su enemigo mortal, para informarle sobre la marcha de la campaña y sus planes para el futuro, respondía, con rudeza de soldado: “Eso no es asunto suyo..., se lo diremos en cuanto podamos” y así sucesivamente, en el mismo tono.

Danaev ocupaba una posición especial dentro de este sistema, un equilibrio inestable basado en el odio mutuo. Aunque había colocado a cuatro de sus *partisans* (expresión de uso común en Bulgaria) dentro del gobierno, él mismo no estaba al frente de ningún departamento. Mantenía las manos libres, preparado para cualquier eventualidad. Aunque oficialmente sólo era el presidente de la asamblea nacional, poco a poco había ido asumiendo el papel de canciller de Bulgaria. Se había hecho cargo de las relaciones exteriores y corría de una capital europea a otra, convencido de que su importancia crecía en proporción al número de kilómetros que recorría y a la duración de sus conversaciones. Se presentó ante Europa como embajador de la Bulgaria victoriosa. Subiéndosele a la cabeza, empezó a verse a sí mismo como una especie de Bismarck balcánico, cuando en realidad no era más que un abogado locuaz y pretencioso.

- Estaremos mucho tiempo en el poder, al menos quince años, me dijo en su tono ambiguo el doctor Spisarevskij, director del *Bălgarija*, título oficioso de Danaev. ¡La victoria sobre Turquía nos basta para todo el siglo!

Los progresistas ya habían abierto sus oficinas electorales en las regiones apenas conquistadas. Nadie, sin embargo, parecía preocupado ni reflexionó entonces sobre el hecho de que estas nuevas posesiones estaban lejos de estar aseguradas.

Y es doloroso recordar con qué rapidez los búlgaros se volvieron arrogantes tras los primeros éxitos en la frontera y, sobre todo, tras la caída de Kirklareli. Afirmaban que, comparada con esta fortaleza, Andrinópolis era “un juego de niños”. La gente respondía con impaciencia, encogiéndose de hombros, a cualquiera que presentara hechos y cifras que demostraran lo contrario, hechos y cifras disponibles, por cierto, en cualquier atlas serio. Los primeros signos de descontento aparecieron cuando los griegos tomaron Salónica y los serbios Monastir [Bitola]. “¿Por qué no nosotros?” Nadie dudaba de que estas ciudades serían búlgaras algún día. “Fernando nunca permitiría que los griegos se quedaran con Salónica”, decían los políticos en los cafés de Sofía. “Tarde o temprano, llegaremos a las manos con los griegos”, añadía el más directo. “Pero no de inmediato, sino dentro de diez años, cuando nos hayamos recuperado”. “Habrá demasiados griegos en la Gran Bulgaria”, decían, “tendremos que obligarles a vivir de acuerdo con los ideales nacionales búlgaros. Pero primero debemos dar una lección a esos griegos”.

“Si los griegos nos desafían a causa de Salónica, les haremos la guerra, de eso no hay duda”, dijo el líder de los demócratas Malinov, exprimer ministro del gobierno, quejándose también de la censura que, al redactar sus telegramas, no le permitía dar a conocer la sustancia de sus pensamientos. La censura, por cierto, cambió mucho después y permitió, e incluso alentó, todas las formas de ataque contra los aliados.

“¿Rumanía? Es impotente... Es un país en descomposición, ¡a pesar del barniz de su cultura! ¡Una desgracia reaccionaria en el mapa de Europa! ¡Una segunda Turquía! Si

se atreve a levantar un dedo, se lo cortaremos... Levantaremos a los campesinos contra ella. Haremos caer una revolución agraria sobre su cabeza”.

Aunque su alianza con Serbia aún no se había cuestionado, los búlgaros se expresaban con un desprecio total hacia los serbios, su ejército y sus políticos.

Dos factores alimentaron esta presunción sin precedentes: las victorias del ejército y el régimen de censura militar. Los periódicos sólo escribían lo que convenía al estado mayor. Todo lo que discrepaba de las opiniones, estados de ánimo o caprichos de los generales victoriosos era suprimido sin piedad. Es más, escudándose en la censura militar, el director general de correos de la época, Frangja, uno de los *gešeftari* más ignorantes del gobierno, borraba personalmente párrafos enteros de los telegramas, eliminando todo lo que no le convenía. La prensa de Sofía se convirtió en el portavoz servil de la dictadura militar. Los *principales periódicos* europeos se inclinaron ante los vencedores y, deseosos de ganarse sus favores, no expresaron ni una sola palabra de crítica o reproche. Bonev, el comandante de la plaza, citó en su despacho a Christo Kabakčev, director de la hoja obrera de Sofía, y, apuntándole con su fusta, que siempre tenía a mano, le dijo: “Si haces imprimir tu periódico, te imprimiré esto en la espalda.” Y el periódico tuvo que suspender su publicación.

Un puñado de hombres, convencidos de que el hundimiento de Turquía (que llevaba siglos incubándose) era obra de su genio, imaginaron que podían dar órdenes no sólo a los columnistas y periodistas extranjeros, a los que contaban entre sus leales amigos, sino también a la opinión pública de toda Europa, así como a Serbia, Grecia y Rumanía... Cuando las relaciones se volvieron muy tensas, Gešov, en su doble postura de rico y sabio, se mostró más cauto que los demás, escabulléndose entre bastidores. Su puesto fue ocupado por Danaev, cuya política, que quedó clara de inmediato, podría resumirse en una frase: “Me importa un bleo todo el mundo”.

En las semanas que Danaev estuvo en el poder, Bulgaria cayó en desgracia. No tiene sentido echar toda la culpa al desafortunado Bismarck de Sofía. Él, más que ningún otro político, simplemente hizo gala de la presunción, el gusto inmoderado por la aventura y la frivolidad característicos de los hombres del gobierno búlgaro.

Danaev fue sustituido, aunque se había pasado al otro *bando*, por Radoslavov<sup>241</sup>, antiguo aliado de los estambulovistas, entonces su adversario, que era una figura muy conocida en las calles de Sofía, conocido como “el hombre del bastón”, en el sentido político y concreto del término.

El bastón no lo inventó Radoslavov, quien, a decir verdad, no inventó nada. El bastón se convirtió en un factor político decisivo en la práctica constitucional búlgara con los estambulovistas. Para Stambulov, el bastón estaba al servicio de una idea política. Temía que la diplomacia rusa pretendiera controlar la Bulgaria liberada y reducirla a una “provincia danubiana” de Rusia. Pero la simpatía y la gratitud hacia Rusia, maduras por su reciente papel de “libertadora”, estaban bien ancladas en la población búlgara. Al no haber conseguido un apoyo adecuado entre la población para su política de independencia nacional, Stambulov había utilizado un gran garrote para meter a la fuerza la idea de una política búlgara independiente en la cabeza de los búlgaros. Radoslavov heredó el bastón de Stambulov, independientemente de cualquier idea política. A menos que se considere el bastón como una idea en sí misma.

Apoyado en su nudoso bastón, dispuesto a todo, Radoslavov esperó el momento político sin salida en el que nadie se decidiera a tomar las medidas de emergencia necesarias. Ese momento había llegado. Pero Fernando no confió el ministerio de asuntos exteriores (el que puede decidir la vida y la muerte de los búlgaros) a Radoslavov, sino al sabio Gennadiev. Sin embargo, la personalidad de Gennadiev tampoco estaba exenta de peculiaridades. Gennadiev comenzó su carrera política como enemigo acérrimo de

Stambulov, pero más tarde fue ganado por éste. Los argumentos utilizados por Stambulov son conocidos en toda Sofía: números con muchos ceros. Se dice que ciertos documentos secretos, comprometedores para muchos, incluido el rey, en posesión de Stambulov (una de las razones del asesinato de Stambulov residió precisamente en sus esfuerzos por hacerse con estos documentos, N.B.), pasaron de manos de Petkov a las de Gennadiev y que éste los convirtió en una poderosa arma. Hay que añadir que Gennadiev, junto con Savov y Paikov (que murió al entrar en la asamblea nacional el mismo día en que debía examinarse su caso) formaban el triunvirato del último gobierno de Stambulov, el más implicado en la malversación de fondos.

Estos son los gobernantes de Bulgaria, del pasado y del presente. Tras las efímeras glorias de la victoria, han depositado tal cúmulo de desgracias sobre los hombros de la laboriosa y vital nación búlgara que es difícil predecir si la clase obrera búlgara podrá recuperarse en los años venideros. Y a la fuerte simpatía que despierta Bulgaria, por las tragedias sin nombre que ha conocido y por haber sido totalmente aniquilada y crucificada por cuatro ejércitos hostiles, se añade la indignación hacia sus gobernantes, los fomentadores de su *débaclé*<sup>242</sup>.

*Kievskaja Mysl'*, número 188, 10 de julio de 1913

## La crisis búlgara

Nos alojamos en casa de una búlgara propietaria de unas tierras en Duran-Kuluk, una ciudad del Cuadrilátero, a pocos kilómetros de la antigua frontera entre Bulgaria y Rumanía. La dueña de la casa, viuda, es una mujer enérgica de cincuenta y cinco años. Estudió en Stara Zagora, en el primer instituto femenino búlgaro, cuando el país aún estaba bajo el yugo de los turcos. Tiene dos hijos y dos yernos, todos los cuales fueron a la guerra. A sus hijos, un agrónomo y un filósofo naturalista, los sacaron de sus estudios en Berlín y ambos sirvieron en la artillería durante toda la campaña, en la misma batería. El yerno mayor, oficial de reserva, mandaba una compañía, pero cayó enfermo de pleuresía durante la movilización. Por ello, pasó gran parte de la campaña en el hospital de Mustafá Pachá. El más joven, aviador, habría sobrevolado Çerkezköj y Çatalca. Los cuatro regresaron sanos y salvos de la guerra, gracias a una feliz casualidad del destino. El filósofo recibió incluso una condecoración. Los dos artilleros participaron en las batallas de Süloğlu y Karaağaç, con la división Preslav, conocida por su valor.

Durante la segunda campaña contra Serbia, lucharon en Sultan-Tepe. Sin noticias, su madre se había atormentado durante meses; había dejado Duran-Kuluk por Mangalia para estar cerca de su anciana madre y de su hermano; luego había vuelto para esperar en su casa vacía. Tras once meses de campaña militar, batallas, victorias, glorias y sufrimientos, derrotas y desesperación, los combatientes regresaron a casa. Mientras tanto, los hijos, la madre y el yerno más joven se habían convertido en súbditos rumanos. Seguían viviendo con la obsesión de los disparos, las alarmas nocturnas y las privaciones inimaginables.

Lo que los soldados encontraron a su regreso era tan absurdo que se negaron a creerlo durante más de un mes. La madre, en cambio, se lo creyó. Mientras sus hijos estaban en el frente, ella vio con sus propios ojos cómo el ejército invasor rumano requisaba ganado y robaba aves de corral para los oficiales, dando así una señal tangible de la rectificación de las fronteras. Algunos oficiales rumanos habían entrado en la tienda

de un búlgaro, un astuto kulak que había retirado a tiempo de sus paredes los retratos nacionales de Bulgaria, y le exigieron que colgara los de la familia real rumana.

- Una broma cruel (exclamó la austera mujer de pelo ligeramente canoso).

- Lo que acaba de decir mi madre explica muy bien en dos palabras lo que ocurrió, dice el filósofo.

Este hombre de veintiocho años, culto, reflexivo, honesto y con una inteligencia clara y penetrante, es modesto pero deliberado en sus pensamientos y acciones.

- Una broma cruel: no hay mejor manera de decirlo. Nadie en Europa es plenamente consciente de lo que ocurrió en los Balcanes, del crimen histórico que se cometió. ¿Tienen muchos europeos alguna noción de los Balcanes? Unos pocos, pero muy pocos, saben que Turquía, Serbia, Grecia y Bulgaria son naciones separadas, pero realmente no sé cuántos son conscientes de las correlaciones entre los países balcánicos, cuántos han seguido todos los cambios y saben exactamente cómo evoluciona la situación. Dependemos de Europa, que no nos conoce, y ésta es nuestra tragedia. Los demócratas europeos no saben de lado de qué o de quién ponerse, por lo que no tienen ningún control real sobre la diplomacia europea. Durante siglos, Rusia y Austria desempeñaron un papel decisivo en los Balcanes. Por desgracia para nosotros, han conservado este papel. Pero, ¿cuánta gente conoce nuestra situación en Austria? Perdonen mi franqueza, pero ¿pueden ustedes, los rusos, afirmar que conocen los asuntos de nuestra península?

- Si me lo permiten, objeté, el señor Miliukov tiene un buen conocimiento geográfico de Macedonia y eso le confiere cierta autoridad ante nuestra diplomacia oficial.

- Eso puede ser cierto en lo que se refiere a la geografía, pero por lo poco que conozco de la prensa liberal rusa, la retórica de los eslavófilos sustituye a menudo a un análisis concreto de la situación.

- El pueblo búlgaro ha sufrido una auténtica cesárea. Póngase por un momento en la piel de un búlgaro y considere las siguientes cifras. Hemos tenido 125.000 bajas, entre heridos y muertos, y nuestra antigua deuda nacional, que ascendía a 700 millones, ha aumentado en otros 900 millones. ¿Y a cambio de qué? Nada, aparte del acceso al mar Egeo, pero sin puerto y, lo que es más importante, sin el mercado macedonio. Eso es por lo que hemos luchado: unos pocos miles de kilómetros cuadrados de áridas montañas en Macedonia y Tracia, y la pérdida de Dobruja, la parte más fértil de Bulgaria. Ahora hay menos búlgaros en Bulgaria que antes de la guerra. Grecia y Serbia se han repartido la Macedonia búlgara y Rumanía ha tomado Dobruja.

- En nombre del cielo, ¿hay un destino más trágico que el de los búlgaros de Macedonia? Las injusticias que hemos sufrido claman venganza al cielo. ¡Cuántos sacrificios ha tenido que soportar esta provincia por la causa de la liberación nacional! Al fin y al cabo, nadie ha contribuido más al debilitamiento de la Turquía europea que los macedonios. ¡Cuántas vidas se sacrificaron! Sólo la revuelta de 1903 en Ilinden [Monastir] costó no menos de treinta mil vidas. Los filólogos e historiadores serbios, a sueldo de su gobierno, pueden decir lo que quieran sobre la nacionalidad de los macedonios, pero los macedonios se sienten búlgaros, y eso, al menos para ellos, resuelve el problema. Y ahora la tierra de Macedonia, bañada en la sangre de sus soldados, se ha convertido en un campo de pruebas para la asimilación de griegos y serbios.

- Bulgaria ha sufrido su primera partición: es la Polonia de los Balcanes. Al final, Serbia y Rumanía sólo desempeñaron un papel secundario en el saqueo criminal de los restos búlgaros. No fueron los principales culpables. La expansión hacia el norte de Serbia y Rumanía, en la zona donde estaban asentados sus grupos étnicos, está bloqueada por Austria-Hungría y Rusia. La única opción que les quedaba a estos dos estados era tomar

la ruta más factible, hacia el sur, contra Bulgaria. Si tenemos en cuenta este factor fundamental, los acontecimientos balcánicos del año pasado forman parte de un mosaico lógico y definitivo. Por supuesto, este conocimiento de los hechos no cambia las cosas. Comprender la lógica interna de los acontecimientos no conduce a la reconciliación con los propios acontecimientos.

- No fueron los griegos, ni siquiera los serbios, quienes asestaron los golpes más duros a los turcos, fuimos nosotros. Y, sin embargo, nuestra situación internacional ha empeorado considerablemente en comparación con el periodo anterior a la guerra. Antes, sólo Turquía impedía la unificación nacional búlgara. Ahora, además de Turquía, están Rumanía, Serbia y Grecia. Los búlgaros fueron deliberada y premeditadamente subdivididos en varios estados balcánicos, que se habían puesto de acuerdo entre ellos. Y son estos mismos países los que hoy están unidos por el miedo al *revanchismo*. Les interesa mantener a Bulgaria impotente. Si Bulgaria intentara alguna vez volver a levantar la cabeza, sus cuatro vecinos formarían inmediatamente una coalición y desatarían sus fuerzas combinadas contra ella. Esto no es sólo una tragedia para nosotros, sino también en muchos sentidos para otros países. Y, créanme, no es ninguna exageración por parte de un patriota búlgaro.

- El importante papel de Bulgaria en los Balcanes viene determinado, ante todo, por su posición geográfica. Los búlgaros estamos en el corazón de la península, sin grandes potencias como vecinos, sobre todo Austria y, menos aún, Rusia. Esta posición nos da mayor libertad en política interior y exterior que a los serbios y rumanos. Gracias a las ventajas de esta posición, Bulgaria ha podido democratizar su sistema político (sufragio universal, representación proporcional, educación general).

- Protegida por ambas partes de las injerencias de las grandes potencias, Bulgaria nunca tuvo que tocar la flauta para Austria o Rusia, o, si se prefiere, la tocó menos que los demás estados balcánicos. Todas estas circunstancias han hecho de Bulgaria un serio obstáculo para los apetitos imperialistas europeos, pero también el eje de la independencia balcánica. Este eje está ahora cortado por ambos lados, al noreste y al suroeste. Aunque Rumania, Serbia y Grecia hayan crecido en tamaño en comparación con el periodo de preguerra y den la impresión, a primera vista, de ser más fuertes, en realidad los Balcanes en su conjunto son mucho más vulnerables a la Europa capitalista. Y esto convierte a nuestra península en una nueva fuente de peligro para el desarrollo pacífico de Europa. Usted me pregunta: "¿De quién es la culpa?" El sentido implícito de esta pregunta radica en que los culpables son los propios búlgaros, o al menos el gobierno búlgaro. No pretendo encubrir a los culpables; al contrario, estoy dispuesto a dar nombres. Pero, ¿ser conscientes del comportamiento criminal de los dirigentes búlgaros resuelve el problema? El error fundamental, más terrible y fatal fue entrar en guerra con Turquía. ¿Conoce usted *La gran ilusión*, de Norman Angell? Sostiene que nada justifica el coste de la guerra y que siempre hay un error de cálculo detrás. La guerra de los Balcanes es un ejemplo clásico, sólo que peor, de esta ilusión.

- Si los 900 millones que dejamos que se esfumaran hubieran podido utilizarse para el desarrollo de nuestra industria o para la educación, si tan sólo hubiéramos podido reincorporar a 125.000 jóvenes, incluida la flor y nata de nuestra intelectualidad, a nuestra vida económica y cultural, ¡qué enorme éxito para nosotros! ¡Y estaríamos más cerca del ideal de la unificación nacional búlgara! ¡Qué doloroso es pensar en todo eso hoy!

- Pero el comienzo de la guerra contra Turquía hizo inevitable todo lo demás. Sólo los políticamente ciegos no se dan cuenta de ello. Bulgaria salió victoriosa de la primera guerra, habiendo derrotado al grueso del ejército turco. ¿Con qué resultados? Sólo nos quedó Tracia, que nos es completamente ajena, e incluso entonces sólo porque el grueso de las fuerzas turcas se concentró allí y no en Macedonia. Los acontecimientos militares

hicieron que Macedonia, que era el principal objetivo de la política búlgara, cayera en manos de Serbia y Grecia. Esta fue la principal contradicción que caracterizó este primer período, el de la victoria.

- Como buen imperialista, Fernando podría haber aceptado un intercambio de Macedonia por Tracia, al igual que la camarilla dominante. Antes de la guerra habían acordado repartirse Macedonia como un pastel y, al mismo tiempo, habían engañado al pueblo con la perspectiva de la unificación búlgara.

- Pero nuestro país no podía aceptar esta solución. En primer lugar, los macedonios no la habrían aceptado. Y, en segundo lugar, el pueblo búlgaro, que había regado el suelo de Tracia con su sangre y se había sacrificado no por la causa de Tracia sino por la de Macedonia, tampoco la habría aceptado. Pero Serbia, que había sido expulsada del mar Adriático, no quería renunciar a Macedonia, porque era la única manera de poder, al menos inicialmente, justificar los sacrificios que había soportado a los ojos del pueblo y mantener “la gran ilusión”. ¿Un arbitraje? No quiero entrar en detalles diplomáticos que probablemente lo acobardarían a usted, pero me gustaría decir una cosa.

- Rusia necesita una Serbia fuerte para interponerse en el camino de Austria-Hungría, pero una Bulgaria fuerte no le sirve en absoluto. Una Bulgaria fuerte, capaz de unir a todos los búlgaros y de extenderse hasta sus fronteras naturales, sería completamente independiente de Rusia. No, no podíamos jugar la carta del arbitraje ruso. Por eso la guerra era inevitable. Obviamente, esto abría la puerta a la invasión rumana, digna de bandoleros. Era imposible predecir de antemano estas cesiones de territorio. ¿Por qué iban los búlgaros a ceder parte de su territorio a los rumanos? ¿Por qué razón? “¡Dadnos Silistra, por favor, ¡nos gustaría tanto tenerla!” “¡Después de usted!” “Y, ya que están, ¿por qué no toman también el Cuadrilátero? Allí la tierra es fértil y el trigo magnífico”. “Pero desde luego, póngase usted cómodo”.

- Cuando nuestro trigésimo primer regimiento de Silistra, formado precisamente por reclutas del Cuadrilátero, se enteró de que los miembros del gobierno habían acordado celebrar una conferencia en San Petersburgo a principios de mayo, en la que habrían cedido Silistra a los rumanos, sin ni siquiera combatir, se produjo un motín en toda regla en el cuartel de Kabakča. Hubo que llamar al 15º Regimiento para sofocar la revuelta. Pero resultó inútil. Los soldados no se dejaron dividir, con los que reprimían a un lado y los que se sublevaban al otro. Nuestros hombres acabaron convenciéndose de que esta concesión era una treta temporal para tener vía libre y que volveríamos a Silistra después de ajustar cuentas con los griegos y los serbios. Pero, ¿qué habría ocurrido si el gobierno hubiera ofrecido el Cuadrilátero a los rumanos? El ejército se habría sublevado, mientras que nuestro gobierno probablemente habría estado encantado de sobornar a Rumanía con la Dobruja. Pero nuestro gobierno no se atrevió. Sólo tuvo vía libre tras la derrota del ejército búlgaro en las fronteras serbia y griega, cuando la moral de los soldados y del pueblo se había derrumbado y ya no había riesgo de resistencia.

- Pero recapitulemos la cronología de los acontecimientos. Combatimos y derrotamos al ejército turco en Tracia, mientras que las operaciones en Macedonia quedaron en manos de serbios y griegos. Para tomar Macedonia, tuvimos que abandonar Tracia, que apenas habíamos conquistado. Sin embargo, al ser rechazado nuestro asalto a Macedonia, nos vimos obligados no sólo a resignarnos a la pérdida de Macedonia y Tracia, sino también a ceder la parte más codiciada a Rumania: el sur de Dobruja.

- Para la causa nacional búlgara, el imperialismo ha demostrado ser un camino no sólo engañoso, sino francamente suicida. Decir esto ahora es como derribar de una patada una puerta abierta. Hay que admitir que el imperialismo búlgaro no es peor que otros imperialismos balcánicos. El imperialismo serbio carece incluso de base nacional en Macedonia. El imperialismo cobarde y mercenario de Grecia ha conseguido los mayores

logros con los esfuerzos más modestos. El imperialismo turco, manchado por crímenes seculares, ha retomado en cualquier caso Tracia, donde los turcos son minoría. El imperialismo rumano no tiene ninguna justificación. Sus opciones han sido dictadas por la estúpida codicia de camarillas parasitarias. Piénsese que en los 7.500 kilómetros cuadrados del Cuadrilátero viven 7.500 rumanos, es decir, ¡precisamente un habitante rumano por kilómetro cuadrado!

- De todos estos imperialismos, la sabia Europa optó por castigar únicamente al imperialismo búlgaro. Cuando Bulgaria, que estaba hecha pedazos, con los brazos cortados hasta el codo y las piernas hasta la rodilla, se encontró en un baño de sangre, Europa no movió un dedo para ayudar. Y, sin embargo, fue Europa la que, en Londres, trazó las fronteras que garantizaban Andrinópolis a Bulgaria y la que, en virtud de los acuerdos de Londres, expulsó a los montenegrinos de Escutari. ¿Por qué no nos ayudó? Porque, como ya he dicho, la Europa capitalista odia a Bulgaria, porque la considera el mayor bastión de la independencia balcánica. Francia nos odia porque no aceptamos convertirnos en el instrumento de su política revanchista; Rusia aprovechó la oportunidad para golpearnos con su mano dura porque no aceptamos ser utilizados contra Austria. Por último, Austria sólo nos ha dado un apoyo teórico, porque los búlgaros no son como los albaneses, a los que puede esperar mantener bajo su control.

- ¿Qué puede decir de la política europea en Tracia, especialmente de la rusa? Naturalmente, no me cuesta admitir que Bulgaria no puede reclamar ningún derecho sobre Tracia, al menos no más que Turquía. Pero ése no es el problema. El problema es que Rusia nos animó a firmar la Paz de Bucarest<sup>243</sup>, prometiéndonos Andrinópolis. Las grandes potencias apoyaron el ficticio acuerdo de Londres para mantenernos callados y continuar con sus dudosos negocios. El problema tracio fue un expediente para extorsionar concesiones en Asia Menor, nada más. Ustedes, los políticos de las llamadas grandes potencias, aunque pertenezcan a un movimiento democrático, piensan que lo ocurrido está en la naturaleza de las cosas. Incluso si, como dicen, estas cosas no son realmente honorables. Nosotros no alcanzamos su nivel de objetividad moral, porque, como ven, el aspecto vergonzoso de estas cosas significa para nosotros ser azotados hasta sangrar. Ahora que la sangre del pequeño y valiente pueblo búlgaro se utiliza como moneda de cambio en el mercado de las concesiones, lo único que nos queda son invectivas. ¿Cómo veo el futuro de la península? Lo veo muy sombrío. Y dentro de ese panorama sombrío, el destino de los búlgaros me parece el más sombrío de todos.

- Es difícil predecir lo que va a ocurrir, pero, se pongan como se pongan los acontecimientos, la situación de Bulgaria será siempre la peor. Bulgaria sería la reserva que Austria y Rusia utilizarían para recompensar a sus vecinos balcánicos. Ya en 1879, tras comerse en un dos por tres a Besarabia, Rusia silenció a Rumanía concediéndole parte de la Dobruja búlgara. Durante la era Obrenović, Austria, tras ocupar Bosnia-Herzegovina, puso sistemáticamente a Macedonia en el punto de mira de Serbia. Este fue el prólogo histórico. Ahora se ha dado el primer paso decisivo. Rumanía ha tomado el resto de Dobruja, mientras que Serbia y Grecia se han repartido Macedonia. ¿Y quién puede decir que esto se ha acabado? Tras la primera división de la Polonia balcánica, habrá una segunda, luego una tercera...

- Casi puedo visualizar el peligro que se cierne sobre nosotros. Es verdad, soy muy pesimista. Ni siquiera descarto la posibilidad de que, en cuanto concluyan las negociaciones con la Turquía asiática, Europa nos quite todo. Sin embargo, no quiero perder la esperanza. Si Bulgaria intentara enmendar los errores de los desastrosos años de 1912 y 1913 con otra guerra, se precipitaría sin duda al abismo. Sus vecinos, obligados por los crímenes cometidos contra ella, le asestarían un golpe mortal a la primera señal de peligro. La solución está exactamente en la dirección opuesta.

- La autonomía de Macedonia, Tracia y Dobruja y su inserción en una federación de tierras balcánicas es el único programa posible. Esta es la manera de defender a Bulgaria, entendida como nación y como estado, y de garantizar la independencia de la península balcánica en su conjunto. Pero, si por un lado la experiencia de la guerra de los Balcanes nos ha mostrado el único camino a seguir, por otro lado, ha sembrado serios obstáculos psicológicos para la realización de la unión balcánica. Es difícil decir si estos obstáculos parecen mayores en la psicología de los “vencidos” que en la de los “vencedores”. ¿Pueden superarse? No lo sé. En cualquier caso, tenemos derecho a esperar, al trabajar con este fin, no sólo toda la atención, sino también la colaboración activa de la Europa progresista.

- No pretendo negar los crímenes de nuestros gobernantes ni los vergonzosos actos de nuestros soldados; en este mismo punto, rechazo, incluso con rabia, las mendaces peroratas de indeseables abogados. Pero nuestra historia no se limita a estas manchas y no predeterminan nuestro futuro, del mismo modo que la tiranía, la injusticia y los pogromos no definen el carácter del pueblo ruso, ni atestiguan contra su futuro. El deber de los periodistas rusos, especialmente de los que luchan contra las tonterías reaccionarias de los eslavófilos, es explicar lo decisivo que es el papel de una Bulgaria libre, independiente y fuerte, ¡tanto para el destino del sudeste de Europa como para la paz en toda Europa!

- Me he abstenido de interrumpirle mientras hablaba, a pesar de que ha expresado sus ideas, en varias ocasiones, en tono de adversario ideológico. Pero permítame decirle que no tiene motivos para considerarme como tal. La mayor parte de lo que ha dicho es cierto, aunque yo lo hubiese dicho de otra manera. Ha hablado como un verdadero búlgaro, como el hijo de un pueblo que languideció durante quinientos años bajo el yugo turco, del que sólo empezó a liberarse hace unos treinta años. En mi opinión, algunos detalles de tu razonamiento son discutibles. Pero en esencia, estoy totalmente de acuerdo con usted.

Entonces nos dimos la mano.

*Kievskaja Mysl'*, número 313, 2 de noviembre de 1913

### Una “gran lección”

El Sr. Miliukov ha comenzado a publicar una serie de artículos en *Reč* sobre el tema de la “responsabilidad” por la derrota búlgara. La publicación de estos artículos, en los que se erige en juez objetivo de los errores de otro pueblo, coincide con la publicación en *Novoe Vremia* de artículos violentamente antibúlgaros en los que se explica, con un toque de malicia y amargura, que los “hermanos búlgaros” de ayer fueron, con toda razón, víctimas de su chovinismo.

El mero hecho de que los ritualistas de *Novoe Vremia* lancen ahora tardíos truenos y rayos contra el chovinismo búlgaro debería dar que pensar. Cualquier hombre honesto podría preguntarse si los propagandistas de la imprenta de la calle Ertelev y sus jefes no son, por casualidad, ellos mismos responsables de este rito diplomático que requiere el derramamiento de sangre búlgara. ¿Acaso no han aparecido manchas de sangre comprometedoras en las paredes de la guarida de Suvorin? El Sr. Miliukov, que se ha obstinado todo el año en avalar la diplomacia rusa a los ojos de los búlgaros, y al gobierno búlgaro a los ojos de la opinión pública rusa, habría hecho mejor en evitar el más bien delicado papel de juez objetivo de los errores búlgaros. Si durante la primera guerra de

los Balcanes ya expresamos la idea de que no podía definirse como *liberadora*, debido a las consecuencias que inevitablemente se derivarían de ella, ahora que estas trágicas consecuencias se han verificado finalmente, el deber de un político ruso no es, en nuestra opinión, ir a buscar, en primer lugar, a los culpables a las orillas del pequeño río Vladaya, sino más bien a las de otro río que se encuentra mucho más al norte. En cuanto a los búlgaros, entendidos como tropa, es decir, como víctimas y no como organizadores de la catástrofe, son ahora casi unánimes en su respuesta a la pregunta: “¿Quién es el responsable?”

La vida económica no tolera interrupciones. Cientos de carros llenos de trigo para la venta procedente de los fértiles campos del Cuadrilátero llegan diariamente a Mangalia. La nueva frontera búlgaro-rumana, que atraviesa el Cuadrilátero de Varna, ha traído el comercio a Constanza. Esta larga fila de carros procedentes del Cuadrilátero me evoca toda la epopeya de *este año loco*. El año pasado, en septiembre, los mismos hombres abandonaron sus hogares y, enrolados en las divisiones de Silistra y Preslav, emprendieron su primera campaña, marchando hacia Kirklareli y Lüleburgaz hasta Çatalca. Más tarde fueron trasladados a la frontera serbia en Sultan-Tepe y, tras más combates, regresaron a Bulgaria y fueron enviados a casa. Cuando volvieron a casa, tuvieron que aceptar que ahora eran ciudadanos rumanos. Echando pestes y maldiciendo a su nueva patria, estos hombres tuvieron que cargar su trigo en carros y dirigirse al norte, hacia Mangalia y Constanza. La vida económica no admite interrupciones.

Al caer la noche, me siento en agradable compañía en una taberna llena de humo: un antiguo profesor de las escuelas populares, el secretario de una comunidad de aldea (llamado memorialista en nuestro país) que conocí en Bulgaria, un viejo gagaúzo ciego del pueblo de Valala, seco como un trozo de madera, con las manos temblorosas y estropeadas por el trabajo; un joven gagaúzo tartamudo, un campesino búlgaro acomodado que había cursado hasta el noveno grado; un mecánico de Balčik que pertenecía a la facción tesnjak del partido socialista y dos o tres hombres más que no abrían la boca. Los gagaúzos son un pueblo de orígenes misteriosos. Viven en veintiséis pueblos del distrito de Varna, hablan turco en su mayoría y pertenecen a la iglesia búlgara, aunque gravitan hacia la iglesia griega. Se oponen casi simétricamente a los pomacos, pueblo de pura raza búlgara, que hablan búlgaro pero profesan la religión de Mahoma y miran hacia Turquía.

Tengo en mis manos una carta que acabo de recibir de un soldado búlgaro. Está fechada el 22 de julio y me ha llegado tras un periplo por Viena y Bucarest. Mi amigo Ivan Malkazanov, pastelero de profesión, soldado del 61º regimiento, 9ª compañía, 2º pelotón, dos veces herido, dos veces dado de alta en el hospital y dos veces devuelto a las zonas de combate, me escribe desde el frente serbio tras la firma del armisticio. “Nuestro pueblo está agotado, se ha dejado llevar a la ruina por políticos estúpidos. Hemos aprendido una gran lección”. Y añade inmediatamente después: “Pero no nos han vencido: si Rumanía no hubiera intervenido contra nosotros, la victoria habría sido nuestra”. Estas dos ideas son el núcleo de la conversación en la taberna. Y entonces surge una tercera: la amargura provocada por el comportamiento de Rusia.

- Ladrones de gallinas, estalla el maestro. Se refiere a los rumanos en tono despectivo. Ladrones de gallinas internacionales: son la causa de nuestra ruina. ¿Los serbios nos ganaron? Tonterías. Los griegos, que nos superaban en número al menos cuatro a uno, ganaron una batalla, pero los serbios no llegaron a ninguna parte. Y si ellos y los griegos pudieron hacerse con Macedonia, fue porque los rumanos nos atacaron por la espalda.

- Ladrones de gallinas, eso es lo que son, sostiene el joven gagaúzo. Seis gendarmes rumanos enviados a nuestro pueblo de Spasovo se comieron casi todos nuestros pollos.

El odio a los rumanos se ha convertido en la pasión nacional búlgara, sobre todo en el noreste. En medio de los horrores y las locuras de la guerra, un pueblo beligerante conserva, en cualquier caso, la capacidad de medir lo que está bien y lo que está mal, aunque sea de forma distorsionada. Fueron a la guerra contra los turcos, los griegos y los serbios, por lo que es obvio que les guarden rencor. Con Rumanía es diferente. Incitó a los demás a ir a la guerra, esperó y calculó, y luego, cuando Bulgaria ya no podía más, salió de su guarida, como un enorme insecto, y empezó a desollarla... Este comportamiento desencadenó una ola de odio que aún hoy puede sentirse...

- No podíamos creer lo que veíamos cuando atravesamos las ciudades por las que ya había pasado el ejército rumano. Éramos casi cinco mil reservistas desarmados que regresábamos a Plevna y pasábamos por una pequeña estación ocupada por los rumanos. Uno de nosotros gritó algo desde el techo de los primeros vagones. Los oficiales rumanos, en su presunción, confundieron nuestros gritos de odio con saludos. De pie en el andén, nos respondieron con señales de mano muy amistosas. A los rumanos se les dan muy bien estas cosas, no como a nosotros los búlgaros... se habría echado usted a reír si hubiera visto la escena. Nuestra gente estaba furiosa. Todos los convoyes gritaban: "¡Fuera, fuera, aquí no hay polenta para vosotros!" Agitaban los puños desde los techos de los vagones, gritaban, silbaban y lanzaban los pocos insultos que sabían en rumano. Desde los techos y a través de las ventanillas les arrojaban todo lo que tenían a mano: patatas, vendas sucias, peladuras de sandía. Por suerte el tren pasó sin detenerse, de lo contrario sin duda habría habido incidentes.

- Escuche esto, interrumpe el maquinista. Ha llegado a Rusčuk un ruso llamado Rodin, uno de los marineros del Potëmkin. Es un buen hombre, lo conozco. Fue deportado de Rumania con su esposa rumana y su hijo. ¿Y sabe lo que pasó? Al oírlos hablar en rumano, la turba, armada con cuchillos y palos, atacó a Rodin y a su familia. Los pobres tuvieron que refugiarse en la comisaría.

- ¿Quién es el responsable de nuestras desgracias? se pregunta el memorialista. Sí, ¿quién? Yo lo tengo muy claro: Danaev y Fernando. Retiraron la cabeza cuando los fabricantes de polenta apretaron la soga.

- ¿De qué partido es usted?, preguntó el profesor al empleado.

- Del partido de los jóvenes liberales, responde este último, casi disculpándose.

- Un toncevista, dice el *tesnjak* con gesto desdeñoso.

- ¿Y qué?, replica el joven liberal, echando humo. Puede decir lo que quiera, pero al menos nunca hemos sido esclavos de la política rusa, nunca hemos estado colgados de los labios de los diplomáticos en San Petersburgo. Al menos no puede culpar a Tončev de eso. Rusia nos jugó una mala pasada, eso lo entendería hasta un recién nacido. Al comienzo de la guerra contra Turquía, Rusia incitó a Serbia a traicionarnos. No querían que tomáramos Andrinópolis porque podrían necesitarla para defender Constantinopla. Cuando de todos modos tomamos Odrin y avanzábamos hacia Çatalca con artillería pesada, Rusia nos obligó a detenernos con amenazas, prometiendo al mismo tiempo que intentaría conseguirnos Macedonia a cambio. Mientras tanto, Rusia alentaba a Rumanía de todas las maneras posibles. Y fue Rusia la que nos impidió rechazar la usurpación serbia. De acuerdo con los rusos, los turcos volvieron a los lugares que habíamos conquistado. Por último, Rumanía nos atacó por la espalda, pero, a fin de cuentas, no era más que un instrumento de Rusia.

Se hizo el silencio por un momento y todas las miradas se volvieron hacia mí. Yo también elegí el silencio.

- Luchamos toda la campaña contra Serbia, añadió el profesor dirigiéndose a mí, a costa de sacrificios indecibles, vergüenza y humillación. Ahora que todo ha terminado, estamos convencidos de que la diplomacia rusa es la culpable del terrible calvario que tuvimos que soportar. Rusia quería humillarnos, castigarnos por ser “ingobernables” y por atrevernos a perseguir nuestros propios objetivos en lugar de los de su diplomacia. Cuando tomamos el monte Kitka, cerca de Sultan-Tepe, que era una posición muy importante, nos llegó una orden inesperada. “Retirada”. ¿Pero cómo? ¿Por qué deberíamos retirarnos? ¿Qué demonios está pasando? Nos enteramos de que era por razones políticas. Danaev corrió a derecha e izquierda, confundiendo a todo el mundo, pero al final intentó hacer lo que la diplomacia de San Petersburgo le ordenaba, que era retirarse. Pero los soldados se negaron a obedecer sus órdenes. Nos negamos a abandonar el monte Kitka y mantuvimos a raya a los oficiales. Resistimos tres días. Entonces, el estado mayor anunció de repente que los rumanos marchaban hacia Sofía. Teníamos que ir a su encuentro. En realidad, la gente de allí no tenía ninguna intención de resistir a los rumanos, sólo querían que obedeciéramos las órdenes de retirada. Así que abandonamos nuestras posiciones. Pero nuestros líderes volvieron a cambiar de opinión. Se dieron cuenta de que la diplomacia rusa ya no nos apoyaría, así que nos ordenaron retomar el monte Kitka.

- ¡No pueden imaginarse lo que pasó en el ejército! La cancillería diplomática en San Petersburgo estaba jugando a la gallinita ciega con Danaev. Él mismo había discutido con Savov. Nos habíamos abierto paso entre los cadáveres para conquistar una posición, luego, cuando la tomamos, nos dieron la insensata orden de abandonarla y finalmente nos dieron la orden de reconquistarla. Los soldados decidieron no avanzar más y no permitir que los serbios lo hicieran tampoco. Decidimos quedarnos donde estábamos. Durante cinco días seguidos, rechazamos los intentos serbios de abrir una brecha en nuestro frente. Finalmente, nadie en nuestras filas, ni en las de los serbios, quiso luchar ni avanzar. Había llegado el momento de poner fin a todo. Compañías enteras de ambos bandos se rindieron voluntariamente y los soldados se entregaron como prisioneros de guerra. En nuestro sector, entre Sultan-Tepe y Gjueševo, las tropas se negaron a obedecer órdenes. No había disciplina. Los oficiales se esforzaron en no dejarse ver. Los soldados búlgaros y serbios confraternizaron y decidieron dejar de luchar entre sí; incluso eligieron una comisión conjunta para definir las fronteras entre ellos y resolver cualquier controversia. El 8 de julio se acordó un armisticio de facto en este frente, mucho antes de que se anunciara el armisticio oficial. No sé si seremos capaces de recomponernos después de todo lo que hemos pasado, pero, en cualquier caso, ya no confiamos en Rusia. A partir de ahora, mantendremos esta posición. ¡Hemos aprendido una gran lección!

- Y ahora, añade pensativo el maestro, volveremos a la vida normal. Cortaremos la leña, llevaremos el trigo al mercado, enseñaremos a los niños nuestra lengua (si los rumanos nos dejan), fabricaremos botas... Pero, compéndalo, no podríamos volver a la vida normal si no tuviéramos en mente la idea de vengarnos de nuestros conquistadores. Ni un solo búlgaro puede aceptar lo que ha pasado. Todos pensamos en la venganza.

- Sí, todos, sin excepción, continúa el mecánico, interrumpiendo el discurso del profesor. Pero cada uno a su manera. Nuestros miserables gobernantes sólo piensan en reunir fuerzas para llevar a cabo otro ajuste de cuentas con nuestros vecinos cercanos. Nosotros, en cambio, estamos convencidos de que primero debemos ajustar cuentas con los responsables de nuestras desgracias en cada país, y después, uniendo nuestras fuerzas, podremos construir un nuevo orden en los Balcanes.

*Kievskaja Mysl'*, número 387, 17 de octubre de 1913

**Tercera parte. La Rumania de posguerra  
(corresponsalías)**

## Primer capítulo. Retrato político de un “vencedor”

### Primeras impresiones

No hay nada más difícil, pero al mismo tiempo más interesante, que familiarizarse con una sociedad, una política y una cultura diferentes de las propias.

La lengua es como el aire; sólo se es consciente de ella cuando se echa de menos, cuando las palabras que se oyen pronunciar, en vez de acercarnos a las personas que encontramos, nos separan de ellas. La lengua rumana deriva del latín, pero contiene entre un veinte y un treinta por ciento de palabras eslavas. Asistí a un mitin obrero (la única manifestación política que ha tenido lugar aquí durante una semana) y, conociendo a grandes rasgos el pensamiento del orador, pude seguir el hilo de su discurso, aunque tuviera que hacer un esfuerzo comparable al que se hace para percibir los contornos de objetos indistintos en la penumbra. Sin embargo, cuando el discurso pasa de la oratoria al estilo coloquial, se pierde el hilo. Un ruso nunca esperaría que en un discurso en neolatín irrumpieran palabras eslavas o rusas, aunque fueran coloquiales. “*Tovariši* (dice el orador) *rasboiul precare oligarhia noastra l'a provocat in numele prestigiului national...*” y así sucesivamente. Lo que significa: “Camaradas, la guerra iniciada por nuestra oligarquía en nombre del prestigio nacional...”. *Tovariši* significa *Tovariški*, *rasbio* significa *vojna* [guerra], *ul (rasboiul)* es el artículo definido. Además de la palabra *sever* (severo), los rumanos también utilizan el término *nemilostiv* [palabra rusa]. Mientras que la palabra rumana *rasboi* significa “guerra”, nuestra *razboj* ha adquirido el significado de “bandolerismo”. En rumano, la combinación de elementos neolatinos y eslavos se complica con la presencia de numerosos términos turcos y fino-úgricos. Esta amalgama de neolatino, eslavo y uralo-altaico, junto con una mezcla de indoario (gitano) y semítico (hebreo), forma no sólo la lengua rumana, sino también toda la cultura rumana.

Un porcentaje relativamente alto de los trabajadores de servicios públicos de Bucarest (cocheros, camareros, porteros de hotel, mensajeros) sabe ruso. Los rusos *skopci*<sup>244</sup> (hombres de caderas anchas, cara hinchada, sin barba y voz de falsete) han alcanzado una posición respetable entre los cocheros. Tienen los mejores caballos, los mejores carruajes y los más bellos arreos, adornados con cintas de seda. Son verdaderos arneses rusos, de fustán, como hacía años que no veía. Ayer me dirigí a la estación para asegurarme de que una carta saldría en el primer tren. Le hablé claro y despacio al conductor para hacerle entender, sin éxito, que quería que me esperara frente a la entrada de la estación. Desencadenado por una intuición repentina, el conductor me preguntó en ruso:

- Me ha pedido que le espere aquí, ¿verdad, señor?
- ¿Habla usted ruso?
- Claro, soy de Kursk...

Los *skopci* vendieron hace poco sus caballos para comprar coches. Uno de ellos se quejó conmigo de que el ministerio de guerra había requisado miles de caballos y

pagado 500 francos por cada uno. Los skopci reaccionaron enviando una delegación al ministerio para ofrecer una suma equivalente al tesoro y así no sufrir los inconvenientes de la requisita. Pero el ministerio se negó: “Tenemos más dinero del que necesitamos, pero necesitamos caballos”.

Estos *skopci* son uno de los elementos más pintorescos de la capital rumana. Meyer los cita en su indispensable *Guide to the Near East*<sup>245</sup> y Léo Claretty les dedica una página entera en sus *Hojas de ruta en Rumanía*.

\*\*\*

De 1870 a 1880, Rumanía fue un lugar de encuentro para los refugiados políticos rusos. Sin embargo, la mayoría de ellos se fueron a países aún más lejanos, ya que este pequeño estado no podía acogerlos a todos. Quedaron pocos, y la mayoría procedían de Besarabia. Algunos han llegado a abrir grandes restaurantes. Uno llegó a ser rector de la Universidad de Iași, otro enseñó ruso (con poco éxito) al príncipe heredero de Rumanía y ahora es responsable del departamento municipal de estadística de Bucarest.

Más tarde, otro grupo de refugiados se unió al anterior: la tripulación del *Potemkin*<sup>246</sup>. Es difícil imaginar el pánico que causó la aparición del buque de guerra ruso frente a Constanza en junio de 1905. Las autoridades rumanas temían permitir el desembarco de estos huéspedes inoportunos, pero les asustaba aún más la idea de que, si se negaban, los hombres del *Potemkin* bombardearían la ciudad. Además, no sabían qué medidas tomaría el gobierno ruso si los amotinados pisaban territorio rumano. Pero se llegó a un acuerdo que satisfizo a todos. Las autoridades rusas aceptaron la devolución del barco (sin exigir la entrega de los marineros) a condición de que el barco (valorado en casi treinta millones de rublos) fuera devuelto intacto. En ese momento, las relaciones entre los distintos grupos de marineros eran muy tensas y podían degenerar en incidentes sangrientos en cualquier momento. Finalmente, el doctor Rakovsky<sup>247</sup> subió a bordo para comunicar a los marineros que iban a ser aceptados en Rumanía. Setecientos hombres desembarcaron en Constanza. Muchos de ellos se sentían incómodos en esta tierra extranjera donde no hablaban el idioma. Fueron a trabajar al campo, a las industrias petrolíferas y a las fábricas. Matjušenko<sup>248</sup> intentó organizar la vida de sus camaradas según los principios comunistas. Pero sus planes fracasaron pronto, sobre todo cuando los hombres empezaron a traer a sus esposas e hijos de Rusia.

Al principio, las autoridades rumanas evitaron molestar a los marineros. Pero cuando en 1907<sup>249</sup> estalló en toda Rumanía un tumultuoso movimiento campesino, la policía se ensañó con los marineros, persiguiéndolos de forma absurda. Deberían haberse dado cuenta, sin embargo, de que los marineros no podían haber sido los instigadores de la revuelta porque, en aquella época, ninguno de ellos hablaba rumano. Gran parte de los marineros emigraron a América, los demás se dispersaron por Europa y unos 150 se quedaron en Rumanía. Hoy se les considera trabajadores cualificados y laboriosos, y se les tiene en gran estima. Muchos de ellos fundaron familias casándose con mujeres rumanas. Un marinero abrió una cervecería en Ploiesti llamada “Príncipe Potemkin”. Otro consiguió trabajo de camarero en un restaurante de una estación. Se ha *rumanizado*, viste con una elegancia sofisticada y lleva botas amarillas. Cuando habla en ruso, utiliza muchos términos no rusos. “La petrolera Vega”, explica, “es la más rica de todas”. Cuando habla de su jefe, le llama “Sam” y, cada tres palabras, repite: “¡Eso no es verdad!”.

- Pero, ¿no echa de menos Rusia, Kirill?

- ¿Por qué?, responde, obviamente tratando de ocultar cualquier signo de *debilidad*. Me gusta esto.

- Vale, pero supongamos que hubiera una amnistía total, ¿no querría volver a casa?

- Pero, ¿cómo podría hacer otra cosa? Por desgracia, no es posible... Y, sin embargo, ¡no hay comparación! El año pasado, mi hermano vino a visitarme. Le llevé de excursión. Visitamos la ciudad de Sinaí, por ejemplo. Por la módica suma de cuatro lei y medio, fuimos a echar un vistazo al palacio real, que es la residencia de verano del rey. Es un lugar precioso, no hay nada de lo que quejarse. Pero, ¿cómo puede compararse con Moscú?... No, no es posible... Los periódicos dicen que su Mostenitorul, el hijo heredero al trono, se casará con una de nuestras princesas. Dicen que Besarabia fue dada como dote por Rusia, Transilvania y Bucovina por Austria y otras pequeñas cosas por Bulgaria. Según ellos, el destino de Rumanía es convertirse en el país más rico del mundo. Pero creo que dicen tonterías sobre Besarabia. No es posible...

He aludido a la reunión de trabajadores a la que asistí el sábado. No había más de trescientas personas allí, por la buena razón de que una gran parte de los trabajadores están sirviendo en las fuerzas armadas. Los oradores, entre los que había trabajadores, eran excelentes tribunos. Los rumanos son muy buenos aprendiendo los secretos del arte de la oratoria; al fin y al cabo, son de origen latino. Los oradores hablaron de la guerra y de la amenaza del cólera, denunciaron la invasión de tierras ajenas y expresaron su solidaridad con los trabajadores búlgaros. Hablaron de los obreros que habían muerto en los campos de batalla de Macedonia sin disparar un solo tiro, a pesar de que muchos de ellos habían participado en los combates durante varios días. Al principio y al final de la reunión se entonaron cánticos de solidaridad y de lucha. Después de todo lo que he visto, oído y leído en los últimos diez meses en y sobre los Balcanes, esta pequeña reunión de trabajadores del *clubului*<sup>250</sup> arrojó una luz brillante y tranquilizadora sobre este terrible contexto de embrutecimiento general. Aquí encontré personas que creen en la cultura y que se obstinan en construirla. Es la cultura de la humanidad que no será destruida por el fuego de la guerra ni se hundirá en el baño de sangre del chovinismo. La virtud y la conciencia siguen vivas en los Balcanes, no se han ahogado definitivamente en sangre. No hay mucha gente así por aquí, pero habrá más en el futuro. Su número aumentará rápidamente, en cuanto los engañados y martirizados hagan balance de lo que han tenido que soportar.

\*\*\*

Los búlgaros son parcos e incluso tacaños. Se trata de un país verdaderamente rural, con una burguesía que aún se encuentra en la etapa *avara* de la acumulación primaria. En Bulgaria no hay tradición de lujo y despilfarro. Rumanía es todo lo contrario. Aunque sus campesinos son mucho más pobres que los de Bulgaria y su industria (en pie de igualdad en ambos países) está aún en pañales, el bullicio de las calles del centro de las ciudades evoca lujo, esplendor y diversión. Es el resultado de las arraigadas tradiciones boyardas y de la cultura *szlachta*<sup>251</sup>, basada en el derecho a derrochar el propio patrimonio. Los boyardos, los *ciocoi* (nuevos propietarios de origen no noble), los funcionarios y los periodistas viven todos por encima de sus posibilidades y están todos endeudados. Sin embargo, todos ellos, sin excepción, aparecen en público vestidos como verdaderos caballeros, impecables, elegantes y despreocupados. Besan la mano de las damas con las que se cruzan; parecen convencidos de que todo va bien en el país y de que la vida es, esencialmente, una cuestión de buenos modales. Ayer por la tarde, sentado en un café al aire libre en Calea Victorei, observé a dos jóvenes gitanas que se abrían paso entre la multitud. Era la hora del paseo después de comer, y la gente parecía despreocupada y ociosa, como personas cuya única preocupación es divertirse. Las dos gitanas, muy jóvenes y tímidas, de diecisiete y diecinueve años, ya eran madres. En sus brazos llevaban pequeños bebés envueltos en trapos que los hacían parecer pequeñas bolsas. Descalzas, vestían faldas cortas y camisas de lona medio abiertas hechas con tiras

de algodón cosidas entre sí. Tenían el cuerpo de muchachas jóvenes, pero sus rostros mostraban todo el cuidado de una joven madre que protege a sus hijos.

Los coches militares gruñían (la bocina de los coches militares emite un sonido muy parecido al de los cerdos enfurecidos, quizá para inspirar mayor respeto), los robustos *skopci* azotaban a sus caballos negros, las *cocottes*<sup>252</sup> delegadas contoneaban las caderas, los viejos patriotas hablaban con afectación, los oficiales hacían sonar sus espuelas y pequeñas orquestas tocaban en los cafés al aire libre. Todo era ruido, curiosidad y diversión. Pero este ambiente de distraída ociosidad se vio estropeado por la presencia de dos tímidas gitanitas con los pies descalzos que llevaban a sus hijos envueltos como fardos. La visión de estas jóvenes fue como una espina clavada en el corazón. ¿Cuántas madres jóvenes de la península, con su hijo en brazos o en el vientre, han sido marcadas por el destino y esperan en vano el regreso de su marido? ¿Cuántas madres ancianas no verán regresar a sus hijos? Es cierto que el ejército rumano no ha tenido que combatir, pero el cólera se ha colado entre sus filas y está haciendo su trabajo. Pero nada de esto es visible en Calea Victorei, y mientras observas la colorida multitud, se pregunta uno: “Las aceras ya están tan abarrotadas. ¿Dónde meterán a los soldados cuando vuelvan?”.

\*\*\*

Los rumanos se ven a sí mismos como representantes de la cultura latina y niegan resueltamente su pertenencia a la península balcánica. De hecho, intervienen en los asuntos internos de la península, sin que nadie les invite a hacerlo, lo que demuestra su falta de coherencia. Aportan a la península no sólo los beneficios de la *cultura latina*, sino también algunos aspectos buenos del este. Pero, ¿qué importa eso? Cuando se trata de reclamar derechos hereditarios, se llega a desenterrar vínculos familiares que antes se consideraban vergonzosos...

No cabe duda de que hay razones fundamentadas para considerar a los rumanos ajenos al este balcánico. Sin embargo, estas razones no tienen que ver con las dudosas características *romanas* de la cultura rumana, sino más bien con el carácter de sus relaciones sociales. Bulgaria y Serbia surgieron de la dominación turca como primitivas democracias rurales, sin herencia feudal ni servidumbre de la gleba; en Rumanía, en cambio, a pesar de décadas de vida constitucional, los campesinos siguen viviendo bajo el yugo de rígidas relaciones feudales. En este sentido, Rumanía está más cerca de Hungría, un país de latifundio, propiedad de la nobleza, y servidumbre campesina.

Sin embargo, hay que admitir que en las calles del centro de Bucarest se percibe, si no el genio galo, al menos la influencia de los *boulevards*<sup>253</sup> parisinos. Los boyardos rumanos, quizá en mayor medida que los aristócratas de otros países, están acostumbrados a ver París, especialmente París de noche, como un segundo hogar. Hubo un tiempo en que los jóvenes latifundistas rumanos se sentían atraídos por las ideas revolucionarias de París e intentaban traducirlas al lenguaje imperfecto de su atrasada sociedad. Era un lenguaje demasiado difícil para su atrasado país. De 1880 a 1890, el socialismo contaba sin embargo con muchos partidarios entre la joven nobleza rumana. Algunos de ellos habían participado activamente en la vida interna de los movimientos socialistas francés y belga, apoyando el ala izquierda, marxista. Pero éstas eran las locuras de su juventud, y hoy se consideran viejas historias que pertenecen para siempre al pasado. Sólo quedaba el gusto por la lengua, la ropa y los modales parisinos. Tres diarios de Bucarest se publican en francés. En sus secciones políticas, las ideas oligárquicas de los tres partidos rumanos dominantes aparecen elegantemente adornadas. En sus columnas sobre usos y costumbres, mantienen un vínculo indisoluble entre la Bucarest ilustrada y las últimas noticias de los *grands voulevards* y Montmartre. Lo primero que me llamó la atención en

*L'indépendance roumaine*<sup>254</sup> fueron unas cuantas frases edificantes sobre el tema de la moda femenina actual: *Grâce à la mode, / On n'a plus de corset..., etc.*<sup>255</sup>

Pero esta publicidad predica en el desierto, como pude comprobar en el bulevar principal de Bucarest. Las mujeres que caminan por las estrechas aceras son, “gracias a la moda”, larguiruchas: será la moda, pero son tan rígidas como maniqués de madera colgados de un gancho. Siguiendo los dictados de la moda, el pliegue de los pantalones de los caballeros es tan impecable como la raya del pelo de un diplomático. Basta con mirar estos pantalones para sentir uno que se pertenece a un tipo de hombre inferior. Los oficiales van muy pomposos. Cuesta creer que estas criaturas tan bien vestidas puedan soportar los rigores de una campaña militar. Se les perdonaría pensar que los que han conseguido permanecer en Bucarest deben su gracia a un gusto superior por la elegancia. Aquí, que te lustren las botas es un ritual complejo y respetado. Los rótulos de las tiendas están copiados de los de París, al igual que las cazuelas.

Se dicen cosas muy feas del ayuntamiento de Bucarest, pero me siento en el deber de decir que en muchos cruces hay urinarios públicos absolutamente idénticos a los de París. Sin embargo, detrás de esta fachada, oriente está en todas partes. Mientras que, por un lado, las damas de Bucarest se visten para sus paseos con una elegancia casi demasiado refinada, y el ritual de lustrear las botas tiene un marcado sabor oriental, por otro, la inmensa mayoría de la población camina descalza. Entre los magníficos oficiales y las espléndidas damas, todos iguales, se deslizan los hijos de campesinos escuálidos, sucios y harapientos que venden avellanas y ciruelas frescas. Tampoco faltan los gitanillos semidesnudos y piojosos que tienden la mano para pedir limosna. Los campesinos, con la cara quemada por el sol y grandes camisas blancas hasta los tobillos, caminan descalzos y cautelosos por el asfalto, llevando coles o patos. Cuando uno se cruza con estas siluetas blancas en el umbral del hotel, se quitan humildemente el sombrero delante de uno. Este saludo silencioso evoca siglos de hambre, miseria y servidumbre desesperada.

Bucarest, 7 – 17 de julio de 1913

## La paz de Bucarest

Mientras escribo estas líneas, se espera de un momento a otro la firma del tratado que pasará a la historia de los Balcanes como la “la paz de Bucarest de 1913”. Obviamente, con la esperanza de aislar a los griegos, los búlgaros estaban ansiosos por dar su consentimiento a los serbios, y aún más a los rumanos. Tal era el afán de los delegados búlgaros que, tras haber garantizado la autonomía cultural (en términos de lengua, escolarización y religión) a los kutzovlaj asentados dentro de las fronteras búlgaras, se olvidaron por completo de pedir, llegado el momento, las mismas garantías nacionales para los búlgaros anexionados por Rumanía<sup>256</sup>. Sólo tenían un nombre en mente: Kavala, centro de exportación de tabaco y el puerto más importante del Egeo después de Salónica. Cada año pasan por Kavala diez millones de rublos en tabaco. Las plantaciones y exportaciones de tabaco han eclipsado incluso los problemas de cultivo y sensibilización de los 200.000 búlgaros del sur del país. Sin embargo, Bulgaria no ha conseguido hacerse con Kavala<sup>257</sup>. Sólo le quedaba la quimérica esperanza del apoyo austrohúngaro, una vez sometido el tratado a la ratificación de las grandes potencias. Pero aquí se cree que el tratado no está listo para ser ratificado.

Por otra parte, no cabe duda de que se firmará la paz. En sus amistosos discursos, periodistas y políticos ya están demostrando que dan por sentada la paz. Hace dos días,

la Asociación de la Prensa Rumana organizó un banquete para periodistas extranjeros en el que se pronunciaron discursos sobre el derecho a la paz de la cultura y los beneficios de la paz para la cultura. Pero tras la experiencia de los últimos meses, nadie cree que el Tratado de Bucarest pueda garantizar realmente la paz en los Balcanes. El nuevo “equilibrio de poder” prometido a los pueblos de los Balcanes durante la Segunda Guerra de los Balcanes será, con toda probabilidad, menos estable que el statu quo que la diplomacia europea ha custodiado durante tres décadas y media. La mejor prueba de ello es la “Paz de Londres”. La conferencia de Bucarest se derivó formalmente de las decisiones del Tratado de Londres, que había definido una nueva frontera entre Turquía y los antiguos aliados. Pero, ¿qué quedaba del Tratado de Londres cuando comenzó la conferencia de Bucarest? Los turcos poseían Andrinópolis y los búlgaros esperaban, en cualquier momento, una declaración formal de guerra por parte de Turquía, a la que habría seguido inmediatamente la toma de la casi indefensa Filipe [Plovdiv]. Según el *equilibrio de poder de Londres*, Bulgaria debería haber recibido Tracia, cuando en realidad se veía amenazada con la pérdida de Rumelia Oriental. Los búlgaros buscaban ahora aliados contra la Media Luna entre sus devotos hermanos de la Cruz, pero no lograron encontrar ninguno. La Conferencia de Bucarest no trata de las relaciones búlgaro-turcas, ni están presentes delegados turcos. Por supuesto, esta cuestión deberá abordarse en otra conferencia que, a su vez, no representará la etapa final de la trágica historia del sudeste de Europa.

No está claro cómo los búlgaros, en su doble papel de querellantes y funcionarios judiciales, podrán hacer cumplir las resoluciones del Tribunal de Londres. Pero aun suponiendo que una mano poderosa acudiera en su ayuda (lo que representaría, para los búlgaros, un peligro no menor que el peligro turco) y que el estado turco fuera completamente destruido, los turcos seguirían estando en Europa, igual que siguen estando en Asia. Y estos turcos, privados del apoyo de un estado protector, pero con una tradición de cinco siglos de dominación sobre esta parte de Europa, serían una fuente de desórdenes y revueltas en los Balcanes no menor que la de Macedonia en la antigua Turquía. A pesar de la supervisión de las grandes potencias, la Conferencia de Londres de Plenipotenciarios de los Balcanes no consiguió evitar la guerra entre los aliados. Sin embargo, podría argumentarse que la tarea de la conferencia consistía en evaluar la herencia turca, no en repartirla entre los aliados. Pero, precisamente en este último punto, la Conferencia de Londres (como hemos visto) sólo consiguió definir una cosa: la magnitud de la impotencia de la *sabiduría* diplomática de toda Europa. La Conferencia de Bucarest pretendió ignorar el hecho de que del pacto de Londres no quedaba nada. Tras definir (¿durante cuánto tiempo?) la frontera entre Bulgaria, por un lado, y Serbia y Grecia, por otro, la Conferencia de Bucarest no ha abordado la cuestión de la frontera greco-serbia. Por supuesto, se nos asegura que ya se había definido todo entre griegos y serbios. Pero, ¿no se había definido también todo con los búlgaros?

Si existe la más mínima garantía contra una guerra inmediata entre Serbia y Grecia, no reside en un tratado, sino en el agotamiento total de estos dos estados.

En realidad, las relaciones entre Rumanía y Bulgaria no son mejores. El nuevo territorio, con su población búlgara dominante, era como una espina clavada en el costado de Rumanía. Dobruja se convertirá en la Alsacia-Lorena rumana, con la complicación añadida de los métodos de lucha ya probados en Macedonia. Además, ¿los búlgaros nunca perdonarán a los rumanos el giro decisivo que tomó su iniciativa en la Segunda Guerra de los Balcanes!

Las relaciones entre Bulgaria y Grecia, basadas en la Paz de Bucarest, serán aún más inestables. 200.000 búlgaros del sur de Macedonia han caído bajo la dominación griega. Por otra parte, entre 200.000 y 250.000 griegos se han convertido en ciudadanos

búlgaros en Tracia o, para ser más precisos, están clasificados como tales por el Tratado de Londres. El principio nacional resultó incompatible con las pretensiones imperialistas. Lo que cuenta no es la comunidad cultural y la homogeneidad étnica, sino el número de contribuyentes y el tamaño del mercado interior. Naturalmente, incluso con estas fronteras, las relaciones entre Bulgaria y Grecia podrían pacificarse, a condición, sin embargo, de que se garantizara la autonomía nacional de las *poblaciones alógenas* de cada uno de los dos países. Parece claro, sin embargo, que los pueblos que hace poco dejaron de matarse (o más bien, los que habían planeado matarse) son absolutamente incapaces de establecer condiciones estables de convivencia entre las poblaciones de uno y otro lado de la frontera que divide Macedonia.

Los destinos de esta provincia tres veces desgraciada demuestra, con fatídica claridad, a los nacionalistas románticos que una política nacional en la atrasada península balcánica o coincide con la política del imperialismo o no tiene cabida.

El imperialismo griego es el más antiguo. Una oligarquía griega, formada por clérigos y aristócratas (los fanariotas<sup>258</sup>), compartía con la casta militar otomana el dominio sobre las etnias cristianas de la península. La burguesía griega, diseminada por las costas del Egeo, el mar de Mármara, el mar Negro y el Mediterráneo, había sometido a los campesinos y pastores del interior al capital mercantil y usurero. El clero y los comerciantes griegos allanaron así el camino al imperialismo griego, que se vio envuelto en una lucha a muerte con las nacionalidades de los Balcanes a punto de despertar. Para estas últimas, el despertar económico y nacional significaba una lucha por la supervivencia, no sólo contra la casta militar y burocrática turca, sino también contra la dominación griega de eclesiásticos, comerciantes y usureros. Fue este imperialismo griego el que se enfrentó al imperialismo búlgaro en el suelo de Macedonia.

El imperialismo búlgaro tiene orígenes recientes, pero precisamente por ello es aún más belicoso y temerario. La burguesía búlgara, que ha llegado tarde a la escena, se ha puesto inmediatamente en movimiento. Los ministros del gobierno búlgaro reciben un salario de mil francos al mes, mientras que en la Europa capitalista las mismas funciones se pagan a mil francos al día. El corresponsal del *Times* en Sofía, Monsieur Bouchier, ha manejado mucho más dinero del que jamás han tenido, ni en sueños, los hombres del poder en Sofía. Extender las fronteras del estado, aumentar el número de contribuyentes, multiplicar las fuentes de enriquecimiento, éstos son los sabios principios imperialistas que han guiado la política de las camarillas dirigentes de Sofía.

La política macedonia de Bulgaria se basó en estos principios imperialistas, no nacionales. El objetivo era siempre el mismo: la anexión de Macedonia. El gobierno de Sofía apoyó a los macedonios en la medida en que consiguió ligárselos, traicionando sin escrúpulos cualquier interés que pudiera alejar a los macedonios de Bulgaria. El famoso político y escritor balcánico Dr. Rakovsky (con quien me reuní en Bucarest después de haber perdido el contacto durante dos años) me contó, entre otras cosas, la siguiente historia extremadamente elocuente. En 1903-1904, el exarca<sup>259</sup> búlgaro presionó a Sofía para que abriera un banco para los campesinos macedonios. Esto ocurrió tras la revuelta de Ilinden [Monastir], en una Macedonia sumida en el caos, donde los latifundistas turcos estaban dispuestos a vender sus tierras a los campesinos por una miseria. El gobernador búlgaro rechazó firmemente la propuesta del exarca, explicando que, si los campesinos búlgaros alcanzaban cierto grado de prosperidad, se volverían sordos a la propaganda búlgara. La organización revolucionaria macedonia apoyó el mismo argumento, sobre todo porque el fracaso de la revuelta la había transformado de organización campesina nacional en instrumento de los designios imperialistas del gobierno de Sofía.

¿Cuál fue el resultado de esta extraordinaria batalla, en la que la brutalidad y el heroísmo marchaban de la mano? Un traicionero tratado para la partición de Macedonia.

La Segunda Guerra de los Balcanes, y la Paz de Bucarest que la coronó, completaron este tratado. Y Štip y Kočani (los dos lugares donde los revolucionarios búlgaro-macedonios, con sus tácticas provocadoras, instigaron la masacre turca que dio el pretexto para la primera guerra de “liberación”) ¡pasaron a Serbia! El imperialismo serbio se mostró absolutamente incapaz de tomar la vía normal, es decir, la nacional. Austria-Hungría contenía a más de la mitad de los serbios dentro de sus fronteras y bloqueaba el camino a Serbia. Como resultado, Serbia eligió la ruta más fácil, hacia Macedonia. Las conquistas nacionales pregonadas por la propaganda serbia fueron, en realidad, casi insignificantes. En cambio, las conquistas territoriales realizadas por el imperialismo serbio parecen más sustanciales. Sus fronteras albergan ahora a casi medio millón de macedonios, además del medio millón de albaneses que ya encarcelaron. ¡Qué éxito tan rotundo! Sin embargo, hay que añadir que este millón de ciudadanos hostiles podría resultar fatal para la existencia de la Serbia histórica...

Formar una nación y un estado parecía una empresa más sencilla para los búlgaros, dado que sus compatriotas, que vivían fuera de las fronteras del reino, estaban bajo el dominio de una casta turca agotada, a diferencia de los serbios, dominados por Austria-Hungría, o de los rumanos, sometidos a Austria-Hungría y Rusia. Pero la realidad desmentía estas suposiciones. Al encontrar bloqueada por las grandes potencias la directriz septentrional, su línea natural de desarrollo, serbios y rumanos se hicieron con territorio búlgaro. Rakovsky definió el Tratado de Bucarest, y no sin razón, como la partición de la “Polonia de los Balcanes”.

En consecuencia, es justo decir que las nuevas fronteras de la península balcánica (independientemente de su duración) se trazaron lacerando los cuerpos aún palpitantes de naciones totalmente exhaustas y exangües. Ninguna de estas naciones balcánicas consiguió recoger los pedazos que habían quedado esparcidos. Y al mismo tiempo, cada uno de estos estados balcánicos, Rumania incluida, contiene ahora dentro de sus propias fronteras una minoría compacta y hostil.

Estos son los frutos de una guerra que ha devorado, entre muertos en el campo de batalla, heridos y enfermos, al menos medio millón de hombres, sin resolver siquiera uno de los problemas fundamentales del desarrollo balcánico.

El desarrollo económico exige la unión aduanera como primer paso hacia una federación de todos los países balcánicos. Por otra parte, asistimos a la hostilidad de todos contra todos. Los estados balcánicos se consumen en el odio mutuo. No menos feroz es el odio que se gesta en el seno de los fragmentos de naciones aprisionadas en otros estados. Los recursos materiales de la península están agotados y lo estarán durante mucho tiempo. Las relaciones políticas nacionales son hoy más confusas que antes de la guerra. Pero ni siquiera en el plano exterior, puramente diplomático, se han resuelto las relaciones existentes en los Balcanes. La cuestión de la frontera entre Grecia y Serbia no se ha aclarado en absoluto. Las relaciones entre Serbia y Montenegro son motivo de preocupación, y el destino de Tracia pende como un signo de interrogación sobre la península balcánica.

El acuerdo de paz de Bucarest se basa, pues, en mentiras y subterfugios, y es la digna culminación de una guerra voraz y estúpida. Puede que haya coronado la guerra, pero no le ha puesto fin. Suspendida a causa del agotamiento total de las fuerzas implicadas, la guerra se reanudará en cuanto empiece a correr un poco de sangre nueva por las arterias balcánicas.

Durante el banquete ofrecido el sábado en el palacio real en honor de los plenipotenciarios, las apariencias se mantuvieron con discursos sobre la importancia de la Conferencia de Bucarest. ¡Qué farsa tan repugnante ante el destino de estos pueblos! La sangre de los muertos, derramada en vano en los campos de batalla, clama venganza.

Nada se ha arreglado, nada se ha suavizado... Como una úlcera purulenta e inflamada, ¡la cuestión oriental segrega veneno en el cuerpo de la Europa capitalista!

*Kievskaja Mysl'*, número 206, 8 de julio de 1913

## Las relaciones rumano-búlgaras

Rumanía ha ampliado su territorio en 7.500 kilómetros cuadrados. ¿Cuáles son las ventajas de tal expansión?

Incluso antes de que comenzara la movilización, el eminente escritor rumano K. Dobrogeanu-Gherea dio una respuesta exhaustiva a esta pregunta en su libro *Conflictul Romîno-Bulgar*. Creo que la presentación del contenido de este pequeño opúsculo es la mejor manera de llevar al lector ruso al meollo del problema. En Silistra se publicó una traducción al búlgaro, poco antes de que la ciudad fuera ocupada por las fuerzas armadas rumanas.

Con el tono mesurado de un estudio *socrático*, interrumpido ocasionalmente por destellos de irritada ironía, el autor examina, uno por uno, todos los argumentos utilizados por los partidos *patrióticos* y su prensa a favor de la anexión por la fuerza de parte del territorio búlgaro. En primer lugar, estaba la idea de la compensación por la neutralidad observada por los rumanos durante la guerra búlgaro-turca, es decir, la idea de la *po vodku*<sup>260</sup> oriental traducida al lenguaje de la diplomacia europea. Dado que toda Europa había permanecido *neutral* y que Rumanía siempre se había enorgullecido de su papel de centinela desinteresado de Europa a las puertas de la península balcánica, esta petición de propina podría haber parecido inmoral. Incluso el gobierno rumano se dio cuenta de ello y, a través de sus organismos no oficiales, dio otros argumentos a la prensa. Otra idea puesta en circulación podría definirse como codicia sentimental. En pocas palabras, se sugirió que Bulgaria debía expresar, aunque tardíamente, su gratitud por el apoyo material y moral de Rumanía cuando los búlgaros estaban en proceso de establecerse como estado independiente. Esta gratitud debería haberse expresado mediante una oferta de territorio. No se puede negar que la gratitud es algo bonito, pero si adopta la forma de territorios habitados, se convierte en un problema porque implica el resurgimiento de la servidumbre de la tierra en las relaciones internacionales. ¿Qué habría sido del mapa de Europa si los gobernantes hubieran empezado a expresar su gratitud mutua con trozos de su estado o nacionalidad? Los organismos no oficiales tuvieron que volver a trabajar para encontrar un argumento más pertinente.

Los argumentos derivados de los intereses nacionales, que habían tenido un peso considerable e incluso, hasta cierto punto, legítimo en la primera guerra de los Balcanes, eran absolutamente inservibles para Rumanía. Al contrario, en conjunto, estos argumentos son contraproducentes. De los más de 300.000 habitantes del Cuadrilátero que Rumanía se anexionó, 150.000 son búlgaros y sólo 8.000 rumanos. Poco a poco, a medida que procedían por eliminación, los políticos rumanos tuvieron que recurrir a argumentos de carácter exclusivamente estratégico. Su razonamiento seguía más o menos este curso: antes de la guerra, el único objetivo de Bulgaria era liberar a sus hermanos del yugo turco, pero al final el resultado fue un aumento del cincuenta por ciento de su territorio y su población. En sí misma, esta expansión no nos habría preocupado, de no ser por la delicada cuestión de Dobruja<sup>261</sup> entre Bulgaria y nosotros. Los dirigentes políticos búlgaros siguen considerando Dobruja como parte de su territorio, que les fue arrebatado injustamente, y pretenden recuperarlo en cuanto tengan fuerzas para ello. Para

nosotros, rumanos, en cambio, Dobruja no es una provincia más, es el único acceso libre al mar, el pulmón de nuestro comercio y de nuestra industria, sin el cual el cuerpo económico de nuestro país se asfixiaría inevitablemente. Para garantizar nuestra posesión de Dobruja frente a las pretensiones de una Bulgaria más grande y más fuerte, debemos rectificar nuestra frontera meridional a toda costa.

Dobruja es de vital importancia para Rumanía, eso no se puede discutir, escribió Gherea. Pero es igualmente indiscutible que Bulgaria no quiere, o no puede tener como objetivo, la anexión de Dobruja. Es cierto que Bulgaria ha ampliado su territorio en un cincuenta por ciento (este panfleto fue escrito antes de la *débâcle*<sup>262</sup> búlgara), pero esta expansión le ha costado muy cara en vidas humanas y recursos. Bulgaria tardaría no menos de veinte años en recuperar sus fuerzas y reanudar una política exterior activa. En semejante contexto, parece completamente absurdo arruinar nuestras relaciones con Bulgaria y suscitar deseos de *revanche*<sup>263</sup>, provocando así riesgos reales en nombre de la eliminación de riesgos hipotéticos que, por otra parte, podrían no surgir hasta dentro de varias décadas. Pero incluso estos riesgos hipotéticos no son más que un espectro. Bulgaria no se apoderará de Dobruja [norte] dentro de veinte o incluso treinta años. Entre los 400.000 habitantes de esta provincia sólo hay 50.000 búlgaros y, dentro de veinte años, constituirán una proporción insignificante de la población de Dobruja. Mientras tanto, Bulgaria ha pasado de ser un estado nacional homogéneo a uno heterogéneo. Dentro de sus nuevas fronteras hay turcos, albaneses, griegos, rumanos y judíos. Como país esencialmente rural con una cultura urbana poco desarrollada, Bulgaria tiene una capacidad de asimilación muy limitada. Cada grupo extranjero compacto y encerrado, a su pesar, dentro de las fronteras de la nueva Bulgaria, se verá inevitablemente atraído por los estados vecinos: los griegos por Grecia, los turcos por Turquía, y así sucesivamente.

El legado de la Guerra de los Balcanes es una herencia de odio nacional exacerbado tanto entre los estados balcánicos como dentro de la propia Bulgaria. Como consecuencia, la expansión territorial debilitó al estado búlgaro. En este caso, entrar en guerra por una provincia que Rumanía no está dispuesta a ceder sería arriesgado y podría poner en peligro la propia existencia de Bulgaria como nación independiente. Pero eso no es todo. Al añadir la protuberancia de Dobruja a su órgano estatal, Bulgaria se encontraría contigua a Rusia. Esta contigüidad es temida, como al diablo, por todos los partidos búlgaros, incluidos los rusófilos. El destino histórico de Polonia y Ucrania ha demostrado que la fraternidad eslava está viva y puede mantenerse de la mejor manera posible, a condición, sin embargo, de que se encuentre a cierta distancia de Rusia. El progreso del estado búlgaro en las últimas décadas se debe en gran medida a que Rumanía actúa como amortiguador entre él y Rusia, mientras que Serbia lo separa de Austria. Para Bulgaria, renunciar a esta situación internacional equivaldría a dar un paso hacia el suicidio estatal. El peligro es aún mayor si consideramos que Bulgaria se encontraría contigua a Rusia a través de una provincia anexionada por la fuerza y con una población que en tres cuartas partes es rumana, más atraída por su vecino Besarabia que por la Bulgaria extranjera. Hace algún tiempo, apareció en los periódicos una declaración de Danaev a un ministro rumano: “¡No queremos Dobruja, aunque nos la ofrezcáis!” Si Danaev dijo realmente estas palabras, significa que, por una vez, pero de forma absolutamente excepcional, expresó correctamente los verdaderos intereses del país.

Así pues, el peligro búlgaro en relación con la Dobruja es un mito absurdo. Pero supongamos, por ejemplo, que tal peligro existe. Evidentemente, en ese caso, el destino de Dobruja dependerá del equilibrio de poder entre Rumanía y Bulgaria. ¿Cuáles son las ventajas de Bulgaria? Su régimen más democrático y la presencia de campesinos libres. Una Rumanía fuerte podría oponerse a Bulgaria, no conquistando una pequeña parte del territorio búlgaro, sino aumentando su potencial productivo, democratizando su vida

política, emancipando a sus campesinos y adoptando una sabia política de colonización de Dobruja, fronteriza con Bulgaria. La expropiación de los latifundios de Dobruja y su transformación en pequeñas propiedades para los hambrientos campesinos rumanos haría inexpugnable esta frontera. Es absurdo suponer que una desafortunada rectificación de las fronteras pueda sustituir estas medidas. ¿Qué grandes ventajas estratégicas podría obtener Rumanía de la posesión del Cuadrilátero, ventajas que sólo se obtendrían gracias a una situación favorable? Hasta ahora, ni siquiera los partidarios más entusiastas de la anexión han sido capaces de responder a esta pregunta. Por otra parte, un eminente experto militar, el general Ilescu, ha dejado muy claro que no se puede negar por completo la importancia estratégica de la rectificación, pero que al mismo tiempo es ridículo exagerarla. Es la propia clase dirigente del país la que dice que, para las relaciones con Bulgaria, la anexión de Silistra a Rumanía sería un acto simbólico y no estratégico. Gherea se deshace en sarcasmos con los diletantes que gobiernan su país y que, para resolver los problemas vitales del estado, siguen las enseñanzas mezquinas de las corrientes literarias desarrollando, al mismo tiempo, una política clásica, romántica, simbolista o decadente, sin conseguir nunca aplicar una política inteligente.

Sean cuales sean las razones, Rumanía no ha seguido una política de anexión hasta el día de hoy [en 1913 - L. T.]. Al contrario, fue víctima de tal política.

Después de Polonia y Serbia, Rumanía ocupa el tercer lugar en el martirologio de las naciones que han sufrido la violencia del desmembramiento. En Besarabia, por un lado, y en Transilvania y Bucovina, por otro, vive casi la mitad de la nación rumana.

Atrapados entre los dos colosos de Rusia y Austria-Hungría, los rumanos ni siquiera se plantearon la posibilidad de seguir una política nacional expansionista agresiva. Obedeciendo al imperativo de su posición internacional, Rumanía ha seguido hasta ahora, a pesar de las apetencias de las camarillas dirigentes, la única política susceptible de salvaguardar su existencia como estado. La guerra de los Balcanes ha desbaratado al gobierno rumano, confundiendo a ciertas mentes eminentes más de lo que ha sacudido el equilibrio entre los estados de la península. Sin embargo, no dirigió sus ambiciones de conquista en el plano nacional, es decir, contra Rusia o Austria-Hungría (lo que se habría considerado una acción quijotesca descabellada), sino en el plano simbólico... contra la exhausta Bulgaria, una elección que, naturalmente, no fue dictada por el quijotismo sino por una estupidez criminal.

Rumanía tomó este camino absorbiendo primero una provincia extranjera con una población búlgara dominante. Los búlgaros de Dobruja [norte] pasaron directamente del yugo turco al dominio rumano. Sin embargo, este cambio supuso una liberación para ellos. El caso es diferente para los búlgaros del Cuadrilátero que pasaron bajo dominio rumano. Durante treinta y cinco años vivieron en un estado nacional y participaron en su gestión mediante el sufragio universal. Después de hacer enormes sacrificios por la liberación de Macedonia, fueron trasladados como ovejas de un redil a otro, su nuevo amo los necesitaba para *rectificar fronteras* y demás. Ahora no sienten más que odio y amargura hacia el estado en el que han sido confinados a la fuerza y, al mismo tiempo, se convertirán sin duda en el punto de referencia de la población búlgara de Dobruja. Esta desafortunada rectificación no sólo agravó al máximo las relaciones entre Bulgaria y Rumanía, sino que también creó una provincia rebelde en las fronteras de Rumanía, dispuesta a ponerse del lado de Bulgaria en caso de guerra.

Gherea atribuye el empeoramiento de las relaciones rumano-búlgaras a su propio gobierno y a la diplomacia rusa. “Rusia nos dijo que teníamos el derecho indiscutible de pedir compensaciones y nos repitió que podíamos contar con su ayuda desinteresada. Al mismo tiempo, susurró a Bulgaria que podía contar con su apoyo fraternal y que los búlgaros nunca tendrían que renunciar a Silistra porque Rusia tiene lazos históricos con

la ciudad". Sólo una estrecha alianza entre Rumania y Bulgaria puede garantizar la independencia de estos dos países y salvaguardar su desarrollo cultural y económico frente a las ambiciones imperialistas de las grandes potencias. Las relaciones hostiles entre los dos estados, ambos amenazados por los mismos peligros, los empujarían inevitablemente al campo opuesto, al de las grandes potencias. Uno caería bajo la tutela rusa y el otro quedaría reducido a la condición de vasallo de Austria. A todo esto hay que añadir la inevitable tendencia a reforzar las fortificaciones a lo largo de toda la frontera rumano-búlgara, el auge del militarismo y, en consecuencia, de la fiscalidad. Los gobernantes rumanos ignoraron por completo la admonición de Gherea. No sólo ocuparon el Cuadrilátero, sino que sancionaron esta anexión en un documento, inaugurando así una nueva fase en las relaciones rumano-búlgaras. Mientras tanto, Rumanía cosechaba los frutos de su política *simbólica*, con el estancamiento económico y la propagación del cólera en el ejército. Otros resultados llegarán a su debido tiempo. Cualquiera que crea que todo lo que sucede en esta tierra tiene un final podría concluir que la historia está en proceso de convertir a los actuales gobernantes de los Balcanes en ilotas borrachos objeto del ridículo universal, para ofrecer una lección edificante en beneficio de un pueblo más maduro.

*Kievskaja Mysl'*, número 209, 31 de julio y 2 de agosto de 1913

### En plena dificultad

Un Atlas<sup>264</sup> de hierro fundido sostiene la pila de la fuente del jardín público de Ploiești. En las esquinas opuestas del jardín se encuentran las sedes de los partidos conservador y liberal. El Atlas se ha instalado de forma que pueda girar sobre su propio eje. Así, dependiendo de quién esté en el poder, mira hacia la sede del partido conservador o hacia la del liberal. ¡Incluso la fuente de hierro fundido tiene que resignarse a que los partidos en el poder se alternen!

Es difícil imaginar una lucha más encarnizada entre partidos que la que tiene lugar en el escenario político rumano. Pero este encarnizamiento, que se refleja incluso en los monumentos públicos, es inversamente proporcional a la amplitud de las diferencias entre los programas de los partidos. Los dos partidos fundamentales, o más bien *históricos*, en Rumanía son (como ya he dicho) el partido conservador y el partido liberal. En Gran Bretaña, el liberalismo se distinguía por su programa de desarrollo industrial, mientras que los conservadores defendían los privilegios de los terratenientes. No tiene sentido buscar un contenido social en los programas de los partidos que se turnan en el poder en Rumanía, no sólo porque no existen tales programas (que, al fin y al cabo, podrían realizarse sin formularse en un documento), sino también porque ambos partidos, y sus respectivas facciones, tienen como base la tierra, una tierra que pertenece a los propietarios privados. El aspecto fundamental de la vida política rumana es que su destino depende de los intereses de los privilegiados latifundistas.

Bulgaria y Serbia también son países rurales, pero la agricultura la practican campesinos en pequeñas y medianas explotaciones que no tienen propietarios por encima ni al lado. La diferencia de posición geográfica está en el origen de esta divergencia estructural en las relaciones agrarias. Rumanía nunca fue gobernada directamente por Turquía: durante el siglo XVIII, los príncipes nativos de Moldavia y Valaquia fueron sustituidos por fanariotas, griegos influyentes nombrados por la Puerta. Los principados

del Danubio eran vasallos de Turquía, pero los conquistadores nunca los gobernaron directamente ni tomaron posesión de la tierra.

Antes de la invasión turca, los eslavos de los Balcanes o los rumanos ya estaban sujetos a embrionarias relaciones feudales. Los turcos se hicieron dueños de la tierra en la península balcánica y, tras destruir los embriones del feudalismo autóctono, sometieron a los campesinos eslavos al dominio del *bey* (el latifundista musulmán). En Rumanía, en cambio, los conquistadores fomentaron el surgimiento de los boyardos, una casta feudal autóctona que actuaba como intermediaria entre Constantinopla y los contribuyentes, es decir, los campesinos rumanos. Las condiciones de estos últimos eran peores que las de sus hermanos búlgaros y serbios porque el bey, consciente de su condición de extranjero y conquistador, no explotaba a los campesinos tanto como la casta autóctona de boyardos moldavos y valacos. A medida que el dominio turco se desintegraba, los campesinos de los Balcanes adquirirían una independencia económica cada vez mayor frente a los latifundistas turcos. El desarrollo del bienestar económico fue, a su vez, un factor importante en el colapso de la dominación turca. En este contexto histórico, la eliminación del yugo turco tuvo consecuencias radicalmente distintas en Bulgaria y Rumanía. Con el establecimiento de una Bulgaria libre, las tierras turcas pasaron a manos de los campesinos, de los más ricos, naturalmente, y sobre todo de los *čorbadži*. Los campesinos fueron liberados de la obligación de compartir el producto de su trabajo con la casta latifundista, y el feudalismo quedó automáticamente abolido. Económica y políticamente, Bulgaria se convirtió en una democracia agraria.

La liberación nacional de Rumania tuvo consecuencias sociales diferentes. La abolición del vasallaje a Turquía no tuvo ningún efecto sobre el feudalismo rumano. La proclamación de la independencia del estado rumano no liberó a los campesinos de las ataduras que los habían sometido a los terratenientes. Más bien liberó a los latifundistas de la obligación de compartir los excedentes de producción de los campesinos con el fisco turco. De hecho, en 1864 se decretó en Rumanía una *emancipación* similar a la rusa, pero los latifundios permanecieron intactos y, a pesar de la reforma, los campesinos siguieron dependiendo de los terratenientes en las mismas duras condiciones que antes. Aunque oficialmente abolida, la servidumbre de la gleba seguía existiendo en términos materiales<sup>265</sup>. Basta pensar que en 1889 todavía había que aprobar una ley para garantizar (sobre el papel) a los campesinos un mínimo de dos días libres a la semana para trabajar sus tierras. Tras dilapidar sus riquezas, las antiguas familias boyardas abandonaron la escena en su mayoría, dejando paso a los nuevos terratenientes, los *ciocoi*, los nuevos ricos, y a los campesinos, que ocupaban una posición intermedia entre los terratenientes y los campesinos. Sólo han cambiado los latifundistas, porque los métodos de cultivo y las formas de explotación de los campesinos han seguido siendo los mismos.

Hoy ya no hay que pagar ningún tributo a los turcos, pero han aumentado los impuestos para el estado burocrático y militarista. La renta nacional anual se estima en unos mil doscientos cincuenta millones de francos, más de un tercio de los cuales se los traga el estado. Aquí, los campesinos, agobiados por *contratos agrarios* totalmente serviles, no comen más que harina de maíz y queso de cabra, mueren de pelagra, viven en su mayoría en chozas de barro, sufren una media de tres a cuatro hambrunas por década y cada decenio son protagonistas de feroces revueltas. El enorme presupuesto del estado es una fuente inagotable de ingresos para los boyardos y *ciocoi* que juegan a la política, los líderes de los partidos con sus partidarios y vástagos, y todos los que giran en torno a las bandas políticas conocidas aquí como partidos.

Todos los partidos hunden sus raíces en el sistema agrario feudal. Diciendo la verdad, en este país se están desarrollando, aunque lentamente, formas de capitalismo. La industria petrolera es muy importante y ha progresado mucho en la última década. En

Câmpina, vi cientos de torres de perforación y visité una de las mayores refinerías de Europa, Steana Romina. Según el diputado Skobelev (hicimos el viaje juntos), no hay ninguna refinería en Bakú (Rusia) que pueda compararse favorablemente con ésta. Esta industria, que emplea a cerca de cuarenta mil trabajadores, goza de una protección especial del estado y la explotación capitalista normal se ve intensificada por la rapacidad del fisco. El papel de capitalista lo desempeñan los terratenientes, tanto boyardos como *ciocoi*, y huelga decir que su pensamiento político está totalmente determinado por sus intereses agrarios. Una parte importante de los banqueros e industriales, que también son ricos terratenientes, pertenecen al llamado partido liberal.

Esta organización ha demostrado hasta ahora su liberalismo reprimiendo salvajemente a los campesinos, manteniendo las relaciones serviles en el campo, endureciendo el régimen de injusticia impuesto a los judíos y persiguiendo a las organizaciones obreras. El ala izquierda del partido liberal se denomina *poporanista* (populista). Durante los años ochenta, muchos *poporanistas* hicieron una experiencia *socialista*; en Rumanía, como en todos los países jóvenes o, para ser más precisos, atrasados, esto sirvió de entrenamiento político para amplios sectores de la intelectualidad. Sin embargo, los *poporanistas* no han conservado nada de su pasado radical. El problema fundamental del desarrollo social rumano, la cuestión agraria, obviamente no puede ser resuelto por partidos dominados por terratenientes que adoptan modales liberales europeos mientras son propietarios de los siervos de la tierra. Así, los *poporanistas* están condenados a ser la cohorte servil de los terratenientes. Su líder es el besarabio Sterea, un refugiado político ruso que pasó algún tiempo en Siberia y actualmente es rector de la Universidad de Iași. El partido liberal de la oposición, dirigido por Bratianu<sup>266</sup>, muerde el freno.

Los conservadores se dividen en dos grupos: los *junimiștas* (Titu Maiorescu) y los demócratas conservadores (Take Ionescu). Estos últimos están actualmente en el gobierno. ¿Qué *conservan* exactamente los conservadores rumanos? Los latifundios, la falta de derechos políticos para la gran masa de la población y las escandalosas leyes contra los judíos. Pero, por supuesto, los liberales no están ni un milímetro por delante de los conservadores en este aspecto. Los conservadores sólo se interesan por sí mismos. Cuando estaban en el poder, aumentaron los gastos militares, construyeron líneas de ferrocarril, subieron los impuestos y contrajeron nuevas deudas (el déficit presupuestario rumano ya superaba el billón y medio de francos antes del inicio de la *campana* rumana en Bulgaria). Los liberales no se quedan atrás. No hay diferencias entre ambos en cuanto a sus programas. Aparte de las tradiciones familiares de los dirigentes, las únicas diferencias están en los métodos de las camarillas y los medios de corrupción. Si tradujéramos estos conceptos al lenguaje de Besarabia, podríamos decir que las diferencias de programa entre los partidos rumanos se parecen a las que existen entre Purikevič y Krupenskij.

En Rumanía, Puriskevič habría elegido, sin lugar a dudas, el partido liberal, dado que su antisemitismo es más cínico y agresivo y sus métodos de acción política se caracterizan por una demagogia escandalosa. Krupenskij, en cambio, probablemente se habría afiliado al partido conservador rumano, debido a su preferencia por los políticos que saben utilizar el sobre. Con el tiempo, Kruševan se habría convertido en una figura destacada del partido conservador-demócrata, comúnmente conocido como partido takista, que debe su nombre a su líder, el abogado Take Ionescu. Este grupo político acogía en sus filas a todos los desclasado, de los que hay muchos por aquí: hijos de boyardos que han dilapidado su patrimonio, funcionarios despedidos, arruinados, empresarios desacreditados, periodistas sin periódico, directores de periódicos que aún no han tenido la oportunidad de perder su *independencia*, profesores borrachos, etc. Los takistas son

conservadores en la medida en que su tarea consiste en preservar todas las formas de parasitismo alimentadas por el presupuesto del estado. Consideran que su conservadurismo es democrático porque comenzaron su actividad política con el perentorio ataque de la vieja camarilla política: “Nosotros también queremos meter las narices en los asuntos del erario público”. Por el contrario, la democracia agraria búlgara encontró su expresión política natural, una vez expulsados los turcos, en un régimen parlamentario basado en el sufragio universal.

Todos los búlgaros disfrutaban de los mismos derechos desde la expulsión de los turcos, del mismo modo que todos habían sido privados de ellos bajo la dominación turca. En Rumanía fue distinto: temiendo que los campesinos no comprendieran la importancia de los asuntos de estado, la oligarquía feudal aseguró su dominio político mediante el sistema *curial*, que excluía totalmente las candidaturas campesinas independientes. Las camarillas conservadoras y liberales compitieron por el poder durante décadas dentro de las tres curias. En estas luchas, los funcionarios han hecho sentir todo su peso, porque, amenazados de destitución cada vez que cambia la camarilla gubernamental, la política de partidos es el campo de batalla de su autoconservación. En Rumanía hay hoy unos cien mil funcionarios y, sólo en la última década, su número ha aumentado en veinte mil. Ignorada y mantenida en la servidumbre política y económica, la clase campesina representa el ochenta y seis por ciento de la población de este país. Prácticamente no existe aquí ninguna clase burguesa independiente; el movimiento obrero está aún en pañales y los pocos elementos del capitalismo se han diluido dentro del sistema agrofeudal. En consecuencia, en un país como éste, un ejército burocrático centralizado de cien mil hombres es un factor político de la máxima importancia. El famoso *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*<sup>267</sup>, en cuya redacción participó activamente el propio rey, explica claramente el papel de los funcionarios en las elecciones: “Casi nunca ningún gobierno [en Rumanía - L. T.] se ha visto privado de la mayoría en las elecciones porque, hasta ahora, la administración central ha ejercido una enorme presión sobre los electores que dependen del aparato estatal.”

Cuanto menos principios tengan que defender los partidos dominantes y menos perceptibles sean las diferencias entre sus programas prácticos, más feroz será la competencia entre ellos porque el objeto de su encarnizada rivalidad es el botín, el maná público. Cualquiera que sea el grupo en el poder en un momento dado, las funciones más básicas del gobierno se llevan a cabo prácticamente de la misma manera. Para el pueblo, poco importa que el presidente sea Bratianu, Maiorescu o Ionescu. Cada camarilla aspira al poder y se lo niega a sus oponentes. En estas luchas internas de la oligarquía, se ha hecho imprescindible la presencia de una figura neutral que mantenga a raya a los pretendientes, controle sus apetencias y actúe de contrapeso. Esta misión corresponde obviamente al rey. De hecho, contrariamente a lo que dice la constitución, el rey es la piedra angular de la estructura política del país.

El mes pasado, la prensa europea prestó mucha atención a la figura del rey de Rumanía. Han descubierto en él notables cualidades personales, las mismas que hasta hace poco atribuían al rey Fernando. Cualquiera que haya seguido de cerca los comentarios de los periódicos europeos no puede sustraerse a la idea de que el rey Carol recibió de Fernando, junto con el Cuadrilátero, todo su arsenal moral. “Intuición vívida”, “autocontrol excepcional”, “constancia extraordinaria”, etcétera. Todo esto son exageraciones, por no decir otra cosa. En cambio, es perfectamente cierto que, durante su reinado, que duró casi cuarenta años, Carol de Hohenzollern supo utilizar su buen sentido o, para ser más precisos, su finura pasiva, que incluso sus adversarios reconocen, de tal manera que fortaleció su posición en su país.

En las conclusiones de las memorias citadas, supuestamente escritas por la reina con la ayuda de Mite Kremnitz, una dama de la corte, el papel y la personalidad del rey se describen de la siguiente manera:

“Entre estas dos tendencias extremas [¿], nos referimos a los liberales y los conservadores, el rey tenía que estar siempre alerta para mantener el rumbo, porque él es el único elemento de estabilidad en este terreno movedizo. Ha cumplido con éxito este papel, superando las expectativas. La admiración (*bewunderung*) por él ha crecido año tras año, hasta el punto de que la madurez del rey también es evidente para los políticos más competentes, y su opinión prevalece sin que tenga que recurrir a medios coercitivos. Ciertamente, no está en el estilo del rey expresar sus deseos perentoriamente o formular sus ideas con precisión. El rey nunca traspasa los límites constitucionales, y además acostumbra a decir que la constitución le ahorra cualquier responsabilidad... Sólo una personalidad como la suya, con tantas contradicciones aparentes, podría conseguir llevar a Rumanía al bienestar y la prosperidad. Poseyendo una voluntad firme, que a menudo se manifiesta de forma negativa, y una energía inagotable, siempre al acecho de nuevas formas de acción, con un conocimiento de las personas y un rechazo a los esquemas, sabiendo, por el contrario, detectar en todas las ocasiones las verdaderas cualidades de los individuos y poseyendo una frescura de espíritu que le permite reexaminar pacientemente una cuestión por enésima vez y cada vez como si fuera la primera. Tal es la naturaleza y las cualidades de este monarca que han permitido a nuestro país superar todas las crisis provocadas por la existencia de partidos”<sup>268</sup>.

No olvidemos que esta descripción del rey de Rumanía fue escrita por la reina de Rumanía. Por lo tanto, no debería sorprender que el rey sea retratado en una dimensión casi sobrehumana. Sin embargo, incluso esta descripción devota y entusiasta de las cualidades individuales del rey, que no son en absoluto heroicas, muestra con suficiente claridad los rasgos de carácter que permitieron a Carol de Hohenzollern, un forastero, convertirse en la palanca más importante de la maquinaria política rumana. Son una energía negativa dedicada a derrotar al extremismo, una tenaz capacidad para saber esperar, sin creatividad ni iniciativa, y la habilidad, ejercitada a lo largo de cuatro décadas, de abstenerse de “formular sus ideas con precisión”. Hace unos meses, tuve ocasión de describir los rasgos de carácter absolutamente idénticos del maestro del destino de Serbia, Nikola Pašić. De hecho, incluso el rey Fernando de Bulgaria encaja en esta descripción.

La relativa inmovilidad de las relaciones sociales y la pobreza de la economía han condenado a los partidos gobernantes a girar siempre en torno a las mismas, y escasas, tareas básicas. Rápidamente se agotaron, turnándose con frecuencia y (después de algunos intentos de oposición a la dinastía o a un individuo) desacreditados por su actitud depredadora, empezaron a girar en torno al Cunctator real, como una rueda alrededor de su eje. En Serbia, donde las dinastías se han sucedido casi con la misma frecuencia que los partidos en Bulgaria y Rumanía, ha sido el cauto Cunctator Nikola Pašić, famoso por su aversión a “dejar claras sus ideas”, quien ha actuado como eje de la vida política. La política exterior se movió en la misma dirección, quizá incluso con más decisión, porque navegar constantemente entre escollos, rompientes y rocas sumergidas requiere cierta habilidad y capacidad de maniobra. En Bulgaria cayeron Alejandro de Battenberg y el dictador Stambulov, mientras que Fernando lleva veintisiete años en el poder. En Rumanía, el príncipe Cuza fue destronado por una revuelta de boyardos en 1866<sup>269</sup>, tras su intento de abordar seriamente la cuestión campesina. Hohenzollern, lleno de energía *negativa*, siempre se negó a “formular con precisión sus ideas” sobre esta cuestión. Durante una audiencia con Carol, el líder de los *poporanistas*, Sterea, deseoso de adaptar las ideas del populismo ruso al liberalismo *ciocoi* de su segunda patria, intentó convencer

al rey de que la monarquía rumana sólo se consolidaría si seguía una política popular y *poporanista*.

- Cuando el soberano está del lado del pueblo...

- Pero, ¿no estaba el príncipe Cuza del lado del pueblo? preguntó el rey, interrumpiendo al profesor.

Sterea sonrió.

En la noche del 22 al 23 de febrero de 1866, un grupo de conspiradores irrumpió en el dormitorio del príncipe y le obligó a firmar su abdicación.

- Sí, profesor, el príncipe Cuza estaba del lado del pueblo...

Evidentemente, el rey Carol había aprendido perfectamente la lección y había sacado las conclusiones necesarias para la política interna. Hohenzollern-Sigmaringen se ha convertido en el terrateniente más rico de Rumanía. Sus propiedades abarcan 129.000 kilómetros cuadrados<sup>270</sup>. Hace poco viajé por las fincas reales, que, entre otras cosas, proporcionan a su propietario unos ingresos netos anuales de entre tres y cinco millones de francos. El orden reina por doquier, las oficinas administrativas centrales se encuentran en un complejo de ochenta edificios, y hay una central eléctrica y un aserradero para satisfacer las necesidades del propietario. El rey es también accionista de las empresas industriales más rentables. Todos estos hechos deberían hacer problemática su adhesión a las ideas populistas...

En materia de política exterior, el rey Carol siempre mantuvo a Rumanía en línea con la Triple Alianza. Con Rumanía situada entre Rusia, que se había apoderado de una parte de Besarabia, y Austria-Hungría, que gobernaba Transilvania y Bucovina, el rey optó por la política del *mal menor*, inclinándose en cualquier caso por sus lazos familiares y sus simpatías nacionales. Observando la cautela con la que las grandes potencias meten la mano en la avispa balcánica, y considerándose desde el principio una potencia no balcánica, Rumanía nunca ha intervenido en los asuntos de la península. Una política defensiva, de espera, en contacto permanente con los Hohenzollern en Berlín y los Habsburgo en Viena, fue el principio rector del rey Carol en una zona en de la que, además, se consideraba dueño indiscutible. La campaña contra Bulgaria desbarató el país de un plumazo. Involucrada en los asuntos balcánicos, Rumanía entró en conflicto con Austria-Hungría, que necesitaba una Bulgaria fuerte como contrapeso a Serbia, que se había hecho demasiado poderosa. Se dice que el rey se opuso formalmente a la movilización y a la campaña militar; también se dice que “el rey lloró”... Pero los acontecimientos demostraron ser más fuertes que él. La valerosa hazaña estaba hecha, Rumanía arrebató 7.500 kilómetros cuadrados a Bulgaria y puso en peligro sus relaciones con Austria-Hungría al caer en la esfera de influencia rusa. Las relaciones internacionales de Rumanía, aparentemente sólidas, han caído en el mayor desorden.

Pero no se trataba sólo de relaciones internacionales. La campaña militar de Rumanía, brillantemente llevada a cabo sin derramamiento de sangre y con la conquista de territorio, causó un enorme desastre en el país. Cuatrocientos mil campesinos, hambrientos y sin derechos, se han visto desplazados, como ejército nacional, a territorio búlgaro, donde los campesinos, libres de ataduras feudales, gozan de sufragio universal. Los judíos, estigmatizados y perseguidos, han sido llamados al servicio militar. Al mismo tiempo, la movilización, tan inmerecidamente elogiada por la prensa europea, mostró a los soldados, en primer lugar, lo que estaba destinado a surgir: el estado profundamente desorganizado de la administración pública en manos de la camarilla política monopolista. Y, para colmo, Bulgaria se ha vengado de Rumanía volviendo contra ella el arma con la que Turquía se había vengado antes de Bulgaria: el cólera. Lenta pero inexorablemente, el cólera se extenderá por el país a medida que se desmovilizaba el ejército, mezclándose con la miseria y la ignorancia.

La agitación militar ha sacudido gravemente la posición internacional de Rumanía y sumido al país en una profunda crisis interna. La cuestión agraria, la del sistema electoral y la de los judíos pesan mucho. En Dobruja, la cuestión búlgara se cierne como un espectro aterrador. Sin embargo, al mostrar los peores aspectos del sistema oligárquico, el curso y los resultados de la aventura militar han dado fuerza e impacto al movimiento socialista.

*Kievskaja Mysl'*, número 218, 9 de agosto de 1913

## A propósito de las reformas

El sueño de la tierra se ha metido en la cabeza de los soldados movilizados. Durante toda la campaña militar, los periódicos, los ancianos de los pueblos y los oficiales jugaron con el hambre de tierra de los campesinos rumanos. Las tierras del Cuadrilátero son realmente excelentes, pero por desgracia ya están ocupadas. No hay latifundios estatales búlgaros que puedan servir de patrimonio al gobierno de Bucarest. La tierra pertenece desde hace mucho tiempo a los campesinos. Circulan rumores de que, una vez cruzada la frontera, los oficiales rumanos fueron a los pueblos a preguntar dónde estaba la casa del latifundista, y se quedaron estupefactos cuando descubrieron que no había ni una sola. En Bulgaria no hay *latifundistas*, por eso sólo en el Cuadrilátero hay varias decenas de agricultores millonarios. La riqueza global de la nueva provincia se estima en unos dos mil millones de francos. Es una cifra impresionante para un país pequeño como Rumanía. Pero, ¿qué importancia podría tener el Cuadrilátero para los campesinos moldavos o valacos? Los terratenientes turcos podían ser expulsados de las tierras que habían arrebatado a Turquía sin ningún reparo porque el bey sabía que se encontraba en territorio hostil. En cambio, la masa compacta de campesinos búlgaros que pueblan estas tierras es un asunto completamente distinto. Cualquier intento de arrebatársela provocaría inmediatamente una lucha guerrillera desesperada, cuando no una revuelta general. La oligarquía rumana aún no ha decidido cómo abordar este problema.

Pero las expectativas de los campesinos rumanos son altas. Por un lado, la campaña militar les ha hecho darse cuenta de que representan la principal fuerza del estado y, por otro, están exasperados por la incompetencia, negligencia e insensibilidad de los gobernantes. Se ha pronunciado la palabra *tierra*. Por primera vez desde la rebelión de 1907, la cuestión agraria se ha impuesto en este país con toda su agudeza. Los partidos del gobierno se agotan en reflexiones y enfrentamientos sobre dos fechas: la revuelta de 1907 y la campaña de 1913. He aquí, por ejemplo, cómo enfocaba la cuestión el órgano oficioso de los liberales: “El feroz rebelde de ayer se ha convertido hoy en defensor de la ley y el orden. Se somete a la disciplina sin rechistar. Los acontecimientos de 1907, como los de 1913, atestiguan que el campesino rumano es una buena masa, sólo hay que saber amasarla”. Esta cínica franqueza se explica por el hecho de que los órganos oficiosos de los tres partidos rumanos dominantes se publican en francés; además, la camarilla gubernamental prácticamente no tiene contacto con el pueblo, entre otras cosas porque éste carece de derechos políticos. Los periódicos de los partidos se utilizan para las disputas internas entre las camarillas o para comunicarse con las cortes y las bolsas europeas o con los diplomáticos europeos. El verdadero carácter de las relaciones políticas en Rumanía puede apreciarse en un pequeño detalle: las principales publicaciones de los grupos políticos gobernantes se imprimen en una lengua extranjera,

la lengua de los *diez mil de arriba* (en realidad, en Rumanía representan menos de la mitad de esa cifra).

El rebelde feroz se ha convertido en el defensor del orden. Pero incluso un defensor del orden, que regresa de la guerra y ha visto frustradas todas sus esperanzas, puede fácilmente volver a convertirse en rebelde. En este sentido, el contacto directo entre los campesinos y los obreros de la ciudad desempeña sin duda un papel importante. El movimiento obrero rumano es joven; la mayoría de los trabajadores organizados tienen entre veinte y treinta años y casi todos han sido movilizados. En cada compañía hay al menos una docena de trabajadores socialistas. Durante toda la campaña, estos trabajadores han seguido haciendo lo que ya habían hecho en tiempos de paz: criticar, denunciar, debatir y hacer propaganda. La clase dominante rumana siempre ha mantenido una división entre el campo y la ciudad. El pueblo rumano siempre ha estado (y sigue estando) excluido de los nuevos modelos de vida, de las nuevas ideas y, en general, de las garantías constitucionales. La constitución rumana garantiza y regula las relaciones entre los distintos elementos de la casta dirigente, pero descuida las relaciones entre ésta y los campesinos. Cuando se trata de preservar la ignorancia rural frente a la perniciosa influencia de la modernidad, todos los partidos dominantes hacen causa común. Esta campaña militar ha abierto sin duda una brecha en el sistema: ha reforzado la percepción del campesino de su derecho a estar descontento, y este descontento se ha definido precisamente por el simple hecho de que el hambre de tierra de los campesinos se ha convertido en tema de discusión entre ellos y los obreros.

Los gobernantes rumanos sienten la necesidad urgente de tomar medidas extraordinarias, pero también saben que cualquier acción sería estaría reñida con sus propios intereses fundamentales. Por eso buscan soluciones milagrosas que eliminen el peligro sin tener que cambiar nada.

Arion, el ministro de tierras del estado, ha hablado de la necesidad de dar a los agricultores 250.000 *pogones* (un pogón equivale a media hectárea) de tierras estatales. Consciente de la insuficiencia de esta medida, ideó un subterfugio utilizando las recientes adquisiciones de la Cuadrilátero. La idea sería la siguiente: el estado compra las tierras de los búlgaros que no aceptan el nuevo poder y las distribuye entre los campesinos rumanos. Se habían presupuestado dos millones y medio de francos para este fin. Con poca confianza en la voluntad de los búlgaros de ceder sus tierras, el gobierno llevará a cabo una verificación general de los derechos de propiedad en Dobruja. Dado que, desde la dominación turca, muchos búlgaros han entrado en posesión de tierras, pero no de los títulos legales correspondientes, y que, después de que Turquía perdiera Dobruja, aún otros entre ellos adquirieron tierras sin observar ninguna formalidad particular, el gobierno rumano espera recuperar una cantidad suficiente de tierras para constituir el fondo estatal. Esta perspectiva preocupa no poco a los búlgaros del Cuadrilátero, como pude comprobar durante mi estancia de cuatro días en Dobruja. Y no cabe duda de que, si se permitiera una confiscación tan páfida (en cualquier caso, insuficiente para satisfacer el hambre de tierra de los campesinos rumanos), habría que contar con la resistencia de los enérgicos y valerosos campesinos búlgaros. Estos últimos ya habían demostrado (durante la revuelta de 1900 contra las reaccionarias medidas fiscales de Radoslavov) su capacidad de luchar con determinación para defender sus derechos.

Los liberales se declaran insatisfechos con las medidas agrarias previstas por el gobierno, por considerarlas insuficientemente *radicales*. Piden que se decrete nada menos que la “enajenación forzosa” en las regiones de Rumanía en las que ni el estado ni los bancos agrícolas poseen tierras. Esto implicaría una indemnización para los propietarios calculada sobre la base del valor de mercado más un veinte por ciento. Obviamente, la carga de reembolsar esta magnánima y usuraria tasa recaería enteramente sobre los

hombros de la clase agrícola, que ya está atrapada en la espiral de la fiscalidad. En realidad, los liberales son absolutamente incapaces, como los conservadores, de ejercer el menor *radicalismo* en el terreno agrario, a pesar de sus protestas en los periódicos contra los latifundistas. Como partido de los nuevos terratenientes (los *ciocoi*), los liberales se ganaron en gran medida el consenso de estos últimos, gracias al crédito agrícola a gran escala concedido a costa del tesoro público. Además, al haber estado en el gobierno y a la cabeza del ministerio de hacienda durante veintiocho años (después de 1866), los liberales adquirieron, gracias al crédito agrario a pequeña escala, el apoyo de todos los elementos del campo surgidos de las masas, gracias a su posición y a su espíritu de iniciativa: kulaks, maestros y sacerdotes.

La masa políticamente impotente de los campesinos ha sido reducida por estos sistemas a condiciones de servidumbre, en beneficio de la oligarquía rural que constituye el principal apoyo del gobierno de la camarilla de boyardos y *ciocoi*. Parece absolutamente claro que el partido liberal, en simbiosis con los elementos del parasitismo agrario, es incapaz, al igual que el partido conservador, de conducir a Rumanía por el camino de la democracia agraria, camino que ha tomado, por el contrario, Bulgaria. Mientras tanto, los partidos gubernamentales se enzarzan frenéticamente en torno a la cuestión agraria, con polémicas en los periódicos, acusaciones y denuncias mutuas que sacuden el mundo rural, ya agitado por los acontecimientos militares. La tensión crece en el campo.

Después de la cuestión agraria viene, por orden de importancia, la reforma del sistema electoral. De los 183 diputados de la asamblea nacional rumana, 70 son elegidos por los latifundistas y los grandes capitalistas, 75 son impuestos por el gobierno latifundista a la pequeña y mediana burguesía de las ciudades y 38 fueron seleccionados entre los *colegios rurales*. Estos últimos se dividen a su vez en dos, de modo que 30.000 kulaks (taberneros, arrendatarios, usureros, sacerdotes, profesores-kulaks) tienen más peso que los 1.300.000 cabezas de familia restantes. El parlamento rumano resultante no es más que una especie de *propiedad inalienable* de cinco mil latifundistas.

En Bulgaria, donde la servidumbre del campesinado fue abolida al mismo tiempo que la dominación turca, el sufragio universal, como instrumento político de la democracia campesina, es ahora un factor de conservadurismo y lo seguirá siendo hasta que el desarrollo capitalista transforme al proletariado búlgaro en una poderosa fuerza política. En cambio, en Rumania, donde el feudalismo aún no ha sido abolido, el sufragio universal, al dar a los campesinos la posibilidad de liberarse de la servidumbre, representa innegablemente una consigna revolucionaria.

Si es inútil esperar que la casta dominante se elimine a sí misma mediante la expropiación en gran escala del latifundio, del mismo modo sería ingenuo esperar que aceptara suicidarse por un método indirecto... es decir, mediante la concesión del sufragio universal. Los liberales prometen suprimir el sistema curial e introducir el colegio electoral uninominal. Sin embargo, esta reforma seguirá siendo un expediente técnico mientras no se definan los cocientes censales necesarios para la admisión al voto. Si Rumanía contara con una clase media sólida, que pudiera disfrutar de derechos electorales, aunque fuera dentro de los límites de una cláusula censal, el panorama político del país cambiaría. Pero Rumanía es un país formado por una aristocracia agrofinanciera y una masa de campesinos pobres. En estas condiciones, una cláusula de censitaria no significaría más que el mantenimiento de la dominación de la vieja oligarquía. Por el contrario, el sufragio universal supondría una ruptura radical con las instituciones y tradiciones de la barbarie boyarda.

En tercer lugar, está la cuestión judía. Del mismo modo que se sugirió la idea de la tierra a los campesinos movilizados, se habló de la igualdad de derechos para los judíos.

En cuanto estuvo claro que no habría guerra, los oficiales pasaron de los buenos modales a los métodos brutales, cubriendo a los soldados con todo tipo de insultos. Del mismo modo, tan pronto como estuvo seguro de que no había peligro inmediato, el gobierno cambió radicalmente su actitud hacia los judíos o, para ser más precisos, recurrió al habitual tono arrogante y a la prepotencia antisemita. La *Unión Judía*<sup>271</sup> del país ha lanzado un llamamiento a los judíos para que proclamen alto y claro su patriotismo. Por supuesto, todo esto no es más que un espectáculo. Pero una de las consecuencias de este llamamiento ha sido que varios centenares de jóvenes judíos, en su mayoría estudiantes que esperaban adquirir el derecho de ciudadanía, se presentaron voluntarios. Tras un mes en los cuarteles, se les comunicó que habían sido aceptados por error y quedaron excluidos del ejército. Durante la campaña, los judíos movilizados sufrieron todo tipo de humillaciones a manos de las autoridades militares. Al comienzo de la movilización, se dio por sentada la naturalización de todos los judíos (se calcula que unos 15.000) que participaban en la campaña. Sin embargo, incluso esta modesta medida, que sólo afecta a una vigésima parte de los judíos rumanos, es poco probable que se adopte hoy en día.

La prensa de todos los partidos del gobierno sostiene que los judíos no tienen nada de qué quejarse, ya que pronto serán naturalizados “en masa”. En realidad, durante este año excepcionalmente favorable para los judíos, el número de naturalizados ascendió a... sesenta y una personas. Si las cosas siguen a este ritmo, ¡pasarán dos siglos y medio antes de que todos los judíos movilizados puedan disfrutar de derechos civiles!

La iniciativa de Luzzatti (es decir, la carta en la que proponía la creación de un comité internacional para garantizar los derechos civiles y políticos de los judíos rumanos) ha provocado una furia paroxística en la prensa local. Por un lado, la casta dirigente rumana declara que los judíos son extranjeros y, por otro, que el resto del mundo no tiene derecho a intervenir contra las humillaciones que inflige a esta categoría de sus súbditos. “Renegad de él, renegad. ¡Los judíos debéis repudiar a Luzzatti ya!” es la exigencia de toda la prensa liberal y conservadora. Incluso el líder del ala izquierda populista del partido liberal, el emigrado político ruso Sterea, que debió de adquirir su arrogancia en la política moldava, se sintió en el deber de expresar en la prensa su asombro por el hecho de que los judíos aún no hubieran “renegado” de Luzzatti. Nadie es capaz de decir con precisión qué es lo que hay que repudiar. Pero el cálculo, basado en la mentalidad eslava de los dirigentes de la Unión Judía, ha resultado acertado. En lugar de estar a la altura del desafío y avergonzar a uno de sus desvergonzados líderes, su cuerpo de prensa se ha retorcido como una serpiente. “Es imposible rebatir los hechos mencionados por Luzzatti porque son irrefutables. Pero quienes nos acusan de soltar fábulas a la prensa europea nos calumnian (!). Consideramos que la injerencia de los políticos judíos es absolutamente inútil, cuando no perjudicial. Estamos completamente de acuerdo, en este punto, con nuestros estadistas (por ejemplo, con el rumano Puriškević).” La respuesta del periódico judío, junto con otras acciones de la Unión Judía, ha tenido la feliz singularidad de conseguir matar dos pájaros de un tiro. Su sumisión, desgraciadamente no incondicional, irrita a la oligarquía, mientras que su mezquino servilismo le hace perder el respeto de los partidarios sinceros de la igualdad de derechos para los judíos.

Sólo el partido de los trabajadores de Rumanía atribuye a la cuestión judía su verdadera importancia. La convierte en una cuestión de lucha por la democracia, inseparable de la abolición de la dominación política y económica de la oligarquía semifeudal. Aparte del partido de los trabajadores, no existe en Rumanía ninguna otra fuerza democrática organizada que sea consciente de sus propios deberes. Pero esto no significa que el partido socialista esté aislado. Al contrario, la necesidad objetiva de asumir el papel de guía de todos los sujetos que hoy son políticamente pasivos, pero cuya

existencia y desarrollo son incompatibles con el régimen actual, se ha impuesto al partido. Se trata, en primer lugar, de los campesinos rumanos, muy sacudidos por la guerra, luego, de las masas obreras judías a las que la Unión arrastra al campo de las ilusiones y humillaciones políticas y, por último, de la población democrática de Dobruja que, mañana o pasado mañana, tendrá que preocuparse de qué actitud adoptar frente al orden político vigente en Rumanía.

Como ya hemos visto, las perspectivas de reforma desde arriba son extremadamente efímeras. Esto no impide que la necesidad de reforma sea un hecho objetivo que confiere un carácter revolucionario a la situación política. Aunque la constitución tiene ya medio siglo, quizás sería apropiado decir que es precisamente a causa de esta constitución por lo que Rumanía no ha comenzado todavía su revolución burguesa. Bajo la dominación turca, se formó en Rumanía una casta feudal alógena, gobernada no por una monarquía nacional, sino por un núcleo turco-fanariota. Una vez abolida la dominación extranjera, no había lugar para el absolutismo monárquico en el país, y la única fuerza política existente era la casta de los boyardos. Esta casta sólo podía imponer su dominio en forma de absolutismo oligárquico, y los cimientos de este absolutismo los proporcionó la constitución de 1866. A falta de una dinastía nacional, la oligarquía había puesto sus miras en un príncipe alemán como maestro de ceremonias. Pero cuanto más duraba el absolutismo oligárquico feudal, más contradicciones se acumulaban. Al final, toda la historia política de Rumanía se resume en las exigencias *europeas* de reformas internas y la incapacidad de la casta dirigente para aplicarlas. Ahora es una guerra, y no es la primera vez que ocurre en la historia, la que ha presentado a la oligarquía la suma total de sus pecados y crímenes. Queda por ver si el pueblo, que es el acreedor, tendrá la fuerza suficiente para exigir el pago.

*Kievskaja Mysl'*, número 257, 17 de septiembre de 1913

## Hacia una catástrofe nacional

El escandaloso entusiasmo de la prensa europea por la política rumana, calificada de sabia, moderada y enérgica, se ha apagado por fin. Ya era hora. Pero, ¿qué era lo que había despertado este entusiasmo?

Se decía que la intervención militar de Rumanía pondría fin a la guerra de los Balcanes. Pero, ¿quién, si no Rumanía, fue la causa de la segunda guerra de los Balcanes? La política búlgara no fue más que una casualidad criminal, pero la rumana fue un modelo de vil rapacidad. Los rumanos esperaron a que Bulgaria estuviera agotada y sus relaciones con sus aliados se hubieran deteriorado. Rumanía llevó deliberadamente a Bulgaria a la locura y la desesperación. Serbia y Grecia podrían haber tomado la iniciativa de atacar a Bulgaria, incluso sin un acuerdo previo con Rumanía, pero es seguro que en ese caso Rumanía nunca les habría permitido aplastar a Bulgaria. No cabe duda de que se concluyó un pacto en el que también participó Turquía, directa o indirectamente. La nota amenazadora enviada por Bucarest a Sofía, una semana antes del estallido de la segunda guerra de los Balcanes, fue la señal para esta última. De no haber sido por esta provocación deliberada por parte de Rumanía, Serbia y Grecia probablemente habrían refrenado sus apetitos y se habrían planteado un acuerdo diplomático con Bulgaria. De todas las hipocresías sobre los intereses “nacionales”, sobre la “liberación” y demás, que han rodeado de un halo de gloria el trabajo de las bayonetas en los Balcanes, la noble palabrería sobre el papel pacificador de Rumanía es sin duda la más repugnante.

Sin embargo, queda la cuestión de la *sensatez* de los gobernantes rumanos. No tuvieron prisa, no enturbiaron las aguas, plantearon exigencias moderadas, esperaron el momento oportuno y luego, sin sufrir pérdidas, consiguieron lo que querían. ¿Pero qué querían? Una Bulgaria antagonista y exacerbada, una provincia rebelde en la frontera búlgara, fuertes gastos militares, caos económico y cólera. ¿Era esto lo que querían? Pero dejemos eso de lado por el momento. Los gobernantes de Bucarest consiguieron lo que querían. Eso es indiscutible, por el momento. Pero lo que, visto desde fuera, puede parecer una sabia moderación, es en realidad el resultado de su intemperancia, agravada por su inseguridad. El gobierno de Bucarest temía la guerra. Era consciente de la superioridad moral del ejército búlgaro. Un ejército de campesinos libres, alfabetizados y con derecho a voto, se habría enfrentado a un ejército, el rumano, de siervos de la tierra. El gobierno rumano ni siquiera estaba seguro de poder reunir sus reservas. ¿Responderían los hambrientos campesinos, los salvajes rebeldes de 1907, a la llamada a filas del ejército?

Consumido por los celos de los éxitos ajenos, el gobierno de Bucarest vaciló, negoció y buscó la bendición de las grandes potencias. Se mantuvo alerta. Cuando Rusia y Austria colgaron ante los ojos de los aliados balcánicos el terrible espantajo de la inviolabilidad del statu quo turco, nadie se asustó, nadie se detuvo. Cuando Rusia, valiéndose también de amenazas, ordenó a Bulgaria y Serbia que se sometieran a su arbitraje, ambos países no dudaron en resolver su conflicto por la fuerza de las armas. Despreocupados por la decisión tomada en Londres por *Europa* de entregar Andrinópolis a los búlgaros, los turcos reconquistaron y retuvieron la fortaleza. Sólo Rumania, que se alineó con deferencia al lado de Europa, o más bien de Rusia y Francia, renunció desde el principio a sus planes. Pero no lo hizo por espíritu de lealtad, sino porque la oligarquía en el poder no se sentía cómoda en la silla de montar. De ahí la sucesión de oscilaciones, desconfianzas y prevaricaciones.

En realidad, la oligarquía sólo estaba esperando el momento oportuno para emprender una acción *enérgica* sin riesgos. Ese momento llegó, no por méritos propios, sino gracias a las circunstancias. Bucarest no posee las cualidades de firmeza y amplitud en la aplicación de un programa político, como lo demuestra el hecho de que Carp<sup>272</sup>, líder de los conservadores y defensor de una política firme hacia Bulgaria, se viera obligado a dimitir y fuera sustituido por Maiorescu e Ionescu. Estos últimos mantuvieron, o fingieron mantener, que estaban en contra de la guerra, pero luego fueron ellos, y no otros, quienes emprendieron la campaña militar. Por ejemplo, Ionescu, un *balalajkin*<sup>273</sup> político, practicaba sus poses de guerrero delante de un espejo para poder mostrar sus músculos de acero a toda Europa.

Sin embargo, poco se puede decir a favor de la inteligente moderación de su plan o del vigor con que se llevó a cabo. Queda por analizar el éxito militar de la movilización y el de la campaña en su conjunto. Durante mes y medio, la prensa europea y local escribió con entusiasmo sobre ella. La movilización se habría llevado a cabo con rapidez y eficacia; todos los reservistas se habrían presentado; el cruce del Danubio no habría durado más de siete horas y los sucesivos movimientos del ejército en territorio búlgaro se habrían realizado con la rapidez de los automóviles, etc., etc., etc. Pues bien, nueve décimas partes de lo que se ha escrito sobre el tema no son más que *blagues*<sup>274</sup>, chismes y exageraciones periodísticas.

En realidad, el excesivo júbilo por la movilización delata la falta de confianza de las autoridades en su éxito; delata el hecho de que no sentían pisar terreno seguro. Sin embargo, la movilización rumana demostró que un estado oligárquico, indisciplinado y desmoralizado, gracias a su nivel de centralización, sigue siendo siempre un aparato suficientemente fuerte. Bajo la amenaza de sanciones, los campesinos acudieron desde los rincones más remotos del campo y se presentaron puntualmente en los cuarteles.

Cuando las autoridades se enteraron de ello después de hacer el recuento de los soldados, hicieron alarde del heroico entusiasmo del pueblo. Descubrieron que los campesinos moldavos y valacos ardían de celoso patriotismo y que desde hacía tiempo aspiraban a “rectificar” la frontera sur, en sintonía con las concepciones estratégicas del estado mayor rumano. Todos los demás signos de entusiasmo se pusieron inmediatamente de manifiesto: los soldados en filas entonaban canciones y silbaban alegremente, metiéndose dos dedos en la boca; los oficiales golpeaban sonoramente las vainas de sus espadas contra las aceras o encabritaban sus caballos; la gente gritaba “¡Viva!” en las calles; desde sus balcones, las mujeres arrojaban flores a los futuros héroes; los periodistas juraban proteger a sus esposas e hijos. Por último, la querida del comandante en jefe, conocida en toda la ciudad, vestida como una amazona y ardiendo en deseos, se dispuso a cumplir con su deber para con el estado hasta en el mismo campo de batalla. Naturalmente, no es culpa suya que no viéramos la sombra de un verdadero campo de batalla. El hecho es que, en realidad, no hubo campo de batalla alguno.

Si hubiera tenido lugar en condiciones de guerra, el cruce del Danubio en siete horas y el avance sucesivo en territorio enemigo habrían sido probablemente dignos de elogio. Pero no había condiciones de guerra, porque no había guerra. La artillería búlgara no custodiaba la orilla derecha del Danubio, no había obstáculos que impidieran el cruce del río y la vanguardia que precedía a la caballería no encontró resistencia. El ejército rumano se extendió por el territorio enemigo como si estuviera en casa. A juzgar por las condiciones en que se desarrollaron, las operaciones militares pueden considerarse maniobras por las que no hay motivos para elogiar al ejército rumano, que, por el contrario, logró poner al descubierto la monstruosa negligencia, incompetencia y confusión que reinan en todos los sectores de la administración militar.

Como suele ocurrir en los países donde el poder está en manos de una oligarquía irresponsable, los servicios de abastecimiento resultaron ser los peor gestionados. En los ministerios, un tercio de los créditos (se dice) son robados, y los dos tercios restantes, como es bien sabido, se utilizan principalmente no para los fines previstos, sino para cubrir las huellas de los ladrones. Ahora, a medida que la marea de versos y prosa poética que celebraba la movilización se desvanece, poco a poco, las columnas de la llamada prensa “independiente” de la oposición se llenan de revelaciones sobre el ministerio de la guerra. Las requisiciones militares se llevaron a cabo con deliberado y casi total desprecio de las necesidades, tanto del ejército como de la población; por otro lado, la clientela política y los intereses personales de quienes llevaban a cabo las requisiciones tenían su lugar.

Los opositores políticos eran oprimidos de todas las formas posibles, mientras que los partidarios del gobierno se beneficiaban de indulgencias ilícitas; los ricos conseguían entrar, sin dificultad, por el ojo de la aguja, mientras que el campesino más pobre veía desaparecer su último buey. En algunos casos, el abuso del poder administrativo se llevó aún más lejos. Las autoridades municipales de Bačau, en connivencia con ciertos funcionarios, falsificaron certificados de requisas, por ejemplo. Según los periódicos, más de la mitad de la suma (dos millones de francos) destinada a equipar camiones del ejército fue retenida indebidamente. Algunos oficiales traficaban con gasolina, aceite lubricante y neumáticos. Y el ejército, con todo tipo de agujeros en sus arcas, pasó hambre. La ración media distribuida a los soldados no superaba los 250 gramos de pan al día, a menudo mohoso e incomedible. En el IV Cuerpo, el oficial médico declaró incomedibles al menos 40.000 barras de pan, lo que provocó enfermedades y muertes, incluso entre los caballos. Los soldados pasaban a menudo tres o cuatro días seguidos sin pan, por lo que se veían obligados a comer trigo mal cocido, lo que provocaba trastornos intestinales en muchos de ellos. Y los demás sectores de abastecimiento hacían lo mismo.

Obviamente, el resultado de todo esto fue el agotamiento total del ejército, después de sólo cuatro semanas de campaña. Los corresponsales de Reuter, que siguieron de cerca tanto al ejército rumano como al búlgaro, sostienen que los soldados búlgaros no estaban tan agotados después de diez meses de marchas y combates como los soldados rumanos después de un solo mes de *paseo*. Pero el servicio de abastecimiento búlgaro no era ciertamente mejor. ¿Qué habría sido del ejército rumano si hubiera tenido que luchar de verdad? El servicio médico estaba en peores condiciones que el servicio de abastecimiento. Cientos de miles de rumanos fueron enviados, sin ninguna precaución, a un territorio que se sabía infestado de cólera. En Vratca, a pesar de las recomendaciones de las autoridades locales, el mando del ejército rumano autorizó a las tropas a llevarse ropa del hospital del campo de artillería búlgaro, ropa que ya había sido usada por las víctimas del cólera. En Orhani, fueron los propios comandantes quienes distribuyeron a sus hombres artículos que habían pertenecido a víctimas búlgaras del cólera. Las tropas rumanas pasaron diez días en este terrible foco de cólera, sin disponer siquiera de un microscopio para análisis de laboratorio. Sin embargo, finalmente se envió un microscopio desde Vratca, pero antes de que llegara, los soldados enfermos de disentería fueron alojados en los barracones ocupados anteriormente por las víctimas del cólera. El cólera se propagó inmediatamente por el ejército en forma de epidemia. Tanto el número de médicos y enfermeras como la cantidad de alimentos y medicinas eran insuficientes. El número de muertos se mantuvo en secreto o se subestimó absurdamente. En cualquier caso, miles de soldados ya habían muerto y miles de enfermos habían invadido los lazaretos y propagaban el cólera por todo el país.

A la postración física del ejército le siguió inmediatamente la postración moral. En Rumanía, la relación entre oficiales y soldados es antagónica, como en todos los países donde está en vigor la servidumbre de la tierra: es una relación entre terratenientes y sus esclavos. Al comienzo de la campaña, si no verdaderas batallas, al menos sí que se esperaban combates. Así que los oficiales se mostraban corteses con sus soldados, evitando alimentar su resentimiento. Pero cuando quedó claro que los búlgaros habían decidido no oponer resistencia para no dar al gobierno de Bucarest ni un pretexto para aumentar sus exigencias, el comportamiento de los oficiales cambió radicalmente. Cuanto más hambrientos y furiosos se resistían los soldados a sus órdenes, más duras eran las medidas disciplinarias. La campaña búlgara se caracterizó por la reintroducción de los castigos corporales en el ejército. Los soldados eran azotados por la más mínima transgresión. A menudo se ataba al infractor a un árbol y se le dejaba al sol durante horas. De vuelta a casa, en un arrebatado de ira indescriptible, los soldados relataron los horrores que habían experimentado y escribieron docenas de cartas al respecto al periódico local de los trabajadores.

El 9 de mayo de 1868, el príncipe de Rumanía escribió en su diario: “El príncipe ha abolido la flagelación en el ejército y esta decisión figura en una orden firmada por el ministro de guerra. Cuanto más se inmiscuyen otros países en los asuntos internos de Rumanía, tanto más diligentemente trabaja el príncipe en la tarea que más le interesa: mejorar el ejército. Esta tarea, que es imperativa, requiere ante todo la restauración de la dignidad de los soldados y la abolición de los bárbaros castigos corporales.” Desde entonces han pasado cuarenta años, casi una generación y media. En el ocaso de un reinado que duró casi medio siglo, el rey Carol envió a su ejército a la batalla contra un enemigo desarmado y atado de pies y manos. Pues bien, al cabo de sólo un mes, tuvo que reintroducir los “bárbaros castigos corporales”, para mantener la disciplina en la que se basaba el ejército, y arrastrar por el fango la “dignidad de los soldados”. Este simple e indiscutible hecho demuestra, con claridad cegadora, cuán falsas eran las exaltaciones del progreso rumano. La “dignidad” no puede inculcarse a los soldados si se niega a la masa

trabajadora de la población. El campesino ignorante, degradado y esclavizado puede dejarse engañar por el espejismo de la tierra por conquistar más allá de la frontera, pero nunca se convertirá en un soldado consciente y autónomo. En Rumanía, un país periódicamente devastado por el hambre y con una burocracia corrupta e irresponsable que niega a las masas sus derechos políticos, no se puede confiar en el ejército, sobre todo cuando llega el momento decisivo. La reaparición del bastón es la mejor prueba de lo que decimos.

Está claro que el comportamiento de un ejército como el rumano, que ha ocupado el territorio indefenso de otro país, no puede ser un ejemplo de nobleza de alma y generosidad. Naturalmente, no se ha producido derramamiento de sangre, ni masacres, ni destrucción de ciudades y pueblos. Ni se daban, ni se podían dar, las condiciones necesarias para el desencadenamiento de la furia destructiva. Pero el robo, la violencia y la violación estaban a la orden del día. La codicia individual, el impulso de apoderarse de todo y el pillaje desempeñan un papel más importante en las guerras actuales de lo que generalmente se cree. Un hombre, arrancado de su familia y de su entorno y enviado a territorio enemigo, es presa de los mismos sentimientos que impulsaron al caminante del siglo XIII al “Santo Sepulcro”... Este ejemplo lo ofrecieron los oficiales que, además de sillas de montar, recogieron de los depósitos militares búlgaros máquinas de coser y espejos para sus casas. Naturalmente, los soldados siguieron su ejemplo y robaron todo lo que pudieron. En Vratca, irrumpieron en un polvorín, convencidos de que los búlgaros habían escondido allí objetos de valor. Una explosión mató a muchos de ellos.

Ahora los pobres regimientos *victoriosos* han regresado a casa, demacrados, cansados y amargados. Y el cólera ha llegado con ellos. El ministro de sanidad intenta tomar medidas de precaución. La naturaleza de estas medidas queda bien ilustrada por el rociado simbólico de cal en las carreteras periféricas de Bucarest. Pero el mando del ejército no ve ningún sentido en tomar medidas sanitarias. Todos los oficiales tratan de mantenerse alejados de las tropas infectadas y se encierran en sus casas. Incumpliendo las órdenes, los oficiales abandonan los vagones y entran en los restaurantes de las estaciones, con las pistolas en mano, para obtener comida de los aterrorizados camareros. Los soldados, agotados, no tienen el valor de someterse a la cuarentena. Las autoridades médicas se quejan y amenazan con dimitir. El ministro del interior, Take Ionescu, ha abandonado el país, habiendo decidido, sabiamente, pasar en Francia la fase más virulenta de la epidemia de cólera. La anarquía es total en todo el aparato administrativo. El cólera, impertérrito ante la aparente constitución europea de Rumanía, se propaga fácilmente en las condiciones asiáticas creadas por la pobreza y la ignorancia de los gobernados, pero también por la negligencia criminal de los gobernantes. No sólo se extiende por el campo y asfixia los suburbios, sino que también penetra en los barrios acomodados del centro de la capital. Incluso se dan casos de cólera en la principal arteria de la ciudad, Calea Victoriei...

También llegan malas noticias de las provincias conquistadas. Los búlgaros no pueden creer que se hayan convertido en ciudadanos rumanos. Se les ha explicado que, tras la “rectificación de fronteras”, tendrán que rezar en la iglesia, no por el rey Fernando, sino por el rey Carol. Pero no pueden creerlo. Han derramado su sangre para liberar a sus hermanos macedonios (realmente creían en ello), algunos han perdido la vida y otros han vuelto a casa desde los campos de batalla. Y hoy les dicen que los macedonios “liberados” se han convertido en ciudadanos serbios y griegos, mientras que ellos, los liberadores, son ahora ciudadanos rumanos, sin derechos políticos, nacionales ni culturales. Como pueden imaginar ustedes, no es fácil creer en semejante burla del destino. Sin embargo, podemos predecir con seguridad que el gobierno rumano pronto podrá utilizar medidas tan persuasivas que los búlgaros no tendrán más remedio que creerlo.

Aunque el gobierno conservador de coalición haya dotado al país de una nueva provincia (además del cólera, claro), se da cuenta de que no transita un camino de rosas. Dentro del gobierno, hay una lucha entre los conservadores y los conservadores-demócratas que está destinada a agriarse. En las nuevas provincias (una región rica con una renta anual de unos 163 millones de francos), hay miles de puestos administrativos a la espera de ser cubiertos, y cada una de las camarillas gubernamentales quiere obtenerlos para su propia clientela política. Desgarrado internamente, el gobierno también está totalmente desacreditado en el extranjero y carece de autoridad en el interior.

Los liberales, el partido más grande de Rumanía, son los principales responsables de la situación actual. En los cuarenta y siete años de existencia de la nueva Rumanía, han ocupado el poder durante veintiocho años. Son los máximos responsables de la conquista del Cuadrilátero, que, por cierto, formaba parte de su programa, y presionaron a los conservadores para que lo llevaran a cabo. Hoy, deseosos de volver al poder, los liberales dicen estar dispuestos a “resolver” la cuestión agraria y reformar el sistema electoral. De acuerdo con los conservadores, hacen vagas pero tentadoras promesas a los judíos. Sin embargo, la composición social y las tradiciones del partido liberal rumano les impiden eliminar o romper las cadenas feudales que obstaculizan el desarrollo del país.

En Macedonia, una catástrofe exterior ha abolido las relaciones feudales y, al expulsar al bey turco (y matar a la mitad de los campesinos, N.B.), la guerra de los Balcanes abolió allí el feudalismo. En Rumania, la catástrofe de los Balcanes no ha hecho más que agravar los problemas internos, sin ofrecer la menor esperanza de aportar solución alguna. El poder en Rumanía no está en manos de una casta dirigente turca, sino de una casta autóctona. Ninguna catástrofe exterior puede derribarla. En cambio, se puede afirmar con absoluta certeza que las políticas de esta casta dirigente, en sus variantes conservadora o liberal, están precipitando al país, a pasos agigantados, hacia una catástrofe nacional.

*Kievskaja Mysl'*, número 261, 21 de septiembre de 1913

## La cuestión judía

Nada mejor que la cuestión judía deja al desnudo completamente, de forma tan cruda, la realidad de Rumanía. El rey Carol afirma con orgullo que nunca ha salido del ámbito “estrictamente constitucional”. La prensa rumana goza de gran libertad: desde hace tiempo se permiten comentarios impensables achacados al Rey sin consecuencias. En este país, a los ministros no se les llama “Excelencia”. Los refugiados políticos no son extraditados. Pero debajo de esta apariencia dorada de las libertades políticas, hay otra Rumanía, la real. Surge cuando la cuestión agraria se plantea con fuerza y, sobre todo, cuando la cuestión judía pasa a primer plano.

Los judíos rumanos son trescientos mil. No se les considera ciudadanos rumanos, aunque ellos, sus padres y sus abuelos hayan nacido en Rumanía. No gozaban, ni gozan, de la protección de otros estados y pueden ser expulsados del país en cualquier momento como extranjeros. Los judíos rumanos no están protegidos por la constitución. Familias que han vivido en Rumanía durante generaciones se ven reducidas a considerarse, y nunca podrán olvidarlo, como huéspedes. Pero eso no es todo. Mientras los excluye de todos los derechos, el estado concede a los judíos todos los honores de la ciudadanía. No sólo tienen que pagar impuestos, sino que también tienen que hacer el servicio militar. Así, aunque

se les consideraba extranjeros, sirven en el ejército rumano. El estado, que niega el título de ciudadano rumano al obrero, artesano o comerciante judío (un derecho básico que se concede a cualquier carterista, siempre que pertenezca a una etnia rumana), pues bien, este mismo estado ha llamado a filas recientemente a treinta mil judíos sin derechos.

La cuestión judía deja al desnudo a Rumanía y revela la condición servil de la clase campesina, el parasitismo a costa del presupuesto estatal, el dominio político de la camarilla de boyardos y *ciocoi* y, para colmo, la total falta de derechos de los judíos rumanos.

Rumanía está gobernada por un Puriškevič. Es el dueño del territorio rumano, es también el que mete las manos hasta el codo en las arcas del estado. La atmósfera política y social está saturada de sus exhalaciones ideológicas y morales.

Puriškevič odia a los judíos. Pero es un odio particular. Sin los judíos, Puriškevič no podría sobrevivir. Lo sabe perfectamente. Necesita a los judíos. ¿Pero de qué tipo? Judíos sin derechos, porque, gracias a esta falta de derechos, están privados de su individualidad. Este tipo de judío debe servir de intermediario entre el Puriškevič latifundista y los campesinos, entre el Puriškevič político y su clientela. Le es útil como agricultor, usurero, mediador o chupatintas. Le confía sus asuntos más deshonestos, que son, por cierto, los únicos que posee Puriškevič. Pero eso no es todo. Al mismo tiempo que es utilizado como instrumento de explotación feudal, el judío privado de sus derechos debe servir de pararrayos contra la ira de los explotados.

Tras haber robado a los campesinos y vaciado las arcas del estado, que fueron llenadas por ellos, el Puriškevič de Rumanía cumple su más noble tarea cuando, desde la tribuna de oradores o en las columnas de los periódicos, denuncia airadamente al campesino y usurero judío. Tales son los fundamentos feudales del antisemitismo rumano. Pero la cuestión no termina ahí. En una sociedad estancada, en la que el desarrollo económico, obstaculizado por una serie de limitaciones, avanza muy lentamente, las numerosas necesidades insatisfechas empujan a diferentes grupos de personas a tomar el camino de menor resistencia, es decir, el antisemitismo. Evidentemente, una vez compradas o cultivadas las tierras de los boyardos, los nuevos latifundistas (los *ciocoi*) trataron de concentrar la usura rural en manos cristianas, rumanas y nacionales, es decir, en sus propias manos.

Expulsados del campo, los judíos constituyen casi un tercio de la población de las ciudades rumanas. La competencia con los judíos irritaba al artesano, al tendero, al dueño del bistró, así como al médico o al periodista. El abogado, el funcionario y el oficial temen que los judíos, una vez obtenida la igualdad de derechos, les quiten sus clientes o les arrebaten los negocios. El maestro y el cura, promotores en el campo de la idea de un estado nacional basado en la servidumbre de la tierra, señalan al judío como la causa de la pobreza campesina e incluso de la servidumbre de la tierra. Los pocos periódicos que llegan al campo tenían el mismo discurso. El antisemitismo se ha convertido en una religión de estado, el último elemento psicológico que cimenta una sociedad feudal en descomposición, cubierta por el manto dorado de una constitución basada, por cierto, esencialmente en el privilegio.

En el Congreso de Berlín de 1878 (cuando los diplomáticos europeos redibujaron con sus propias manos el mapa del sureste de Europa) una de las preocupaciones fundamentales fue dejar la puerta abierta de par en par a la entrada de capital europeo en los nuevos estados. En estrecha relación con esto, se exigía la igualdad de derechos civiles para todas las nacionalidades y confesiones religiosas. El artículo 44 del Tratado de Berlín<sup>275</sup> lo convirtió en una condición para el reconocimiento de la independencia de los estados balcánicos. Rumanía se enfrentó al problema de incluir a sus 300.000 judíos como ciudadanos de pleno derecho. De lo contrario, corría el riesgo de quedar excluida del

derecho internacional aprobado en el Areópago de Berlín y también de verse privada de las más mínimas garantías previstas en las negociaciones diplomáticas. Pero la camarilla política que gobernaba Rumanía no quiso tomar en consideración la idea de conceder la igualdad de derechos a los judíos. Independencia del estado, consagración de su posición internacional... pero ¿desde cuándo una casta feudal sacrifica voluntariamente siquiera uno de sus privilegios en el altar de tales abstracciones? Así comenzó una agotadora controversia entre Europa y el gobierno rumano sobre el destino de los judíos rumanos.

Es, en efecto, una de las páginas más interesantes de la historia de la diplomacia europea. Las tradiciones de su familia y su investidura como rey de Rumanía (pero en ese momento todavía era un príncipe), alejaron a Carol de la sospecha de ser judío. Por el contrario, estaba sinceramente indignado: el reconocimiento de su principado independiente de Rumanía dependía de la suerte de unos cuantos judíos que habían vivido, hasta ahora, sin derechos y que bien podían seguir haciéndolo. Pero sus contactos con los diplomáticos europeos le convencieron de que no había otra salida: había que hacer concesiones. En 1868 (diez años antes del Congreso de Berlín, cuando la cuestión de los judíos rumanos ya había sido planteada por los diplomáticos europeos en virtud del artículo 46 del Tratado de París<sup>276</sup>) le escribió el padre del rey, Karl-Anton de Hohenzollern-Sigmaringen, pródigo en consejos para su hijo y punto de contacto entre Carol y su poderoso pariente en Berlín: “Tengo mi propia opinión sobre los judíos: es una cuestión de *noli me tangere* [que en nada me afecta]. Es una enfermedad infantil de Europa y debe aceptarse como lo que es: un estado de cosas. Este problema no puede ser ignorado porque toda la prensa europea está bajo el dominio financiero judío. En una palabra, las finanzas judías son un gran poder cuyos favores pueden ser beneficiosos y cuya hostilidad puede ser muy peligrosa.”

El viejo feudalista observaba el poder del capital financiero con temor místico; a sus ojos se identificaba con el judaísmo. Para los Hohenzollern, padre e hijo, la cuestión judía no giraba en torno a esos malditos parias que vivían en los asquerosos suburbios de Moldavia; no, los Hohenzollern hacían de ella únicamente una cuestión de sus relaciones con los Rothschild y los Bleichröder, ya que “toda la prensa europea está bajo el dominio financiero de los judíos”.

Los pogromos, los abusos judiciales y administrativos contra los judíos rumanos, habían atraído la atención europea. Preguntas parlamentarias, campañas de prensa, notas diplomáticas... En 1872, el Kaiser Guillermo I escribió a su pariente en Bucarest. En su carta, escrita de su puño y letra, le decía esencialmente que había que poner fin a “esta historia”. La opinión pública europea, que en aquella época no estaba acostumbrada al espectáculo de la persecución judía, instó a los diplomáticos a intervenir activamente. En esta ocasión, el rey Carol escribió a su padre en junio de 1872: “Hasta hace unos meses, los israelitas de este país gozaban de la simpatía de ciertos círculos; pero desde que comenzó toda la conmoción en Europa y la prensa judía de todos los países ha sometido a nuestro país a ataques directos, con el fin de obtener de nosotros la igualdad de derechos para los judíos, no queda ninguna esperanza para éstos.” Está claro que las finanzas judías son un poder. El rey Carol era consciente de ello, pero también había aprendido a tener en cuenta otro factor. Al igual que los boyardos rumanos, que apenas están dispuestos a sacrificar sus privilegios en el altar de los intereses internacionales del país, los judíos de las finanzas no piensan ni por un momento en renunciar a excelentes beneficios por la causa de sus correligionarios de Moldavia. “Las altas finanzas judías [escribió el rey a su padre], declaran que no harán negocios con la Rumanía antisemita y se opondrán a cualquier intento de hacerlo. A pesar de ello, llegamos a un acuerdo con una gran empresa de judíos húngaros sobre el monopolio del tabaco. Contra todo pronóstico, recibimos una oferta de ocho millones al año. ¡Se trata de un excelente acuerdo para ambas partes!”

Sólo después del Congreso de Berlín esta cuestión dio un giro decisivo. La posición internacional de Rumanía dependía directamente (como ahora sabemos) de la solución de la cuestión judía. Sorprendentemente, fue Alemania quien ejerció la mayor presión sobre Rumanía. Actuando, por así decirlo, como ejecutor del Congreso de Berlín, Bismark se negó a entablar negociaciones diplomáticas directas con los rumanos hasta que los judíos hubieran obtenido la igualdad de derechos. “Soy perfectamente consciente [escribió Karl-Anton a su hijo en marzo de 1879], de las dificultades y obstáculos casi insuperables para la solución de la cuestión judía. Pero no se puede entrar en conflicto con la voluntad de toda Europa... La aplicación al pie de la letra de las decisiones del Congreso de Berlín es la condición *sine qua non*, porque ni Inglaterra, ni Francia, ni Alemania, ni Italia están dispuestas a mostrarse indulgentes, ni siquiera en el último momento.”

Sin embargo, la camarilla política rumana no cedió, la cuestión no se discutió en las salas de conferencias, y Bismark se volvió cada vez más paciente. Era realmente extraordinario el interés que tenía el Canciller de Hierro por los judíos moldavos. Ni siquiera los intereses de la rama de los Hohenzollern colocada en el trono oriental parecían preocuparle, ¡como sí lo hacían los intereses de los marginados sin derechos!

Sin embargo, esta brillante muestra de generosidad se vio algo empañada por la cuestión de los ferrocarriles rumanos, ya que su adquisición por parte del gobierno de Bucarest era importante para los banqueros de Berlín y el gobierno alemán. Era una condición necesaria para el reconocimiento de la independencia de Rumanía y sus nuevas fronteras. Aunque el gobierno rumano estaba a favor del acuerdo ferroviario, no quería aceptar las condiciones tipo Shylock establecidas por los banqueros alemanes dirigidos por el judío Bleichröder. En un momento dado, la cuestión dio un giro inesperado. Quedó claro que Italia se habría conformado con un acto formal: la supresión en la Constitución Rumana del artículo 7, en el que se basaba la negación de los derechos de los judíos; en cuanto a Gran Bretaña, exigió la naturalización efectiva de algunos judíos.

Alemania, la más rigurosa de todas las potencias, exigió... que el acuerdo ferroviario se cerrara en los términos de Bleichröder. Poco a poco quedó claro que ésta era la principal condición impuesta por Bismarck. El interés por las grandes acciones del banco Bleichröder sustituyó a las sutiles abstracciones sobre la igualdad de derechos. Así comenzó un obstinado y apretado regateo entre las dos partes, en el que el precio de las acciones llegó a ser tan inseparable del precio de la sangre judía que las propias partes negociadoras ya no eran capaces de distinguir con certeza lo que se estaba discutiendo en cada momento.

Mientras tanto, una crisis seguía a otra en el parlamento. Los diputados y senadores se negaban a hacer concesiones. “La gran propiedad terrateniente está muy endeudada”, escribió el rey a su padre. En Rumanía no existe la herencia inalienable, por lo que los bienes pasan de un propietario a otro. El día que los judíos obtengan el derecho a la propiedad de la tierra, todas las propiedades pasarán a sus manos por medios legales, porque ellos son los que tienen las hipotecas.” El parlamento se calmó poco a poco. El gobierno de coalición explicó que, después de todo, bastaba con reconocer formalmente el Tratado de Berlín y mostrar “buena voluntad” concediendo la naturalización a un número limitado de judíos. Pero la cuestión principal era la adquisición de los ferrocarriles. Con extraordinaria franqueza, Bismarck explicó al plenipotenciario rumano, Sturdza<sup>277</sup>, qué conclusiones estaban dispuestas a sacar en Berlín sobre su preocupación por los derechos de los judíos. El judío Strousberg había emprendido la construcción del ferrocarril rumano convenciendo a los magnates de Silesia para que participaran en el asunto. A su vez, estos últimos habían introducido en el negocio a sus familiares, amigos y subordinados. Además, entre los propietarios de los títulos ferroviarios había mucha

gente de la alta sociedad: los oficiales superiores, las damas de la corte, sus tías, sus valets y sus cocheros. Todo Berlín, en definitiva. Cuando el asunto de Strousberg empezó a desbaratarse, el rey Guillermo tuvo que intervenir para salvar a los magnates de Silesia. El rey cubrió parte de las pérdidas con su propio dinero y luego intentó interesar al banquero Bleichröder en el asunto.

Bleichröder respondió a este llamamiento *por una cuestión de honor*, pero inmediatamente dejó claro que no tenía intenciones de sufrir ninguna pérdida. Tomando el asunto en sus manos, había insistido en que Rumanía debía comprar las acciones en su poder en sus condiciones, lo que significaba condiciones ruinosas y humillantes. Bismarck acudió al rescate de Bleichröder declarando que el precio de las acciones era el precio de la independencia rumana. ¿Cómo podría haber hecho otra cosa, dado que estaban en juego los intereses de los magnates de Silesia, las damas de la corte, sus sirvientes e incluso la cartera personal del rey? Pero, ¿qué tenían que ver los derechos de los judíos con esto? ¿Quieren saber qué tenían que ver los judíos con esto? Bismarck amenazó con plantear seriamente el problema de la aplicación del Tratado de Berlín relativo a los derechos de los judíos si el gobierno rumano no aceptaba las condiciones del financiero judío Bleichröder. Así, todo el asunto equivalía a un colosal chantaje político y financiero para salvar los 100 millones de marcos invertidos por la nobleza prusiana en la empresa de Strousberg. Los derechos de los judíos rumanos fueron utilizados como pretexto para una extorsión.

En agosto de 1879, el prudente Karl-Anton escribió a su hijo: “Creo que la cuestión de los ferrocarriles siempre ha sido de la mayor importancia para Alemania y que la cuestión judía ha sido más un pretexto que un objetivo real”. Cuando el gobierno de Bucarest se dio cuenta de que se trataba de una simple cuestión financiera, el asunto quedó resuelto. Era necesario sacar unas decenas de millones de las arcas del estado en beneficio de Bleichröder y humillar a “muy amada patria” en presencia de un banquero judío que, además, insistía en que el control de los ferrocarriles rumanos debía permanecer en Berlín. ¿Desde cuándo las clases dirigentes dudan ante semejante dificultad? Las condiciones de Berlín fueron aceptadas, después de que la solución de la cuestión judía se redujera a una mera formalidad. Se resolvió con la naturalización efectiva de 900 judíos que habían participado en la campaña de 1876-1878 contra los turcos. Los 299.100 judíos restantes quedaron en la misma situación que antes del Congreso de Berlín.

¿Quién desempeñó el papel más honorable en esta historia? ¿Bismarck, que amenazó con la ira del liberalismo para defender la bolsa real y la cartera de Bleichröder? ¿O el propio Bleichröder, que había conseguido recaudar un porcentaje utilizando los derechos de sus correligionarios rumanos? ¿O, además, la oligarquía en el poder en Rumanía, dispuesta a vender su patria al mejor postor para conservar sus privilegios feudales y el despotismo de su casta? No es fácil responder a esta pregunta. Sólo se puede decir una cosa con certeza: lean los documentos diplomáticos relativos a este asunto y la correspondencia privada de las partes implicadas y les invadirá un sentimiento de profunda repugnancia...

\*\*\*

Las estadísticas sobre la población no son precisas en Rumanía, por lo que el conocimiento de los datos sobre la distribución ocupacional de la población sólo puede ser aproximado. G.S. Labin, secretario de la Unión de Judíos Rumanos, me proporcionó la información que necesitaba. Calculó que había unas 30.000 familias de obreros y pequeños artesanos judíos, unas 150.000 personas en total, más de la mitad de los judíos de Rumanía. Luego están los propietarios de tiendas, los comerciantes, los industriales y los agricultores, y, por último, entre cuatrocientos y quinientos médicos, treinta o cuarenta

abogados, el mismo número de periodistas, algunos ingenieros y dos profesores. De todos estos habitantes, sólo se naturalizaron los cerca de 900 que participaron en la guerra turco-rumana.

Del número de beneficiarios de la naturalización de 1879, menos de la mitad siguen vivos, mientras que otros 400 se naturalizaron individualmente por ley después de 1879. Durante este periodo se promulgaron entre 300 y 350 leyes que discriminaban a los extranjeros, es decir, principalmente a los judíos rumanos. Estas leyes restrictivas no beneficiaban a los campesinos, por el contrario, estaban destinadas a defender los intereses de la casta explotadora dominante. A los judíos se les prohibía vivir en el campo, pero este derecho se concedía al agricultor judío, por tanto, al judío que necesitaba el latifundista.

Tras la revuelta campesina de 1907, se promulgó una ley que prohibía a los extranjeros cultivar más de 4.000 hectáreas, una limitación que no favorecía en absoluto al campesino, sino que aumentaba la dependencia del agricultor respecto al terrateniente. Varias leyes excluían a los judíos de todas las formas de empleo en el gobierno estatal, municipal y local. Un judío no podía ser abogado, propietario de una farmacia, corredor de bolsa o comerciante. Este año, poco antes de la movilización, una ley especial ha equiparado los mercados agrícolas con la bolsa de valores, con el objetivo de excluir a los judíos también de esta área primaria del comercio. Los judíos no podían ser administradores de gremios y, como los gremios eran obligatorios, los que no tenían artesanos cristianos debían unirse a otros de forma artificial para tener un comité directivo. Los hijos de los judíos no eran aceptados en las escuelas primarias públicas; sólo eran aceptados en los grados superiores si había plazas libres, lo que casi nunca ocurría. Los judíos fundaron sus propias escuelas, financiándolas con sus propios recursos. Como resultado, un muro separa a los niños judíos de los rumanos. Las autoridades impusieron una condición para conceder derechos civiles a los judíos: que comiencen por integrarse en la sociedad rumana.

Recientemente, se han producido manifestaciones contra las escuelas judías privadas, simplemente porque elevan el nivel cultural de las masas judías. Es obvio que, con el aumento de su nivel cultural, los judíos sin derechos pueden constituir un peligro formidable para el decadente estado rumano. En cuanto a los obreros judíos que participan en la lucha política y económica de su clase, el gobierno de turno los expulsa del país por docenas y centenares, tratándolos como extranjeros indeseables. Incluso en los hospitales, los judíos son tratados como pacientes de segunda clase. Y así sucesivamente, es interminable...

Esta situación de estancamiento feudal, de privación de derechos y de corrupción política y burocrática no sólo agobia a las masas judías, sino que también las debilita espiritualmente. Se puede hablar todo lo que se quiera sobre la cuestión de los judíos como nación separada, pero cualquier comunidad judía en su conjunto refleja las condiciones morales y económicas que prevalecen en el país en el que vive. Incluso cuando está aislada artificialmente de la mayoría de la población, sigue siendo una parte constitutiva de ésta.

Los judíos rumanos nunca fueron capaces de protestar contra su degradante privación de derechos, ni de luchar por un futuro mejor, ni siquiera de buscar apoyo entre los elementos más avanzados del pueblo rumano. Bajo el gobierno de los boyardos, se limitaban a encogerse de hombros y, entre latigazo y latigazo, se declaraban verdaderamente felices con su suerte. En 1879, cuando Rumanía logró engañar brillantemente a Europa (obviamente sólo porque Europa lo quería), el rey Carol escribió a su padre: "Los judíos son lo suficientemente 'razonables' como para no mostrar su

descontento y se apresuran a solicitar la naturalización...” Ya hemos visto lo que su conducta razonable les ha traído: 300 nuevas leyes discriminatorias.

De hecho, durante los últimos tres o cuatro años, se ha desarrollado un embrión de pensamiento político entre los judíos rumanos, que ha llevado a la constitución de la Unión de Judíos Rumanos. El objetivo de esta organización es avanzar en la labor de clarificación política entre las masas judías y crear un interés por su falta de derechos. La unión tiene un órgano semanal (*Unidad*, unidad entre judíos y rumanos) y la organización repite, en todo momento, que no pretende perseguir ningún objetivo de carácter nacional-separatista. La tacaña burguesía judía no da un céntimo, ni siquiera para un periódico que podría tener gran importancia política. “¿Qué me importan los derechos?”, escribió el famoso satírico rumano Caragiale, ilustrando el punto de vista del judío, el Sr. Monedero de ese país. “Lo que necesito es un capital”.

Ni que decir tiene que todo el pasado de los judíos rumanos, un pasado de falta de derechos, de humillaciones, de comportamientos serviles y de hipocresía patriótica, pesa enormemente en el comportamiento de la Unión [de Judíos Rumanos], que no sólo se niega a emprender una acción enérgica entre las masas, a confraternizar con los elementos democráticos del pueblo rumano y a apelar a la opinión pública de los obreros de Europa, sino que transforma esta negativa, que podría considerarse temporal e impuesta, en un arma principal de combate. Alaba este rechazo como una cualidad y elogia la pasividad temporal de los judíos. Se desmarca de las voces que se han alzado en Europa en defensa de la judería rumana; declara abiertamente que no cree en la lucha, que no la considera practicable, y basa todos sus cálculos y esperanzas en el arbitraje ilustrado de la oligarquía gobernante. Esta política ha resultado repugnante durante la reciente crisis de los Balcanes. La Unión [de Judíos Rumanos] (la unión de los desheredados, los desafortunados, los humillados y los perseguidos) se puso inmediatamente del lado del chovinismo rumano. A través de su periódico, demostró que podía hacer frente al más genuino antisemitismo rumano en materia de patriotismo, es decir, a los apetitos por un pedazo de tierra ajena. La Unión [de Judíos Rumanos] tocó el bombo, pidió a los judíos que hicieran una donación a la marina y que se alistaran como voluntarios en el ejército.

Se puede engañar o comprar la complicidad de un ministro, pero no se puede corromper, apaciguar o engañar a toda una clase dirigente que ha afinado sus instintos de dominación a lo largo del tiempo. Al final, es a otras personas a las que la Unión [de Judíos Rumanos] está engañando con sus políticas: a sus propios partidarios.

*Kievskaja Mysl'*, números 226, 229 y 230; 17, 20 y 21 de agosto de 1913

## Segundo capítulo. La socialdemocracia rumana

### El partido de los trabajadores

En su lucha contra el movimiento de los trabajadores, la oligarquía liberal rumana recurre al método, nunca abandonado, de la corrupción. No hay país en el mundo donde la corrupción, en todas sus formas, tenga tanto peso como en la política rumana. El principal instrumento de la corrupción es el desproporcionado tamaño del presupuesto estatal.

En Rumanía no existe una intelectualidad política o moralmente independiente. En este país de campesinos pobres e industria subdesarrollada, era inevitable que la

intelectualidad se aferrara al aparato estatal. La oligarquía dominante saca todo el partido posible de esta situación destruyendo, desde su nacimiento, cualquier movimiento independiente de pensamiento o de conciencia que pudiera surgir entre los intelectuales. Las subvenciones, emolumentos, sueldos y pensiones son ilimitados. De los futuros abogados, médicos, profesores o escritores se espera, desde la escuela, que estén en nómina del estado. No importa si un médico rumano no tiene la formación necesaria o la práctica suficiente: al final siempre encontrará trabajo. Y, si no hubiera vacantes, encontrarían la manera de crear una especialmente para él, como ayudante del inspector municipal de moscas, por ejemplo.

Muchos estudiantes siguen trabajando hoy como agentes de la policía secreta: es una ocupación que la opinión pública no condena porque la considera una forma de seguro estatal contra la pobreza. Cuando empezó a formarse una tendencia a la oposición democrática entre los profesores de las escuelas populares, la oligarquía les confió la gestión de las agencias de crédito agrícola dependientes del Banco Agrícola del Estado; de esta forma los mantenía bajo control. Siempre alerta para mantener el control sobre la sociedad, la casta dominante corrompe, con espíritu mezquino y adulador, todas las organizaciones e instituciones, todos los órganos de la opinión pública y las profesiones *liberales*. Armada con este método infalible es cómo la oligarquía se enfrentó a la cuestión obrera.

En 1900, el gobierno liberal introdujo una ley por la que se creaban gremios obligatorios en los que estaban representados tanto los empresarios como los trabajadores. El objetivo de la ley era crear ciertos puestos remunerados para la intelectualidad obrera dentro de la administración de estos gremios, con el fin de corromper a la vanguardia y desarmar a las masas. Pero esta copia rumana de la *Zubatovshchina*<sup>278</sup> fue un fiasco con los trabajadores rumanos, como lo fue en otros lugares. Ya en los primeros años, los gremios estaban desgarrados por un antagonismo incurable entre empresarios y obreros que contribuyó al desarrollo de sindicatos obreros incluso dentro de las organizaciones mixtas impuestas por la ley. Los acontecimientos de la revolución rusa<sup>279</sup> dieron un fuerte impulso al movimiento obrero rumano y abrieron una perspectiva más amplia.

Bajo el impacto directo de la tragedia del 9 de enero<sup>280</sup>, un grupo de obreros de Bucarest vinculados desde el principio al movimiento socialista rumano organizó un mitin en solidaridad con el pueblo ruso. La policía intentó impedirlo, pero el mitin se celebró con gran éxito. Esto levantó la moral de los obreros. Aparece el primer número del periódico socialista. Fue entonces cuando C. Rakovsky se une al movimiento obrero y se convierte rápidamente en su líder.

Rakovsky no era rumano, sino búlgaro; procedía de la parte de Dobruja que el Tratado de Berlín había cedido a Rumanía. Educado en las clases altas búlgaras y expulsado de ellas por entregarse a la propaganda socialista, cursó estudios universitarios en el sur de Francia y en la Suiza francesa. En Ginebra, Rakovsky se unió a la organización socialdemócrata rusa dirigida por G.V. Plejánov y V.I. Zasúlich<sup>281</sup>. De este periodo datan sus lazos con la intelectualidad marxista rusa. Unos años más tarde, inició una fructífera colaboración con el periodismo político ruso, bajo el seudónimo de C. Isarov. En 1894 fue expulsado de Berlín por sus relaciones con los rusos. Tras terminar su doctorado, marchó a Rumanía, su patria oficial con la que no había tenido ninguna relación hasta entonces, donde hizo el servicio militar como médico del ejército. Con el tiempo, Rakovsky se familiarizó tanto con Rusia que en 1900 fue expulsado de San Petersburgo, donde había permanecido un mes. Era la época en que el notorio provocador Gurovič<sup>282</sup> arrasaba los círculos literarios de San Petersburgo. Entre otras cosas, se había desvivido con cierto éxito a favor de los escritores encarcelados y deportados, de quienes había obtenido dinero para engrasar las manos de algunos de sus *parientes* de alto rango

(probablemente se trataba de una invención). Gurovič también había recibido dinero de Rakovsky para pagar a estos famosos parientes. Gracias a esta transacción, Rakovsky pudo regresar a San Petersburgo en 1901, donde permaneció más de un año. Después marchó a Francia, donde se hizo un nombre en los círculos socialistas. En 1903 regresó a Rumanía.

En 1905, tras el encuentro en solidaridad con el pueblo ruso, que ya hemos mencionado, Rakovsky, junto con algunos obreros de la vanguardia y con la colaboración constante de Gherea<sup>283</sup>, fundó la revista semanal *Rominia Muncitoare*<sup>284</sup>. En esta época, los movimientos huelguísticos, influidos por los acontecimientos de Rusia, adquirieron un carácter masivo y se extendieron de los talleres artesanales a las empresas estatales. Los trabajadores de las fábricas estatales de tabaco y cerillas se declaran en huelga, al igual que los empleados de correos. Incluso la policía se dirigió a *Rominia Muncitoare* para que les organizara una huelga. La lucha dentro de las empresas se endureció. Los trabajadores desclasados y corruptos que, con la ayuda de los empresarios y las autoridades, habían formado la burocracia de los gremios, lanzaron una campaña contra el movimiento obrero independiente que terminó con un ataque, organizado por los dirigentes gremiales y apoyado por la policía, contra una reunión obrera organizada por Rakovsky en Constanza. Fue una batalla a gran escala, al final de la cual la policía se llevó al orador manchado de sangre a la comisaría. Este suceso provocó indignadas protestas de trabajadores de todo el mundo. Pero al mismo tiempo estalló la terrible revuelta campesina (marzo de 1907), seguida de una represión aún más terrible. Estos acontecimientos pusieron fin al primer periodo del movimiento obrero.

En la raíz de las revueltas campesinas periódicas en Rumanía está la pervivencia de la servidumbre de la gleba en las relaciones agrarias. No hace falta ser muy perspicaz para comprender la influencia del movimiento campesino ruso en los acontecimientos de 1907. Sin embargo, el impulso inicial de la revuelta provino de la demagogia antisemita de los liberales rumanos, que pusieron a los campesinos en contra de los agricultores judíos, de los que había muchos en Moldavia. El gobierno no hizo nada para impedir este movimiento, que al principio tenía una fuerte connotación antisemita. A continuación, los campesinos se dirigieron contra los agricultores cristianos, la mayoría de los cuales pertenecían al partido liberal. Finalmente, se levantaron contra los grandes terratenientes. Los campesinos lo desorganizaron todo, se apoderaron de las tierras y masacraron al personal administrativo. Murieron muchas personas.

Naturalmente, los liberales se asustaron ante el demonio desatado por el régimen oligárquico feudal y evocado por sus mismos hechizos antisemitas. Como partido de gobierno, sabían que su primer deber era descubrir a los *instigadores*. En un abrir y cerrar de ojos, los descubrieron entre los miembros del joven partido de los trabajadores. En aquella época, la revista *Rominia Muncitoare* era el punto de referencia de los grupos obreros que empezaban a ser políticamente activos y prestaban mucha atención a la cuestión agraria. Pero, al margen de todo, estos grupos obreros no tenían ni la fuerza ni el tiempo para *preparar* un levantamiento campesino capaz de implicar a Moldavia y Valaquia. Esto no impidió al gobierno liberal lanzar una feroz ofensiva contra el partido de los trabajadores. Varios centenares de extranjeros fueron expulsados definitivamente del territorio rumano. Entre ellos, además de los auténticos extranjeros, había muchos rumanos de Transilvania. Todos los judíos implicados en el movimiento fueron también víctimas del exilio, así como todos aquellos cuyos papeles no estaban en regla.

Por ejemplo, los hermanos Hoppe, checos nacidos en Rumanía, donde habían hecho el servicio militar, el poeta judío Barbu Lazareanu, los hermanos Gebar, de origen alemán, pero ciudadanos rumanos de segunda generación, Leonard Paukerov, nacido en Rusia, Vasile Anagnoste, de padre griego, y muchos otros fueron expulsados. Pero el peor

abuso de la oligarquía fue el exilio impuesto al Dr. Rakovsky, teniente del ejército rumano y miembro del consejo del distrito de Constanza, cuyo padre había sido concejal de Mangalia en varias ocasiones. El destierro de Rakovsky fue preparado por una campaña en la prensa gubernamental en la que se afirmaba que él, nacido en Bulgaria, había realizado su servicio militar en el ejército rumano “sólo por error”. También se le acusó de varios delitos: acoger a marineros del *Potemkin*<sup>285</sup>, luchar por los derechos políticos de la población de Dobruja, organizar huelgas de obreros rumanos en interés de la industria búlgara (i) y preparar la revuelta campesina. Por último, se le acusó de ser... un agente del estado mayor ruso. La pertinencia de esta última acusación es aún más evidente si se tiene en cuenta que Rakovsky era el autor del famoso libro (escrito en búlgaro) *Rusia en oriente*, en el que se revelaba como un opositor intransigente de la política rusa en Oriente Próximo.

Mientras continuaban los destierros, el gobierno liberal se apresuró a promulgar leyes discriminatorias contra todo el movimiento, utilizando como pretexto el atentado perpetrado en 1909 contra el jefe del gobierno Bratianu por un obrero llamado Jelea. Evidentemente, el partido de los trabajadores no tuvo nada que ver con este atentado, que, por el contrario, fue considerado obra de la policía política. En 1910 se aprobó una ley que abolía por completo el derecho de los ferroviarios a formar coaliciones sindicales. Otra ley imponía fuertes penas (hasta dos años de cárcel) por cualquier infracción de la llamada *libertad de trabajo*. La decisión del gobierno estaba absolutamente en consonancia con el espíritu general del régimen liberal. En 1911, los conservadores llegaron al poder y aplicaron una política más conciliadora hacia los trabajadores. Introdujeron una legislación social, aprobaron varias leyes de seguridad social y concentraron la gestión de las instituciones de seguros en manos del estado.

Mientras tanto, el movimiento obrero continuaba desarrollándose. Conseguir que Rakovsky regresara a Rumanía no era sólo una reivindicación política de los trabajadores rumanos (recuperar a un líder con una energía extraordinaria, una visión amplia y experiencia internacional), era también una cuestión de honor. Así comenzó una fase de cinco años de lucha incansable para conseguir el regreso de Rakovsky. Esta lucha, inspirada por Dobrogeanu-Gherea, no estuvo exenta de momentos dramáticos e incluso enfrentamientos sangrientos. Durante su exilio, Rakovsky publicó un ensayo, en francés, en el que fustigaba a *La Rumanía de los boyardos*. En él describía las condiciones sociales y políticas de aquel país y, utilizando documentos reproducidos en facsímil en el libro, relataba el monstruoso montaje al que debía su exilio. De acuerdo con sus camaradas rumanos, decidió regresar ilegalmente a Rumanía para obligar a los tribunales a reabrir su caso. Fue detenido en Câineni. Como la detención se produjo en secreto, circularon rumores de que Rakovsky había sido asesinado. Los obreros de Bucarest reaccionaron con una tormentosa reunión, a la que siguieron sangrientos enfrentamientos con la policía en la calle principal de la ciudad, a poco más de cien pasos del palacio real. Hubo decenas de heridos en ambos bandos. Sin embargo, el gobierno liberal se contentó con confirmar el destierro de Rakovsky, evitando llevar su caso a los tribunales.

En 1911, Rakovsky regresó a Rumanía, llegando esta vez a Bucarest. En aquel momento, estaba en el poder un gobierno conservador dirigido por Carp. Pero Carp no quería *escándalos*. Declaró que en el primero de los dos destierros de Rakovsky no se habían observado las formalidades requeridas: por tanto, para poder apelar, tendría que ser desterrado una tercera vez de acuerdo con las normas. Rakovsky se instaló de nuevo en Sofía, donde se hizo cargo de la publicación del diario *Napred*<sup>286</sup>. A través del periódico, lanzó una brillante campaña contra el incipiente imperialismo búlgaro y a favor de un acuerdo con Turquía. Mientras tanto, la lucha para que Rakovsky regresara a Rumanía no cesaba. La oposición conservadora a su regreso se debilitaba. En aquel

momento, los conservadores temían la vuelta al poder del partido liberal, más fuerte y mejor organizado que el suyo. Se preguntaron si no sería una buena idea enfrentar a los socialistas con los liberales. Durante este periodo, la atención pública se centró en el asunto de los tranvías, escandaloso incluso para los estándares políticos rumanos. Cuando estaban en el poder, los liberales habían creado una empresa municipal de tranvías en la que la ciudad tenía una participación de sesenta millones de francos y un grupo privado, vinculado a los liberales, una participación de cinco millones. Sin embargo, los beneficios debían repartirse a partes iguales entre los dos socios, mientras que la camarilla privada debía tener la plena gestión de la empresa. El asunto provocó un gran escándalo. Con la intención de explotarlo, los conservadores hicieron ojitos a los demócratas. Esta maniobra decidió el destino de Rakovsky, que pudo regresar a Rumanía para defenderse ante un tribunal, que le devolvió la nacionalidad.

Durante cinco años, toda la vida del partido de los trabajadores giró en torno al caso Rakovsky. No hubo falsificación a la que no recurrieran las instituciones liberales (ministerios, prefecturas, municipios) para aplastar al hombre que consideraban, con razón, un adversario peligroso. Esta victoria elevó aún más la moral de los obreros.

A lo largo de la campaña, *Adevărul*<sup>287</sup>, un famoso periódico de Bucarest con varias ediciones diarias, desempeñó un papel importante.

El editor de *Adevărul*, Konstantin Mille, había sido uno de los primeros miembros del partido socialista. La mayoría del personal de *Adevărul* tenía los mismos antecedentes políticos. A diferencia del resto de la intelectualidad que había experimentado con el socialismo, este grupo no se había afiliado al partido liberal, sino que había intentado mantener una posición autónoma como periódico democrático independiente en relación con el partido socialista. Sin embargo, en un país de camarillas irresponsables y clientelas *dependientes* de ellas, la supervivencia de una prensa democrática “independiente” era una apuesta arriesgada. La oposición a los liberales pronto se convirtió en colaboración política con los conservadores, en particular con los partidarios de Take Ionescu, es decir, con el grupo *menos limpio*. Mientras los liberales estuvieron en el poder, la ambigüedad del papel político de *Adevărul* quedó enmascarada por su oposición. Con la llegada de los conservadores al poder, las cosas se complicaron. Cuando, presionados por los liberales, los conservadores se embarcaron en la loca aventura militar que provocó el odio mortal entre Rumanía y Bulgaria y convirtió a Rumanía en una marioneta en manos de las grandes potencias vecinas, *Adevărul* se vio obligado a responder, sin ambages, al interrogante: “¿Cuáles son sus convicciones?”

En lugar de pronunciarse a favor de los principios más elementales de la democracia y rechazar los planes de guerra deseados por la reacción social, *Adevărul* se armó de una gran trompeta de cobre y durante todo un año entonó variaciones *democráticas* sobre el tema del chovinismo belicista. El periódico pretendía familiarizar a la opinión pública con la idea, todavía completamente ajena a ella, de conquistar el Cuadrilátero. *Adevărul*, lleno de celo, consiguió retratar el robo nocturno de una provincia indefensa en el mismo tono que si se tratara de una gran misión de pacificación universal o incluso del cumplimiento de una decisión... ¡del congreso socialista de Basilea! Esto provocó una violenta ruptura entre los obreros democráticos y este periódico sin principios que no era considerado por la prensa europea como un órgano democrático y socialista.

De los 250.000 a 300.000 obreros industriales de Rumanía (cifra que incluye a los trabajadores de la artesanía, la gran industria, las minas, la metalurgia y las empresas estatales), casi 14.000 estaban afiliados a los sindicatos a finales de 1912. La fuerza organizada del partido socialista se basa en estos sindicatos. Pero sería un error absoluto evaluar su influencia política sólo por referencia a esto. En realidad, su influencia es

mucho más amplia. En Rumanía no existe una burguesía democrática digna de ese nombre. En consecuencia, el partido de los trabajadores tiene que tratar directamente con la oligarquía gobernante. Ambos partidos se enfrentan a los mismos problemas: un campo reducido a la esclavitud, unas relaciones agrarias inestables y la amenaza de la rebelión. Esta estructura social, en gran parte socavada en sus cimientos, debilita a la oligarquía censitaria y, al mismo tiempo, da resonancia política a la acción del partido de los trabajadores. La cuestión judía y la incipiente cuestión búlgara eran igualmente importantes. En medio de la crisis interna que empezaba a vivir Rumanía, el joven partido obrero sabrá sin duda hacer oír su voz.

*Kievskaja Mysl'*, número 252, 12 de septiembre de 1913

## Dobrogeanu-Gherea

En Rumanía, el periodo en que el socialismo era (como ya hemos visto) patrimonio exclusivo de la intelectualidad hace tiempo que llegó a su fin. Sin embargo, quedó una especie de cordón umbilical entre el partido de los trabajadores y ciertas personas sin partido que en el pasado habían militado en el antiguo partido socialista. Este vínculo se está deshaciendo ante mis propios ojos, a raíz de una violenta polémica entre el periódico obrero *Rominia Muncitoare* y el órgano de los demócratas, *Adevărul*. El tema de la discordia es el comportamiento del gobierno rumano, y de los partidos que lo componen, durante los recientes acontecimientos en los Balcanes.

El actual jefe del gobierno rumano, Titu Maiorescu, y muchos otros representantes del partido conservador (Carpa, T. Rosetti, etc.) se dieron a conocer por primera vez en la asociación literaria "Junimea" (Juventud). En Rumanía, esta asociación desempeñó el mismo papel que en Rusia, con eminentes personalidades que encontraron en Lomonosov, el jefe de filas, y en Pushkin, Gógol y Belinski a sus más dignos representantes. Estos hombres estructuraron el lenguaje literario, formularon los presupuestos fundamentales de la cultura y la estética nacionales y desarrollaron las formas y los métodos de la creatividad literaria. Se trata de un proceso que está produciéndose durante siglos en occidente, pero sólo durante un siglo en Rusia, mientras que en Rumanía se ha completado en el espacio de una sola generación.

Apoyándose en las obras de los grandes poetas nacionales Alecsandri y Eminescu, Junimea dirigió una lucha victoriosa para defender los derechos de la lengua nacional contra la influencia francesa, que se basaba más en Racine y Corneille que en la lengua de los campesinos de Valaquia. También luchó contra la corriente caricatural *romana* que afirmaba que los rumanos eran descendientes directos de la loba que amamantó a Remo y Rómulo.

Trabajando con un espíritu nacional-conservador, Junimea se opuso resueltamente a los emuladores radicales de la filosofía de la ilustración, que desempeñó un papel en la historia de la cultura rumana comparable al del *siglo XVIII* europeo o los años *sesenta* rusos. La filosofía de la ilustración, que llegó tarde a Rumanía, se mezcló desde el principio con los principios teóricos del marxismo. Anticipándose a los acontecimientos, los hombres de la ilustración rumana inventaron ingeniosamente términos para expresar las nuevas ideas que introducían en la vida cotidiana: de hecho, contribuyeron al desarrollo de una lengua literaria rumana. Dobrogeanu-Gherea desempeñó un papel clave en esta tendencia. Nos gustaría aprovechar esta oportunidad para ofrecer al lector ruso algunos detalles biográficos, aunque sean breves, sobre este hombre extraordinario.

Konstantin Dobrogeanu-Gherea nació en 1855 en Slavyanka, provincia de Ekaterinoslav [sur de Rusia], en el seno de una familia judía llamada Katz. Tras tener que abandonar la enseñanza superior en Ekaterinoslav, continuó sus estudios en Járkov, donde se graduó. Después se matriculó en la facultad de ciencias naturales y, con sólo diecisiete años, se unió a los círculos revolucionarios de Kovalik, Bogoljubov y Govorucha-Otrok<sup>288</sup>. Cuando comenzó el movimiento “Al encuentro del pueblo”, Gherea regresó a Slavyanka, donde abrió una herrería con sus amigos Aptekman y Kuljaško, este último habiendo encontrado la muerte más tarde en Ploiești. Algún tiempo después se les unieron otros propagandistas. Antes incluso de haber conseguido llamar la atención de los campesinos, el grupo atrajo la atención de la policía y los *herradores* tuvieron que resignarse a regresar a Járkov, al menos al principio. Gherea se dirigió entonces clandestinamente a la provincia de Táurida<sup>289</sup>, donde, por aquel entonces, ya trabajaba en una colonia alemana el maestro Brandner, que más tarde fue ahorcado en Kiev junto con Osinskij<sup>290</sup>. Al cabo de sólo tres meses, Gherea tuvo que huir para evitar ser detenido.

En marzo de 1875, cruzó la frontera entre Rusia y Rumanía siguiendo la estela de una banda de contrabandistas. Entonces aún no sabía que Rumanía se convertiría en su segunda patria. Sin un céntimo en el bolsillo, vivió unos días en compañía de vagabundos. En Iași, conoció a su amigo Kuljaško y, con la ayuda de éste, encontró trabajo en una zapatería. Más tarde recibió ayuda de Rusia y se marchó a Suiza. Allí trabajó un tiempo como herrero en Berna, y luego fue a Ginebra, donde se unió a un círculo socialista ruso. Poco después regresó a Iași (Rumanía) para organizar el transporte a Rusia de publicaciones rusas impresas en el extranjero. Fue entonces cuando tuvo sus primeros contactos con jóvenes radicales rumanos. Ese otoño llegaron a Iași otros emigrados: Čubarov, más conocido por su apodo de “El Capitán”, que más tarde fue ahorcado en Odessa, y los hermanos Arkadatskij. El grupo, extremadamente pobre, trabajó también en la excavación de los cimientos de un edificio. Gherea volvió entonces a trabajar en una tienda. En esa época se casó con una rumana. Poco después, decidió ir a Asia Menor para trabajar como propagandista de la *nekrasovcy*<sup>291</sup>. Sin embargo, al no poder completar este proyecto, se trasladó a la capital rumana por consejo de unos amigos de Bucarest, donde abrió un pequeño taller metalúrgico con el emigrante ruso Žebunev. En aquella época, Bucarest era un centro de revolucionarios búlgaros. Allí vivían Botev, famoso activista macedonio y poeta búlgaro, y Stambulov, futuro dictador de Bulgaria. Gracias a Gherea y Russel, se formó en Bucarest un círculo de socialistas rumanos del que surgieron hombres como Stauceanu e Istrati (que más tarde sería ministro). El taller metalúrgico no prosperó. Gherea se fue a Ploiești y encontró trabajo como ajustador mecánico. Aquí también se formó rápidamente un nuevo círculo de emigrantes rusos.

La guerra entre Rusia y Rumanía contra Turquía amenazaba. Previendo la llegada del ejército ruso, los emigrantes abandonaron Ploiești. Algunos abandonaron Rumanía, otros se refugiaron en Bucarest u otras ciudades, que en cualquier caso estaban lejos de la ruta que debía seguir el ejército zarista. Gherea no abandonó Ploiești porque su mujer esperaba un hijo. Armado con un pasaporte estadounidense a nombre de Robert Jenks, decidió probar suerte. Llegó el ejército y un oficial de logística ruso se alojó en casa de Gherea. Al darse cuenta de la pobreza en la que vivía esta familia culta, el oficial ofreció a la esposa de Gherea un trabajo como lavandera en los hospitales militares. Gherea ideó un sistema especial de secado y pronto se encontró con que era el responsable de dirigir el trabajo de lavandería en los lazaretos de Bačau, Ploiești y Brailă. Se trasladó a Brailă con toda su familia y le siguieron otros, como el Dr. Alexandrov (Vasilj Ivanovskij), Codreanu, Russel, Arbore (Ralli). Mientras se lavaba y secaba la ropa, tenían lugar apasionadas discusiones sobre el destino de Rusia.

Robert Jenks, del otro lado del Atlántico, era el protagonista de estas discusiones, que se desarrollaban en ruso, naturalmente. Un oficial ruso que vivía cerca llamó la atención del coronel Merklin de la gendarmería, comandante de la policía militar, sobre un individuo sospechoso que se ocupaba de la lavandería. Merklin inició inmediatamente una investigación, llegó a conocer personalmente a Jenks y descubrió, sin demasiada dificultad, quién estaba detrás de ese nombre. Merklin atrajo a Jenks a Constanza con un falso telegrama de la Cruz Roja, lo arrestó y lo envió a Rusia a bordo de un barco (1878). Varias semanas después, durante una reunión de *negocios* con un representante de la Cruz Roja, la esposa y los amigos de Gherea se enteraron de adónde lo habían llevado. El gobierno rumano pidió explicaciones a las autoridades rusas por esta detención traicionera en territorio rumano. Recibieron esta respuesta: “Estamos perfectamente al corriente de todo el asunto”. La respuesta sonó como una brutal orden de no intervenir. Gherea fue encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo [en San Petersburgo]. Reconocido como el Katz implicado en el *gran proceso* (el caso de los 193)<sup>292</sup>, fue puesto bajo arresto domiciliario de por vida en la colonia de Mezen [en el mar Blanco]. El barón Benckendorff, entonces jefe de la Cruz Roja (y más tarde embajador en Londres), intervino en el juicio. Dio testimonio de los cuidados que Jenks había dispensado a los soldados enfermos y heridos y, como muestra de su gratitud, le envió la suma de 600 francos procedentes de los fondos de la Cruz Roja. Este dinero permitió a Gherea escapar de Mezen con otro exiliado, Preferanskij. Consiguieron embarcar en un pesquero que los llevó a Noruega.

En septiembre de 1879, Gherea estaba de vuelta en Rumanía, pero esta vez para siempre. Se convirtió... en gerente del restaurante de la estación de Ploiești. El gobierno rumano le alquiló el restaurante para proporcionar “ayuda material a los emigrantes de Besarabia”. De hecho, durante la gestión de Gherea, la mayor parte de los beneficios se donaron al movimiento revolucionario ruso y al partido socialista rumano. Fue en esta época cuando comenzó su actividad como publicista socialista y crítico literario en rumano. Gherea escribió algunos de sus mejores artículos, muy populares en Rumanía, en el mostrador del restaurante, interrumpido por el ir y venir de los clientes que pagaban sus facturas, el silbido penetrante de los trenes y el estrépito de tenedores y cuchillos.

En 1880, se publicó una carta abierta, firmada “Caius Gracchus”, dirigida al presidente del consejo I. Bratianu. Puede considerarse la primera manifestación de ideas socialistas en lengua rumana. El autor de este artículo fue Gherea. Inmediatamente después, publicó su libro *¿Qué quieren los socialistas rumanos?* en el que exponía sistemáticamente el programa socialdemócrata, que ya era de inspiración más o menos marxista. Desde entonces, Gherea escribió una serie de artículos sobre los problemas de la política económica y la teoría socialista en las diversas publicaciones con las que colaboró o que dirigió. De 1882 a 1884, un grupo de intelectuales rumanos liderado por Gherea publicó una revista de divulgación científica llamada *Contemporarul* en homenaje al *Sovremennik* de Chernishévski. Gherea publicó algunas obras de crítica literaria que le hicieron famoso incluso fuera de los círculos socialistas. La polémica entre Gherea y Maiorescu (actual presidente del consejo rumano [1913]) sobre el significado social del arte, polémica que Gherea llevó a cabo con vigor y vivacidad en las páginas de *Contemporarul*, fue importante en la historia del desarrollo de las ideas en Rumanía.

El historiador rumano Iorga (populista y nacionalista reaccionario, antisemita casi patológico, que siempre había mostrado una fuerte hostilidad hacia Gherea y había sostenido que el problema planteado por éste sobre la significación social del arte “tenía muy poco que ver con el desarrollo del pueblo rumano”) se vio obligado a contradecirse por completo y reconocer que “casi toda la generación joven se puso de parte de Gherea, dando la espalda al sabio Maiorescu, que ya había dejado de ser, a los ojos de los jóvenes,

el ilustre representante de la cultura rumana para convertirse en un perfecto metafísico”. Al querer borrar a Gherea de la historia del desarrollo del pueblo rumano, Iorga había intentado, al mismo tiempo, borrar toda la época de la *filosofía de la ilustración* rumana y a toda la joven generación de 1880, que ciertamente no era la peor de la intelectualidad rumana.

El movimiento alcanzó tal envergadura que fue capaz de apoyar la publicación de un periódico socialista y también de conseguir algunos escaños socialistas en el parlamento. El partido socialista rumano envió una nutrida delegación al congreso internacional de Zúrich de 1893. Sin embargo, y Gherea nunca se hizo ilusiones al respecto, no cabía duda de que, incluso en aquella época, el socialismo rumano de los años ochenta no tenía una base social sólida: los trabajadores eran pocos en número, y en su mayoría de origen extranjero, y el proletariado como clase no existía. Fue precisamente esta situación la que favoreció la amplia difusión del marxismo entre la intelectualidad. Obviamente, este marxismo se entendía como un sistema teórico y no como un arma de la lucha de clases. Las contradicciones internas de tal situación estaban destinadas a manifestarse tarde o temprano. Sin embargo, antes de romper sus vínculos con el marxismo, la intelectualidad intentó, sin desviarse de esta doctrina, dirigir sus propios esfuerzos hacia la actividad propagandística en el campo rumano, oprimido por la servidumbre de la gleba del campesinado. Aparentemente, su enfoque tuvo un gran éxito, pero fue precisamente esto lo que resultó fatal para el movimiento en su conjunto.

En pocos meses, entre 1898 y 1899, surgieron entre seiscientos y setecientos círculos socialistas en los pueblos. Evidentemente, los campesinos no estaban motivados por la doctrina marxista ni por los ideales socialistas, sino por la cuestión de la tierra. La clase dominante de oligarcas latifundistas estaba aterrorizada. Hasta entonces habían mostrado cierto desinterés, mientras la intelectualidad se limitaba a hablar de socialismo en el entorno neutral de las ciudades. Pero el rápido ascenso del movimiento campesino provocó una furiosa fiebre. Ficsinescu, uno de los redactores del periódico socialista *El mundo nuevo*, y un obrero llamado Banghereanu, uno de los líderes del movimiento, fueron detenidos y sometidos a un trato vergonzoso por parte de la policía. Y, para completar el cuadro, fueron condenados por... estafa (porque habían recaudado fondos en círculos campesinos con fines políticos). Conocí a Ficsinescu en Ploiești, en casa de Gherea. Después de su calvario, agravado por el vergonzoso comportamiento de sus antiguos amigos, se fue a Bélgica, estudió en una escuela técnica y hoy es uno de los ingenieros más reputados de la industria petrolera rumana... Este dramático episodio reveló la verdadera esencia de las relaciones políticas. La intelectualidad se dio cuenta de que la oligarquía de boyardos y *ciocoi* no estaba dispuesta a bromear con nadie que cuestionara los fundamentos de su dominación. Se dio cuenta de que, si actuaba entre los campesinos, también tendría que estar dispuesta a correr riesgos mortales. Esto resolvió el problema. Privados de tradiciones políticas y del temperamento que sólo se adquiere con la lucha, los intelectuales se retiraron. Mientras Ficsinescu y Banghereanu seguían en prisión, la intelectualidad pasó del campo socialista al liberal a cubierto de teorías *revisionistas*.

Fueron años de intensa actividad literaria para Ghere. En 1892 publicó dos volúmenes de sus artículos científicos y de crítica literaria (a los que más tarde se añadió un tercer volumen) y una revista que reunía lo mejor de las fuerzas artísticas y científicas de Rumanía. Su opúsculo sobre la concepción materialista de la historia, publicado durante este periodo, fue traducido al francés, al búlgaro y al serbio. Gherea también ajustó cuentas con sus antiguos camaradas que se habían pasado al bando enemigo en una serie de artículos firmados “el viejo socialista”, que más tarde se publicaron en un volumen. Sus estudios sobre Tarass Shevchenko y Max Stirner se tradujeron al francés y

al búlgaro. Su trabajo sobre Stimer<sup>293</sup> y su folleto *Socialismo y anarquía* también se publicaron en ruso.

Se cerraba así el capítulo idealista de la historia de la intelectualidad rumana. Cuando Sturdza, el antiguo líder del partido liberal, fue interrogado en el parlamento sobre si existía algún peligro de que los socialistas se unieran al partido liberal, respondió que no había ningún riesgo. “Los jóvenes de corazón generoso (*tinerimea generoasă*) (como él los llamaba), liberados de su encaprichamiento con el socialismo, están empezando a trabajar por el bienestar del pueblo”. Los desertores del socialismo pasaron a la historia política rumana como “corazones generosos”. De sus filas salieron periodistas, diputados, prefectos y ministros, pero no influyeron en la política reaccionaria a favor de los latifundistas del partido *liberal*. Muchos de estos Pablos se convirtieron en perfectos Saulos. Entre ellos estaba Nadejde, uno de los más estrechos colaboradores de Gherea, autor de numerosas publicaciones socialistas, editor de *Contemporarul*, transformado en un comesocialista profesional y militante antisemita. Los “corazones generosos” siguieron al mando, incluso cuando el partido liberal, entonces en el poder, llevó a cabo en 1907 una terrible represión contra los campesinos rebeldes y destruyó las jóvenes organizaciones de la clase obrera.

Todas las garantías constitucionales, orgullo de los boyardos rumanos, fueron dejadas de lado ante la movilización de las masas. El cinismo de la ley constitucional rumana encontró su más bella expresión en *Rumanie*, el periódico de los conservadores-demócratas (el partido del actual ministro del interior, Take Ionescu) cuando escribió en 1907:

“Hace ya algunos años que constatamos que es materialmente imposible insistir aquí utilizando los métodos empleados anteriormente durante nuestra lucha. Las masas han aprendido a leer, a exigir, a imaginar, en resumen, han aprendido a comprender. Hace sólo veinte años, las personas que se interesaban por la política eran una excepción. Podíamos permitirnos el lujo (y, por cierto, era de mal gusto por nuestra parte) de dar a nuestros periódicos un tono anarquista y mostrar signos de locura revolucionaria. Nadie se tomaba en serio nuestras protestas y críticas, y todo el mundo comprendía perfectamente que se trataba de un caso de *jacobinismo pantuflero*. Pero con la aparición de un nuevo factor (las masas), todo cambió en nuestra vida política. Nuestra constitución libertaria se derrumbaría si se aplicara en su totalidad. Ningún conservador puede negarse a aprobar leyes para defender el orden público. Éstas serán introducidas por el gobierno liberal para destruir, sin vacilar, la actividad de los agitadores que amenazan a nuestro país.”

Una de las medidas tomadas en defensa del orden público fue la masacre de 15.000 campesinos, con el consentimiento tácito o manifiesto de los “corazones generosos”.

Así, esta fase socialista de la intelectualidad tuvo una conclusión deplorable. Pero entonces, bajo la presión de los acontecimientos, las masas empezaron “a leer, a exigir, a imaginar, en resumen, empezaron a comprender”. Un nuevo movimiento socialista nació sobre los cimientos del movimiento sindical, encontrando en Gherea, desde el principio, un apoyo teórico insustituible y un respaldo financiero fiable. Christian Rakovsky<sup>294</sup> se convirtió en el líder de este nuevo partido.

Durante este segundo periodo de su actividad, Gherea publicó, además de una serie de artículos en el periódico del partido de los trabajadores y en el mensual teórico, su obra principal titulada *Nejobagic*<sup>295</sup>. En ella analizaba las relaciones semif feudales imperantes en Rumanía, la base económica de los grupos sociales, el sistema social y los partidos políticos. A pesar de la comprensible conspiración de silencio con que toda la prensa, tanto conservadora como liberal, trató el libro, la edición de cinco mil ejemplares se agotó por completo. Dado el carácter científico de esta obra y la estrechez del mercado rumano del libro, puede decirse que fue un éxito extraordinario. La plena influencia política de este libro sólo se dejará sentir ahora que la cuestión agraria ha vuelto al centro de la vida política de este país.

## Tercer capítulo. Una visita a Dobruja

### De viaje

El tren exprés de Bucarest a Constanza va siempre abarrotado. Tras la paralización del transporte ferroviario debido a la movilización, la circulación de mercancías y personas aún no ha vuelto a la normalidad en este país.

El tren sale a las cuatro y media de la tarde. Atravesamos una llanura fértil pero monótona. Hay mucha tranquilidad, el cielo está despejado y el aire es seco. Hace calor. Es el calor de la estepa, despiadado y agotador, que seca e irrita la garganta. La tapicería de terciopelo de los asientos, húmeda de sudor, se pega a la ropa. Rojos por el calor, mis compañeros de viaje, a mi derecha y a mi izquierda, parecían carne de horca. Pero tras hora y media en el coche, incluso la intolerancia hacia esos vecinos se desvanece. Estamos en tal estado de agotamiento y postración que dejamos de abanicarnos, soplar, secarnos la frente, beber o quejarnos. Languidecemos en silencio, desprovistos de energía. Media hora más tarde, cuando el dragón de Fëdor Kuzmič Sologub (fue en esta ocasión cuando, por primera vez, vi el sol como un dragón de verdad) empieza a dar muestras de fatiga al acercarse la noche, los pasajeros, vencidos por el sopor, recobran el sentido. Las señoras se bañan las manos en agua de colonia y se empolvan la cara. Los caballeros reajustan sus corbatas y reanudan sus conversaciones. Un vecino me ofrece amablemente un cigarrillo de una marca nueva: *La paix de Bucarest*<sup>296</sup>. Fumamos, observando melancólicamente cómo la paz de Bucarest se esfuma y se convierte en cenizas. ¿Será un presagio?

El tema principal de conversación es el cólera que se cuele por todas partes y sigue haciendo de las suyas frente al alboroto de las desmovilizaciones, las entrevistas de los ministros, las intrigas de los partidos y las polémicas periodísticas. Entre los pasajeros de mi compartimento hay un fotógrafo francés que ha hecho fortuna en Constanza y ha fundado allí una familia. Le acompañan su mujer, su hija y el novio de ésta. También había una joven enérgica y de aspecto severo (médico de profesión, según supe más tarde) que había estado en primera línea de la lucha contra el cólera en Corabia. Viene a pasar unos días con unos parientes.

- Siempre se habla y escribe sobre desórdenes, dice, pero hay desórdenes y desórdenes. En Corabia me encontré con una situación terrible. Es uno de nuestros puertos fluviales en el Danubio; hay treinta mil habitantes, la mayoría búlgaros y griegos. Lo que ocurre allí es increíble. Los médicos del ejército no mueven un dedo, tienen miedo (no sé si me explico bien) miedo de acercarse a los pacientes. Los demás médicos también observan el cólera desde una distancia segura, a través de prismáticos. He ahí el desprecio boyardo, muy palpable, infantil, tan típico de nuestra Rumanía, por la vida de la gente corriente, los campesinos y los soldados. El mal, traído a Corabia por los soldados desmovilizados, se extendió a los cinco condados más cercanos a través de los campesinos que transportaban en sus carros provisiones para el ejército. Cinco mil carros han hecho el viaje de ida y vuelta, sin que nadie se diera cuenta del peligro. Sólo cuando

los carreteros empezaron a mostrar síntomas del cólera, las autoridades se dieron cuenta de repente de lo que estaba ocurriendo y decidieron establecer un lazareto de cuarentena en los alrededores del pueblo búlgaro de Bešlika.

- Allí, dos mil carreteros, rodeados por un cordón de soldados, fueron aislados al aire libre, sin que nadie llevara comida ni a los hombres ni a los animales. No había comida. Les prometimos que, en cinco días, una vez terminados los análisis, volverían a ser libres. Pero no teníamos material para los análisis, ni siquiera un microscopio. Al cabo de unos días, los campesinos protestaron diciendo que no podían esperar más porque la situación se había vuelto realmente insostenible. La respuesta fue enviar cuarenta soldados más y amenazar con usar las armas contra ellos. “Pero, ¿qué quieren que hagamos? No podemos quedarnos aquí bajo la lluvia y morir de hambre con nuestros animales”, replicaron los campesinos, amenazando con arrojar al Danubio desesperados. Obviamente, el cólera se extendió entre ellos. Pueden imaginarse lo que ocurrió. La asistencia médica era prácticamente inexistente, los alimentos escaseaban y la lluvia caía indiferente tanto sobre los campesinos muertos como sobre los vivos. Finalmente, después de retener a los campesinos durante quince días, los médicos decidimos dejarlos marchar sin haberlos sometido a ningún examen.

- En Corabia, donde un gran cuartel militar a las afueras de la ciudad se había convertido en un lazareto, ocurrió lo mismo. No teníamos suero, ni instrumentos, ni comida suficiente. Para el té, me llevé una estufa de parafina y una cacerola. Para esterilizar las jeringuillas, teníamos que utilizar la misma cacerola que para el té. La falta de desinfectantes también afectó al personal médico auxiliar, que empezó a morir de cólera. Los supervivientes huyeron y los médicos también tuvimos que ocuparnos de los muertos, metiéndolos en ataúdes y a menudo enterrándolos. En esas condiciones, la tasa de mortalidad llegó a ser muy alta, superior al setenta y cinco por ciento. En el hospital había padres con sus hijos y madres amamantando. Cuando las madres morían de cólera, los niños, privados de leche, morían de hambre ante nuestros propios ojos. En los pueblos infectados, la situación era aún peor. Las autoridades perdieron completamente la cabeza. Intentaron aislar ciertos pueblos donde el cólera hacía estragos, tratando de formar un cordón sanitario para no dejar entrar ni salir nada ni a nadie. Entonces, condenados a muerte, los campesinos amenazaron con sublevarse y se levantó el bloqueo.

- La población culpa de todo al mando del ejército, que no había tomado ninguna medida de precaución: ni siquiera sabía que había cólera en Bulgaria. Un regimiento fue enviado a Vratca, por ejemplo, que es uno de los focos del cólera. El médico del regimiento (me lo contó él mismo) pidió al oficial superior que trasladara a las tropas. “¡Imposible!” “¿Por qué?” “No podemos por razones estratégicas”. Pero, ¿qué tenía que ver la estrategia si los únicos búlgaros que quedaban eran ancianos y niños? Lo que han demostrado nuestras autoridades militares ha sido altivez presuntuosa e ignorancia arrogante. En Corabia, la gente les maldecía abiertamente, a todas horas y en todas partes, en la calle, en los restaurantes y en los cafés. Y los oficiales señalados bajaban la mirada y se mordían la lengua como si estuvieran en territorio enemigo. No marcha bien, no marcha nada bien. ¡El número de habitantes adquiridos por la nueva Dobruja es superado por el número de muertos por cólera!

En el vagón restaurante (ayer hubo un caso de cólera en este mismo vagón) se sentaba un grupo de gente muy alegre y bien vestida, en el que destacaban sobre todo los oficiales, con sus botas pulidas, sus uniformes bien ajustados (ni siquiera las mujeres llevan hoy en día caderas tan estrechas) y su acento francés. Sentados en pequeñas mesas, se desabrochan sus espadas con la despreocupación y el aire de quien, tras conquistar una provincia para su país, puede por fin, y con razón, relajarse con una botella de vino. En el centro de uno de estos grupos, una elegante dama dirige la conversación. Al parecer, es

la novia popular de un senador no tan popular. Su caro traje francés, sus anillos, su reloj engastado con brillantes y su cadena de oro de tres metros de largo son una elocuente demostración de las impresionantes dimensiones del presupuesto estatal rumano.

Nos acercamos al Danubio. La noche está a punto de caer. El compartimento iluminado es invadido por enjambres de mosquitos de río y de pantano. Una miríada de mosquitos. Al principio, el viajero los ahuyenta con despreocupación y en broma. Pero muy pronto el asunto se pone serio. Grandes enjambres de mosquitos pululan por las cabezas, penetran en cuellos y mangas y se posan en manteles, platos y vasos. Todos nos desesperamos. Agitamos las manos, las servilletas y los periódicos en el aire, sacudimos la cabeza, nos tiemblan las piernas bajo las mesas y se nos tensan los hombros. Algunos se envuelven la cabeza en hojas de periódico. El compartimento se está convirtiendo en un manicomio. No podemos cerrar las ventanas o nos asfixiaremos. Finalmente, un ordenanza apaga la luz. El compartimento se sumerge en la penumbra, los mosquitos se desvanecen y los pasajeros consiguen recuperar la compostura. Se oyen “susurros y tímidos murmullos” alrededor de la popular mujer. A contraluz, se distinguen complicadas maniobras realizadas con todo tipo de armas.

Una vez cruzado el Danubio, comienza Dobruja. Estamos, sin duda, en la península de los Balcanes. Durante dieciséis kilómetros, el tren atraviesa el valle del Danubio, cruzando dos puentes y una presa de piedra. Ahora estaba completamente oscuro. En el viaje de vuelta, quise echar un vistazo al puente principal sobre el Danubio, como me había recomendado Meyer<sup>297</sup>. El puente, enorme, pero de construcción ligera, fue construido entre 1890 y 1895 por el ingeniero italiano Saligi. Unas gigantescas estatuas de bronce de soldados de infantería romanos, colocadas al final del puente, recuerdan al viajero que la tierra y el agua siguen bajo el signo del militarismo en los Balcanes.

Recorrimos los 230 kilómetros entre Bucarest y Constanza en cinco horas, llegando a nuestro destino a las nueve y media de la noche. Kozlenko, uno de los marineros del *Potemkin*, que trabaja como cochero en la finca de la madre de mi amigo el médico (Rakovsky) con el que había hecho el viaje, nos recibió en la estación.

- Bueno, Kozlenko, ¿todo marcha bien?

- Sí, doctor, las cosas van bastante bien. Hemos sembrado la colza y ya ha brotado... Pero el arado de vapor está roto. Le pasa algo. Dejó de funcionar hace cuatro días. La vaca gris vuelve a cojear...

- ¿La vieja o la joven?

- La joven.

Esta conversación es música para mis oídos. ¿Dónde estoy, en Dobruja, o en el barrio de Elisabetgrado, en el inolvidable Gromokley<sup>298</sup>?

Caminamos hasta el muelle para oler el mar Negro. Han pasado diez años y medio desde la última vez que respiré aire así. Cuántos acontecimientos históricos han sucedido desde entonces y, sin embargo, el olor sigue siendo el mismo, no muy agradable, pero sí muy embriagador.

A nuestra izquierda hay un casino muy grande, luminoso y elegante, reservado a los oficiales. Sólo se puede entrar con una autorización especial, expedida caso por caso por las autoridades militares.

Cerca de mí, oigo hablar ruso y búlgaro. Otro marinero del *Potemkin*, un mecánico y un enorme búlgaro esperan a un amigo. Está a punto de llegar en vapor desde el nuevo puerto rumano de Balčik.

Constanza se extiende a lo largo de una franja de tierra. A ambos lados de la ciudad, el mar Negro exhala su aliento salobre, de olor pútrido.

Paseamos por la calle principal, iluminada por grandes farolas eléctricas. En la plaza, donde toca una orquesta militar y elegantes mujeres pasean en silencio, se alza un monumento a Ovidio<sup>299</sup>. Mis amigos me recuerdan que fue en Tomi, no lejos de aquí, donde el poeta romano pasó un periodo de exilio. Comparado con el distrito de Kirensk, en la provincia de Irkutsk<sup>300</sup>, este lugar goza de importantes ventajas en materia de clima.

Según el último censo, Constanza tiene unos 25.000 habitantes de al menos veinticinco nacionalidades distintas. La situación es similar en el resto de Dobruja. Aquí es donde los esperantistas podrían dirigir sus esfuerzos.

## En Mangalia y por sus alrededores

Tras pasear por la ciudad, intercambiar opiniones con el director del banco local y el presidente del consejo de distrito sobre el futuro del Cuadrilátero, darnos un chapuzón en el mar y comprar fruta en la calle a dos albaneses, por la tarde salimos de Constanza en una *brička*, llamada *tresurã* aquí, que traquetea más de lo que cabría esperar. La carretera parece verdaderamente rusa, es polvorienta como nuestra carretera a Jerson<sup>301</sup>. Con un aleteo, las gallinas huyen, también al estilo ruso, de los cascos de los caballos. Son caballos pequeños, ataviados con arreos al estilo ruso. Incluso la espalda de Kozlenko es rusa... ¡Oh, qué espalda tan rusa! No encontrarás una espalda así en ningún otro lugar del mundo, excepto en la provincia de Orlov. “¡Vamos, pasman, bestia perezosa y apestosa! Realmente se siente uno como si estuviera en Rusia. La familia de Kozlenko es originaria de la provincia de Orlov. La abandonó para hacerse marinero, sin imaginar que su destino le llevaría al exilio de por vida, por formar “parte del *Potemkin*”. Hace diez años que no ve a su mujer ni a su hijo y no tiene esperanzas de volver a verlos. Hace cuatro años envió su última carta al pueblo. Hoy, Kozlenko está solo en el mundo. Cuando se habla con él, mira con tristeza, pero no a los ojos. No tiene la astucia ucraniana. Al contrario, su rostro expresa una gran sencillez. “Ahora que sé rumano y un poco de búlgaro y turco, dice, no corro peligro de pasar hambre. Vaya donde vaya, siempre puedo pedir pan”.

A media hora en coche de Constanza, nos detenemos en un pueblo donde viven *skopci* rusos en cinco casas diferentes. El médico y yo fuimos a echar un vistazo a algunos de los caballos de que tenían en propiedad y a que nos dijeran su precio.

Cuando se produjo la movilización, el ejército requisó los mejores caballos y Kozlenko sólo ha conseguido recuperar uno hasta el momento, un caballo raquítico, en Constanza. Nadie sabe qué ocurrió con los demás. Se dice que, durante la desmovilización, los oficiales se deshicieron de sus caballos y se llevaron los mejores de los requisados. El mayor de los tres hermanos *skopci* que viven juntos se reúne con nosotros en las afueras del pueblo. Tiene treinta y cinco años, es gordo, fofo y tiene cara de niño. Se sube a la *tresurã*.

- Todos se han trasladado a la ciudad, doctor, y aquí todo está en ruinas, nos dice, refiriéndose a la actividad política del doctor. Alguien quería que pasara esto. Yo no, y él tampoco. Ninguno de nosotros lo quería. Pero, en mi opinión, a alguien le convenía. ¿Me equivoco?

Entramos en el prado para echar un vistazo a los caballos. Kozlenko los examina con interés, incluso con pasión: dice ser un fiel amigo de los caballos.

- Estos *percherones* volvieron ayer de la requisita. Están bien y han comido algo. Lo único es que, quién sabe por qué, algún desgraciado les cortó la cola y los dejó ridículos.

El *skopec* pide un precio desorbitado por sus caballos y también intenta ofrecernos una *tresurã* en alquiler. Entramos bajo el quiosco para discutir el asunto tomando una taza de té. Los dos hermanos más jóvenes se sientan a charlar con nosotros. Es difícil saber qué edad tienen, entre dieciocho y treinta años. Más tarde, se nos une un tío, un anciano tímido y evidentemente muy pobre. Los campesinos se sirven ellos mismos la comida; las mujeres, pálidas y descoloridas, no ponen un pie fuera. La conversación sigue siendo evasiva y cortés, como corresponde a gente que está tomando té.

- Vanja, vanja (le grita el hermano mayor a Kozlenko). Ven a tomar el té con nosotros.

-No, gracias, no me apetece.

- Ven aquí de todos modos.

- No, no me apetece. Tomé un poco esta mañana en Constanza y ayer también. Ya no me apetece.

- Su vanja vale su peso en oro, doctor, dice el tío con simpatía. No hay muchos trabajadores como él. Le vi llorar cuando murió uno de sus caballos. ¿Por qué lloras? No es tu caballo. Pero aun así le entristecía... Cuando va solo a casa, siempre lleva a los caballos a pasear. No encontrará a otro que cuide de los caballos como él. Uno de nuestros vecinos ha contratado gitanos, pero dice que no está contento con ellos. Se pelean todo el tiempo. Tiene miedo de que un día pase algo y tenga que llamar a la policía.

- ¿No estáis cansados de vivir en un país extranjero?, pregunté a los campesinos.

- Estamos acostumbrados, señor, nos acostumbramos a todo. Hacemos lo que tenemos que hacer y ya está. Aunque se tenga suficiente, no se puede hacer nada. Si tuviéramos suficiente dinero, podríamos escaparnos, al menos durante el invierno, pero no lo tenemos, así que ni siquiera podemos permitirnos el lujo de estar cansados de este país.

- Y, sin embargo, a usted no le falta dinero, le sobran algunos centavos...

- ¿Puede creerlo, doctor? ¿Y quién nos habría dado ese dinero?, interrumpe uno de los campesinos, en un tono evidentemente irritado. Luego respondió a mi pregunta anterior.

- Durante el invierno también hablamos de política. En el pueblo hay moldavos, griegos, turcos y búlgaros. También tuvimos un armenio que murió la primavera pasada. También hay gitanos. En resumen, hay todo tipo de gente. Nos reunimos y nos decimos: "Todos los que estamos aquí podemos considerarnos embajadores de los turcos, los griegos, los rusos y los armenios. Hablamos de política". Así pasamos el tiempo.

- Y ahora, ¿cómo están las cosas en Rusia? pregunta el tío.

- Hace mucho tiempo que me fui...

- Así que usted también ha estado fuera bastante tiempo, como nosotros. No hace mucho, algunos de nosotros llegaron de Siberia. Estaban exiliados allí.

- Ah, sí, vi a muchos de los suyos en Siberia.

Al oír estas palabras, reviven un poco. ¿Lo vio?

- En 1900. Pasé diez días con sus noches con ellos en una barcaza en el Lena. Eran cuarenta. Luego empezaron a cultivar y vender verduras en Olekminsk y les fue muy bien. Se hicieron ricos...

- Sí, sí. Pero cuando se les permitió salir de Siberia, vendieron todo y se fueron a Rusia. Pero las cosas no funcionaron tan bien allí, así que volvieron sobre sus pasos. Por desgracia, en Siberia, no había lugar para ellos, no quedaba nada para ellos. Lo perdieron todo. Así es como vinieron a vivir con nosotros...

El quiosco está rodeado de manzanos y perales. Todo está en su sitio. Pero hay algo insípido y monótono en todo ello: aburrimiento. Falta algo. La vida, los niños, las madres. Las caras hinchadas de los hombres, a pesar de su cortesía, son desagradables.

- Por favor, tome un té. Beba un poco más. Es el té de Rastorguev, a tres rublos la libra. Hágame el favor de beber un poco más.

Nos vamos. Los pequeños caballos van a buena velocidad de vuelta al establo de la granja donde Kozlenko los crío. Desde su llegada a Rumanía en 1905, ha criado dos generaciones de caballos.

- Son muy desagradables, dice el doctor. No me gustan. No sólo son aburridos, sino también irascibles, envidiosos y codiciosos. No saben lo que es la compasión y nunca perdonan una ofensa. Los conozco bien. Cerca de Mangalia, hay todo un pueblo de *skopci* que se llama Doomai. Hay una historia para contar que puede darle una idea de sus costumbres. Hace diez años, un *skopci* llamado Vassili trabajaba para nosotros como cochero. Durante la guerra ruso-turca [1877-1878], fue cochero en Ploiești y así fue como siguió al ejército ruso hasta Sofía. El príncipe Alejandro de Battenberg, que gobernaba Bulgaria en aquella época, no tenía cochero, así que Vassili se puso a su servicio con su propio carruaje personal. Fue él quien acompañó al príncipe en su visita a Serbia, ya que Sofía y Belgrado aún no estaban unidas por ferrocarril en aquella época. Finalmente, en 1886, Battenberg fue derrocado y Vassili le acompañó una vez más, la última, hasta el Danubio, donde atracó en el transbordador de Lom. Cuando llegó el momento de separarse, Battenberg le dio cincuenta napoleones de oro por su leal servicio, le estrechó la mano y lloró. Al menos, eso es lo que Vassil nos contó...

- Tras haber acumulado cuarenta mil francos, Vassili confió su capital a un oficial ruso (era el padrino del hijo de éste) para que lo invirtiera en propiedades en Sofía. Los negocios del oficial fueron mal y, en 1885, el gobierno zarista lo llamó a su patria junto con todos los oficiales rusos y tuvo que abandonar Bulgaria. Así, Vassili perdió todo su dinero. Pobre y sin recursos, regresó a Rumanía. Trabajó como cochero para varios terratenientes, pasando tres o cuatro años con cada uno de ellos. Cuando se unió a nosotros, ya tenía sesenta años. ¡Qué magnífico cochero! Pero no se quedó mucho tiempo con nosotros. A los tres o cuatro meses, se quedó parálítico. Lo llevé al hospital de Mangalia, donde permaneció un mes y medio. Logró recuperarse y le dieron el alta. Pero estaba totalmente discapacitado. Las autoridades decidieron confiarlo al cuidado del *skopci* de Doomai. Pero los lugareños pusieron objeciones. Vassili ya no era de los nuestros, decían, había comido sopa con carne, había renegado de su fe, etcétera. De todos modos, las autoridades les obligaron a quedarse con él. El anciano no permaneció mucho tiempo en Doomai. Al cabo de un tiempo, supimos que un buen día, uno de los líderes de la comunidad de los *skopci*, un tal Kravčenko, se llevó a Vassili a Constanza. Desde entonces, no se ha sabido nada de él y se ha perdido su rastro. Se dice que, para librarse definitivamente de esta carga, Kravčenko ahogó al anciano en el mar con el consentimiento de los demás *skopci*.

- Lo más probable es que fuera así. No lo dudo ni por un segundo. Este Kravčenko era un verdadero sinvergüenza. Estaba en buenos términos con la municipalidad, conocía las leyes rumanas y, sobre todo, todo tipo de estratagemas y subterfugios. Cuando regresó al pueblo, continuó con sus intrigas. Por lo general, los *skopci* llevan sus negocios con honradez; pero Kravčenko les enseñó a engañar a la gente, a vender dos veces lo mismo. Acabó mal: a él también lo mataron. Tras una estafa sobre un molino de viento que había vendido, lo encontraron con un agujero en la cabeza, junto al molino. Si uno observa el modo de vida de los *skopci*, se convence de que la diferencia de sexos es un principio social, fuente de altruismo y de toda forma de nobleza...

Kozlenko, que había seguido la conversación desde su asiento, se mostró de acuerdo con lo que se había dicho.

- No creo que hubiera sido buena idea comprarles caballos, doctor. Piden demasiado. Encontraremos otros. Incluso su *tresurǎ* no vale mucho, en mi opinión. Está bien como un carro agrícola, pero no tiene elegancia.

Nos dirigimos hacia el sur a lo largo de la costa. El olor del mar nos acompaña. Pasamos por una ciudad de barros termales con un balneario al que llegan pacientes de toda Rumanía. Hacemos una pausa en Tuzla, un gran pueblo búlgaro a medio camino entre Constanza y Mangalia, nuestro destino. El tabernero, un viejo búlgaro, nos ofrece unas rebanadas de *kačkavalj*<sup>302</sup> ahumado y café turco. A nuestra derecha hay tres búlgaros del Cuadrilátero que se dirigen a Constanza por negocios. A la izquierda, hay gente que habla ruso: un guarnicionero que vive aquí desde hace veinte años y dos ruso-alemanes, colonos que emigraron de Rusia a Rumanía. La Babel de Dobruja nos asalta por todos lados. Acordamos con los tres búlgaros del Cuadrilátero volver a vernos más tarde en Mangalia. Volvemos a subir a nuestra *tresurǎ*.

El cielo se está cubriendo; hay olor a hierba y a polvo de la carretera en el aire. La espalda de Kozlenko empieza a fundirse con la noche que cae. Todo está en silencio. Apoyados el uno contra el otro, dormitamos. “¡Trrr!” Kozlenko ha detenido los caballos en medio del camino y espera pacientemente, silbando absorto. ¡Qué paz! Me hormiguean las piernas. Me asalta la impresión de irme de vacaciones y dejar la estación de Novi Bug partiendo al pueblo de Yanovka<sup>303</sup>. “¡Trrr! ¡Pasman!”

Llegamos a Mangalia frente a una vieja casa de provincias, con portales y techo bajo. La familia de los propietarios procede de Kotel, en el corazón de los Balcanes. Su padre y su abuelo eran pastores que apacentaban sus rebaños en tierras abiertas, cada vez más al norte de la cadena de los Balcanes. La colonización del sur de Dobruja por los pastores llegó a su fin en 1850. La ancianita, guardiana de la casa y de las tradiciones, tiene setenta y cinco años y ha vivido más de la mitad de su vida bajo dominio turco. Su marido, fallecido hace unos años, era un *čorbadži*, un hombre rico que representaba a la comunidad del pueblo ante las autoridades turcas. Se trata de una familia búlgara muy conocida, una familia histórica. Savva Rakovsky, el “soñador loco”, como le llamaba Vazov<sup>304</sup>, fue una figura muy famosa en el renacimiento de la nación búlgara. Fue encarcelado con su padre en Constantinopla y condenado a muerte varias veces. Pues bien, este patriarca de la revolución búlgara, que murió en Bucarest en 1867, era tío de la anciana. La casa alberga un archivo único sobre la historia de la lucha búlgara por la independencia nacional.

Estanterías de libros, viejas oleografías de estilo naif, estufas decoradas con diseños enmarañados, innumerables alfombras tejidas a mano, colgaduras donde hay sitio para colgarlas. El olor del mar, a poco más de cincuenta pasos, entra por las ventanas.

A la mañana siguiente, fuimos a visitar Mangalia. A pesar de su tradición milenaria y de presumir de ser “el segundo puerto de Rumanía”, es una pequeña ciudad de menos de dos mil habitantes. Mangalia vivió tiempos mejores bajo el dominio turco. Tras la guerra ruso-turca [1877-1878], cuando el norte de Dobruja fue separado de su parte sur, es decir, el actual Cuadrilátero, y entregado a Rumanía, Mangalia perdió su poder comercial y decayó. Ahora, con la anexión de la nueva provincia, la ciudad comienza a revivir. Hoy es la fiesta del *bayram*<sup>305</sup>. Los tártaros pasean en sus carros y disparan sus pistolas. “*Bayram mibarek olmak*”, “*Evwel Allah, ewel Allah*”<sup>306</sup>. Desde lo alto de la mezquita, el almuédano<sup>307</sup> entona oraciones incomprensibles en dirección a los cuatro puntos cardinales.

El mar centellea bajo un sol radiante. Hay goletas atracadas. Unos gitanos muy jóvenes, de piel bronceada, se zambullen en el agua. Los gitanos turcos, con turbantes de

vivos colores y anchos fajines rojos, verdes o amarillos, sobre pantalones hasta la pantorrilla adornados con cintas, celebran la fiesta del *bayram*. Algunos de los *skopci* hacen caso omiso de nuestros saludos; sin mirar ni a derecha ni a izquierda, regresan del mercado con artículos que llevarán al pueblo. Incluso Kozlenko regresa con un kilo de *kačkavalj* para llevarse a casa. Me doy cuenta de que tiene un ancla tatuada en el brazo izquierdo.

- Fuiste gravemente herido, ¿verdad, Kozlenko? Me lo ha dicho el doctor.

- Sí, así es. En Feodosija, los soldados nos dispararon desde la orilla cuando nos íbamos en un bote de remos. Una bala me dio en el costado y salió por detrás. Enseguida supe que era grave. Cuando el médico subió a bordo, estaba medio inconsciente. Pero conseguí recuperarme. El único problema ahora es que, cuando estoy cansado, me duele el costado. Kovalev también resultó herido. Murió más tarde, por otras razones, en Tulcea...

Hace calor: 32 grados a la sombra. A lo largo de la calle que cruza el bazar, hay gente sentada en las mesas de los cafés, lugareños y forasteros, gente ocupada y holgazanes. La calle parece una exposición etnográfica. Un grupo de turcos sosegados y barbudos están sentados a una mesa. Sorben tranquilamente su café negro, tomándolo a pequeños sorbos y emitiendo murmullos raucos. En la mesa de al lado hay unos *skopci* de un pueblo vecino. Beben té al limón que saborean con terrones de azúcar en la boca. Hablan de negocios con voz de falsete. Un grupo de notables rumanos se sienta alrededor de dos mesas. Juegan a los dados y al chaquete. Los tres búlgaros del Cuadrilátero que conocimos en Tuzla, uno de los cuales resultó ser gagaúzo, beben cerveza. Nos sentamos con ellos y un hirsuto griego nos sirve dulces turcos y agua.

Unos cuantos *lipovanos*<sup>308</sup>, antiguos creyentes, se reúnen frente a una droguería. Son pescadores, altos y barbudos (nunca se han afeitado) con aspecto digno. Suelen hacer el servicio militar en la marina. Tártaros de vacaciones desfilan por la calle principal con sus carros. Algunos gitanos turcos (musulmanes) y rumanos (cristianos), muy diferentes entre sí, se pasean arriba y abajo. Doy un paseo por la calle principal con mi amigo, que me hace de guía. Me sorprende su desenvoltura en este caos étnico y lingüístico. Mira a derecha e izquierda, recibe reverencias, intercambia algunas palabras, pasa de una mesa a otra, se asoma a las tiendas, pregunta sobre ciertos asuntos y, además, hace observaciones políticas y recaba información para artículos periodísticos. Todo ello en una docena de idiomas. En una hora pasa del rumano al búlgaro, del ruso al turco, del alemán (con los colonos recién llegados) al francés (con los notables) sin ningún problema.

- El doctor conoce todas las lenguas, explica Kozlenko, como si hablara de algo que existe desde la noche de los tiempos.

- ¿Conoce usted a los *lipovanos*, Kozlenko?

- Conozco unos cuantos.

- ¿Cómo se llevan los *skopci* con los *lipovanos*?

- No muy bien, son como el perro y el gato...

Antes de discutir los problemas del Cuadrilátero con los nuevos ciudadanos rumanos, decidimos hacer otra visita a Gelendžik, esta vez un gran pueblo rumano y tártaro. Kozlenko comprueba en silencio las correas de los caballos y afloja los arneses. Ocupamos nuestros puestos en el *tresură*. Un joven se acerca cautelosamente al doctor. Es ruso, un *lipovano*, pero tiene nacionalidad rumana. Ha desertado y pregunta al médico si cree que podrá beneficiarse de una amnistía con motivo de las celebraciones de la victoria. Caminamos por un estrecho sendero a través de los campos. La mayoría de los cereales, a excepción del maíz, que aún no ha madurado, han sido cosechados. Nos detenemos en casa de un hortelano. Su mujer, tártara, lleva pantalones anchos y sus hijos,

el torso desnudo. Perros con colmillos amenazadores deambulan por los alrededores. En el suelo hay peladuras de sandía cubiertas de enjambres de moscas. El hortelano se ha marchado a Mangalia. En el huerto, un tártaro, desertor del ejército búlgaro, está cavando. Comemos una sandía. Hablamos del riesgo de cólera. Finalmente, cargamos la *tresurã* con unas cuantas sandías y nos ponemos en marcha de nuevo. Pasamos por túmulos funerarios, similares a los de Nueva Rusia.

- Kozlenko, ¿hay por casualidad oro en estos túmulos?

- ¿Pero a quién se le ocurría enterrar oro aquí? responde Kozlenko, melancólico.

Nos acercamos a la finca.

- Vemos nubes de vapor, doctor, deben de haber conseguido que la máquina vuelva a funcionar.

Efectivamente, el arado expulsa nubes de vapor. Un polaco, que llegó aquí después de trabajar en un cine de Constanza, es el encargado de hacer funcionar el misterioso mecanismo. Es muy hablador, sobre todo de su vida, pero sabe poco de las máquinas. El doctor baja de la *tresurã* y, como corresponde a un jefe, se entretiene media hora con el arado de vapor, sin motivo aparente. Mientras tanto, Kozlenko me cuenta la historia del pueblo de Gelendžik.

- Ese hombre con la grada es el cortijero de la finca. Es rumano, un buen hombre, su hermano es oficial. Antes de él, tuvimos un búlgaro, un ladrón. El doctor la aguantó mucho tiempo, luego la echó. Nuestro pueblo es mitad turco y mitad rumano. Es un pueblo muy pobre. Antes era bastante rico. Pero los turcos son perezosos, no hacen asuntos como deberían. Venden cinco hectáreas de su tierra, se comen las ganancias y luego venden otra parte. Al final, se quedan sin tierra. Los rumanos son muy trabajadores, pero beben demasiado. Así es como el pueblo se empobreció...

El doctor da unas cuantas sandías al arrendatario y al ingeniero de cine, y luego partimos hacia Gelendžik.

- Echa un vistazo. A la izquierda se ve la granja de los campesinos, desvencijada y enferma; a la derecha, la nuestra. Parece un bosque. Los campesinos obtienen una mazorca de maíz por planta, mientras que nosotros obtenemos dos o tres. Lo mismo ocurre con el trigo y la colza. Esa es la ventaja de la agricultura a pequeña escala.

Las casas de Gelendžik tienen tejados de chapa ondulada o tejas. No vi ningún tejado totalmente de paja o mezclado con barro. Con motivo de la fiesta de bayram, las calles están abarrotadas. La taberna está llena de gente.

- Han trillado y vendido su cosecha. Ahora la están regando, explica Kozlenko.

Moïsi, el tabernero, un coloso rumano de Transilvania, es también comerciante de alimentos y presta dinero. Con un tamiz, clasifica la colza, que recoge en un hule. En la ciudad, los transilvanos son barberos, camareros y gestionan los baños públicos. En el campo, son agricultores, pequeños capitalistas y kulaks. En invierno, juegan desenfadadamente a las cartas. Son una raza enérgica que, en muchos aspectos, desempeña en Rumanía el mismo papel que los macedonios en Bulgaria. Moïsi no está satisfecho con la política rumana. Considera que Rumanía ha reaccionado demasiado tarde y no ha conseguido lo suficiente. En su opinión, debería haber pedido al principio de la guerra a Turquía y Bulgaria cuál de las dos ofrecía más, y luego aliarse con el mejor postor.

He aquí la granja. En la casa donde vive el cortijero hay una habitación con cerradura. Es el lugar reservado a los negocios. Libros en todos los idiomas se amontonan contra las paredes manchadas. Hay una biblioteca bien surtida de libros rusos, con una gran colección de obras publicadas en el extranjero en 1905...

En busca de comida, fuimos al ala reservada a la servidumbre. Allí encontramos al cocinero, un desertor griego del ejército turco. El doctor lo encontró el otoño pasado al

borde de una carretera. Estaba llorando, sin zapatos ni boina. Si no recuerdo mal, este es el tercer desertor que he conocido hoy. Un desertor ruso del ejército rumano, un desertor tártaro del ejército búlgaro y un desertor griego del ejército turco. Va descalzo, lleva el pelo bien peinado y parece un rompecorazones. Habla un poco de francés. Le pedimos que nos prepare pollo con arroz y, mientras él va a buscar el pollo al corral, nosotros nos hacemos con una lata de aceitunas (aquí las aceitunas son una necesidad) y nos vamos a saciar la sed a la fuente.

Luego viene la segunda parte del programa: comprobar las cuentas. Hace su entrada un quesero rumano que lleva una tablilla de madera en la que están grabadas líneas y cruces que representan cientos y miles de litros de leche. Luego viene el herrero, un ruso-moldavo, después un par de búlgaros que cultivan colza y, por último, dos gitanas locales, una presentando la cuenta y la otra, su cuñada, echando una mano. Un gitano alto y guapo, un turco, ofrece sus servicios, junto con sus compañeros, para podar el extremo del maíz para que madure más rápido.

Los gitanos del lugar, rumanos, trabajan mal y son ladrones, pero muchos campesinos los emplean con gusto porque pueden retorcerlos sin escrúpulos. A menudo ocurre que un campamento de gitanos trabaja dos meses, pero sólo le pagan por veintisiete días de trabajo. No pueden controlar las cuentas. En cambio, los gitanos turcos están mejor formados y trabajan mejor.

Una vez terminadas las cuentas, la gallina, que acababa de picotear despreocupadamente en el corral, nos espera en la mesa, rodeada de arroz. Kozlenko nos trae vino de la taberna de Moïsi. Comemos en el porche. Mientras tanto, Kozlenko prepara una *tresurã* más grande, instala ramales fuera de las ruedas y enjaeza un tercer caballo.

- Así será más cómodo. ¡Trrr!

Cae la noche. La *tresurã* se balancea suavemente. Somnolientos, volvemos a Mangalia. Volvemos a respirar el olor pútrido y salado del mar Negro.

### ***Le président du Conseil général*<sup>309</sup> [El presidente del consejo general]**

- Simeón, Simeón, ven aquí, grita mi amigo a alguien al otro lado de la plaza, hacia el monumento a Ovidio. Luego se vuelve hacia mí:

- Voy a presentarte a un notable local, un personaje interesante, una figura política al más puro estilo rumano. Obsérvalo con atención...

Simeón se acerca a nuestra mesa. A pesar de su baja estatura, parece imponente. Mientras nos presentan, le observo atentamente. Es un hombre fornido, con bigote negro mezclado con pelo blanco y ojos sureños, inteligentes y alegres, situados sobre una nariz carnosa. Lleva una llamativa cadena de oro sobre el estómago y un diamante de gran tamaño en un dedo de la mano izquierda. Va vestido con elegantes ropas de verano. Simeón se quita el sombrero, dejando al descubierto un cabello negro, rizado y ligeramente canoso. ¡Qué espléndido espécimen de sureño! Debe de tener unos cuarenta y cinco años.

- Sr. Simeón N., *président du conseil général* [presidente del consejo general].

- Sr. N. N., *journaliste russe* [periodista ruso].

- *Enchanté!* [¡encantado de conocerle!] dijo Simeón, haciendo un gesto amistoso con los modales de un gran señor.

El *président du Conseil général* es, por decirlo en términos más consonantes, una persona de la talla del presidente de un zemstvo provincial. Simeón es takista, es decir, conservador-demócrata y partidario del actual ministro del interior (1913), Take Ionescu.

- ¿Cómo van los negocios, Simeón?

¿Los negocios? Simeón no está satisfecho con la forma en que marchan los negocios. Está insatisfecho con la situación política en general. Todo está al revés. En las recientes elecciones municipales de Constanza, los liberales aplastaron a los conservadores y lo mismo ocurrirá mañana en las elecciones *departamentales* [comarcales, departamentales]. Los liberales ganan porque tienen energía y disciplina. Y, *entre nous* [entre nosotros], el único partido real en Constanza y en todo el país es el partido liberal.

- Soy takista, pero le digo: no hay nada que hacer.

- Es un pesimista, ¡ya no le reconozco, Simeón! Pero, por cierto y *à propos* [a propósito], ¿va a comprar el zemstvo sus lámparas?

Simeón ignora la pregunta, cuyo significado se me escapa.

- No, no, las cosas no marchan bien. Los liberales controlan los bancos, los curas y los maestros. Lo controlan todo, hacen lo que quieren. Y todo lo que los takistas tenemos que hacer es cerrar la tienda, ¡y punto!

- *Monsieur le président*, ¿puede explicarme por qué su partido se llama a sí mismo los conservadores demócratas?

- Es muy sencillo. Nos oponemos a las viejas camarillas que se dan codazos en el poder. Estamos en contra de las dinastías monopolistas que dirigen la política en este país, ya sean los liberales o los viejos conservadores. Queremos que en la vida política sólo cuenten dos cosas: el sentido del deber y el talento. *Voilà, Monsieur, nos principes* [he aquí nuestros principios, señor]: talento y sentido del deber. Por eso somos demócratas.

- Pero, ¿en qué son ustedes conservadores? ¿Qué quieren conservar?

- ¿Conservar? Queremos... Simplemente, queremos proteger nuestro país... nuestra gente... nuestra nacionalidad.

- Y el presupuesto, ¿no es así, Simeón?

- ¿El presupuesto? Sí, claro. *Que diable!* [¡Qué diablos!] ¿Por qué demonios debe usarse el presupuesto para beneficio exclusivo de las viejas camarillas? No, el presupuesto tiene que adaptarse a estos dos nuevos principios: talento y sentido del deber.

- Entonces, ¿qué pasa con sus lámparas, Simeón?

- Pero cómo, parece que no tienes otra cosa en mente que mis lámparas. Olvidémonos de ellas, ¿quiere usted? Estamos hablando de política.

- Pero...

- *Mais à propos* [Pero, a propósito], ¿qué opina usted de nuestras mujeres?, pregunta de repente el *Président*.

- Simeón, Simeón, estamos a punto de hablar de política.

- Por supuesto. ¿Pero qué cree usted, que nuestras mujeres no tienen nada que ver con la política rumana? *Tais-toi, mon vieux!* ¡Cállate, viejo amigo! No, no, dime por favor, ¿te gustan nuestras mujeres, eh? Al hacer su pregunta, el presidente guiñó el ojo izquierdo, arrugando la frente, los labios y el bigote.

- *Mes meilleurs compliments pour vos femmes, Monsieur le président* [Mis mejores felicitaciones por sus mujeres, señor presidente], respondí cortésmente, y mientras tanto se me ocurrió que casi todos los rumanos que he conocido me han hecho la misma pregunta, poco después de empezar a hablar.

- La culpa es de ellas. Están arruinando Rumanía. Sí, escríbalo, si está haciendo un estudio sobre nuestro país. No son los latifundistas, no es el presupuesto, no es el militarismo, ¡son las mujeres! Le pregunto, ¿cómo puede un país donde hay tantas

mujeres hermosas, hermosas en el pleno sentido de la palabra, permanecer en orden? *Monsieur*, mire, mire allí. ¿Ha visto usted, has visto usted cómo mueve sus caderas? ¿Qué piensa de eso? ¿Qué piensa usted? ¿Qué piensa usted? En este punto, el presidente del zemstvo hizo algunas aclaraciones que hacían honor a su imaginación meridional.

- Pero Simeón, Simeón, ¿tiene usted sesenta y dos años!

- ¿Sesenta y dos?, exclamé, realmente sorprendido. ¡No puede ser verdad!

- Sí, *Monsieur*, es verdad. Pero, gracias a Dios, aún no estoy descartado. Todavía soy capaz de cubrirme de honores. Nuestras esposas, créanme, son a la vez la causa y el presagio de la ruina que nos amenaza. ¿Y eso por qué? Es muy sencillo. Debo decirles, y esto, fíjense, es un aspecto muy importante de toda la cuestión, que nuestras mujeres no pueden pretender ser inaccesibles. No, no... y todo político, abogado, funcionario quiere tener a la mejor de ellas. Esta es la causa de nuestra ruina. Todos ellos gastan el doble o el triple de lo que ganan. Y el resultado de todo esto es el caos total en el estado. Así es la política rumana. Las mujeres están llevando a nuestro país al desastre.

- ¿Así que no hay salvación, *Monsieur le président*?

Simeón extiende los brazos.

- No veo ninguna. El futuro me parece bastante sombrío. Y al mismo tiempo, los liberales mantienen su posición. Conocen el secreto del éxito, esos chacales. Le daré una comparación que puede ser útil. En 1878, ¡los liberales cedieron lo que quedaba de Besarabia a Rusia como recompensa por una victoriosa guerra rumana contra Turquía! A cambio, recibieron parte de Dobruja, que en aquella época era casi un desierto, habitado no por rumanos sino por búlgaros. Naturalmente, se podría pensar que después de una historia así, los liberales habrían sido derrotados. Pues no, señores, no pasó nada de eso. Siguieron en el poder otros diez años. Por otra parte, ganamos una nueva provincia sin sufrir ninguna pérdida, ¿y qué ocurrió? ¿Creen que conseguimos reforzar nuestra posición? En absoluto. Este otoño (por favor, lo que le digo debe quedar *entre nous* [entre nosotros]) caerá el gobierno conservador. ¿Por qué será eso? *C'est la fatalité* [Es inevitable]. No tenemos disciplina. Aquí, incluso alguien de la nada puede convertirse en líder del partido, ministro o prefecto. Nuestro jefe local es un viejo lisiado. Nuestro prefecto es incompetente e intrigante. Nuestro partido ignora a los hombres que han viajado por el mundo y ampliado sus horizontes.

- Ah, sí. Háblenos, Simeón, de los lugares en los que ha estado.

- ¡Santo cielo! ¡Los lugares en los que he estado! He estado en todas las capitales de Europa y en Norteamérica, en Nueva York, Chicago y Boston. He estado en Rusia, en Varsovia y Vilna. Es verdad, hubo un tiempo en mi vida en que pude ver cosas. *Quand je quittais mon professorat* [Cuando dejé mi cátedra]...

Agucé el oído. Así que era profesor. Un miembro de un zemstvo del mundo de los profesores...

- ¿Profesor de qué, Simeón?

Simeón enarca las cejas, mira de reojo a su interlocutor y vuelve los ojos hacia mí.

- *Moi, je suis un artiste* [Soy artista]. Primero fui profesor en Constanza, luego me convertí en artista...

- ¿Por qué no me explica qué clase de artista fue? insiste su interlocutor. Vamos, ¿no es cierto que balanceaba usted ocho sillas sobre tu nariz, viejo bandido, antes de lanzarse a la política? ¿O eran doce sillas? ¿No?

Simeón ya no pudo controlarse. Se sonrojó, se volvió hacia su perseguidor y replicó en rumano, no en francés, en un tono que puso fin al debate. Aunque sólo entendí a grandes rasgos su respuesta, me dejó sin palabras.

Pero Simeón recordó que había un periodista extranjero presente, tomó un sorbo de vino cortado con agua de Seltz y puso cara de valiente. Reanudó el relato de su

impetuoso e instructivo pasado como si nada hubiera pasado. Sí, había sido profesor en Constanza, más concretamente, profesor de gimnasia en las clases superiores. Luego había participado en un encuentro internacional en París, como miembro de una compañía para un espectáculo de danzas nacionales. Esta confrontación con otros artistas decidió su destino. Viajó por el mundo como artista de circo bajo el nombre de Simeón Universul, cosechando grandes éxitos en todas partes y ganando hasta mil dólares por espectáculo.

- Vea usted, este anillo...

- Por favor, mire atentamente este anillo, representa el valor de nuestro amigo, vale seis mil francos...

- *Sacré nom de nom!* [¡Diablos! ¡Caramba!] exclamó el antiguo profesor, rozando esta vez el mal gusto, ¡Intenta menospreciarme otra vez! Este anillo no vale seis, ¡vale quince mil francos! Sí, ¡quince mil francos! Fue un regalo de un club de hombres de negocios de Chicago...

A los cuarenta años, abandonó su carrera artística, se instaló en Dobruja y se ocupó de los asuntos locales. Fue elegido alcalde de Mangalia. Entonces se dedicó a funciones más elevadas y se afilió al partido que lucha por los derechos de los que tienen talento y sentido del deber...

- Bueno, concluyó Simeón inesperadamente, *est-ce que nous feron la noce?* [¿vamos de juerga?]

- Pero es usted infatigable, Simeón, y a sus sesenta y dos años...

- Sabe usted, añade Simeón, resumiendo en una frase su filosofía de vida, es mejor vivir cien años haciendo lo que uno quiere, que doscientos o trescientos años, a medias, tomando toda clase de precauciones.

Simeón nos lleva, en vano, de un café a otro, porque el prefecto ha decidido cerrarlos a causa del cólera.

- ¡Ésa es la política de nuestro prefecto!, exclama Simeón, indignado. Nunca podré trabajar con ese hombre.

Desgraciadamente, es hora de partir. Acompañamos a *Monsieur le président* hasta su casa.

No importa si Simeón tragó espadas y equilibró sillas sobre su nariz. Es una figura política, un pilar de nuestra sociedad, que ayudó a sacar un periódico takista en Constanza. Es publicista. Utiliza la pluma con la misma despreocupación con la que solía equilibrar una docena de sillas sobre su nariz. “Sentido común y un poco de intuición”, explica con dignidad y modestia.

Cuando, en 1908, tras la revuelta campesina, los takistas se separaron de los conservadores, celebraron un consejo en Constanza para fundar un nuevo partido, y el propio Ionescu tomó la palabra. En cierto modo, la reunión fue un gran éxito. Simeón escribió un editorial para su periódico sobre el discurso de Take Ionescu en Constanza. El artículo empezaba así: “He estado en París, Londres, Copenhague, Chicago, Nueva York, Roma y otras ciudades del mundo. He escuchado a Mazzini, Adelina Patti y Gladstone. Vi a Francisco-José, Humberto [I de Saboya] y Félix Faure; fui al pie de la estatua de la libertad y a la Torre Eiffel. Pero nada ni nadie me impresionó más que Take Ionescu”. Simeón es también un orador fogoso. Durante las últimas elecciones parlamentarias, en noviembre de 1912, pronunció un gran discurso electoral, en presencia de un distinguido invitado (el nuevo ministro Badareu, uno de los líderes de los takistas), en el que, entre otras cosas, dijo: “Los conservadores-demócratas siempre han tenido un cerebro: Take Ionescu. Ahora también tienen un cuerpo, que hoy nos acompaña: Badareu. Cuando esta águila moldava tomó el poder, añadió Simeón, señalando con su dedo de diamante al invitado de honor, todo el mundo se alarmó. No va a funcionar, decían, va a hacer otro agujero en las arcas del estado. Pero yo no les creí. No, señores. Puedo decir con orgullo

que soy el único que no les creyó. ¿Y qué ha pasado? Han pasado tres semanas desde el histórico día de su toma de posesión. Quien piense que me equivoqué, ¡que se levante! Hizo una pausa, como preparándose para un duelo triunfal con sus enemigos y los escépticos presentes en la reunión, así como con los que estaban lejos...

Simeón es maravilloso, no sólo cuando el cielo está despejado, sino también cuando hay tormenta. Lo más notable es que es el típico representante de su nación, este *président del Conseil général* que aspira a convertirse en prefecto.

En su clásica comedia *Oscrisoare pierduta* (La carta perdida), el genial escritor satírico rumano Caragiale, fallecido el año pasado, fustigaba las costumbres políticas rumanas, al igual que Gógol había hecho con las de la burocracia rusa en *El inspector*. La ausencia total de principios, la vacuidad idealista y verborreica, los engaños de bajo nivel, la alegre corrupción de la moral y el hábil chantaje son los elementos constitutivos de la política y la moral de los gobernantes rumanos retratados en *La carta perdida*.

Nae Catavencu, abogado, director y editor del periódico *El Rugido de los Cárpatos*, fundador y presidente de la cooperativa enciclopédica El Amanecer Económico Rumano y Take Farfuridi, abogado, miembro del comité permanente, del comité electoral, del comité escolar el comité agrícola, y otros comités y comisiones, son dos estafadores (uno a gran escala y el otro a pequeña) los Krepičinskijs y Raspljuevs del parlamento rumano, y sus nombres se han convertido en epítetos comunes en las discusiones políticas.

Los tres partidos rumanos en el gobierno están imbuidos del espíritu de Catavencu y Farfuridi. Pero el triunfo final de estos especímenes políticos fue celebre con el partido takista: hombres sin pasado ni futuro, pero con grandes apetitos, pretendían ser reconocidos por el estado. ¿Y qué ocurrió? El propio Caragiale, impetuoso censor moral de los takistas, se unió inesperadamente a ellos para satisfacer sus intereses mundanos. ¡Hay sitio para ti! Inmediatamente después, Carp (el viejo líder de los conservadores, un reaccionario romántico empedernido, pero un hombre de honor a su manera) se reunió con Caragiale. Habían luchado juntos por la defensa de la lengua popular rumana en el seno de la asociación literaria Junimea.

- ¡Quién me iba a decir, exclamó Carpa, que viviría lo suficiente como para verle a usted, a usted, Caragiale, en el papel de Catavencu!

- Vamos, vamos, respondió Caragiale sin pestañear. ¿Yo, un Catavencu? Debe de ser una broma. Catavencu es Take Ionescu, mi honorable jefe. En caso de apuro, soy Farfuridi...

Caragiale contaba a menudo la conversación que tuvo lugar en la acera de la estación de Ploiești. Y el escritor siempre añadía:

- Hasta ahora, seguía creyendo que había una persona inteligente en Rumanía, y esa persona era Carpa. Pero, claro, él también es de los que se toman la política en serio...

Simeón es un espécimen nacional. Por supuesto, si quisiéramos traducir el lenguaje de Catavencu y Farfuridi a la terminología internacional, podríamos argumentar que Simeón combina armoniosamente a Fígaro, Falstaff y Tartarín en una sola persona... Sobre todo a Tartarín<sup>310</sup>. No le falta intuición, es jovial y superficial, pero también es astuto y conoce todos los trucos. Elogia la superioridad de Take Ionescu sobre la Torre Eiffel y la Estatua de la Libertad, no sin un interés personal en hacerlo. Es propietario de una tienda que vende equipos de iluminación, los mismos que vende al zemstvo del que es presidente. Por eso no le gusta que le pregunten por sus lámparas. La administración de la policía local ha instalado sus oficinas en una casa de su propiedad. Y aunque Simeón está en desacuerdo con el prefecto, recibe de la policía el triple del alquiler normal por el mismo espacio. Oh no, ¡no hay nada que decir del *Monsieur le président du Conseil général*!

Una vez en el escenario con los tragaespadas y los equilibristas, el antiguo acróbata de circo Simeón Universul, ahora político influyente con un diamante de Chicago en el dedo, no puede definirse como un caso accidental sino como una figura simbólica. Tras esta agradable velada en compañía del *président*, comprendo mejor las costumbres políticas rumanas y al hombre que las describió, Caragiale. “*Quand je quittais mon professorat* [Cuando dejé mi cátedra]”, me digo, mientras me dispongo a leer la traducción de los escritos de Farfuridi. Y le doy las gracias de corazón a Simeón: él me dio la clave de la política rumana.

PS. Simeón Universul ha muerto. Que descanse en paz. Pero el Simeón colectivo y el mundo de la política oficial rumana siguen vivos. El líder del partido del que Simeón era un pilar, el gran Take Ionescu, también ha muerto. Sí, él, el heraldo de los principios de civilización y democracia, el censor de la barbarie soviética, el lacayo de tercera categoría de Francia. Pero el carácter fundamental de la clase dirigente rumana permanece intacto. Los distintos partidos que gobiernan el país no son más que variantes de un mismo modelo. Hoy, Rumanía no está gobernada por un demócrata conservador, sino por un liberal à la *Siméon Universul*. Pero eso no cambia nada.

12 de julio de 1922

*Kievskaja Mysl'*, números 243, 245, 246 y 253, los días 3, 5, 6 y 13 de septiembre de 1913

**Apéndice. El liberalismo eslavófilo ruso y los Balcanes  
(una polémica)**

## El gesto del señor Briančjaninov (Serbia y los eslavófilos rusos)

“¡Jeremías, Jeremías, ¡deberías haberte quedado en casa!”<sup>311</sup>

Hace tres días, en el restaurante del hotel Moskva, un grupo de representantes políticos locales organizó un banquete en honor de Briančjaninov<sup>312</sup>. Este señor se encontraba aquí en una breve misión política y diplomática, realizada en nombre de la “opinión pública rusa”. El banquete tuvo lugar en la sala principal del restaurante. Los invitados estaban sentados en el centro, por lo que todos los clientes tenían que escuchar sus discursos. Así que cuando el Sr. Briančjaninov pronunció su larguísimo discurso de agradecimiento y bienvenida a los presentes, incluso los que no participaban en el banquete bajaron sus cuchillos y tenedores. Fue una muestra de buena educación, sin duda, pero el asado se enfrió en mi plato. Soy consciente de que episodios como éste no pueden ser objeto de un artículo periodístico, pero lo cierto es que este banquete puso de relieve varios aspectos que revisten cierto interés.

El primer orador, el profesor Belić, agradeció al público ruso su apoyo a la causa serbia, en un ruso pasable (el número de serbios que hablan ruso se puede contar con los dedos de una mano). También expresó su decepción por la debilidad del gobierno ruso, que no había seguido el ejemplo de la opinión pública. Concluyó expresando su convicción de que, bajo la presión de la sociedad rusa, el gobierno adoptará una política más firme en el futuro. En resumen, el señor Belić dijo lo que habría dicho cualquiera en su lugar. A continuación, llegó el turno del Sr. Briančjaninov. Se levantó y comenzó diciendo que aquí se habían sobrevalorado sus méritos como político (por lo que podemos deducir que el señor Briančjaninov sí tiene algunos méritos políticos). Después expresó algunas ideas justas, aunque no muy originales, sobre la distancia que separa a la diplomacia rusa del pueblo, y declaró que ahora se siente más eslavo que ruso. Por último, se pronunció contra el gobierno serbio que, habiendo ignorado a la “opinión pública rusa” (¡los progresistas!), había hecho viles concesiones a los austriacos. Se deduce que los serbios abandonaron Durrës y Alessio porque no estaban suficientemente convencidos de la omnipotencia del partido de Briančjaninov. Si los serbios se hubieran negado a evacuar los puertos, lo que significaba una declaración de guerra, dijo el señor Briančjaninov, pues bien, pueden estar seguros de que habríamos permanecido a su lado... Es cierto, no puedo negarlo, que los rusos nos sometemos humildemente a confiscaciones, multas y exilio sin juicio. Es más, la diplomacia rusa desconoce nuestra existencia. Todo esto es cierto, pero permítanme decirles, en nombre de la “opinión pública rusa”, que, si hubiéramos llegado a una guerra entre Austria y Serbia, entonces “¡Hurra! ¡Živio!”<sup>313</sup>

No tomé notas taquigráficas del discurso del señor Briančjaninov (no sé taquigrafía), pero puedo transcribir, con precisión, su sentido general y su humor involuntario. La “opinión pública rusa” pidió a la diplomacia rusa que interviniera activamente en apoyo de los intereses serbios. Pero ésta hizo oídos sordos y no apoyó las reivindicaciones serbias sobre la costa adriática. A la luz de estos hechos irrefutables, está claro que el gobierno serbio tenía todo el derecho a seguir su propia política. Pašić eligió precisamente este camino cuando intentó construir un puente diplomático sobre el Danubio. Mientras tanto, *la opinión pública* rusa llegó a Belgrado y, con una copa de vino en la mano, expresó su desilusión. Al fin y al cabo, siempre hemos protestado enérgicamente contra las concesiones hechas a Berchtold. Es cierto que nuestra diplomacia no prestó la menor atención a estas protestas, pero también es cierto que

vuestro gobierno cometió un grave error. Sin embargo, puedo asegurarle que nosotros, la opinión pública, seguiremos por el mismo camino de siempre... ¡“Živio! ¡Viva!”

Al escuchar este monólogo pronunciado al estilo del tolstoiano *Koko v politike*<sup>314</sup>, tengo que decir que me sentí muy avergonzado. Sin embargo, una pregunta me rondaba la cabeza: ¿por qué razón había venido hasta aquí mi compatriota? ¿Hubiera sido mejor que se quedara en casa!

Obviamente, ningún representante del antiguo partido radical (ese partido que, subestimando a la “opinión pública rusa”, se había comportado pusilánimemente con Berchtold) estaba presente en el banquete. El largo discurso del orador progresista ruso se dirigió principalmente a los representantes de dos partidos serbios: los *naprednjaci* y los jóvenes radicales. Aunque ambos partidos estaban en la oposición (los jóvenes radicales, para reclamar formalmente los derechos del parlamento, y los *naprednjaci*, para expresar su desacuerdo con la actitud acomodaticia de Pašić), me pareció que todos los presentes en el banquete escuchaban el sermón de Briančjaninov con la misma inquietud.

¿Es necesario analizar a fondo la situación actual para concluir que el belicoso discurso del señor Briančjaninov fue, aparte de su comicidad involuntaria, imprudentemente impertinente, totalmente irresponsable e incluso, me atrevería a añadir, completamente demencial?

Al fin y al cabo, no fue bajo la influencia de la opinión pública rusa, es decir, de un puñado de grupos y periódicos llamativos, que los serbios hicieron todo lo posible para apoderarse rápidamente de las bases de la costa adriática. “Vosotros, pensad en cumplir con vuestro deber como soldados”, decían a los serbios los diplomáticos de *Novoie Vremia, Russkoe Slovo*<sup>315</sup> y otros círculos influyentes, “así que ¡cumplid con vuestro deber y no os abandonaremos!”. He aquí un ejemplo impresionante de las dificultades y sacrificios soportados por los serbios en su carrera hacia el mar: la división Šumadija llegó a Durrës diecinueve días después de salir de Prizren. Sólo 80 de los 3.000 caballos de que disponía la división sobrevivieron; todos los demás murieron durante el viaje.

Nada más ocupar la costa, Austria exigió su evacuación. Nadie dudó nunca de que, de un modo u otro, se había hecho tal petición. Sin duda, los serbios fueron incitados por la diplomacia oficiosa rusa, que se comportaba como verdadera diplomacia rusa, a comprometerse en un conflicto contra Austria. Es legítimo suponer que, cuando la situación se agravó, cuando los focos empezaron a iluminar, por la noche, el palacio real de Belgrado y cuando los barcos reales e imperiales hicieron zozobrar las barcasas serbias, Pašić se dirigió al embajador ruso, el señor Hartvig, y le dijo a bocajarro: “Y ahora, ¿qué va a pasar?”. El Sr. Hartvig, que goza de la reputación de ser uno de los pilares de la política eslavófila no oficial en los Balcanes, tuvo que responder: “No cuente con nosotros... Ya sabe cuáles son mis convicciones personales... Pero San Petersburgo... No pasará nada...” Tras esta instructiva conversación, Pašić tuvo que hacer todo lo posible por mantener la compostura y tuvo que abandonar la embajada de una forma que, sin duda, fue cortés. De camino a casa, antes incluso de llegar, debió de escribir a Masaryk<sup>316</sup>, a Kramarj, o a algún otro, que el gobierno serbio estaba dispuesto a concluir un acuerdo con Austria. En resumen, Serbia aceptaba someterse a las exigencias de Viena siempre que se presentaran como una decisión de Europa. “Si Europa decreta que debemos retirar nuestras tropas de Albania, las retiraremos”, escribió *Samouprava*. No debió de ser fácil tomar semejante decisión. Los “derechos” que Serbia reclama sobre Albania son discutibles. Serbia soportó sacrificios en la creencia de que alguien apoyaría sus demandas. Si se hubiera limitado a reclamar la concesión de un puerto neutral, no habría habido sacrificio. Le habría bastado con comprometerse a no meter las manos en Albania. El gobierno serbio, en cambio, eligió otro camino gracias a la diplomacia rusa no oficial y a la “opinión pública” que lo apoyaba. Sin embargo, este *otro camino* resultó ser un

callejón sin salida, por lo que Pašić cambió de dirección a tiempo y buscó un acuerdo con Viena.

Llegado a Belgrado en el último momento desde San Petersburgo, el señor Briančjaninov, precisamente el hombre cuyos méritos políticos se habían sobreestimado enormemente, tuvo la osadía, después de lo ocurrido, de acusar al gobierno serbio de pusilanimidad y falta de fe en la “opinión pública rusa”. Si los austriacos hubieran tomado Belgrado, ¿qué habría ocurrido? Por casualidad, ¿habría enviado el señor Briančjaninov dos cuerpos de ejército progresistas a Galitzia?

La idea de que Serbia no debe abandonar sus posiciones en la costa adriática, pase lo que pase, no la trajo aquí el señor Briančjaninov. Lo han dicho una y otra vez, en un tono cada vez más apasionado, muchos serbios y, sobre todo, oficiales. El mismo punto de vista ha sido expresado de diferentes maneras, primero acaloradamente y luego más moderadamente, por ciertos periódicos serbios: *Politika*, *Pravda* y *Štampa*. Y no es nada improbable que no se haya intentado plasmar esta idea en la realidad. La política independiente de los oficiales tiene una larga y sólida tradición en Serbia. Los oficiales están directamente implicados en este asunto, hasta el punto de que el giro que tomen los acontecimientos, en un sentido o en otro, depende de ellos. La tentación es muy fuerte.

Sólo hay un partido en Serbia, los llamados nacionalistas (los *exliberales*), servidores del régimen extremadamente despótico de Milán, que han tomado la decisión política de animar a los oficiales a tomar “valientes decisiones patrióticas” y luego, favoreciendo o no las relaciones exteriores del país, hacer caer a Pašić y a todo el régimen radical y, finalmente, hacerse con el poder. Como suele ocurrir en tales circunstancias, esta banda nacionalista mezcló la intriga cortesana con la demagogia vulgar, utilizando en los periódicos el lenguaje sedicioso de las Centurias Negras. Llamaba a la destrucción del sistema político actual “sin escatimar medios”. Lo que los nacionalistas entendían por valientes decisiones patrióticas era el lanzamiento de una guerra, no contra Austria (con cuyo apoyo ya contaban), sino contra Bulgaria: por Bitolj, Veles y Prilep. En el peor de los casos, los nacionalistas también están dispuestos a lanzar este eslogan: ¡No renunciéis a Durrës! En realidad, su objetivo es muy distinto. Pretenden explotar el descontento de los oficiales y provocar el caos nacional e internacional para deshacerse del régimen que les bloquea el camino. Hay que tener en cuenta que el activismo frenético de ciertos periódicos rusos y de ciertos círculos, que hacen promesas que de ninguna manera son capaces de cumplir, sólo sirve para introducir objetivos falsos en la política serbia, que proporcionan agua para el molino de aventureros de la peor calaña.

Tal vez sea ésta la única razón por la que personas como el Sr. Briančjaninov deberían haberse quedado en casa.

*Kievskaja Mysl'*, número 360, 29 de diciembre de 1912

## Una carta de Petko Todorov

A raíz de mis observaciones sobre la implicación de la intelectualidad democrática búlgara<sup>317</sup> en la censura militar (observaciones que, debido a las condiciones de la censura en Rusia, llegaron a mis involuntarios lectores búlgaros antes que a mis lectores rusos), recibí una carta del señor Petko Todorov, famoso hombre de letras búlgaro. Creo que es mi deber publicar esta carta íntegramente.

Estimado Sr. Antid Oto<sup>318</sup>,

He leído sus “Cartas desde los Balcanes”, y lamento no haber podido leer lo que E. N. Čirikov escribió sobre el mismo tema en el *Kievskaja Mysl'*.

Creo que los reproches que lanzáis a los demócratas búlgaros, y a mí en particular, son el resultado de un malentendido del que suelen ser víctimas los rusos que vienen a Bulgaria. El hecho es que ustedes los rusos, por utilizar un espléndido refrán de su país, tratan de aplicar sus reglas en monasterios ajenos.

Si conocieran un poco la historia de nuestro renacimiento, de cómo la democracia búlgara recuperó sus propias iglesias, escuelas y estado, se habrían dado cuenta de que las conquistas espirituales, políticas y económicas de la democracia búlgara son única y exclusivamente fruto de nuestros esfuerzos. Si conocieran la épica lucha librada por esta democracia, en defensa de la constitución, contra el régimen absolutista del Príncipe de Battenberg y nuestra capacidad de reacción contra el abuso de sus prerrogativas (derogación de las leyes sobre funcionarios, cierre de universidades, creación de la Orden de los Santos Cirilo y Metodio), entonces comprenderían por qué hemos aceptado con ecuanimidad la censura militar y por qué no nos quejamos de su funcionamiento. Personalmente, y creo poder hacer extensiva mi convicción a cualquiera que conozca un poco al pueblo búlgaro, no me cabe duda de que ello se debe, en primer lugar, a la firmeza de nuestra democracia, capaz de regir sus propios destinos, y luego a la disciplina cívica que se forma en un estado de derecho como el nuestro, donde cada ciudadano puede participar en la construcción de la cultura común. Pero, sobre todo, nace de nuestra conciencia de que la realización de la inmensa tarea humana y nacional que hoy nos une a todos no debe verse obstaculizada por la crítica individual o partidista. No dudamos ni por un momento de que llegará el día en que este espíritu crítico pueda volver a expresarse libremente, la libertad en la que nosotros, los ciudadanos de la Bulgaria constitucional, estamos acostumbrados a vivir, escribir y actuar.

Sabiendo que comparto los mismos sentimientos que el pueblo búlgaro a este respecto, considero que mi participación en la censura militar no es ni más ni menos que el ejercicio de un deber cívico. Cientos de miles de mis conciudadanos han sido enviados a luchar, unos a Çatalca, otros al sitio de Odrin; a mí se me ha confiado la tarea de proteger nuestra lucha por la liberación contra los espías y saqueadores con que los órganos de la usurera prensa europea han inundado nuestro país. Bajo tales circunstancias, mis responsabilidades se limitan a cumplir, a conciencia y con precisión, la tarea que se me ha confiado sin abusar del poder que ello me confiere. En cuanto a la responsabilidad compartida por la guerra y su resultado, no puede recaer sólo en unos pocos individuos. Pues, teniendo en cuenta nuestra organización política y social, no hay un solo grupo político que esté exento de esta responsabilidad.

Así que ya ven lo lejos que estamos los búlgaros de la tendencia rusa a eludir nuestras responsabilidades. Nosotros, a diferencia de ustedes, encontramos en la responsabilidad los fundamentos de nuestro sentido cívico y es con este espíritu con el que, al igual que la democracia europea, nos esforzamos en garantizar nuestros derechos como seres humanos y ciudadanos. Su intransigencia también nos es ajena. Tendemos a verla como una anomalía que se ha acentuado en ustedes a causa del régimen absolutista bajo el que se ven obligados a vivir. Me parece, además, que esta intransigencia no es más que un medio de ocultar la impotencia social y la falta de sentido práctico que les aquejan.

No es necesario plantar la semilla de la intransigencia en la democracia búlgara, sino lo que los franceses llaman le *sens de la mesure*, el comportamiento sano, esencia de toda cultura y, en mi opinión, principal legado del mundo antiguo.

Atentamente, con mis más sinceros saludos

Petko Todorov

Sofía, 19 de noviembre de 1912

Permítanme hacer dos comentarios sobre esta carta, interesante en muchos aspectos.

El señor Todorov responde, sin la menor vacilación, a mis observaciones críticas sobre la vida pública búlgara con un “espléndido refrán ruso”: no apliques tus reglas en monasterios ajenos. Pero ciertamente no tuvo en cuenta el hecho de que escribo para lectores rusos, no búlgaros, y que por tanto actúo dentro de mi propio monasterio. Escribo

sobre acontecimientos búlgaros para un público ruso y, es cierto, parto de un punto de vista ruso, de la herencia de nuestra historia. Pero, ¿cómo podría ser de otro modo? El mismo señor Todorov ataca (fugaz pero categóricamente) a los demócratas rusos por su “falta de sentido práctico”. ¿Acaso no se le ha ocurrido a Todorov que el “espléndido refrán” ruso puede resultar contraproducente? Pero reconozco de buen grado el derecho de nuestro autor búlgaro a criticarnos dándonos su punto de vista. Sin embargo, sigo convencido de que este punto de vista se basa en un nivel rudimentario de cultura política.

El señor Todorov ha utilizado un lenguaje muy pintoresco, quizá demasiado, para hablar de los corresponsales de los periódicos europeos, por lo que me gustaría hacer una segunda observación. Los describió como espías y saqueadores enviados por usureros. Me temo que este juicio va en contra de ese antiguo sentido de la moderación que el señor Todorov elige como esencia de toda cultura. En realidad, tiene otros objetivos. Para hacer su trabajo sucio, los usureros de Europa cuentan con una multitud de agentes entre los nativos. Además, ¿cómo puede la censura controlar el espionaje? ¿Desde cuándo los espías presentan sus informes a la censura? Si los espías han venido realmente aquí bajo la identidad de periodistas, hacen su trabajo lejos de los omnipresentes censores. Tanto es así que esta última dirige toda su atención contra los periodistas que quieren decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Por el momento, no quiero pronunciarme sobre la cuestión de la responsabilidad (¿de qué, de quién?). Me reservo el derecho de volver sobre este tema cuando pueda escribir toda la verdad. Y, en esa ocasión, procuraré mostrar un mayor sentido de la moderación que los respetables censores de Sofía.

Sofía, 20 de noviembre de 1912

*Kievskaja Mysl'*, número 332, 30 de noviembre de 1912

## Respuesta a Petko Todorov

He respondido con estas pocas líneas, escritas en forma de carta abierta, a una carta que he recibido del poeta búlgaro P. Todorov<sup>319</sup>, para que puedan ser publicadas en la prensa búlgara en cuanto se levante la censura militar. Esta carta al señor Todorov puede interesar también a los lectores rusos, por lo que la reproduzco aquí íntegramente.

Usted me ha hecho el honor de escribirme a propósito de mis artículos sobre la censura militar búlgara, escritos en los que juzgaba incorrecto el papel desempeñado por ciertos representantes de la intelectualidad democrática, o casi democrática, búlgara. Usted se refirió y desestimó, con breves pero enérgicas alusiones, mis acusaciones sobre las graves responsabilidades políticas y morales de ciertos demócratas búlgaros. Por tanto, pasó usted a la ofensiva general, atacando tanto a los periodistas europeos como a los rusos de izquierdas. Personalmente, no me siento inclinado a defender indiscriminadamente a toda la izquierda rusa, y menos aún a los periodistas europeos. Pero antes, permítame decirle francamente que sus acusaciones son incoherentes, al menos tan incoherentes como su defensa.

Ni que decir tiene que usted acepta, sin criticarla, la censura militar, considerándola una institución necesaria y saludable. Yo no soy militar, al menos no más que usted mismo; sin embargo, creo poder afirmar que, contrariamente a las declaraciones de las autoridades militares (respetuosamente apoyadas por filisteos de todas partes), su censura militar no tiene ningún sentido desde el punto de vista militar, y que persigue otros fines que son cualquier cosa menos militar. No hay duda de que, sin censura, ciertos

hechos aislados habrían encontrado un lugar en la prensa europea y que, muy probablemente, esto podría haber perjudicado a su ejército de una manera u otra. Pero de todos modos habría habido filtraciones, a través de correspondencia privada o conversaciones personales. Y, al menos de momento, usted no ha impedido a nadie entrar o salir de su país.

Usted ha calificado a los periodistas europeos de espías y saqueadores enviados a Bulgaria por los usureros de Europa. Pero tenga en cuenta que esos periodistas, si hubieran utilizado la profesión de corresponsal como tapadera para espíar, tenían cientos de formas diferentes de enviar mensajes a cualquier parte, evitando su terrible censura. No me refiero a la tinta química, cuyo uso es bien conocido por los estados mayores y espías militares, ni siquiera al bien desarrollado sistema de comunicaciones telegráficas codificadas. Sólo hay doce horas de viaje entre Sofía y Rusčuk, así que cualquiera podía enviar sus informes a través de la frontera utilizando revisores de trenes o mercenarios. Por lo tanto, cabe afirmar que un periodista, decidido a enviar ilegalmente un artículo rechazado por los censores, no tendría ninguna dificultad en utilizar los sistemas mencionados. En lo que a mí respecta, confieso que no burlé a los censores. Me pareció inoportuno concederme, solo y a sus espaldas, estos derechos por los que luchaba con usted como corresponsal político. No obstante, quiero dejar claro que no culpo a mis colegas europeos que han actuado de otro modo, dado que algunos de ellos han sido tratados con escasa consideración por su censura.

Esta última, impotente ante los métodos ilegales utilizados por los malintencionados, se ha ensañado contra periodistas políticos serios cuya misión no es servir a su estado mayor, sino informar honestamente a la opinión pública europea. En realidad, quieren ustedes obligarnos a mirar con los ojos, oír con los oídos, pensar y escribir en búlgaro y, con ingenio búlgaro, engañar a Europa.

Su censura no perseguía objetivos militares, ni pretendía defender secretos militares, pero sí quería ocultar “secretos” de un orden totalmente distinto: las situaciones embarazosas, las crueldades, los crímenes y las infamias que acompañan a cualquier guerra, y a la de ustedes en particular. Esto es lo que usted quería ocultar a Europa. Ustedes se entregaron al sueño loco de poder hipnotizar a la opinión pública europea, haciéndole creer, no la verdad, no lo que ustedes mismos sabían que era verdad, sino lo que querían hacer pasar por verdad. Querían hacer creer a Europa que los campesinos turcos, los obreros y los *hamallar*<sup>320</sup> que están bajo las banderas y son utilizados como instrumentos por la clase dominante otomana para esclavizar a las nacionalidades no turcas y a las masas trabajadoras turcas, encarnan la crueldad, la barbarie y la bestialidad. Y quisieron hacer creer a Europa que el ejército búlgaro, desde los trabajadores de bajo rango de la cocina hasta el comandante en jefe Savov (a quien no lograron exculpar de la acusación de apropiación indebida), encarnaba, en su conjunto, los más altos ideales de ley y justicia. Para ello, consideraron oportuno intimidarnos a nosotros, los periodistas europeos, con un ejército de censores, a nuestros ojos hombres carentes de toda autoridad moral o intelectual.

Nos presentaban ustedes sus boletines llenos de innumerables variaciones sobre un tema, siempre el mismo: la crueldad y la perfidia de los turcos (las mujeres asesinadas, las banderas blancas agitadas para engañar al enemigo, las balas dum dum) impidiendo al mismo tiempo todos nuestros intentos de decirle a Europa que, además de las atrocidades turcas, también hubo atrocidades búlgaras. Profesores, poetas, funcionarios y antiguos alumnos, ustedes no intentan proteger secretos militares, sino que, en un delirio infantil, imaginaron que podían convertirnos en agentes del estado mayor búlgaro y del gobierno del rey Fernando. Algunos de nosotros, los más amistosos y disponibles, les advertimos de que estos métodos tendrían exactamente el efecto contrario al pretendido.

Le dijimos que, tarde o temprano, la forma bárbara en que su país estaba manipulando a la opinión pública europea despertaría una indignación generalizada. Le criticamos por no saber distinguir entre un periodista y un espía, y por confiar la supervisión de la prensa a un hombre, su historiador Semjon Radev, corrupto hasta la médula. Uno de sus representantes, el más franco, pero quizá sería más correcto decir el más cínico, respondió: “Cuando hayamos concluido esta guerra con una victoria, podremos mandar al infierno a la opinión pública europea”. He aquí la política búlgara que usted considera sincera, realista y concreta.

Pero su sentido práctico ha demostrado ser muy corto de miras. Precisamente ahora que la cuestión ha pasado de la esfera militar a la diplomática y que necesitan, más que nunca, la presión de la democracia europea sobre la Europa diplomática, decenas de corresponsales han abandonado Bulgaria y difunden intensamente en Europa ¡esta mitad de la verdad que nos obligaron a callar durante tanto tiempo!

Ustedes afirmaron que su guerra era una cruzada de la civilización contra la barbarie. Con sus lápices rojos y tijeras, intentaron encajar nuestros telegramas y corresponsalías en estas dos categorías. Pero ahora Europa sabe que el camino hacia su cruzada está sembrado de crímenes que provocarían escalofríos a cualquier persona culta, sensible y pensante.

¿Es posible, señor Todorov, que desconozca los hechos que estoy mencionando aquí? ¿Que no sepa que, al principio de la guerra, sus tropas de Rodope utilizaron la artillería para destruir un pueblo de pomacos, toda la población, casas, granjas, hombres, animales, mujeres y niños? Y no nos diga que un acto tan brutal se justificó por el resentimiento de los soldados hacia los musulmanes búlgaros aliados de su enemigo. Conozco esa excusa tan bien como ustedes. Sin embargo, el hecho es que la noticia de estas represalias, dignas de la Edad Media, contra los pomacos fue suprimida por la censura militar de ustedes y que, cuando el crimen aún estaba fresco, no se alzó ninguna voz para protestar o condenarlo con suficiente fuerza. Como resultado, este silencio quitó todos los frenos a sus oficiales y soldados, que se sintieron libres de cualquier responsabilidad, incluso moral.

¿Es posible que usted tampoco sepa nada de Dimotika? ¿Sobre la forma en que un pelotón de caballería trató a los prisioneros y a la pacífica población de ese pueblo? Pregunte a los oficiales que han regresado del frente, pregunte a los soldados heridos. Le dirán abiertamente (porque le consideran con razón sus cómplices morales) que los soldados empujaron al agua a turcos indefensos y les dispararon como a patos salvajes. Le contarán cómo utilizaron sus bayonetas para obligar a hombres desarmados a tirarse al agua desde un puente.

Demasiado ocupados guardando secretos militares, que en modo alguno estaban amenazados (al menos no por nosotros, los periodistas), ¿no han oído hablar de la legión macedonia que, con el pretexto de cazar espías, degollaba a todo turco pacífico que se cruzaba en su camino? Si usted no ha oído nada, si no sabe nada, vaya inmediatamente a Malko Tärnovó, una vez allí, tome la dirección de Kirklareli y continúe hacia el sur. Se encontrará cara a cara con una multitud de musulmanes barbudos, tendidos en la carretera, con las manos atadas a la espalda y degollados hasta las vértebras cervicales, con más de una anciana musulmana muerta de un tiro en la cabeza junto al fuego y verá los cadáveres de niños turcos que, como trofeos abandonados, salpican el camino recorrido por la victoriosa legión “liberadora”.

¿Y las ejecuciones sin sentido, sin causa, en Mustafá Pacha? ¿Ejecuciones que no eran más que un juego diabólico para oficiales ociosos? ¿Tampoco estaba usted al corriente? ¿Se levantó usted, por casualidad, en vibrante protesta o dio a los periodistas la oportunidad de hacerlo, cumpliendo con un elemental deber humanitario?

Estos hechos, por terribles que sean, palidecen cuando se comparan con otro vil episodio, ni aislado ni accidental, y que no puede explicarse por la amarga desilusión de soldados borrachos de sangre. Me refiero, señor Todorov, a los turcos heridos asesinados a sangre fría en el campo de batalla por orden del mando búlgaro. Más de un búlgaro herido me ha contado, bajando los ojos, el exterminio de hombres desarmados cuyos ojos febriles miraban fijamente las bayonetas que se alzaban para atravesarlos. ¿Cree que esto puede ignorarse? ¿O quiere negarlo? Pero si es así, debemos recordarle que al comienzo de la guerra su cuartel general informó repetidamente a Europa de que los turcos abandonaban a sus heridos en el campo de batalla y que los búlgaros los recogían. ¿Dónde están esos miles de heridos turcos? ¿Qué se ha hecho con ellos, señor Todorov? Respóndanos.

A la intransigencia que supuestamente caracteriza mis escritos, usted contrapone el “sentido de la moderación” que ensalza como el mejor legado de la antigüedad. Pero, ¿ha tenido el valor de sugerir a sus oficiales que apliquen esta regla de forma clara y sin ambigüedades a los enemigos que yacen en el suelo, exhaustos e inconscientes? No. Al contrario, ustedes han mostrado una “intransigencia” sin límites hacia nosotros, los periodistas, que intentamos elevar una protesta desde el fondo de nuestra conciencia indignada. En consecuencia, ustedes los censores, usted personalmente, señor Todorov, han asumido la responsabilidad de cubrir la masacre de soldados turcos enfermos, heridos y desarmados. Estoy seguro, e incluso usted no debería tener ninguna duda, de que, si hubiéramos podido hacer públicos a tiempo hechos como éste, cuyo recuerdo basta para hacernos hervir de nuevo la sangre en las venas, su estado mayor habría gritado “basta” a sus oficiales y éstos se habrían visto obligados a repetirlo a los soldados.

Pero, ¿qué ocurrió? Usted, el radical, el poeta, el humanista, no sólo no llamó la atención de su ejército sobre el hecho de que, además de las bayonetas afiladas y las balas bien dirigidas, existe también la conciencia humana y la doctrina de Cristo, en cuyo nombre pretende haber declarado la guerra, sino que además nos ató las manos a la espalda, a nosotros los periodistas europeos, y nos puso en el pecho las botas de la censura militar. Cuando, con el corazón ligero, colocó una boina militar con el redondel de la censura en su cabeza de tu poeta, aceptó una responsabilidad en nombre del estado mayor, de la diplomacia y de la monarquía. No puedo decir si su lápiz rojo contribuyó o no a la ampliación de las fronteras de Bulgaria. Pero el hecho de que la intelectualidad democrática búlgara se haya convertido en compañera de viaje, y por tanto también en cómplice, de todos los actos viles de esta guerra, actos que, durante mucho tiempo, quizás décadas, envenenarán el alma de su pueblo, es una realidad que no logrará usted disimular ni borrar de la historia de su país.

La vida pública de ustedes está aún en gestación. Los conceptos políticos y morales más elementales aún no han arraigado en su país. Razón de más para que los elementos más avanzados de su pueblo sean guardianes intransigentes de los principios de la democracia, de su política y de su ética. Por último, el capital histórico fundamental de cualquier nación es la conciencia social y moral de las masas populares. Y, si la historia había encomendado a su monarquía, a sus diplomáticos y a sus generales la tarea de liberar su curso con balas, metralla y bayonetas, usted tenía que asumir ante la guerra, independientemente de su posición de principios (cualquiera que sea), la tarea de proteger la conciencia del pueblo de todos esos venenosos peligros que conlleva una guerra victoriosa. No lo ha hecho, ¡tanto peor para usted!

Le ruego acepte etc. etc.

Sofía, 27 de noviembre [1912]

*Kievskaja Mysl'*, número 334, 2 de diciembre de 1912

## Una pregunta no parlamentaria al señor P. Miliukov

¡Señor diputado!

Usted es uno de los promotores e inspiradores del movimiento *neoeslavo*, que ha defendido nada menos que los más respetados principios de civilización, humanidad y liberación nacional. En varias ocasiones, en columnas de periódicos y desde la tribuna de la duma, ha asegurado a los aliados balcánicos (o, sería más exacto decir, a las dinastías y camarillas dinásticas que gobiernan los Balcanes) la inalterable simpatía de la sociedad rusa por su lucha por la “libertad”.

Recientemente, durante el periodo del armisticio, usted realizó un viaje político a los Balcanes; visitó muchas ciudades y, lo que nos parece especialmente importante, no olvidó visitar las regiones recientemente conquistadas por los aliados.

En el curso de sus viajes, ¿no se enteró por casualidad (y esto debió de interesarle) de los monstruosos actos de brutalidad cometidos por la soldadesca aliada durante su marcha triunfal? ¿No ha oído que fueron cometidos no sólo contra heridos desarmados o prisioneros turcos, sino también contra pacíficos habitantes musulmanes, mujeres, ancianos y niños indefensos?

Si lo has oído, y no puede ser de otra forma, ¿por qué guarda silencio al respecto?

¿Por qué su *Reč*, tan elocuente en otras ocasiones, ha enmudecido ahora? Ante estos hechos innegables, ¿no ha llegado usted a la conclusión de que los búlgaros de Macedonia y los serbios de la Vieja Serbia, en su prisa por cambiar las cifras de las estadísticas étnicas, que, a decir verdad, no les son muy favorables, se han dedicado, por decirlo sin rodeos, a un exterminio sistemático de la población musulmana en pueblos, ciudades y distritos?

¿Qué tiene que decir sobre la utilización de estos métodos para garantizar el triunfo de la etnia eslava?

¿No cree que la silenciosa conspiración de sus principales periódicos (el ministerial *Rossija*<sup>321</sup>, el viscoso *Novoe Vremja*, el moderado *Russkaja Molva*<sup>322</sup>, el tamborilero *Russkoe Slovo* y el siempre solemne *Reč*), este común acuerdo de silencio, les convierte en partidarios y cómplices morales de atrocidades que quedarán como una marca de deshonor en toda nuestra era?

¿Y sus protestas contra las atrocidades turcas, que no tengo intención de negar, no suenan horriblemente farisaicas en esta situación? ¿Está prohibido suponer que éstas fueron dictadas por puro cálculo y codicia imperialistas, y no por principios generales de humanidad y cultura?

¿No se les ha ocurrido que la connivencia tácita de los principales partidos rusos y de su prensa con los crímenes búlgaros y serbios, precisamente ahora que los aliados balcánicos han reanudado las operaciones militares, podría alentar nuevas masacres, dignas de Caín, del pueblo de la Media Luna en interés de la “cultura” de la Cruz?

¿Responderá a estas simples y claras preguntas?

¿O se ha dado cuenta usted por fin de que dos y dos son cuatro, y ha encontrado la firmeza suficiente para concluir que el líder de una oposición “responsable”, habiéndose puesto del lado de las dinastías balcánicas como una especie de agente de la diplomacia de San Petersburgo, debe por tanto asumir parte de la responsabilidad, a los

ojos de la opinión pública de su propio país, por el descuartizamiento de niños turcos y el degüello de ancianos musulmanes?

Si es así, mejor que mantenga la boca cerrada. Pero, en ese caso, ¿su silencio será mucho más convincente de lo que jamás lo han sido sus discursos!

*Luč*, número 24 (110), 30 de enero de 1913

## Balance de la “cuestión de los Balcanes”

I. Han perdido el norte. Aduladores elevados a la categoría de testigos oculares.

Le pregunté al señor Miliukov si conocía las atrocidades búlgaras y serbias y, en caso afirmativo, por qué él y el *Reč* callaron lo que sabían. Mi pregunta fue respondida de diferentes maneras.

En un ataque de nervios, el señor Miliukov envió tras de mí al viejo portero del periódico *Reč*, un ser frustrado y no muy listo, que me colmó de insultos. El portero ha dicho que mi pregunta era una “suciasa estratagema, hipócrita y partidista”. Añadió que no merecía respuesta y concluyó que, en cualquier caso, el periódico contestaría el mismo día con un artículo del señor Toporov<sup>323</sup>, corresponsal en Sofía. Ha terminado anunciando que se trataría sólo de una respuesta preliminar. Por lo tanto, he entendido que todavía debe llegar otra respuesta, la verdadera.

En su respuesta, el señor Toporov nos informa de que “durante cinco años ha estudiado minuciosamente la sociedad búlgara” sin encontrar nada negativo. Afirma también, además, que no había sido testigo de ninguna atrocidad, añadiendo que sí se habían cometido algunas atrocidades menores, pero que no era el momento de hablar de ellas. El estado mayor está muy ocupado en estos momentos y lo estará hasta el final de la guerra, por lo que el señor Toporov hablará de las atrocidades más adelante. Asimismo, el corresponsal de *Reč* jura por la salud de Pilenko, corresponsal de *Novoe Vremja*, con quien ha “confrontado diariamente sus artículos” y que era “muy concienzudo en el cumplimiento de sus deberes como corresponsal”. Jurar por la salud de Pilenko es, en sí mismo, extremadamente convincente, sobre todo si se tiene en cuenta que *Reč* citaba a menudo despachos de los Balcanes del “concienzudo” hombre de *Novoe Vremja* con el siguiente comentario: “El lector habrá adivinado que esta vez Lamo-sus-Pies número 3 lleva el nombre y la firma de... Al. Pilenko”.

Cuando escribieron estas palabras, los redactores no podían prever que llegaría el momento en que la autoridad moral del Lamo-sus-Pies número 3 de *Novoe Vremja* sería utilizada por el propio *Reč* para proteger al Lamo-sus-Pies número 4. Y así podemos asistir al edificante espectáculo de estos señores escupiendo en el pozo de *Novoe Vremja*, el mismo pozo donde, más tarde, en el fragor de la batalla contra nosotros, tendrán que saciar su sed.

La refutación de Toporov alegró a *Russkaja Molva* tanto como asustó a *Reč*: *Molva*, ha objetado que “expresa con excesivo ardor su satisfacción por las prudentes (!) declaraciones del señor Viktorov”, repitiendo, en todo caso, que mi pregunta no merecía respuesta por mi indecorosa conducta. Así que pensé que no tenían intención de contestarme. Aunque no conseguí mejorar mi comportamiento, sí que obtuve, sin embargo, una respuesta. Se acabó de una vez por todas el monopolio de la información al que se acostumbró el *Reč* durante los malditos años de asfixia política. Ya no es posible

ignorar un asunto de este tipo. El *Reč* se ha visto obligado a sustituir la cortesía por la furia. El señor Miliukov ha subido a la tribuna para subrayar, con su torpeza característica, la impotencia objetiva de su posición.

II “Ni siquiera es concebible que se silenciaron los acontecimientos”.

Obviamente, ni siquiera es concebible que se hayan silenciado acontecimientos. El señor Miliukov “se refirió dos veces” a los terribles acontecimientos de los Balcanes. En una de estas ocasiones, tuvo en cuenta el comportamiento de las tropas griegas en Salónica y habló francamente de ello. Está claro que el señor Miliukov no mostró mucha comprensión hacia los griegos. Lo que hace su conducta doblemente odiosa, como veremos más adelante.

Me enteré de las atrocidades búlgaras y serbias por fuentes directas, es decir, por soldados y oficiales heridos de los ejércitos búlgaro y serbio. Algunos de mis informantes eran desconocidos; con otros, había establecido a lo largo de los tres últimos años no sólo relaciones de partido, sino también de amistad. Recogí historias de personas que habían participado personalmente en la campaña y en las batallas. Son hombres de altos principios, personas que demostraron valor y fuerza de carácter tanto en la lucha política como en el campo de batalla. Evidentemente, prefiero creer sus testimonios a las afirmaciones de 40.000 Toporov multiplicados por 40.000 Pilenkos.

No he estado en Grecia. Mi conocimiento de las atrocidades griegas es, por tanto, de segunda mano. No puedo decir si los griegos se comportaron o no más salvajemente que los serbios y los búlgaros, y en qué medida, en un sentido o en otro. Pero, en cualquier caso, no cabe duda de que ocurrió básicamente lo mismo, porque circunstancias similares conducen a resultados similares. Sin embargo, el señor Miliukov sólo se refirió a las atrocidades griegas y utilizó su talento natural únicamente para expresar su indignación por las “brillantes victorias de los griegos sobre pacíficos habitantes” (*Reč* número 16). Hoy en día, señala esta única prueba para demostrar que no se puede dar por sentado que se suprimieran los acontecimientos. Pero, ¿por qué elegir a los griegos, los únicos no eslavos entre los participantes “en el acto de liberación de los eslavos”? Porque los griegos estaban enfrentados a los búlgaros por Salónica. En Bulgaria están pensando seriamente en entrar en guerra con Grecia. Esta sería una de las consecuencias más inmediatas del “acto de liberación de los eslavos”. “Debemos tomar Salónica a toda costa”, me dijo, por ejemplo, el expresidente del consejo búlgaro, Malinov. Y cualquiera con un mínimo de conocimiento de las relaciones balcánicas habrá comprendido inmediatamente que la denuncia de Miliukov de las atrocidades griegas en Salónica no era más que un servicio a los “hermanos eslavos” de Bulgaria. Sus corresponsales, su periódico y él mismo mantuvieron la boca cerrada sobre las atrocidades cometidas por estos últimos, al menos hasta que estuvieron entre la espada y la pared.

Miliukov no perdonó a los griegos. No sólo los denunció, sino que, uniéndose de nuevo al coro del chovinismo búlgaro, declaró a su ejército incapaz y cobarde. Todas las respetables consideraciones sobre “prudencia” y “responsabilidad” que se expresan cuando se trata de serbios o búlgaros, desaparecen si se trata de griegos. Le *Reč* ignora las crónicas alemanas sobre las atrocidades búlgaras y serbias por puras razones de chovinismo ruso: la prensa alemana “es una fuente contaminada”. Pero esta reserva se desvanece cuando se trata de los griegos. En el número 320, *Reč* cita un artículo del *Berliner Tageblatt*<sup>324</sup> sobre las atrocidades griegas en Salónica. La columna termina con estas reveladoras palabras de un importante *funcionario* búlgaro: “¿No le da vergüenza?”, preguntó el funcionario al oficial turco, “¿por qué tiene tanta prisa por rendirse a los griegos en lugar de a los búlgaros?”. El reproche del funcionario búlgaro arroja luz sobre la conducta de *Reč* en este asunto. Pero hay más. En la misma carta, en la que habla de

los griegos, Miliukov nos informa de que la rendición de Salónica a los griegos fue posible “con la cooperación especialmente enérgica de Kral, representante de Austria”. La pesadilla de Miliukov (el espectro de Austria protegiendo a los griegos contra los búlgaros) aclara la situación de una vez por todas. Se puede resumir así: mientras ocultaba o negaba deliberadamente los horrores de los Balcanes en su conjunto, el *Reč* se pronunciaba contra las atrocidades griegas porque ello podría favorecer a los búlgaros en su conflicto con ellos por Salónica.

Al denunciar las atrocidades griegas, el señor Miliukov puede darse una coartada y exonerarse, pero su denuncia está dictada por los intereses imperialistas de Bulgaria y por el objetivo *eslavo* del liberalismo ruso. Sencillamente, marca el obstinado silencio del *Reč* sobre las atrocidades serbias y búlgaras como malicia intencionada y falsificación voluntaria.

¡Intente negarlo, señor Miliukov!

### III. Las personas responsables y otras personas que no lo son.

El señor Miliukov estaba dispuesto a admitir que se había producido violencia, atrocidades y “tiroteos aislados” (contra personas indefensas), pero “los responsables no consideran normal este tipo de represalias”. ¡Qué frase tan maravillosa y tranquilizadora! Los responsables no consideran “normal” (¡normal!) disparar a quemarropa contra pacíficos habitantes desarmados, ancianos y niños. “Disparos aislados”. Obviamente, así es como las “personas responsables” serbias describieron los hechos al diputado ruso: “Ya sabe, esto ocurrió durante un periodo de transición, pero son cosas anormales. Así que no diga nada, señor Miliukov, cállese la lengua, si me permite la expresión, por el interés general”. Así que el Sr. Miliukov guardó silencio hasta que, presionado por la prensa *irresponsable*, se vio obligado a dar una respuesta.

Pero, ¿quiénes son las personas “responsables” y humanas en los Balcanes?

Leemos que cuando el rey Fernando se enteró de que los soldados búlgaros habían masacrado a gran número de prisioneros turcos, exclamó: “¡Menos mal que los corresponsales extranjeros no estaban allí!”

Tal vez el señor Miliukov haya oído hablar de otro episodio desconcertante que ahora es bien conocido en los círculos serbios bien informados. Este episodio se refiere al rey Pedro que, durante un viaje a Kumanovo, se encontró cara a cara con un grupo de prisioneros albaneses bajo escolta. El rey se enderezó bruscamente en su coche y, con toda su bajeza, exclamó: “¿Qué vamos a hacer con todos estos hombres? Deberíamos matarlos, pero a palos, para no malgastar la munición”. Y he aquí otro episodio, menos conocido, pero que va de la mano del anterior. El príncipe heredero de Serbia, Alejandro, se dio cuenta de que el oficial sentado a su lado en el coche llevaba un objeto envuelto en papel.

- ¿Qué lleva ahí?

- Oh, nada en particular, alteza, es sólo una espada que encontré...

- Déjeme verla.

Sacó el objeto del papel: era una espada de oro que el oficial le había quitado a un albanés rico.

- ¿De qué le sirve? Tome, coja dos ducados...

Y así fue como el príncipe heredero serbio expropió a los expropiadores en un automóvil.

Estos dos episodios coronaron, por así decirlo, dos fenómenos *anómalos*: los “fusilamientos aislados” de prisioneros y el saqueo de poblaciones civiles en las provincias conquistadas. Mi cuaderno de notas contiene los nombres de varios administradores y oficiales serbios que enviaron ricos *regalos* a sus familias desde la Vieja

Serbia. Objetos de oro y plata, ropa de seda, etc., a veces en baúles enteros. Pero no quiero entrar en detalles, mis amigos serbios lo harán en las páginas de sus periódicos.

¿Quizás el señor Miliukov se niega a incluir a Fernando, Pedro y Alejandro entre “los responsables” porque la mitología constitucional los designa como “no responsables”? En ese caso, yo podría mencionar otros nombres.

El señor Osorgin ha escrito en *Viestnik Ievropy*<sup>325</sup> sobre el general búlgaro que ordenó la “eliminación” de los prisioneros que estorbaban en el camino. El nombre de este general no fue mencionado por el señor Osorgin, que era, entre otras cosas, un asiduo defensor de la “causa eslava” en las páginas de *Russkie Vedemosti*<sup>326</sup>.

Los lectores pueden suponer que el oficial en cuestión era un general de segunda fila que actuó por iniciativa propia. Su nombre fue publicado en *Kievskaja Mysl'* hace tres meses. Se trata del famoso Radko Dimitriev, el héroe de Lozengrad, Lüleburgaz y Çorlu, aclamado por nuestro Breško-Dančenko como el Napoleón búlgaro. Radko Dimitriev no sólo es una persona responsable, sino también el hombre más popular de todo el ejército búlgaro. Así que no es difícil entender la terrible resonancia que su orden caníbal debió de tener entre los soldados. “Si los turcos heridos y prisioneros son obstáculos para el movimiento, tomad las medidas necesarias para eliminar estos obstáculos”. Naturalmente, al igual que otros carniceros, Radko Dimitriev reconocería espontáneamente, en conversación con un liberal ruso, que se trataba de un comportamiento “anormal” y completamente “temporal”, y esta respuesta sería enteramente satisfactoria para la benevolente conciencia liberal.

VI. “¿Qué sentido tiene esto?”

“¿Qué sentido tiene plantear el problema de los hechos anormales en un período anormal de transición, precisamente ahora que la guerra ha terminado y el despotismo turco ha sido eliminado?”, se pregunta el Sr. Miliukov.

¿Qué sentido tiene alzar la voz contra las atrocidades búlgaras y serbias? Esta preguntita, más que cualquier respuesta del *Reč*, revela con evidencia, claridad y eficacia el abismo político insalvable que separa el mundo de los Miliukov del nuestro.

Los políticos y periodistas socialdemócratas tenemos que utilizar a menudo un estilo popular para hacer comprender a las grandes masas de trabajadores los acontecimientos políticos y sociales más elementales. Pero no consideramos necesario explicar “qué sentido tiene” protestar contra hombres triunfantes que aplastan bajo sus botas a ancianos y niños. Me esforzaré también por dilucidarlo, de la manera más sencilla posible, a la atención de este antiguo profesor de historia y dirigente del partido de la intelectualidad diplomática.

1.- Dirigiéndonos directa e inmediatamente a la opinión pública, podemos salvar miles de vidas, tal vez incluso decenas de miles de turcos heridos, prisioneros y civiles con sus familias. La semana pasada, el general Savov emitió una orden al ejército y a la población (¡a cuatro meses del comienzo de la guerra!) en la que se amenazaba con severos castigos a los responsables de la violencia. No cabe duda de que esta orden fue consecuencia directa de las denuncias publicadas en la prensa europea. “Somos una nación demasiado pequeña”, nos dijo el presidente del consejo serbio, Nikola Pašić, al señor Wendel y a mí, “como para poder permitimos ignorar la opinión pública de las grandes naciones.” En este caso, la prensa rusa tiene gran parte de la responsabilidad, porque es precisamente en Rusia, o en su opinión pública, donde los búlgaros y los serbios han depositado sus excesivas esperanzas. Si la prensa rusa no hubiera sido cómplice y hubiera hecho sonar inmediatamente la voz de alarma, los gobiernos búlgaro y serbio, bajo presión diplomática, se habrían visto obligados a frenar el derramamiento de sangre.

Sin embargo, dado que los *principales* periódicos rusos no han publicado más que elogios y han desacreditado o desmentido las denuncias aparecidas en la prensa democrática, el asesinato de varios niños albaneses hay que atribuirlo a su esclavofilia, señor diputado. ¡Envíe al viejo portero a buscarlos a su redacción, señor Miliukov!

2.- La indignación y la protesta contra el comportamiento violento de estos hombres armados con ametralladoras, fusiles y bayonetas son esenciales para nuestra autodefensa moral.

Hay personas que son capaces de objetivar sin pestañear mientras hombres borrachos de sangre, impulsados desde lo alto, masacran a personas indefensas. Los individuos, grupos, partidos o clases capaces de hacer esto están condenados por la historia a pudrirse y a ser devorados vivos por los gusanos.

A la inversa: un partido o una clase que, enérgicamente y sin vacilar (como un organismo vivo que reacciona para proteger sus ojos cuando se ve amenazado por un peligro exterior), se levanta contra cualquier acción abominable, dondequiera que tenga lugar, está muy sana.

3.- La protesta contra las violencias en los Balcanes limpia la atmósfera social de nuestro país y eleva la conciencia moral de nuestro pueblo. Las masas trabajadoras de todos los países son potencialmente instrumentos de la violencia sangrienta, pero también son víctimas potenciales de tales acciones. Por eso, una protesta inquebrantable contra las atrocidades no sólo sirve para nuestra autodefensa moral, como individuos o como partido, sino también para advertir políticamente al pueblo contra los aventurerismos que se esconden tras la bandera de la “liberación”.

4.- Haciendo gala del habitual y limitado egocentrismo liberal<sup>327</sup>, el *Reč* intenta hacer pasar la indignación contra las atrocidades de los Balcanes y su denuncia como el resultado de la antipatía... hacia el partido de los cadetes. Sin embargo, es cierto que otra protesta, derivada de la anterior, contra la complicidad moral y política con las atrocidades balcánicas se dirige especialmente contra la prensa liberal, contra las mentiras esclavófilas y contra las falsificaciones y, por tanto, en primer lugar, contra el *Reč* y sus mentores.

“Después de todo, la eliminación de la dominación turca sobre los eslavos es un signo de progreso”, ha dicho Miliukov, tratando de defenderse.

Esto es indudablemente cierto. Pero no nos son indiferentes los métodos utilizados para lograr esta emancipación. El método actual de “liberación” significa la esclavización de Macedonia bajo el despótico dominio búlgaro y bajo el militarismo de ese país<sup>328</sup>. Además, refuerza la reacción en Bulgaria. Por último, los resultados positivos y progresistas que la historia logrará destilar de estos horribles acontecimientos en los Balcanes no se verán comprometidos en lo más mínimo por las denuncias de los demócratas balcánicos y europeos. Al contrario, sólo una lucha contra la usurpación de los deberes históricos por parte de los actuales amos de la situación capacitará a los pueblos balcánicos para el papel de sucesores no sólo del despotismo turco, sino también de quienes están en proceso de destruir este despotismo con métodos bárbaros.

El acróbata esclavófilo Miliukov hace sonar las campanas de la “liberación” en los Balcanes y, al mismo tiempo, oculta deliberadamente los métodos y objetivos bárbaros y reaccionarios de esta labor mientras se lleva a cabo. Tal propaganda está absolutamente en sintonía con las exigencias de la reacción en los Balcanes.

Por el contrario, nuestra propaganda contra el método actual de resolver los problemas planteados por la historia va de la mano de la labor de los socialdemócratas balcánicos. Y cuando denunciamos los sangrientos actos de “liberación” de los Balcanes desde arriba, luchamos no sólo contra el engaño de los libertadores rusos, sino también contra la esclavización de las masas populares balcánicas.

¡Ese es “el sentido” de nuestra denuncia!

Pero surge otra pregunta, mil veces más natural: ¿qué significado puede atribuirse al silencio sistemático, consciente y tenaz de los cadetes?

En primer lugar, revela el desprecio de los dirigentes cadetes hacia su electorado habitual, que, para convertirse en buen eslavófilo, no debe mirar a la cocina sangrienta de los Balcanes.

En segundo lugar, revela la impotencia de los cadetes en sus relaciones con las masas, no en el terreno de la política interior, donde ya están paralizados por su oportunismo liberal, sino en el de la política exterior, donde, ensayando sus tareas “nacionales”, intentan tender una mano hacia el pueblo y la otra hacia el poder. Colaborando con la diplomacia oficial, también deben aceptar humildemente las “tristes necesidades”, es decir, todo lo que hacen los que tienen las palancas de mando en los asuntos balcánicos. Buscando una forma de llegar a las masas, los cadetes se ven obligados a engañar sistemáticamente a sus lectores e interlocutores sobre las actividades de sus aliados en los Balcanes y en otros lugares.

Hablar abierta y honestamente sobre la labor de “liberación” en los Balcanes significa demostrar que los cadetes no representan los intereses de la democracia balcánica frente a la democracia rusa, sino que son intermediarios entre la diplomacia de San Petersburgo y los gobiernos balcánicos. Mi pregunta *extraparlamentaria*<sup>329</sup> pretendía precisamente eso.

*Luč*, número 41, 43 u 44 (127, 129 y 130), los días 19, 21 y 22 de febrero de 1913

## La filosofía y la moralidad de la connivencia

Créame el lector que participo en esta polémica con el corresponsal en Sofía del *Reč* sin ningún entusiasmo, corresponsal que, con no poco retraso, ataca mis artículos sobre las atrocidades de los ejércitos aliados. Mi falta de entusiasmo se debe a que esta polémica no se basa en el contenido de la cuestión, sino en la connivencia con dicho contenido. Aunque tal polémica me resulta repugnante desde el punto de vista literario, es absolutamente necesaria desde el punto de vista político, porque revela la conspiración silenciosa de una gran parte de los periódicos rusos. En efecto, durante la guerra de los Balcanes, estos periódicos trataron a sus lectores como menores de edad que, por razones pedagógicas y patrióticas, debían ignorar los hechos dolorosos que desde hacía tiempo eran conocidos y discutidos por una gran parte de la opinión pública europea.

“En cuanto a la cuestión de la censura militar búlgara”, explica el señor Viktorov, “los corresponsales extranjeros debemos exigir una explicación a la comandancia general búlgara. Pero, personalmente, no creo que podamos exigirla ahora. Creo que el estado mayor búlgaro, muy ocupado con asuntos corrientes, no está en condiciones de responder a una pregunta tan compleja. Así que sólo podremos hacer acusaciones al final de las operaciones militares, cuando nosotros o el estado mayor estemos en condiciones de discutir todo esto sin las inhibiciones dictadas por consideraciones o convenciones de tiempo de guerra”.

Pero, ¿cómo calificar esto? ¿Una bendita inocencia? O... más bien ¿una vil mala fe?

La acusación dirigida contra el estado mayor es la siguiente: las tropas bajo su mando (en particular los chetniks, que se incorporaron a las unidades del ejército al

comienzo de la guerra) han cometido, y siguen cometiendo, atrocidades bestiales; arrasan pueblos enteros, apuñalan hasta la muerte a los heridos, fusilan a los prisioneros y violan a mujeres y niños. Además de esta acusación fundamental, que recae sobre los hombros de los burócratas y militaristas que dirigen Bulgaria, he pronunciado otra acusación contra aquellos búlgaros *democráticos y radicales* que han aceptado la responsabilidad de censores en nombre del estado mayor estambulovista. Actuando como agentes del estado mayor, han amordazado a los representantes del periodismo europeo.

El señor Viktorov declara al respecto: “Planteada en estos términos, la acusación es inadmisibile. ¿Por qué? Porque los censores dependen del estado mayor. Por tanto, hay que pedir cuentas al estado mayor, pero no inmediatamente. No, no, no, en absoluto inmediatamente. En estos momentos, el estado mayor está “muy ocupado con los asuntos de corrientes”. Cuando termine la guerra, podremos hablar de ello seriamente, sin prisas, “sin las inhibiciones dictadas por consideraciones o convenciones propias de tiempos de guerra”.

¿Y a esto se le llama inocencia? Y aunque lo fuera, ¿qué clase de inocencia sería? ¿No es eso peor que robar?

Sostenemos que el ejército búlgaro, con la complicidad y, en gran medida, por iniciativa del alto mando, ha cometido crímenes terribles y que la principal tarea de la censura militar es encubrirlos.

El señor Viktorov promete debatir el asunto, preparar una rigurosa discusión con el estado mayor sobre la “cuestión de la censura militar”. “En una controversia seria, en la que ambas partes se beneficiarán de las mismas condiciones, diré lo que pienso”. ¿Qué más se puede pedir? El señor Viktorov “dirá lo que piensa”. Pero no ahora. Cuando acabe la guerra, cuando se deje de disparar sobre turcos pacíficos y de matar a puñaladas a los heridos porque son molestos y, más en general, cuando se supriman las “convenciones de la guerra”.

Pero si me lo permite, me gustaría preguntarle: ¿qué tenemos que ver nosotros con su próxima y rigurosa conversación con el estado mayor búlgaro? No consideramos a este último como un interlocutor, dado que la discusión se refiere a cuestiones elementales de democracia y humanidad. ¿Cómo podemos nosotros, periodistas independientes, entablar una conversación con Savov, comandante en jefe búlgaro y ministro de la guerra, acusado de apropiaciones ilegales por el parlamento búlgaro? Es cierto que la guerra ha beneficiado a Savov con una amnistía y, gracias a ello, permaneció al frente de la camarilla militar y la condujo a este sangriento resultado. ¿Por qué un ministro, que en tiempos de paz saqueaba los bienes de su país, no iba a permitir en tiempos de guerra, y sin demasiadas vacilaciones, “convenciones” tales como el saqueo de las vidas y posesiones de los enemigos? ¿Qué ideas podríamos intercambiar con generales corruptos, amnistiados gracias a la desgracia nacional de la guerra? ¿Hay algún terreno común entre nosotros y ellos para discutir principios políticos y conceptos morales? Necesitan la censura para ocultar sus crímenes y atrocidades. Odiamos su censura precisamente porque está diseñada para ocultar sus atrocidades y crímenes. ¿De qué podríamos hablar con ellos? ¿Y qué interés podríamos tener en los (futuros) debates dirigidos por Viktorov en la prensa general y especializada?

De acuerdo, pero “las conclusiones a las que llega el señor Antid Oto sobre la intelectualidad democrática búlgara son absolutamente erróneas, ya que, *mientras desempeñan sus funciones como agentes de la censura militar* (subrayado mío, L. T.), están sometidos, en su propio país, a la *durissima lex*, aunque no sean responsables de su severidad”. Pero, sí y sin embargo ciertamente. Sin embargo, cabría esperar mayor lucidez de un corresponsal que, como él mismo reconoce, “ha pasado cinco años estudiando la sociedad búlgara en sus más mínimos (!) detalles”. La censura militar no es una *dura lex*,

y no porque no sea severa, sino porque no es una *lex*, no es una ley. La constitución búlgara no prevé ninguna forma de censura, ni en general ni en particular, ni en tiempos de paz ni de guerra. La introducción de la censura es, en sí misma, un golpe de estado, al que ningún demócrata debería contribuir. ¿Entiende esto el señor Viktorov? Pero dejemos eso de lado por el momento. La censura existe, y aunque no sea *dura lex*, no deja de ser una dura realidad. ¿Qué consecuencias tiene? “La intelectualidad democrática no ha organizado la censura ni ha establecido las reglas, eso está claro, y en este punto el señor Viktorov tiene razón. Lo hizo el estado mayor estambulovista, los generales Savov y Fičev, en connivencia con Semjon Radev, un publicista con negocios turbios.

Habiendo aceptado actuar como censores, los radicales y demócratas no tuvieron más remedio que someterse a la *severa ley*, es decir, someterse a la voluntad de Fičev y Radev. De eso no cabe duda. Y esto durará mientras sean “agentes de la censura militar”. No antes. Esto es precisamente lo que les reprocho. Asumieron la responsabilidad de guardar los secretos del estado mayor estambulovista. Sin embargo, cualquiera que fuese su posición respecto a la guerra, no podían ignorar que las operaciones militares, y lo que de ellas se derivara, serían dirigidas, no por ellos, sino por el rey Fernando y los estambulovistas. Es decir, precisamente aquel contra cuyo régimen personal los demócratas habían gastado tanta tinta, y contra los que siempre habían calificado de reaccionarios bonapartistas, prevaricadores de la propiedad pública y envenenadores de las conciencias. Al asumir el papel de censores en nombre del estado mayor (ya lo he dicho y lo repetiré) se convirtieron en compañeros de viaje y cómplices de todas las acciones con las que la guerra envenenó el alma del pueblo búlgaro durante mucho tiempo, quizás décadas.

¿Hemos sido suficientemente claros, señor Viktorov? Expliquémonos. En Abisinia existe la horca para castigar a quienes expresan opiniones contrarias al sistema estatal abisinio. Mientras se mantenga una institución de este tipo, los ciudadanos abisinos que asumen la responsabilidad de actuar como verdugos están “sujetos, en su país, a la *durissima lex*”, sin ser responsables de su severidad. Esta es una verdad innegable. Sin embargo, podría ocurrir que antes de estirar el cuello, el ciudadano abisinio exclamase: “¡Ciudadano verdugo! Hasta ayer te proclamabas defensor de los principios de la democracia, hoy me envías a la muerte por haber servido a esos principios. ¿No es una vergüenza?”. Pero entonces aparecería en escena un tercer personaje, un publicista liberal abisinio. Éste le respondería: “Respetable ciudadano, sus opiniones son completamente erróneas. ¡Tenga un poco de respeto! Este demócrata sólo actúa como agente y, con la ayuda de dos montantes y una viga maestra, intenta cumplir con su deber dentro de los límites de la ley. Por eso enjabona la cuerda, fija el lazo y, con una patada abisinia muy clara, le quita el taburete de los pies. Así son las cosas, querido ciudadano.”

No sé qué respuesta recibiría entonces el sabio publicista abisinio, ¡pero imagino que sería terriblemente elocuente!

Pero el señor Viktorov no deja que tales objeciones le detengan. Las ignora. Para ser exactos, va incluso más allá.

“Si un corresponsal extranjero residente en Sofía, escribe, entrega a un demócrata búlgaro, que sigue haciendo su trabajo de censor en Sofía, un artículo en el que se describen las atrocidades cometidas en Dimotika o las absurdas ejecuciones de Mustafá Pachá, me parece perfectamente comprensible que el censor, por muy demócrata, socialista o anarquista que sea, no permita que se transmita el despacho. Él, el censor, no puede estar seguro de que las cosas hayan sucedido realmente como *alguien* contó al corresponsal de Sofía... Al impedir la difusión de un artículo de este tipo, el censor hace, en cierta medida, un favor al autor del artículo. Por ejemplo, ahora (¿cuándo?) ya se ha

establecido (¿por quién?) con bastante claridad (¿cómo?) que no hubo atrocidades en Dimotika”. (Las preguntas entre paréntesis son mías, L. T.)

Para que vean cómo está la situación. El señor Viktorov nos ha prometido conversaciones serias con el estado mayor sobre la organización de la censura militar. Pero en el futuro, cuando el mando ya no se ocupe de “asuntos corrientes”... Por el momento, el señor Viktorov es un defensor de la censura militar, de todo lo que hay de escandaloso, de bárbaro y, por utilizar un término más apropiado, de estúpido en su trabajo. Verán, para el señor Viktorov es “absolutamente comprensible” que el censor impida el envío de un artículo sobre las atrocidades búlgaras, ya que desconoce la fuente de la información y duda de su veracidad. De ello se deduce que la censura búlgara se preocupa por la verdad y la exactitud de los hechos. Por consiguiente, si yo hubiera enviado a los censores de Sofía un artículo sobre la malversación de fondos y la corrupción en la oficina del comandante de la ciudad, el envío no habría suscitado ninguna objeción porque la naturaleza de los negocios que se llevan a cabo en esa oficina es bien conocida por todos. No sólo lo sabía el señor Viktorov, de quien no pueden escapar “los más pequeños detalles”, sino también todos los censores de Sofía.

Pero en realidad, ¡todo el asunto es completamente absurdo! Cuando un corresponsal quiso telegrafiar una noticia que, según el censor, contribuía a la *gran gloria* de Bulgaria, nadie comprobó las fuentes. Nemirovič-Dančenko era libre de enviar fajos de correspondencia heroica y magnánima. En cambio, si los artículos, siempre según el censor, iban en contra de esta famosa *gloria*, eran irremediamente rechazados, independientemente de que las fuentes fueran fidedignas o no. ¿Hay alguien en Sofía que dude de la forma salvaje en que se trató a los pomacos? ¿Nos dejaron escribir sobre ello? El señor Viktorov sabe tanto como yo. Por consiguiente, si los desestima de tal manera que parezca que el censor rechazaba ciertos mensajes en aras de la verdad, entonces puedo afirmar que el señor Viktorov está incurriendo en la práctica absolutamente inaceptable de la disculpa oficiosa, que no es mejor que la *creatividad* de nuestra oficina de informaciones. Un trabajo verdaderamente miserable para un corresponsal de *Reč* en Sofía.

Pero el nivel de su pensamiento político es aún más bajo que su conciencia profesional. Alguien como él, corresponsal de un periódico liberal, encuentra “absolutamente comprensible” que un censor militar intente comprobar las fuentes de información de un corresponsal extranjero. A decir verdad, los censores de Sofía utilizaban a menudo estos argumentos cuando escribíamos sobre hechos que ensombrecían la *gran gloria* de Bulgaria.

- No podemos dejar pasar este texto porque no conocemos las fuentes y tenemos dudas sobre los hechos.

- Lo siento, pero eso no es asunto suyo.

- ¿Qué quiere decir con eso? Si lo dejamos pasar, significa que confirmamos su contenido.

- Pero, ¿responde entonces el censor de Sofía ante los lectores rusos de lo que escriben los corresponsales de su país? Dado que existe, su censura militar sólo debería comprobar que nuestra correspondencia no perjudica las operaciones militares, nada más. No es asunto suyo si las corresponsalías enviadas a nuestros lectores han sido comprobadas o no y si dicen la verdad o no. Nosotros respondemos de nuestros artículos con nuestra firma y nuestros periódicos con su reputación.

A veces, la fuerza de estos argumentos lograba convencer a los censores. Pero el señor Viktorov, periodista libre que trabaja para la prensa libre, adopta, en nombre de sus lectores, el papel patriarcal y policial de los censores militares. Se convierte en una especie de matrona posesiva que comprueba las fuentes, supervisa los artículos, se

asegura de que los periodistas se comportan correctamente e incluso llega a proporcionarles *reportajes* (!) para que no se metan en líos.

No puedo decir qué modelos utilizó el señor Viktorov para formar su pensamiento político, pero eso es irrelevante en este caso. No me cabe duda de que hay muchos filisteos en Rusia, e incluso filisteos liberales (algunos de los cuales escriben) que aprecian muchas formas de ver el antiguo orden feudal. Pero que *Reč*, el órgano oficioso del partido liberal, dé a sus lectores esta vieja basura policial en defensa de la censura de Savov-Fičev-Radev contra las acusaciones de los pérfidos periodistas rusos, sí, ¡eso es un escándalo político!

Pero, ¿qué escribe el señor Viktorov sobre el contenido de esta cuestión y, por tanto, sobre las atrocidades en los Balcanes? No mucho, y lo poco que dice es inexacto. Cuando niega, admite, y cuando admite, niega. Hace todo lo posible, sin documentos de apoyo, para desacreditar los hechos en los que me he basado y, al mismo tiempo, se permite una salida prometiendo información “fiable” sobre las atrocidades en los Balcanes. Escribe de forma descuidada e inarticulada, y este miserable y deliberadamente vago batiburrillo es presentado por *Reč* como una respuesta tardía a mi artículo.

El señor Viktorov se ha atrevido a desmentirlo con franqueza en dos ocasiones:

1) en Mustafá Pachá no hubo “ejecuciones convertidas en juegos diabólicos por oficiales ociosos”, porque allí hubo “sólo dos ejecuciones”; 2) “se ha establecido, definitivamente, que en Dimotika no se cometió absolutamente ninguna atrocidad”.

“Sólo dos ejecuciones” en total en Mustafá Pachá. ¿De qué se trata: de las dos ejecuciones o del lugar, Mustafá Pachá? ¿Pretende el señor Viktorov afirmar que las numerosas ejecuciones de civiles turcos, cuya excusa era pasar a cuchillo a colaboradores y espías, nunca existieron, o que cometí el error de situar los “juegos diabólicos” en Mustafá Pachá, cuando sólo hubo dos ejecuciones? Si no escribe con claridad, es porque sabe más de lo que quiere admitir.

En cuanto a Dimotika, “se ha establecido definitivamente” que allí no se cometieron atrocidades. ¿Definitivamente? ¿Significa eso que alguien se tomó la molestia de hacerlo? ¿Y qué ha motivado esta verificación? ¿Un artículo imprudente de un periodista o el prudente silencio de Viktorov? ¿Quién lo estableció? ¿Y cuándo? ¿Y cómo es que *alguien* que me habló de las atrocidades sólo despertó en Viktorov sentimientos de solidaridad con los censores, mientras que *alguien* (¿del estado mayor?) que negó el artículo le inspiró una confianza total? ¡Qué desigual reparto de escepticismo férreo y credulidad impetuosa!

Los soldados búlgaros heridos me contaron las atrocidades que tuvieron lugar en Dimotika. Testigos presenciales han proporcionado una importante confirmación de estos relatos a mí mismo, al Dr. R. Godel, corresponsal del *Frankfurter Zeitung*, y al señor Beaumont, corresponsal del *Daily Telegraph*, ferviente bulgarófilo y defensor de la necesidad de entregar Constantinopla a Bulgaria. ¿Quizá este *alguien* del señor Viktorov ha clasificado lo ocurrido en Dimotika bajo el epígrafe de “ejecuciones” (o “medidas de seguridad necesarias”) y ha establecido, por tanto, que en Dimotika no ocurrió nada anormal?

Pero, ¿se refieren mis acusaciones únicamente a las ejecuciones de Mustafá Pachá y a las atrocidades cometidas en Dimotika? ¿Por qué el señor Viktorov sólo se refiere a estos dos ejemplos y los refuta en estos términos?

Porque con esta vaga refutación espera desacreditar indirectamente otras denuncias que no se atreve a abordar.

Ah, el señor Viktorov “no pretende afirmar que se cometieran atrocidades en ninguna parte”. Por supuesto, él, el investigador diligente al que no se le escapa “el más mínimo detalle”, no vio nada, así que no pasó nada. El señor Pilenko y el coronel von Dreyer de *Novoe Vremja*, el capitán Mamontov de *Utro Rossii*<sup>330</sup>, el señor Nemirovič-

Dančenko de *Russkoje Slovo* y el señor Kuznezov de *Golos Moskvy* tampoco vieron nada. Hubo atrocidades, eso es innegable, pero estos seis corresponsales rusos, que, a diferencia de muchos otros, habían recibido permiso del estado mayor para visitar las zonas de combate, no vieron nada con sus propios ojos. Además, no se puede controlar todo. Y a los que sí vieron algo y hubieran querido ver más, el cuartel general se lo impidió o los envió de vuelta a Sofía. En consecuencia, los seis corresponsales mencionados por el señor Viktorov desgraciadamente no vieron nada inapropiado con sus propios ojos, y dado que no eran meros corresponsales sino personas adecuadas elegidas por el estado mayor, tengo que suponer que sus sentimientos de gratitud debilitaron su órgano visual.

Al menos el señor Viktorov habrá oído algo, si no lo ha visto con sus propios ojos. Sin duda, esto debió ocurrir después de las denuncias de las atrocidades que aparecieron en la prensa rusa y europea. Algo habrá oído sobre la violencia en Macedonia, pero ni el ejército ni las unidades chetnik participaron en ella, atribuible casi exclusivamente a “elementos macedonios incontrolables... sedientos de saqueo y venganza”. ¿Por qué el señor Viktorov no ha escrito antes sobre esto? ¿Por qué sólo habla ahora de esos “elementos incontrolables” para refutar otras denuncias? ¿Realmente no sabe nada concreto sobre estos famosos “elementos”? Por ejemplo, tengo una copia de una carta escrita por un alto funcionario búlgaro de una de las ciudades conquistadas en Macedonia a otro funcionario en Sofía<sup>331</sup>. En esta carta, el funcionario menciona (y se indigna por ello) una banda que, mediante asesinatos y robos, había acumulado en poco tiempo un capital de veinte a treinta mil francos. Entre los miembros de esta banda no sólo había personal administrativo menor, sino también, según las sospechas de los lugareños, el superintendente del distrito de policía y... ¡el metropolitano<sup>332</sup>!

El señor Viktorov no ha oído hablar casi nada sobre las unidades chetnik. Y, sin embargo, llevaron a cabo sus infames actos en todas las provincias conquistadas, hasta el punto de que el mando del ejército serbio tuvo que disolverlas mientras continuaban las operaciones militares. El mando del ejército búlgaro no actuó de la misma manera. En mi carta al señor Todorov<sup>333</sup>, me referí en particular a las sangrientas operaciones de la “Legión Macedonia”. Si el señor Viktorov quisiera saber más, podría preguntar a los voluntarios de la legión que han regresado a Sofía.

Pero la cuestión más importante se refiere a las fuerzas regulares. Es el núcleo de mis acusaciones. Afirmé categóricamente, y lo repito, que apuñalar hasta la muerte a los heridos y fusilar a los prisioneros eran ya prácticas sistemáticas. Pregunté qué había ocurrido con la masa de heridos turcos que se mencionaban extensamente en los comunicados del cuartel general del ejército búlgaro. Esa era mi principal petición. Pero el señor Viktorov se mostró extremadamente impreciso al respecto. No vio ni oyó nada en persona. A decir verdad, ha leído el relato de las atrocidades búlgaras en la prensa alemana y no oculta que tiene “cierta confianza en estas correspondencias (aunque sean un poco exageradas) porque se basan en elementos recogidos en el lugar de los hechos, gracias a un trabajo difícil y minucioso”.

Sin duda sabe que los censores democráticos y radicales nos impidieron protestar cuando era el momento oportuno. Al final de la guerra (cuando todas las víctimas hayan sido masacradas, L. T.), investigarán seriamente todos los abusos y atrocidades y no dudo de que redactarán su *J'accuse* búlgaro; un *J'accuse* que, dice el señor Viktorov, con convicción, irá “acompañado de pruebas y será, por tanto, aún más terrible” que mis denuncias.

Deduzco, pues, que mis denuncias no eran exageradas, sino detalladas y absolutamente justificadas, confirmadas por el “difícil y meticuloso trabajo” de los investigadores alemanes (en los que el señor Viktorov confía) y, en particular, porque las anunciadas por el estado mayor serán aún más “terribles”. En consecuencia, mis fuentes

no eran tan poco fiables. Habiendo rechazado la idea de confiarme a los cuidados del mando búlgaro como periodista privilegiado (preparado para no ver ni oír) y habiendo permanecido, por esta razón, en Sofía, en la retaguardia del frente, me encontraba (como pude comprobar más tarde) en la mejor posición para profundizar en el aspecto negativo de las victorias aliadas sobre el que los *privilegiados* habían hecho la vista gorda. No oculto que, cuando me enviaron a Bulgaria, me negué a desempeñar el papel de “cantor del campamento de los guerreros búlgaros”. Sabía que otros habrían desempeñado este papel con un énfasis que podría llegar hasta el exceso. No me equivocaba. Sospechaba que los cantores “del bando de los guerreros” gorjeaban como ruiseñores sin ver nada de lo que ocurría a su alrededor. Y estaba en lo cierto. Como opositor de principios a la guerra, centré mi atención en los hechos que ponían de relieve la corrupción moral que la guerra provoca inevitablemente.

¿Quién fue ese *alguien* que me informó y del que habla con desdén el señor Viktorov? Soldados y oficiales heridos en Sofía y Belgrado me contaron historias de heridos apuñalados hasta la muerte y de prisioneros pasados a cuchillo. Algunos me hablaban con repugnancia, otros de pasada y con indiferencia, y otros con consciente indignación moral. A su regreso de los campos de batalla, mis informantes, tendidos y vendados en camas de hospital o sentados en mi habitación de hotel, me contaron los detalles de los combates en los que habían participado. Tengo la conciencia tranquila respecto a estos testigos oculares, porque no son de los que inventan calumnias sobre las atrocidades búlgaras.

Evidentemente, yo no estaba en condiciones de verificar los “más mínimos detalles”, ni de llevar a cabo un trabajo “difícil y meticuloso”. Pero por modesto y limitado que fuera mi conocimiento de los hechos, ¿no estaba obligado a informar de ellos en la prensa rusa? ¿Es el periodista el fiscal que debe redactar el acta de acusación sobre la base de investigaciones que diluciden todas las circunstancias y condiciones en que se cometió el delito? ¿O debe ser un periodista-historiador que espera tranquilamente a que se acumulen los hechos para, a su debido tiempo, ponerlos en orden? ¿O debe seguir la pista de los acontecimientos? ¿No deriva el término periodista de la palabra periódico, que significa diario? ¿No tiene que respetar el ritmo diario de su medio de comunicación?

Según sus propias palabras, el señor Viktorov espera pacientemente el momento en que los censores búlgaros se conviertan en delatores y el estado mayor búlgaro se libere de todo asunto rutinario. Mientras tanto, se une a la conspiración silenciosa en torno a las escandalosas revelaciones del señor Antid Oto. El señor Viktorov ha prometido que, a su debido tiempo, discutirá con el estado mayor la organización de la censura en una recepción al aire libre y apoyará las futuras denuncias de los censores (jubilados). Todo ello una vez terminada la guerra, una vez concluido definitivamente el atroz trabajo.

Pero, ¿no es esto burlarse de la opinión pública? ¿Desde cuándo los Viktorov y, sobre todo, sus amos se proponen mantener un paciente silencio sobre las atrocidades cometidas en los Balcanes? Desde que lo han considerado necesario estos políticos incendiarios que han hecho todo lo posible por arrastrar a nuestro país a un conflicto internacional. ¿No significa todo esto que nosotros, los periodistas, al menos los que queremos hacer un periodismo honesto, tenemos el doble de la obligación de abrir los ojos del pueblo ruso a los horrores y crímenes que se ocultan tras la fachada *patriótica* y *nacional* de la guerra? Es cierto que podemos cometer errores de detalle y trasladar ciertas “ejecuciones” de Lozengrad a Mustafá Pachá, pero los hechos denunciados, como demuestra la acumulación de información recogida en libros y periódicos, son sustancialmente ciertos.

Detrás del silencio de Viktorov no había una intención pedante de plasmar la verdad hasta el más mínimo detalle, sino otra cosa: para decirlo más claramente, estaba

la mentira. Sí, seguro, la mentira. Y el cálculo político, la reticencia a discutir con alguien y, sobre todo, la preocupación por no desacreditar una determinada política revelando hechos horribles. Porque en realidad, cuando se trata de las atrocidades turcas, no hay ni rastro de la famosa meticulosidad. En el mismo número en el que el señor Viktorov predica la virtud de la paciencia y el silencio, aparece impreso en negrita el siguiente titular: “Masacre de cristianos”. Le sigue un reportaje de una agencia de noticias sobre la masacre por los turcos de los habitantes de tres aldeas cristianas, basado en el testimonio de una “misteriosa joven con su hijo”. A la luz de lo que se ha dicho, las conclusiones del señor Viktorov son farisaicas y ofenden todo sentido moral. Con melosa obstinación, me pide que intercambie con él mis ideas “sobre la ética profesional del corresponsal”. No tenía la menor intención de entrar en una discusión con él sobre “ética” pero, ya que insiste, puedo formular un principio de “ética profesional” que me parece absolutamente incontestable, el mejor que existe y que resume todo lo que hay que decir sobre el tema: ¡no mentir!

Viena

*Kievskaja Mysl'*, número 39, 8 de febrero de 1913

## ¡Normal!

Con la espalda contra la pared, el *Reč* ha pasado de la complicidad a la negación. Habiendo tomado nota de la desesperada situación, el señor Miliukov ya no se expone personalmente. Confió al viejo portero del *periódico* y a un tal Viktorov de Sofía la tarea de cubrirle las espaldas. Como de costumbre, el viejo portero no pierde ocasión de dar rienda suelta a su estupidez prestada, con la única intención de demostrar que es ingenioso y que sabe utilizar la escoba que le han dado para trabajar.

En cuanto al señor Viktorov de Sofía, es evidente que no hay nada que sacar de él. ¿Por qué escribió sobre las atrocidades turcas y no sobre las búlgaras? Obviamente porque la política del partido liberal así lo exigía. El señor Viktorov, abogado de la comandancia general estambulovista de un ejército pillado in fraganti, es un ilustre desconocido sin responsabilidades que no despierta el interés de nadie. Sólo *es nuestro hombre* de Sofía en el sistema del señor Miliukov. ¿Podemos culparle si se le ha encomendado una misión por encima de sus capacidades?

El señor Viktorov hace todo lo posible para protegerse. Evita abordar el fondo de la acusación y utiliza sus capacidades intelectuales para demostrar que nunca ha habido un “corresponsal más preocupado por la verdad” que él. Denuncia a dos corresponsales que escribieron reportajes falsos en *Kievskaja Mysl'* sobre lugares en los que nunca habían estado. No sé si lo que dice es cierto. Corresponde a *Kievskaja Mysl'* responder a sus acusaciones. Sin embargo, no puedo decir qué es peor: mentir sobre lugares en los que nunca se ha estado, como supuestamente han hecho estos dos corresponsales según Viktorov, o mentir sobre lugares en los que sí se ha estado. Pero los artículos que publiqué, y la información que me permitió reconstruir los hechos a los que me refiero, no tienen nada que ver con los dos corresponsales mencionados, con los que no tuve ningún contacto. Que un corresponsal haya mentido o no sobre el sitio de Andrinópolis, no es más que una impostura individual de la que, si es declarado culpable, tendrá que sufrir las

consecuencias. El señor Viktorov, en cambio, no miente como individuo, sino que sirve a un sistema. Sólo me interesa el sistema liberal de falsificación de la opinión pública.

Viktorov intenta arreglárselas como puede. Trata de desviar la atención del tema de la acusación y, tras explicar a los lectores de *Reč* que he escrito bajo varios pseudónimos, me insta a tomar ejemplo de... un tal Viktorov de Sofía que (como pueden ver) firma siempre con su nombre real (pero, añadiríamos, se esconde detrás de esta firma como si fuese un muro de piedra).

Es cierto que yo escribía bajo pseudónimo. Pero no me cabe duda de que hasta el viejo portero del *Reč* sabe por qué yo, junto con otros amigos míos, me veo privado del privilegio, del que gozan los distintos señores Viktorov, de firmar siempre y en todas partes “con mi verdadero nombre”. Nunca ha dependido de mí. Si el señor Viktorov (defensor de la comandancia general estambulovista y vinculado, como él mismo admite, por reconocimientos recíprocos de “conciencia”, a Pilenko, de la *Novoe Vremja*) me echa en cara esta realidad como una acusación, así deben ser las cosas. Pero el hecho de que *Reč*, que se muestra tan severo a la hora de revelar el pseudónimo de Medvedskij de *Novoe Vremja*, imprima este cobarde intento de desprestigiar a su cobarde colaborador (cobarde porque no llega hasta el final) está, ... digamos, también en el orden de las cosas, es normal.

Quisiera añadir que, sea cual sea el pseudónimo bajo el que me vea obligado por un destino maldito a escribir mis artículos, siempre sentiré desprecio por el periodismo liberal que confraterniza con Pilenko, que permanece del lado de la intangibilidad de Medvedskij y que denuncia a un periodista socialista ruso por su uso de *pseudónimos*.

*Luč*, número 53 (139), 5 de marzo de 1913

## En defensa del “silencio concienzudo”

Así pues, una vez más, y espero que por última vez, tengo que ocuparme del señor Viktorov, un periodista que considera su deber guardar un “silencio de concienzudo” sobre las atrocidades en los Balcanes, mientras guarda su locuacidad sin escrúpulos para mejores ocasiones.

El *Reč* ha confiado al señor Viktorov un puesto de primer orden en su línea de defensa, y él parece habérselo tomado en serio, también desde el punto de vista personal. Estoy convencido de que la opinión pública rusa arde de impaciencia por saber por qué el señor Viktorov, que goza de tan buena salud, guardó un hermético silencio sobre el destino de otros hombres que fueron ejecutados. Por su parte, los redactores de *Reč* no han considerado oportuno explicar al señor Viktorov que estaba cometiendo un error fatal, por la sencilla razón de que les conviene que otro reciba los golpes por él.

Pero dejemos en paz al señor Viktorov. Nadie quiere oír hablar de las vicisitudes de un hombre que no pudo hacer otra cosa que mantener la boca cerrada. Su silencio puede haber sido “concienzudo”, indignado, prudente o lo que sea, pero en cualquier caso a todos nos es completamente indiferente. El hecho es que el silencio del señor Viktorov coincidió por completo con el del *Reč*. Y el silencio del *Reč* coincidió con el de toda la prensa eslavófila y semieslavófila. *Reč*, *Russkaja Molva*, *Russkoe Slovo*, *Novoe Vremja* y *Rossija* permanecieron mudos. Es este silencio general, absoluto y uniforme el que nos interesa, y no el del señor Viktorov, un personaje que cuenta con la aprobación del estado

mayor búlgaro y ejerce la profesión de periodista domesticado e inofensivo. De hecho, el señor Viktorov responde por todos aquellos que callaron, que miraron sin ver, que oyeron sin escuchar. Asegura, y garantiza con su firma, que incluso Pilenko de *Novoe Vremja* fue “concienzudo” en su papel de mudo y que él mismo, Viktorov, no es inferior a Pilenko en cuanto a concienciación. Sin embargo, el *Reč* se lo está estropeando porque en los últimos días ha definido los artículos de Pilenko sobre los Balcanes como un trabajo para lameculos. Me parece que el público lector en general no sabe distinguir muy bien entre el silencio profesional y concienzudo del señor Viktorov y el silencio lameculos del señor Pilenko. El público lector no está interesado, y tiene todo el derecho a estarlo, en los motivos individuales que hay detrás del silencio del señor Viktorov, un silencio que ha llevado involuntariamente a una figura pálida como la suya al centro de una gran cuestión.

El hecho de que *Reč*, *Novoe Vremja* y *Rossija* guardaran silencio sobre las atrocidades cometidas por búlgaros y serbios es políticamente significativo a los ojos de la opinión pública. Si le tomamos la palabra al señor Viktorov y estamos dispuestos a reconocer el valor de su “concienzudo” silencio unilateral, entonces también deberíamos reconocer que *Rossija* ha ganado el premio a la conciencia. Porque, a pesar de alargar las cosas, el *Reč* había admitido finalmente algunos hechos. Y antes, también Pilenko había insinuado la existencia de ciertos hechos. Pero el eslavófilo oficioso, *Gurljand*, no ha dicho hasta ahora ni una sola palabra sobre el tema. Por consiguiente, al ponerse al mismo nivel de conciencia que Pilenko, el señor Viktorov no ha alcanzado las alturas morales en las que se asienta *Gurljand*. Y la opinión pública, o, mejor dicho, el sector de la opinión pública que valoramos, tiene sobradas razones para ignorar las motivaciones que pueden haber llevado a Viktorov, Pilenko y los agentes de *Gurljand* a actuar como individuos.

La opinión pública ya ha sacado una conclusión sencilla e indiscutible. *Reč*, por un lado, y *Rossija*, por otro, ofrecían diariamente a sus lectores noticias de atrocidades turcas, muchas de ellas procedentes de fuentes búlgaras y serbias, sin, por supuesto, comprobarlas; del mismo modo, no publicaban informes de atrocidades búlgaras y serbias, aunque las fuentes no fueran turcas, sino rusas, alemanas, francesas y británicas. Este comportamiento no podía ser simplemente el resultado de las cualidades morales de Viktorov XVII, sino que tenía que corresponder a los intereses de una línea política bien conocida. Probablemente el lector habrá llegado a la conclusión de que “esta política necesita eliminar deliberadamente de mis observaciones toda una categoría de hechos y fenómenos. Uno puede aprobar esta política si permanece ignorante de todos los elementos en los que se basa. Pero una política (interior o exterior, da igual) que necesita engañar a la opinión pública es una política negativa a la que no puedo dar crédito. Es más, no me interesa la castidad literaria de Viktorov XVII”.

Pero el señor Viktorov no quiere tratar esta cuestión en el plano de los principios. Insiste en que no debemos olvidar sus cinco años en Bulgaria, su conocimiento de los asuntos búlgaros, su conciencia y su rectitud. En la mutualidad del silencio organizada por los eslavófilos, no estaba dispuesto a ser simplemente Viktorov XVII: quería ser el único de su especie.

Recuerda constantemente al lector los cinco años que pasó en Bulgaria, como si ello fuera una prueba de conciencia o... ¡de perspicacia! Pero no da una respuesta simple y directa a la pregunta: ¿masacraron las tropas búlgaras a los pomacos capturados y a los turcos heridos? ¿Colgaron a habitantes pacíficos con el pretexto de que eran espías? No, no responde. Por otro lado, posa como un dechado de virtudes, diciendo que la prensa progresista debe “buscar primero la verdad sin mirar a nadie cara a cara (!) y así...” ¿Y qué? Así que Viktorov se mantuvo, y sigue manteniéndose, hermético. Y aunque no podía confirmar definitivamente ciertos detalles, no tenía ninguna duda sobre lo esencial. Es el lado no tan limpio de toda esta indignación fingida, esta autocensura, esta aflicción que

aflora. Todo es una *farsa*, y no hay más que hablar. El señor Viktorov sabe, no cabe duda, que el tristemente célebre Radko Dimitriev ha ordenado que se tomen las medidas necesarias, incluso drásticas, para acelerar los movimientos, llegando incluso a exterminar a los prisioneros y heridos turcos. No puede ignorar que esta orden se cumplió a gran escala. El señor Viktorov sabe que turcos pacíficos fueron exterminados con el pretexto de que eran espías o colaboradores. Sabe que un pueblo de pomacos (¿sólo uno?), con todos sus habitantes, fue borrado de la faz de la tierra. Lo sabe.

También sabe que un corresponsal no está obligado a proporcionar un recuento exacto o una lista completa de los nombres de todas las víctimas de los asesinatos y violaciones, sino que está obligado a no ocultar los hechos en sí, es decir, una masacre masiva sobre la que ni siquiera él puede tener dudas. Ni siquiera los corresponsales rusos que conocí, la mayoría de los cuales escribían para periódicos esclavófilos, albergaban dudas. Sé que uno de estos periódicos, en particular, eliminó todas las referencias a las atrocidades búlgaras de los artículos de su corresponsal en Sofía, incluso las pocas que consiguieron escapar a la censura. Es posible que los demás directores de periódicos esclavófilos se comportaran del mismo modo, o que los corresponsales más sagaces, con el pretexto de buscar los pajaritos azules de la verdad absoluta, prefirieran no ver la horrible verdad ante sus ojos; nada de esto cambia mucho las cosas. El hecho político es el pacto de silencio. Los lectores rusos no olvidarán que fueron engañados por los periódicos durante uno de los períodos más críticos de la vida política europea. En consecuencia, habría sido cien veces mejor para el señor Viktorov del *Reč* camuflarse entre los otros dieciséis Viktorov en lugar de preocuparse por dejar una impresión duradera en la memoria del lector.

El perfil político del señor Viktorov me quedó muy claro desde el principio de esta polémica, gracias al artículo en el que se había tomado la molestia de defender la censura militar búlgara no sólo contra mis acusaciones, sino también contra las de toda la prensa independiente. Al haber puesto *Le Reč* sus columnas a su disposición, había podido expresar sus ideas medievales y represivas sobre la censura militar, entendida como una madre autoritaria que no sólo vela por los secretos de las operaciones militares, sino también por la buena conducta de los periodistas, verifica que sus informaciones son fidedignas y les pone en el buen camino. Ha reclutado a estos *radicales* búlgaros para que actúen como censores en nombre del personal de Stambulov, con el objetivo de impedir que los periodistas revelen la violencia y frenar así a los agresores. El inflexible representante legitimista del *Reč* en Sofía invoca la aceptación silenciosa de la censura como una *dura lex*.

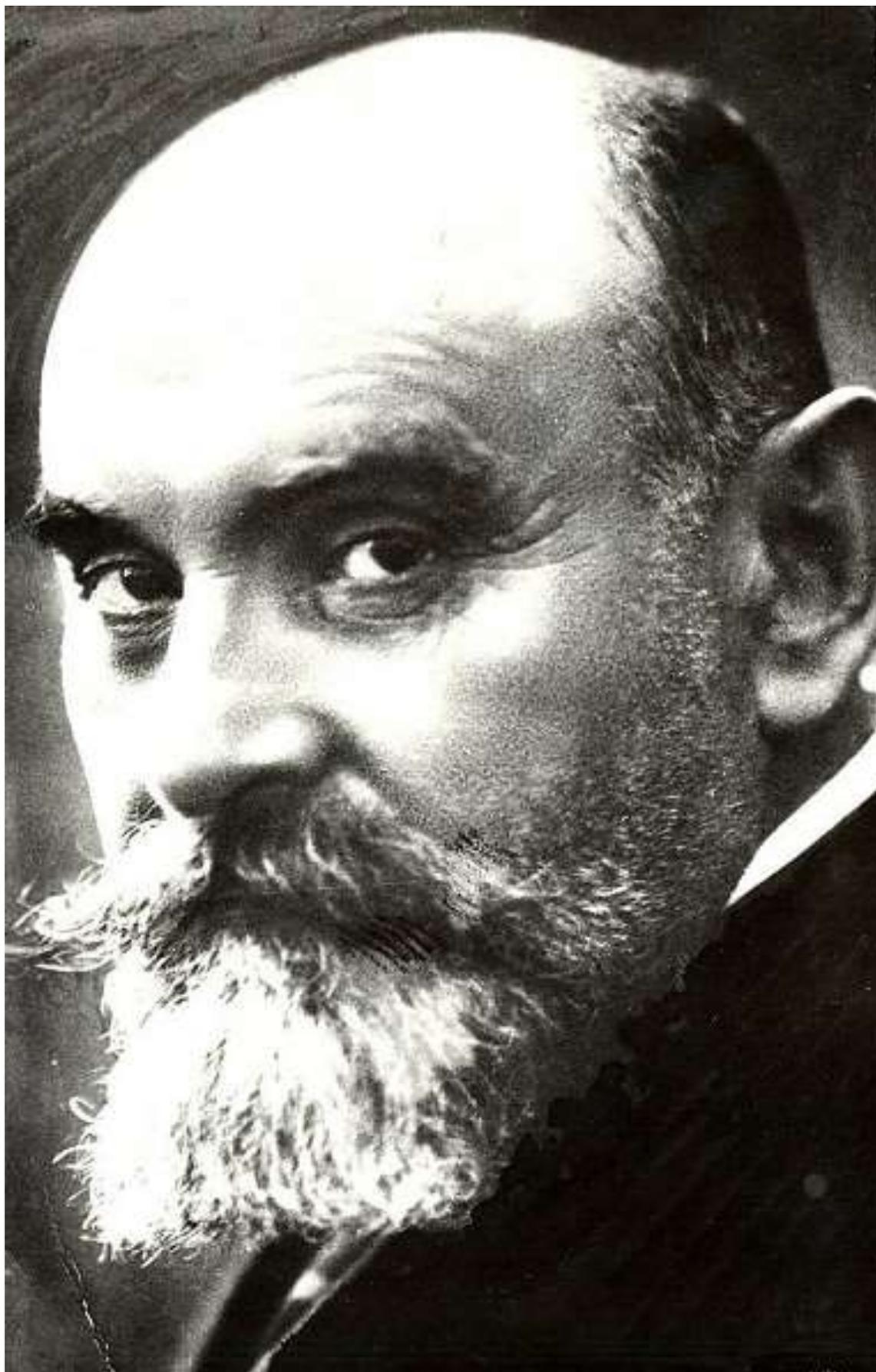
Fui lo bastante imprudente, lo reconozco, para observar fugazmente que al menos la segunda palabra debería eliminarse de esta definición, dado que la censura militar búlgara no es una *lex*, una ley, sino una creación libre e ilícita de la comandancia general estambulovista. Viktorov no pudo contenerse y se apresuró, incluso en esta cuestión secundaria, a mostrarse como un seguidor de la verdad, es decir, una persona agradecida al estado mayor. “Su alusión a un golpe de estado”, escribió este adorador de la verdad, “gracias al cual, según usted, se introdujo la censura militar en Bulgaria, es una pura y simple invención, señor Antid Oto, debida a su ignorancia de la constitución búlgara”. Los lectores son tímidos por naturaleza, así que el tono agresivo está pensado para ponerlos en una posición de debilidad. Sin embargo, el señor Viktorov habría sido menos impulsivo si, en lugar de hacer esta afirmación, se hubiera limitado a citar el artículo de la constitución búlgara en el que se basaría el fundamento jurídico de la censura. Pero no lo hizo. ¿Por qué no lo hizo? Porque ese artículo no existe. La censura militar búlgara es totalmente inconstitucional. No sólo expreso mi opinión, sino también la de todos los demócratas búlgaros sinceros. Y lo mismo piensan los virtuosos “octubristas” búlgaros

que ven en la censura una “deplorable necesidad”. Pero las violaciones reaccionarias de la constitución, ¿no están siempre justificadas por la razón de estado?

No sé qué piensa el estado mayor de su vástago ilegítimo. En cambio, no me cabe duda de que tiene un gran interés en que este golpe de estado parcial se interprete, a pesar de la oposición de los demócratas, como un acto plenamente conforme con la constitución. El señor Viktorov no tiene capacidad para ofrecer esta interpretación. Se limita a hacer una afirmación que demuestra lo contento que está de defender la reacción militar búlgara contra las acusaciones de los demócratas búlgaros y rusos. He ahí la pasta de la que está hecho este campeón de la “verdad”.

*Kievskaja Mysl'*, número 66, 7 de marzo de 1913

## **Mapas, imágenes y cronología**



Dobrogeanu-Gherea



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Rakovsky



Mapa físico de la península de los Balcanes



Los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, mapa físico



Los Balcanes tras el Tratado de Berlín de 1878, que supuso la pérdida otomana del norte de la región y el surgimiento de varios estados-nación que se disputaban territorios



Segunda Guerra de los Balcanes, mapa. En rojo, movimientos y unidades búlgaras; en azul, movimientos y unidades serbias, griegas, rumanas y otomanas; Dobruja meridional a Rumanía (Tratado de Bucarest, 13/8/1913); - - -, fronteras resultado de la contienda



Principales operaciones militares búlgaras durante la contienda, mapa



Los Balcanes durante y tras las guerras de 1912 y 1913, mapa



<https://puzzledelahistoria.com/?cat=3710>

Fronteras establecidas tras la Primera Guerra de los Balcanes, mapa

# Le Petit Journal

Le Petit Journal 5 CENTIMES SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ 5 CENTIMES ABONNEMENTS

CHIQUE JOUR - 6 PAGES - 5 CENTIMES

Administration : 61, rue Lafayette

Les manuscrits ne sont pas rendus

Dix-neuvième Année

Le Petit Journal agricole, 5 cent. -- La Mode du Petit Journal, 10 cent.

Le Petit Journal illustré de la Jeunesse, 10 cent.

On s'abonne sans frais dans tous les bureaux de poste

SEINE et SEINE-ET-OISE... 2 fr. 2 fr. 50

DÉPARTEMENTS... 2 fr. 4 fr. »

ÉTRANGER... 2 fr. 5 fr. »

SIX MOIS UN AN

DIMANCHE 18 OCTOBRE 1908

Numéro 985



**LE REVEIL DE LA QUESTION D'ORIENT**  
 La Bulgarie proclame son indépendance. -- L'Autriche prend la Bosnie et l'Herzégovine

Caricatura sobre el reparto de las grandes potencias



Caballería serbia en las guerras de los Balcanes 1912 - 1913



Asalto de fuerzas montenegrinas



El avión Albatros, que realizó el primer vuelo de combate sobre Edirne el 16 de octubre de 1912



Retirada otomana, en Karisdiran, durante la batalla de Lule-Burgas



Relevo de tropas búlgaras en las acometidas a la línea defensiva otomana en Çatalca, que protegía la capital otomana



Soldados búlgaros repelen un desembarco turco en las orillas del Mar de Mármara, batalla de Bulair, 26 de enero de 1913



Soldados búlgaros posando en el fuerte de Ayvaz Baba, en las afueras de Adrianópolis, después de su captura



Los komitadži serbios operando en el territorio de la antigua Serbia, durante la guerra



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Las tropas serbias cambian el cartel de la estación de tren del “Uskub” otomano durante la Primera Guerra de los Balcanes y lo reemplazan por “Skopje” en cirílico, 1912



Дрвогорци на врху Тарабоша, поглед Скадру на Бојани

Soldados del Ejército Real de Montenegro, con sus banderas, descansando cerca de la confluencia de los ríos Taraboš y Skadra, cerca de Scútari, a principios de 1913



Abanderado del ejército otomano durante la primera guerra de los Balcanes



Infantería griega en la batalla de Sarantaporo



Centinela serbio congelado



Soldado turco de regreso a casa, 1913



Incendio en las inmediaciones de Salónica



Refugiados turcos en Edirne



Civiles huyendo, Agencia Rol, 1912

Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France



Civiles huyendo, Agencia Rol, 1912

Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Mujeres huyendo, Agencia Rol, 1912



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Civiles huyendo en un tren de mercancías sobrecargado, Agencia Rol, 1912



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Cristianos turcos bajo la protección de búlgaros en Mustafá Pachá, Agencia Rol, 1912



Firma en Londres del tratado de paz entre Turquía y los estados balcánicos, 30 de mayo de 1913

**Cronología siglos II al XX: Rumanía, Bulgaria, Turquía, Grecia y Serbia**

<i>Siglo</i>	<i>País</i>	<i>País</i>	<i>País</i>	<i>País</i>	<i>País</i>
	Rumanía	Bulgaria	Turquía	Grecia	Serbia
II	II. Conquista romana (Trajano) de la región				
III	III. Invasión de los godos, hunos, ávaros, eslavos, búlgaros, magiares, mongoles				
IV				IV, Constantinopla capital del Imperio Romano (330). El Imperio Romano de Oriente se separa del Imperio Romano de Occidente (395)	
V				VI-VIII Invasión de Grecia, provincia del Imperio Romano de Oriente, por los húngaros, los eslavos y los hunos	
VI		VI. Tracia septentrional ocupada por pueblos eslavos meridionales			VI. Inicio de la instalación de tribus serbocroatas en los Balcanes (territorio del Imperio Romano de Occidente)
VII		VII. La Dobruja ocupada por los búlgaros de origen turco-mongol bajo la dirección del Kan Asparuch			
VIII		VIII. Los búlgaros ocupan Tracia septentrional		VIII. Crisis iconoclasta: la Iglesia Griega se separa de Toma y pasa a la jurisdicción de Constantinopla	
IX		IX. Reino de Boris I. Conversión al			IX. Constitución del principado

		cristianismo ortodoxo (852). Simeón I funda la Gran Bulgaria incluyendo a Serbia hasta Belgrado, Macedonia occidental y Albania (893). Iglesia autocéfala en búlgara.			de Raška (Vieja Serbia)
X		X. Reinado de Pedro I. El primer imperio búlgaro se extiende de Tracia a Montenegro hasta Bosnia occidental.			X – XI. Raška se extiende a Bosnia. Enseguida la ocuparán los bizantinos y los búlgaros.
XI	XI. Los húngaros conquistan Transilvania.	XI. El emperador bizantino Basilio III el bulgarocton pone fin al primer imperio búlgaro (1014)	XI. Batalla de Manzikert (1071). Una vez vencidos los bizantinos, los turcos selyúcidas invaden Anatolia	XI. Cisma de Oriente (1054)	
XII		XII. Segundo imperio búlgaro bajo la dinastía de Asen. Guerra contra el imperio bizantino.			
XIII		XIII. Invasión mongola (1272). Bulgaria se escinde en dos principados: Tãrnovo y Vidin.	XIII. Nacimiento de Osmán I, fundados de la dinastía y del imperio otomano (1259)	XIII. Desmembramiento o tras la cuarta cruzada (1204) de los principados francos (Tesalia, ducado de Atenas, principado de Acaya), en la parte continental y las posesiones venecianas por la parte insular.	XIII. Iglesia autocéfala serbia de rito ortodoxo (1219).
XIV	XIV. Formación de los principados de Moldavia y Valaquia en territorio rumano.		XIV. Toma de Galípoli (1354) e inicio de la conquista de los Balcanes por los turcos.		XIV. Estefan Dusan, rey de los serbios (1330). Serbia extiende sus dominios a Albania, Epiro,

	Iglesia autocéfala ortodoxa de Valaquia (1359).				Tesalia y Acarnania. Derrota en la llanura de Kosovo contra los turcos (1389). Fin de la independencia nacional. Serbia se mantendrá durante cuatro siglos bajo la soberanía del imperio otomano.
XV	XV. Iglesia autocéfala ortodoxa de Moldavia (1601). Conquista otomana. Los principados de Moldavia y Valaquia devienen tributarios.	XV. Conquista y ocupación otomana. Estará ocupada por los turcos durante cinco siglos.	XV. Derrota frente a los mogoles de Tamerlán (1402). Mehmed I restablece el imperio otomano (1413). Conquista de Constantinopla (1453 que se convierte en capital del imperio otomano bajo el nombre de Estambul.	XV. Conquista otomana. Caída de de Salónica (1430). Toma de Atenas (1456) y caída del Peloponeso (1460). Caída de Trebisonda (1461), último estado griego medieval.	
XVI	VI. Miguel el Valiente lleva adelante la lucha contra los turcos. Constitución del principado de Valaquia, de Transilvania y de Moldavia de corta duración (1593).		XVI. Selim I anexa Siria y Egipto (1516-1517). Conquista de Belgrado (1521). Protectorado sobre Hungría (1526). Guerra contra Austria y primeras dificultades militares de los otomanos (1593-1606).		XVI. Revuelta antiturca (1594).
XVII			XVII. Derrota frente a las murallas de Viena (1683), batalla de Kahlenber.		XVII. Se fija -la frontera balcánica del imperio otomano en el Danubio (1688-1739).
XVIII	XVIII. Los Habsburgo conquistarán		XVIII. Paz de Belgrado con Austria (1739). Queda fijada la		

	Transilvania (1699)		frontera de los dos imperios, durante casi un siglo, en la línea marcada por los ríos Sava y Danubio.		
XIX	<i>XIX.</i> Los rusos se anexionan Besarabia (1812). Movimiento insurreccional aplastado por la intervención ruso-turca (1848). Constitución de los principados unidos de Moldavia y Valaquia (1858). Elección de Alejandro de Cuza como príncipe de Moldavia y Valaquia (1859). Es destituido y reemplazo por Carlos Hohenzollern (1866). Independencia (1878, Congreso de Berlín). Carlos es coronado bajo el nombre de Carol I (1881).	<i>XIX.</i> La iglesia búlgara deviene independiente del patriarca de Constantinopla (1870). Principado búlgaro autónomo (1878, Congreso de Berlín). Alejandro de Battenberg es elegido príncipe (1870). Anexión de Rumelia occidental tras una breve guerra contra Serbia (1885). Abdicación de Alejandro de Battenberg (1886). Coronación de Sajonia-Coburgo.	<i>XIX.</i> Convención de los Estrechos (1841). Guerra de Crimea (1853-1856). Guerra ruso-turca (1877-1878). Congreso de Berlín (1878), Bosnia-Herzegovina deviene protectorado austriaco.	<i>XIX.</i> Fundación en Odesa de Hetería (1814), sociedad secreta por la liberación del país de la dominación turca. Revolución griega (1821-1830). Tratado de Andrinópolis (1829), el imperio otomano reconocía la autonomía de Grecia. Reino de Grecia con el príncipe bávaro Otón I de Wittelsbach. Transferencia de la capital de Nauplia a Atenas. Deposición de Otón I, inicio del reinado de Jorge I Glücksburgo (1863). Anexión de Tesalia y de una parte del Epiro (1881).	<i>XIX.</i> Revuelta de Karadorđe (1804). Los turcos vuelven a entrar en Belgrado (1813). Revuelta de Miloš Obrenović (1815). Creación del principado de Serbia (1830), reconocido por el imperio otomano como estado vasallo. El Tratado de Berlín reconocía al estado independiente serbio (1878). Nacimiento del Reino de Serbia (1882).
XX	<i>XX.</i> Revuelta campesina (1907).	<i>XX.</i> Reino de Bulgaria (1908).	Austria se anexiona Bosnia-Herzegovina (1908). Revolución de los Jóvenes Turcos (1908).	<i>XX.</i> Unión con Creta (1908).	<i>XX.</i> Los Obrenović son expulsados (1903). Pedro I Karageorgević, rey de Serbia.

### Cronología 1912

La **Primera Guerra de los Balcanes** (9 de octubre de 1912 – 30 de mayo de 1913)

Entre marzo y octubre se forma la *Liga Balcánica*: Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro acuerdan expulsar a los turcos de los Balcanes.

En abril estalla una nueva revuelta antiturca entre las tribus albanesas de Kosovo. En julio, todo el territorio albanés está en manos de los rebeldes.

El 30 de septiembre, la Liga Balcánica envía una nota conjunta a Turquía pidiendo la autonomía de Macedonia y Tracia. Turquía rechaza la nota. Comienza la Primera Guerra de los Balcanes.

Octubre. *La Liga ataca*. El día 8, Montenegro ocupa el sanjacado de Novi Pazar y se alía con Serbia. Entre el 17 y el 20, los aliados penetran casi al mismo tiempo en las provincias europeas de Turquía. Tres ejércitos búlgaros, al mando de Radko Dimitriev, avanzan hacia Edirne (el día 22, iniciando el asedio de la plaza fuerte turca), Kirkklareli y Dede Agac. El 19, tres ejércitos serbios, bajo el mando de Radomir Putnik, avanzan hacia Kumanovo y Priština. Saliendo de Larissa el día 18, el ejército griego, bajo el mando del príncipe Constantino, avanza hacia el sur. Ese mismo día se firma la Paz de Lausana: Turquía reconoce la soberanía italiana sobre Libia.

### ACTIVIDAD MILITAR EN MACEDONIA

Del 20 de octubre al 5 de noviembre. *Ofensiva griega*. Mientras un contingente griego ocupa el Epiro, el grueso del ejército de Constantino avanza hacia Elassona, donde se enfrenta a las tropas turcas (23 de octubre), la mayoría de las cuales se retiran hacia Florina para concentrarse en Bitola (Monastir) y hacia Salónica. Constantino decide no perseguir inmediatamente a las tropas turcas en retirada hacia Florina y lanza una ofensiva contra Salónica, a pesar de los acuerdos alcanzados anteriormente con el ejército búlgaro. Los griegos intentan adelantarse a los búlgaros, pero encuentran una fuerte resistencia de las tropas turcas, que bloquean su avance (2-3 de noviembre).

Finalmente, el ejército griego aplasta la resistencia turca y marcha hacia Salónica.

20 de octubre - 4 de noviembre. *Ofensiva serbia*. Una vez conquistada Pristina, las tropas serbias se dirigen hacia Albania, Escútari y Durrës, mientras que las tropas serbias, al mando del rey Peter Karageorgević, infligen una dura derrota al ejército turco en Kumanovo (22-24 de octubre). Los turcos consiguen detener a los serbios en el paso cercano a la ciudad de Prilep. Pero una vez rodeados, tienen que retirarse a Bitola.

5 de noviembre. Comienzo de la *ofensiva contra Bitola*. 15-18: batalla de Bitola, donde se concentraron cuarenta mil soldados turcos. El ataque serbio comienza por el flanco izquierdo y luego se desplaza hacia el centro. Los turcos tienen que ceder ante el avance griego hacia el sur. Veinte mil turcos caen muertos o capturados. El 28, en Valona, la asamblea nacional albanesa proclama su independencia.

8 de noviembre. *Toma de Salónica*. Los griegos ocupan Salónica, adelantándose unas horas a las divisiones búlgaras. Veinte mil soldados turcos de la guarnición son hechos prisioneros. Se produce un grave incidente diplomático entre Grecia y Bulgaria.

Diciembre. Asedios de Janina y Escútari. A finales de año, las únicas tropas turcas que siguen luchando son las asediadas por los griegos en Janina y por los montenegrinos en Escútari.

### ACTIVIDAD MILITAR EN TRACIA

22 de octubre - 3 de diciembre. *Ofensiva búlgara*. Los I, II y III ejércitos búlgaros atacan en un frente muy amplio en tres direcciones: hacia Dede Agac, Edirne

(Andrinópolis) y Kirklareli. El enfrentamiento con el Tercer Cuerpo turco dirigido por Abdüllâh Pachá tiene lugar en Kirklareli del 22 al 25 de octubre y en Lüleburgaz (del 27 de octubre al 1 de noviembre), donde la ciudad también está defendida por el Cuarto Cuerpo turco. Los turcos son derrotados en ambas batallas. Tras retirarse, Abdüllâh Pachá reagrupa sus tropas en Chatalya (Çatalca) y refuerza sus posiciones a casi 50 kilómetros al oeste de Estambul.

Noviembre - diciembre. El intento de asalto búlgaro a Chatalya resulta prematuro y conduce a una retirada (17-18 de noviembre). La situación es desesperada.

El 5 de diciembre se firma una tregua entre los aliados y Turquía. El armisticio conduce a la Conferencia Internacional de Londres.

*Conferencia Internacional de Londres.* 17 de diciembre de 1912 - 24 de enero de 1913. Apertura de la conferencia de embajadores de las grandes potencias y negociaciones entre Turquía y los aliados balcánicos. Surgen agudas disputas sobre muchos temas. Las grandes potencias intentan influir en la división de los Balcanes, que se vislumbra en el horizonte. Italia y Austria-Hungría presionan para que se forme una Albania independiente, libre del control de las nuevas potencias regionales balcánicas.

### **Cronología 1913**

23 de enero. Golpe de estado en Estambul. Los Jóvenes Turcos instauran un triunvirato.

En febrero, el rey Jorge I de Grecia es asesinado en Salónica. Su hijo Constantino sube al trono.

26 de marzo. *Caída de Edirne.* Tras cinco meses de asedio, la fortaleza turca capitula. La operación de cerco, que culminó con dos intentos de asalto, había vencido su resistencia.

5 de abril. *Caída de Janina.* La Decimotercera División turca se rinde a los griegos.

23 de abril. *Captura de Escútari.* El ejército montenegrino entra en Escútari, a pesar de la presión diplomática de las grandes potencias.

30 de mayo. *Acuerdo de paz de Londres.* A Turquía sólo le queda Estambul y la zona que bordea los Estrechos, a lo largo de la línea Enez-Midyé. El resto del territorio de la Turquía europea pasa a los miembros de la Liga Balcánica, incluida Edirne. Creta se asigna definitivamente a Grecia. En lugar de resolver los conflictos entre las potencias imperialistas y entre los estados balcánicos, el Tratado de Londres los exacerba. Los estados balcánicos comienzan a enfrentarse por el reparto de Macedonia y Albania.

### **Segunda Guerra de los Balcanes (30 de junio - 10 de agosto de 1913)**

30 de junio. *Ataque búlgaro.* Bulgaria avanza con su III y IV ejércitos hacia las posiciones serbias en dirección a Zaječar, Niš y Skopje. El II Ejército búlgaro se vuelve contra los griegos en dirección a Salónica. Pero la ofensiva búlgara pierde rápidamente su impulso inicial.

Julio. El *contraataque serbio y griego.* Las tropas serbias, dirigidas por Radomir Putnik, toman la iniciativa (2 de julio). Mientras el III Ejército serbio contiene a los búlgaros en Nis y Zaječar, el I Ejército lanza una ofensiva hacia Kjustendil. Mientras tanto, los griegos (3-4 de julio) entran en contacto con el II Ejército búlgaro, atacándolo por el flanco izquierdo (7 de julio) e inmovilizándolo hacia el norte en el valle del río Struma. Un nuevo intento de los III y IV ejércitos búlgaros de atacar al III Ejército serbio en dirección a Niš y Zaječar es bloqueado (10 de julio).

Julio. *Intervención rumana y turca.* Rumanía declara la guerra a Bulgaria y, sin encontrar mucha resistencia, dirige sus tropas hacia Vidin, Sofía, Tutrakan y Varna. El 11 de julio ocupa el sur de Dobruja. La capital búlgara se ve amenazada. El 22 de julio, Turquía ataca Bulgaria; las tropas turcas marchan hacia Kirklareli, Edirne, que es ocupada, y el río Marica entre Edirne y Enez. Fracasa un intento de contraataque búlgaro contra los griegos en el valle del río Struma. El 31, Bulgaria solicita el armisticio.

10 de agosto. *Paz de Bucarest.* Grecia recibe la región de Macedonia meridional con Salónica y Kavàlla. Serbia recibe Macedonia del norte y central, así como Kosovo. Rumania recibe Dobruja meridional. Turquía recupera Tracia oriental con Andrinópolis-Edirne. De todos los territorios obtenidos al final de la Primera Guerra de los Balcanes, Bulgaria sólo conservó pequeñas zonas de Macedonia y Tracia occidental, mientras que la frontera búlgaro-turca se desplazó más al oeste a lo largo de la línea Enez-Midye. La independencia de Albania queda reconocida bajo el príncipe alemán Guillermo de Wied.

## **Notas**

<sup>1</sup> Pierre Broué, *Trotsky*, Fayard, París, 1988, páginas 141-143. EIS.

<sup>2</sup> Broué se refiere a la “[Carta abierta al profesor P. N. Miliukov](#)”, de 1905, traducida y editada en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#). EIS.

<sup>3</sup> Ver en el apéndice a esta obra: “[Una pregunta no parlamentaria al señor P. Miliukov](#)” y “[Balance de la ‘cuestión de los Balcanes’](#)”. EIS.

<sup>4</sup> Ver en esta misma obra su Tercera Parte. La Rumania de posguerra (corresponsalías). EIS.

<sup>5</sup> Ver en la Tercera Parte en su Tercer Capítulo, de esta misma obra. EIS.

<sup>6</sup> Ver “[Dobrogeanu-Gherea](#)” en esta misma obra en el Segundo Capítulo de su Tercera Parte. EIS.

<sup>7</sup> “[Escritos, obra y otros materiales de Rakovsky, Khristian \(Rako\)](#)”, en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#). EIS.

<sup>8</sup> Ver en estas mismas [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\) \(Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales\)](#) su obra [Perfiles políticos](#). EIS.

<sup>9</sup> P. Broué, “Rako”, *Cahiers Léon Trotsky*, número 17, página 23. P.B.

<sup>10</sup> A. Vaksberg, “La Reine des Preuves” *Literaturnaia Gazeta*, 27 de enero de 1988. P.B.

<sup>11</sup> “[La obra del proletariado](#)”, en el Tercer Capítulo de la Primera Parte de esta obra. EIS.

<sup>12</sup> [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#), serie de estas mismas Edicions Internacionals Sedov. EIS.

<sup>13</sup> Todos los problemas planteados durante el siglo XIX y a principios del XX por la disolución del Imperio Otomano y la disputa sobre su desmembramiento: cuestiones complicadas por los intereses divergentes de las potencias europeas y por las aspiraciones de las burguesías nacionales de la región. NDE.

<sup>14</sup> Alusión a lo que dice Trotsky a propósito de los cerdos “puedan desempeñar un papel importante en los conflictos internacionales”. Ver el artículo [En viaje](#). EIS.

<sup>15</sup> En la época se trataba ya del estado actual de Macedonia, ya de la región griega del mismo nombre. NDE.

<sup>16</sup> Existe una rica literatura sobre esta controvertida cuestión que intenta establecer un paralelismo entre los eslavos macedonios y los serbios o búlgaros basándose en datos etnográficos, lingüísticos y también geológicos (?!). Se puede encontrar un análisis detallado de todos los argumentos sobre este tema en el estudio resumido de N. S. Derjavin, *Relaciones búlgaro-serbias y cuestiones macedonias*, Petrogrado, 1914. El autor es bulgarófilo.

<sup>17</sup> *Sublime Puerta* (traducción del término turco *bab-i'-ali*: la Puerta Alta). Nombre del gobierno turco y, en particular, del ministro de asuntos exteriores, derivado de la costumbre de los ministros o soberanos orientales de ejercer sus funciones en el umbral de su tienda o palacio. Este término, a veces abreviado como La Puerta, fue habitual en las cancillerías europeas hasta la caída definitiva del Imperio Otomano en 1922. NDE.

<sup>18</sup> I. Matveev, *Bulgaria tras el Congreso de Berlín*, 1887.

<sup>19</sup> Todo trabajador que reflexione debería seguir atentamente el curso de la lucha revolucionaria en el mundo. Para hacerlo es necesario, en primer lugar y con la ayuda de mapas geográficos, familiarizarse con las situaciones de cada estado y país. Teniendo en cuenta esto, las organizaciones deberían poner a disposición de los militantes los elementos necesarios. L. T.

<sup>20</sup> Revolución persa. El movimiento de oposición se desarrolló en Persia a finales del siglo pasado, cuando Inglaterra y Rusia empezaron a exigir cada vez más concesiones y privilegios al gobierno persa, que empobrecía y esclavizaba al país. En busca de fondos para satisfacer sus caprichos, el *sha de los sha* no dudó en hacer concesiones a capitalistas extranjeros, concesiones que iban en detrimento de los intereses vitales de Persia. En 1872, por ejemplo, se otorgó una concesión al barón inglés Reuter, que fue anulada tras las protestas de los rusos, por la que se le concedían enormes derechos sobre el territorio persa en los campos de la construcción de ferrocarriles, la minería y otras actividades. De este modo, los principales recursos industriales del estado fueron “puestos en manos de un extranjero”, una situación muy inusual, incluso a los ojos de los ingleses. En 1890, el sha Násir ud-Din concedió a una empresa inglesa el monopolio de la producción y venta de tabaco en toda Persia, lo que provocó la indignación generalizada de todos los sectores de la población persa, que veían en la *indulgencia* del sha el comienzo de la venta barata del país a los extranjeros. Tras la movilización y la enérgica huelga de los cultivadores y productores de tabaco, así como de los consumidores ordinarios, que duró dos meses, el sha se vio obligado a retirar la concesión y a pagar a los británicos cinco millones de rublos en concepto de indemnización. También se otorgaron una serie de concesiones a Rusia: la construcción de la red telegráfica en el norte de Persia, la explotación forestal en Mánzandarân y las minas de turquesa. La fuerte influencia de la Rusia zarista sobre el sha convirtió a la primera en ama efectiva del norte de Persia. Ya en 1879, se organizó por decreto del sha una brigada de cosacos persas comandada por oficiales rusos, que defendía las tres capitales septentrionales: la religiosa (Mashhad), la del sha (Teherán) y la del principado (Tabriz). Además, en Tabriz, un general ruso

actuó como consejero del heredero al trono. Inglaterra, por su parte, concentró su penetración en las regiones meridionales, apropiándose de los ricos yacimientos de petróleo del río Karun y sometiendo toda la costa del golfo Pérsico. Esta apropiación indebida de los bienes nacionales persas, que no encontró ninguna resistencia por parte del sha, destruyó brutalmente el prestigio de éste. La joven burguesía persa, privada de toda posibilidad de desarrollo, los feudatarios y el clero, pasaron a la oposición. Tenían buenas razones para hacerlo: el clero, por ejemplo, temía las reformas legislativas que el sha pretendía introducir a petición de los británicos. Estas reformas le habrían privado de funciones legales y, en consecuencia, de una importante fuente de ingresos. Por otra parte, los círculos feudales y burocráticos estaban indignados por el hecho de que el sha no compartiera con ellos los diversos *préstamos* concedidos a Rusia y de que se rodeara de consejeros rusos o, en general, extranjeros, dejando en un segundo plano a los consejeros persas. El movimiento no se hizo popular hasta 1905-1906. La derrota de Rusia en la guerra contra Japón había destruido, a ojos de los persas, el aura de invencibilidad del *zar blanco* y debilitado su sometimiento a los invencibles generales rusos. Sin embargo, la revolución rusa de 1905 alentó el nacimiento de un movimiento nacional persa y tuvo un enorme efecto propagandístico contra el absolutismo del sha. Miles de trabajadores persas se dejaron influir por las ideas revolucionarias en Bakú, donde los emigrados revolucionarios persas habían adquirido conciencia revolucionaria, imprimido manifiestos y comprado armas. Más tarde, después de que Liájov disolviera el primer parlamento, los revolucionarios de Transcaucasia engrosaron las filas de los combatientes persas enrolados bajo el mando de Sattar Khan y otros líderes *constitucionalistas*. Los primeros centros revolucionarios surgieron en Teherán. En diciembre de 1905, en protesta por las cargas fiscales, un gran número de habitantes de la ciudad y del clero “se fueron de *bast*” [pidieron asilo: institución del islam iraní que proclama la inviolabilidad de numerosos edificios públicos y religiosos], es decir, se refugiaron en lugares inaccesibles para el gobierno (mezquitas, embajadas extranjeras), declarando que no se marcharían hasta que sus reivindicaciones hubieran sido satisfechas. Los desórdenes y disturbios se sucedieron, alcanzando su punto culminante en agosto de 1906, cuando el alto clero, seguido por una multitud de miles de personas, abandonó solemnemente la capital y se refugió en Qom. Al mismo tiempo, casi diez mil comerciantes y artesanos asaltaron los jardines de la embajada británica (durante este periodo, los británicos apoyaban el movimiento constitucional para crear dificultades a sus rivales rusos), paralizando por completo la ciudad. El sha Musaffar ud-Din se vio obligado a convocar el *Majlis* (Parlamento). La introducción de un sistema parlamentario redujo los poderes de la monarquía. El *Majlis* empezó a funcionar en octubre de 1906. Sus actividades fueron de carácter reformista: se abolió la venta de cargos; se otorgó a los *encümenlar*, comités electivos de la ciudad, formados principalmente por comerciantes y artesanos, el derecho a elegir jueces; se retiró a los latifundistas la recaudación de los diezmos y se le confió a la administración pública; se abolieron los *tiyuli* (atribuciones feudales), etc. En septiembre de 1907, el sucesor de Musaffar ud-Din, Muhammad Ali Mírza Shâh, firmó “un apéndice a las leyes principales”. En resumen, promulgó la constitución. Pero el sha pasó rápidamente al contraataque, ayudado por el todavía poderoso sultán otomano Abdül Hamíd, que envió sus tropas al Azerbaiyán persa. La autocracia zarista también se sumó, pues tras haber aplastado el movimiento revolucionario ruso, estaba decidida a acabar también con la revuelta persa. Inglaterra, que anteriormente había intentado seducir a los constitucionalistas, acordó con Rusia la división de Persia en *zonas de influencia* según el acuerdo de 1907 y reanudó, al menos oficialmente, su apoyo al sha. Apoyándose principalmente en las *Potencias Protectoras*, pero también en la brigada cosaca, Muhammad Ali dio un golpe de estado reaccionario. El 23 de junio de 1908, el comandante de la brigada cosaca, coronel Liájov, de acuerdo con el enviado del zar, Hartvig, bombardeó el *Majlis*. Los diputados fueron evacuados y los más influyentes fueron ahorcados. Liájov recibió plenos poderes y fue nombrado gobernador militar de Teherán. Persia entró en un periodo de guerra civil. Estalló una revolución en Tabriz, durante la cual los *fidai* (los que se sacrifican en nombre de la revolución) opusieron una feroz resistencia durante nueve meses a las tropas del sha. Rasht se rebeló y se declaró *ciudad libre*. Los *bajtary* [población rural del suroeste de Persia] se movilizaron para defender la constitución y recibieron el apoyo secreto de los británicos, que temían un reforzamiento excesivo de Rusia. En junio de 1909 comenzó la batalla de Teherán. Los insurgentes de Rasht se desplazaron hacia el norte y los de *bajfiary* hacia el sur. En agosto, las tropas constitucionalistas entraron en Teherán. El sha se refugió en la embajada rusa (16 de agosto) y más tarde partió hacia Rusia. El *Majlis* proclamó la destitución de Muhammad Ali y colocó en el trono a su hijo de once años, Ahmed Mirzâ. Tras su victoria sobre el sha, el movimiento constitucional empezó a tambalearse. Surgieron grandes diferencias entre los *constitucionalistas*. Los feudatarios y el clero, considerando que la revolución había terminado, intentaron utilizar la constitución para reforzar sus derechos y privilegios. Como resultado, las clases revolucionarias (la burguesía rural, la burguesía comercial y los artesanos) se encontraron solas en la lucha contra la reacción. La ofensiva contra los constitucionalistas fue promovida por las *Potencias Protectoras*: Rusia e Inglaterra. Mediante el bloqueo financiero y la organización abierta de la contrarrevolución, habían conseguido someter al gobierno de Teherán a su propia influencia. Cuando fracasó el intento ruso de restaurar a Muhammad Ali en el trono en el verano de 1911, gracias a la enérgica

acción del consejero financiero Schuster, que había encontrado las finanzas para armar a los soldados, el gobierno ruso, de acuerdo con Londres, decidió liquidar de una vez por todas lo que quedaba de la independencia persa. En diciembre de 1911, Rusia lanzó un ultimátum para la deposición de Schuster y exigió que los futuros consejeros extranjeros obtuvieran el consentimiento de Inglaterra y Rusia. Cuando el Majlis rechazó sus exigencias, Rusia envió sus tropas a Persia, ocupando Tabriz, Rasht y Mashhad y acercándose a Teherán. El Majlis tuvo que rendirse y aceptar todas las peticiones rusas. Fue suspendido durante dos años, se prohibieron las reuniones en el país y se cerraron la mayoría de los periódicos. Persia permaneció bajo dominio anglo-ruso hasta 1917. La revolución de octubre destruyó a uno de los socios (la Rusia zarista), dando al mismo tiempo un fuerte impulso al desarrollo de un nuevo movimiento nacionalista en Persia (1920-1921) que liberó al país de la dominación inglesa.

<sup>21</sup> *Abdül Hamîd II*. Sultán otomano. Nacido en Constantinopla en 1842, subió al trono en 1876, siguiendo los pasos de su hermano Murâd V. Al final del reinado del sultán Abdül Azîz, predecesor de Murâd V, la crisis interna e internacional había alcanzado un nivel de tensión muy elevado. Las potencias extranjeras interferían abiertamente en los asuntos internos del Imperio Otomano. Rusia, en particular, se preparaba para la guerra concentrando sus tropas en Besarabia, mientras cuestionaba la neutralidad de Austria. En Turquía, los abusos de la burocracia y la corrupción de la camarilla de la corte habían dejado al país en un estado de postración absoluta e incapaz de contrarrestar los planes agresivos de las potencias europeas. En consecuencia, algunos hombres, encabezados por Murâd V, se convencieron de que la única salida era la introducción inmediata de la constitución. Como el sultán Abdül Azîz era un firme opositor a la constitución, los *constitucionalistas* empezaron por dar un golpe de estado para sustituirlo. El 30 de mayo de 1876, el *cheykb ül-islâm* Hayrullah emitió la siguiente fatua: “Si el Jefe de los Musulmanes da muestras de desorden mental, muestra ignorancia en asuntos de estado, utiliza los ingresos del estado para sus propias necesidades por encima de las disponibilidades nacionales, provoca confusión en los asuntos políticos y religiosos, y si el mantenimiento de la autoridad en sus manos parece perjudicial para el pueblo, entonces el soberano debe ser depuesto.” Abdül Azîz fue depuesto esa misma noche y asesinado el 5 de junio. Murâd V, en quien los constitucionalistas habían depositado grandes esperanzas, ocupó su lugar en el trono. Pero pronto dio muestras de locura, por lo que el 1 de septiembre del mismo año fue destronado con el consentimiento del *cheykh ül-islâm* y Abdül Hamîd fue proclamado sultán. Aunque este último debería haber estado agradecido a los *constitucionalistas* que le habían colocado en el trono y les había prometido introducir la constitución, demostró ser extremadamente reaccionario y absolutista. El 23 de diciembre promulgó la constitución de Murâd V; sin embargo, sólo toleró la existencia del parlamento durante un año, ya que estaba privado de sus derechos y prácticamente del derecho a hablar, porque se le obligaba a ello, y lo disolvió en febrero de 1878. El reinado de Abdül Hamîd se caracterizó por una dura represión conocida en Turquía como *zulüm* (crueldad). Durante treinta años, el sultán envió a sus espías por todo el país, aterrorizando a la población; dilapidó los ingresos del estado en caprichos y regalos para sus favoritos y ocupó las tierras más ricas del estado. En resumen, dilapidó el tesoro del imperio. Los funcionarios y los soldados no cobraban regularmente. Las cárceles se llenan de *sospechosos*, muchos de ellos burgueses, intelectuales y, sobre todo, oficiales del ejército. La revolución de 1908 restableció la constitución de Murâd V dejando a Abdül Hamîd en el trono. Abdül Hamîd aprovechó la situación para organizar un golpe de estado contrarrevolucionario el 13 de abril de 1909 utilizando soldados que había corrompido. Pero la victoria del sultán sólo duró dos semanas: el 26 de abril, el ejército de los Jóvenes Turcos entró en Constantinopla y el 27 de abril, tras la fetua del jeque ül-islâm Mehmed-Ziya-Eddin, el sultán Abdül Hamîd fue depuesto y encarcelado en su palacio. Murió en 1918.

<sup>22</sup> *Jóvenes Turcos*. El nombre de Jóvenes Turcos (en turco *Yeni Osmanlar*) apareció a finales del siglo XIX para designar a aquellos elementos que, descontentos con el régimen de Abdül Hamîd, deseaban su destitución. El núcleo central de los Jóvenes Turcos estaba formado por oficiales formados en la academia militar de Constantinopla, donde el sultán se había visto obligado a permitir una educación al estilo europeo y sobre la que, no obstante, ejercía un estricto control a través de un enjambre de espías. Los *sospechosos* eran condenados al exilio y a veces incluso a muerte. Por supuesto, los *supervivientes*, los que se graduaron en la academia, fueron conquistados por las ideas liberales europeas. Llenos de resentimiento hacia el sultán, se sintieron investidos de la misión de liberar a Turquía del despotismo de Abdül Hamîd. Los Jóvenes Turcos contaban principalmente con el apoyo de la naciente burguesía autóctona, que estaba en vías de constituirse y desarrollarse como *clase por derecho propio*, y cuyos intereses exigían la transformación de Turquía en un estado fuerte, pero sobre todo moderno, capaz de impedir el sometimiento del país al capital extranjero, favorecido, por otra parte, por la camarilla clerical y feudal del sultán. Entre las diversas organizaciones revolucionarias turcas, el Comité de Unión y Progreso (*İttihâd ve Terakkî*), que se formó en 1894 y desempeñó un papel importante, tenía como objetivo derrocar el régimen de Abdül Hamîd e instaurar un estado burgués centralizado. Los *ittihâdistas* (normalmente llamados Jóvenes Turcos) se convirtieron en los líderes de la lucha revolucionaria contra la vieja Turquía, contra el sultán, los feudatarios y el clero, pero también contra las diversas oposiciones liberales (la Liga de la Iniciativa Privada

del príncipe Sabâheddîn, que apoyaba una política de descentralización y autonomía local). La fuerza del movimiento revolucionario ittihâdistista creció después de 1903, cuando, tras el acuerdo austro-ruso de Mürzsteg, Macedonia quedó bajo el control de un contingente militar extranjero. La revolución rusa de 1905 estimuló aún más a los Jóvenes Turcos, que comenzaron a hacer preparativos prácticos para su insurrección. En 1906, Unión y Progreso trasladó su cuartel general a Salónica para hacer coincidir el levantamiento revolucionario con el trigésimo aniversario de la coronación de Abdül Hamîd. Pero una serie de circunstancias desfavorables aplazaron el levantamiento. La reunión en Reval (Tallin), en mayo de 1908, entre el zar Nicolás II y el rey de Inglaterra, en la que ambas potencias acordaron oficialmente la partición del Imperio Otomano, obligó a los Jóvenes Turcos a acelerar los acontecimientos. El 23 de junio de 1908, en Macedonia, el ejército turco se sublevó bajo el mando de los líderes del Comité de Unión y Progreso, Enver y Niyâzî, proclamando su deseo de restablecer la constitución turca de 1876. Al día siguiente, la constitución fue incluso reconocida por el sultán. La actividad de los Jóvenes Turcos tras la revolución de 1908 puede dividirse en cuatro periodos. Durante el *primer periodo* (23 de julio de 1908-27 de abril de 1909), los Jóvenes Turcos fueron los amos efectivos de la situación; sin embargo, prefirieron no gobernar el país directamente, sino controlar el aparato estatal entre bastidores. Dejaron a Abdül Hamîd en el trono, sacaron del país a un número limitado de personalidades del antiguo régimen y confiaron tareas secundarias a antiguos colaboradores del sultán. Durante este periodo, los Jóvenes Turcos se enfrentaron a una serie de dificultades externas. El 5 de octubre de 1908, el príncipe Fernando proclamó la independencia de Bulgaria en Târnovo, y al mismo tiempo se publicaron los archivos del emperador austriaco François-Joseph sobre la anexión de Bosnia-Herzegovina. En el interior del país, los Jóvenes Turcos se enfrentaron a la dura oposición de los partidarios abiertos y ocultos del antiguo régimen. La camarilla del antiguo sultán, el clero y los liberales (Osmanlî ahrâr firkasi, Partido Liberal Otomano) partidarios de la descentralización unieron sus fuerzas contra Ittihâd. Las riendas de estos diversos grupos estaban firmemente en manos del viejo Abdül Hamîd, que no había perdido la esperanza de volver a los esplendores de antaño. Lo intentó decididamente el 13 de abril de 1909, organizando una insurrección contrarrevolucionaria. Pero sólo consiguió mantenerse en el poder durante quince días. El 26 de abril, las tropas de los Jóvenes Turcos dirigidas por Mahmûd Chevket Pacha ocuparon Constantinopla, y el 27 de abril, el parlamento turco destronó a Abdül Hamîd y proclamó sultán a su hermano Mehmed Rechâd (Mehmed V). Durante el *segundo periodo* (27 de abril de 1909-22 de julio de 1912), los Jóvenes Turcos comenzaron a gobernar directamente. Sin embargo, los tres gobiernos de este periodo estuvieron presididos por funcionarios de Abdül Hamîd (Hilmî, Hakkî y Said), lo que se explica por el hecho de que en la tradición turca se consideraba inapropiado confiar el cargo de visir a personas demasiado jóvenes. Pero los puestos clave del gobierno estaban controlados por miembros destacados del Ittihâd. Las dificultades internas y externas de los Jóvenes Turcos no cesaban. Italia ocupaba Trípoli, Rusia exigía que se abriera el Estrecho a su flota y los estados balcánicos se habían aliado y esperaban la primera oportunidad para atacar a Turquía. Mientras tanto, continuaba la lucha de la oposición contra los Jóvenes Turcos. El Ahrâr firkasi sustituyó al *Hürriyet ve iltîf tirkasi* (Partido del Acuerdo Liberal) como imán para todos los elementos reaccionarios del país. La crisis alcanzó un nivel especialmente tenso en 1911, cuando el grupo parlamentario ittihâdistista se escindió y se formó un nuevo partido de oposición dirigido por Hoca Mecdi. Los Jóvenes Turcos, que habían entrado en conflicto con el parlamento, decidieron disolverlo el 18 de enero de 1911. Obtuvieron la mayoría de votos cuando la cámara se reunió el 18 de abril de 1912. La oposición continuó su acción, incluso fuera del parlamento, desarrollando una enérgica actividad dentro del ejército. Se formó la Liga Militar de Oficiales Libertadores (Halaskâr Zabitân) que, el 19 de julio, presentó al sultán una petición para destituir al gobierno. Los Jóvenes Turcos no opusieron resistencia, para evitar una guerra civil, por lo que el 22 de julio Ghâzi Ahmed Muhtâr Pacha pudo formar un nuevo gobierno que incluía a los miembros más conocidos de la oposición. Durante el *tercer periodo* (22 de julio de 1912 - 23 de enero de 1913), el poder fue asumido por los opositores de los Jóvenes Turcos, el gobierno *liberal* de Ahmed Muhtâr Pacha, quien, el 5 de agosto de 1912, disolvió el parlamento de los Jóvenes Turcos y casi inmediatamente instauró el estado de sitio y los tribunales militares en el país. Asimismo, se concedió la amnistía a los partidarios de Abdül Hamîd y se detuvo a numerosas personalidades del partido Unión y Progreso. Las derrotas del ejército turco en la Guerra de los Balcanes, debidas a la incapacidad de mando de Nâzîm Pacha, opositor de los Jóvenes Turcos, impulsaron la popularidad de éstos dentro del ejército. Poco después, los Jóvenes Turcos tuvieron la oportunidad de volver al poder. El 19 de enero de 1913, los representantes de las seis *Grandes Potencias* presentaron una nota conjunta a la Puerta en la que “aconsejaban” con insistencia a Turquía a devolver Andrinópolis (Edirne) a Bulgaria. El 22 de enero, una reunión de altos funcionarios turcos, convocada por el Gran Visir Kamil Pacha, se pronunció a favor de la paz. Nada más conocerse esta decisión, el ejército se indignó. Al día siguiente, 23 de enero, los líderes de los Jóvenes Turcos, Enver y Tal’at, asesinaron al ministro de defensa, Nâzîm, y obligaron a Kamil Pacha a dimitir. Esa misma noche, Mahmûd Chevket Pacha fue nombrado Gran Visir y el poder volvió a manos de los Jóvenes Turcos. Finalmente, el *cuarto periodo* (23 de enero de 1913 - 30 de octubre de 1918) se caracterizó por la centralización progresiva de

todo el poder del estado en manos de un triunvirato unionista. La lucha entre los partidos se hizo cada vez más encarnizada. El 15 de junio de 1913, Mahmûd Chevket Pacha fue asesinado para vengar la muerte de Nâziim, y el gobierno tomó duras medidas. En el campo de la política exterior, los Jóvenes Turcos cayeron bajo la influencia total del imperialismo alemán, especialmente tras la llegada a Constantinopla, en noviembre de 1913, de la misión militar alemana al mando de Liman von Sanders, que arrastraría a Turquía a la guerra imperialista mundial. Tras el armisticio de Mudros [firmado en la isla griega de Lemnos], rubricado el 30 de octubre de 1918 tras la derrota de Turquía, que marcó el fin del Imperio Otomano y, con él, de los Jóvenes Turcos, los liberales llegaron al poder presionados por la Entente.

<sup>23</sup> Duma. El ucace del 17 de octubre de 1905, promulgado por el zar Nicolás II, dio el nombre de Duma a la primera cámara representativa rusa, cuya ley electoral, promulgada en diciembre, favorecía claramente la representación de los grandes terratenientes y de la burguesía industrial y comercial frente a la de los obreros y campesinos: el voto de un gran terrateniente valía tres votos del de un capitalista, 15 del de un campesino y 45 del de un obrero. Con su cámara alta, el Consejo de Estado, los poderes legislativos de la Duma estaban severamente limitados por el zar, que mantenía su derecho de veto sobre la legislación. En febrero de 1906, el consejo se transformó en un órgano legislativo con poder para aprobar o rechazar cualquier decisión tomada por la duma; esto anuló las promesas hechas en el manifiesto de octubre de 1905.

<sup>24</sup> Sobre la anexión de Bosnia y Herzegovina, ver “[Los Balcanes, la Europa capitalista y el zarismo](#)”, más arriba, en la Primera Parte de esta obra. NDE.

<sup>25</sup> *Cadetes*. El Partido Democrático Constitucional Ruso (1905-1917) se llamaba también “Partido de los Cadetes [también ‘kadetes’]” por las iniciales de su nombre ruso (KDP). Fue el resultado de la fusión de la Unión para la Liberación y la Unión de los Zemstos Constitucionalistas. Se convirtió en el principal partido de la burguesía rusa y luchó por una monarquía constitucional y un liberalismo moderado. Su principal dirigente era Miliukov y su órgano de prensa el *Reč*. Nota editores franceses.

<sup>26</sup> Término usado generalmente por los partidos y miembros adheridos a la Internacional Socialista (la II Internacional, 1889-1914). NDE.

<sup>27</sup> Dinastía reinante en Rusia de 1613 a 1917. NDE.

<sup>28</sup> El *coronel Liájov y el Majlis persa*. En Persia, en 1906, el cha Musaffar ud-Dîn se vio obligado, bajo la influencia del movimiento revolucionario, a convocar el *Majlis* (parlamento). Esto suscitó inmediatamente una amplia oposición a su política, que, dominada por el imperialismo anglo-ruso, saqueó sistemáticamente Persia. El gobierno zarista acudió entonces en ayuda de la reacción persa en su lucha contra el movimiento revolucionario nacional dando instrucciones al coronel Liájov, comandante de la brigada cosaca persa, para que dispersara a la oposición en el majlis. Esto se llevó a cabo el 23 de junio de 1908.

<sup>29</sup> *Pravda (Verdad)*. Periódico en lengua rusa editado por Trotsky en Viena de 1908 a 1912. Algunos de los artículos del primer capítulo de este volumen proceden del *Pravda* conocido como *Pravda “vienés”* para distinguirlo del *Pravda* de San Petersburgo, que los bolcheviques empezaron a publicar en mayo de 1912 hasta su supresión el 21 de julio de 1914. Nota editores franceses.

<sup>30</sup> *La Conferencia de Paz de La Haya*. Por iniciativa del zar Nicolás II se celebraron dos conferencias internacionales en La Haya. Veintiséis estados participaron en la primera, celebrada en 1899. En ella se debatió la ley marcial, las enmiendas a la Convención de Ginebra (1864) y la creación del Tribunal Permanente de Arbitraje para la resolución pacífica de disputas internacionales. La segunda conferencia se celebró en 1907 y asistieron 44 estados. Se aprobaron varias resoluciones, entre ellas el compromiso de abordar los problemas internacionales mediante conferencias y, en caso de conflicto militar, precederlo de una declaración de guerra. Nota editores franceses.

<sup>31</sup> *Reč* [El discurso, transcrito normalmente como *Reich*]. Órgano central del partido de los cadetes [kadetes], dirigido por Miliukov y publicado en San Petersburgo de marzo de 1906 a noviembre de 1917. Durante el mes de julio de 1917, pero también después, el diario llevó a cabo una violenta campaña contra los bolcheviques. *Poslednie Novosti* [Las últimas noticias], publicado por Miliukov en París y *Rul* [La guía] de von Hessen, adjunto del redactor en jefe del *Reč* de Berlín son sus herederos.

<sup>32</sup> *Novoe Vremja (Novoie Vremia)* [Nuevos tiempos]. Diario de Sant Petersburgo publicado a partir de 1868. Suvorin era el director y editor. El diario fue de tendencia liberal moderada hasta 1876, después se convirtió en el diario de la nobleza y de los altos funcionario y, a partir de 1905, de Cien Negros [o Centurias Negras]. Sin ser un órgano de prensa oficial, *Novoe Vremja* llenó sus páginas con ataques propagandísticos contra la democracia revolucionaria, a clase obrera y los intelectuales radicales. Una gran parte de sus artículos se caracterizaban por su incitación a la persecución de *los que son diferentes*, en particular los judíos. *Nove Vremja* no se distinguía por su coherencia, cambiando de orientación política según el gobierno de turno. Durante la revolución de 1905, adoptó una posición extrema exigiendo medidas draconianas contra los revolucionarios y obreros en huelga.

<sup>33</sup> Palacio del Sultán. NDE.

<sup>34</sup> *Niyâzi Bey*. Héroe de la revuelta de 1908 de los Jóvenes Turcos. Nacido en Macedonia en la ciudad de Resan, donde pasó su juventud, hizo su servicio militar como oficial en el ejército turco. En 1906, entró en

el Comité Unión y Progreso y colaboró con la preparación de la insurrección. Perseguido por los agentes del Sultán, en junio de 1908 se ocultó junto con Enver en las montañas macedonias y formó un destacamento de 200 *fide* con los que recorrió pueblos turcos y búlgaros reclutando a nuevos militantes revolucionario. El 22 de julio, Niyâzi entró en Monasterio e hizo prisionero al general Osmán Pachá, al que el Sultán le había encargado reprimir la revolución. Así aseguró la victoria del *Comité. Enver Bey* (en adelante Pachá). Célebre dirigente de los Jóvenes Turcos, aventurero emprendedor y con talento, nació el 7 de diciembre de 1893 dentro de una familia de un pequeño contratista turco. Cuando terminó en la Academia Militar en Constantinopla en 1903, entró en el ejército con el grado de lugarteniente. En sólo tres años, Enver obtuvo el grado de capitán y fue destinado a Salónica, donde se ligó a Tal'at y Niyâzi y se adhirió a Unión y Progreso. Jugó un papel esencial durante la insurrección de 1908 organizando, junto a Niyâzi destacamentos armados en las montañas. Durante la guerra contra Italia, 1911-1912, en la Tripolitania, Enver se distinguió por su coraje y fue aclamado como héroe a su vuelta a Turquía. El 23 de enero de 1913, dirigió un golpe de estado y enseguida fue nombrado ministro de defensa. Enver ejerció un importante papel en la entrada de Turquía en la guerra mundial al lado de la coalición austroalemana. Tras la victoria de la Entente, huyó al extranjero. Pasó el último período de su vida en Bujará, en la actual Uzbekistán, donde encabezó la revuelta contrarrevolucionaria de los bachmasch. Murió durante la represión del Ejército Rojo de la revuelta de 1922.

<sup>35</sup> La constitución de 1876. La crisis en la se hallaba inmersa la Turquía de la segunda mitad de los años setenta del siglo XIX (guerra contra los serbios, intensa preparación de la guerra contra Rusia y, por fin, peligro inmediato de intervención extranjera) provocó un golpe de estado y la destitución del sultán Abdül Aziz (30 de mayo de 1876). Murâd V ascendió al trono e inmediatamente fue reemplazado (el 1 de septiembre de 1876) por Abdül Hamîd II. El nuevo sultán, que debía su nombramiento al apoyo del partido constitucionalista, decretó como necesario la introducción de determinadas reformas, al menos en el plano formal. En efecto, mucho antes de sentarse en el trono, Abdül Hamîd le había prometido al jefe de los constitucionalistas, Midhat (muy influenciado por los ingleses), introducir la constitución y tratar los asuntos de estado exclusivamente a través de un gobierno elegido por el pueblo. Pero, una vez nombrado sultán, Abdül Hamîd no pareció apresurarse a cumplir con sus compromisos. Solamente cuando los representantes de las potencias europeas se reunieron en la conferencia organizada para elaborar las reformas de Turquía fue cuando el sultán nombró a Midhat (19 de diciembre de 1876) gran visir y se proclamó la constitución en la apertura de la conferencia europea (223 de diciembre de 1876). La constitución de Midhat, que en grandes rasgos se reclamaba del liberalismo, constaba de 118 artículos reunidos en secciones: 1) derecho público otomano (libertad de expresión y de prensa; inviolabilidad de la persona y la casa; igualdad de los hombres ante la ley, independientemente de su nacionalidad o religión); 2) ministerios (responsabilidad ante el parlamento); 3) funcionarios del estado; 4) asamblea general (compuesta por representantes del senado y de la cámara); 5) senado (los senadores son nombrados de por vida por el sultán); 6) cámara de diputados (censitaria, elegida por voto secreto en razón de un diputado por cada 50.000 individuos otomanos de sexo masculino); 7) poder judicial (irrevocabilidad de los jueces, constitución de la procuraduría, etc.). Tras la partida de Constantinopla de los embajadores de las potencias europeas, la camarilla del sultán comenzó una enérgica campaña contra Midhat. Su intento de introducir algunas reformas apoyadas por los ingleses, fracasó y, el 2 de febrero de 1877, fue arrestado y enviado al exilio (fue asesinado poco después por orden del sultán). Siendo que proseguían las dificultades internacionales, el sultán decidió convocar al parlamento sin fijar elecciones y ordenó enviar a la cámara a los miembros de los consejos administrativos locales, ellos mismos "elegidos por el pueblo"; allí donde no había "elegidos" se nombraron diputados a quienes convenía al gobierno. Todos los partidarios de Midhat fueron excluidos. El parlamento así constituido era dependiente de tal manera del sultán y le estaba tan sometido que se le llamó "Evet, ofendim [Sí, mi señor]" Tras el estallido de la guerra contra Rusia, incluso tal parlamento se mostró crítico y ordenó investigar a numerosos funcionarios sospechosos de abusos de poder. A consecuencia de ello, el sultán procedió a la disolución del parlamento en julio de 1877 y fijó nuevas elecciones. El 13 de diciembre de 1877 se celebró la primera sesión del nuevo parlamento. Elegido en período de guerra y derrotas, éste era mucho menos dócil que el anterior: se pronunció inmediatamente contra el gobierno pidiendo la destitución de una serie de ministros y el enjuiciamiento del viejo gran visir Mahmûd Nâzim. El conflicto se envenenó y el 14 de febrero de 1878 Abdül Hamîd suprimió el parlamento sin fijar fecha para la convocatoria sucesiva. La constitución de Midhat fue restablecida solamente tras la victoria de la revolución de los Jóvenes Turcos el 23 de julio de 1908.

<sup>36</sup> *Comité Unión y Progreso (Itbîhâd ve Terakki)*. Fue fundada en 1889 por cuatro alumnos de la Escuela de Medicina Militar. El comité redactó un programa y se dotó de unos estatutos. El programa era libera en su conjunto: constitución, igualdad de los ciudadanos, libertad de conciencia, inviolabilidad de la persona, responsabilidad de los ministros ante la ley, etc. Los estatutos preveían una organización estrictamente conspirativa de forma masónica. En resumen, se crearon comités en todos los barrios de Constantinopla, pero no lograron extenderse fuera de la capital. Se adhirieron a la organización toda una serie de

personalidades, tales como el escritor Mizandjî Murâd, que publicaba el diario *Mizan* (La balanza), Ahmed Riza, etc. Siendo imposible llevar adelante una propaganda liberal a través de la prensa, a causa de la severa censura de Abdül Hamîd, el comité envió a Murâd al extranjero y este publicó su diario, primero en Egipto, después en Ginebra, mientras que Ahmed Rîza publicó *Mechveret* (La consulta) en París. A consecuencia de una indiscreción de uno de los miembros del comité, el sultán supo que éste conspiraba para destronarlo. Como resultado, el comité fue desmantelado a consecuencia de la detención y deportación de sus miembros; los que escaparon a las detenciones encontraron refugio en el extranjero donde retomaron sus actividades. Un gran número de ellos fueron incitados, poco a poco, por las promesas de los agentes del sultán a volver a Turquía. Esto es lo que hicieron Murâd y algunos fundadores del comité como Sukuti y Cevdet. A principios de 1898, la actividad del Comité Unión y Progreso cesó y durante los siguientes años su actividad se limitó únicamente a la agitación política y a la propaganda a través de sus órganos de prensa editados en el extranjero. El ascenso en Turquía de una oleada revolucionaria después de 1903, y en particular tras la revolución rusa de 1905, le dio un nuevo impulso a la actividad del Comité Unión y Progreso. Bahâeddin Chakir Nâzim, uno de los fundadores del antiguo comité, jugó un importante papel en este renacimiento. No había roto sus lazos con el núcleo central del comité (los jóvenes de la escuela militar de Constantinopla) y yendo y viniendo de Europa a Turquía para transportar material y propaganda, había compartido los riesgos de semejante actividad con los dirigentes locales. En 1906, el comité transfirió el centro de gravedad de sus actividades a Turquía y comenzó a preparar el levantamiento. Tras la revolución de 1908, la Unión y Progreso devino un verdadero partido armado con un comité central, que radicaba en Salónica, de federaciones y de una red de círculos locales en todas las provincias. La organización del comité había mantenido su carácter conspirador y *masónico*. A pesar de ello, el número de miembros del comité central muy pronto fue conocido por todos a causa de sus numerosas intervenciones en público. Sus dirigentes más conocidos durante este periodo fueron Tal'at, Enver, Djâvid, etc. En septiembre de 1908, el Comité Central de la Unión y Progreso publicó su programa político. En dicho programa los *itihâdistas* declaraban aspirar al derrocamiento de la teocracia despótica turca y musulmana y a la instauración de un estado otomano basado en el derecho y erigido sobre principios parlamentarios. Este programa requería la modificación de la constitución de 1876 y, de forma general, exigía la responsabilidad política y ejecutiva de los ministros, dejando la iniciativa legislativa a las cámaras y previendo la elección directa de 2/3 de los miembros del senado por el pueblo y a través del sufragio universal. Además, reivindicaba la total paridad de todos los ciudadanos frente a la ley, sin distinción de raza o religión, el reconocimiento de la libertad de organización y enseñanza, la extensión del servicio militar a los no musulmanes y señalaba igualmente la necesidad de relanzar la reforma agraria. Sin embargo, incluso teniendo en cuenta que durante cierto período estuvo a la cabeza del país, el Comité Unión y Progreso no llegó a convertirse en un partido político de masas; por el contrario, poco a poco devino en una organización conspirativa cuyo grupo dirigentes, que desde los inicios era muy limitado, se redujo a un núcleo muy cerrado de personas. Tras la guerra mundial [Primera Guerra Mundial], la Unión y Progreso sufrió la represión del nuevo gobierno *liberal*, sometido por completo a la Entente. Una parte de sus dirigentes más conocidos emigraron. Kemâl y Tal'at fueron matados en el exilio, el primero en Tiflis y el segundo en Berlín, por agentes nacionalistas armenios; Enver Pacha acabó sus días sin gloria en las filas de los bachmasch de Bujara. Una parte del resto de dirigentes se unieron a los kemalistas y los otros (los más conocidos de la *Itihâd* (Nâzim, Djâvid, Kara Kemâl, etc.) llevaron adelante un soterrada e incansable lucha contra el movimiento de liberación nacional, lo que los llevó a participar en el atentado de Esmirna contra la vida de Mustafâ Kemâl. El proceso de este último grupo, abierto en agosto de 1926 ante el "Tribunal de Independencia" de Ankara, puso fin definitivamente a los tiempos heroicos de Unión y Progreso.

<sup>37</sup> Las tradiciones de 1789 y de 1848. 1789, primer año de la Gran Revolución Francesa. La difícil situación financiera del estado obligó al rey Luís XVI a convocar los *estados generales*, inactivos desde hacía 175 años, a fin de instaurar nuevos impuestos. El 5 de mayo de 1789 se abrió en Versalles la Asamblea de los Estados General. Las discusiones duraron algunos días sin resultado alguno. El 17 de junio, los delegados del tercer estado, fortalecidos con la representación del 98% del pueblo francés, se autoproclamaron *Asamblea General Constituyente*. El 23 de junio, el rey ordenó que se restableciese el antiguo orden y fijar las elecciones separadas, por estados. La Asamblea Nacional rehusó obedecer. En julio, comenzaron los motines del pueblo parisino. El 14 de julio, el pueblo se apoderó de la Bastilla, una fortaleza que servía de prisión. Durante la sesión de la noche del 4 de agosto, la Asamblea Nacional aprobó los decretos que abolían los privilegios de la aristocracia, del clero y la servidumbre feudal y proclamó la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. El 5 y el 6 de octubre, el pueblo de París, alarmado por las relaciones del rey con la emigración contrarrevolucionaria, pidió su traslado desde Versalles a París. El mismo año, se constituyeron numerosos círculos revolucionarios destinados muy pronto a tener gran influencia sobre el curso de la revolución. 1848, se sucedieron y extendieron toda una serie de revoluciones burguesas casi por toda Europa central, en Francia, Alemania, Austria, Hungría e Italia. La revolución creó las condiciones para la futura reunificación nacional de Alemania e Italia. Durante la revolución de 1848 en Francia, la clase obrera

intervino por primera vez en tanto que fuerza política autónoma, pero fue vencida. Las tradiciones de 1789 y 1848 son las tradiciones heroicas de fortaleza revolucionaria.

<sup>38</sup> La caja de Pandora. En la mitología griega, Pandora es la primera mujer creada por el dios del fuego Hefesto. Zeus le ofreció una caja [traducimos caja por ánfora por mayor implantación a partir del Renacimiento] que contenía todas las desgracias humanas, ordenándole que jamás la abriese. Pero Pandora no supo resistirse a la tentación y abrió la caja de la que escaparon todas las desgracias humanas expandiéndose por toda la Tierra. En el fondo de la caja sólo quedó la esperanza.

<sup>39</sup> El grupo búlgaro de Sandanski fue un grupo macedonio revolucionario y terrorista que operaba en la zona de Serres. Sandanski lanzó la consigna “Macedonia para los macedonios” insistiendo en la reivindicación de un a Macedonia estado independiente o provincia autónoma. En primer lugar, reclamó una reforma agraria radical: la distribución de la tierra a los campesinos. El grupo de Sandanski formaba parte de la Oposición Revolucionaria Interior Macedonia (ORIM). En 1907, tras el asesinato de Sarafov, el jefe de la Organización Sandanski, sospechoso de haber participado en la emboscada, fue expulsado de la organización. Sandanski se mantuvo al frente de su *cheka* (grupo guerrillero) hasta la revolución de los Jóvenes Turcos y no lo suprimió hasta la demanda formal del Congreso del ORIM (marzo de 1908) que creía necesario cesar la lucha guerrillera. Tras la revolución de los Jóvenes Turcos, Sandanski depuso las armas declarando que no haría la guerra contra la Turquía revolucionaria. *Dachnak*, así fueron llamados los miembros del partido revolucionario armenio *Dachnaksutiun* (Federación) constituido en 1890 [en Tiflis] en el Cáucaso por un grupo de revolucionarios armenios con Cristóbal Mikaeljan a la cabeza. El primer congreso del partido se celebró en 1892 en el Cáucaso con la participación de delegados provenientes de Turquía y Persia. El programa adoptado por este primer congreso tenía como objetivo principal la insurrección armada para la liberación de los armenios. En la concerniente a la cuestión agraria, el programa reclamaba la distribución de la tierra entre los campesinos. El *Dachnaksutiun* fue, pues, en el plan ideológico del programa y la táctica del partido de la burguesía nacional revolucionaria armenia. Durante el mismo período también se fundó en Ginebra el periódico *Drochak* (Bandera) inmediatamente puesto fuera de la ley en Rusia, Turquía y Persia. En los estatutos modificados por el segundo congreso de 1898, se reconoció al terrorismo como uno de los principales medios de lucha. Después, a partir de los *dachnak* (que organizaron inicialmente los sectores armenios de vanguardia para la lucha por la liberación nacional y la formación de un estado armenio) se formaron los *jóvenes dachnak*, la mayoría de los cuales estaba influenciada por el programa de los socialistas-revolucionarios rusos. Elementos obreros aislados se pasaron enseguida al Partido Socialdemócrata Armenio (RSDAP) o se unieron a los *hentchak*. Durante el IV Congreso en 1907 (Viena), el *Dachnaksutiun* adoptó un nuevo programa en el que se pedía la socialización de la tierra, la constitución en el Cáucaso de una república democrática aliada y federada a Rusia, el sufragio universal, las 8 horas, etc. El *Dachnaksutiun* ejerció un gran papel durante los acontecimientos revolucionarios en Rusia, Persia y Turquía. Tras la revolución de los Jóvenes Turcos, esta organización se declaró dispuesta a colaborar con el nuevo gobierno. Pero rápidamente retomó su lucha con el gobierno turco: durante las guerras balcánicas, los *dachnak* hicieron propaganda a favor de la desertión entre los soldados turcos y durante la guerra imperialista constituyeron grupos guerrilleros para luchar contra los turcos. Tras la revolución rusa de 1917, el *Dachnaksutiun*, transformado en partido contrarrevolucionario, tomó el poder en la antigua Armenia rusa. Tras la revolución de octubre, a consecuencia de un debate sobre el comportamiento a adoptar hacia los bolcheviques y el poder soviético, un ala izquierda (compuesta por campesinos pobres y trabajadores) se separó de los *dachnak*, una parte de los cuales entró enseguida en el PCR(b) [Partido Comunista Ruso (bolchevique)] y reconoció al poder soviético y la otra parte volvió a entrar en el grupo contrarrevolucionario de los *dachnak*. Durante el otoño de 1920, a consecuencia de la insurrección de los campesinos y obreros, el *Dachnaksutiun* fue obligado a dejar definitivamente la escena. *Hentchak*, miembros del partido socialdemócrata armenio. *Hentchak* (La campana) fundado en 1886 en Ginebra por el armenio caucásico Nazarbekyan y su esposa Maro. El diario *Hentchak* comenzó a publicarse en 1887. El programa de este partido apoyaba la formación de una Armenia independiente, objetivo que debía ser alcanzado gracias a una insurrección y a una profunda reforma agraria. En conjunto, *Hentchak*, no se distinguió mucho del *Dachnaksutiun*. Los *hentchak* participaron siempre directamente en todas las insurrecciones armenios en Turquía y dirigieron las revueltas de 1894 y 1904. Tras la revolución de 1908, aceptaron inicialmente, igual que los *Dachnak*, colaborar con los Jóvenes Trucos, pero enseguida entraron en la clandestinidad. Durante la guerra balcánica, el jefe armenio Andranik, bajo la dirección de los *hentchak*, llevó a cabo una guerra de guerrillas en la retaguardia del ejército turco. Con el inicio de la [Primera] Guerra Mundial *Hentchak* formó destacamentos para luchar contra los turcos en el Cáucaso. Tras la revolución de octubre, los *hentchak* adoptaron una posición ambigua: reconocieron oficialmente al poder soviético, pero, en la práctica, realizaron una dura propaganda contra la Armenia soviética en su prensa publicada en el extranjero. En Turquía, los *hentchak* lucharon contra el gobierno nacional revolucionario de Kemal.

<sup>40</sup> El boicot a las mercancías austríacas. En octubre de 1908, después de Austria-Hungría proclamasen la anexión de Bosnia-Herzegovina, los Jóvenes Turcos decretaron, a modo de protesta, el boicot a las mercancías austríacas. El boicot fue seguido con éxito en todo el territorio. Recibió el apoyo tanto de la sociedad turca, muy conmocionada por el ataque austríaco a la Turquía revolucionaria, como del mismo gobierno turco, dirigido en la época por el anglófilo Kâmil Pacha.

<sup>41</sup> El príncipe Sabâheddin. Hijo de Dâmâd Mahmûd, yerno del sultán (*dâmâd* significa yerno en turco). En 1900 emigró a Europa presentando su salida de Turquía como un gesto de patriotismo y protes contra el antiguo régimen. En realidad, detrás de este exilio se ocultaba la quiebra de un gran negocio comercial en el que estaba implicado. El príncipe Sabâheddin hizo su primera aparición en la escena política presidiendo en 1902 el congreso de los liberales otomanos en París. Durante ese congreso, en el que participaron 47 delegados de todas las nacionalidades (turcos, kurdos, árabes, griegos, armenios, judíos, circasiano, albaneses), emergió también la plataforma política de Sabâheddin. Siendo el representante de las aspiraciones centrífugas de numerosas nacionalidades del imperio otomano y, en consecuencia, el adversario de la concepción de los Jóvenes Turcos de un estado centralizado burgués, Sabâheddin sostuvo la consigna de la *descentralización política*. Esta perspectiva era incompatible con las concepciones nacionalistas de los Jóvenes Turcos y provocó una dura respuesta por parte de un dirigente de la Unión y Progreso, Ahmed Riza. Tras el congreso, Sabâheddin creó su propia organización, llamada Liga de la Iniciativa Privada y de la Descentralización, y, a partir de 1906, comenzó la publicación en París de su diario *Terakkî* (El progreso). Sabâheddin alcanzó cierta popularidad entre los emigrados en el extranjero, prevaleciendo también en determinados congresos (1902 y 1907). Tras la revolución de 1908, retornó a Turquía a fin de intentar imponer allí sus ideas políticas. Pero no encontró el apoyo en la sociedad turca. Alrededor de él se reagruparon únicamente los elementos descontentos con el nuevo régimen, incluyendo a los partidarios del sultán. En consecuencia, Sabâheddin se orientó hacia las clases feudales y clericales de Turquía, hacia la gran burguesía armenia y griega y hacia los estados de Europa occidental. Perdió su popularidad cuando respondió a una pregunta a propósito de los Jóvenes Turcos en la celebración de una conferencia no definiendo de manera clara su posición y relacionándola, por el contrario, con el programa de la Unión y Progreso, sosteniendo que la descentralización era de alguna forma compatible con la voluntad de la ampliación de las competencias de las autoridades locales prevista por la constitución. En noviembre de 1908, la liga de Sabâheddin atravesó una crisis. Los sucesores de este último se orientaron a continuación hacia el partido de la Entente liberal.

<sup>42</sup> La insurrección de los Jóvenes Turcos partió de Macedonia y ganó enseguida a la guarnición de Salónica. NDE.

<sup>43</sup> *Kievskaya Mysl'* (El pensamiento de Kiev). Gran diario, muy difundido en el sur del imperio ruso, de tendencia demócrata-burguesa. Se publicó en Kiev de 1906 a 1918 y, en 1917, salió en una edición de la mañana y otra de la tarde. A partir de 1908, Trotsky comenzó su colaboración con el diario ucraniano y viajó a Serbia, Bulgaria y Rumanía como corresponsal de guerra del diario durante las guerras balcánicas. [nota del editor francés].

<sup>44</sup> Fernando de Sajonia-Coburgo. Hijo de la princesa Clementina de Borbón y sobrino del rey Luis Felipe de Francia. El 15 de agosto de 1887, la Asamblea búlgara eligió príncipe de Bulgaria a Fernando, que en aquel momento era oficial del ejército austriaco. Esta elección, que tuvo lugar a pesar de las directrices de Rusia, protectora de Bulgaria (y que proponía como candidato al príncipe Míngrel'skij), provocó la indignación del gobierno ruso. Fernando no fue reconocido ni por Rusia ni por las demás potencias. En 1894, se desmarcó del rusófilo Stambulov orientando de forma clara y precisa su política hacia Rusia e incluso sacrificando a su hijo (bautizado en febrero de 1896 según el rito ortodoxo y con el emperador ruso como padrino) "a la política". Sólo entonces Rusia restableció relaciones diplomáticas con Bulgaria y reconoció a Fernando como príncipe. Sin embargo, si consideramos el papel de Ferdinand en la política búlgara, no actuó como un rusófilo y, durante todo su gobierno, apoyó el imperialismo austro-alemán en los Balcanes. En 1908, claramente animado por Austria-Hungría (que para entonces se había anexionado Bosnia-Herzegovina), Fernando declaró la independencia de Bulgaria y se proclamó rey de los búlgaros. Después, aunque Fernando se mostró agradecido a la Rusia "liberadora", su línea política continuó siguiendo esencialmente las instrucciones de Viena. Sin embargo, en 1912, en contra de los deseos de Austria, aprobó el plan de una unión defensiva-ofensiva con Serbia. Esta unión servía a los intereses militaristas de la burguesía nacionalista búlgara y serbia, y los tres millones de rublos ofrecidos por el gobierno ruso constituían un buen incentivo. En el verano de 1913, Fernando y la camarilla militar vinculada a él, saltándose el consejo de ministros, ordenaron al mando del ejército atacar a las tropas serbias y griegas, inaugurando así la segunda guerra balcánica destinada a terminar para Bulgaria con el deshonroso Tratado de Paz de Bucarest. En 1918, tras la derrota, Fernando abdicó.

<sup>45</sup> *El diario de los trabajadores*, órgano de prensa de la socialdemocracia austríaca dirigido por Victor Adler. NDE.

<sup>46</sup> *El Congreso de Berlín*. Las sesiones de trabajo tuvieron lugar entre el 13 de junio y el 13 de julio de 1878. Este congreso constituyó una etapa importante en el desarrollo de la Cuestión de Oriente. Permitió resumir la crisis que ya había comenzado en 1875 y se convirtió en un punto de referencia para la política europea en Oriente Próximo. Tras la campaña de Crimea y el Tratado de Paz de París de 1856, Rusia, derrotada militar y diplomáticamente, comenzó a preparar la revancha. Ya había recibido cierta *compensación* en 1871, cuando, tras la guerra franco-prusiana, Europa (sobre todo ante la insistencia de Alemania, agradecida por la neutralidad rusa) acordó eliminar los artículos del Tratado de París que negaban a Rusia el derecho a que su flota echara el ancla en el Mar Negro. Pero el gobierno zarista no se contentó con esto. La situación interna y la necesidad de calmar a la *opinión pública* exigían resultados más consistentes. La situación europea parecía favorable: Francia había sido derrotada y devastada; Inglaterra, carente de una infantería fuerte, no representaba un peligro; Alemania ya estaba vinculada a Rusia por un acuerdo firmado en 1872 (la llamada Unión de los Tres Emperadores: austriaco, alemán y ruso); por último, Austria no era reacia a permitir a Rusia cierta libertad de acción en los Balcanes a cambio de una *compensación adecuada*. La crisis, que llevaba tiempo acumulando materiales inflamables a punto de estallar, estalló como consecuencia de las condiciones creadas durante el verano de 1875 en Bosnia-Herzegovina. Los campesinos bosnios, duramente golpeados por la explotación de los latifundistas, se rebelaron para obtener la exención de las obligaciones feudales y la abolición del sistema de *subastas de impuestos*. Dado que en Bosnia-Herzegovina los latifundistas eran musulmanes (aunque a menudo pertenecieran a etnias eslavas) y los campesinos cristianos, la diplomacia europea no tuvo dificultad en dar al movimiento un carácter nacionalista y religioso y aumentar las reivindicaciones de los rebeldes, con exigencias de libertad de culto para los cristianos y de autonomía fiscal y administrativa para las regiones insurrectas, que fueron presentadas al gobierno turco por representantes de las potencias. Ante un *frente europeo unido*, el gobierno turco se vio obligado a hacer una serie de concesiones. Se suspendieron las acciones militares contra los insurgentes y el sultán promulgó un *irade* de amnistía y libertad religiosa. Interpretando estas concesiones de la Puerta como un signo de debilidad, Rusia intentó aplastarla sólo con las fuerzas de los estados balcánicos. En 1876, lanzó a los serbios contra Turquía, prometiéndoles su apoyo militar inmediato mediante el envío de un destacamento de voluntarios rusos al mando del general Černjaev. Sin embargo, incapaces de derrotar a los turcos por sí solos, los serbios sufrieron una serie de derrotas. El 29 de octubre de 1876, el ejército serbio y el destacamento de Černjaev fueron aniquilados y los turcos abrieron el camino hacia Belgrado. La situación era crítica. El gobierno ruso, que aún no estaba preparado para un enfrentamiento, ofreció a los turcos una tregua de seis semanas con los serbios. La Puerta, que tampoco había reunido todas sus fuerzas, aceptó la propuesta. Los acontecimientos se sucedieron rápidamente. Tras asegurarse el apoyo de Austria con el Acuerdo de Reichstadt y obtener el permiso de Rumania para atravesar su territorio, Rusia empezó a concentrar sus tropas en Besarabia. A continuación, propuso una conferencia de representantes de las potencias europeas para discutir la *cuestión balcánica*. La conferencia se reunió en Constantinopla el 23 de diciembre de 1876 y elaboró un programa de reformas que Turquía debía introducir en las regiones cristianas de la península balcánica: autonomía administrativa, nombramiento de un gobernador de acuerdo con las Grandes Potencias, etc. La apertura de la conferencia coincidió con la proclamación de la constitución turca que, como habían declarado los delegados turcos, concedía los más amplios derechos a todos los súbditos otomanos sin excepción. A pesar de ello, Europa, haciendo valer sus derechos, mostró su descontento con la política de la Puerta retirando a sus embajadores de Constantinopla al término de la conferencia (2 de enero de 1877). El 31 de marzo de 1877, en Londres, los representantes de las Grandes Potencias firmaron un protocolo que declaraba que “habiendo tomado en consideración las promesas de reforma hechas por el Sultán, [todas las potencias] se esforzarán por verificar su cumplimiento y se reservaban la libertad de intervenir en el futuro si Turquía no cumplía su palabra”. Además, las Potencias invitaron a Turquía a desmovilizarse, mientras que Rusia declaró que sólo se desmovilizaría al final de la guerra entre Turquía y Montenegro. El 11 de abril, el parlamento turco rechazó el Protocolo de Londres. “El Gobierno Imperial [decía la nota enviada a las Potencias por la Puerta] no puede ver qué falta puede haber cometido en la esfera de la justicia y la civilidad para que se le condene a una posición tan deplorable y deshonorosa”. De este modo, Rusia logró su objetivo. Sus tropas fueron movilizadas y, el 24 de abril de 1877, se publicó el *ucase* del zar declarando la guerra a Turquía. El intento de Turquía, de acuerdo con el artículo 8 del Tratado de París, de obtener la mediación europea fracasó. Los rusos cruzaron el Danubio y penetraron en los Balcanes, atacando al mismo tiempo Asia Menor a través del Cáucaso. El resultado de la guerra estaba predeterminado por el equilibrio de fuerzas: los turcos, en el punto álgido de su esfuerzo militar, no podían movilizar más de 494.000 hombres, mientras que Rusia contaba con un ejército de un millón y 474.000 hombres. Para Rusia, el esfuerzo militar podría haber sido el preludio de una crisis financiera, pero para Turquía era ya una bancarrota parcial. En 1876, Turquía sólo pagaba una parte de los intereses de su creciente deuda pública. Sin embargo, la victoria rusa no estaba cantada. La inexperiencia de los comandantes, el escaso armamento y el abuso de poder por parte del estado mayor se tradujeron en una serie de derrotas para Rusia, incluidas tres muy duras en torno a Plevna (20 y

30 de julio y 7-13 de septiembre). Sin embargo, ni siquiera la heroica defensa de Plevna por parte de Osmán Pacha logró salvar a Turquía. Las tropas rusas rodearon la fortaleza, impidiendo el suministro de alimentos. El 10 de diciembre, Osmán Pacha se rindió. Tras la caída de Plevna, los turcos, debilitados también por la ofensiva serbia, que había reanudado su acción militar, dejaron de resistir. Del 7 al 13 de enero, los rusos conquistaron Filipo (actual Plovdiv) y el 20, Adrianópolis (Edirne), donde finalmente se firmó el armisticio. La paz era inaplazable, y esto no sólo se aplicaba a Turquía. El ejército ruso estaba agotado y la continuación de la guerra podría haberse convertido en una derrota para los rusos. Atacar Constantinopla estaba descartado, dado que la flota inglesa estaba anclada en el Mar de Mármara y cerca de los Dardanelos. Aunque los rusos estaban a las puertas de la ciudad, no disponían de las fuerzas necesarias para luchar contra Inglaterra. El 3 de marzo de 1878, en San Stefano, se firmó el tratado de paz, que en la práctica sancionaba la rendición total de Turquía. Los turcos firmaron el tratado sin plantear ninguna objeción en particular, sabiendo que en cualquier caso sería revisado por Europa, que no permitiría que Rusia se fortaleciera de esta manera. Esto era evidente incluso para Rusia. Sin embargo, Rusia consideró que el reconocimiento de sus victorias, aunque sólo fuera sobre el papel, era muy importante para *tranquilizar* a la opinión pública rusa. No sólo Gran Bretaña, que en aquel momento apoyaba el principio de la “soberanía del Imperio Otomano”, sino también Austria, que no había obtenido su parte del botín, rechazaron el Tratado de San Stefano, amenazando expresamente con la guerra contra Rusia. El gobierno zarista se vio obligado a aceptar la convocatoria de una conferencia europea para modificar los términos del Tratado de San Stefano. Sin embargo, Rusia intentó llegar a un acuerdo previo con Austria e Inglaterra. Se renovó el acuerdo con Austria sobre la incorporación de Bosnia-Herzegovina. Por lo que respecta a Inglaterra, el gobierno zarista cedió en un punto, absolutamente inaceptable para Albión, a saber, la formación de una *Gran Bulgaria* de San Stefano, satélite de Rusia. El 30 de mayo de 1878, firmó en Londres un memorándum rechazando el proyecto de la Gran Bulgaria. El 13 de junio de 1878, en Berlín, bajo el patrocinio de Bismarck, el “intermediario honesto”, comenzaron los trabajos del congreso de las grandes potencias de Europa y Turquía. Austria estuvo representada por el barón Haymerle, el conde Karolyi y el conde Andrassy; Alemania, por el príncipe Bismarck y von Bülow; Inglaterra, por lord Beaconsfield, lord O. Russel y lord Salisbury. Russel y Lord Salisbury; Francia por Waddington, el Conde St. Vallier y Desprey; Italia por los condes Corti y Launay; Rusia por el príncipe Gorčakov, el barón Ubri y el conde Suvalov; Turquía por Sadullah Bey y Mehmed Alî Pacha. El congreso duró un mes. El 13 de julio se firmó el acta final del Tratado de Berlín. La extensión de Bulgaria se redujo en comparación con el Tratado de San Stefano. La parte macedonia se devolvió a Turquía; se estableció el principado autónomo de Bulgaria, que debía tributo al Imperio Otomano; el sur de Bulgaria se constituyó en región autónoma de Rumelia Oriental, territorio del sultán, pero administrado por un gobernador cristiano nombrado por la Puerta con el acuerdo de las potencias europeas; por último, Bulgaria debía someterse a la ocupación militar de Rusia durante dos años (art. I-22). Bosnia y Herzegovina fueron reconocidas como partes integrantes del Imperio Otomano, pero la “ocupación y administración” se asignaron a Austria-Hungría, que también tenía derecho a introducir sus tropas en el sandjak de Nori Paar que separaba Serbia de Montenegro (art. 25). Montenegro, Serbia y Rumania se convirtieron en estados independientes. Montenegro adquirió el puerto de Antivari (Bar) y la costa adyacente, pero la vigilancia del puerto y la costa pasó a estar bajo control austriaco. Se prohibió a Montenegro poseer una flota militar (art. 26-29). Serbia recibió los distritos de Piro, Mali Zvornik, Zaječar y Vranje [Toplica y Nîs (art. 34-35) Rumanía, a cambio de Dobrudja, cedió parte de Besarabia a Rusia (art. 45). El artículo 44 del tratado obligaba a Rumanía a garantizar la igualdad de derechos a los judíos. Se prometió a Grecia la mediación de las potencias para la modificación de las fronteras de Tesalia y Epiro (art. 24). En 1881, la Conferencia de Constantinopla autorizó a Grecia a anexionarse Tesalia y una pequeña parte de Epiro. Rusia obtuvo Besarabia en Europa y la provincia armenia de Kars y las ciudades de Ardahan y Batumi (esta última como puerto libre) en Asia Menor (art. 58-59). Los artículos 23 y 61, que preveían reformas en Macedonia, Creta y Armenia, fueron de gran importancia. Estas fueron las decisiones del Congreso de Berlín. Inglaterra obtuvo la isla de Chipre, y Austria Bosnia-Herzegovina, mientras que una vez más los pueblos balcánicos resultaron lesionados. Bulgaria sustituyó el *yugo turco* por la agradable *tutela* del comisariado ruso, mientras que Serbia cayó, durante mucho tiempo, bajo la total dependencia económica y política de Austria. El Tratado de Berlín no satisfizo plenamente a ningún estado europeo. Sólo sirvió como punto de partida para el desarrollo ulterior de la lucha por el reparto del botín turco.

<sup>47</sup> *La insurrección de 1885*. Tras el Congreso de Berlín de 1878, Rumelia Oriental permaneció bajo soberanía turca, pero se le concedió autonomía administrativa (un gobernador general cristiano y una cámara de representantes con funciones legislativas). La ambigua posición de esta provincia no podía satisfacer ni a Turquía ni a Bulgaria; además, el creciente aparato burocrático agobiaba a los campesinos de Rumelia Oriental aún más que antes de la guerra de “liberación”. Tras una serie de revueltas locales, la población de los pueblos de los alrededores de Filipo, incitada por emisarios del principado búlgaro, se

sublevó contra el gobernador general y exigió la unificación con Bulgaria (18 de septiembre de 1885). Una multitud de campesinos se dirigió a la ciudad, donde se unió a una parte de la milicia de Rumelia. El palacio del gobernador general (Krestovič) fue rodeado y éste arrestado. Con la aprobación del príncipe búlgaro Alejandro de Battenberg, los rebeldes declararon la adhesión de Rumelia Oriental a Bulgaria. Este acto provocó la reacción de Rusia, *protectora* de Bulgaria, y de Austria, que se oponía al fortalecimiento de Bulgaria. Como protesta, el gobierno ruso retiró a sus oficiales de Bulgaria, mientras que Austria empujaba a Serbia contra Bulgaria. El final de la guerra serbo-búlgara, con la firma del acuerdo del 1 de febrero de 1886, decretó que Rumelia Oriental quedaría bajo soberanía turca, a condición de que el sultán nombrara gobernador general a un príncipe búlgaro cuyo mandato se renovarían cada cinco años. De hecho, desde entonces, Rumelia Oriental forma parte integrante del principado de Bulgaria.

<sup>48</sup> *El Acuerdo de Reichstadt*. Preparándose para la guerra con Turquía, Rusia quería asegurar su retaguardia obteniendo primero la neutralidad de la *potencia más interesada*: Austria-Hungría. El 9 de julio de 1876, el emperador ruso (Alejandro II) y el emperador austriaco (Francisco José) se reunieron en Reichstadt (Bohemia) y firmaron un acuerdo para la división de la Turquía europea en pequeños estados dependientes, de hecho, de Rusia y Austria. El Acuerdo de Reichstadt tomó su forma definitiva con la convención secreta ruso-austriaca que ambas partes rubricaron el 15 de enero de 1877 en Budapest (el representante ruso era Novikov y el austriaco Andrassy). El punto más importante de este acuerdo estipulaba que, en caso de guerra ruso-turca, Austria “se compromete formalmente a observar una neutralidad benévola y... a impedir, mediante la acción diplomática, los intentos de intromisión o de mediación conjunta por parte de las otras potencias”. El apéndice sobre esta *neutralidad benévola* estaba contenido en un protocolo suplementario en el que las partes acordaban “limitar sus posibles anexiones a los siguientes territorios: el emperador austriaco a Bosnia-Herzegovina, excluyendo la región entre Serbia y Montenegro, cuya definición retomarían los gobiernos en cuestión en un acuerdo posterior; el zar a las zonas de Besarabia que le permitieran restablecer las fronteras del imperio anteriores a 1856.

<sup>49</sup> *Kruševan P. A.* (1860-1909). Personalidad de Besarabia, reaccionario y extremista. Comenzó su actividad literaria en 1882. A partir de 1897 publicó en Kišínëv [Chisinău, Moldavia] el periódico *Bessarabez*, célebre por su feroz antisemitismo, y fue el organizador del pogromo de Kišínëv. A finales de 1903, comenzó a publicar el efímero periódico *Snamja* [La Bandera]. Fue elegido representante de Kišínëv en la Segunda Duma Estatal. *Puriškevič Vladimir M.* (1870-1920). Perteneció al círculo de latifundistas de Besarabia, del ala más extremista y centrista de la nobleza, que proporcionó un gran número de dirigentes al movimiento monárquico. Durante la época zarista, Puriškevič fue uno de los líderes y principales oradores del bloque monárquico en la Duma Estatal, donde más de una vez pidió la represión más despiadada de revolucionarios y judíos. Gracias a su activa participación, surgieron organizaciones de matones como la Unión del Pueblo Ruso. La prensa liberal hizo de Puriškevič el blanco favorito de sus ataques y bromas. Durante el gobierno provisional de Kerensky y los primeros meses del régimen soviético, fue detenido varias veces por sus actividades contrarrevolucionarias. Tras la revolución de octubre, fue un activo partidario de los complots antisoviéticos. Kraupenskij P. N. Marshal, noble, líder de los Cien Negros de Cota (provincia de Besarabia), miembro de las tres últimas dumas (1907-1917), exoficial, antisemita y reaccionario. Junto con otros Cien Negros, desencadenó una serie de escándalos en la Duma. Representante del nacionalismo más extremo, siempre fue partidario de restringir al máximo los derechos de los extranjeros. En 1910, presidió la comisión que estudiaba una ley para abolir la autonomía finlandesa.

<sup>50</sup> *Francisco José* (1830-1916). Emperador austriaco que subió al trono durante la revolución de 1848, tras la abdicación de su tío Fernando. En 1849, apoyó incondicionalmente las medidas represivas contra el levantamiento húngaro. Durante la primera década de su reinado, Francisco José apoyó la adopción de medidas extremadamente reaccionarias. Luego se vio obligado a transigir con la oposición, que se había fortalecido, y durante el resto de su vida siguió una política de compromisos y acuerdos con las distintas fuerzas sociales. En 1867 fue proclamado emperador de Austria-Hungría. En 1908 celebró solemnemente el sexagésimo aniversario de su coronación.

<sup>51</sup> *Nastič Georgi*. Agente del gobierno austriaco, enviado a Serbia para provocar una conspiración destinada a acusar a los serbios de Bosnia de separatismo y traición y allanar así el camino para la anexión de Bosnia-Herzegovina. En diciembre de 1906, siendo entonces un joven funcionario en Sarajevo, Nastič llegó a Belgrado y empezó a establecer vínculos en los círculos políticos serbios. Para ello, transmitió a los serbios la colección secreta de documentos sobre la propaganda clerical austriaca en Bosnia. Estos documentos, que no eran antiaustriacos (como se aclaró más tarde), habían sido transmitidos a Nastič por un alto funcionario austriaco, el secretario del episcopado católico, Stadler. Gracias a esta colección, Nastič se ganó rápidamente la confianza de los círculos políticos de Belgrado y pudo llevar a cabo su propaganda a favor de una “gran revolución yugoslava”. En febrero de 1907, se infiltró en la sociedad secreta de los nacionalistas yugoslavos y pronto se convirtió en su principal dirigente. Bajo su dirección se publicaron

manifiestos que hablaban de la “gran revolución yugoslava”. En marzo de 1907, en Kragujevac, trabajó personalmente en la fabricación de bombas. En 1907, envió el “Estatuto de la Organización Revolucionaria” al rey Nicolás I de Montenegro, que a su vez lo envió a Viena. Finalmente, en agosto de 1908, Nastič denunció la *organización* a la policía austriaca. El 5 de octubre de 1909, el tribunal austriaco de Zagreb dictó sentencia contra los 53 serbios acusados de alta traición. Los principales acusados, los hermanos Prilbčević, para quienes la fiscalía había solicitado la pena de muerte, fueron condenados a 12 años de trabajos forzados, otros 29 acusados fueron condenados a penas de entre 4 y 7 años de prisión, y los 22 restantes fueron absueltos.

<sup>52</sup> Asamblea Regional. NDE.

<sup>53</sup> *Sajonia-Coburgo*. Dinastía búlgara [de origen austro-alemán] que comenzó con el príncipe Fernando de Coburgo, elegido príncipe de Bulgaria en 1887. En la actualidad [1926], es el hijo de Fernando quien ocupa el trono búlgaro: Boris [los Sajonia-Coburgo fueron destronados en 1946].

<sup>54</sup> La guerra entre Rusia y Japón (1904-1905) y la primera revolución de 1905-1906. NDE.

<sup>55</sup> *Manifestaciones estudiantiles*. Comenzaron en otoño de 1908 en la Universidad de San Petersburgo y en ellas participaron estudiantes de muchos centros de enseñanza superior de la ciudad. El movimiento se extendió a Moscú y Char'kov [Járkov]. La protesta se dirigía contra la política del ministro de Educación Pública, A. Schwarz, que quería abolir la autonomía universitaria y las libertades estudiantiles que habían sobrevivido al fracaso de la revolución de 1905. El *Proletarij* del 26 (3) de octubre de 1908 publicó un comunicado del Comité de San Petersburgo del POSDR en el que llamaba a los estudiantes socialdemócratas a unir su lucha al movimiento general de la socialdemocracia contra el régimen zarista.

<sup>56</sup> *Milyukov Pavel Nikolevič* [Miliukov] (1859-1943). Dirigente del Partido de los Cadetes y uno de los líderes de la burguesía rusa. Como la mayoría de los intelectuales burgueses, Miliukov pasó por toda la gama de ideologías: desde la democracia amorfa y la simpatía por los socialdemócratas hasta el grupo liberal conocido como los “libertadores”, pasando por el partido del gran capital y los terratenientes. En 1905, se convirtió en líder de la oposición pequeñoburguesa, pero el rápido ascenso del movimiento sublevado le empujó hacia la derecha. En los años previos a la Guerra Mundial, sentó las bases teóricas del *neoeslavismo*, producto ideológico de los apetitos imperialistas del capital ruso. Durante la guerra, hizo campaña enérgicamente a favor de la ocupación de los Dardanelos, ganándose el apodo de Miliukov Dardanelliski. Durante los primeros días de la revolución de febrero, intentó salvaguardar la monarquía constitucional y sólo la impetuosidad del movimiento revolucionario le transformó momentáneamente en republicano. Miliukov se incorporó al primer gobierno de L'vov como ministro de asuntos exteriores, y su primera tarea fue tranquilizar a la Entente sobre los compromisos de Rusia con los *aliados*. Su nota del 18 de abril puso de relieve las tendencias burguesas e imperialistas de la política del gobierno provisional. Durante la revolución, Miliukov dirigió el ala derecha de los Cadetes. En agosto apoyó a Kornílov y, tras la revolución de octubre, participó activamente en el movimiento contrarrevolucionario del sur. También intentó llegar a un acuerdo con el gobierno alemán de Hohenzollern para unir sus esfuerzos contra la Rusia bolchevique. Tras la victoria de la república soviética, emigró al extranjero, donde dirigió la propaganda contra el régimen soviético. En sus últimos años, dirigió el ala izquierda del Partido de los Cadetes, que, en coalición con los socialistas revolucionarios, pretendía establecer un fuerte vínculo entre la burguesía y los campesinos ricos. En la actualidad (1926), publica en París el periódico *Poslednie Novosti* [Las últimas noticias].

<sup>57</sup> *Los octubristas*. Miembros de la Unión del 17 de Octubre, partido burgués situado a la derecha de los cadetes. Este partido apoyó el ucace imperial de octubre de 1905 (de ahí el nombre de “octubristas”) que estableció la Duma. En 1916, los octubristas se opusieron al gobierno zarista, criticando su gestión de la guerra. Tras la revolución de febrero de 1917, formaron un “Bloque Progresista” con el Partido de los Cadetes. Entre sus líderes figuraba Aleksandr I. Gučkov (uno de los principales industriales rusos, editor del diario *Golos Moskvyy* (La Voz de Moscú) y ministro de guerra en el primer gobierno provisional tras la revolución de febrero de 1917) y M. Rodcianski, un gran terrateniente. Nota editor francés.

<sup>58</sup> *La voz de Moscú*. Órgano de prensa de los octubristas publicado en Moscú de 1906 a 1915. Nota editor francés. NDE.

<sup>59</sup> *El Congreso Panslavo de Praga*. En la primavera de 1908, los grupos parlamentarios eslavos reunidos en Viena enviaron una delegación especial (Kramarj, Glebovičij y Gribar) a Rusia con la propuesta de convocar un Congreso Panslavo. La misión de Kramarj fue acogida calurosamente en San Petersburgo. La idea de una unión eslava fue aceptada favorablemente, no sólo por la derecha, sino también por los miembros progresistas de la burguesía rusa que practicaban entonces el “neoeslavismo”. Al congreso asistieron también polacos que esperaban obtener del gobierno ruso reformas pacíficas para el Reino de Polonia. El Congreso se celebró bajo el estandarte de la Unión Cultural Eslava y tenía su origen en las aspiraciones centrífugas de los eslavos austrohúngaros, en particular de los checos, que ya soñaban con la caída de la monarquía austrohúngara. El Congreso Panslavo se celebró en Praga del 13 al 18 de julio de 1908. Participaron cerca de 250 delegados: rusos (Krasovskij, conde L'vov, Maklakov, Sr. Bobrinskij, etc.),

polacos (Dmowski, Straszewicz), checos (Kramarj, Masaryk), galitzianos (Vergun, Dr. Greck), búlgaros (Bobčev), serbios (Geri), eslavos (Gribar), croatas (Tresič-Pavičič). Kramarj fue elegido presidente del congreso. Todos los trabajos del congreso de Praga se desarrollaron bajo la fuerte influencia de los neoeslavos rusos. El tema principal del congreso, la cuestión ruso-polaca, se resolvió con un espíritu progresista: durante la sesión de clausura, el 18 de julio, la delegación rusa (profesor Oserov) propuso una resolución sobre la necesidad de una unión eslava con el objetivo de “lograr la igualdad y el libre desarrollo de todos los pueblos”. En respuesta, los polacos (Roman Dmovski) afirmaron que el pueblo polaco reconocía su pertenencia al estado ruso y comprendía el significado de la “renovación de Rusia” para los pueblos polaco y ruso. Hubo acuerdo unánime sobre esta cuestión. El congreso trató otra serie de temas: la exposición de los paneslavos en Moscú, el banco eslavo, congresos científicos, reuniones editoriales, etc. Para poner en práctica las decisiones tomadas y preparar el segundo congreso, se eligió un Comité Ejecutivo Interslavo. Estaba compuesto por el presidente Kramarj y los delegados: Krasovskij, Bobrinskij, el Conde L'vov y V.L. Maklakov (Rusia), Dmowskij, Czechwicz, Debuszinsk (Polonia) y Bobčev (Bulgaria).

<sup>60</sup> *La cuestión de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos.* En el artículo “[El verdadero motivo de conflicto en Turquía](#)”, Federico Engels escribía: “...los puertos turcos tienen un tráfico muy importante y en rápido aumento tanto con Europa como con el interior de Asia. Para comprenderlo sólo es necesario mirar el mapa. Desde la Selva Negra hasta las alturas arenosas de Veliki Nóvgorod, todo el país interior está drenado por ríos que desembocan en los mares Negro o Caspio. El Danubio y el Volga, los dos ríos gigantes de Europa, el Dniéper, el Dniéper y el Don, todos ellos forman canales naturales para el transporte de productos del interior hacia el mar Negro, ya que el Caspio sólo es accesible a través del mar Negro. Dos tercios de Europa, es decir, una parte de Alemania y Polonia, toda Hungría y las partes más fértiles de Rusia, además de Turquía en Europa, se remiten así naturalmente al Euxine [mar Negro] para la exportación y el intercambio de sus productos...” Hasta la guerra afgana [1838-1842] y la conquista del Sind [1843], Paquistán occidental] y del Punjab [1845-1846, 1848-1849], el comercio entre Inglaterra y el interior de Asia era prácticamente inexistente. “El hecho es ahora diferente. La necesidad suprema de una expansión incesante del comercio (el *fatum* que acecha como un espectro a la Inglaterra moderna y que, si no se apacigua en seguida, provoca estas terribles convulsiones que vibran desde Nueva York a Cantón, y desde San Petersburgo a Sídney), esta necesidad inflexible ha hecho que el interior de Asia sea atacado desde dos flancos por el comercio inglés: desde el Indo y desde el mar Negro; y aunque sabemos muy poco de las exportaciones de Rusia a esa parte del mundo, podemos concluir con seguridad, por el aumento de las exportaciones inglesas a esa zona, que el comercio ruso en esa dirección debe haber disminuido sensiblemente. El campo de batalla comercial entre Inglaterra y Rusia se ha desplazado del Indo a Trebisonda, y el comercio ruso, que antes se aventuraba hasta los límites del imperio oriental de Inglaterra, se ve ahora reducido a la defensiva al borde mismo de su propia línea de aduanas. La importancia de este hecho con respecto a cualquier solución futura de la cuestión oriental, y a la parte que tanto Inglaterra como Rusia puedan tomar en ella, es evidente. Son, y siempre serán, antagonistas en oriente. [...] De estas cantidades, al menos, dos tercios deben haber ido a los puertos del mar Negro, incluyendo Constantinopla. Y todo este comercio en rápido aumento depende de la confianza que pueda depositarse en el poder que gobierne los Dardanelos y el Bósforo, las llaves del mar Negro. Quien las posea puede abrir y cerrar a su antojo el paso a este último recoveco del Mediterráneo. Si Rusia se apodera de Constantinopla, ¿quién esperará que mantenga abierta la puerta por la que Inglaterra ha invadido sus dominios comerciales? Hasta aquí la importancia comercial de Turquía, y especialmente de los Dardanelos. Es evidente que no sólo un comercio muy grande, sino la principal relación de Europa con Asia Central, y, en consecuencia, el principal medio de recivilizar esa vasta región, depende de la libertad ininterrumpida de comerciar a través de estas puertas hacia el mar Negro. Pasemos ahora a las consideraciones militares. La importancia comercial de los Dardanelos y del Bósforo los convierte a la vez en posiciones militares de primer orden; es decir, posiciones de influencia decisiva en cualquier guerra. Tal punto es Gibraltar, y tal es Helsinborg en el estrecho. Pero los Dardanelos son, por la naturaleza de su ubicación, aún más importantes. Los cañones de Gibraltar o Helsinborg no pueden dominar todo el estrecho en el que están situados, y necesitan la ayuda de una flota para cerrarlo; mientras que la estrechez del estrecho de los Dardanelos y del Bósforo es tal que unas pocas fortificaciones debidamente erigidas y bien armadas, como las que Rusia, una vez en posesión, no tardaría ni una hora en levantar, podrían desafiar a las flotas combinadas del mundo si intentaran el paso.” [páginas 1, 2 y 3 del formato pdf en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#)]. Una flota británica forzó el paso de los Dardanelos en 1807, sometidos a la dominación otomana desde el siglo XV, inaugurando así el conflicto por el control de los estrechos. Gracias al Tratado de Unkiar Skelessi de 1833, Rusia tomó el control. El Tratado de Londres de 1841 prohibió el paso a todos los navíos de guerra que no fueran turcos. Los esfuerzos de los rusos para reconquistar el territorio perdido fracasaron en numerosas ocasiones. (Tratado de París de 1856, Congreso de Berlín de 1878). Los Tratados de Sèvres en 1920 y de Lausana en 1923

sancionaron el principio de libertad de navegación en los estrechos. Gracias a la Convención de Montreal de 1936, Turquía recuperó la soberanía.

<sup>61</sup> *Sattar Khan*. Héroe de la revolución de Tabriz. Tras el golpe de estado reaccionario del sha Muhammad Ali el 23 de junio de 1908, estalló un movimiento revolucionario en varias ciudades, que en ocasiones superó al de Tabriz. Sattar Khan, suboficial del ejército persa, se dio a conocer en Tabriz. Con dos de sus compatriotas, el jardinero Karb-Ali-Hussejn y el albañil Bagir Khan, y la ayuda de los *fidai* transcaucásicos, formó un ejército revolucionario, se apoderó del arsenal militar e informó al gobierno del sha de que no depondría las armas hasta que se restableciera la constitución. El sha envió un contingente de 25.000 hombres a Tabriz, al mando de Rahim Khan, que rodeó la ciudad y bloqueó el suministro de alimentos. Sin embargo, sus ataques fueron rechazados por Sattar. La defensa de la ciudad duró nueve meses. Los revolucionarios, dirigidos por Sattar Khan, derrotaron repetidamente a las tropas del sha, mucho más numerosas, y derrocaron a los reaccionarios. En abril de 1909, Rusia decidió intervenir en el asedio de Tabriz. El 23 de abril, el gobernador del zar en el Cáucaso recibió la orden de enviar un contingente de 5.000 hombres a Tabriz “para proteger a los súbditos rusos”. El 30 de abril, el contingente ruso, al mando del general Snarskij, entró en Tabriz y la ciudad cayó. Sattar Khan, junto con otros constitucionalistas, se vio obligado a esconderse. Después encontró refugio en el consulado turco. La heroica resistencia de Tabriz empujó a las tropas del sha hacia el campo revolucionario, dando a los revolucionarios la oportunidad de prepararse para asestar el golpe fatal contra el absolutismo persa, causando una profunda impresión en las masas de Persia y convirtiendo a Sattar Khan en un verdadero héroe nacional.

<sup>62</sup> Comités provinciales y regionales electivos instituidos en 1907 por el parlamento persa que le concedió derecho de control y administración local. NDE.

<sup>63</sup> *Proletarij* (El Proletario). Semanario bolchevique ilegal editado por Lenin. Fundado tras el IV Congreso (de Unificación) del POSDR, se publicó de agosto de 1906 a diciembre de 1909. Era el órgano central del Partido Bolchevique. Se publicaron un total de 50 números en Vyborg, Finlandia (1-20), Ginebra (21-40) y París (41-50).

<sup>64</sup> Primera versión al castellano desde “[Les sociaux-démocrates bulgares et serbes](#)”, en [Marxistes-Léon Trotsky](#), Publicado por primera vez en L. Trotsky y K. čchiev, *Escenas de la vida política búlgara*. En esta segunda edición contrastamos con “[Les sociales-démocraties bulgares et serbes](#)”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 47-54 y 456-457 para las notas. Añadimos las páginas 4 y 6, el resto del artículo que no estaba completo en nuestra primera edición, y que traducimos desde páginas 52-54 de la obra referencia arriba. Este texto está cofirmado por K. Kabakchiev que, en el primer congreso de la Internacional Comunista en Moscú en 1919 [[Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#), en estas mismas EIS] fue uno de los representantes de la Federación de los Balcanes.

<sup>65</sup> “Cada vez que el huracán revolucionario se calma durante unos momentos, aparece una cuestión siempre recurrente: la sempiterna cuestión oriental. Así, cuando las tormentas de la primera Revolución Francesa habían pasado, y Napoleón y Alejandro de Rusia se habían repartido, tras la Paz de Tilsit, toda la Europa continental, Alejandro aprovechó la calma momentánea para introducir un ejército en Turquía y “dar un empujón” a las fuerzas que estaban desintegrando, desde dentro, aquel imperio en decadencia. Una vez más, apenas sofocados los movimientos revolucionarios de Europa occidental por los congresos de Laibach y Verona, el sucesor de Alejandro, Nicolás, se lanzó de nuevo sobre Turquía. Cuando, unos años más tarde, la revolución de julio, con sus insurrecciones concomitantes en Polonia, Italia, Bélgica, había tenido su turno, y Europa, tal como fue remodelada en 1831, parecía fuera del alcance de las borrascas domésticas, la cuestión de oriente en 1840 parecía a punto de embrollar a las grandes potencias en una guerra general. Y ahora, cuando la miopía de los pigmeos gobernantes se enorgullece de haber liberado con éxito a Europa de los peligros de la anarquía y la revolución, vuelve a surgir el eterno tema, la sempiterna dificultad: ¿Qué hacemos con Turquía?”, Carlos Marx y Federico Engels, “[[Política británica](#)] [[Europa y Turquía](#)]”, 1853, *New-York Daily Tribune*, 7 de abril de 1853, página 1 del formato pdf en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#).

<sup>66</sup> La revolución rusa de 1905. NDE.

<sup>67</sup> La [Segunda Internacional. Ver Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#) en estas mismas EIS.

<sup>68</sup> En este congreso estaban representados los partidos socialdemócratas de Serbia, Bulgaria, Rumanía, Macedonia y Turquía, el partido socialdemócrata yugoslavo de Austria-Hungría y el pequeño grupo de los socialdemócratas de Montenegro. L. T.

<sup>69</sup> *Diario obrero*. NDE.

<sup>70</sup> El príncipe heredero Jorge Karageorgevič. NDE.

<sup>71</sup> Ver, por ejemplo, de Federico Engels, [El paneslavismo democrático](#), en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#). EIS.

<sup>72</sup> *Blagoe Dimitar* (1856-1924). De origen búlgaro, estudió en Rusia, en la Universidad de San Petersburgo. Siendo aún estudiante, se afilió al *Narodnaja Volja* y participó activamente en sus actividades. Poco después, sin embargo, se retiró y se sumergió por completo en el estudio del marxismo. En 1884 organizó el primer círculo socialdemócrata de San Petersburgo (el grupo de Blagoev). En 1885 fue detenido y deportado a Bulgaria, donde fundó el Partido Socialdemócrata Búlgaro. En 1903, cuando el Partido Socialdemócrata Búlgaro se dividió en grupos “estrecho” y “amplio”, Blagoev dirigió el grupo “estrecho”, que seguía la línea del marxismo ortodoxo. En 1919, cuando se fundó el Partido Comunista de Bulgaria, Blagoev se convirtió en presidente del comité central.

<sup>73</sup> La campana. L. T.

<sup>74</sup> “Los estrechos”. L. T.

<sup>75</sup> *La Voluntad del Pueblo*. L. T.

<sup>76</sup> Escuelas elementales para los trabajadores que impartían cursos por la noche o días de fiesta. Estas escuelas eran el equivalente a las escuelas dominicales rusas que tuvieron como profesores, entre otros, a la mujer de Lenin, Nadeja Krupskaja. NDE.

<sup>77</sup> En 1910. L. T.

<sup>78</sup> *Revista obrera*. NDE.

<sup>79</sup> *Tiempos nuevos*. NDE.

<sup>80</sup> Ambas obras en nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#). EIS.

<sup>81</sup> Ambas obras en la serie [Obras escogidas de Karl Kautsky](#) de nuestro sello hermano [Alejandría proletaria. Biblioteca general de pensamiento revolucionario](#). EIS.

<sup>82</sup> También este excelente resumen de Otto Rühle en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria: [El Capital](#) (extractado).

<sup>83</sup> *El obrero*, primer periódico socialdemócrata ruso, publicado en San Petersburgo en 1885. Sólo editó dos números. NDE.

<sup>84</sup> *Economismo*. La corriente del economismo surgió en el seno del POSDR a finales del siglo XIX. Los “economistas” limitaban los objetivos de la clase obrera a la lucha económica, mientras que la lucha política se consideraba tarea de la burguesía liberal. Sus órganos de prensa eran la revista *Rabočee Delo* (La causa obrera) impresa en Ginebra y el periódico ilegal *Rabočaja Mysl'* (El pensamiento obrero) en Rusia. Este último se imprimió en San Petersburgo y luego en Berlín y Varsovia. Publicó 16 números entre 1897 y 1902. Los representantes del economismo eran el matrimonio formado por Sergej N. Prokopovič y Ekaterina Kuskova, que más tarde se incorporó a las filas de los cadetes. Lenin dirigió la batalla contra el economismo a través de la *Iskra*. Nota editor francés.

<sup>85</sup> *Iskra* (*Chispa*). Periódico del POSDR fundado por Lenin, Márto y Potresov con el grupo Emancipación del Trabajo y publicado en el extranjero. A finales de 1900 formaban parte de la redacción Pavel Borisovič Axel'rod, Vera Ivanovna Zassoulic, Vladimir Iiç Lenin, Julij Osipovič Márto, Georgij Valentinovič Plejánov y Alexandr Nikolaeviç Potresov. En el periodo comprendido entre 1900 y 1903, *Iskra* desempeñó un importante papel en la unión de las fuerzas socialdemócratas de Rusia, librando una dura lucha contra el oportunismo “economicista”. El Congreso del POSDR (Londres, 1903) reconoció la gran importancia del trabajo realizado por *Iskra* y la convirtió en su órgano central. Lenin concedió gran importancia al papel de la redacción del órgano central en la dirección del trabajo del partido. Ante su insistencia, el congreso excluyó a los miembros vacilantes de la redacción (Axel'rod, Zassoulic y Potresov) y eligió una nueva redacción compuesta por Lenin, Plejánov y Márto (pero Márto se negó a entrar). Tras el congreso, Plejánov se acercó más a sus antiguos amigos políticos y Lenin se vio obligado a abandonar *Iskra*, dejando de trabajar para ella desde el número 51. Tras el paso definitivo de Plejánov al menchevismo, *Iskra*, con el añadido de la palabra “nueva” para distinguirla de la vieja *Iskra* leninista, pasó de ser un periódico revolucionario a un periódico del oportunismo organizado y crítica moderada del liberalismo. La nueva *Iskra* dejó de publicarse el 8 de octubre de 1905, antes de la revolución.

<sup>86</sup> *Die Neue Zeit*. Revista teórica de la socialdemocracia alemana fundada en 1883 por Karl Kautsky en la época de las leyes de excepción contra los socialistas. Esclareció sistemáticamente los problemas del socialismo, la filosofía y la economía política a nivel marxista, y durante décadas contribuyó a la asimilación del marxismo como principal motor de la actividad política de los partidos socialistas de los países europeos. Además de Kautsky, colaboraron en la revista Friedrich Engels, Paul Lafargue, Georgij V. Plejánov y otros famosos dirigentes socialdemócratas alemanes, franceses y rusos.

<sup>87</sup> Este texto está confirmado por K. Kabakchiev que, en el primer congreso de la Internacional Comunista en Moscú en 1919 [[Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#), en estas mismas EIS] fue uno de los representantes de la Federación de los Balcanes.

<sup>88</sup> El *Segundo Congreso Paneslavo de Sofía*. Se celebró del 7 al 10 de julio de 1910. Su programa fue elaborado y aprobado en la reunión de San Petersburgo del Comité Ejecutivo Intereslavo elegido en el Congreso de Praga. El Congreso de Sofía, al que asistieron representantes de todas las *sociedades eslavas*,

acabó estando formado exclusivamente por Cien Negros. La delegación rusa estaba encabezada por el presidente de la Duma, A. I. Gučkov, e incluía a personalidades como Ćere-Spiridovič, O. Korablev y otras figuras *progresistas* rusas, mientras que los polacos se negaron a participar. El congreso *paneslavo* provocó una fuerte oposición en Bulgaria. En Sofía se organizó un comité de protesta, que incluía a Christian Rakovsky y a famosos escritores búlgaros como Petko Todorov y Peneo Slavejkov. El influyente Sindicato de Profesores y Estudiantes, los socialistas, tanto “estrechos” como “amplios”, etc., declararon su oposición al congreso. Se organizaron manifestaciones unánimes contra el congreso y, en particular, contra la delegación rusa. El día de la inauguración del congreso, el periódico “estrecho” *Rabotničeski Vestnik* publicó un artículo titulado “El despotismo ruso oculto bajo el neoeslavismo”. El congreso no resolvió ninguna cuestión concreta (el banco, la exposición, etc.), limitándose a resoluciones retóricas sobre la “unión eslava”. Para toda la prensa burguesa rusa de la época, el congreso marcó definitivamente el fracaso de las “aspiraciones eslavófilas”.

<sup>89</sup> El *proyecto de ley sobre la separación de la Cholmščina*. El proyecto de ley fue presentado a la Duma Estatal en 1909. Preveía la formación de la provincia autónoma de Cholmščina mediante la separación de la parte oriental de las provincias de Sedlec y Lublin [Galitzia] de Polonia y su subordinación al gobernador general de Kiev. Haciendo referencia a la época de Vladímir el Santo [hacia 956-1015], el proyecto de ley de Stolypin reivindicaba el “derecho histórico” de Rusia sobre el territorio de Cholm [o Chelm, en Polonia, al oeste del río Bug]. El objetivo declarado del proyecto de ley era proteger a la población rusa del territorio de Cholmščina de la “latinización y polonización”. En consecuencia, la población extranjera de este territorio fue sometida a todas las restricciones posibles: se suprimieron las lenguas nacionales en la industria y las escuelas; se prohibió a judíos y polacos adquirir tierras, etc. La discusión de los proyectos de ley comenzó en la Tercera Duma el 26 de noviembre de 1911 y finalizó el 26 de abril de 1912. Por mayoría de 156 votos contra 108, los proyectos de ley fueron aprobados con algunas modificaciones: por ejemplo, se estableció que la Cholmščina estaría subordinada no al gobernador general de Kiev, sino al ministro de asuntos exteriores. La aprobación de las leyes chovinistas que separaban a la Cholmščina complació a los “verdaderos rusos” pero, en cambio, enfureció a las masas trabajadoras polacas. El *nuevo zemstvo occidental*. A principios de 1911, el presidente del consejo de ministros, Pětr A. Stolypin, presentó un proyecto de ley que introducía el estatuto de zemsto en seis provincias occidentales. Este nuevo proyecto de ley se caracterizaba por importantes restricciones de los derechos de los campesinos y los extranjeros, en particular los polacos. Fue rechazado por el Consejo de Estado, que lo consideró insuficientemente reaccionario. Ante la negativa del consejo, Stolypin disolvió el Consejo de Estado y la Duma durante tres días, aprobando la ley sobre la base del artículo 87. Esta decisión provocó un fuerte descontento entre la mayoría del Consejo de Estado y de la Duma.

<sup>90</sup> *La tragedia de la Universidad de L'vov*. Las continuas fricciones entre los ucranianos, que pedían la apertura de una universidad ucraniana independiente en L'vov, y los polacos, que se oponían firmemente a estas reivindicaciones, apoyadas por el gobierno austrohúngaro y la gran mayoría de los diputados de la Asamblea de Galitzia, desembocaron en 1910 en una auténtica batalla entre los estudiantes dentro de los muros de la Universidad de L'vov. En el enfrentamiento murió un ucraniano y varios ucranianos y polacos resultaron heridos.

<sup>91</sup> *Gučko Alejandro I*. Este gran industrial fue uno de los principales líderes de la alta burguesía rusa. Tras iniciar su carrera en Moscú, Gučkov se distinguió como organizador del partido de octubre. A través de él, la gran burguesía dio su apoyo incondicional al régimen de Stolypin. Durante la guerra imperialista, Gučkov organizó comités militares-industriales para apoyar el esfuerzo bélico. En 1917, se convirtió en ministro de defensa del gobierno burgués formado tras la revolución de febrero y, junto con Miliukov, fue la figura más odiada por las masas revolucionarias. Su determinación por mantener un régimen represivo le granjeó tal resentimiento que se vio obligado a dimitir (30 de abril). Actualmente (1926) vive en el extranjero. *Maklako Vasilij A*. Célebre cadete. Durante los años zaristas fue un reputado abogado liberal. Desempeñó un importante papel como líder de la facción de los cadetes en la Duma Estatal, en la que representaba principalmente los intereses de los comerciantes y propietarios de Moscú. Durante el gobierno de Kerensky, fue embajador en París. Tras el establecimiento del poder soviético, Maklakov permaneció en la embajada rusa en París, donde desempeñó un importante papel en las intrigas contrarrevolucionarias. En 1924, con la llegada al poder en Francia de la “coalición de izquierdas” y el reconocimiento de la URSS, se vio obligado a abandonar los locales de la embajada rusa. *Bobrinskij Alexej A*, conde. Rico terrateniente. Miembro de la Tercera Duma. *Ćerp-Spiridovič*. Político de derechas de la Rusia zarista. Eslavófilo, participó en el segundo congreso paneslavo de Sofía.

<sup>92</sup> “Llegamos ahora a la raza que forma la gran masa de la población y cuya sangre es preponderante allí donde se ha producido una mezcla de razas. De hecho, puede decirse que forma el tronco principal de la población cristiana desde la Morea hasta el Danubio, y desde el mar Negro hasta las montañas de Arnaut. Esta raza es la eslava, y más particularmente la rama de ella que se resume bajo el nombre de iliria (ilirsky), o eslava del sur (yugoslavyansky). Después de la eslava occidental (polaca y bohemia) y la eslava oriental

(rusa), constituye la tercera rama de esa numerosa familia eslava que desde hace mil doscientos años ocupa el este de Europa. Estos eslavos meridionales ocupan no sólo la mayor parte de Turquía, sino también Dalmacia, Croacia, Eslavonia y el sur de Hungría. Todos hablan la misma lengua, muy parecida al ruso y, para los oídos occidentales, la más musical de todas las lenguas eslavas. Los croatas y parte de los dálmatas son católicos romanos; todos los demás pertenecen a la Iglesia Griega. Los católicos romanos utilizan el alfabeto latino, pero los seguidores de la Iglesia Griega escriben su lengua con el carácter cirílico, que también se emplea en el ruso y en el antiguo eslavo o lengua de la iglesia. Esta circunstancia, unida a la diferencia de religión, ha contribuido a retrasar cualquier desarrollo nacional que abarque todo el territorio eslavo meridional.” (C. Marx y F. Engels, “[Política británica] [Europa y Turquía]”, en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#), página número 4 en el formato pdf. EIS-Editor francés.

<sup>93</sup> *Gitanos*. Pueblos nómadas originarios del noroeste de la India, de donde emigraron a partir del siglo V. A partir del siglo X se extendieron al Imperio bizantino y, desde allí, entre los siglos X y X, al norte de África y España, por un lado, y a Europa, por otro.

<sup>94</sup> En ruso: juguete. NDE.

<sup>95</sup> *Bismarck Otto von* (1815-1898). Eminente figura política de la Alemania de los Hohenzollern en la segunda mitad del siglo XIX. A través de Bismarck, los junkers prusianos promovieron la reunificación política de Alemania. Como la reunificación era parte integrante del desarrollo económico de Alemania, Bismarck también desempeñó un papel como líder político de la burguesía alemana. Protagonizó una serie de sonados conflictos diplomáticos y militares durante los años sesenta y principios de los setenta. Intentó reformar gradualmente la monarquía alemana, orientándola hacia la burguesía, y en la década de 1870 introdujo el sufragio universal. Al mismo tiempo, reprimió implacablemente todas las manifestaciones de oposición política. Basta recordar sus *leyes de excepción contra los socialistas* y la Kulturkampf [lucha por la civilización] contra la influencia católica en Alemania. Bismarck fue el líder efectivo del Imperio alemán hasta 1890, cuando Guillermo I le hizo dimitir.

<sup>96</sup> *Karageorgevič*. Dinastía serbia fundada por el príncipe Djordje Petrovič Karageorge. En la noche del 13 al 14 de febrero de 1804, fue elegido líder de los rebeldes serbios que se alzaron contra los turcos en la provincia de Belgrado. De hecho, la revuelta se extendió por casi toda Serbia y obligó al sultán a reconocer a Serbia como región autónoma. En diciembre de 1808, la *Skupština* proclamó a D. Petrovič príncipe heredero de Serbia. Pero al cabo de sólo cinco años, como consecuencia de la crisis general en Europa, y debido en particular a la falta de interés de Rusia por los asuntos serbios durante las guerras napoleónicas, Serbia fue abandonada a su suerte. D. Petrovič fue incapaz de superar las dificultades que surgieron y, el 2 de octubre de 1813, huyó a Austria, donde fue arrestado. El liderazgo pasó a Miloč Obrenovič, que fue elegido príncipe. Durante la sucesiva revuelta de Serbia contra los turcos, D. Petrovič intentó penetrar en territorio serbio, pero fue capturado por los turcos, probablemente con la ayuda de su rival Miloč, y asesinado (en julio de 1817). Alexander, el segundo Karageorgevič, fue elegido príncipe de los serbios en 1842, después de que el príncipe Obrenovič tuviera que huir tras la revuelta serbia dirigida por Vučić y patrocinada por Austria. Alexander Karageorgevič reinó hasta 1858, cuando, presionado por Rusia, fue depuesto por los Skuptina. El anciano Miloč Obrenovič fue proclamado entonces príncipe de Serbia. La familia Karageorgevič volvió al trono serbio por tercera vez en 1903, tras el asesinato de Alexander I Obrenovič y su esposa Draga. En junio de 1903, el hijo de Alejandro Karageorgevič, Pedro I, fue elegido rey de Serbia. La dinastía Karageorgevič reinó en Yugoslavia hasta nuestros días (1926). La dinastía fue destronada en 1945.

<sup>97</sup> Antigua medida de longitud utilizada en el imperio zarista y que se correspondía con 1.067 metros. NDE.

<sup>98</sup> Ver en el Segundo Capítulo de la Primera Parte de esta obra el artículo “[Los socialdemócratas búlgaros y serbios](#)”. NDE.

<sup>99</sup> Los socialdemócratas griegos enviaron un telegrama de saludo. L. T.

<sup>100</sup> Blagoev fue arrestado en 1855 en San Petersburgo por organizar círculos de obreros y por contribuir a la publicación del periódico *Baočij*. Nota L. T.

<sup>101</sup> *Plejánov Gorij Valentinovič*. Fundador del marxismo ruso, gran teórico del materialismo dialéctico. Plejánov comenzó sus actividades revolucionarias siendo aún populista, durante los años setenta. En 1883, junto con Pavel B. Axel'rod, Vera I. Zassoulic y otros constituyó el primer grupo socialdemócrata “Emancipación del Trabajo”. Durante los años ochenta y la primera mitad de los noventa, dirigió una brillante campaña ideológica contra los populistas, que acabó con la derrota total de estos. Sus obras más importantes de este período fueron: *El socialismo y la lucha política*, *Nuestras divergencias*, *Argumentaciones del populismo en las obras de VV* y *Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la historia* [Ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) su serie [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#)]. En la segunda mitad de los años noventa y principios del siglo XX, Plejánov se pronunció contra el oportunismo de los economistas y la revisión teórica del marxismo llevada a cabo por Eduard Bernstein y Pëtr Bergardovič Struve. Dirigió la *Iskra* con Lenin y, en el II Congreso del POSDR, apoyó a este último

contra Julij O. Márto y Axel'rod. Inmediatamente después del congreso, sin embargo, Plejánov volvió a unirse a sus viejos amigos y, tras el levantamiento moscovita de diciembre de 1905, formuló la famosa consigna “no era necesario tomar las armas”. Durante la posterior fase contrarrevolucionaria, Plejánov se declaró durante un tiempo de nuevo revolucionario y, en 1909-1911, se convirtió en paladín de la clandestinidad, librando al mismo tiempo una incansable lucha ideológica contra la filosofía semiidealista de Alexander Alexandrovi Bogdanov. En los años previos a la Guerra Mundial, Plejánov fue miembro del comité ejecutivo de la Segunda Internacional [[Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#), en estas mismas EIS]. La guerra puso fin a sus actividades como dirigente político. Al estallar el conflicto militar, se unió a la corriente chovinista de la socialdemocracia, propagandizando la defensa de la patria, “la lucha hasta la victoria final”, y falsificando para ello la doctrina de Marx. Tras la revolución de febrero, Plejánov se convirtió en el jefe del grupo socialdemócrata de extrema derecha, la Unión, y no desdeñó asociarse con sinvergüenzas políticos como Aleksinskij. Tras la revolución de octubre, Plejánov siguió siendo un opositor al bolchevismo, sin tomar parte activa en la lucha contra el poder soviético. Murió en 1918.

<sup>102</sup> “Habéis ofrecido vuestra vida”. Himno tradicional cantado durante los funerales de los revolucionarios rusos. NDE.

<sup>103</sup> Este discurso está incluido en la segunda parte del segundo volumen de las *Obras completas* de Trotsky (*Sočinenija*, Moscú, 1924-1927). NDE.

<sup>104</sup> Aquí Trotsky informe del discurso de Kirkov. Ver el artículo “[Los socialdemócratas búlgaros y serbios](#)” en esta misma obra. NDE.– EIS.

<sup>105</sup> *Kolarov Vasil*. Nacido en 1877. Profesor y abogado de profesión. En 1897 se afilió al Partido Socialdemócrata Búlgaro. Cuando el partido se escindió en 1903, se unió al ala revolucionaria del partido, “estrechos”. Fue delegado de su partido en los congresos de la Internacional Socialista de Stuttgart y Copenhague. Al estallar la Guerra Mundial, Kolarov adoptó una postura internacionalista intransigente. Participó en la Conferencia de Zimmerwald [[Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional](#), en estas mismas EIS y, en esta misma serie, la recopilación de L. Trotsky [Zimmerwald y Kienthal](#)] y realizó una constante propaganda antimilitarista. Como consecuencia, fue detenido y acusado de alta traición. Pero fue amnistiado después de la guerra. Fue uno de los fundadores de la Internacional Comunista. Desde 1922, fue miembro del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y, desde 1923, Secretario General del Comité Ejecutivo. En septiembre de 1923 fue uno de los líderes de la insurrección armada en Bulgaria y fue condenado en rebeldía a quince años de trabajos forzados.

<sup>106</sup> El chovinismo es una ostentación belicosa de “patriotismo”: siempre muestra sus puños a los enemigos internos y externos y, en particular, a las minorías. El chovinismo puede adoptar la forma de masacres o genocidios, como en el caso de nuestras “Centurias Negras”. Al mismo tiempo, existía un chovinismo “liberal” expresado a través de campañas de propaganda, como la que nuestros cadetes emprendieron contra Alemania. León Trotsky.

<sup>107</sup> *Turquía europea*. “Turquía consta de tres partes completamente distintas: los principados vasallos de África, a saber, Egipto y Túnez; la Turquía asiática; y la Turquía europea. Las posesiones africanas, de las cuales sólo Egipto puede considerarse realmente sometido al sultán, pueden dejarse por el momento fuera de la cuestión. Egipto pertenece más a los ingleses que a cualquier otro, y necesariamente formará parte de cualquier futura partición de Turquía. La Turquía asiática es el verdadero asiento de cualquier fuerza que haya en el imperio; Asia Menor y Armenia, durante cuatrocientos años la principal morada de los turcos, forman el terreno reservado del que se han extraído los ejércitos turcos, desde los que amenazaron las murallas de Viena, hasta los que se dispersaron ante las no muy hábiles maniobras de Diebitsch en Kulewtscha. Turquía en Asia, aunque densamente poblada, forma todavía una masa demasiado compacta de fanatismo musulmán y nacionalidad turca para invitar en la actualidad a cualquier intento de conquista; y, de hecho, siempre que se plantea la cuestión de oriente, las únicas porciones de este territorio que se toman en consideración son Palestina y los valles cristianos del Líbano. El verdadero punto en cuestión es siempre Turquía en Europa, la gran península al sur del Sava y del Danubio.” (Federico Engels, “[[Política británica](#)] [[Europa y Turquía](#)]”, página 2 del formato pdf en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#). NDE. – EIS.

<sup>108</sup> Es horrible de decir. NDE.

<sup>109</sup> *Luč* (Rayo de luz). Periódico menchevique publicado en San Petersburgo desde septiembre de 1912 a julio de 1913 con una tirada de 16.000 ejemplares. Colaboraban en él F. I. Dan, L. Márto y P. B. Axel'rod. NDE..

<sup>110</sup> El imperialismo es una política de conquista de los mercados extranjeros por la fuerza. Todos los partidos rusos están imbuidos del espíritu imperialista, excepto los socialdemócratas y, hasta ahora [1913], los trudoviki. León Trotsky. *Trudoviki* o Grupo Laborista: agrupación democrático-burguesa formada en abril de 1906 por diputados mayoritariamente campesinos en la Primera Duma. Durante la Primera Guerra

Mundial, adoptaron una postura chovinista y, en 1917, apoyaron al Gobierno Provisional. Tras la revolución de octubre, se alinearon con los contrarrevolucionarios. NDE.

<sup>111</sup> [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#) e [Internacional de Mujeres Socialistas](#), en estas mismas EIS.

<sup>112</sup> *El Congreso de Basilea de la Segunda Internacional*. El Congreso normal de la Segunda Internacional debía celebrarse en 1913 en Viena. Al estallar la guerra de los Balcanes, se celebró un congreso extraordinario en Basilea los días 24 y 25 de noviembre de 1912. La tarde del 24, una manifestación se detuvo ante la catedral de Basilea. La manifestación iba precedida por “un grupo de niños vestidos de blanco que llevaban ramos, símbolos de la paz [...]”. A continuación, iban los miembros de la OSI (Oficina Socialista Internacional), después los grupos nacionales cantando sus himnos de partido [...]; también iba en la procesión una carroza magníficamente adornada con coronas de flores en la que iba sentada la Reina de la Paz [...], numerosos grupos musicales [...] una multitud de banderas rojas ondeando [...] el desfile duró media hora”, (*Boletín de la OSI*, 4º año, número 10, reimpresión de Minkoff). Haciéndose eco de la conclusión de la resolución de Stuttgart, el “Manifiesto de Basilea” declaraba la “guerra a la guerra”, llamaba a la lucha para impedir que las potencias europeas intervinieran para dividir los Balcanes y proponía una federación democrática de los pueblos de la región. Nota editor francés. “[Manifiesto del Congreso Socialista Internacional Extraordinario \(Basilea, 24-24 noviembre 1912\)](#)”, en nuestra serie [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#).

<sup>113</sup> Adler Victor (1852-1918). Líder del Partido Socialdemócrata Austriaco. Tras licenciarse en medicina en Viena, apoyó el marxismo ortodoxo y se afilió al Partido Socialista Obrero Austriaco. En 1886 publicó el periódico *Gleichheit* [Igualdad], en el que abogaba por la unificación de las tendencias de izquierda y derecha del partido. Tras la reunificación, aprobada por el Congreso de Hainfeld en 1889, Adler se convirtió en el principal dirigente del partido unificado. Tras cumplir una condena de 4 meses de prisión por publicar *Gleichheit*, dirigió la campaña a favor del sufragio universal. A partir de 1903, fue miembro del Reichsrat austriaco y abandonó gradualmente el marxismo ortodoxo para convertirse en uno de los representantes más conocidos del reformismo en la II Internacional. Sobrevaloró la actividad parlamentaria y a menudo apoyó a candidatos liberales en las elecciones. En su opinión, las reformas gubernamentales podían mejorar considerablemente la situación de las clases trabajadoras. Con el estallido de la Guerra Mundial, él y su partido adoptaron una línea socialimperialista. Tras la expulsión de los Habsburgo en 1918, fue nombrado ministro de asuntos exteriores del primer gobierno republicano burgués.

<sup>114</sup> Cuerpo de caballería, de origen tártaro, hábil en el uso de la lanza y extraordinariamente diestro a caballo. Adoptado primero en Polonia, lo adoptaron después los demás ejércitos europeos a partir del siglo XVIII, especialmente en Rusia, Austria y Alemania, hasta la Primera Guerra Mundial; los ulanos llevaban un característico tocado cuadrangular llamado *czapska*. NDE.

<sup>115</sup> Comunicación destinada a aclarar un punto de vista sobre una cuestión precisa. Editor francés.

<sup>116</sup> Vestimenta del oriente musulmán. NDE.

<sup>117</sup> Ciudad ribereña del Leita, cerca de Viena. NDE.

<sup>118</sup> Moneda austríaca, un céntimo de corona, en uso hasta 1925. NDE.

<sup>119</sup> Leyendas en alemán. NDE.

<sup>120</sup> *Den'* (El día). Diario de la izquierda liberal. Publicado en San Petersburgo desde 1912 por I. D. Sytin. También colaboraban socialistas revolucionarios y mencheviques. A partir del 30 de mayo (12 de junio) de 1917 se convirtió en el órgano de los mencheviques. Fue suprimido en noviembre de 1917. Nota editor francés.

<sup>121</sup> *Prensa, Tribuna, Piamonte* (recordando el papel del estado piamontés en la unificación italiana), *El mundo, Noticias*. NDE.

<sup>122</sup> *La pequeña gaceta*. NDE.

<sup>123</sup> En francés en el original. Apodo aplicado por Trotsky. NDE. [Don que bromea].

<sup>124</sup> *Artículo 23 del Tratado de Berlín*. “La Sublime Puerta se compromete solemnemente a introducir en la isla de Creta el estatuto orgánico de 1868 con las modificaciones que se consideren legítimas. Estatutos similares, adaptados a las exigencias locales (exceptuando, sin embargo, los privilegios fiscales concedidos a Creta) serán también introducidos en otras partes de la Turquía europea para las que el presente Tratado no prevé ninguna reglamentación administrativa especial. La elaboración detallada de los nuevos estatutos de cada región será asignada por la Puerta a comisiones especiales en las que la población nativa tendrá amplia oportunidad de participar. Los proyectos de organización que surjan de los estudios realizados por las comisiones serán sometidos a la aprobación de La Puerta. Antes de promulgar las disposiciones que reforzarán estos estatutos, en lo que concierne a Rumelia oriental, la Puerta consultará a la comisión europea existente.”

<sup>125</sup> *El periódico obrero*, el diario de la socialdemocracia. NDE.

<sup>126</sup> *La cuestión macedonia*. Es una de las más complicadas del ya de por sí complejo mosaico étnico balcánico. El nacionalismo balcánico, las rivalidades confesionales y la lucha entre las grandes potencias

imperialistas no hicieron más que complicar aún más la cuestión macedonia durante el siglo XX. A finales del siglo XIX, cuando se había definido el proceso de formación de los estados balcánicos, Macedonia seguía siendo una provincia turca habitada por musulmanes y zimí [los súbditos “protegidos”, no creyentes, del sultán], estos últimos indistintamente vinculados a su pertenencia común al *Rûm* [el Imperio Romano-Bizantino] y a su dependencia del Patriarca Ecuménico de Constantinopla. El comienzo de la disolución del Imperio Otomano, las maniobras de las cancillerías europeas y los planes expansionistas de las nuevas pequeñas potencias balcánicas, hicieron de Macedonia el escenario de una lucha en la que todos los golpes estaban permitidos. Las principales armas de este enfrentamiento, sobre todo en la primera fase, fueron las iglesias y las escuelas. Las Iglesias nacionales rumanas, serbias y búlgaras, separándose del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla (liturgia griega), adoptaron en fases sucesivas liturgias en diversas lenguas nacionales y se convirtieron en un útil instrumento de influencia y educación patriótica para los objetivos expansionistas de los nuevos estados balcánicos. Además de las iglesias, existían escuelas controladas por sociedades patrióticas para la defensa y difusión de las lenguas nacionales. Esta lucha entre las Iglesias y las escuelas tuvo efectos devastadores y contradictorios. G. Castellan escribe que “se desarrolló una verdadera guerra escolar entre las escuelas griegas, búlgaras, serbias e incluso valacas... los observadores de la época señalaban con ironía que los padres griegos tenían un hijo “búlgaro” porque había asistido a una escuela exarchista donde había aprendido la lengua, la historia y la cultura de los búlgaros, mientras que un padre búlgaro veía cómo su hijo se convertía en griego gracias a la escuela patriarcal, o en serbio gracias a los profesores enviados por Belgrado” (*Histoire des Balkans*, pag, 351, Fayard, París, 1991). La gran confusión producida por esta lucha explica también la heterogeneidad de las estadísticas. Dependiendo de si la fuente era búlgara, griega o serbia, la composición étnica de los territorios macedonios cambiaba radicalmente. Según Sofía, en 1914 había 1.200.000 búlgaros en Macedonia, medio millón de turcos y 230.000 griegos. Según Atenas, había 650.000 griegos, 330.000 búlgaros y 634.000 turcos. Según Belgrado, había dos millones de serbios, 230.000 turcos, 200.000 griegos y 57.000 búlgaros. La cuestión se complicaba aún más por la presencia de una gran minoría albanesa y de comunidades más pequeñas de valacos y judíos. Además, en los primeros años del siglo XX se produjo una escisión entre los búlgaros de Macedonia y los eslavos macedonios, que exigían la creación de un estado macedonio independiente.

<sup>127</sup> *Berdan*. Fusil adoptado por España y Rusia e inventado por el coronel estadounidense H. Berdan, fallecido en 1893. *Martini-Henry*. Fusil de un solo disparo, de carga por culata, de Friedrich von Martini, con estrías inventadas por Alexander Henry. Llevaba una bayoneta Elcho con hoja dentada. Fue adoptado por el ejército británico en 1871.

<sup>128</sup> *Komitadzi*. Tropas irregulares de guerrilleros eslavos que lucharon en los Balcanes contra la dominación otomana, creadas por los macedonios búlgaros en 1893. Este término se utilizó para designar tanto a las tropas irregulares eslavas macedonias como a las compuestas por búlgaros o serbios. Chetniks. Término serbocroata (de tcheta, banda). Aunque es un término de origen serbio, fueron las organizaciones guerrilleras griegas, búlgaras y kutzovlakas, además de las formadas por serbios, las que se autodenominaron chetniks. Estas bandas lucharon contra los otomanos en Macedonia en los primeros años del siglo XX, adoptando inicialmente los métodos de lucha iniciados por los komitadzi en 1893. Durante la Segunda Guerra Mundial, el término se utilizó para designar a los nacionalistas monárquicos serbios de Draga Mijáilovich, que lucharon tanto contra las tropas alemanas e italianas como contra las formaciones partisanas titistas. Tras la disolución de Yugoslavia (1991), el término se aplicó a las milicias irregulares serbias durante las guerras de secesión de Yugoslavia.

<sup>129</sup> “¡Piedad! ¡Piedad!” NDE.

<sup>130</sup> Sopa de carne y col rizada. NDE.

<sup>131</sup> Gran diario que se publica en Viena desde 1861; es el órgano de la prensa burguesa liberal. NDE.

<sup>132</sup> Semlin [Zemun], ciudad austríaca en la ribera derecha del Danubio, justo enfrente de Belgrado. NDE.

<sup>133</sup> Sobre las tendencias en la prensa, ver “[La prensa serbia](#)”, en el Primer Capítulo de la Segunda Parte de esta misma obra. NDE.

<sup>134</sup> Progresista. NDE.

<sup>135</sup> *Las negociaciones de Londres*. A finales de noviembre de 1912, tras sus encendidas victorias sobre los turcos en Kırklareli y Lüleburgaz, los búlgaros habían sido detenidos por las tropas turcas cerca de Chataldja (Çatalca). Esta línea, cuya ruptura habría abierto el camino hacia Constantinopla para los aliados balcánicos, estaba bien defendida por instructores alemanes y bloqueada por cañones Krupp que no tenían nada que envidiar a los Creusot serbo-búlgaros. Todos los ataques contra Chataldja fueron en vano. Además, la firme oposición a la marcha búlgara sobre Constantinopla procedía de la Rusia zarista, que temía que la toma de Constantinopla se convirtiese en una amenaza real para el cumplimiento de sus *aspiraciones históricas sobre* los estrechos y destruyera su última esperanza de hacerse con las *llaves de la casa*. En medio de los combates cerca de Chataldja, Rusia comunicó a los búlgaros que, si entraban en Constantinopla, desplegaría su flota en el Bósforo. Bulgaria tuvo que resignarse. Al considerar imposible

romper la línea de Chataldja, los aliados balcánicos se prepararon para un armisticio. El 5 de diciembre de 1912 se firmó una tregua entre los aliados y Turquía, y el 17 de diciembre se inauguró en Londres la conferencia internacional. Las negociaciones de paz se desarrollaron bajo la supervisión y dirección de los embajadores de las *grandes potencias* y del ministro de asuntos exteriores británico, que actuaron como *mediadores* a petición de Turquía. La primera fase de las negociaciones (17 de diciembre de 1912 - 24 de enero de 1913) terminó sin resultados porque los turcos rechazaron la propuesta de ceder Andrinópolis, Escútari [Shkodër] y Jánina [Ioánina], que aún no habían sido conquistadas por los aliados. El 24 de enero de 1913 se reanudaron las acciones militares. El 26 de marzo, bajo la presión de búlgaros y serbios, cayó Andrinópolis y el 5 de abril los griegos conquistaron Jánina. El 23 de abril, el protector de Escútari, Esâd Pacha, llegó a un acuerdo con los montenegrinos y les cedió la ciudad. La conquista de Escútari por los montenegrinos provocó la reacción de Austria y Alemania, que amenazaron con entrar en combate, y las demás *grandes potencias* obligaron a Nicolás de Montenegro a ceder Escútari a un contingente internacional de ocupación. Mucho antes de este incidente, ante la creciente tensión entre los aliados, Bulgaria se había apresurado a concluir una tregua con Turquía. La Conferencia de Londres reanudó sus trabajos. El proyecto de acuerdo estaba listo a principios de mayo, pero los aliados, que ahora eran enemigos declarados, retrasaron su firma. Llegados a este punto, fue necesaria la intervención del principal promotor de la conferencia, el gobierno británico. El 26 de mayo, el ministro de asuntos exteriores británico, Sir Edward Grey, dijo a los delegados balcánicos: “Aquellos que deseen firmar un acuerdo preliminar sin modificaciones deben hacerlo inmediatamente. Por otra parte, los que no estén dispuestos a firmar, harían mejor en abandonar la conferencia, ya que no tiene sentido continuar una discusión que sólo conduciría a continuos aplazamientos”. El 30 de mayo de 1913 se firmó un acuerdo de paz entre Turquía, por una parte, y Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro (estados de la Liga Balcánica), por otra. En virtud de este acuerdo, Turquía perdió todos sus territorios europeos al oeste de la línea Enoz-Midyé, incluida Andrinópolis (artículo 2). Creta fue asignada a los Aliados (Artículo 4). La resolución de las cuestiones relativas a la frontera albanesa, y más en general a Albania, se dejó en manos de las grandes potencias (artículo 3), a las que correspondía “definir el destino de toda la zona, excepto Creta, las islas otomanas del mar Egeo y la península del monte Athos” (artículo 5). Todas las partes debían someter a la comisión internacional la regulación de las cuestiones financieras inherentes al cese de la guerra y a las cesiones territoriales (artículo 6). Con el artículo 3 del Tratado de Londres, que fue revisado, los representantes de Rusia, Alemania, Austria-Hungría, Francia, Gran Bretaña e Italia aprobaron en Londres, el 29 de julio de 1913, un “estatuto orgánico del estado albanés”. Albania fue proclamada principado soberano, independiente de Turquía y neutral, según el principio indicado por las grandes potencias (artículos 1, 2 y 3) y con una comisión internacional, formada por seis representantes de éstas y un albanés, para controlar la administración civil y financiera del territorio (artículo 4), así como con una gendarmería internacional (artículo 8).

<sup>136</sup> *Kannitverstan*. Se refiere a un personaje de un cuento, en otros tiempos enseñado en las escuelas alemanas, que tendría el don de la ubicuidad. Un alemán que no sabe holandés visita Holanda. A la vista de una suntuosa casa pregunta a un paseante el nombre del propietario y recibe esta respuesta: “*Kannitverstant*” (no comprendo). Plantea la misma pregunta a propósito de un gran almacén, de algunos barcos y, por fin, viendo pasar un largo cortejo fúnebre, pregunta quién es la persona que llevan a enterrar y en cada una de las ocasiones obtiene la misma respuesta. De vuelta a Alemania cuenta a sus amigos que el hombre más rico de Holanda es Herr Kannitverstan y que él ha sido testigo de sus funerales. Nota editor francés.

<sup>137</sup> *El caso "candente" del cónsul Prochaska*. Oscar Prochaska era cónsul austrohúngaro en Prizren (Kosovo) durante la Primera Guerra de los Balcanes. Con sus pandurs [guardias], se opuso a las tropas serbias que habían ocupado la ciudad. Las autoridades militares denunciaron esta situación en Belgrado y el embajador serbio en Viena protestó ante el ministro austriaco de Asuntos Exteriores. Este último pidió permiso a los serbios para enviar un correo a Prizren con el fin de recibir un informe directamente del cónsul. Los serbios rechazaron la petición del gobierno austriaco, alegando razones militares. Mientras tanto, al no recibir noticias de Prochaska, el gobierno austriaco decidió utilizar el incidente para amenazar a Serbia. La prensa austriaca difundió el rumor de que Prochaska había sido detenido y herido, que no se permitía a nadie verle, etcétera. Ya se hablaba de un ultimátum inevitable a Serbia y, por tanto, de guerra con Rusia. Sin embargo, en el momento más crítico, la redacción del periódico vienés *Neue Freie Press* telegrafió al primer ministro Pašić y al propio Prochaska para conocer el estado de salud del cónsul Prochaska, y recibió respuestas tranquilizadoras: Prochaska estaba ileso; su silencio se debía simplemente a la interrupción de las comunicaciones telegráficas con Prizren causada por la acción militar. Prochaska no sabía el revuelo que estaba armando el gobierno austriaco en torno a su persona.

<sup>138</sup> *Zadruga*. Familia numerosa o extensa. Comunidad rural basada en la familia patriarcal y la propiedad indivisible de la tierra. La zadruga de los eslavos del sur era análoga a otras formas de comunidades rurales muy extendidas entre los eslavos orientales, como la más conocida mir rusa.

<sup>139</sup> *Svetozar Marković*. Uno de los más eminentes socialistas serbios, miembro de la [Primera Internacional](#). Tras estudiar en San Petersburgo y Zúrich, Marković regresó a Serbia en la década de 1860 y se unió a la sociedad literario-política Omladina. Esta sociedad, fundada en 1861 en Gross-Kikinda [Velika Kikinda] por serbios de Hungría y Croacia, se dividió rápidamente en dos alas: el ala moderada, que aspiraba a la “libertad y prosperidad de los serbios”, y el ala radical, que aspiraba al socialismo. Svetozar Marković lideraba el ala izquierda de la Omladina radical. Publicó el [Manifiesto Comunista](#) en su periódico *Radnik* [El Obrero] a partir de 1865. En 1871 se vio obligado a cerrar su periódico por haber expresado su apoyo a la [Comuna de París](#) y duros ataques al ministro serbio Ristić. En todas las cuestiones, salvo en las relativas al problema eslavo, adoptó posiciones marxistas. En 1872 publicó el libro *Serbia en oriente*, en el que sostenía que el desarrollo de la zadruga podía conducir a la emancipación social de los eslavos del sur. En Kragujevac, Svetozar Marković consiguió crear un centro de actividad radical-socialista que, en poco tiempo, tuvo tal influencia de masas que se convirtió en objeto de persecución por parte del gobierno: los periódicos de Marković *Javosti* [Opinión Pública] y *Glas Javnosti* [Voz de la Opinión Pública] fueron clausurados, uno tras otro, y el propio Marković fue finalmente detenido y condenado a nueve meses de prisión. Su estancia en prisión empeoró definitivamente su salud. El 16 de noviembre de 1874, aquejado de tuberculosis intestinal, fue puesto en libertad. Se trasladó a Trieste, donde esperaba un cambio de clima. No pudo recuperarse y murió el 25 de febrero de 1875.

<sup>140</sup> El *complot de 1903*. Los favores de que gozaba la familia Obrenović (en el poder ininterrumpidamente en Serbia desde 1858 hasta principios del siglo XX) comenzaron a declinar en los primeros años del nuevo siglo. La naciente burguesía nacionalista, que aspiraba a una política de conquista para ampliar tanto su territorio como el número de contribuyentes, exigió al rey que tomara medidas enérgicas y se mantuviera firme frente a la coalición imperialista. Pedir al último de la familia Obrenović, Alejandro, que hiciera todo esto era inútil. El descontento que surgió entre los oficiales se convirtió en una conspiración militar. La noche del 10 de junio de 1903, los conspiradores entraron en el Palacio Real, asesinaron al rey Alejandro y a su esposa Draga y arrojaron sus cuerpos por la ventana del palacio. La Skupština se reunió e inmediatamente proclamó rey a Pedro I Karageorgević, hijo del príncipe Alejandro, que ya había sido exiliado en 1858.

<sup>141</sup> Referencia al conflicto entre España, Francia y Alemania por el control de Marruecos en la primera década del siglo XX. NDE.

<sup>142</sup> *La anexión de Bosnia y la toma de Trípoli*. De acuerdo con el Tratado de Berlín de 1878, dos provincias turcas, Bosnia y Herzegovina, fueron asignadas a Austria-Hungría mientras permanecían bajo la soberanía del sultán. Austria vio en estas provincias un excelente trampolín para alcanzar el objetivo que más le interesaba: el acceso al mar Egeo. Todas sus negociaciones diplomáticas con las potencias implicadas, e incluso antes con Rusia, iban encaminadas a este objetivo, incluso en la época del Congreso de Berlín. Rusia, que soñaba con poseer las llaves de la casa, es decir, Constantinopla y los Estrechos, apoyó estos planes con el objetivo de concluir un acuerdo con Austria-Hungría. Poco antes de la anexión, la cuestión de Bosnia se expuso con determinación en el memorando secreto que el ministro de asuntos exteriores, Isvolsky, entregó al embajador austriaco el 19 de junio de 1908. En este memorándum, el gobierno zarista, a cambio del acuerdo tácito de Austria de no oponerse a la apertura de los estrechos a la flota militar rusa (primer paso hacia la toma del Bósforo y los Dardanelos), se declaraba dispuesto a reconocer los derechos de Austria-Hungría sobre Bosnia-Herzegovina. En la reunión entre los ministros de asuntos exteriores ruso y austriaco de los días 15 y 16 de septiembre de 1908, Isvolsky confirmó al barón Aerenthal que “Rusia no irá a la guerra” por Bosnia. Así pues, una vez preparado el terreno y considerando que era el momento más propicio, dadas las dificultades internas en las que se debatía Turquía tras la revolución, el 5 de octubre de 1908 Austria, con los decretos imperiales emitidos por los ministros de asuntos exteriores y finanzas, proclamó la anexión de Bosnia-Herzegovina y, al mismo tiempo, la retirada de sus tropas del Sandjak de Novi Pazar (provincia que separaba Serbia de Montenegro y que tenía un importante valor estratégico). En virtud del Tratado de Berlín, Austria tenía derecho a estacionar allí sus tropas. La retirada de sus tropas del Sandjak y la simultánea declaración y proclamación de la independencia de Bulgaria, sin duda bajo influencia austriaca, tenían un doble propósito: por un lado, Austria quería suavizar la impresión negativa que la anexión podría haber causado en Europa, mientras que, por otro, quería asustar a Turquía (con la creación de una Bulgaria independiente) y aliviar el dolor de la anexión (retirando sus tropas del Sandjak). Sin embargo, la situación empeoró por la firme oposición de Serbia, que corría el peligro de quedar bajo el yugo económico de Austria con la anexión de Bosnia-Herzegovina. En consecuencia, presionado por los círculos dominantes rusos que, desconocedores de los secretos diplomáticos, se creían engañados por Austria, el gobierno zarista intentó protestar ante las grandes potencias contra la anexión y solicitó la convocatoria de una conferencia europea. Sin embargo, pronto quedó claro que tal conferencia no habría cuestionado el problema, sino que se habría limitado a constatar el hecho consumado. En cualquier caso, Rusia no podía contar con la apertura del estrecho debido a la oposición de las demás potencias, especialmente Inglaterra. Por otra parte, Austria decretó la movilización parcial y amenazó con la guerra si

Serbia no renunciaba. El ultimátum presentado al gobierno zarista el 25 de marzo de 1909 por el embajador alemán en San Petersburgo, en el que el gobierno de Berlín exigía a Rusia el cese inmediato del conflicto con Austria y el reconocimiento de la anexión, fue decisivo. En cuanto a Turquía, intentó protestar boicoteando los productos austriacos, pero finalmente tuvo que resignarse a los hechos consumados y el 26 de febrero de 1909 firmó un acuerdo con Austria por el que se reconocía la anexión. Inmediatamente después, Turquía fue saqueada por otra potencia imperialista, Italia, cuyos objetivos colonialistas se dirigían a las posesiones turcas norteafricanas de Trípoli y Cirenaica. Una vez sometidas económicamente estas regiones, Italia empezó a insistir en su anexión total. En 1901 había obtenido el consentimiento de Francia a cambio del reconocimiento de los derechos franceses sobre Túnez. El acuerdo tácito de anexionar Tripolitania a Italia estaba contenido en el acuerdo anglo-francés de 1904 y fue confirmado por la Conferencia de Argel de 1906. La revolución de los Jóvenes Turcos y el comienzo de la desintegración del imperio otomano permitieron a Italia poner en marcha sus planes. Italia llegó a un acuerdo definitivo con Rusia (el Acuerdo de Racconigi de 1909, que prometía una actitud benévola hacia los intereses italianos en Trípoli y Cirenaica a cambio de una actitud similar por parte de Italia hacia los intereses rusos en el estrecho) y se preparó para la acción militar. El 27 de septiembre de 1911, utilizando como pretexto los malos tratos infligidos a algunos súbditos italianos por las autoridades turcas y los obstáculos que éstas ponían a su comercio, el gobierno italiano pidió a la Puerta que autorizara la ocupación italiana de la Tripolitana. Ante la negativa, Italia declara la guerra el 29 de septiembre. A pesar de la feroz defensa de turcos y árabes, que obtuvieron una serie de victorias, la superioridad numérica de los italianos y, sobre todo, el apoyo de su flota, no dejaron lugar a dudas sobre el resultado de la guerra. El 12 de marzo de 1912, con la derrota de los turcos en la batalla de las *Doce Palmas*, la guerra en África llegó prácticamente a su fin. Para obligar a Turquía a firmar rápidamente el tratado de paz, la flota italiana llevó a cabo una serie de maniobras, presentándose frente a Beirut, intentando bloquear los Dardanelos y conquistando Rodas y las islas del Dodecaneso. Como resultado, ante la amenazadora situación que se desarrollaba en los Balcanes, los turcos se vieron obligados a rendirse y firmar el tratado de paz. El 15 de octubre se firmó en Lausana un acuerdo secreto italo-turco, según el cual, para preservar el prestigio del sultán, Turquía debía conceder espontáneamente la plena autonomía a Trípoli y Cirenaica, y sólo entonces el rey italiano podría declarar la anexión. Con el acuerdo de paz definitivo firmado el 18 de octubre [Tratado de Ouchy], las tropas turcas debían retirarse de África, mientras que los italianos debían devolver las islas que ocupaban (cosa que no hicieron) y asumir la parte tripolitana de la deuda estatal del imperio otomano.

<sup>143</sup> “Los negocios son los negocios”, en francés en el texto. NDE- EIS.

<sup>144</sup> Diferencia entre el tipo de cambio de dos monedas y su relación de cambio teórica basada en la paridad del oro. NDE.

<sup>145</sup> [Primera Internacional](#). [Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\)](#) y [Liga de los Comunistas](#) en estas mismas EIS.

<sup>146</sup> *La revuelta de Zaječar* (llamada también Timočka buna, revuelta de Timok). Revuelta campesina en la provincia de Zaječar, en la Serbia oriental, contra el gobierno serbio. La revuelta fue organizada por el partido radical, constituido en 1881, que se declaraba continuado de Svetozar Marković. Los radicales, a cuya cabeza estaba entonces Pašić, lanzaron determinadas reivindicaciones contenidas en su programa: reformas internas, política exterior independiente (de Austria, bajo cuya influencia se encontraba entonces Serbia) y unión de todos los serbios. Las elecciones de la *Skupština*, durante el otoño de 1883, a pesar de todos los esfuerzos del gobierno conservador, dieron una gran mayoría de votos a los radicales. Así, el rey Milan decidió disolver la *Skupština* y encargó al monárquico (exmariscal) Krstić que formase gobierno. Este último puso en marcha la represión, hizo arrestar a los radicales notorios e impuso a la población la presentación de las armas. Esta última medida provocó una gran indignación entre los campesinos, ya descontentos con el gobierno. En la circunscripción de Zaječar el descontento llegó hasta la revuelta armada. Milan movilizó contra los insurgentes a casi la mitad del ejército serbio bajo el mando del general Nicolíć. Tras una serie de conflictos sangrientos, las tropas gubernamentales desalojaron a los insurgentes de las ciudades que ocupaban: Zaječar, Knjaževac y Aleksinak. Fueron capturados y ejecutados numerosos miembros del partido radical. Todo el comité radical belgradés fue arrestado y acusado de lata traición. Solamente algunos elementos, entre ellos Pašić, lograron refugiarse en el extranjero. *La revuelta de Zaješar* fue seguida de años de feroz represión; se decretó el estado de sitio en las provincias que fueron el teatro de los amotinamientos; las leyes sobre la libertad de prensa y de reunión fueron suspendidas y se instauraron tribunales especiales.

<sup>147</sup> *Odeskie Novosti*, número 8.902, 19 de diciembre de 1912, 1 de enero de 1913; *Noticias de Odesa*, periódico editado en Odesa por el primo de Trotsky, el liberal Moeseij Filippovc', con cuya familia habitó Trotsky durante sus estudios secundarios.

<sup>148</sup> Denominación antigua de los suevos. Alemanes por extensión. NDE.

<sup>149</sup> Toma por regla ocupar a las mentes confusas / con guerras en el extranjero / que la acción ejecutada lejos de aquí / borra el recuerdo de los días pasados... EIS.

<sup>150</sup> En francés en el original. Golpe de estado. NDE.

<sup>151</sup> En esta misma obra en el Segundo Capítulo (V) de la Segunda Parte.

<sup>152</sup> Defensa nacional. Asociación serbo-croata en Bosnia. NDE.

<sup>153</sup> Asociación serbia que apadrinaba la unión de los eslavos del sur. NDE.

<sup>154</sup> *Radko Dmitriev*. General del ejército búlgaro. Estudió en la academia rusa del estado mayor. Se distinguió durante la guerra de 1912-1913 contra los turcos, después devino embajador búlgaro en Rusia. Con el inicio de la guerra imperialista, Radko Dmitriev se puso al servicio de la Rusia zarista y fue nombrado comandante del Octavo Cuerpo de Ejército. A consecuencia de ello mandó el III y el XII ejércitos. En 1918, fue fusilado por orden de la Checa en la ciudad de Pjatigorsk.

<sup>155</sup> Acuerdo austro-serbio de 1881. A pesar de los grandes éxitos del ejército serbio durante la guerra de 1877, como la ocupación de Niš y Pirot y su entrada en la llanura de Kosovo, Serbia obtuvo pocas ventajas del Acuerdo de San Stefano o del Tratado de Berlín. Todos los intentos serbios de asegurar las regiones meridionales, que ya habían sido conquistadas por la fuerza de las armas, fueron rechazados por la firme oposición de la Rusia zarista, cuyo principal objetivo era asegurar mayores fronteras para Bulgaria, que los diplomáticos rusos veían como la futura “provincia transdanubiana”. El gobierno ruso también esperaba poder ofrecer a Bulgaria regiones como la Vieja Serbia [Kosovo], que siempre habían sido codiciadas por Serbia. Por tanto, era natural que, para lograr sus propios objetivos, la naciente burguesía serbia buscara el apoyo, no de Rusia, sino de su viejo enemigo: Austria-Hungría. El Imperio Austro-húngaro empujó a los serbios hacia Macedonia, tanto para desviar la atención de Serbia de Bosnia-Herzegovina como para actuar de baluarte contra Bulgaria, que estaba a punto de convertirse en vasallo ruso. Por todas estas razones, inmediatamente después de la guerra de 1877-1878 se produjo un acercamiento entre Serbia y Austria, que se concretó el 28 de junio de 1881 con el acuerdo de alianza serbio-austriaco firmado por Mijatović por Serbia y Herbert Ratkeal por Austria-Hungría. En virtud de este acuerdo, los dos gobiernos se comprometían a “promover una política de amistad recíproca” (artículo 1) y a no permitir ningún tipo de maniobra contra el aliado en sus propios territorios (compromiso que, para Serbia, se aplicaba también a Bosnia-Herzegovina y al *sandjak* de Novi Pazar que estaban ocupados por Austria) (artículo 8). Austria-Hungría se comprometió, en caso de proclamación del Reino de Serbia, a reconocerlo y también a favorecer su reconocimiento por las demás potencias (artículo 3) y, de forma más general, a “defender los intereses de Serbia ante los demás gobiernos europeos”. A cambio, Serbia declaró que “sin un acuerdo preliminar con Austria-Hungría... no concluiría ninguna negociación ni firmaría acuerdos políticos con otros gobiernos, que no permitiría la entrada en su territorio de ninguna fuerza armada extranjera, regular o irregular, ni siquiera en forma de ejército de voluntarios” (artículo 4: se refería aquí a Rusia, que en 1876 había enviado a Serbia una división de voluntarios comandada por Černaev). En caso de guerra con una tercera potencia, ambas partes se comprometían a observar una “neutralidad benévola” (artículo 5) y a firmar un acuerdo para una posible acción militar (artículo 6). El artículo 7, el más importante para los serbios, preveía la aprobación de Austria-Hungría en caso de expansión territorial serbia hacia el sur (excluido el *sandjak* de Novi Pazar) y, en cualquier caso, el compromiso de Austria-Hungría de “hacer todo lo posible para que las demás potencias estén en buena disposición hacia Serbia”. Los demás artículos se referían a los plazos de validez del acuerdo, repartidos en 10 años, y a su carácter confidencial (artículo 9). El 9 de febrero de 1889, este artículo se prorrogó 6 años más. Posteriormente, el reequilibrio y la formación de nuevas agrupaciones entre las potencias imperialistas empujaron a los serbios en una nueva dirección antiaustríaca. Así, a finales del siglo XX, Serbia cayó en la órbita de la Rusia zarista.

<sup>156</sup> Nicolas Petrović Njegoš. NDE.

<sup>157</sup> *Noticias de Cetinje*. NDE.

<sup>158</sup> El *proceso Ferrer*. Francisco Ferrer, ciudadano español, fue un destacado activista liberal. Profesor y médico, fundó la revista barcelonesa *Escuela Moderna*. En julio de 1909, durante la sublevación de Barcelona, fue detenido. Acusado de combatir la religión y participar activamente en la insurrección, fue juzgado por un tribunal militar. El juicio de Ferrer se llevó a cabo en total violación de las normas más elementales del procedimiento judicial. A pesar de la total falta de pruebas de la participación de Ferrer en la sublevación de Barcelona, el tribunal lo declaró culpable y lo condenó a muerte. Fue fusilado el 13 de octubre de 1909. Su ejecución provocó la indignación de todo el movimiento socialista y de la izquierda liberal europea. En todas partes se celebraron grandes reuniones en las que se aprobaron resoluciones de protesta contra el crimen del gobierno español. La oleada de manifestaciones contra el asesinato de Ferrer se extendió hasta España. En Barcelona, el fiscal que había condenado a Ferrer fue asesinado. Las protestas se extendieron tanto que el gobierno, formado por elementos abiertamente reaccionarios, dimitió y fue sustituido por un ministerio liberal.

<sup>159</sup> Del serbio *Crna Gora*, que significa montaña negra. NDE.

<sup>160</sup> *El joven turco*. NDE.

<sup>161</sup> En francés en el original. “Ustedes son nuestros amigos, ¿no?” EIS- NDE.

<sup>162</sup> En francés en el original. NDE.

<sup>163</sup> *La mañana*. NDE.

<sup>164</sup> *Nemirovič-Dančenko Vasilij I.* Nacido en 1848. Escritor ruso, autor de una serie de relatos de viajes. Escribió corresponsalías desde el teatro de la guerra entre Rusia y Turquía (1877-1878). Durante la guerra ruso-japonesa, envió una serie de artículos desde Manchuria, que gozaron de gran popularidad entre los lectores. Durante la Primera Guerra de los Balcanes, fue corresponsal del periódico vienés *Reichspost*, pero también escribió artículos para *Russkoe Slovo* [La palabra rusa] y otros periódicos. Durante la Segunda Guerra de los Balcanes, adoptó una postura dura contra los serbios y utilizó sus artículos para intentar dirigir la simpatía de la opinión pública rusa hacia Bulgaria. Entre sus obras más importantes figuran *La tormenta*, *El monje*, *La familia de los héroes épicos* y *El festín de los lobos*.

<sup>165</sup> Créanme ustedes, señores.

<sup>166</sup> *Nota conjunta de las cuatro potencias balcánicas* (de tres, para ser precisos, dado que para entonces Montenegro ya había roto relaciones diplomáticas con Turquía y había iniciado sus operaciones militares). Fue enviada a la Puerta por los representantes de Bulgaria, Serbia y Grecia el 30 de septiembre de 1912. La nota era en realidad un ultimátum y afirmaba que era deber de Europa resolver la cuestión balcánica. Se dirigía directamente al Sultán, pidiéndole que aplicara inmediatamente las reformas previstas en el artículo 23 del Tratado de Berlín. A la nota se añadía una "lista explicativa" de las exigencias de los estados balcánicos: "1) Confirmación de la autonomía nacional de los pueblos del Imperio con todas las consecuencias consiguientes; 2) Representación proporcional de cada pueblo en el parlamento turco; 3) Posibilidad de acceso de los cristianos a todos los cargos públicos en las regiones habitadas por ellos; 4) reconocimiento de todas las escuelas pertenecientes a la comunidad cristiana con el mismo reconocimiento que las escuelas turcas; 5) compromiso de la Sublime Puerta de no alterar el carácter étnico y la composición de las regiones del Imperio Otomano con nuevos asentamientos de musulmanes; 6) llamada a filas de los cristianos locales en destacamentos con personal cristiano. Suspensión del reclutamiento hasta que se hayan formado estos destacamentos; 7) reorganización de las gendarmerías de los *valiatos* de la Turquía europea bajo el mando efectivo de organizadores belgas y suizos; 8) el compromiso de nombrar *vali* [gobernadores] suizos o belgas en los *valiatos* habitados por cristianos, debiendo sin embargo las potencias aprobar la elección; 9) la constitución de un alto consejo bajo el Gran Visir, compuesto a partes iguales por cristianos y musulmanes, con el fin de verificar la aplicación de las reformas anteriores. Los embajadores de las grandes potencias y los ministros de los cuatro estados balcánicos se comprometen a seguir la marcha de los trabajos del consejo". En respuesta, la Puerta llamó a sus embajadores.

<sup>167</sup> *La guerra de 1859*. Supuso la unificación de Italia, que durante el Congreso de Viena (1815) había quedado dividida en numerosos pequeños estados independientes y privada de Lombardía y Venecia, ocupadas por Austria. Los preparativos para la liberación de Italia contaron con el apoyo de dos fuerzas diferentes: por un lado, la agrupación de republicanos revolucionarios liderada por el condotiero de las Camisas Rojas, Garibaldi, y por otro, el gobierno del Reino de Cerdeña bajo la dirección de un eminente estadista de la época: Cavour. Cavour, nombrado primer ministro del Reino de Cerdeña en 1852, dirigió una enérgica campaña a favor de la guerra contra Austria, con el objetivo de separar las provincias italianas de Austria y unir toda Italia bajo el poder de la casa de Saboya. Ya en 1855, Cavour implicó al reino de Cerdeña en la guerra de Crimea, que carecía de interés para Italia, con el único objetivo de lograr una alianza con Inglaterra y Francia. La alianza con Francia fue concluida por Cavour y Napoleón II en Plombières (verano de 1858). En virtud de este acuerdo, Francia se comprometía a apoyar al Piamonte en su conflicto con Austria a cambio de que Italia se comprometiera a ceder Niza y Saboya. Del mismo modo, Cavour, consciente de que no podía rechazar la ayuda de los revolucionarios italianos, acordó con Garibaldi emprender una acción conjunta, manteniendo a Napoleón III al margen de este acto, del mismo modo que había ocultado a Garibaldi el acuerdo de Plombières. En la primavera de 1859, las tensiones entre el reino de Cerdeña y Austria aumentaron y, a finales de abril, tras rechazar Cavour el ultimátum austriaco de desmovilización, comenzaron las operaciones militares. Francia y Garibaldi se pusieron inmediatamente del lado del reino de Cerdeña; los aliados lograron una brillante victoria sobre los austriacos en la batalla de Solferino (junio de 1859), decisiva para el resultado de toda la campaña. Sin embargo, como consecuencia de la política indecisa de Napoleón, el 11 de julio de 1859 se firmó en Villafranca un acuerdo preliminar de paz, por el que Austria se comprometía a ceder Lombardía, pero conservaba Venecia, y obtenía la devolución de los ducados de Toscana y Módena a sus *legítimos propietarios*, que habían sido expropiados tras los fracasos iniciales de los austriacos. Austria también obtuvo la retención de Roma por parte del Estado Pontificio. La Paz de Villafranca provocó una indignación generalizada en Italia. Cavour dimitió. Garibaldi decidió hacer marchar sus tropas sobre Roma con el objetivo de incorporarla al reino de Cerdeña, pero se vio obligado a abandonar el proyecto bajo la presión del rey Víctor Manuel. En 1866, durante la guerra austro-prusiana, Italia intervino del lado de Prusia, apoyando sus reivindicaciones y ganando Venecia (Paz de Viena, 3 de octubre de 1866). Por último, durante la guerra franco-prusiana, Italia consiguió la retirada del Estado Pontificio de las tropas francesas, que habían estado de guarnición allí

durante veintiún años, y el 20 de septiembre de 1870, el ejército nacional italiano entró en Roma, completando así la unificación de Italia.

<sup>168</sup> Ciudad de la Rusia central. NDE.

<sup>169</sup> Hombres de negocios, derivando del término alemán “Geschäft” (negocio). NDE.

<sup>170</sup> Ver más arriba: “[Los partidos políticos y la guerra \(dos monólogos\)](#)”. EIS.

<sup>171</sup> La Bulgaria de San Stefano. Este lugar está asociado al intento fallido de Rusia en 1878 de crear una Gran Bulgaria: una Bulgaria *de una mar a la otra*. El 3 de marzo de 1878, tras la victoria del ejército ruso que había llegado a las puertas de Constantinopla, se concluyó en San Stefano un acuerdo de paz (firmado por Ignátiev y Nelidov por Rusia y por Savfet y Sadullah por Turquía). Los artículos de este tratado reconocían la autonomía de Bulgaria sobre un territorio que comprendía Bulgaria, Rumelia Oriental y una gran parte de Macedonia, así como su acceso tanto al mar Negro como al Egeo (art. 6). También se concedió a Bulgaria la posibilidad de elegir un príncipe y redactar su propia constitución, tarea asignada a una “asamblea de personalidades eminentes” bajo la supervisión de un comisario ruso que debía supervisar “la labor del nuevo gobierno” durante un periodo de dos años (art. 7). El acuerdo estipulaba asimismo la retirada de las tropas otomanas de Bulgaria, que pasaría a estar bajo la égida de Rusia (art. 8). Bulgaria se comprometía a pagar una indemnización a Turquía, cuyo importe se determinaría con el acuerdo de Rusia, la Puerta y otros gobiernos (art. 9). La Bulgaria de San Stefano no se consideró viable. Las grandes potencias revisaron el acuerdo durante el Congreso de Berlín, lo que condujo a que la Gran Bulgaria se redujera en casi un tercio.

<sup>172</sup> “En marcha, en marcha, Lozengrad es nuestro”. NDE.

<sup>173</sup> “*Muro de Anastasio*”. Fortificación construida por el emperador bizantino Anastasio I el Silencioso, construida a principios del siglo V para proteger Constantinopla de las incursiones búlgaras. “*Tsarigrad*”: “... y si llama a Constantinopla su Tsarigrad, o Ciudad Imperial, es tanto en previsión de que el zar ortodoxo venga del norte y entre en ella para restaurar la verdadera fe, como en recuerdo del zar ortodoxo que la poseía antes de que los turcos invadieran la ciudad.” Federico Engels, “[[Política británica](#)] [[Europa y Turquía](#)]”, página 5 del formato pdf, en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#). N. E – EIS.

<sup>174</sup> Esperad, esperad. NDE.

<sup>175</sup> *MacMahon* (1808-1893). Militar francés que llegó a presidente de la república. Mandó el asalto a la colina Malakoff (Kurgan) durante la campaña de Crimea de 1855. Participó como general en la guerra italiana [1859, segunda guerra de independencia] y en 1864 fue nombrado gobernador de Argelia. A inicios de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, mandó el I Cuerpo del ejército francés. El 1 de septiembre de 1870, junto a sus tropas, cayó prisionero de los alemanes durante la batalla de Sedan. DE vuelta a Francia, MacMahon dirigió a las tropas reaccionarias durante la represión de la insurrección de los comuneros parisinos en mayo de 1871 [[La Comuna \(Comunas de París y Lyon\)](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)] En 1873 fue elegido presidente de la república gracias a un fuerte apoyo monárquico y clerical. Aspirante a la restauración monárquica, MacMahon estuvo en el origen de todas las intrigas antirrepublicanas. En 1877, procedió a la disolución de las cámaras; después, a consecuencia de una vasta campaña dirigida contra él, fue derrotado en las elecciones y tuvo que dimitir.

<sup>176</sup> La guerra desarrollada en Manchuria entre 1904 y 1905, entre Rusia y Japón; guerra en la que venció Japón. NDE.

<sup>177</sup> *El mundo*. NDE.

<sup>178</sup> *La mañana, El discurso*. NDE.

<sup>179</sup> *Correspondencia de la tarde, El diario, Las noticias diarias*. NDE.

<sup>180</sup> *La bandera*. NDE.

<sup>181</sup> *La voluntad, El derecho del pueblo, La tribuna de los Balcanes*. NDE.

<sup>182</sup> *El pueblo, La revista obrera*. NDE.

<sup>183</sup> Ver al respecto los artículos “[Un país atrasado](#)”, “[El parlamentarismo búlgaro](#)” y “[Democracia y absolutismo](#)”, de la sección V de este mismo capítulo, o enlazando más arriba desde los títulos en nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano \(Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas\)](#).

<sup>184</sup> Divinidad griega de la inteligencia y el comercio. NDE.

<sup>185</sup> En francés en el texto original. NDE.

<sup>186</sup> ¡A las armas! NDE.

<sup>187</sup> Combatiente. NDE.

<sup>188</sup> Panes planos que parecen hogazas. NDE.

<sup>189</sup> En francés en el original. NDE.

<sup>190</sup> Región del imperio ruso en la costa del mar Negro con su centro en la ciudad de Yekaterinoslav, engloba las ciudades de Odesa, Táurida, Rostov, Stavropol y limita con Ucrania, el Cáucaso, la región central de las Tierras Negras y del Volga. NDE.

<sup>191</sup> Roedor de la familia de los esciúridos parecidos a una marmota. NDE.

<sup>192</sup> Antigua unidad de medida rusa equivalente a 71,12 centímetros. NDE.

<sup>193</sup> Sion. Una de las colinas sobre las que se erigió Jerusalén. El sionismo, movimiento político por la reconstitución de un estado judío en Palestina, fue fundado en 1896 por Teodoro Herzl (1860-1904), cuyo libro publicado en 1896, *El estado judío*, sostenía que la solución a la cuestión judía era la constitución de un estado judío; convocó en Basilea el primer congreso sionista (29 de agosto de 1897). El congreso fundó la Organización Sionista Mundial y aprobó un programa favoreciendo la emigración de judíos a Palestina.

<sup>194</sup> [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#), en estas mismas EIS.

<sup>195</sup> Čariko NV subsecretario del ministerio de asuntos exteriores de la Rusia zarista. El 25 de mayo de 1909 fue nombrado embajador en Turquía. Según Vitte, Čarikov era, en todos los aspectos, un hombre muy mediocre. Hartvig N.G. Eminente diplomático zarista. En 1905 fue embajador en Persia. Durante la revolución persa de 1907, envió un memorándum al Majlis persa en el que afirmaba que Rusia no tenía intención de derrocar al Majlis revolucionario y justificaba el envío de tropas a territorio persa por la necesidad de defender a los súbditos rusos en Persia. A partir de 1909, Hartvig fue embajador en Serbia.

<sup>196</sup> Danaev Stojan. Nacido en 1858. Miembro del partido liberal-progresista (tzankovista), entró en el gobierno búlgaro en 1901 como ministro de asuntos exteriores, en sustitución de Karavelov. En enero de 1902, Danaev se convirtió en primer ministro. En lo más alto de su agenda estaba el fortalecimiento de los lazos entre Rusia y la “pacificada” Macedonia. Tras la insurrección de 1902 en Macedonia, presionado por Europa, tomó medidas drásticas para impedir que las organizaciones revolucionarias macedonias se fortalecieran y organizaran un nuevo levantamiento. Las secciones macedonias de la ORIM fueron clausuradas y las principales figuras del movimiento (Mihaflov, Tzonev, etc.) fueron detenidas. Pero el éxito del levantamiento de masas en Macedonia en 1903 obligó a Danaev a dimitir para dejar paso a los estambulovistas. Volvió al poder tras la Conferencia Internacional de Londres y adoptó una postura intransigente hacia Serbia, posición que mantuvo hasta el estallido de la Segunda Guerra Balcánica, cuando, al cabo de un mes, se vio obligado de nuevo a dimitir debido a los fracasos militares de Bulgaria.

<sup>197</sup> Berchtold Léopold. Nacido en 1863. Político austriaco. En 1906 fue nombrado embajador en Rusia. En 1912, tras la muerte de Aerenthal, fue nombrado ministro de asuntos exteriores. Como tal, contribuyó a reactivar la Triple Alianza (Austria, Alemania e Italia). En 1914, tras el asesinato del Archiduque Fernando en Sarajevo, instó enérgicamente a la aplicación de medidas extremadamente duras contra Serbia. Tras el estallido de la guerra, intentó a toda costa que Italia y Rumanía se pusieran del lado de Alemania y Austria. En 1915 dimitió. En 1918, la revolución en Austria le obligó a emigrar a Suiza.

<sup>198</sup> Tuvieron lugar en Macedonia durante el otoño de 1912 y contribuyeron mucho a aumentar las tensiones entre Bulgaria y Turquía. NDE.

<sup>199</sup> ORIM (Organización Revolucionaria Interior Macedonia) (VNRO en macedonio y búlgaro) fundada en 1893. Ver también artículo siguiente “Los chetniks y la guerra”. NDE.

<sup>200</sup> Venizelos Eleutherios. Nacido en 1864 en Creta, donde estudió y ejerció como abogado. Líder del partido liberal, fue elegido diputado al parlamento griego. Fue nombrado primer ministro en varias ocasiones. En 1912, participó activamente en la formación de la Liga de los Balcanes y alentó la participación de Grecia en la guerra. En cuanto a sus convicciones políticas, Venizelos era sin duda un expansionista de orientación anglo-francesa. Desde el comienzo de la [Primera] Guerra Mundial, abogó enérgicamente por la intervención griega en el bando de la Entente y, con este fin, libró una encarnizada lucha contra el rey germanófilo Constantino, partidario de las potencias centrales, y consiguió su abdicación. El regreso de Constantino al trono (1920) obligó a Venizelos a abandonar Grecia. Tras la derrota del ejército griego frente a los turcos, reanuda su actividad política: representa a Grecia en la Conferencia de Lausana (1923) y a principios de 1924 vuelve a ser primer ministro. A continuación, abandona Grecia y sigue en el extranjero (verano de 1926). [Regresa a Grecia y es primer ministro de 1928 a 1932; en 1935, tras el fracaso de un levantamiento republicano, vuelve al exilio].

<sup>201</sup> *Pons asinorum*. Expresión utilizada en la escolástica medieval para indicar todas las figuras que ayudan intuitivamente a comprender relaciones lógicas abstractas. Por extensión, se refiere a una dificultad que pone a prueba a los profanos o principiantes y que hay que superar para alcanzar o demostrar un buen nivel de preparación en una materia. Un ejemplo de este tipo de dificultad para los estudiantes era la quinta proposición de Euclides o teorema de Pitágoras. Marx utilizó esta expresión en su artículo “[Kossuth y Mazzini. - Intrigas del gobierno prusiano. - Tratado comercial austro-prusiano. - El 'Times' y la emigración](#)” (*Ne-York Daily Tribune*, 4 de abril de 1853 [escrito el 18 de marzo, en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#)]), escribió en él: “En mi próxima carta trataré de esta eternamente recurrente cuestión oriental, el *pons asini* de la diplomacia europea”.

<sup>202</sup> Béranger. En la canción “Les myrmidons ou les funérailles d'Achille”, el poeta y cantautor francés Pierre Jean de Béranger (1780-1857) retrató alegóricamente a los vanidosos e incapaces gobernantes de la Francia de la Restauración y a los partidarios del legitimismo en Europa mediante el uso de los mirmidones. Los mirmidones eran un pueblo legendario de Tesalia que luchó bajo el mando de Aquiles en la guerra de Troya.

Pero la palabra mirmidón también significa “hombre pequeño” en francés, u “hombre insignificante” en sentido figurado.

<sup>203</sup> Esta cita está tomada del artículo “[Política británica] [Europa y Turquía]”, en el *New-York Daily Tribune* del 7 de abril de 1853. Con ocasión de la guerra de Crimea (a), Marx y Engels se preocuparon por la cuestión de oriente. Engels estudió en detalle la historia de todas las nacionalidades de oriente, su cultura y condiciones de vida, y con este fin se dedicó a aprender lenguas orientales. La gran mayoría de los artículos de Marx y Engels que aparecieron en el *New York Daily Tribune* no volvieron a publicarse en vida de ambos. La parte relativa a Turquía se incluyó en la colección *La cuestión oriental. Una reimpresión de artículos escritos en 1853-1856 sobre los acontecimientos de la guerra de Crimea*, publicada en Londres en 1897 bajo la dirección de Eleanor Marx y su marido Edward Aveling. En ella Marx fue identificado como el autor de todos estos escritos. Con la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels (en septiembre de 1913, en cuatro volúmenes en alemán), se pudo establecer que los párrafos sobre política británica eran de Marx, mientras que el relativo a Turquía era de Engels. En general, el estudio de la *Correspondencia* permitió establecer que varios de los artículos publicados en el *New-York Daily Tribune*, atribuidos hasta entonces a Marx, habían sido escritos por Engels. N. E. “[Política británica] [Europa y Turquía]”, páginas 1 y 2 del formato pdf en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.](#)] (a) La guerra de Crimea (octubre de 1853-enero de 1856). Conflicto entre el imperio ruso y el imperio otomano, apoyado este último, a partir de 1854, por la intervención de Francia y Gran Bretaña, luego del Piamonte. La caída de la fortaleza rusa de Sebastopol (septiembre de 1855) y un ultimátum de Austria (unida a Londres y París) obligaron a Rusia a pedir la paz. El Congreso de París (1856) fijó condiciones onerosas para Moscú.

<sup>204</sup> *Ibidem.*

<sup>205</sup> “Brama, Marica”. El Marica es un río de Bulgaria que desemboca en el mar Egeo, tras bañar Andrinópolis (en la Tracia turca). Hoy en día señala la frontera en Grecia y Turquía. NDE.

<sup>206</sup> La insurrección de masas de 1903 en Macedonia. Fue dirigida por la llamada “Organización Interna” bajo un líder búlgaro muy popular, Sarafov. El 29 de abril de 1903 fue volado el banco otomano de Salónica. La insurrección alcanzó su punto culminante en agosto, cuando toda Macedonia fue ocupada por los insurrectos. Los albaneses también se sublevaron. El número total de combatientes ascendía a treinta mil. A fin de “pacificar” la provincia, el Inspector General de Macedonia, Hüseyin Hilmi Pachá, que había sido nombrado para el cargo sólo un año antes (8 de diciembre de 1902), no intervino. En Bulgaria, bajo la presión de la opinión pública, cayó el gobierno de Danaev y subieron al poder los estambulovistas, que exigían una mayor independencia en las relaciones con Rusia y un mayor apoyo a los macedonios. El nuevo gobierno comenzó a movilizar al ejército y, en septiembre, el primer ministro y general Petrov envió una nota a la Puerta con una inequívoca amenaza de guerra. Esta situación fue considerada por las potencias como el momento más oportuno para interferir en la cuestión macedonia. El 2 de octubre, en el castillo de Mürzsteg, Austria y Rusia firmaron un programa de reformas que incluía el establecimiento en Macedonia de una gendarmería extranjera controlada por inspectores generales que actuaban como consejeros extranjeros. Los dos países también presionaron al gobierno búlgaro para que dejara de apoyar a los insurgentes macedonios, y así fue como el movimiento llegó a su fin en el invierno de 1903-1904. El 8 de abril de 1904, Bulgaria firmó un acuerdo con la Puerta que preveía una amnistía para los refugiados macedonios en Bulgaria, la desmovilización de las tropas de ambos ejércitos y la obligación del gobierno búlgaro de impedir la formación de comités y grupos insurgentes en el futuro.

<sup>207</sup> El acuerdo de Reval [Tallin]. Tras el fracaso de su aventura en Manchuria [1904-1905], que había bloqueado su ruta hacia Extremo Oriente, el gobierno zarista retomó su política tradicional en Oriente Próximo, basada en el desmembramiento de Turquía. Al mismo tiempo, Inglaterra cambió de planteamiento. Hasta entonces, había apoyado el principio de “no injerencia” para poner un límite infranqueable a la política rusa hacia el Imperio Otomano, temiendo la tendencia expansionista del zarismo. Sin embargo, si por un lado estaba convencida de la debilidad de la Rusia zarista, por otro temía a un adversario mucho más serio en Oriente Próximo: Alemania, que tenía interés en proteger sus capitales invertidos en Turquía (sobre todo tras el inicio de la construcción de la línea ferroviaria de Bagdad). Gran Bretaña se convirtió así en el más decidido defensor del principio de intangibilidad del Imperio Otomano y optó por concluir un acuerdo con Rusia. En mayo de 1908, el zar Nicolás I y el rey británico Eduardo VII se reunieron en Reval, acompañados por sus respectivos ministros de asuntos exteriores, y acordaron introducir reformas en Macedonia bajo la jurisdicción de un inspector general cristiano. El acuerdo de Reval fue uno de los factores más importantes para acelerar la revuelta de los Jóvenes Turcos, que veían en el acuerdo anglo-ruso una amenaza real de injerencia extranjera. Los dirigentes políticos macedonios vieron en el acuerdo de Reval una victoria moral para el movimiento chetnik. En realidad, al provocar la intervención alemana en Oriente Próximo, el movimiento chetnik amenazaba las posiciones británicas en Turquía.

<sup>208</sup> La contrarrevolución de Abdül Hamîd y la nueva victoria del Comité. El 13 de abril de 1909 (el 31 de marzo en el calendario juliano), en Constantinopla, al alba los soldados (convencidos por los *softa* (estudiantes de teología), el bajo clero y los agentes del Sultán) se sublevaron contra sus propios superiores, mataron a algunos de ellos, ocuparon la plaza frente al parlamento y exigieron la dimisión del gobierno y la expulsión de los dirigentes de los Jóvenes Turcos. Abogaron por un “cambio radical” y pisotearon (según se dice) a algunos “renegados” de los Jóvenes Turcos. Durante estos actos, los soldados, sin comprender el significado de los acontecimientos, aclamaron los nombres de los diputados cristianos (que les habían sido sugeridos como candidatos al puesto de ministro). Los Jóvenes Turcos evitaron un enfrentamiento. El Sultán nombró el nuevo gobierno entre los representantes del antiguo régimen y concedió la amnistía a “los hijos de la patria”, es decir, a los soldados que se habían sublevado contra él. El golpe de estado contrarrevolucionario fue alentado por la hostilidad del partido *ahrâr* [liberal] hacia el Comité Unión y Progreso, al que acusaban de jacobinismo y pretorianismo. Los dirigentes del *ahrâr* (Ismâ'il Kemâl y el redactor de *Ikdâm*, Ali Kemâl) participaron activamente en la preparación del golpe. Pero, conscientes de que el apoyo abierto de la reacción amenazaba con hacerles impopulares, el partido *ahrâr* no intervino directamente. La contrarrevolución no encontró apoyo en la capital, y las provincias asiáticas tampoco apoyaron al sultán. Los Jóvenes Turcos movilizaron inmediatamente al ejército de guarnición en Macedonia, al que se unieron chetniks búlgaros y griegos decididos a luchar junto a los Jóvenes Turcos. El triunfo de Abdül Hamîd duró dos semanas. El 26 de abril, las tropas de los Jóvenes Turcos, al mando de Mahmûd Chevket Pachá, ocuparon Constantinopla tras encarnizados combates en las calles de la ciudad. El 27 de abril, el parlamento (que entretanto se había trasladado a San Stefano) depuso a Abdül Hamîd y proclamó sultán a su hermano Mehmed Rechâd con el nombre de Mehmed V.

<sup>209</sup> *Hükûmet* (turco): el edificio en el que residía el *vâlî*, el gobernador turco. NDE.

<sup>210</sup> Kossuth Lajos (1802-1894). Revolucionario húngaro. Fue detenido por el gobierno austriaco en 1837 por sus actividades revolucionarias. Acusado de traición, fue condenado a cuatro años de prisión. Elegido diputado a la Dieta en 1847, Kossuth encabezó la oposición parlamentaria de la izquierda radical. Las noticias de la revolución de París en 1848 le hicieron retomar la actividad revolucionaria. Promovió la formación de un gobierno húngaro independiente y, en julio del mismo año, participó en la formación de un ejército de 200.000 hombres para defender el país. Una coalición de potencias europeas intervino contra la Hungría revolucionaria y el ejército de Kossuth fue derrotado. Huyó a Turquía y de allí a Inglaterra. El gobierno austriaco le condenó a muerte en rebeldía. En 1859, Kossuth organizó un destacamento magiar que luchó bajo la bandera de Garibaldi. Kossuth siguió siendo un ardiente revolucionario durante el resto de su vida.

<sup>211</sup> En italiano en el texto original. NDE.

<sup>212</sup> El gran enfermo. Así se llamaba al Imperio Otomano en la segunda mitad del siglo XX. Además de esta expresión, se utilizaron las siguientes: “el enfermo de Europa”, “el enfermo del Bósforo” y “el enfermo de Oriente”. Se supone que esta expresión fue utilizada por primera vez en 1853 por el zar Nicolás I durante un coloquio con el embajador británico George H. Seymour en el que se discutió el plan ruso de dividir el Imperio Otomano entre Rusia y Gran Bretaña.

<sup>213</sup> En francés en el original. “Carta blanca”. NDE.

<sup>214</sup> La masacre de los armenios en Turquía (1894-1896). La cuestión armenia tomó su forma actual con el Tratado de San Stefano (1878). Rusia, que esperaba anexionarse toda Armenia, recibió de Turquía la garantía de que las reformas exigidas por la población local se llevarían a cabo sin demora en las provincias habitadas por los armenios. Al mismo tiempo, Turquía garantizó la protección de los armenios contra los kurdos y los circasianos (art. 16). Estaba implícito que la potencia que controlaría la aplicación de esta parte del acuerdo sería la propia Rusia. Naturalmente, siendo plenamente consciente de que esta aplicación conduciría a un protectorado ruso en Armenia, Inglaterra se opuso. Para evitar tal resultado, el 4 de junio de 1878 el gobierno británico firmó un convenio con Turquía, cuyo artículo 1 establecía: “Si Rusia intentara en cualquier momento ocupar cualquier parte del territorio del Sultán en Asia Menor... Inglaterra se compromete a intervenir junto al Sultán para defender dicho territorio por la fuerza. Asimismo, el Sultán se compromete ante Inglaterra a introducir las reformas necesarias (que se definirán próximamente) relativas a la organización administrativa y a la defensa de los cristianos y demás súbditos de la Sublime Puerta que habitan los territorios en cuestión”. Inglaterra aprovechó la situación y obtuvo importantes compensaciones: “Además, con el fin de proporcionar a Inglaterra los medios necesarios para cumplir sus compromisos, el Sultán declara que concederá a Inglaterra la ocupación y la administración de la isla de Chipre”. Durante el Congreso de Berlín, el artículo 16 del acuerdo de San Stefano se incluyó (art. 61) en el Tratado de Berlín, pero se añadió que Turquía se comprometía a introducir reformas en Armenia y a “informar periódicamente a los estados que supervisarán la aplicación de las medidas adoptadas”. Desde este punto de vista, Inglaterra era la potencia más interesada en introducir reformas en Armenia, a través de las cuales pretendía crear un baluarte eficaz contra la expansión rusa. Por el contrario, el gobierno ruso se opuso resueltamente a las reformas, entre otras cosas porque cualquier mejora de las condiciones de los

armenios en Turquía habría provocado inevitablemente reivindicaciones similares en Transcaucasia, donde la población vivía bajo una opresión zarista que no era mejor que la del sultán. Sin embargo, las intrigas de las potencias imperialistas no fueron la única razón de los disturbios que estallaron en Turquía entre 1894 y 1896 y que le valieron a Abdül Hamîd el merecido apodo de “Sultán Rojo” por la sangrienta represión que desató. La situación de la población armenia de Constantinopla (excluida, por supuesto, la rica burguesía armenia que gozaba de importantes privilegios) era extremadamente difícil. Y para los armenios de los vilâyet orientales y la mayoría de los campesinos pobres, era tres veces más difícil. En primer lugar, como armenios, debido a la fuerte hostilidad hacia ellos por parte de los turcos y, en particular, de los kurdos; en segundo lugar, como campesinos que sufrían duras atrocidades a manos de los pachás, los beys y sus agentes (en aquella época, Turquía tenía un sistema de recaudación de impuestos mediante subasta); y, en tercer lugar, como súbditos de Abdül Hamîd, que había instaurado un régimen de violencia y arbitrariedad generalizada. Todo comenzó en el verano de 1894 con el levantamiento de Sasun. A principios de agosto 1894, la población armenia de los pueblos de la provincia de Sasun [vilâyet de Bitlis, entre Diyarbakir y el lago Van] se negó a pagar las contribuciones impuestas por los kurdos. Hubo enfrentamientos armados. Las tropas regulares acudieron en ayuda de los kurdos y comenzó la represión de la insurrección. Del 12 de agosto al 4 de septiembre de 1894, toda la provincia de Sasun fue incendiada. Treinta pueblos fueron quemados, entre 7 y 8 mil personas murieron y decenas de miles quedaron sin hogar. El comandante de las tropas (gobernador) de la provincia de Bitlis, el mariscal Sekki Pachá, fue condecorado con la Orden de Imtyaz como recompensa. El levantamiento de Sasun marcó el inicio de una acción feroz por ambas partes: convencido de que era imposible que las potencias, debido a sus disensiones, presentaran un documento que fuera más allá del memorándum, el gobierno del Sultán “decidió resolver la cuestión armenia suprimiendo a los armenios”. Las organizaciones armenias (Hetchak, etc.), alentadas por los discursos belicosos de los estadistas británicos (John W. Kimberley, Robert A. Salisbury), decidieron emprender acciones contundentes. El 30 de septiembre de 1895, tras informar a los embajadores extranjeros, los comités armenios de Constantinopla organizan una manifestación con el objetivo de obligar a las potencias extranjeras a ocuparse de la cuestión armenia y reavivar así el espíritu de las Cruzadas. Disparos provocadores contra un oficial turco desencadenan la represión de la manifestación y una terrible matanza de armenios en Constantinopla. La represión duró del 30 de septiembre al 2 de octubre y del 8 al 9 de octubre, con muertes casi exclusivamente entre los sectores más pobres de la población armenia. El 8 de octubre, un enfrentamiento entre armenios y turcos causa entre trescientos y cuatrocientos muertos. El 20 de octubre de 1895 se publica un *irade* que ofrece una serie de garantías a los armenios y provoca una contraofensiva de elementos reaccionarios que difunden entre los musulmanes rumores de inminentes masacres de turcos a manos de armenios. Todo el territorio de la Armenia turca fue devastado por una oleada de pogromos contra los armenios. En pocos meses, varias ciudades y pueblos se convirtieron literalmente en un montón de ruinas: se cuenta con 3.000 personas asesinadas en Diyarbakir, 4.000-5.000 en Erzurum; hubo pogromos en Mus, Bitlis, Harput, Sivas, Kayseri (Cesarea) y Malatya. Otros pogromos tuvieron lugar del 15 al 25 de junio de 1896; las ejecuciones se llevaron a cabo en la región de Van, donde la masacre fue dirigida por el mariscal Sa'adeddin Pachá, que había venido expresamente de Constantinopla y a quien el sultán confirió la orden Osmaniye por esta acción. Las organizaciones armenias se mostraron frívolas e impotentes. Sólo consiguieron organizar una acción espectacular como la ocupación del Banco Otomano. El 26 de agosto de 1896, veinte hombres armados con pistolas irrumpen en el banco, toman como rehenes a más de cien empleados y controlan la situación durante unas horas. El banco fue rápidamente rodeado por las tropas turcas. Los armenios se rinden a cambio de inmunidad diplomática. Fueron embarcados con destino a Francia. El asunto del Banco Otomano provocó una feroz represión, cuya principal víctima fue la población del barrio armenio de Hasköy en Constantinopla: durante dos días (27-28 de agosto), una multitud de turcos lo devastó. Esta acción causó un gran número de víctimas, cerca de 6.000 en ambos bandos. La masacre de Hasköy selló los pogromos antiarmenios del periodo 1894-1896.

<sup>215</sup> Adana. La principal ciudad de la provincia homónima de Turquía, situada al sur del país, en Clicia, albergó una colonia armenia llegada de la Armenia turca a mediados del siglo XX. Las relaciones entre turcos y armenios allí eran serenas, una serenidad que ni siquiera se vio sacudida por las masacres turco-armenias entre 1894 y 1896. Sin embargo, a principios de 1909, la situación empeoró repentinamente. Bajo la influencia directa o indirecta del gobierno ruso, los provocadores difundieron rumores de pogromo entre los armenios, incitándoles a armarse. Mientras tanto, los reaccionarios turcos (por ejemplo, agentes de los “Comités Muhammad”, una organización reaccionaria del bajo clero) difundieron entre los turcos noticias falsas sobre una revuelta armada armenia contra los musulmanes. Así, entre el 14 y el 17 de abril, al día siguiente del golpe de estado contrarrevolucionario de Abdül Hamîd, tuvo lugar en la provincia de Adana un sangriento enfrentamiento entre turcos y armenios en el que, según cifras oficiales, murieron 17.000 armenios y 850 musulmanes.

<sup>216</sup> Congreso de los Jóvenes Turcos en Salónica. Tuvo lugar en el otoño de 1910, al mismo tiempo que el comienzo de las sesiones del parlamento turco, y prácticamente dirigió sus trabajos. El congreso se

desarrolló en el más absoluto secreto y prácticamente nada se publicó en la prensa, salvo los siguientes órdenes del día: 1) Educación pública; 2) Relaciones entre el Comité y las secciones parlamentarias de “Unión y Progreso”; 3) Minorías nacionales. Además, se publicó la composición del Comité Central del Comité “Unión y Progreso”, con Aci-Adil-Bey como secretario general y 6 miembros: Nâzîm, Eyüb-Sabri, Ömer-Haci, Ziyâ, Sabri y Neycal-Chükri-Bey.

<sup>217</sup> La cuestión de los muhadjir. El flujo de muhadjir (refugiados musulmanes) hacia el territorio del Imperio Otomano comenzó en el siglo XV bajo la presión de la expansión rusa hacia el mar Negro y aumentó en el siglo XX a medida que se reducía la extensión del imperio. Entre 1854 y 1876, 300.000 tártaros de Crimea se refugiaron en el imperio, además de miles de tártaros de Nogai y Kuban y, al parecer, otros 500.000 musulmanes del Cáucaso. La crisis de los Balcanes de 1875-1876 y la guerra ruso-turca provocaron un nuevo éxodo de musulmanes de Rumanía, Serbia, Bulgaria, Montenegro y las provincias caucásicas de Kars y Ardahan, lo que hizo un total de un millón y medio de refugiados de los Balcanes en Anatolia después de 1876 y, además, 500.000 circasianos entre 1881 y 1914. En total, habría entre dos y tres millones de refugiados procedentes de los Balcanes y del imperio ruso entre mediados del siglo XIX y 1914. Cf. *Histoire de l'Empire ottoman* sous la direction de Robert Mantran, Fayard, París, 1989, páginas 488, 544-546.

<sup>218</sup> Literalmente “los hombres del Sultán”. Cuerpo de caballería reclutado entre los kurdos del Imperio Otomano. De 1892 a 1896, los *Hamidiye* se distinguieron durante la violenta represión contra los armenios. NDE.

<sup>219</sup> La Unión Liberal. O más exactamente “Partido de la Entente Liberal (Hufriyet ve iti laf firkasi). Fue creado tras la represión del golpe de estado contrarrevolucionario del 13 al 27 de abril de 1909. Se trataba simplemente de un nuevo nombre para establecer un vínculo entre los miembros del partido ahrar (liberales) que se habían comprometido aliándose con el Sultán. Este partido era el heredero directo de las posiciones del príncipe Sabaheddin y de su programa de “descentralización política” basado principalmente en los intereses del capital extranjero, de los círculos burocráticos y feudales y de los armadores greco-armenios (pero también en la profunda aspiración a la autonomía de las minorías nacionales), detrás de los cuales estaban las potencias imperialistas. Además, la Entente Liberal era el punto de coagulación de todos los elementos que, por una u otra razón, estaban en conflicto con el Comité de Unión y Progreso, entre ellos un número importante de miembros desafectos a este comité y elementos del subproletariado financiados por el Sultán. La Entente Liberal libró una lucha continua contra los Jóvenes Turcos y llegó al poder durante un breve periodo (22 de julio de 1912-23 de enero de 1913). Con el apoyo directo de Gran Bretaña, en 1918, después de la [Primera] Guerra Mundial, cooptó a los ittihadistas e intentó aplastar el naciente movimiento de Mustafá Kemal en Anatolia, pero la victoria de este último lo destruyó definitivamente.

<sup>220</sup> El Memorándum de 1895. El 11 de mayo de 1895, utilizando como pretexto los acontecimientos de Armenia y deseando someter a Turquía a su control, las grandes potencias presentaron a la Puerta, a través de sus plenipotenciarios, un memorándum sobre la cuestión armenia. Este memorándum se refería directamente al art. 61 del Tratado de Berlín y exigía la introducción de las siguientes reformas: la elección de valíes (gobernadores) bajo el control de las potencias; un sistema fiscal definido con precisión; el reclutamiento de oficiales de gendarmería entre todos los sectores de la población sin excepción; el control y la limitación del nomadismo de las tribus kurdas. Este memorándum fue rechazado por Turquía que, en una nota fechada el 3 de junio de 1895, declaraba que “cualquier control europeo amenazaba la soberanía del Sultán” y hacía una propuesta a cambio que fue a su vez rechazada por las grandes potencias. Las sucesivas negociaciones concluyeron con una irada del Sultán, que establecía una serie de garantías a favor de los armenios. Sin embargo, en realidad no se encontró ninguna solución a la cuestión armenia y la masacre de armenios continuó hasta el otoño de 1896.

<sup>221</sup> Ricos dignatarios.

<sup>222</sup> En francés en el original. “Cantidad despreciable”.

<sup>223</sup> Üsküdar, barrio de Estambul en la costa asiática del Bósforo. Scurati era su nombre en griego en la época bizantina.

<sup>224</sup> Lyzbin. El juicio del partido Dashnaksutyun. La fase de reflujo tras la derrota del movimiento revolucionario en 1905 provocó una persecución feroz que también se abatió sobre el partido armenio Dashnaksutyun, al que se acusó de una serie de revueltas y atentados terroristas en el Cáucaso. Entre las acciones judiciales emprendidas contra este partido, el caso de los 159, que duró tres meses (de enero a marzo de 1912) y conocido como el juicio Lyzhin, en honor del juez de instrucción Lyzhin, tuvo un impacto particular. Además, el juicio contó con la incongruente presencia del Senado turco. Lyzhin intentó incriminar al mayor número posible de personas reuniendo una enorme cantidad de pruebas y falsificando documentos y testimonios. Las “pruebas” de Lyzhin fueron demolidas en los tribunales y 94 de los 149 acusados (10 de los cuales estaban en rebeldía) fueron absueltos. Los demás, declarados culpables (en parte por haber participado en una *asociación secreta* que había participado en actos terroristas, y en parte por manipular bienes robados) fueron condenados a trabajos forzados o al exilio.

<sup>225</sup> *La lucha por la libertad.*

<sup>226</sup> Bulldog. Revólver de bolsillo de gran calibre y cañón corto. Parabellum. Pistola automática utilizada como parte del equipo de oficiales y en el ejército alemán desde 1908 a 1938. La palabra parabellum proviene del proverbio latino “se vis pacem, para bellum” (si quieres la paz, prepárate para la guerra). Mannlicher. Fusil de repetición con cargador de cinco tiros utilizado por Bulgaria y Austria-Hungría. Fue inventado por el ingeniero alemán Ferdinand R. Mannlicher.

<sup>227</sup> Jóvenes de tropas irregulares.

<sup>228</sup> En 1909. NDE.

<sup>229</sup> Stambulov Stephane. Nacido en 1854 en Tárnovo. Eminente político búlgaro. Participó en la revuelta de 1876 y en la guerra contra Turquía de 1877-1878. En 1884 fue elegido presidente de la asamblea (parlamento) búlgara y, tras la abdicación del príncipe Alejandro de Battenberg (8 de septiembre de 1886), fue nombrado regente junto con Karavelov y Mutkurov. Desde entonces y hasta 1894, gobernó Bulgaria con mano de hierro. Las elecciones generales a la asamblea, celebradas en 1886 bajo el implacable control de Stambulov, le dieron una mayoría estable en el parlamento. De los 552 diputados elegidos, 470 eran estambulovistas. Apoyándose en el parlamento, Stambulov llevó a cabo una política de dura oposición a Rusia y rechazó firmemente la candidatura al trono del príncipe Mingrel'skij, que Rusia apoyaba. Por iniciativa de Stambulov, Fernando de Coburgo, entonces oficial del ejército austriaco, fue elegido príncipe de Bulgaria. Sin embargo, inmediatamente después de su coronación, Fernando, deseoso de restablecer buenas relaciones con Rusia, urdió un complicado complot contra Stambulov y organizó una serie de atentados contra su vida. Hacia 1894, las relaciones entre ambos se agriaron. Cuando, en protesta por la insubordinación del ministro de defensa Petrov, Stambulov presentó su dimisión, Fernando la aceptó (30 de mayo de 1894). Stambulov intentó continuar su lucha a través de la prensa, pero, el 15 de julio del mismo año, fue asesinado por sicarios. Los estambulovistas, como partido (nacional-liberal), volvieron al poder en 1902 y dirigieron tres gobiernos consecutivos (Petrov, Petkov y Gudev). El principal movimiento estambulovista durante este periodo trató de obtener reformas en Macedonia a través de la mediación de las grandes potencias. En las elecciones de junio de 1908, los estambulovistas fueron derrotados: no obtuvieron escaños en el parlamento. Fueron sustituidos en el poder por los demócratas liderados por Malinov.

<sup>230</sup> El partido popular (o nacional). Procedente del partido “estoilovista”, fue fundado por el famoso político Stoilov (que llegó al poder tras la caída de Stambulov en 1894). I. Gešov, que se convirtió en el líder de los nacionalistas, se adhirió a las directrices del gobierno zarista ruso. En cuanto a la política interior, los nacionalistas eran prácticamente indistinguibles de los demás partidos burgueses. El partido liberal-progresista. Fue fundado por Dragan Tzankov y se llamaba partido tzankovista. Los tzankovistas eran enemigos implacables de los estambulovistas y partidarios de la sumisión total de Bulgaria a la influencia rusa. Los tzankovistas eran totalmente solidarios con la política interior y exterior de la Rusia zarista, lo que provocaba un profundo desprecio entre los búlgaros. Antes de la guerra de los Balcanes, el partido tzankovista estaba dirigido por Danaev.

<sup>231</sup> Se refiere al artículo sin firma “¿Qué será de la Turquía europea?”, publicado el 21 de abril de 1853 en el *Ne-York Daily Tribune*, que Trotsky creyó que era de Marx. En realidad, según el *Marx-Engel Gesamtausgabe* 1/12, S. 94, fue escrito por Engels. N. E. [Federico Engels, “¿Qué va a ser de la Turquía europea?”, página 3 del formato pdf en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#). EIS].

<sup>232</sup> Alejandro Malinov. Nació en 1867 en Besarabia. Estudió derecho en Kiev y luego trabajó como abogado en prácticas. En 1899 adoptó la nacionalidad búlgara. Fue elegido diputado a la asamblea y pronto se convirtió en uno de los parlamentarios más conocidos. Tras la muerte de Karavelov, se convirtió en el líder del partido democrático. En 1908, Malinov sustituyó a Gudev como primer ministro y las elecciones parlamentarias celebradas en el verano de ese año le dieron una amplia mayoría en la cámara. Durante su mandato como primer ministro (5 de octubre de 1908), Bulgaria fue declarada estado independiente. En marzo de 1911, Malinov dimitió, dejando su puesto a Gesov. Durante la guerra mundial, estuvo en la oposición. Después, tras la caída del gobierno de Radoslavov (junio de 1918), fue nombrado de nuevo primer ministro, pero dimitió en octubre del mismo año.

<sup>233</sup> Karavelov Petko. Nació en 1843 en Bulgaria. Estudió en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Moscú, donde se licenció en 1871. Antes de la guerra ruso-turca (1877-1878), se instaló en Moscú como profesor de secundaria y estuvo en estrecho contacto con el círculo eslavófilo de I. S. Aksanov. En 1878, a su regreso a Bulgaria y por recomendación de Aksanov, fue nombrado vicegobernador de Vidin, vicepresidente del partido liberal (tzankovista) y diputado de la primera asamblea en representación de Tárnovo. En 1880, Karavelov fue nombrado ministro de finanzas del gobierno de Tzankov y, tras separarse de éste para fundar su propio partido (demócrata), se convirtió en primer ministro. Tras el golpe de estado instigado por Alejandro de Battenberg, que abolió la Constitución de Tárnovo (1881), Karavelov viajó a Rumelia oriental, donde ocupó la alcaldía de Filibe (Plovdiv) e hizo campaña en su periódico *Nezavisimost*

(Independencia) contra el gobierno búlgaro. Tras el restablecimiento de la constitución (1883), volvió a su puesto de primer ministro. Petko Karavelov desempeñó un papel muy importante en la reunificación de Rumelia Oriental con Bulgaria (1885). Cuando Alejandro de Battenberg abdicó (1886), Karavelov fue nombrado uno de los regentes, pero, como rusófilo, se distanció de Stambulov, que le obligó a renunciar a su cargo. Tras la elección de Fernando de Coburgo como príncipe de Bulgaria, se unió a la oposición. En 1892, Stambulov organizó un juicio contra él, acusándole del asesinato del ministro de finanzas Belbev. Karavelov fue condenado a 5 años de prisión; fue indultado tras la caída de Stambulov (1894). En 1901 se le encomendó la tarea de formar el nuevo gobierno, pero, incapaz de superar las dificultades relacionadas con el presupuesto del estado, dimitió en enero de 1902. Murió en 1903.

<sup>234</sup> Se trataba de una nueva era para Bulgaria, que, de acuerdo con el Tratado de Berlín, se convertía en un principado autónomo bajo la soberanía del Sultán turco. NDE.

<sup>235</sup> Narodniki (populistas). El populismo fue un movimiento teórico y político que surgió en Rusia a mediados del siglo XIX. Consideraba a los campesinos como la fuerza revolucionaria propulsora capaz de derrocar al régimen zarista y veía la *obščina* (propiedad común de la tierra) y la mir (comunidad rural) como las características específicamente rusas que permitirían una transición directa a la sociedad socialista saltándose la fase capitalista. Aleksandr I. Herzen (1812-1870), Nikolai G. Chernishevskij (1828-1889) y Pëtr Lavrov (1823-1900) fueron sus principales exponentes.

<sup>236</sup> En francés en el original. “El valor de sus convicciones”.

<sup>237</sup> Struve, Piotr Bergárdovich. Uno de los líderes políticos más influyentes de la burguesía rusa. Es posible determinar las etapas del desarrollo de la ideología política burguesa a través de la evolución política de Struve. A principios de los años noventa, participó activamente en la batalla ideológica contra los populistas con la publicación del ensayo *Notas críticas*, en el que criticaba el populismo desde un punto de vista marxista. En 1898, participó en la redacción del manifiesto del primer Congreso de la POSDR, en el que escribió la profética frase: “Cuanto más al este vamos, más cobarde se vuelve la burguesía”. Dos años más tarde, Struve empezó a criticar el marxismo y la socialdemocracia. En economía política, criticó la teoría del valor-trabajo; en sociología y filosofía, el materialismo dialéctico (en particular, la concepción de los saltos revolucionarios); y en política, la posición de *Iskra*. Hasta 1905, Struve dirigió la Unión de Intelectuales Radicales y Liberales (miembros del zemsto). El auge de la revolución empujó su posición aún más a la derecha. Durante los años de la dirección gubernamental de Stolypin, estuvo próximo a las posiciones políticas de Bulgakov, Berdjajev y otros místicos y desertores del socialismo, redactores y editores del voluminoso mensual *Russkaya Mysl'* (Pensamiento ruso) en el que, además de denigrar e insultar a la revolución, se apoyaban las posiciones de la monarquía del 3 de julio. El mensual, producto de las ambiciones imperialistas del gran capital, se declaraba partidario de una alianza entre la ciencia y el capital, insultando la tradición revolucionaria de los intelectuales rusos. La revolución de 1917 convirtió a Struve en un ferviente contrarrevolucionario. Tras la revolución de octubre, se convirtió en ministro del gobierno de Wrangel. Luego publicó en Praga una revista místico-reaccionaria bajo el antiguo título de *Russkaya Mysl'*.

<sup>238</sup> La reforma agraria de Stolypin. Se refiere al decreto de 87 artículos de 9 de noviembre de 1906. El espíritu de este decreto, también conocido como la “reforma Stolypin”, se resume en el primer artículo, que dice: “Cada propietario tiene, en todos los casos y en todo momento, derecho a reclamar el control sobre una parte de las tierras comunales”. La aspiración de los campesinos a ampliar su propiedad se manifestó enérgicamente con la ocupación de las tierras de los latifundistas en 1905, lo que obligó al gobierno zarista a satisfacer en cierta medida sus demandas. La preservación e inviolabilidad del latifundio sólo podía defenderse dividiendo las tierras comunales menos productivas entre los campesinos más ricos. Esto habría creado una gran capa de campesinos propietarios que habría sido la mejor garantía de la propiedad de la tierra. La burguesía industrial tenía interés en fomentar el deseo de reforzar la propiedad campesina en la medida en que la propiedad comunal de la tierra, muy fragmentada y primitiva, impedía el desarrollo del capitalismo en el campo. La escasa rentabilidad de la tierra dejaba a las masas campesinas en la pobreza, limitando gravemente su poder adquisitivo. Sabemos que el desarrollo capitalista tiende a desarrollar el mercado interior. La formación de una burguesía agraria engendra un aumento de la demanda de medios de producción y de bienes de consumo. El proletariado agrícola sin tierra se ve obligado a adquirir los bienes de consumo que necesita para sobrevivir y, al mismo tiempo, constituye una reserva de mano de obra barata para la gran industria. En este sentido, la reforma Stolypin fue un intento de satisfacer, y al mismo tiempo combinar, los intereses de la autocracia, la nobleza terrateniente y la burguesía industrial.

<sup>239</sup> Fernando II de Habsburgo, cuyo coronamiento en 1619 como emperador de Alemania provocó el levantamiento protestante de Bohemia que estuvo en el origen de la Guerra de los Treinta Años.

<sup>240</sup> Negocios. NDE.

<sup>241</sup> Radoslavov Vasil. Nacido en 1854. Político búlgaro. En 1883, tras el restablecimiento de la constitución y la elección de diputados a la asamblea parlamentaria, se afilió al partido de Karavelov. Fue nombrado ministro de justicia en el gobierno de Karavelov (1884-1886). Durante la regencia de Stambulov,

Radoslavov, enemistado con Karavelov, se convirtió en primer ministro y ministro del interior. Sin embargo, cuando Fernando subió al trono, también entró en conflicto con Stambulov. Radoslavov permaneció fuera del poder hasta la caída de Stambulov (1894). Se dedicó a su profesión de abogado y al mismo tiempo fundó su propio partido con fuertes tendencias rusóforas. En 1894 se incorporó al gobierno de Stoilov como ministro de justicia, pero poco después dimitió y pasó a la oposición. Volvió a ocupar la jefatura del gobierno en el verano de 1913, tras la dimisión de Danaev por el fracaso de Bulgaria en la Segunda Guerra de los Balcanes. Llevó a Bulgaria a la [Primera] Guerra Mundial del lado de las Potencias Centrales. En 1918, tras la derrota de Bulgaria, dimitió de nuevo.

<sup>242</sup> En francés en el original. Debacle. NDE.

<sup>243</sup> Paz de Bucarest en 1913. Los desacuerdos entre los aliados balcánicos sobre el reparto de Macedonia desembocaron en una segunda guerra balcánica. La guerra comenzó con la ofensiva búlgara contra las tropas greco-serbias en la noche del 29 al 30 de junio de 1913 y terminó con la derrota búlgara. Bulgaria tuvo que enfrentarse a serbios, griegos, montenegrinos, rumanos y turcos al mismo tiempo. Bulgaria fue derrotada en dos o tres semanas, y el 31 de julio comenzaron las negociaciones en Bucarest, que concluyeron el 10 de agosto con la firma del tratado de paz. Con la Paz de Bucarest, Bulgaria se vio privada de todas sus conquistas anteriores a expensas de Turquía. Gran parte de Macedonia se repartió entre griegos y serbios (art. 3, 4, 5). Rumanía obtuvo la región más fértil de Dobruja, mientras que Bulgaria se vio obligada a destruir las fortificaciones de la nueva frontera búlgaro-rumana y se comprometió a no construir ninguna nueva (art. 2). Cuando se firmó el acuerdo, el ejército búlgaro se vio obligado a reducir sus efectivos y asumir un papel puramente defensivo (art. 6); sus oponentes se comprometieron a abandonar el territorio búlgaro (art. 7) sólo después de la desmovilización.

<sup>244</sup> Skopci. Secta religiosa rusa fundada a finales del siglo XVII por K. Selivanov. El dogma fundamental de sus creencias era que la única vía de salvación para el alma era una dura lucha contra el demonio mediante la castración. En la segunda mitad del siglo XIX había unos 6.000 skopci, que vivían principalmente en las provincias de Orlov y Tambov. La secta fue suprimida por el gobierno zarista y muchos de sus seguidores fueron deportados, mientras que otros emigraron. Todavía existen pequeños grupos de skopci en el norte del Cáucaso.

<sup>245</sup> *Guía del Medio Oriente*. NDE.

<sup>246</sup> Potemkin. La revuelta de los marineros del crucero ruso Potemkin estalló en junio de 1905. El barco insurrecto llegó a Odessa, donde se produjo una huelga general. Sin embargo, los mencheviques, que dirigían el POSDR de la ciudad, impidieron que los trabajadores tomaran medidas conjuntas con los marineros insurrectos. El crucero tuvo que abandonar Odessa. Tras once días en el mar, sin víveres ni combustible, se dirigió a la costa rumana y se entregó a las autoridades rumanas. La mayoría de los marineros permanecieron en el extranjero; los que regresaron a Rusia fueron detenidos y juzgados.

<sup>247</sup> Rakovsky Khristian Georgevitc; Nació el 13 de agosto de 1873 en Kotel, Bulgaria. Ya rebelde a los trece años, encabezó una revuelta estudiantil contra los profesores. A los quince, fue expulsado de todas las escuelas del país por declararse socialista en público. En 1891 marchó a Suiza para continuar sus estudios. Participó activamente en el Círculo Internacional de Estudiantes Socialistas y colaboró en la revista búlgara *Sozialdemokrat*. En Suiza, visitaba regularmente a Plejánov, Rosa Luxemburg [Series [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) y [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#) y [Obras escollides de Rosa Luxemburg en català](#) en estas mismas EIS] Jules Guesde. En 1893, fue el delegado socialdemócrata búlgaro en el Congreso de Zúrich de la Segunda Internacional [Serie [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#), también en estas mismas EIS]. En 1896 viajó a Francia. Representó al Partido Socialdemócrata Búlgaro en el Congreso de Londres de la [Segunda] Internacional. Al año siguiente se licenció en medicina en la Universidad de Montpellier. Su tesis sobre las *Causas del crimen y la degeneración* causó revuelo en los círculos científicos y fue citada varias veces en obras especializadas. Sólo ejerció la medicina durante seis meses, durante su servicio militar en el ejército rumano, pero nunca se sintió realmente atraído por la profesión. En 1899 visitó por primera vez San Petersburgo. Debido a un conflicto político, tuvo que abandonar la ciudad para evitar ser detenido. En 1900, de nuevo en San Petersburgo, fue expulsado al cabo de dos semanas. De vuelta a Francia, enseñó derecho en la universidad. Participó en el Congreso Internacional de París. Estableció provechosos vínculos con la socialdemocracia búlgara y serbia y, en 1904, las representó en el Congreso Socialista Internacional de Ámsterdam. De regreso a Rumanía en 1905, fundó *Rominia Muncitoare* (Rumanía Trabajadora), órgano del Partido Socialista Rumano. En 1907, el gobierno rumano lo condenó a arresto domiciliario por sus actividades como agitador socialista e instigador de las revueltas campesinas que se extendían por todo el país. Bajo la insistente presión y el llamamiento de las masas obreras y campesinas, obtuvo permiso para regresar a Rumanía al cabo de cinco años. Durante su exilio, Rakovsky representó al partido rumano en los congresos internacionales de Stuttgart y Copenhague y en la Conferencia de Partidos Socialdemócratas de Belgrado en 1910. En vísperas de la Primera Guerra de los Balcanes, organizó una conferencia de los partidos socialistas balcánicos para elaborar un plan de acción contra la inminente guerra.

Desgraciadamente, la guerra no pudo evitarse, como tampoco la participación de Rumanía en la Segunda Guerra de los Balcanes. De agosto de 1914 a agosto de 1916, los socialdemócratas rumanos, dirigidos por Rakovsky, apoyaron una política de neutralidad frente al intervencionismo de los partidos rusófilos y germanófilos. Cuando Rumanía entró en guerra, fue encarcelado por el gobierno rumano. El 1 de mayo de 1917, fue liberado por la guarnición rusa de Iași: fue entonces cuando el camarada Rakovsky comenzó su participación activa en la revolución rusa. Fue perseguido por el gobierno provisional, que intentó detenerlo. Tras la revolución de octubre, fue enviado como emisario del gobierno de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) a Sebastopol y Odessa. A continuación, dirigió la delegación soviética en las negociaciones con la República Autónoma Ucraniana y el gobierno de Skoropadski. Al mismo tiempo, fue uno de los firmantes del armisticio con los alemanes. En septiembre de 1918, dirigió una misión a Alemania para continuar las negociaciones con el gobierno alemán para un tratado de paz con Ucrania. Cuando intentaba regresar a Rusia, en compañía de Joffe y Bujarin, fue detenido en Berlín y posteriormente liberado por la revolución alemana. Cuando se formó la República Socialista Soviética de Ucrania (URSS), fue nombrado Presidente de los Comisarios del Pueblo de la URSS, y después Vicecomisario del NKID (Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores) de la RSFSR. Fue nombrado plenipotenciario en Inglaterra en otoño de 1923 y en Francia en 1925. Rakovsky era un escritor de gran talento y sus obras (en particular *Rusia en Oriente*, *Retrato de la Francia contemporánea*, *Metternich y su época*, *Nuestras disensiones*, *El socialismo y la guerra*) se publicaron en varios idiomas. Sus innumerables artículos sobre política exterior, socialismo científico e historia han aparecido también en numerosas revistas búlgaras, rusas, francesas, polacas, alemanas y rumanas. [Miembro de la Oposición de Izquierda, fue expulsado del PCRb en 1927 y exiliado a Asia central. En 1934 capituló ante Stalin y renunció a su amistad de décadas con Trotsky. Detenido de nuevo en 1938, fue juzgado al mismo tiempo que Bujarin. Rechazó los infames cargos que le imputaban los estalinistas y fue condenado a veinte años de trabajos forzados. En 1941 fue asesinado en el campo de concentración donde estaba recluido. Serie [Escritos, obra y otros materiales de Rakovsky, Khristian \(Rako\)](#) en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

<sup>248</sup> Matjuenko A.N. (1879-1907). Organizador de la insurrección de los marineros del crucero *Príncipe Potemkin* en junio de 1905. Nació en un pueblo de Dergatsi, provincia de Járkov, en el seno de una familia de zapateros. A los once años, tras terminar la escuela parroquial, fue contratado como engrasador en los ferrocarriles de Járkov. Pronto abandonó este trabajo para convertirse en marino conductor. Después hizo un curso de anclaje de minas y obtuvo el título de maestro de anclaje de minas. Con este diploma, se embarcó en el *Príncipe Potemkin* con el rango de suboficial. El 13 de junio de 1905 estalló una revuelta de marineros en el crucero, y él estuvo en el centro de la misma desde el principio. Durante los once días de navegación, se distinguió por su determinación y energía, instando a los marineros a luchar hasta el amargo final. Después de que el barco se rindiera a las autoridades rumanas el 24 de junio de 1905, MatjuSenko vivió en Rumanía durante un año. Después emigró a América, donde trabajó en las fábricas de Singer y, al cabo de ocho meses, se fue a París. Debido a la persecución policial, pronto tuvo que refugiarse en Suiza. En Ginebra entró en contacto con refugiados políticos rusos, sobre todo anarquistas. Regresó a Rusia y reanudó sus actividades revolucionarias. En junio de 1907, provisto de un pasaporte falso a nombre de Fedorenko, llegó a Nikolayev, donde fue detenido poco después en relación con la expropiación del barco *Sofía*. Reconocido por las autoridades, fue escoltado a Sebastopol. El 17 de octubre de 1907, el Tribunal Militar de la Marina le condenó a morir en la horca. Fue ejecutado el 20 de octubre del mismo año.

<sup>249</sup> El movimiento campesino de 1907 en Rumanía. La explotación de los campesinos por los boyardos rumanos había alcanzado un nivel espantoso. Los campesinos, que en su gran mayoría carecían de tierras y vivían en condiciones de extrema pobreza (por ejemplo, los campesinos rumanos no comían más pan que polenta), se veían abocados a la desesperación por las pesadas cargas feudales. Hacia mediados de febrero de 1907, dejaron de trabajar; cuando los boyardos, por mediación de los intendentes y campesinos, les ordenaron volver al trabajo, estalló una insurrección en el norte de Moldavia. Rápidamente se extendió por toda Moldavia y Valaquia, siendo esta última la región donde la insurrección fue más fuerte. Armados con guadañas, hachas y, en contadas ocasiones, escopetas, los insurrectos incendiaron las casas de los latifundistas y asesinaron a sus propietarios. La insurrección no alcanzó las ciudades. El movimiento de revuelta de los obreros rumanos estaba aún en pañales, por lo que la insurrección estaba condenada al fracaso. La represión de los boyardos fue feroz. Averescu (hoy [1926] primer ministro rumano), famoso por su crueldad, fue nombrado jefe del ejército. Las tropas bombardearon y destruyeron muchos pueblos. Miles de campesinos fueron fusilados y arrojados al Danubio, otros fueron deportados y muchos murieron de hambre y tífus. La represión del general Averescu provocó la muerte de más de 10.000 campesinos en total.

<sup>250</sup> Perteneciente a un círculo. NDE.

<sup>251</sup> Pequeña nobleza, en polaco. NDE.

<sup>252</sup> En francés en el original. NDE.

<sup>253</sup> Ídem. NDE.

<sup>254</sup> *L'indépendance roumaine*. Diario en lengua francesa publicado en Bucarest. Fundado en 1876, fue el órgano del partido liberal rumano. Cuando los liberales estuvieron en el poder fue considerado el órgano oficioso del ministerio de asuntos exteriores.

<sup>255</sup> En francés en el original: “Gracias a la moda / ya no tenemos corsé... NDE.

<sup>256</sup> Por el contrario, no olvidaron hacer otra petición. Durante la conferencia, esperaron al rey Carol para pedirle uno y sólo un favor: que las nuevas fronteras rumano-búlgaras no afectaran a los bienes personales del rey Fernando. Sus deseos fueron satisfechos. NDE.

<sup>257</sup> Se le concedió a Grecia. NDE.

<sup>258</sup> Gobernadores turcos (llamados hospodar = señor, a partir de 1715) de los principados vasallos de Moldavia y Valaquia; compraban su cargo y eran generalmente griegos de Estambul, de una de las grandes familias griegas o helenizadas que vivían en el Fanar, barrio de Estambul en el Cuerno de Oro. NDE.

<sup>259</sup> Jefe de la Iglesia nacional búlgara. NDE.

<sup>260</sup> Dicción rusa que significa “Por el vodka”, A vuestra salud. NDE.

<sup>261</sup> Dobruja septentrional, con el puerto de Constanța [Constanza], cedida por Turquía a Rumanía en 1878.

<sup>262</sup> En francés en el original. Debacle. NDE.

<sup>263</sup> En francés en el original. Revancha, venganza. NDE.

<sup>264</sup> En la mitología griega, el Titán Atlas, habiendo luchado contra los dioses, fue condenado a llevar sobre sus hombros la bóveda celeste por toda la eternidad.

<sup>265</sup> Tras la guerra imperialista de 1914-1918, se aprobó una ley agraria. Según esta ley, sólo el 8% de la tierra debía seguir siendo propiedad de los latifundistas, mientras que el resto debía venderse a los campesinos. Pero 1) la reforma sólo se aplicaba a la antigua Rumanía; 2) el tamaño de las parcelas era muy modesto; 3) el precio era muy elevado (equivalente a veinte años de arrendamiento). Además, hay motivos para pensar que la aplicación de esta reforma se alargó. [L. T.]

<sup>266</sup> Bratianu. La familia Bratianu desempeñó un papel predominante en la política rumana durante mucho tiempo. Los tres hermanos Bratianu (Ionel, Vintila y Dinu) fueron los principales líderes del partido liberal. Ionel Bratianu (nacido en 1864) encabezó el partido liberal y ocupó a menudo el cargo de primer ministro (dimitió por última vez en marzo de 1926). Por iniciativa suya, Rumanía participó en la Primera Guerra Mundial del lado de las potencias de la Entente.

<sup>267</sup> *Memorias del rey Carol de Rumania*. NDE.

<sup>268</sup> *Ibidem*.

<sup>269</sup> Primer principado de Rumanía. Producto de la unificación de Moldavia y Valaquia, fue gobernado por Alejandro Ion Cuza. Fue un vástago tardío de la era del despotismo ilustrado. En mayo de 1864, el príncipe disolvió la cámara de diputados e introdujo la censura de prensa. Luego vino una nueva ley electoral que preveía el sufragio universal al mismo tiempo que una ley constitucional que introducía el sistema bicameral. El referéndum sobre esta propuesta obtuvo 713.285 votos a favor, 57 en contra y 70.000 abstenciones. Cuza emprendió entonces la reforma agraria. Gracias a una serie de decretos, se liberó a los campesinos de las prestaciones gratuitas debidas al terrateniente. El estado expropió alrededor de 2/3 de las tierras de los terratenientes (con indemnización) y las distribuyó entre 400.000 familias campesinas. A esto siguieron reformas administrativas, judiciales, etc. Tras siete meses de ferviente actividad legislativa, el príncipe convocó a las cámaras, que aprobaron los decretos. Tras forzarle a abdicar en 1866, los boyardos abolieron estas reformas.

<sup>270</sup> Esto se corresponde por poco con la superficie de Rumanía en 1913. Probablemente se trate de un error de transcripción. NDE.

<sup>271</sup> La Unión de los Judíos rumanos, formada recientemente, representa el primer intento, aunque modesto, de la burguesía judía de provocar un debate en la comunidad judía rumana sobre la cuestión de la ausencia de derechos. [Sobre la Unión Judía, ver más adelante en esta misma obra: “[La cuestión judía](#)”]. L. T.

<sup>272</sup> Carp Petrache (1837-1918). Célebre dirigente político rumano, líder del partido conservador. Participó en el derrocamiento del príncipe Cuza (1866) y ocupó varias veces el cargo de ministro de educación, durante el cual introdujo una política de refuerzo del clero en las escuelas. En 1911-1912, Carp presidió el gobierno conservador. En política exterior, fue un resuelto rusófono. Durante la guerra imperialista, publicó el periódico germanófilo *Moldava*, en el que intentaba demostrar que Rumanía no tenía ningún interés en favorecer el desprendimiento de Bucovina y Transilvania de Austria, sino que, más bien, debía separar Besarabia de Rusia.

<sup>273</sup> Balalajkin. Personaje de *Un idilio moderno* del escritor ruso Saltykov Sečdrin (1826-1889), personificación del aventurero liberal, zalamero, gordinflón, mentiroso que antepone sus propios intereses a todo lo demás.

<sup>274</sup> En francés en el original. Cuentos, bolas (mentiras).

<sup>275</sup> Artículo 44 del Tratado de Berlín. “En Rumanía, la diferencia de religión no puede utilizarse para excluir a una persona del disfrute de los derechos civiles y políticos, del acceso al empleo público, de la libertad de ejercer cualquier actividad u oficio. El estado rumano garantiza la libertad religiosa a todos los

ciudadanos, así como a los extranjeros, y no se pueden imponer restricciones a la actividad de las comunidades religiosas ni a las relaciones de los ciudadanos con sus líderes espirituales. Los ciudadanos de todos los países, comerciantes, pero no sólo, podrán disfrutar en Rumanía, sin distinción de religión, de la más completa igualdad.” [Edición rusa 1926]

<sup>276</sup> Evidentemente, se refiere al artículo 23 del Tratado de París de 1856 (firmado al final de la guerra de Crimea, entre Rusia, por un lado, e Inglaterra, Francia, Turquía y el Reino de Cerdeña, por otro), en el que se reconocía la soberanía de la Sublime Puerta sobre los principados de Valaquia y Moldavia (es decir, Rumanía), aunque éstos estaban dirigidos por un gobierno independiente con la más amplia libertad de religión, legislación, comercio y navegación. [Edición rusa 1926]

<sup>277</sup> Dimitri Sturdza, escritor y estadista rumano. Participó en el derrocamiento del príncipe Cuza [1866]. A principios de los años setenta del siglo XIX, ocupó a menudo cargos ministeriales e incluso fue Presidente del Consejo. Es un importante representante del Partido Nacional Liberal. L T.

<sup>278</sup> Zubatovshchina. Intento del gobierno ruso de organizar (mediante agentes de la policía secreta) sindicatos obreros para mantener a raya a los agitadores revolucionarios. El intento comenzó con cierto éxito en 1900, pero este mismo éxito convenció a las autoridades para liquidar el experimento.

<sup>279</sup> La primera revolución, 1905-1906. NDE.

<sup>280</sup> 9 de enero de 1905. Domingo sangriento, día de la masacre de los obreros de San Petersburgo que habían pedido al zar una mejora de sus condiciones de vida. El 9 de enero es también la fecha en la que comenzó la revolución de 1905. Los detalles de los acontecimientos y el significado histórico del 9 de enero pueden encontrarse en el opúsculo de L. D. Trotsky, *Antes del 9 de enero* (Ediciones GIS, Moscú, 1925 y *Socinenija*, serija I, tom 1, 1926) [ver en esta misma serie “[La guerra y la oposición liberal \(Antes del 9 de enero\)](#)”].

<sup>281</sup> Zasúlich, Vera Ivanova. Famosa revolucionaria rusa. Fue detenida por primera vez en 1869 a raíz del asunto Netchaev, pero pronto fue puesta en libertad. A finales del verano de 1875, se unió al “Círculo de rebeldes” de Kiev, cuyo objetivo era provocar una revuelta en el distrito de Cgirin, en la provincia de Kiev. En 1877, Vera Zasúlich disparó contra el gobernador Trépov, que había mandado azotar a Bogoljubov (Emel’janov), condenado a trabajos forzados por motivos políticos, por negarse a quitarse el sombrero delante de él. El jurado del tribunal, en su gran mayoría pequeños burgueses, condenó a Vera Zasúlich. A partir de entonces, el nombre de Vera Zasúlich fue popular en Rusia. Tras la escisión de “Zemlia i Volja” (Tierra y Libertad), se unió a la organización populista Chorny Perediel (Reparto Negro). Más tarde, desempeñó un papel importante en la fundación de la primera organización marxista rusa, el grupo “Osvobojenie Truda” (Emancipación del Trabajo). Posteriormente pasó a formar parte de la redacción de *Iskra*. Tras la escisión del POSR en el II Congreso, Vera Zasúlich se unió al menchevismo. Durante la [Primera] Guerra Mundial, adoptó una postura social-patriótica. Murió en mayo de 1919 en San Petersburgo.

<sup>282</sup> Gurovič M.I. Famoso provocador. Inicialmente ayudante de farmacia, más tarde fue propietario de una farmacia en Lugansk [Ucrania]. A finales de los años ochenta, fue deportado a Siberia por su implicación en el movimiento revolucionario. A su regreso de la deportación, convertido en colaborador de la Ojrana de San Petersburgo, consiguió infiltrarse entre los socialdemócratas de San Petersburgo y publicó, con intención provocadora, la primera revista socialdemócrata legal Nachalo (Comienzo). Fue descubierto en 1902. Al año siguiente, fue nombrado jefe de los servicios secretos para Galitzia y Rumanía. De regreso a San Petersburgo, ocupó un puesto importante en el departamento de policía y en Ojrana, donde, junto con Ratsikovski, era responsable de la vigilancia de las organizaciones revolucionarias de San Petersburgo. Tras haber logrado frustrar el atentado socialista-revolucionario contra Bulygin y Trépov, fue nombrado jefe de la oficina de investigación política en el Cáucaso. Permaneció en este puesto hasta 1906, cuando, a raíz de desacuerdos con sus superiores, se vio obligado a dimitir.

<sup>283</sup> Sobre Gherea ver en esta misma obra en el Segundo Capítulo de su Tercera Parte: “[Dobrogeanu-Gherea](#)”.

<sup>284</sup> *La Rumania obrera*. NDE.

<sup>285</sup> Los marinos revolucionarios del barco de guerra ruso *Potemkin* (1905).

<sup>286</sup> *Adelante*. NDE.

<sup>287</sup> *La verdad*. NDE.

<sup>288</sup> *Kovalik S.F.* (1846-1926). Eminente revolucionario populista. En 1870 aprobó el examen de ciencias matemáticas en la Universidad de Kiev. En 1872 fue nombrado juez de paz del distrito de Mglin, en la provincia de Cernigov, y presidió su asamblea de jueces. Sin embargo, pronto abandonó sus actividades legales y se dedicó por completo a su labor revolucionaria. En 1873 viajó brevemente al extranjero y, a su regreso, se dedicó enérgicamente a organizar círculos revolucionarios en diversas ciudades. En mayo de 1874 comenzó a operar con un grupo de revolucionarios en la región del Volga, realizando propaganda revolucionaria en todas las ciudades principales. En julio de 1874, Kovalik fue detenido, juzgado en el “proceso de los 193” y condenado junto con Myskin, Voynaral’skij y Rogacëv a diez años de trabajos

forzados. Cumplió su condena en las regiones de Kara y Jakutsk. En 1924 participó en los trabajos de la Asociación de Deportados Políticos en Moscú. *Bogoljubow (Emel'jiano) A.P.* (1852-1880). Famoso revolucionario populista. Trabajó en el sur de Rusia durante la década de 1870, organizando círculos revolucionarios estudiantiles. En diciembre de 1876 fue detenido y condenado a 15 años de trabajos forzados por participar en una manifestación en la plaza Kazán de San Petersburgo. El 13 de junio de 1877, durante una visita de inspección a la prisión donde Bogoljubov esperaba su deportación, Trépov, que era entonces gobernador de San Petersburgo, ordenó azotar a Bogoljubov por negarse a quitarse el sombrero delante de él. Este castigo suscitó gran indignación entre los revolucionarios, lo que llevó a Vera Zasúlich a atentar contra la vida de Trépov en enero de 1878. Bogoljubov fue enviado a la prisión de Járkov, donde en 1880 enloqueció y murió poco después. *Goverucha-Otrok J. N.* (1854-1896). Militante del círculo revolucionario de Járkov, en 1874 participó en el movimiento “Al encuentro del pueblo”. Tras ser detenido, permaneció encarcelado hasta 1878 en espera del “juicio de los 193” y fue condenado a permanecer en prisión hasta 1882. Durante su encarcelamiento, se alejó de la actividad revolucionaria para acercarse a posiciones reaccionarias. A partir de 1889, colaboró en los *Anales Moscovitas*, donde dirigió la sección literaria. En sus escritos sostenía que la literatura rusa debía defender la religión ortodoxa si no quería verse condenada a la decadencia. En la esfera política, se adhirió a la eslavofilia reaccionaria.

<sup>289</sup> Provincia del sur de Rusia entre el Dniéper al norte y Crimea al sur. NDE.

<sup>290</sup> Valerian Andreevič Osinskij fue uno de los primeros terroristas *narodniki* rusos. Acusado de resistencia armada y pertenencia a un partido terrorista, fue ejecutado en mayo de 1879. NDE.

<sup>291</sup> Nekrasovgy. Descendientes de los cosacos. Tras participar en la revuelta de 1707-1709 dirigida por K. A. Bulavin (1660-1708), su líder fue I. F. Nekrasov (1660-1738), lugarteniente de Bulavin, se establecieron definitivamente en el Imperio Otomano (Dobruja y Asia Menor). Formaban parte del movimiento religioso de los Viejos Creyentes (*Popovcy*). En 1864, se negaron a intervenir contra Rusia y fueron privados de todos los privilegios que les había concedido el Sultán. En 1962, una gran parte de los *Nekrasovcy* había regresado a Rusia.

<sup>292</sup> “El caso de los 193”. El 18 de septiembre de 1877 comenzó en San Petersburgo, en presencia excepcional y oficial del senado, el debate sobre el caso de los 193 populistas acusados de haber formado una asociación criminal para derrocar al gobierno. La investigación preliminar había durado cuatro años. Entre los principales acusados figuraban Miskin, Kovalik, Vojnaral'skij, Rogacev, Sinegub, Kvjatovskij, Sasin y otros. Desde el primer día del juicio, decidieron utilizar el banquillo de los acusados para manifestaciones y propaganda. Intervinieron con firmeza para protestar contra el silencio de la prensa sobre el juicio. La decisión del tribunal de dividirlos en 17 grupos para celebrar el juicio en secciones separadas provocó la indignación unánime de los acusados. La mayoría de ellos declararon ilegítimo el tribunal y se negaron a asistir al proceso. “Queremos justicia en rebeldía”, dijo el acusado Sinegub, “queremos permanecer en nuestras celdas, donde llevamos mucho tiempo esperando un juicio regular”. Durante el juicio, el acusado Miskin pronunció el famoso discurso en el que habló de las condiciones de los campesinos y obreros, del régimen zarista y de las tareas de los revolucionarios, y calificó de ignominiosa la conducta del tribunal. Este discurso tuvo un impacto extraordinario. También causó una gran impresión en el tribunal, que condenó a 36 acusados a la deportación, absolvió a 94 y condenó a los demás a arresto domiciliario. Alejandro II rechazó la petición de clemencia del tribunal.

<sup>293</sup> *Shevchenko Trass* (1814-1861). Famoso poeta ucraniano. Nació en una familia campesina de la provincia de Kiev. De niño trabajó como pastor, luego como pintor y cocinero para un terrateniente. Demostrando talento para la pintura, fue enviado por su amo a San Petersburgo para estudiar dibujo. Allí entabló amistad con el poeta Zukovskij, el pintor Venezianov y otros personajes famosos. En 1838, este último intentó rescatarlo de la servidumbre con una suma de 2.500 rublos. En 1840, se publicó el primer libro de poemas de Shevchenko, que tuvo gran difusión y le hizo famoso. En 1846, en Kiev, se unió a la “Hermandad de Cirilo y Metodio”, que estudiaba las características culturales de Ucrania. Poco después, los miembros de la cofradía fueron detenidos y Shevchenko fue deportado a la región de Oremburgo con la prohibición de escribir y pintar. Pasó diez años en el exilio y fue condenado al ostracismo. Tras su liberación (1857), no produjo nada importante. Su poesía describió con intensidad el alma de los campesinos ucranianos, la vida en las estepas de los cosacos zaporogueses y su espíritu de libertad. *Stiner, Max* (1805-1856). Pseudónimo del escritor alemán Johann Caspar Schmidt. Enseñó durante mucho tiempo en un instituto berlinés y colaboró con Marx en la publicación del *Rheinische Zeitung*. En 1845 publicó *El Único y su propiedad*, en el que expuso sus ideas filosóficas del egoísmo ilimitado [ver en nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#), [La ideología alemana](#), página 68 del formato pdf, “San Max”]. Defensor incondicional de la libertad individual, Stirner arremetió contra toda forma de poder estatal y abogó por la anarquía total. El exasperado individualismo de Stirner fue contrarrestado, entre otros, por Feuerbach, quien demostró que el hombre real sólo puede vivir y desarrollarse en contacto con otros individuos, es decir, en el plano social. En oposición a Stirner, Feuerbach expuso su punto de vista *comunista*.

<sup>294</sup> [Escritos, obra y otros materiales de Rakovsky, Khristian \(Rako\)](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

<sup>295</sup> *Neoservidumbre*.

<sup>296</sup> En francés en el original.

<sup>297</sup> Autor de la *Guía del Medio Oriente*. NDE.

<sup>298</sup> Trotsky pasó su infancia en Elisabetgrado, hoy en día Kirovograd. NDE.

<sup>299</sup> Gran poeta latín, autor de elegías eróticas y del poema mitológico *La metamorfosis*. NDE.

<sup>300</sup> Primer exilio siberiano de Trotsky en 1900. NDE.

<sup>301</sup> Villa portuaria de Ucrania en el río Dniéper y capital de la provincia homónima del mar Negro.

<sup>302</sup> Queso. NDE.

<sup>303</sup> Yanovka, en Ucrania, es el lugar de nacimiento de Trotsky. NDE.

<sup>304</sup> Vazov, Ivan (1850-1921). Famoso novelista búlgaro. Participó en la revuelta de 1876 contra los turcos. Después ejerció diversas profesiones. En tiempos del gobierno de Stambulov, Vazov, rusófilo incondicional, emigró a Rusia y no regresó a su patria hasta 1895. A partir de entonces se dedicó exclusivamente a la literatura, con excepción de un breve período (1907) en que fue ministro de educación en el gobierno de Stoilov.

<sup>305</sup> Fiesta musulmana que cae después del Ramadán. NDE.

<sup>306</sup> “Bendito *bayram*”, “Alá es el más grande”. NDE.

<sup>307</sup> Del árabe *mo'adhhin* (el que llama a la plegaria). NDE.

<sup>308</sup> Lipovanos. Nombre rumano de la secta religiosa *filippovcy*. Se trata de una de las numerosas iglesias nacidas del cisma que desgarró la iglesia rusa en el siglo XVI. Los *filippovcy* participaron en el mayor movimiento de los Viejos Creyentes. Respetuosos con la tradición religiosa, se opusieron a la reforma ortodoxa y abandonaron la iglesia oficial tras su aprobación en el Concilio de 1666-1667. Mientras que muchos de los grupos disidentes regresaron a la iglesia oficial, los *filippovcy*, al igual que todo el movimiento de los Viejos Creyentes, rompieron definitivamente con el Patriarcado de Moscú. Por ello, sufrieron una dura persecución y se vieron obligados a emigrar, en su mayoría a Rumanía. Pequeños grupos de Viejos Creyentes siguen presentes hoy en Rusia.

<sup>309</sup> En este epígrafe todas las itálicas se corresponden con el francés en el original. NDE.

<sup>310</sup> *Fígaro*. Personaje de las comedias de Beaumarchais *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*. Es el arquetipo de astuto, ingenioso y *bon vivant*. *Falstaff*. Personaje de la obra de Shakespeare *Las alegres comadres de Windsor*. Representa al bon vivant descarado, glotón y embustero. *Tartarín*. Personaje de la novela *Tartarín de Tarascon* de A. Daudet. Es fanfarrón, simplón, ignorante y provinciano.

<sup>311</sup> Tradicional chanza sarcástica rusa.

<sup>312</sup> Briančjanino Alejandro Nikolaevi. Nacido en 1874. Publicista ruso. Fue oficial de una brigada de artillería a caballo y, durante un breve periodo, destinado en la embajada rusa en París. Tras dimitir en 1897, fue elegido miembro del zemstvo de Pskov y comenzó a trabajar en el periodismo. En 1912, se unió al “Grupo de Personalidades Progresistas”, organizado inmediatamente después del estallido de la guerra de los Balcanes por iniciativa de M. M. Kovalevskij y P. A. Lavrov, cuya principal tarea era debatir los problemas relacionados con dicha guerra. Las ideas de Briančjaninov fueron resumidas por él mismo: “La grandeza de Rusia es inseparable de su hegemonía sobre los eslavos”. De 1913 a 1916 publicó en San Petersburgo el semanario *Slavjanskoe Seno* (Grupo Eslovaco), dedicado a defender los “intereses eslavos”.

<sup>313</sup> ¡Que viva! NDE.

<sup>314</sup> *Koko en la política*. NDE.

<sup>315</sup> *La palabra rusa*. Diario liberal publicado en Moscú de 1895 a 1917 bajo la dirección I. D. Sytin. En 1918 se publicó durante poco tiempo bajo la cabecera *Nasce Slovo* (Nuestra palabra). NDE.

<sup>316</sup> Masaryk Tomiáš. Nacido en 1850. Político checo, Presidente de la República Checoslovaca. De 1882 a 1914 fue profesor de filosofía en la Universidad de Praga y publicó la revista de crítica literaria *Athenaeum*. En 1891 fue elegido diputado al parlamento austriaco, pero dimitió dos años más tarde. En 1900 se convirtió en líder del Partido Popular Checo, que pretendía llegar a un acuerdo con los alemanes. Al estallar la Primera Guerra Mundial, Masaryk se puso del lado de la Entente y formó en París el Consejo Nacional Checoslovaco. En 1918, cuando se estableció la República Checoslovaca independiente, se convirtió en su presidente. Enemigo intransigente del poder soviético, en 1918 dirigió políticamente la revuelta del ejército checoslovaco en el Volga, que se unió al ejército de Kolchak para luchar contra la Rusia soviética [ver en nuestra serie [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\) \(Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales\): Escritos militares. Cómo se armó la revolución. \(En tres volúmenes\)](#), en su [volumen I](#): “La sublevación checoslovaca”, página 203 y “La ofensiva de Kolchak”, página 546, ambas en su formato pdf].

<sup>317</sup> Ver más arriba en esta misma obra: “[La censura militar búlgara](#)” y “[La prensa y la censura](#)”.

<sup>318</sup> Pseudónimo de Trotsky en aquellos momentos. NDE.

<sup>319</sup> Ver más arriba en esta misma serie: “[Una carta de Petko Todorov](#)”.

---

<sup>320</sup> En un sentido específico, esta palabra significa “estibador” “alijador”. En un sentido general denomina a quien pertenece al más bajo nivel de la escala social. NDE.

<sup>321</sup> *Rusia*. Periódico publicado en San Petersburgo de 1905 a 1914, de las Centurias Negras el primer año, se convirtió en órgano oficial del ministerio del interior después de 1906. NDE.

<sup>322</sup> *La Voz de Rusia*. Periódico del partido progresista publicado en San Petersburgo de 1912 a 1913. NDE.

<sup>323</sup> De acuerdo con el contexto del artículo, es probable que este señor “Toporov” sea Viktorovo. NDE.

<sup>324</sup> *Diario de Berlín*. NDE.

<sup>325</sup> *El mensajero de Europa*. Revista mensual de historia, política y literatura de tendencia liberal que fue publicada en San Petersburgo de 1866 a 1918. NDE.

<sup>326</sup> *Noticias rusas*. Revista fundada en Moscú en 1863 por varios profesores universitarios liberales y personalidades del zemstvo. A partir de 1905 se convirtió en el órgano de la derecha cadete.

<sup>327</sup> El egocentrismo es propio de una persona que piensa ser el centro del universo. Es una enfermedad típica de los liberales ilustrados. L. T.

<sup>328</sup> En la época en que se escribió este artículo, Macedonia parecía ser la presa de guerra de Bulgaria. Por el contrario, los sucesivos conflictos entre los vencedores de Turquía condujeron a su división entre Serbia y Grecia. NDE.

<sup>329</sup> Ver más arriba en esta misma obra: “[Una pregunta no parlamentaria al señor P. Miliukov](#)”.

<sup>330</sup> *El alba rusa*. Órganos de los industriales de Moscú que se publicó en 1907 y de 1909 a 1918. NDE.

<sup>331</sup> Ver más arriba en esta misma obra: “[En las nuevas provincias](#)”.

<sup>332</sup> Arzobispo ortodoxo que preside una provincia eclesiástica. NDE.

<sup>333</sup> Ver más arriba en esta misma obra: “[Respuesta a Petko Todorov](#)”.

**Edicions Internacionals Sedov**  
**Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
  - *04. Obres escollides de Lenin en català*
  - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
    - *06. León Sedov: escritos*
    - *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
  - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
  - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
  - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
    - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
    - *14. Lenin: dos textos inéditos*
  - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
  - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
  - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano  
(enlace desde imagen)

**Alejandría Proletaria**

